Traducción de:
JOSÉ PALAO (Equipo Solución)

PLEJANOV

El padre del marxismo ruso

por

SAMUEL H. BARON





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA, 248, MÉXICO 20, D. F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
CALLE PLAZA, 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
Av. PERÚ, 952, BUENOS AIRES, ARGENTINA

Primera edición en español, mayo 1976

Primera edición en inglés, 1963
Título original: *Plekhanov. The father of Russian marxism*

Diseño de la cubierta: Santiago Monforte

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0225-2
Depósito legal: M. 15.136-1976

Compuesto en Fernández y Velázquez, S. L.

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

INDICE

PROLOGO

Pocos acontecimientos históricos han tenido tanta repercusión mundial como la Revolución bolchevique. En el intento de comprender un acontecimiento de tanta transcendencia, los eruditos han entregado su tiempo al estudio de sus antecedentes, en especial la historia secular de los movimientos revolucionarios rusos, las ideas que los inspiraron, y la *intelligentsia* que dio vida a las ideas y encabezó los movimientos. Como fruto de ello, entre otras obras de interés, habría que citar varios estudios sobre el movimiento socialdemócrata ruso. A pesar de lo cual, ningún erudito occidental había prestado nunca la menor atención a la vida e ideas de J. V. Plejánov, el padre del marxismo ruso. Ni siquiera en la URSS ha aparecido nada sobre él desde 1924, cuando todavía no se disponía de gran parte del material documental más interesante. Sin embargo, no dejan de tener valor los estudios de V. Vaganián y S. Volfson, publicados en dicha fecha, aun cuando adolezcan de las desfiguraciones que impuso la incondicional aceptación por los autores de la doctrina marxista. A pesar de lo cual, ya hace mucho tiempo que han sido relegados en la URSS al olvido por su excesiva simpatía hacia su personaje, y en Occidente también son prácticamente desconocidos.

No obstante, es indiscutible la importacia de Plejánov en la historia de Rusia. Fue él quien casi sin ayuda de nadie dio origen al movimiento que habría de culminar en la Revolución bolchevique. Sentó los fundamentos del marxismo ruso en sus obras *El socialismo y la lucha política* (1883) y *Nuestras diferencias* (1885); y, según Lenin, su libro *La concepción monista de la historia* (1894) «educó a toda una generación de marxistas rusos». Fue la figura dominante de la primera organización marxista rusa, el grupo Osvobozhdénie Trudá (Emancipación del Trabajo), y casi todas las figuras más sobresalientes del movimiento, incluido Lenin, empezaron como discípulos suyos. Fue

editor de *Iskra*, publicación de gran importancia, y principal responsable del programa adoptado por el Partido Obrero Socialdemócrata en 1903. Continuo defensor de la ortodoxia, Plejánov estuvo en primera línea en las luchas contra las distintas herejías que hicieron sucesiva aparición de 1895 en adelante. Durante dos décadas el movimiento socialdemócrata se agrupó en torno suyo, y continuó siendo figura de gran relieve hasta el final de sus días.

Es más, Plejánov fue una de las personas de mayor cultura de su tiempo. No sin motivo ha sido considerado en la historia de la *intelligentsia* rusa como el último de esa serie de individuos privilegiados que se inicia con Belinski y Herzen. Sobre él escribió el historiador liberal Kizevetter: «Ninguna desavenencia ante la postura sociopolítica de J. V. Plejánov debe ser obstáculo para apreciar tanto su brillante talento literario, como el cerebro poderoso y original y la multifacética erudición de este notable escritor». En Plejánov se aúnan las mejores tradiciones de la intelectualidad rusa con la más amplia corriente del marxismo europeo, para dar como resultado una voluminosa y variada producción literaria. Uno de los discípulos más creativos y sensibles de Marx, no sólo escribió incisivos análisis sobre asuntos contemporáneos, sino que además dio origen a la crítica literaria marxista, y fue un precursor en la extensión de la investigación marxista a otra multitud de campos. En este libro se dedica un amplio capítulo a la introducción a sus estudios filosóficos, históricos y artísticos.

Plejánov inició su trayectoria como revolucionario a los diecinueve años. Durante cinco años, antes de iniciar su exilio de treinta y siete, fue un cabecilla y un eficaz organizador y agitador, un revolucionario en la clandestinidad que utilizaba nudillos de acero, se ejercitaba en el uso de puñales y dormía con un revólver bajo su almohada. Sin embargo, una vez emigrado perdió contacto con la política activa y cada vez más, a medida que trabajaba en su adaptación del marxismo a Rusia, centró sus preocupaciones en la teoría. Dedicó especialmente su atención a los aspectos filosóficos del marxismo, a la defensa de las tácticas que consideraba de acuerdo con aquél, y a su utilización en la investigación de toda una serie de fenómenos sociales y culturales. Tan profunda fue la inmersión de Plejánov en el campo intelectual que cualquier estudio sobre su vida ha de ser en gran medida un estudio de su pensamiento. Esta consideración me ha llevado a escribir una biografía fundamentalmente intelectual.

No obstante, en lugar de limitarme a la simple consideración de las ideas de Plejánov, he tratado de introducirme en el estudio de las fuerzas y experiencias que dieron forma a su trayectoria moral e intelectual: la orientación de su familia, su educación y los círculos radicales de San Petersburgo que hicieron de él un revolucionario. He prestado especial atención a sus años de *naródnik*, por lo general olvidados, pues tanto la conversión de Plejánov al marxismo como el problema de la difusión del marxismo en Rusia deben estudiarse a la luz del antecedente de las esperanzas y frustraciones de los *naródnik*. He procurado, además, perfilar las líneas de desarrollo del movimiento revolucionario que condujo a la constitución del grupo Emancipación del Trabajo, y las vicisitudes por las que atravesó este vehículo organizativo de los primeros doce años del Plejánov marxista.

La parte más importante de este libro puede considerarse que es la historia de una idea: la historia de los orígenes, las vicisitudes y el fracaso final del esquema revolucionario en dos etapas en que consistió la adaptación por Plejánov del marxismo a las condiciones de su atrasado país natal. En los años posteriores a su enunciación, las formulaciones de Plejánov fueron repetidas veces objeto de desafío, tanto implícitamente por acciones en desacuerdo con ellas, como explícitamente por teóricos de todos los matices. Frente a tales desafíos, Plejánov luchó por preservar intacta la construción que con tanto cuidado había articulado, y que exigía un delicado equilibrio entre la lucha económica y la política, entre la burguesía y el proletariado, entre los obreros rusos y sus dirigentes socialdemócratas, y entre determinismo y voluntarismo. Creyó haberlo logrado, hasta que en 1905 la revolución que durante tanto tiempo había esperado puso en evidencia las contradicciones internas de su esquema. En ese momento crítico, el vigoroso innovador de otros tiempos no logró encontrar una respuesta creativa, aferrándose en lugar de ello a su desacreditado sistema y hundiéndose finalmente con él. Habiendo defendido siempre la necesidad de unos fundamentos teóricos firmes, las propias tesis de Plejánov demostraron al final carecer de fundamento alguno.

Se enfrentó Plejánov con más insistencia que cualquier otro dirigente del marxismo ortodoxo a las dos grandes desviaciones ideológicas de su época, el revisionismo de Eduard Bernstein y el bolchevismo de Lenin. No obstante, e irónicamente, su campaña en contra del revisionismo facilitó en gran medida el ascenso del bolchevismo; y posteriormente, cuando dirigió sus tiros contra el bolchevismo, fue deslizándose de forma imper-

ceptible hacia el revisionismo. Pese a no haber sido capaz de mantener el equilibrio entre los varios elementos de su sistema, hizo, no obstante, la mejor defensa concebible del marxismo ortodoxo. Aún así, ninguna de sus campañas tuvo éxito: el revisionismo triunfó en Occidente, el bolchevismo en Rusia, el marxismo ortodoxo en ninguna parte. La suerte de Plejánov resulta muy clarificadora de la inadecuación del marxismo ortodoxo, lo mismo ante las cambiantes sociedades occidentales, que ante los países subdesarrollados, como la Rusia del siglo XX.

Muchas de las dimensiones del azaroso período de la historia de Rusia en que vivió Plejánov han sido ya examinadas con amplitud por otros autores. No he creído necesario hacer en mi estudio más que una sumaria referencia al trasfondo histórico global. Es innecesario decir que capítulos como los referentes al congreso de 1905 del POSDR y a las revoluciones de 1905 y 1917 sólo ofrecen en líneas generales aquellos aspectos de los citados acontecimientos necesarios para la comprensión del pensamiento y la actividad de Plejánov. A su vez, el examen de su pensamiento y actividad contribuye a la mejor comprensión de los acontecimientos en que tomó parte, o contra los que reaccionó en alguna forma. Este estudio habrá alcanzado su propósito si pone en claro las ideas de Plejánov, por qué las mantuvo, cómo influyeron en el destino de su partido y de su país, y en qué fracasaron.

Mi interés por Plejánov nació cuando trabajaba en una tesis doctoral sobre el grupo Emancipación del Trabajo bajo la dirección del profesor Geroid T. Robinson de la Columbia University. Si bien varios capítulos de este libro pertenecen a dicha tesis, la casi totalidad del mismo se basa en investigaciones llevadas a cabo en los años posteriores a su terminación. Es un placer para mí reconocer la deuda contraída con las muchas instituciones y personas sin cuyo concurso nunca hubiera sido posible llevar a buen término esta obra: el Social Research Council y la Danforth Foundation por sus becas de investigación; Mme. E. Batault-Plejánova, en París, por haber puesto generosamente a mi disposición manuscritos no publicados, cartas y fotografías; por compartir sus recuerdos conmigo, y por haberme dado permiso para utilizar ilustraciones y citas de *God na ródine;* el International Institute of Social History, en Amsterdam, por su autorización para utilizar documentos manuscritos y la fotografía de los dirigentes socialistas en el Congreso de Amsterdam de

la Internacional; la Oxford University Press, por su autorización para citar los *Poems by Nicholas Nekrassov*, traducidos por Juliet Soskice (Londres, 1929); la *Russian Review*, la *American Slavic and East European Review*, el *Journal of the History of Ideas* y *Survey*, por su autorización para utilizar material de artículos míos publicados en dichas revistas; el personal de las bibliotecas de las Universidades de Columbia y Harvard, la New York Public Library, la Hoover Library, el British Museum, el International Institute of Social History, la Bibliotheque de Documentation Internationale Contemporaine y la Biblioteca Pública de Leningrado, por las muchas atenciones de que me hicieron objeto al hacer uso de sus ricas colecciones; y Mrs. Lyle Purcell, por la responsabilidad y cuidado puestos en la mecanografía del manuscrito. Quiero expresar además mi gratitud a Morris Watnick, por el favor de comentar distintos capítulos del libro; y a mi amigo John Kautsky, quien también leyó distintas partes del libro, y cuyo caluroso apoyo ha significado un gran estímulo para mí. Finalmente, he contraído una profunda deuda con mi mujer, no sólo por su ayuda en multitud de detalles, sino por la fortaleza, buen humor y devoción que ha mostrado, infatigable en el curso de este largo y difícil empeño.

S. H. B.

Grinell, Iowa.
Enero de 1963.

1. LOS AÑOS DE FORMACION

A mediados del siglo XIX, el dinamismo que en su momento había infundido Pedro el Grande a su país había desaparecido totalmente. Inicial impulsor de la modernización, el trono se había convertido ya hacía largo tiempo en guardián de la tradición y el orden. Los críticos del sistema, cuando no habían optado por un destierro voluntario, estaban intimidados o en la cárcel. Los frecuentes desórdenes promovidos por los campesinos ponían al descubierto el creciente descontento rural, pero eran aplastados sistemáticamente. Quienes hubieran podido cambiar el régimen carecían del poder necesario. Por su parte, las autoridades del gobierno intentaban ofrecer la impresión de que todo iba bien en el mejor de los mundos. En la guerra de Crimea (1853-56), Rusia era derrotada totalmente por sus antagonistas más progresistas, Gran Bretaña y Francia. El humillante fracaso militar revelaba la bancarrota del régimen que con tanta energía había querido mantener el zar Nicolás I (1825-55). La muerte del Zar, que coincidió con el desastre militar, hizo posible que al fin saliera Rusia del punto muerto en que se hallaba.

El nuevo Zar, Alejandro II (1855-81), dio vida a un amplio programa de reformas con vistas a la modernización de Rusia. De entre ellas, la principal fue la abolición de la servidumbre en 1861, movimiento calculado para apaciguar el malestar interno y para facilitar el desarrollo económico (*). Conseguido esto, según se esperaba, Rusia recuperaría su poder y prestigio internacionales. Nada radical, Alejandro preveía un programa de cambio controlado que dejaría intacto el poder autocrático de la monarquía. El y sus consejeros concedieron además la

* Otras reformas aligeraban la censura de prensa, creaban organismos locales de autogestión (los *zemstvo)*, liberalizaban las ramas judicial y militar del aparato estatal y promovían la educación.

debida atención a los intereses de los propietarios agrícolas, principal soporte de la corona. Había que combinar, en alguna forma, la continuidad con el cambio, el conservadurismo con la modernización. Pero el tiempo se encargaría de demostrar que las reformas eran incompatibles con el mantenimiento de las antiguas estructuras de poder. Una vez desencadenado, el proceso de cambio quedaba fuera de control, produciendo consecuencias que amenazaban con hacer que la autocracia siguiera el mismo camino que la servidumbre.

Liberado por el Edicto de Emancipación de cualquier dependencia personal frente al propietario de la tierra, el campesino, sin embargo, seguía siendo un ciudadano de segunda clase, privado todavía de la libertad de residencia y trabajo, vinculado por la ley a un municipio en concreto y obligado a aceptar la porción de tierra que le correspondía. La tierra, que recibía en parcelas preparadas por miembros de la clase propietaria local (*), por lo general era de pobre calidad, de precio muy elevado e insuficiente para atender a sus necesidades. Durante las últimas décadas del siglo XIX, un alto índice de natalidad redujo todavía más los ingresos *per capita*, mientras aumentaban los impuestos que gravitaban sobre los campesinos. En consecuencia, la mayoría sufrió un deterioro en su situación material durante las décadas siguientes a la Emancipación. Las grandes propiedades que seguían en manos de la alta burguesía y la pequeña nobleza rural, y del Estado, provocaban la envidia de no pocos campesinos sedientos de tierra y convencidos de que aquélla debía pertenecer a quienes la trabajaban. Durante los años siguientes estallarían en el campo multitud de *jacqueries*, demostrando sin lugar a duda que el «Zar libertador» no había resuelto la cuestión agraria.

A pesar de las ventajas que el estatuto de Emancipación les reconocía, la situación de los grandes propietarios agrarios también dejaba mucho que desear. Por lo general habían conservado la mitad —la más fértil— de su propiedad rural y recibido una generosa compensación por la porción entregada. Bien es cierto que ahora carecían de la mano de obra de que disponían antes, y de los aperos necesarios para el cultivo de la tierra, pero eran éstos problemas de menor importancia. Lo que sobre todo faltaba a los grandes propietarios agrícolas eran hábitos de

* La tierra era transferida a los municipios, los cuales, a su vez, la parcelaban entre los campesinos. El título de propiedad generalmente tenía por titular a la organización municipal, y no a los campesinos individualmente.

trabajo, experiencia empresarial, y la iniciativa y flexibilidad necesarias para adquirir lo uno y lo otro. Con la ruptura del antiguo sistema de relaciones agrarias, los nobles quedaban sometidos, como no lo habían estado nunca antes, al libre juego de las fuerzas económicas. Incapaces de comprender el nuevo orden económico o resistir sus efectos, una gran mayoría siguió con ligeras variaciones el cuadro de decadencia y hundimiento que tan brillantemente trazó Chéjov en *El jardín de los cerezos.*

Las reformas alejandrinas aumentaron las oportunidades de movilidad geográfica y social (*), crearon una reserva de mano de obra libre, y proporcionaron nuevos incentivos a la iniciativa económica. El apoyo estatal a la construcción del ferrocarril y el establecimiento de instituciones crediticias espolearon el desarrollo de una economía de mercado. Las actividades industriales adquirieron un nivel considerable a partir de 1880. Se crearon nuevas ramas de producción; se aceleró el pulso de la vida económica. Del viejo orden casi feudal surgía una economía capitalista que prometía transformar la estructura social de Rusia, y quizá incluso su constitución política.

Los centros urbanos se multiplicaron y la población de las ciudades rusas alcanzó proporciones sin precedentes (**). Con una moderna economía industrial en pleno desarrollo, la burguesía asumía mayor importancia. La política del gobierno zarista favorecía sus intereses económicos. Aun así, la clase capitalista seguía siendo social y políticamente mucho menos poderosa que en Inglaterra, Francia o los Estados Unidos. Si se contentaría con aceptar indefinidamente este *status* de inferioridad era una cuestión de crítica importancia.

Con la distribución de tierras a los campesinos, los arquitectos de la reforma esperaban haber evitado la formación de un proletariado industrial y los turbulentos conflictos de clase que a él iban asociados. Pero el exceso de población en el campo y la indigencia de los pueblos obligaban de hecho a un gran número de campesinos a buscar empleo en las ciudades. Aunque con frecuencia conservaban profundas raíces en el campo, muchos de ellos se convirtieron inevitablemente en proletarios industriales. Al igual que en el resto del mundo durante las primeras etapas de la revolución industrial, las condiciones de vida y de trabajo de la mano de obra fabril en Rusia

* Las restricciones de movimiento a los campesinos fueron progresivamente aligeradas.

** No obstante, la aplastante mayoría de la población rusa era todavía rural al estallar la primera guerra mundial.

eran atroces. Además, estaban promulgadas muy pocas leyes sociales, y los obreros tenían prohibido organizar sindicatos para su defensa. Bajo tales circunstancias era absurdo esperar que pudieran evitarse los enfrentamientos de clase. Ya a comienzos de la década de 1870 estallaron serios conflictos laborales en algunos de los centros industriales más importantes. Desde entonces, y cada vez más, empezaron los revolucionarios a ganarse las simpatías de los medios proletarios.

Los revolucionarios procedían en su mayoría de las filas de la *intelligentsia*.[1] Este grupo social no tiene paralelo exacto en las sociedades occidentales; aún así, paradójicamente, era una consecuencia del impacto de Occidente en Rusia. La *intelligentsia* era producto del contacto cultural entre dos civilizaciones dispares, un contacto favorecido especialmente a partir de los tiempos de Pedro el Grande. A partir de entonces la sociedad rusa, orientada tradicionalmente y muy rígidamente estratificada, quedó expuesta a las ideologías seculares, dinámicas, que, una tras otra, se sucedían en Occidente. Las ideas políticas y sociales de signo avanzado ganaron unos pocos adeptos en el siglo XVIII, y un gran número de ellos, incluidas figuras tan brillantes como Alexander Herzen y Vissarión Belinski, en el siglo XIX. Desde el punto de vista de los valores occidentales, la *intelligentsia* consideraba salvaje el modo de vida ruso. La realización de sus aspiraciones exigía una revisión radical de sus fundamentos. Pero dado que sus ideales derivaban de un contexto social radicalmente distinto, tenían que hacer frente no sólo al poder represivo del aparato estatal, sino además a la incomprensión general de la gente a la defensa de cuyos intereses estaban entregados. Sin dejarse amilanar por los repetidos fracasos, buscaron persistentemente un «álgebra de la revolución», una combinación de ideas y fuerzas que transformaría sus sueños en realidad.

La fuerza de la *intelligentsia* creció en las décadas posteriores a la emancipación. A medida que el esfuerzo de modernización iba exigiendo un número de profesionales cada vez mayor —profesores e ingenieros, médicos y abogados, empresarios y técnicos— empezaron a amontonarse los estudiantes en las instituciones de enseñanza superior.[2] El pensamiento radical mantenido en las universidades por anteriores generaciones de estu-

1 Existe una abundantísima literatura sobre la *intelligentsia*. Para una breve y buena información, véase Seton-Watson, pp. 18-24.

2 Entre 1862 y 1870 se fundaron dos nuevas universidades y cinco institutos profesionales de grado superior. Véase W. H. E. Johnson, *Russia's Educational Heritage* (Pittsburgh, 1950), pp. 145-146.

diantes, no mostró tendencia a declinar durante el reinado de Alejandro. Las innovaciones del Zar quedaban muy por debajo de los ideales de la *intelligentsia* y, además, no facilitaban medios legales para la realización de dichos ideales. La renovada reacción después de un atentado contra la vida del Zar en 1866, acrecentó su distanciamiento, impulsándola a una intensificada actividad de oposición. Cultivó con toda diligencia a la juventud que tenía inclinaciones similares, y fluyeron así a los movimientos revolucionarios nuevos militantes procedentes de las universidades. Entre ellos Georgi Valentínovich Plejánov.

Georgi nació el 29 de noviembre de 1856 (*) en Gudalovka, un pueblo de la provincia de Tambov, en la Rusia central. Su padre, Valentín, era miembro de la nobleza rural de extracción tártara.[3] Antes de retirarse a administrar sus propiedades, Valentín tuvo una carrera militar durante la cual prestó servicio en la guerra de Crimea y en el aplastamiento de la sublevación de Polonia en 1863. Uno de los hermanos del padre de Plejánov fue también oficial del ejército, y el otro, jefe local de policía en la provincia de Tambov. La nueva generación, los tres hermanos mayores de Georgi, entraron todos en el ejército y él mismo se sintió al principio inclinado hacia idéntica profesión. El futuro revolucionario procedía de una familia con enraizada tradición de lealtad al Estado ruso.

* Todas las fechas que se mencionan en este libro son acordes con el antiguo calendario ruso, retrasado trece días respecto al calendario gregoriano occidental.

3 Las fuentes de este resumen de los primeros años de vida de Plejánov son: Arzáiev, prefacio a *God na ródine*, de Plejánov; Frencher, «Na ródine J. V. Plejánova» (en la patria de J. V. Plejánov); Kaménskaia, Prefacio al *Anarquismo y socialismo*, de Pléjanov; R. M. Plejánova, «Kak organizoval svoí úmstvenni trud J. V. Plejánov» (Cómo organizaba su trabajo intelectual J. V. Plejánov), y «Plejánov i rabóchie» (Plejánov y los obreros); Deutsch, «Mólodost J. V. Plejánova» (La juventud de J. V. Plejánov); V. V. Pozdniákova-Plejánova, «Detstvo i ótrochestvo J. V. Plejánova» (Infancia y adolescencia de J. V. Plejánov), en Deutsch, *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá»* (El grupo Emancipación del Trabajo), vol. I; M. S. Alexandrov, «Odín iz pérvij uchítelei Plejánova» (Uno de los primeros maestros de Plejánov), en *ibíd.*, vol. V; Semashko, «O détskij godaj J. V. Plejánova» (Acerca de los años de infancia de J. V. Plejánov) y «Zamechániia po póvodu biografi J. V. Plejánova sostávlennoi Y. Arzáievim» (Observaciones a propósito de la biografía de J. V. Plejánov escrita por Y. Arzáiev); Smirnov, «J. V. Plejánov v Vorónezhkoi Voénnoi Gimnazi» (J. V. Plejánov en la Escuela Militar de Vorónezh); Aptekman, «Pometki O. V. Aptekmana na staté o J. V. Plejánove» (Acotaciones de O. V. Aptekman a un artículo sobre J. V. Plejánov); he contraído también una deuda de gratitud por su información sobre muchos puntos, con Eugenia Batault-Plejánova y Lidia Savoureux-Plejánova, y con el personal del Dom Plejánova (Casa de Plejánov), en Leningrado.

Por su nivel económico, Valentín Plejánov pertenecía al estrato inferior de los propietarios campesinos. Había recibido en herencia 270 acres de tierra y unos cincuenta siervos. La dote de su primera mujer dobló su propiedad, pero en 1858 las necesidades de su familia —con el tiempo llegó a tener doce hijos— le impulsaron a vender la parte de propiedad que su mujer había aportado como dote. Tres años más tarde la abolición de la servidumbre agudizó la crisis familiar, privando a su cabeza de la fuente tradicional de mano de obra y partiendo de nuevo la propiedad por la mitad. Después de diez años de intentar administrar lo que quedaba de su posesión con mano de obra asalariada, en 1871 desistió del esfuerzo y aceptó un puesto administrativo en uno de los *zemstvo* recién creados. Tras su muerte, acaecida dos años más tarde, su mujer se deshizo de la mayor parte de las tierras restantes. La historia económica de los Plejánov durante estas décadas es fiel reflejo de la de muchas familias de pequeños propietarios agrícolas, excepto que Valentín intentó realmente administrar con eficacia sus tierras.

A pesar de que bajo el viejo sistema tampoco le iban las cosas demasiado bien, Valentín era tajante en cuanto a su oposición a las reformas de la Emancipación. Creía que el antiguo orden social correspondía a una jerarquía natural, según la cual quienes estaban destinados a mandar debían dirigir el trabajo de la gran mayoría, incapaces de atender a sus propios asuntos. Carente de la penetración necesaria para comprender la problemática del Estado y la nación, nunca perdonó a Alejandro II haber trastornado el supuesto orden natural de la sociedad. Valentín se sentía orgulloso de su condición de noble y de su rango militar y le afectó profundamente la pérdida de sus prerrogativas sobre los campesinos. Tuvo la satisfacción de haber predicho sin equivocarse —si bien por razones distintas de las verdaderas— que las innovaciones del Zar iban a perjudicar por igual a propietarios y campesinos.

Los recuerdos tanto de sus hijos como de sus antiguos siervos coinciden en describir al padre de Plejánov como hombre severo, irascible, y a veces violento (*). Era también uno de esos hombres que deliberadamente tratan de moldear el carácter de sus hijos, quedando algunos de sus valores profundamente im-

* A una de sus hijas le recordaba el príncipe Volkonski, de *Guerra y paz*, que era apodado rey de Prusia y residía en una propiedad llamada «Colinas peladas» [«Lisia-Gori», N. del T.]. Véase V. V. Pozdniakova-Plejánova, en L. Deutsch, ed., *Gruppa «Osvobozhdénie trudá»*, I, pp. 84-85.

presos en Georgi. Como militar concedía mucha importancia a la virilidad y a la valentía. Se cuenta que puso a su hijo Georgi, cuando no tenía más que cinco años, a lomos de un caballo muy fogoso, le dio las riendas, y azuzó al caballo, gritando al niño que se mantuviese sobre la silla. Georgi superó la prueba, y no fue ésta la única historia que circuló acerca de su valentía. Con el mismo interés con que se había dedicado a la administración de su propiedad, Valentín se impuso la tarea de hacer que sus hijos tuviesen confianza en sí mismos, fuesen independientes y activos. Tenían instrucciones de no pedir nunca a los sirvientes que hiciesen algo que pudieran hacer por sí mismos. Intolerante ante la ociosidad, decía muchas veces: «Ya descansaremos en la tumba». Plejánov respondió bien a la educación que le daba su padre. El valor físico y la capacidad para mantener la calma frente al peligro iban a serle muy útiles en los primeros años de su carrera revolucionaria. Ya adulto, demostró ser capaz no sólo de valerse por sí mismo, sino también de mantenerse firme en solitario si ello era preciso. La energía que Valentín puso en la administración de su propiedad fue más que igualada por la entrega de Georgi al movimiento revolucionario. Al igual que su padre, también él era sincero y orgulloso, aunque huraño y reservado. (Sus conocidos le recuerdan con frecuencia como hombre imponente, austero, inaccesible, y es sabido que a lo largo de su vida tuvo muy pocos amigos íntimos.)

Ya mayor, Plejánov se enorgullecía considerablemente de que su madre estuviera lejanamente emparentada con el famoso crítico radical Belinski. María Fedorovna, hija de un noble empobrecido, estaba empleada como institutriz cuando conoció a Valentín Plejánov. Valentín era entonces viudo, y tenía cuarenta y cinco años y siete hijos: María tenía veintidós. El noviazgo fue breve y la boda se celebró en 1855. Georgi fue el primero de sus cinco hijos.

María, una persona dulce, modesta y tierna, había sufrido humillaciones y malos tratos de manos de su madrastra, y quizá por esta razón los sufrimientos de los demás despertaban inmediatamente su compasión. Más de medio siglo más tarde algunos de sus antiguos siervos la recordaban con afecto y gratitud. Era en cierta forma una intelectual y había estudiado en el Instituto Smolni con una beca del Estado. Sus profesores lamentaron que no pudiera acceder a estudios superiores, que en aquel tiempo estaban prohibidos en Rusia a las mujeres. Como esposa y como madre, María tomó a su cargo la primera enseñanza de sus hijastros, y luego de sus propios hijos. Tras la

muerte de su marido, en 1873, se convirtió en profesora con objeto de poder mantener a sus hijos más pequeños.

Las relaciones entre María y su hijo primogénito fueron especialmente cálidas. Ella alentó sus evidentes dotes intelectuales, primero con cuentos y más tarde enseñándole a leer cuando todavía era muy pequeño. Georgi devoró los libros de la biblioteca familiar, en su mayor parte de temas militares. Su padre, en cierto modo desconcertado por las ganas de leer de su hijo, le urgía a hacer más ejercicio físico. De Plejánov se ha afirmado, sin faltar mucho a la verdad, que «su primer maestro en la revolución fue sin duda su madre».[4] María Fedorovna no era en modo alguno una revolucionaria, ni siquiera en espíritu; pero el sentido de altruismo y devoción por la justicia que comunicó a su hijo tuvieron la mayor trascendencia. Puede que Georgi heredase la dureza de carácter de su padre, pero las pautas de conducta que le inculcó su madre fueron las que le ayudaron a reconocer y le impulsaron a combatir los males de la vida política y social de Rusia.

La educación formal de Georgi no comenzaría hasta 1866, fecha en que, teniendo diez años, ingresó en el segundo curso de la Academia Militar de Vorónezh. Para conseguir el permiso necesario para ingresar en la Academia, Georgi dio pruebas a su padre de haber asimilado aquella firmeza de carácter que con tanto trabajo le había inculcado Valentín. El padre quería que Georgi encaminase sus pasos hacia un puesto burocrático, donde encontraría, opinaba, mejores oportunidades que en el ejército. Pero Georgi estaba decidido a convertirse en oficial del ejército, y al final el padre dio su consentimiento, quizá complacido en secreto por la tenacidad y resolución de su hijo.

Plejánov fue alumno de la Academia de 1866 a 1873. Fue un alumno querido e influyente en su curso, y su desarrollo intelectual y moral se vio favorecido por el contacto con algunos excelentes profesores. Posteriormente su madre echaría la culpa de su carrera revolucionaria a los librepensadores de la Academia.[5] La acusación, desde luego, no carece por completo de fundamento. A comienzos de la década de 1860, con el espíritu liberal en ascenso, el Ministerio de la Guerra quedó bajo el control del reformista D. A. Miliutin. Una de las consecuencias fue la liberalización de las escuelas militares. Se atenuó el énfasis puesto en la disciplina, se ampliaron los planes de

4 Semashko, *Proletárskaia revoliútsiia* (Revolución proletaria), 1922, número 5, p. 303.

5 Frencher, p. 45.

estudio, se contrató a profesores capaces, al margen, en líneas generales, de sus convicciones políticas. Entre los profesores de la Academia que más sobresalían en la época de Plejánov se contaban el historiador M. F. de Pulé, y N. F. Bunakov, un conocido defensor de ideas pedagógicas liberales.

Aunque no era un revolucionario, Bunakov había mostrado simpatías por los movimientos revolucionarios, y anteriormente había sido despedido del instituto de Vologdá por sus opiniones políticas avanzadas. Tenía una concepción exaltada de la vocación al magisterio y creía que la educación debía ser universal y obligatoria. Durante la década de 1870 difundió activamente sus opiniones a través de diversas publicaciones y trabajó en instituciones de enseñanza para profesores. También se extendía su esfera de actividades al terreno de la educación de adultos y colaboró en la organización del primer teatro campesino de Rusia (*). Cuarenta años después de sus tiempos de estudiante en Vorónezh, decía Plejánov refiriéndose a Bunakov: «Fue él quien hizo nacer en mí el amor por la literatura, y me enseñó a hablar y a escribir con corrección, precisión, claridad y sencillez».[6] Bunakov hizo que Plejánov tomase conciencia de sus aptitudes para escribir. Se cuenta que tras leer una de sus composiciones dijo al pequeño: «Plejánov, tú llegarás a ser un gran escritor». Fue Bunakov probablemente quien inició a Plejánov en los escritos de Belinski, Chernishevski y Dobroliubov, el gran triunvirato ruso de críticos literarios radicales, facilitando al joven su primer contacto con el universo de ideas que alimentaba la *intelligentsia.* Tan fuerte impresión causó Chernishevski en Plejánov que en 1881 emparejó al ruso con Marx entre los escritores que más le habían ayudado a desarrollar su pensamiento a todos los niveles (**).

Quizá lo más importante que enseñó Bunakov a sus discípulos fue su sentido de responsabilidad ante el pueblo ruso.

* Las actividades de Bunakov se vieron truncadas a raíz de la represión iniciada en la década de 1860, y en 1903, después de haber dejado pública constancia de su postura en favor de las libertades cívicas, tuvo que recurrir al exilio. Véase D. Medinski, *Istoriia russkoi pedagógiki* (Moscú, 1938), pp. 278-82.

6 Citado por Alexándrov, *Gruppa*, V, p. 37.

** *Delà i dni*, 2 (1921), p. 86. Plejánov hizo esta confesión en una carta a Lavrov, a quien incluyó, junto con Chernishevski y Marx, como sus «autores favoritos». En mi opinión, Lavrov tuvo una influencia mucho menor sobre Plejánov que los otros dos; el que incluyese a Lavrov debe más bien considerarse como expresión de gratitud por las muchas amabilidades que con él tuvo Lavrov a principios de la década de 1880. A mediados de esa misma década Plejánov proclamaba públicamente la

Ello queda de manifiesto en la descripción de una conmovedora experiencia de sus días de estudiante, que contó Plejánov muchos años más tarde. Después de 1870, a raíz del nombramiento de un nuevo, y reaccionario, director de la Academia, como consecuencia de la política cada vez más conservadora del gobierno, los estudiantes se reunían por la noche, en la habitación de uno u otro, para leer a hurtadillas las obras prohibidas de autores radicales. Plejánov recordaba una de aquellas ocasiones en el curso del último año que pasó en la Academia, cuando se reunió un grupo para leer en voz alta las obras del famoso poeta radical Nikolái Nekrásov:

> Acabábamos apenas de leer «El ferrocarril» cuando sonó una señal llamando a formación. Escondimos el libro y nos dirigimos al patio con nuestras armas, aún bajo la fortísima impresión de lo que habíamos leído. Al empezar a alinearnos, mi amigo S. se acercó a mí y aferrando el tambor de su pistola me susurró: «¡Ah, si pudiera empuñar esta arma e ir a combatir por el pueblo ruso!». Estas palabras, dichas furtivamente a escasos pasos de un adusto oficial del ejército, quedaron hondamente grabadas en mi memoria.[7]

«El ferrocarril» es un poema lleno de compasión por los sufrimientos del pueblo. Describe las fatigas y sacrificios, sufrimientos y muerte de los obreros que construyen una línea de ferrocarril, con un lenguaje calculado para despertar un sentido de identificación en el lector con la causa del progreso popular y la prosperidad:

> Nosotros, con frío, con calor, forzábamos nuestras energías,
> Trabajábamos perennemente encorvados,
> Vivíamos en casuchas de barro, empapados y helados;
> Luchábamos contra la inanición, agotados por el escorbuto.
> Estafados por el astuto capataz,
> Azotados por los amos y arrastrados por el suelo,
> Todo lo soportábamos y éramos pacientes, benditos de Dios,
> Pacíficos hijos del trabajo.
> Hermanos, hoy vosotros recogéis el fruto de nuestra lucha.
> Nuestro destino ha sido la muerte y la podredumbre.
> ¿Pensáis todavía alguna vez en nosotros con bondad?
> ¿Recordáis, o no?[8]

deuda contraída con Chernishevski: «En mi trayectoria y desarrollo intelectual se deja sentir mucho la influencia de Chernishevski; el análisis de sus puntos de vista fue un acontecimiento de importancia capital en mi vida literaria.» *Sochinéniia*, VI, p. 382.

7 *Sochinéniia* (Obras), X, p. 389.

8 *Poems of Nicholas Nekrassov* (Poemas de Nicolás Nekrásov) traducción inglesa de Juliet Soskice (Londres. 1929), p. 190.

Plejánov había sido educado por su madre en la religión ortodoxa, pero sumergido en la atmósfera librepensadora de la Academia rompió con la religión tradicional. Pronto empezaría a plantear preguntas penetrantes al sacerdote que enseñaba la ley divina, y al principio el sacerdote las respondía de buena gana. Cuando se corrió la voz de lo que estaba pasando, los estudiantes empezaron a amontonarse en lo que había sido una de las clases menos frecuentadas, para presenciar cómo se enfrentaba un ingenio a otro. El sacerdote pronto empezó a sentirse incómodo ante la línea de las preguntas que se le hacían, y tras cuatro o cinco sesiones puso fin al asunto diciendo: «No, joven, dejemos estas discusiones o de lo contrario nuestras lecciones sobre la ley de Dios se van a convertir en lecciones de ateísmo».[9]

Si bien Plejánov se distinguió académicamente durante sus primeros años en la Academia, no logró tan buenos resultados en los cursos superiores, y en los exámenes finales sólo lograría el décimo puesto sobre un total de veinte estudiantes aprobados. Recibió las máximas calificaciones en Geografía, muy buenas calificaciones en Sagradas Escrituras, Francés e Historia, y calificaciones mediocres en las otras asignaturas, incluidas todas las de ciencias. Junto con otros seis o siete alumnos de la clase, recibió la calificación más baja que se daba en conducta general. Posiblemente, tanto sus poco brillantes resultados académicos como las bajas calificaciones en conducta eran consecuencia de su falta de interés por gran parte del trabajo escolar y su preferencia, al contrario, por lecturas ajenas al mismo.

Tras su graduación, en 1873, se matriculó en la Escuela Militar Konstantinóvskoe, de San Petersburgo. Tenía diecisiete años, y no hay duda de que todavía no era un revolucionario. Sus simpatías por el pueblo y su falta de creencia en Dios todavía no parecían incompatibles con una carrera militar al servicio del Estado ruso. Sin embargo, el terreno estaba ya abonado, y su inocencia política no logró sobrevivir a medio año de estancia en la capital. Su interés por la ciencia militar y la disciplina disminuía a medida que dedicaba cada vez más tiempo a la literatura rusa y a la crítica literaria, ponderando los interrogantes que le planteaban sus lecturas y experiencias. Durante estos meses frecuentó mucho la compañía de su hermanastro Mitrofánov, oficial destinado en la capital y diplomado en la Academia General de Estado Mayor. En compañía de Mitrofánov y sus amigos, Georgi se planteó abiertamente uno de los principales interrogantes que había estado meditando: saber

9 Arzáiev, p. xi.

si el deber auténtico de cada cual estribaba en la lealtad al Zar o en la lealtad a la nación.[10] Si ingresaba en el ejército, como tantos otros miembros de su familia habían hecho, podría exigirse de él que actuase en contra del pueblo ruso. ¿Podía él, en tal caso, con la conciencia tranquila, olvidar sus responsabilidades ante el pueblo ruso y servir al Zar? Decidió que no podía, y abandonó la Konstantinóvskoe después de sólo un semestre. A comienzos de 1874 solicitaba, y le era concedido, permiso para aplazar su período de servicio militar, y entonces se dispuso a preparar el examen de ingreso en la Escuela de Minas de San Petersburgo.

La decisión de Plejánov no representaba una toma de postura con vistas a una carrera revolucionaria; ni tampoco, como se ha sugerido, «su primer gesto de "noble arrepentido"».[11] Su comportamiento durante el verano de 1874, que pasó con su madre en la propiedad de Gudalovka, si bien apuntaba el carácter avanzado de sus ideas, todavía no era el de un revolucionario comprometido. Después de la muerte de su marido, en 1873, María Fedorovna había vuelto a Gudalovka, en la esperanza de poder administrar la propiedad ella sola. Ello se demostró imposible, aun a pesar de lo reducido de su tamaño por aquel entonces, y al final decidió vender todo excepto cuarenta acres. Los campesinos de Gudalovka manifestaron interés por comprar la tierra, pero su oferta era inferior a la de un comerciante acaudalado, y María, a pesar de su simpatía por los campesinos, estaba a punto de vender la tierra al comerciante, cuando llegó Georgi. Este se sintió ultrajado ante la futura transacción y amenazó con que si ella permitía que la tierra pasara a manos de un extraño en lugar de las de «nuestros paisanos», prendía fuego al almacén del comerciante y se entregaba a las autoridades para que lo juzgasen. Sabiendo que no hablaba por hablar, María cedió.[12]

En respuesta a esta demostración de buena voluntad, los campesinos incendiaron poco después la casa solariega de los Plejánov,[13] en apariencia movidos por la convicción de que la tierra no iba a ser realmente suya mientras todavía siguiese en pie la casa del antiguo propietario. Luego, después de haber provocado el incendio, se entregaron a toda clase de actos del

10 Notas tomadas en entrevistas con las hijas de Plejánov, París, verano de 1959.

11 Haimson, pp. 31-32. La interpretación de Haimson procede de Deutsch, «Mólodost J. V. Plejánova» (La juventud de J. V. Plejánov), p. 127.

12 Deutsch, «Mólodost J. V. Plejánova», p. 120.

13 Frencher, p. 37.

más temerario heroísmo para salvar los muebles y demás pertenencias de la familia. Puede que la arraigada convicción de Plejánov acerca de la irracionalidad de los campesinos, posteriormente de gran importancia en sus planteamientos sociales, derivase, en parte, de estos acontecimientos.

El famoso anarquista ruso Kropotkin, clásico ejemplo de noble arrepentido, trasluce la psicología de dicha capa social en sus memorias. Hablando de la búsqueda y conquista de conocimientos científicos, dice: «¿Pero qué derecho tenía yo a estos altos goces cuando a mi alrededor sólo había miseria y lucha por un rancio trozo de pan; cuando todo lo que gastase para poder vivir en ese mundo de elevadas emociones necesariamente debía quitarlo de la misma boca de quienes cultivaron el trigo y no tienen pan suficiente para sus hijos?».[14] En el cambio de elección de Plejánov de una carrera militar a la de ingeniero de minas no hay la menor indicación de los sentimientos de arrepentimiento expresados por Kropotkin. Es curioso, sin embargo, que Plejánov, con sus bajas calificaciones en las asignaturas de ciencias, eligiese la carrera de ingeniero de minas en lugar de dedicarse a estudiar idiomas y literatura, o ciencias sociales, campos en que sus intereses y talento estaban ya demostrados. La explicación de aquella elección sin duda estriba en las peculiaridades del espíritu radical en Rusia durante la década de 1860 y principios de la década de 1870, con su pasión por el utilitarismo, el positivismo, el materialismo y la ciencia. El nihilista de Turguéniev, Bazárov, era médico y científico aficionado. Lopujov y Kirsanov, dos personajes centrales en la novela de Chernishevski, *¿Qué hacer?*, aunque entregados a la causa de la prosperidad popular, se interesan antes que nada por el progreso científico. En la misma obra, Vera Pávlovna, que monta un taller organizado sobre principios socialistas, se decide luego a estudiar medicina. Chernishevski no veía contradicción alguna entre adquirir conocimientos y servir al pueblo; es más, la ciencia parecía ser uno de los caminos más apropiados para aumentar el bienestar popular. Tal forma de ver las cosas debió ejercer un especial atractivo sobre un joven con profundos intereses intelectuales. Y entre las ciencias de la naturaleza y la literatura o los estudios sociales, las primeras gozaban de un prestigio mucho mayor, a causa de su asociación con el positivismo y el materialismo, y de su carácter en apariencia de mayor utilidad.

14 Kropotkin, p. 240.

Consideraciones como las que acabamos de hacer sin duda fueron las que indujeron a Plejánov a pasar de los estudios militares a los científicos, de Konstantinóvskoe a la Escuela de Minas, que, entre paréntesis, lleva ahora su nombre. No obstante, sólo permanecería dos años en la Escuela, y cuando la abandonara no lo haría como ingeniero de minas, sino como simpatizante del movimiento revolucionario.

2. ¡ID AL PUEBLO!

En 1873 llegaba Plejánov por vez primera a San Petersburgo, precisamente cuando el populismo revolucionario estaba retoñando y fructificando en lo que pronto se convertiría en el movimiento más importante contra el sistema establecido, en Rusia, después de la conspiración decembrista de 1825. Herzen, desde Inglaterra, desilusionado ya con el Zar Alejandro II, gritaba a los estudiantes, en 1861, por intermedio de su periódico *Kólokol* (La campana): «¡Id al pueblo! ... Ese es nuestro sitio ... Demostrad ... que de vosotros no van a salir nuevos burócratas, sino soldados del pueblo ruso.» Ignorada en un primer momento, la llamada de Herzen recibió respuesta positiva una docena de años más tarde, gracias a una serie de acontecimientos que tendrían lugar en la década de 1860 y que pusieron en primer plano los defectos del régimen alejandrino en contra del cual protestaba.

La detención y encarcelamiento de un grupo de liberales que se habían atrevido a pedir un gobierno atento a los deseos del pueblo, y el encarcelamiento de Chernishevski y Dmitri Písarev, otro crítico literario, transmitieron al público el sentimiento de la intransigencia del gobierno en el campo de las libertades políticas y civiles. La mayor libertad permitida a la prensa a comienzos de la década de 1860 fue desapareciendo paulatinamente con el paso del tiempo; y la política seguida por el Ministro de Educación, conde Dmitri Tolstoi, nombrado en 1866, provocó las iras de los elementos progresistas de la sociedad, tanto estudiantes como profesionales. Ciertas investigaciones sociológicas y dos epidemias de hambre a fines de la década pusieron agudamente de relieve la infortunada situación de los campesinos bajo el nuevo régimen y alimentaron las actitudes de simpatía de las clases educadas hacia las masas del pueblo ruso.

A fines de la década de 1860 y principios de la década de 1870 el movimiento populista (*naródnichestvo*)[1] recibió un impulso considerable gracias a los escritos de los publicistas de la revolución Pietr Lavrov y Mijaíl Bakunin. Ambos predecían un gran levantamiento de los campesinos en contra del orden social y político existente, que habría de ser instigado por la *intelligentsia*. Ambos, siguiendo la tradición de Herzen y Chernishevski, consideraban a la comunidad agraria colectivista como núcleo del orden socialista agrario que proponían erigir. Los contornos de la nueva sociedad que ellos proyectaban eran más que difusos, pues, característicamente, les preocupaba más la destrucción que la construcción. Ambos tenían claras tendencias anarquistas[2] y en consecuencia calificaban a su movimiento como socialrevolucionario, dirigido no a la conquista de los derechos políticos dentro del marco del Estado, ni a la reforma del Estado, ni tan siquiera a su conquista y utilización para la puesta en práctica de sus programas sociales. Querían, simple y llanamente, poner fin de una vez por todas al mismo Estado que, según ellos, era por su propia naturaleza un instrumento de coerción.

La importancia de las ideas anarquistas dentro del movimiento *naródnik* exige una explicación. Se puede esperar de los movimientos revolucionarios en un país que gime bajo el yugo del absolutismo que adopten una actitud positiva con respecto a las libertades políticas y un gobierno constitucional. Esta al menos ha sido la norma en la historia de los países europeos occidentales. Pero precisamente porque el desarrollo de Rusia no estaba muy avanzado, los movimientos radicales tomaron allí un sentido diferente. A partir de mediados del siglo XIX, ciertos observadores rusos de la Europa occidental, como Herzen, estaban persuadidos de que las revoluciones liberales habían derribado una tiranía sólo para dar paso a otra distinta. El absolutismo había sido sustituido por el dominio de la burguesía, y la gran mayoría todavía seguía oprimida. En opinión de los radicales rusos que seguían esta línea —la mayoría en la década de 1870— el gobierno constitucional y las libertades políticas eran simplemente un fraude destinado a ocultar la supremacía política de los explotadores del pueblo. Incapaces de comprender el significado del Estado de derecho, y las posibilidades de democratización de los sistemas políticos en los países occidentales, entonces menos solidificados que ahora, se sentían inclinados a rechazar la filosofía liberal *in toto*. Los rusos decidieron no caer en la misma trampa; no iban a empeñarse en derribar al zarismo sólo para dar al pueblo un nuevo amo. En lugar de ello había que destruir la organización centralizada del Estado, que parecía unida inextricablemente a la opresión; el pueblo sólo podría ser libre si se diseminaba el poder entre las numerosas organizaciones comunales que en conjunto constituían el cuerpo político de la nación.

Lavrov y Bakunin, aunque su actitud y perspectivas básicas tuviesen mucho en común, diferían en cuanto a los medios. Creía Bakunin que los campesinos eran revolucionarios por naturaleza, siempre a punto de estallido, de forma que si la *intelligentsia* se mezclaba con ellos podía inducirles a la rebelión inmediata con unas pocas frases inflamadas. Lavrov, si bien aceptaba que los campesinos representaban un sólido material revolucionario, era menos optimista respecto a la facilidad de provocar un levantamiento. Por consiguiente, en lugar de insistir en la agitación inmediata, como hacía Bakunin, insistía en la necesidad de un período preliminar de propaganda entre los campesinos para asegurar y solidificar su apoyo a la revolución anarco-socialista. Un tercer estratega revolucionario, cuyas ideas estaban destinadas a tener una importancia considerable algunos años más tarde, era Petr Tkachev. En oposición a los otros dos, Tkachev tenía muy poca fe en las inclinaciones revolucionarias de los campesinos y, en consecuencia, hacía descansar la responsabilidad del logro de la revolución exclusivamente en la *intelligentsia*. Esta debía conspirar para hacerse con el poder del Estado y posteriormente utilizarlo en apoyo de la revolución social. En otras palabras, Tkachev no compartía el punto de vista anarquista de Lavrov y Bakunin, sino que veía en el Estado un arma positiva para la consecución de un nuevo régimen socio-político.

De conformidad, en un primer momento, más con las ideas de Lavrov que con las de Bakunin, a principios de la década de 1870 se empezaron a organizar en secreto, en el seno de la *intelligentsia*, círculos conocidos bajo el nombre de chaikovskistas, por el nombre de uno de sus dirigentes. De igual forma, se hacía propaganda revolucionaria con un éxito considerable entre los cientos de estudiantes rusos matriculados en las universidades suizas. El propósito de estos movimientos era prepa-

[1] La mejor obra de carácter general sobre el populismo al alcance del público es la titulada *Roots of Revolution* (Raíces de la revolución), de Venturi. Sobre el mismo tema, es anterior la titulada *Red Prelude* (Preludio rojo), de Footman.

[2] Para un excelente estudio reciente sobre las doctrinas anarquistas de Bakunin, véase Pyziur, *The Doctrine of Anarchism of Michael A. Bakunin*.

rar un ejército de propagandistas dentro de la *intelligentsia* para que fueran a difundir el nuevo evangelio entre los campesinos. Los dos movimientos paralelos, o más exactamente, las dos ramas del movimiento, convergieron en 1874 cuando el gobierno ruso, después de tener noticia de la propaganda revolucionaria entre los estudiantes rusos en el extranjero, ordenó la vuelta de todos ellos a sus casas.[3] Durante el verano de 1874 tuvo lugar la primera de las extraordinarias peregrinaciones de «ida al pueblo», cuando cientos de jóvenes de origen elevado o de clase media, como bajo el efecto de una visión apocalíptica, dejaron sus estudios y ocupaciones, sus casas y familias, se pusieron ropa de campesinos y se dirigieron al campo para conseguir la colaboración de los campesinos para poner al mundo del revés. A los apóstoles del nuevo evangelio muchas veces se les abrirían los ojos bruscamente ante su incapacidad para entenderse con los campesinos, quienes se mostraban extremadamente suspicaces con los visitantes, cuando no decididamente hostiles. A los entusiastas jóvenes se les negó con frecuencia abrigo para pasar la noche, si bien los inhospitalarios campesinos avisaban algunas veces a la policía y aseguraban de este modo a sus benefactores alojamiento en una de las cárceles provinciales.

Entre 1874 y 1876 se registrarían experiencias similares en extensas zonas de Rusia. En todas partes se encontraban los *naródniks* con que los campesinos hacían oídos sordos a la propaganda socialista pero se mostraban decididamente entusiastas ante la idea de una división de la tierra de los nobles. Allí donde lograban introducirse, docenas y cientos de estos esforzados *naródniks* eran detenidos y encarcelados; sólo en dos meses, en 1874, fueron detenidos 770. Descorazonados, drásticamente disminuidos en número, unos cuantos partidarios que habían escapado a la cárcel, junto con los nuevos reclutas sumados al movimiento, organizaron en 1876 un nuevo tipo de actividad más en consonancia con las indicaciones tácticas de Bakunin. La nueva dirección adoptada implicaba la creación de una organización mucho más clandestina y reticular, y la exclusión de la propaganda socialista entre los campesinos para dar paso a una agitación con vistas a levantamientos inmediatos, que deberían culminar en una revolución masiva pidiendo «tierra y libertad». *Zemliá i Volia* (Tierra y libertad), las palabras

3 Un estudio detallado de la comunidad de estudiantes rusos en Zurich y su participación en el movimiento revolucionario puede encontrarse en *Knowledge and Revolution* (Ciencia y revolución), de Meijer.

mágicas con que se esperaba galvanizar a los campesinos y ponerlos en movimiento, fue el nombre dado a la nueva organización. La vida de Plejánov engrana con el movimiento revolucionario en esta etapa de su desarrollo.

En San Petersburgo, en 1873 y los años inmediatamente posteriores, cuando la fiebre revolucionaria hacía presa en un número significativo de jóvenes cultivados, un estudiane universitario educado en la devoción a los principios de justicia, altruismo y responsabilidad ante el pueblo no podía evitar verse arrojado en medio del torbellino revolucionario. Lo sorprendente es que Plejánov se mantuviese tanto tiempo al margen como él lo hizo, pues hasta bien entrado el año 1875 no se sumó a la causa revolucionaria. Caso de que Plejánov hubiera sido en el verano de 1874 un ardiente revolucionario, con seguridad se habría alistado en la cruzada de «ida al pueblo», en lugar de dedicarse a preparar en Gudalovka los exámenes de ingreso a la Escuela de Minas. Durante su primer año en la Escuela se distinguió de tal forma que fue premiado con una beca para el curso siguiente,[4] lo que es prueba suficiente de su preocupación por los estudios. Aun así, no hay duda de que había llegado hasta sus manos la literatura revolucionaria; pero todavía no se había mezclado con el movimiento de los jóvenes idealistas. Todavía no podía suscribir el credo de éstos (como más tarde recordaría uno de ellos, Pável Axelrod):

> Quien quiere trabajar para el pueblo debe abandonar la universidad, abjurar de su condición privilegiada, su familia, y volver la espalda incluso a la ciencia y el arte. Deben cortarse todas las ataduras que le unen a las clases más elevadas de la sociedad, quemar las naves a sus espaldas; en una palabra, debe olvidar voluntariamente toda posible retirada. El propagandista, por decirlo de algún modo, debe transformar toda su esencia interna, de modo que se sienta uno con las capas inferiores del pueblo, no sólo ideológicamente, sino también en su comportamiento cotidiano habitual.[5]

Axelrod, que habría de convertirse en el más íntimo colaborador de Plejánov, tenía antecedentes muy distintos que éste. Había nacido en 1850 en Pochep, provincia de Chernígov, en Ucrania, en una familia judía empobrecida perteneciente a la clase media baja, y durante su infancia padeció necesidades y

4 «Plejánov v Górnom Institute» (Plejánov en la Escuela de Minas), en Deutsch, *Gruppa*, IV, p. 408.
5 Axelrod, «Serguéi Kravchinski», en *Rabochi klass i revoliutsiónnoe dvizhénie v Rossi* (La clase obrera y el movimiento revolucionario en Rusia), p. 98.

discriminación.[6] Con ayuda de algunos miembros acaudalados de la comunidad, se las arregló para procurarse educación en un instituto estatal. El encuentro con las obras de Belinsky, primero, y más tarde de Lassalle, le infundió un idealismo exaltado, con un concepto conmovedor del elevado destino del hombre, decidiendo dedicar su vida a la liberación de todos los pobres y perseguidos de Rusia. A principios de la década de 1870, se sumó al movimiento *naródnik* e inició actividades de propaganda entre los estudiantes de la Universidad de Kiev (*). En 1874 había abandonado el lavrismo en favor del bakuninismo. Obligado a salir de Rusia para evitar su detención, pasó en Suiza la mayor parte de su estancia en el extranjero, donde colaboró con algunos de los partidarios rusos de Bakunin en actividades editoriales.

Axelrod conoció a Plejánov durante el invierno de 1875-76, cuando el revolucionario más joven acogió al revolucionario retornado en su habitación de San Petersburgo. Dado que dar abrigo a una persona buscada por la policía —y un virtual desconocido— implicaba ciertos riesgos, se puede suponer con certeza que por entonces Plejánov era más que un tibio simpatizante de la causa revolucionaria. No obstante, desde el punto de vista de Axelrod, la continuada asistencia de Plejánov a la Escuela de Minas le situaba fuera del movimiento. Pero se sintió atraído por la inteligencia y autodisciplina de Plejánov e intentó disuadirle de terminar sus estudios: «Si pierdes tanto tiempo en perfeccionar lo que ya sabes de química, ¿cuándo empezarás a trabajar para la revolución?». Según O. V. Aptekman, posterior asociado de Plejánov, Georgi quedó profundamente impresionado ante la «total lealtad a la revolución de Axelrod, la cual en principio determinó el compromiso total de Plejánov. Antes de su encuentro con Axelrod, ya había asistido Plejánov a reuniones clandestinas de estudiantes revolucionarios y miembros de la *intelligentsia* y obreros fabriles; y a través de este canal fue como llegó a adoptar la carrera de revolucionario. A principios de 1876 permitió que se utilizase su habitación para hacer

6 Los datos sobre Axelrod proceden de su autobiografía, *Perezhítoe i peredúmannoe* (Impresiones vividas y reflexiones). Sobre su primer encuentro con Plejánov, véase pp. 156-157; también Aptekman, «Pometki O. V. Aptekmana na staté o J. V. Plejánove» (Acotaciones de O. V. Aptekman en un artículo sobre J. V. Plejánov).

* Según uno de sus últimos asociados, F. Dan, «para las generaciones posteriores de socialdemócratas se convirtió en el guardián de las mejores tradiciones morales del movimiento revolucionario». Véase *Proisjozhdenie bolchevizma*, p. 192.

reuniones[7], y empezó a dedicar su tiempo, cada vez más y más, a estudios de naturaleza social y política, y cada vez menos a los de ingeniero de minas.

Pocos meses después de la partida de Axelrod, Plejánov dio refugio a Lev Deutsch, quien también habría de convertirse en íntimo colaborador suyo. Deutsch, nacido en el sur de Rusia, en 1855, fue uno de los más atrevidos y enérgicos revolucionarios de la década de 1870. Cumplido su servicio militar a comienzos de dicha década, entró en relación con bakuninistas de Kiev partidarios de la rebelión. Entre ellos se contaban Yákov Stefanóvich y Vera Zasúlich, con los que estableció relaciones muy estrechas. Se hizo buscar por la policía al desempeñar una misión de la que resultó la liberación de la cárcel de un camarada detenido. Fue entonces detenido y tuvo que hacer frente a la posibilidad de ser juzgado por un tribunal militar. En 1876 logró fugarse y, posteriormente, junto con Stefanóvich, fue el cerebro del llamado asunto Chiguirín. Fue detenido de nuevo, escapó una vez más, y más tarde participó en el intento de liquidar a un agente provocador.

A Deutsch debemos la siguiente descripción de Plejánov en 1876, la cual, entre otras cosas, da testimonio de la profunda huella que había dejado en las costumbres y aspecto personal de Plejánov su educación militar:

> Por su aspecto externo y forma de vestir, Plejánov —al contrario de casi todos nosotros, los revolucionarios de entonces— no se parecía nada a un «nihilista»: vestía con esmero, con pulcritud, pero sin pretensiones de «dandy»; llevaba el pelo hacia atrás y su pequeña barba rojiza recortada, cuando la mayoría de nosotros en contadas ocasiones nos las veíamos con unas tijeras y un peine, así que llevábamos el pelo en «pintoresco desorden».
>
> También los modales, el estilo, las costumbres de Plejánov, le distinguían nítidamente de nosotros: él era distinguido, correcto y producía la impresión de ser «un joven bien educado», cuando nuestras «costumbres nihilistas» habían ganado estrepitosa notoriedad.
>
> Cuando pienso hoy en el joven de veinte años cuya descripción acabo de hacer, y lo comparo con Plejánov tal y como era en edad más madura, no encuentro diferencia alguna especialmente significativa ni en su aspecto, ni en sus modales, estilo o costumbres: en líneas generales su personalidad no sufrió cambio alguno. Conservó hasta la vejez el color atezado de su cara, el porte militar y el pelo ligeramente grisáceo.

7 *Sochinéniia*, III, p. 128.

Las mujeres le encontraban atractivo; pero en los rasgos completamente regulares de su cara había algo mogol, que él mismo explicaba gracias al origen tártaro de sus antepasados más remotos que revelaba, según él mismo decía, el apellido «Ple-jan-ov».

Tenía una cara muy inteligente y expresiva, que atraía inmediatamente la atención. En especial, sus oscuros ojos almendrados, que parecía traspasaban a su interlocutor, mirando con severidad por debajo de unas cejas extraordinariamente espesas y unas pestañas largas, y su sonrisa irónica.[8].

En aquel entonces, añade Deutsch, Plejánov solía cantar «La donna è mobile».

El año académico 1875-76 fue decisivo para la transformación de Plejánov en un revolucionario. Poco a poco, se dejó arrastrar a un compromiso total del que no cabía arrepentimiento; y, en la misma medida en que se entregaba a la actividad revolucionaria, se desvanecía su interés por su carrera. El estudiante que con su trabajo sobresaliente había ganado una beca al terminar el primer año, era expulsado al terminar el segundo por falta de asistencia a clase.[9]

En el verano de 1876 Plejánov fue a visitar a su madre al campo por última vez. Sus palabras y su actitud denunciaban la nueva vida en que se estaba embarcando y dieron origen a penosas y emotivas escenas. Toda su familia estaba afligida y su madre le insistía para que olvidase sus intenciones. Georgi trató de explicar su decisión como conclusión inevitable de la devoción a la verdad y a la justicia que ella misma le había inculcado. Desarmada por esta respuesta, sólo pudo murmurar, «pero eso te va a costar la vida». No queriendo angustiarla, pero cada vez más decidido a no dar marcha atrás, le replicó: «¿Y qué pasaría si todos pensasen así?».[10]

La vuelta de Plejánov a San Petersburgo, a finales de 1876, y su completa inmersión en el movimiento revolucionario, coincidió con la fundación de Zemliá i Volia, una organización en que estaba destinado a jugar un papel preponderante. En cuestión de meses, ya se había hecho notar entre los estudiantes como un nuevo recluta de sorpredente capacidad y energía.[11] Como tal, tuvo una participación destacada en la manifestación de la Plaza de Kazán, acontecimiento muy conocido en la historia del movimiento revolucionario en Rusia, que el propio Plejánov describiría más tarde con objetividad clínica.[12]

8 Deutsch, «Mólodost J. V. Plejánova» (La juventud de J. V. Plejánov), página 125.

9 Carta al autor remitida desde Dom Plejánova, Leningrado, 30 de octubre de 1958.

10 Notas de entrevistas con las hijas de Plejánov, París, verano de 1959.

11 Cherniavski, pp. 7-8.

La manifestación fue un acto desesperado de un grupo de revolucionarios rechazados por el pueblo cuyos intereses decían defender y, además, hostigados sin compasión por un poderoso aparato estatal al que no podían vencer. Restos de las fuerzas revolucionarias se habían filtrado del campo hacia los centros urbanos, en especial San Petersburgo, donde dirigentes como Mark Natanson y Sofia Perovskaia reorganizaron sus filas bajo la enseña de Zemliá i Volia. Los que habían conservado su libertad se sentían heridos por los cientos de camaradas suyos que languidecían en las cárceles, sin haber sido todavía sometidos a juicio; algunos de ellos habían sido tratados con tal violencia que habían muerto. Habiendo fracasado en el campo, los revolucionarios iniciaron la propaganda en las fábricas. Inspirados por una manifestación organizada por la *intelligentsia* la primavera anterior, con motivo del funeral de un estudiante que se decía había sido asesinado por sus carceleros, un grupo de obreros propuso una manifestación propia, a la que prometieron asistirían unos dos mil. Las crecientes simpatías de los dirigentes de Zemliá i Volia por el bakuninismo militante, les llevó a aprobar el plan. Una manifestación serviría para protestar contra el gobierno por el trato que había dado a sus camaradas encarcelados y como medio para provocar nuevas acciones públicas.

Plejánov fue uno de los organizadores de la manifestación, e hizo lo que pudo por conseguir que asistiese a ella el mayor número posible de personas. Pero según se iba aproximando el día fijado para la manifestación, se fue haciendo evidente que las rosadas promesas de los obreros eran de imposible realización en la práctica. No obstante, para evitar que el movimiento perdiese la cara y se desmoralizase, se decidió seguir adelante pasara lo que pasase. El 6 de diciembre de 1876 empezó a reunirse ante la Catedral de Kazán una multitud en que se contaban más estudiantes que obreros. Después de aplazar algún tiempo los acontecimientos en espera de que hiciesen aparición nuevos manifestantes —las estimaciones sobre el número de asistentes oscilan entre los 150 y los 500— los dirigentes decidieron pasar a la acción. De pronto, en medio de la multitud acumulada en un rincón del espacio abierto ante la catedral, un joven agitó

12 En su larga obra autobiográfica, «Russki rabochi v revoliutsiónnoe dvizheni» (El obrero ruso en el movimiento revolucionario), *Sochinéniia*, III, pp. 148-154.

una gorra por encima de su cabeza y gritó, «¡Camaradas!». Se apagaron los ruidos que hacía la multitud, y todos se apiñaron para oír. El orador lanzó una rápida y apasionada arenga en que recordó a los allí reunidos que Chernishevski, desde hacía mucho tiempo en la cárcel sólo por sus buenas intenciones hacia el pueblo, se veía ahora acompañado por centenares de jóvenes culpables del mismo «delito».[13] Los encarcelados, en su tormento, podían equipararse a los campesinos cuya «liberación» había resultado ser una impostura. Una vez que hubo terminado el orador, un joven obrero desplegó una bandera roja en que estaban escritas las palabras «Zemliá i volia». La multitud respondió gritando: «¡Viva la revolución socialista! ¡Viva 'Tierra y libertad'!». Apenas habían sido pronunciadas las primeras sílabas de la arenga, cuando empezaron a oírse los agudos silbatos de la policía, llamando en su ayuda a los porteros de la vecindad. Antes de que la arenga hubiera terminado, la policía había iniciado la captura de las personas que componían la multitud. Siguió una refriega en que hubo algunos heridos y se practicaron algunas detenciones, mientras el resto se dispersaba y huía. Plejánov se contaba entre los que lograron escapar, pero había quemado irremediablemente sus naves. Pues él había sido el orador en la manifestación de Kazán; había celebrado sus veintiún años poniéndose irremisiblemente fuera de la ley.

Inmediatamente después de la manifestación, Plejánov, por el momento objeto del máximo interés en los círculos policiales, escapó al extranjero, donde permanecería hasta mediados de 1877. Le acompañó Natalia Smirnova, con quien se había casado en octubre de 1876. Poco se sabe de Natalia. Era estudiante de medicina, de ideología radical, procedía de Orel, y aparentemente tenía hijos procedentes de un matrimonio anterior cuando se convirtió en mujer de Plejánov. Antes de su matrimonio, ambos habían compartido un piso, junto con un tercer estudiante. Aún más oscuro que su asociación premarital es el desarrollo de su vida matrimonial. Sólo sabemos que al cabo de dos años se habían separado (*).

13 La descripción de la manifestación de la plaza de Kazán ofrecida aquí se basa en los relatos de Cherniavski y Plejánov. La descripción del discurso procede de Cherniavski, p. 14. La reconstrucción hecha por las autoridades de la manifestación, basada en una investigación muy amplia, coincide en líneas generales con los relatos de los revolucionarios. Véase Basilievski, *Gosudárstvennie pristuplénia v Rossí v XIX veke* (Delitos de lesa patria en la Rusia del siglo XIX), II, pp. 1-146, pero en especial 4-7.

* Pero no se divorciaron oficialmente hasta 1903.

Aparte de una breve estancia en París, Plejánov pasó en Berlín el resto de su estancia en el extranjero. Su juicio sobre los socialdemócratas de la capital de Alemania merece atención por cuanto revela acerca de sus ideas en aquel momento.[14] Como bakuninista que era, Plejánov abominaba de la autoridad establecida y creía en la oposición activa. Su actitud ante los socialdemócratas era a este respecto desdeñosa: le parecía que adolecían de la misma irritante «moderación y regularidad» que muchos rusos atribuían al pueblo alemán en general. A ojos de un bakuninista, poco podría esperarse de quienes carecían hasta tal punto de espíritu revolucionario que incluso «prestaban juramento de lealtad al emperador».

Aunque se sabe que Plejánov había leído en 1875-76 *El Capital* de Marx (fue traducido al ruso en 1872), sus impresiones sobre los marxistas alemanes sólo le confirmaron en sus convicciones de *naródnik*. Irónicamente, pocos años más tarde —en la primera etapa de su carrera marxista— él y sus secuaces se convertirían en blanco de algunas acusaciones idénticas a las por él dirigidas previamente contra la socialdemocracia alemana.

Mientras Plejánov estaba en el extranjero, Zemliá i Volia quedó preparada, como organización, para entrar en acción. Se trazaron las líneas generales de un programa del partido, se preparó el borrador de unos estatutos[15] y se sumaron nuevas fuerzas a las antiguas. La nueva organización traslucía la huella profunda dejada por las ideas de Bakunin en el terreno organizativo y de método, así como las perspectivas. Los estatutos preveían una organización fuertemente centralizada, que sería dirigida por un «círculo básico» de personas, en cuyas manos descansarían todos los hilos del movimiento. Por debajo de este organismo de coordinación, se prepararon un cierto número de divisiones para desempeñar las tareas de partido: una sección administrativa, incluida la falsificación de documentos de identidad; secciones de propaganda, agitación y organización entre la *intelligentsia*, los obreros y los campesinos, y una sección de «desorganización», entre cuyas funciones se incluía la liberación

14 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom» (Cómo se hizo marxista J. V. Plejánov), p. 97. Plejánov afirmó explícitamente su antipatía hacia la socialdemocracia alemana en aquel entonces, en «O bílom i nebilítsaj» (Sobre el pasado y las fábulas), transcripción de una entrevista con Deutsch en 1907, publicada por primera vez en *Proletárskaia revoliútsiia*, 1923, núm. 15, y reproducida posteriormente en *Sochinéniia* (Obras), XXIV, página 300.

15 Aptekman, *Iz istori naródnichestva 70-j godov: «Zemliá i Volia»* (De la historia del movimiento populista de la década del 70: Zemliá i Volia), páginas 94-99 (citada a partir de ahora como *Zemliá i Volia*).

de camaradas encarcelados, la defensa contra las «arbitrariedades del gobierno» y la ejecución de traidores.

Zemliá i Volia poseía una eficacia notable a nivel organizativo, pero estaba muy lejos de ser un movimiento de masas. Sus miembros, la mayoría de los cuales estaban comprendidos entre los veinte y los treinta años, se contaban por docenas más que por miles. No obstante, la organización podía contar con el apoyo de muchos simpatizantes. Además, ella misma era en parte culpable del escaso número de sus miembros, por su disciplina interna y por la completa dedicación de aquéllos a su causa. Décadas más tarde, al desarrollar sus propias concepciones organizativas, Lenin dejaría sentir la profunda influencia que sobre él había ejercido el modelo de Zemliá i Volia. Por supuesto, las reducidas dimensiones de Zemliá i Volia limitaban el alcance de sus actividades, pero además del círculo básico, con sede en San Petersburgo, contaba con grupos de militantes en otras ciudades, y en ocasiones enviaba equipos de agitadores a zonas que se creían en estado de fermentación.

Plejánov, en el exilio, no pudo participar en las deliberaciones sobre el programa y los estatutos, pero gozaba de suficiente prestigio como para ser elegido para formar parte del «círculo básico».[16] Y tras su vuelta a Rusia, a mediados de 1877, se dedicó por entero a la causa con incansable energía. Su actividad subraya el hecho de que las divisiones establecidas en modo alguno eran compartimentos estancos, ya que en poco más de un año su trabajo le condujo a verse entre campesinos, estudiantes, obreros fabriles, e incluso cosacos. Y si bien nunca llegó a formar parte de la sección de «desorganización», tampoco se mantuvo ajeno a su campo de actividades. Durante este período, Plejánov llevaba consigo unos nudillos de metal, se adiestraba en el uso de armas blancas, y dormía con un revólver bajo su almohada.[17] No tenía otro trabajo, aparte del de revolucionario profesional; entonces y en el curso de unos cuantos años posteriores, Zemliá i Volia, financiada por un cierto número de simpatizantes y miembros adinerados, costeó sus limitados gastos.

Su primera misión después de su vuelta del extranjero le condujo a Sarátov, en el bajo Volga, escenario de disturbios populares en el pasado, donde los revolucionarios estaban estableciendo bases para la acción entre los campesinos. Los grupos locales de militantes de la organización calcaron en sus organizaciones la división de trabajo prevista en los estatutos para la organización en su conjunto. Pero aunque en Sarátov tuvo Plejánov oportunidad de demostrar su talento entre los obreros y la *intelligentsia*, tenía tan presente el deseo de trabajar entre los campesinos —el pueblo auténtico— que insistió en obtener una plaza de profesor en una escuela. Todavía seguía buscado por la policía, y dado que no había facilidades en la localidad para falsificar los documentos que se requerían, aceptó los de Alexánder Mijáilov, otro miembro del «destacamento» que hasta entonces no había sido fichado por la policía. En el curso de una entrevista con el consejo de la escuela de un pueblo de la localidad, casi fue desenmascarado. Cuando el sacerdote que examinaba sus papeles reconoció el nombre del hijo de un antiguo amigo, acosó a Plejánov con una larga serie de preguntas sobre los miembros de la familia de Mijáilov. Con una frialdad y autocontrol de que haría gala en más de una ocasión, Plejánov respondió a plena satisfacción del sacerdote. No obstante, no logró obtener la plaza y volvió a Sarátov. Parecía como si los acontecimientos se conjuraran para poner a Plejánov en relación con obreros fabriles más que con campesinos; en su «ida al pueblo», el pueblo resultó estar compuesto de obreros urbanos, hecho de no poca importancia para su evolución ideológica.

16 *Ibid.*, p. 99.

17 R. M. Plejánova, «Periferíini kruzhok "Zemlí i Voli"» (El círculo de la periferia de Zemliá i Volia), en Deutsch, *Gruppa*, IV, pp. 106, 112.

De vuelta en Sarátov, Plejánov logró que se uniese a Zemliá i Volia un grupo de obreros que había estado bajo la influencia de los seguidores de Lavrov y también algunos miembros de la *intelligentsia*.[18] Según Aptekman, que formaba parte del grupo revolucionario de Sarátov, Plejánov demostró entonces su valor como escritor al redactar en cuestión de unos veinte o treinta minutos un «brillante» programa. A fines de año (1877), la policía, que calladamente había ido controlando las andanzas de los «propagandistas», ocupó uno de sus centros. Poco más tarde, Plejánov caía en una trampa preparada por la policía en la vivienda de uno de los detenidos. Camino de la comisaría de policía, subrepticiamente intentó librarse de uno de los dos documentos de identidad que llevaba consigo, pero un amable caballero, que vio cómo caía al suelo, lo recogió y se lo devolvió. Todavía confiados, los policías permitieron que Plejánov pasase en la comisaría de policía mucho tiempo sin vigilancia, lo que le permitió deshacerse del peligroso documento. Era un perezoso domingo, y el policía a cuyo cargo estaba la comisaría se cansó de Plejánov, le acompañó a su casa, donde efectuó un

18 Aptekman, *Zemliá i Volia*, pp. 111-112. Plejánov hace referencia a las experiencias vividas en Sarátov en *Sochinéniia*, XXIV, pp. 94-95, 300-302.

sumario registro, y luego le dejó en libertad después de pedirle que firmara un papel en que prometía comparecer en la comisaría de policía al día siguiente.[19] Habiendo representado su papel a la perfección en este incidente de opereta, Plejánov pasó aviso a todos los revolucionarios de Sarátov y seguidamente partió hacia San Petersburgo.

Durante el período que se inicia a mediados de 1877, asistimos a una aceleración del ritmo de la acción social, dando motivo para creer que «la sociedad rusa estaba empezando a perder la paciencia» y estaba «seriamente dispuesta a hacer frente a la arbitrariedad del gobierno».[20] En julio de 1877, Bogoliúbov, preso político que esperaba juicio, fue azotado en público por orden del gobernador de San Petersburgo, general F. F. Trépov, por no haberse puesto en pie cuando el general giraba una visita a la cárcel. Este acto brutal, que venía a sumarse a los rumores que habían ido filtrándose acerca del trato todavía más inhumano que recibían los encarcelados, ofendió los sentimientos de las personas cultivadas (*). Tal estado de ánimo fue alimentado y exacerbado por los juicios, durante el otoño, de los jóvenes *naródniks*, muchos de los cuales habían esperado ser juzgados más de tres años. Las intervenciones desafiantes ante los jueces de algunos de ellos, encontraron un eco de simpatía en parte del público, que, a su vez, aprobó en secreto el intento de asesinato de que fue objeto Trépov, en enero de 1878, por obra de Vera Zasúlich.

Vera Zasúlich, que posteriormente se convertiría en una de las colaboradoras más íntimas de Plejánov, había nacido en Smolensko, en 1852. Hija de un pequeño propietario rural, fue educada en un internado. No obstante, en lugar de convertirse en una señorita bien educada, modeló su personalidad a imagen de los nihilistas. Prestaba muy poca atención a su aspecto externo, siendo proverbiales en los círculos radicales la dejadez con que se vestía y su forma nada convencional de vida. Sólo un paso separaba el nihilismo de la actividad revolucionaria; y Vera, llena de compasión por el pueblo y demasiado honrada moralmente para limitarse al terreno de las palabras, dio ese paso con toda facilidad cuando todavía no era más que una niña. A los dieciséis años estaba ya complicada en maniobras conspi-

19 Aptekman, *J. V. Plejánov*, p. 20; también *Zemliá i Volia*, p. 119.

20 Esta descripción del período fue hecha por Plejánov retrospectivamente en *Sochinéniia*, I, p. 161.

* El sistema penal ruso entonces era curiosamente inconsecuente en la aplicación de penas a los presos políticos, siendo tiránico y brutal en ciertos casos y relativamente indulgente en otros.

rativas dentro de la órbita de influencia del célebre círculo de Nechàev (*). Fue detenida en 1869, y pasó los cuatro años siguientes en la cárcel o en el exilio. Apenas vuelta a Rusia occidental, entró en contacto con los «rebeldes» que operaban en la zona de Kiev. Después de trasladar su residencia a San Petersburgo, en 1877, se sintió indignada al conocer el trato brutal que Trépov había ordenado para Bogoliúbov e impulsada a vindicar la dignidad humana. Aún con toda su timidez y modestia, logró reunir el valor necesario para planear y ejecutar el ataque contra Trépov sin ayuda de nadie. Después de haber finalizado el juicio en masa contra los *naródniks*, se presentó en el despacho de Trépov y le hizo un disparo que le hirió de gravedad, pero no mortalmente. A continuación, se entregó a la policía.

Al término de su juicio, en marzo de 1878, el jurado emitió un veredicto de no culpabilidad; y esta pública expresión de desconfianza hacia el gobierno se vio subrayada cuando la multitud asistente evitó que la policía volviera a detener a Vera Zasúlich, permitendo de tal forma su fuga al extranjero. Durante este mismo período, la insatisfacción de los obreros fabriles estalló en forma de huelgas. Y, poco más tarde, en el sur, los cosacos del Don originaban nuevos desórdenes en protesta contra determinadas normas del gobierno de reciente aparición, que consideraban transgredían sus derechos tradicionales. Para los agitadores, tales manifestaciones de descontento y deseo de entrar en acción auguraban el éxito inminente de su movimiento. Tan alentadores presagios fueron motivo de que renovaran sus esfuerzos con extraordinaria energía. Plejánov se mantuvo en el mismo vértice de los acontecimientos, aprovechando todas las oportunidades de capitalizar el naciente espíritu de oposición. Sus esfuerzos le llevaron a enfrentarse con los seguidores de Lavrov, quienes, con su insistencia en la necesidad de una gradual y prolongada preparación y su creciente simpatía hacia los socialdemócratas alemanes, parecían a Plejánov una parodia de un partido revolucionario. El «Orador», que así se conocía a Plejánov a partir de la manifestación de Kazán, impresionaba a sus audiencias gracias a su apasionada convicción y a su habilidad dialéctica. La forma en que podía reducir

* Creado por Serguéi Nechàev, revolucionario fanático que afirmaba que el fin justifica los medios, e insistía en la obediencia ciega de sus seguidores a sus dictados. Es muy dudoso que Vera Zasúlich fuera consciente del maquiavelismo de Nechàev.

la postura de un contrario al absurdo queda reflejada en el relato hecho por un testigo de uno de sus primeros triunfos.[21]

En el curso de una serie de discusiones entre partidarios de Lavrov y de Bakunin que tenían lugar en la vivienda de un estudiante, los seguidores de Lavrov habían casi aplastado a los partidarios de Bakunin, pero habían consentido en proseguir la discusión unas cuantas noches después. En esta segunda sesión, los estudiantes asistentes parecían dispuestos a reconocer la superioridad de la posición de Lavrov, que uno de sus exponentes defendía persuasivamente en contra de los bakuninistas:

No somos menos revolucionarios que vosotros. Pero una revolución sólo puede nacer de la suma de condiciones sociales apropiadas, y nosotros lo único que podemos hacer es preparar revolucionarios conscientes para cuando llegue el momento, mientras nos oponemos a cualquier intento de rebelión, levantamiento, motín... Una rebelión no es una revolución, y lo único que hace es frenar la revolución. Un motín fracasado —y un motín no puede, por definición, triunfar— significa un retroceso para el movimiento durante años, décadas. Un levantamiento prematuro es un crimen contra el socialismo y contra el pueblo. La sangre de los militantes que morirían, los sufrimientos de las masas angustiadas, la prolongada victoria de la reacción, todo ello debe pesar sobre la conciencia de aquellos que están siempre empujando al pueblo a una «revolución ininterrumpida», como dice vuestro Bakunin.

Confundidos ante esta línea de ataque, los bakuninistas permanecían abatidos en sus asientos, susurrando entre ellos y lanzando miradas ansiosas a la habitación contigua. De pronto se dejaron oír gritos animados: «¡Georgi! ¡Georgi! ¡Orador! ¡Llegas tardísimo! ¡Habla tú, Georgi!». Inmediatamente entró Plejánov en el escenario de la discusión, y sin dilaciones inició el ataque contra los partidarios de Lavrov:

Pido perdón a los reunidos, pero no pude llegar antes... Acabo de salir por la escalera de atrás de una asamblea en que estuve ocupado justamente en hacer lo que los propagandistas de la evolución pacífica nos echan en cara a nosotros los buntaristas (abogados de la rebelión): defender la «revolución ininterrumpida». Más claro, he aconsejado a los representantes de los estudiantes que organicen manifestaciones por todas partes en las universidades, y si fuese posible también convocando a nuestros grupos de obreros, anticipándose a la publicación de la sentencia en el juicio de los 193...

21 Véase N. Rusánov, *Iz moij vospominani* (De mis recuerdos), Berlín, 1923, pp. 180-186.

He llegado justo cuando uno de vuestros oradores peroraba con honda emoción sobre el tema, ya sabéis, que también él es un revolucionario, pero no un buntarista; que él, por supuesto, es partidario con toda su alma de una revolución, generosa, delicada y benéfica, pero que con toda su inteligencia y corazón se opone a una rebelión, grosera, indecente y perniciosa... Me doy cuenta de la nobleza de sus sentimientos, pero me es imposible aceptar la invitación a amar la virtud en forma de revolución y a odiar el vicio en forma de rebelión... Y me es imposible porque no salgo de dudas: ¿es que acaso el orador tiene algo así como una oficina de inventos en que un movimiento todavía incipiente pueda obtener una patente para la correcta manufactura de una revolución? ¡Si me ofrecéis una patente así, contad conmigo! ¿Pero podéis vosotros asegurar de antemano, nada más iniciarse un movimiento, que éste es una revolución y aquél una rebelión?... ¿Y qué se opone a que nosotros provoquemos una indecente rebelión y, de pronto, de ella empiece a emerger una bonita revolución? ¿Es que no tenemos derecho, sin contar con vuestro visto bueno, a participar en un movimiento desencadenado espontáneamente? ¿Debemos negarnos a toda participación?... ¿Quizá incluso ponernos de parte del gobierno y hacer frente al movimiento? ¿Y qué ocurriría si de repente, a cualquier hora intempestiva, de la rebelión surgiese una revolución sin patentar?... ¡Dios mío, sería terrible!

Les había llegado a los lavristas el turno de sentirse desconcertados, pero al cabo uno de ellos replicó: «Eso es un sofisma. Cuando estalle una auténtica revolución, nadie preguntará si se trata o no de una revolución». Al llegar aquí, le interrumpió Plejánov:

¡Perdón, señores revolucionarios pacifistas! No es tan fácil reconocer las cosas a primera vista... ¿En qué momento se convirtió la toma de la Bastilla en la gran Revolución francesa? ¿Qué día, de los tres que duró, dejó de ser el levantamiento de julio de 1830 un levantamiento, para convertirse en una revolución digna de figurar en la historia? ¿Y la revolución de 1848? Quizá, según vosotros, hubiera sido más conveniente haberse limitado a los banquetes liberales y no haber empujado a los obreros a la calle. Eso es lo que la burguesía liberal pretendía... Y el liberalismo burgués de hoy habla por vuestra boca.

En medio de los aplausos de los bakuninistas y los murmullos de los lavristas, se dejaron sentir protestas: «Otro sofisma... No somos burgueses, sino socialistas... Te responderemos dentro de un minuto». Pero antes de que los lavristas pudieran encontrar una respuesta, Plejánov, golpeando con el puño cerrado sobre la palma abierta de la otra mano, continuó:

¿Que vosotros sois socialistas? Puede, no lo sé. Pero no hay duda que parecéis teólogos cristianos. También los teólogos cristianos creen en la Inmaculada Concepción y en el parto incruento... Nosotros, los revolucionarios, no creemos en tales cosas, como no creemos en el progreso pacífico de la humanidad, como no creemos en una revolución con permiso oficial. Todas las grandes conquistas históricas de la humanidad se lograron en el campo de batalla, con sangre... Y vosotros, que pretendéis ser muy eruditos, no habéis entendido nada de la historia y carecéis del más mínimo sentimiento revolucionario... Por eso os abandonan los jóvenes... Sois y formáis una sociedad de bombos mutuos, y nada más. ¡Quedaos con vuestra bendita patente para una mítica revolución incruenta!

Este relato lo escribió N. Rusánov de memoria, mucho después de sucedidos los acontecimientos, pero posee el sabor inconfundible de la verdad. En estos párrafos encontramos un testimonio sorprendente de las primeras manifestaciones del método polémico de Plejánov. Vemos cómo inicia inmediatamente la ofensiva, en el convencimiento de que un buen ataque es la mejor defensa; arrastrando a su oponente de una postura a otra, sin concederle la menor oportunidad de recuperarse y contraatacar; bombardeándole sin descanso hasta que todas sus defensas parecen haber sido reducidas a escombros. Vemos al dialéctico seguro de sí, apoderándose de las afirmaciones del antagonista y poniendo al descubierto su inexactitud por medio del desarrollo de sus implicaciones lógicas, apuntalando y adornando sus argumentos con referencias históricas y literarias; poniendo en juego un ingenio cáustico, así como sus dotes de caricato, para poner en ridículo a su antagonista; acusándole de servilismo hacia la ideología burguesa; y, finalmente, negándole toda competencia sobre el tema en discusión. Tales métodos convertían a Plejánov en un adversario formidable, pero eran más propios para una guerra sin restricciones que para conseguir discípulos en otras facciones, circunstancia que iba a estorbar la incidencia de Plejánov como figura política.

Los párrafos que acabamos de citar son notables también desde otro punto de vista. Cuando pocos años después abandonaba Plejánov el bakuninismo por el marxismo, asumiría de hecho una ideología que poseía muchas de las características que había denunciado en el lavrismo. En posteriores discusiones con antagonistas del marxismo, repetidas veces apoyaría puntos de vista que anteriormente había encontrado ridículos. Uno de los ejes de dicha teoría era la doctrina de la revolución como culminación del desarrollo «natural» de la sociedad de acuerdo a leyes históricas; al igual que los lavristas habían hecho antes, advertiría contra los peligros del aventurerismo revolucionarios, los intentos prematuros de tomar el poder que sólo podían dañar la causa popular. También iba a presentar él mismo algo muy parecido a una fórmula «para la correcta manufactura de una revolución», e iba a ridiculizar a quienes se atrevieron a proponer otras tácticas. Largos años después de sus batallas con los lavristas, iba a ser tachado por sus opositores de «burgués» disfrazado de socialista. De momento, exaltaba la voluntad revolucionaria a la que más tarde opondría un proceso histórico determinista. El problema de conciliar la voluntad con la «naturaleza» o la ley iba a ser una dificultad capital en el sistema revolucionario que defendió durante la mayor parte de su existencia.

Las tempestuosas discusiones de Plejánov con los lavristas sólo representaban una cara de su actividad revolucionaria. En diciembre de 1877, agitaba a los estudiantes con motivo del juicio de los 193, y hablaba como representante de la juventud radical en el funeral del poeta Nekrásov.[22] En el cortejo que acompañó el féretro de Nekrásov al lugar de su descanso final, figuraba un número considerable de militantes de Zemliá i Volia. Llevando una corona en que se leía «De los socialistas», un grupo de militantes escogidos marchaba rodeado de un anillo de camaradas con revólveres para hacer frente a una eventual intervención de la policía. Una vez hubo llegado el cortejo a su destino, Dostoiévski, que contaba entonces cincuenta y seis años de edad y era una figura famosa de la literatura, y Plejánov, joven radical de veintiún años, pronunciaron sendos discursos fúnebres. Dostoiévski no abrigaba demasiadas simpatías por Nekrásov, pero se puso a la altura de las circunstancias situando al poeta desaparecido en un plano de igualdad con Pushkin. Plejánov fue portavoz del pensamiento de la generación más joven, que respetaba el punto de vista utilitarista del crítico radical Písarev, quien insistía en que Nekrásov superaba con mucho a Pushkin. Aun cuando pueda parecer absurdo, en aquel cementerio, rodeado de guardaespaldas armados, Plejánov arguyó la superioridad de la poesía de Nekrásov sobre la de Pushkin diciendo que este último «se limitaba a cantar las puntas de los pies de las bailarinas», mientras Nekrásov daba a su poesía un contenido social.

Pocos días después, dando prueba de la misma energía como agitador, ayudaba a organizar una manifestación entre los obreros de una fábrica de munición de San Petersburgo, donde habían muerto varios trabajadores víctimas de una explosión.

22 Plejánov, *God na ródine* (Un año en la patria), II, pp. 253-255.

Escribió un panfleto incendiario que se distribuyó entre ellos; y el día del funeral, él y un cierto número de militantes de Zemliá i Volia acompañaron el duelo hasta el cementerio. Después de haber recibido sepultura los féretros, uno de los obreros, bajo la influencia del panfleto de Plejánov, inició un vehemente discurso en contra de «los patronos». Tan inferior era el número de policías presentes en el cementerio, frente al de manifestantes, que cuando intentaron intervenir no sólo no pudieron hacerlo sino que cayeron en poder de la multitud.[23]

El panfleto escrito por Plejánov con motivo del funeral, es la primera muestra que se conserva de sus incursiones en el campo de la literatura.[24] Es típico de los métodos de agitación de los *naródniks* bakuninistas, que estaban intoxicados de espíritu de rebeldía: Plejánov reprocha a los obreros su pasividad frente a la explotación y toda clase de provocaciones; imputa la explosión a la negligencia de los directivos de la fábrica, quienes, después, en un alarde de caridad, pagaban a las afligidas familias una renta mísera a título de compensación. «A los altos directivos les importan un rábano vuestros intereses; la vida de un obrero cuesta menos que la de un perro.» Luego, alzando la voz, concluye: «¡Trabajadores! ¡Es hora de que empecéis a pensar; no esperéis ayuda de nadie! ¡Y menos de las autoridades...! ¡Demasiada paciencia habéis derrochado, mientras os quemaban vivos, y vuestras familias quedaban desamparadas! *¡Trabajadores, ¿hasta cuándo va a durar vuestra paciencia?!*

Un tono similar se deja sentir en los otros muchos manifiestos escritos por Plejánov a lo largo de 1878: una llamada a los obreros de todas las fábricas de San Petersburgo a prestar ayuda a los huelguistas de la Nueva Compañía Textil; una oda entusiasta a la sociedad rusa por la absolución de Vera Zasúlich y por haber evitado su nueva detención; una denuncia del posterior decreto del gobierno en que se privaba a las personas detenidas por motivos políticos del derecho a tener un juicio ante jurados; una incitación a los cosacos a «no entregar sin lucha lo que vuestros abuelos consiguieron con su sangre»; una declaración de aliento y apoyo a los estudiantes que participaban en manifestaciones, quienes, durante los últimos meses de 1878 habían sido objeto de masivas detenciones y malos tratos y respondido valientemente; y una carta abierta al Ministro de Justicia sobre el tema del trato recibido por los estudiantes encar-

23 Véase Sochinéniia, III, pp. 155-158.

24 Reproducido en *Literatúrnoe naslédie J. V. Plejánova* (La herencia literaria de J. V. Plejánov), I, pp. 380-381.

celados, que comparaba al comportamiento salvaje de los turcos Bashi —Bazuks en Bulgaria.[25] Estos manifiestos sirven de índice de los asuntos en que estuvo implicado Plejánov en 1878. Además, pueden considerarse preludio del periódico que Zemliá i Volia fundó a fines de ese mismo año, en el cual ocupaba Plejánov uno de los tres puestos de redactor.

Durante la primavera de 1878, tal y como se indicaba en los estatutos, estaba prevista la revisión y posible corrección del programa y los estatutos de Zemliá i Volia. Siguiendo las indicaciones de Alejandro Mijáilov, distinguido entre los demás dirigentes por su dedicación y rigurosidad, la organización pasó a estar aún más centralizada; se estipuló que, en cualquier circunstancia, «el individuo ha de subordinarse a la organización». Plejánov fue el encargado de dar la redacción final al programa del partido, que hasta entonces había consistido sólo en un borrador incompleto. Dicha labor no requería la introducción de nuevos conceptos —era inquebrantable la fidelidad de los dirigentes a los antiguos— sino sólo la inclusión de ciertas correcciones relativas al trabajo de masas y la redacción final del documento.[26]

En ese mismo período asistimos a la reanudación de la agitación entre los obreros que había absorbido la atención de Plejánov en Sarátov, antes de la manifestación de Kazán, y de nuevo en relación con el incidente en la fábrica de munición. En marzo de 1878, Plejánov estuvo comprometido íntimamente en la huelga de la Nueva Compañía Textil.[27] Cuando la dirección de la fábrica disminuyó las pagas e introdujo una nueva serie de severas normas, las dos mil manos se paralizaron. La huelga fue resultado, en parte, de la agitación promovida por un reducido círculo de obreros de la fábrica relacionados con Zemliá i Volia; y un cierto número de militantes de dicha organización, encabezados por Plejánov, se lanzó inmediatamente en su socorro. Participaban en las asambleas, daban consejos tácticos y recogían fondos para permitir a los trabajadores resistir en su lucha contra la dirección. Según uno de sus amigos, Plejánov causó tal impresión en los trabajadores por su valentía, inteligencia y dinamismo que tomaron la costumbre de llamarle «el

25 Todos estos panfletos pueden encontrarse en *ibid.*

26 La relación entre los esfuerzos programáticos de 1877 y 1878 es discutida por S. Valk en el ensayo de introducción al *Arjiv «Zemlí y Voli» i «Naródnoi Voli»*, pp. 6-10. Los documentos más importantes se reproducen en esta obra.

27 Plejánov se refiere a su papel en este incidente en *Sochinéniia*, III, páginas 159-171.

Aguila». Según la versión de Plejánov, los obreros aplicaban ese nombre a todos los revolucionarios no proletarios que había entre ellos.[28]

La huelga demostró ser una experiencia excepcionalmente valiosa para Plejánov y sus camaradas, así como para los trabajadores de la fábrica. Para Plejánov significó descubrir la ingenuidad de los obreros: con simplicidad de campesinos, creían que el Zar era su amigo y que recurriendo a las autoridades todo se arreglaría. Plejánov y sus compañeros se vieron, así, en la embarazosa situación de redactar en nombre de los obreros una petición dirigida al heredero de la corona, lo que equivalía, en opinión de Plejánov, a pedir peras al olmo. Pero no dudaron en hacerlo, convencidos de que no existía otro camino para acabar con las fantasías de los trabajadores. La estratagema funcionó a la perfección, pues no sólo ignoró el príncipe heredero la petición, sino que, además, fueron movilizadas fuerzas de policía y cosacos contra los huelguistas. La huelga finalizó después de dos semanas, con algunas concesiones a los obreros.

En el curso de la huelga ocurrió un incidente que fácilmente pudo haber puesto punto final a la carrera revolucionaria de Plejánov.[29] Al prolongarse la huelga, la policía recibió órdenes de detener a cualquier persona en las cercanías de la fábrica que pareciese sospechosa, y Plejánov se encontró un día detenido mientras simplemente paseaba por el barrio. Afortunadamente llevaba consigo un documento falso de identidad que le acreditaba como hijo de un ciudadano muy respetado. La falta de pruebas comprometedoras en su persona, y lo poco llamativo de sus ropas y aspecto, convencieron a la policía de que era inofensivo, y transcurrido un día quedó en libertad. Esta no fue la última vez que escapó por poco. Algunos meses más tarde empezaron a producirse desórdenes antigubernamentales entre los cosacos del Don, y Plejánov, junto con otros pocos militantes de Zemliá i Volia, se trasladó inmediatamente al lugar de los hechos. Estimando propicia la situación para la agitación, pidieron ayuda a San Petersburgo. Pero antes de que Mijáilov, que era quien se había encargado de llevar el mensaje, estuviese de vuelta en la región del Don, volvió Plejánov a la capital para acelerar la impresión de un manifiesto que había escrito con la colaboración de los cosacos insurgentes. Llegó a San Petersburgo pocos días después de haber sido detenidos en una operación montada por la policía muchos de los miembros más experimentados y segu-

28 Aptekman, *J. V. Plejánov*, p. 22; *Sochinéniia*, III, p. 162.
29 *Sochinéniia*, III, p. 166.

ros del «círculo básico» —suceso que ignoraba completamente. Por suerte, al ir de la estación de ferrocarril al «centro de conspiración» del partido, donde precisamente estaba la policía a la espera de una presa como él, se encontró casualmente con uno de los supervivientes de la reciente redada, quien le hizo saber el desastre y le previno.[30]

El golpe dado por la policía había sido tan desastroso que la campaña de agitación en el Don hubo de ser aplazada con objeto de devolver a la organización una mínima capacidad operativa. Mano a mano, Plejánov y Mijáilov asumieron la tarea de reconstruir la organización. Sus esfuerzos se demostraron más que eficaces. Fueron tan afortunados, que al cabo de pocos meses estaban en condiciones de iniciar la edición de una publicación mensual. Una vez más, la intención de Plejánov de abandonar la ciudad para trabajar «al aire libre», en el campo, quedaba desbaratada. Situado de nuevo por el destino en un medio urbano, inició un largo período de agitación entre los obreros fabriles, interrumpido únicamente por las obligaciones literarias derivadas de su trabajo como redactor de *Zemliá i Volia*.

Durante los últimos meses de 1878, y en especial durante los primeros meses de 1879, se desató en San Petersburgo una oleada de desórdenes laborales.[31] Estos nuevos disturbios tenían una relación inmediata con los de la primavera anterior, pues una de las primeras medidas de los huelguistas de la fábrica textil Koenig, a fines de noviembre de 1878, fue pedir ayuda a los «estudiantes». En enero de 1879, los obreros de la Nueva Compañía Textil se pusieron nuevamente en huelga, e inmediatamente fueron secundados por los obreros de la vecina fábrica textil Shaw, de capital inglés. Como consecuencia, la «sección obrera» de Zemliá y Volia, encabezada por Plejánov, colaboró en la redacción de las reivindicaciones presentadas a la dirección de la fábrica y sirvió de instrumento en la difusión del malestar obrero en la capital. Plejánov escribió un manifiesto, que se distribuyó a la entrada de muchas de las fábricas de la ciudad, en que pedía se prestase atención a las huelgas y ayuda monetaria a los huelguistas. No sólo se consiguió dicha ayuda, sino que, además, se extendió el espíritu de insatisfacción a los obreros de otras fábricas, algunos de los cuales procedieron entonces a plantear reivindicaciones ante sus propios empresarios. Varios empresarios hicieron concesiones antes de que el movimiento huelguístico fuese roto por las detenciones y la violencia de la

30 *Ibíd.*, XXIV, pp. 97-98, 303.
31 *Ibíd.*, III, pp. 171-181.

policía contra los trabajadores, como en ocasiones anteriores. Pero mientras, el abismo entre los obreros de un lado y los empresarios y la policía del otro, se hacía cada vez más profundo, los obreros por su parte estaban cada vez más unidos y, lo que es más importante, cada vez estrechaban más las filas en torno a los revolucionarios.

Al mismo tiempo, Plejánov tenía la satisfacción de escribir sus primeros artículos formales. Entre estas obras, de las que todas menos una hicieron aparición en el órgano del partido, se incluía una serie de reportajes sobre algunos de los movimientos populares de los que disponía de información de primera mano, y un ensayo teórico extremadamente interesante en ampliación del programa de Zemliá i Volia. En diciembre de 1878, otro de sus artículos se publicaba en un periódico llamado *Nedelia* (La Semana), a invitación de uno de sus redactores, Kablitz, que era simpatizante de los *naródniks.*[32] En este breve artículo aparece Plejánov como defensor de los puntos de vista de los *naródniks* frente a lo que describe como fábulas salidas de la pluma florida de Gleb Uspenski, un conocido autor de relatos de tema rural.

Sin embargo, estas prometedoras empresas literarias y de agitación se iban a ver pronto en serio peligro. Hacía tiempo que venía madurando una crisis en el interior del partido, y durante la primavera de 1879 dicha crisis estalló. En cuestión de semanas, el mundo de Plejánov iba a desplomarse en torno suyo. Pues la crisis culminó con su abrupta separación de Zemliá i Volia, así como de su periódico. Se vio reducido a un aislamiento tan extremado que consideró muy seriamente abandonar su vocación revolucionaria y reanudar la carrera científica.

32 *Ibid.*, X, pp. 399-407.

3. CISMA REVOLUCIONARIO

Hacía tiempo venía entablándose una pugna en el seno de Zemliá i Volia entre los defensores de una política de masas y los defensores del terrorismo. El origen de estos dos puntos de vista tácticos distintos, reflejo de dos concepciones diversas sobre cómo asegurar el futuro del movimiento, era una larga serie de experiencias en la vida de la organización revolucionaria. La crisis que condujo a la disolución de Zemliá i Volia tuvo origen en consideraciones tanto teóricas como tácticas. El punto culminante se alcanzó al discutirse si era conveniente, o no, asesinar a Alejandro II. Cuando una mayoría de sus miembros decidió aprobar dicha medida, Zemliá i Volia quedó abocada a la desaparición. Plejánov encabezó la oposición a la expansión del terrorismo, y en particular el atentado contra la vida de Alejandro. No es exagerado decir que su abierta resistencia fue causa de la escisión de esta notable organización revolucionaria.

A pesar de los grandes progresos logrados a nivel organizativo y las consignas en apariencia mucho más realistas adoptadas por los populistas bajo la égida de Zemliá i Volia, los resultados de su labor entre los campesinos apenas eran más alentadores que antes. La imagen forjada por Bakunin del campesino como revolucionario nato, a quien se podría inducir a la acción sólo con pronunciar las palabras adecuadas, guardaba poca semejanza con los campesinos de carne y hueso. En determinadas ocasiones, los campesinos parecían responder positivamente a las ideas subversivas de los jóvenes revolucionarios;[1] pero no se trataba más que de encuentros aislados, las más de las veces protagonizados por un populista que se instalaba en un pueblo, conseguía un trabajo, y gradualmente iba ganándose la confianza de sus habitantes ejerciendo cierta influencia sobre unos

1 Véase, por ejemplo, Popov, «Zemliá i Volia nakanune vorónezhkogo sezda» (Zemliá i Volia en vísperas del congreso de Vorónezh), pp. 23-27.

cuantos. Este tipo de actividad, no obstante, exigía años para su desarrollo; y en cualquier caso, la conquista de una influencia limitada en un puñado de los innumerables pueblos de la Rusia rural estaba muy lejos de los éxitos espectaculares prometidos por Bakunin. Ironías del destino, el único grupo de revolucionarios que logró comprometer a unos cientos de campesinos en una trama revolucionaria, en la provincia de Chiguirín, Ucrania occidental, debió su éxito a la falsificación de un manifiesto del Zar. El manifiesto daba a entender que las autoridades y los propietarios impedían la realización de los deseos del Zar de dar la tierra a los campesinos. De este modo, los revolucionarios se vieron con las manos libres para invitar a los campesinos a empuñar las armas en apoyo del Zar. Que sólo valiéndose de dicha estratagema pudieran conseguir un cierto respaldo popular dice mucho acerca de lo desesperado de la causa populista en aquellos momentos. No resulta sorprendente, por tanto, que Andréi Zheliábov, uno de los dirigentes revolucionarios, exclamase descorazonado que los populistas eran «como peces estrellándose contra el hielo». Como tampoco debe sorprender que Zemliá i Volia fuera gradualmente reduciendo su actividad entre los campesinos.

Pero en modo alguno estaban todos los revolucionarios tan descorazonados. Aquellos que se habían establecido en comunidades rurales, habían trabado contacto con los campesinos, e imaginaban percibir simpatía hacia sus puntos de vista, estaban muy poco dispuestos a abandonar una actividad iniciada sólo después de haber superado considerables dificultades. Muchos de estos *derevénschiki* (trabajadores rurales), que así era como se les conocía, estimaban que su labor estaba empezando a sentar bases firmes, y abrigaban esperanzas de que a su debido tiempo daría el fruto apetecido. En algunos casos, quizá la inercia fuese la razón principal de su negativa a la renuncia; la lealtad al espíritu populista y al programa de Zemliá i Volia puede que fuese la causa de su renuncia a extraer las necesarias, deprimentes y dolorosas conclusiones acerca del carácter revolucionario de los campesinos. Muchos probablemente pensaran que no había alternativa. Como el propio Plejánov, que se convirtió en uno de los principales portavoces de la facción, eran incapaces de concebir el éxito de una revolución que no fuera una revolución popular. Dado que los campesinos constituían, con mucho, la parte más importante de la población rusa, renunciar a todo esfuerzo para movilizarlos parecía equivalente a renunciar a la propia revolución.

Aunque es seguro que dicha consideración influyó profundamente en Plejánov, es probable que durante el período 1877-79 cruzasen por su cabeza algunas dudas pasajeras. Desde luego, su experiencia entre campesinos era muy escasa, pero era consciente de la ausencia de logros efectivos entre ellos. Algunos militantes de Zemliá i Volia se sintieron impresionados ante el aparente éxito de los métodos utilizados por Deutsch y otros en la provincia de Chiguirín, incapaces de comprender las implicaciones que de dicho episodio se derivaban, contrarias a las premisas del populismo; pero Prejánov no se encontraba entre ellos. Protestó vigorosamente contra todo uso ulterior de la táctica del engaño.[2] Se trataba de una primera manifestación de su repugnancia ante cualquier conducta irracional, forma de conducta que posteriormente consideraría típica de los campesinos.

También debió sentirse inquieto en cierta forma ante las dificultades demostradas por los jóvenes, aun aquellos que libremente habían abrazado los puntos de vista de los *naródnik*, para pasar de las palabras a la acción. Aludiría posteriormente, en particular, a lo difícil que era encontrar militantes que continuasen la labor de agitación entre los cosacos, durante el otoño de 1878.[3] En contraste, el éxito de la agitación emprendida por Plejánov entre los obreros fabriles dejó huella en su pensamiento. En un artículo publicado en *Zemliá i Volia*, en febrero de 1879, denunció como «totalmente equivocada» la opinión según la cual los obreros de las ciudades no tendrían «un papel relevante en la futura revolución social».[4] Aun así, dicho todo esto, debemos subrayar que semejantes dudas no hicieron más que insinuarse en la conciencia de Plejánov; que aún a pesar de la mayor importancia relativa que ahora atribuía a los obreros de las ciudades, para él seguía estando en el campesinado el centro de gravedad de la futura revolución. En consecuencia, pudo actuar como portavoz de los *derevénschiki*, en la pugna de facciones dentro de Zemliá i Volia, sin asomo de mala conciencia.

Pese a las reservas de los *derevénschiki*, la propaganda y la agitación entre los campesinos disminuyó de hecho durante el período 1878-79. Pero dicha inactividad no estuvo compensada por una expansión correspondiente de la propaganda y agita-

[2] Aptekman, *Zemliá i Volia*, pp. 125-126, 136; *Sochinéniia*, XII, pp. 352-353.
[3] *Sochinéniia*, XXIV, pp. 98-99.
[4] *Ibid.*, I, p. 69.

ción entre los estudiantes, los profesionales y los obreros fabriles de los centros urbanos. En lugar de ello, una serie combinada de circunstancias trajo como consecuencia el aumento de la actividad «desorganizativa». La continua persecución de que el gobierno hacía víctima a los *naródniks*, y el trato muchas veces infame que se les daba en las cárceles, ultrajaba de tal modo a los revolucionarios que se vieron arrastrados a concentrar su fuego directamente contra el gobierno. El atentado de Vera Zasúlich contra la vida de Trépov despertó un eco entusiasta entre ellos. Aunque el atentado había sido obra personal de ella, y no del partido, influyó grandemente en el despertar de su sentido de la ofensa, e inició una larga serie de actos terroristas cometidos seguidamente contra altos funcionarios del gobierno. En el curso de los siguientes meses, varios funcionarios, el más importante de los cuales fue N. V. Mezentsov, cabeza de la famosa Tercera Sección (*), perdieron la vida; el sucesor de Mezentsov, A. R. Drenteln, por poco no fue también víctima del mismo destino. A principios de 1879, empezó a discutirse una propuesta de asesinar al propio Zar.

El terrorismo ejercía atracción sobre muchos revolucionarios que se sentían descorazonados ante la falta de éxito entre los campesinos, pero no había acuerdo de opiniones en cuanto a los objetivos concretos.[5] En un extremo estaban quienes pensaban poco sobre el significado de su postura y estaban sólo decididos a mostrar su odio al régimen de una forma directa y vigorosa. En el otro extremo había unos pocos individuos, bajo la influencia de Tkachev, que creían que la actividad terrorista podría llegar a desorganizar el gobierno y permitir la toma del poder por los revolucionarios. Entre ambos extremos se hallaban quienes concebían el terrorismo como un medio efectivo para la obtención de determinados fines, pero fines considerablemente más modestos que los pretendidos por Tkachev. Algunos, como Zheliábov, definían sin equívocos su propósito en términos del logro de una constitución y de libertades políticas y civiles. Pero muchos terroristas que, todavía bajo la firme influencia de las ideas de Bakunin, despreciaban la política, rechazaban tales

* Departamento al que estaban subordinadas todas las operaciones de policía.

5 Mi análisis sobre el desarrollo del terrorismo y el conflicto entre los terroristas y los *derevénschiki* se basa en la obra de Aptekman, *Zemliá i Volia;* los artículos de Popov, Morózov y Frolenko publicados en *Biloe,* 1906, núms. 8 y 12, y 1907, núm. 1; *Vospomināniia* (Recuerdos), de Tijomírov; «O bílom i nebilitsaj» (Sobre el pasado y las fábulas), en *Sochinéniia,* volumen XXIV; y Fígner.

propósitos. Eran éstos —probablemente la mayoría— partidarios simultáneamente de la guerra abierta contra la autocracia y contra el establecimiento de un régimen constitucional. Concebían el terrorismo como un medio para forzar al gobierno a la renuncia a obstaculizar sus actividades de agitación entre los campesinos. Estaban en la posición absurda, como mordazmente diría uno de los militantes de Zemliá i Volia, de no querer «otra libertad que la libertad de hacer la revolución».[6] Esta postura, aun a pesar de su incongruencia, debió ejercer una cierta atracción sobre aquellos *derevénschiki* que estaban dispuestos a aceptar cualquier medio que pareciese facilitar la agitación agraria en que estaban comprometidos.

La mayoría de los actos de terrorismo cometidos en 1878 y principios de 1879 lo fueron por personas asociadas con Zemliá i Volia, aún cuando no fuera la organización como tal quien los decidió, ni se ejecutasen en su nombre. No obstante, la creciente dedicación de sus miembros a tales actividades hizo imperativa para el partido la definición de su actitud ante el terrorismo. La propuesta de asesinar al Zar, que caso de ser adoptada exigiría una concentración de fuerzas y recursos, hacía todavía más urgente dicha toma de postura. Antes de nada, era necesario hacer frente a la oposición, dentro de la dirección del partido, a la línea de acción que se estaba perfilando. Esta oposición, en principio latente y luego cada vez más abierta, se centraba en los *derevénschiki,* encabezados por Plejánov.

Estos elementos no rechazaban de plano el terror en todas sus manifestaciones, y mucho menos la violencia. Su postura ante este último punto quedó tipificada en la burla verbal dedicada por Plejánov a los «pacifistas» seguidores de Lavrov. Al menos, ni Plejánov ni sus partidarios hacían objeción alguna a los estatutos del partido, aun cuando en ellos se preveía la formación de una sección «desorganizadora», capacitada para atacar físicamente a los enemigos del partido. La apasionada participación de Plejánov en la campaña de agitación con motivo del juicio y absolución de Vera Zasúlich nos permite suponer que él, en no menor medida que los demás revolucionarios, acogió su acción con una aprobación entusiasta. No obstante, se opuso a la repetición de actos semejantes y, en particular, a la propuesta de asesinar al Zar. Tanto para él mismo como para sus partidarios, la adopción de tales medidas significaría la distorsión, si no el simple abandono total, de los métodos y propósitos básicos del movimiento *naródnik.* No en vano eran conoci-

6 Tijomírov, *Vospomināniia* (Recuerdos), p. 133.

dos como *derevénschiki*, pues entendían que el populismo significaba «ir al pueblo» y trabajar en su seno en pro de una revolución de masas contra los mismos cimientos del orden social. Consecuente con dicha imagen del proceso revolucionario, Plejánov defendía la promoción del «terrorismo de las masas» en las fábricas y en los medios rurales. En el curso de la primavera de 1877 había abogado por el adiestramiento de los campesinos para la lucha armada, y un año después tomó parte personalmente en un intento de incendiar una fábrica cuyos gestores explotaban desmesuradamente a los obreros.[7] Pero, ¿qué diferencia se podía establecer entre dichas operaciones y un enfrentamiento directo, principalmente en la capital, entre la *intelligentsia* aislada en un bando y el gobierno en otro? Los *derevénschiki* aprobaban la autodefensa armada y no se oponían por principio a ocasionales actos de terror individual de carácter vindicativo. Pero no creían, en absoluto, ni en la eficacia ni en la conveniencia de tales métodos para el logro de las metas del populismo. Difícilmente podrá hacer estallar un levantamiento de masas un puñado de revolucionarios concentrados en San Petersburgo, razonaban; y sin contar con el apoyo popular, los enemigos del orden establecido nunca podrían alcanzar la fuerza necesaria para su destrucción. Un programa de terrorismo, en lugar de facilitar la agitación en los medios rurales, indudablemente conduciría a nuevas y más duras medidas represivas por parte del gobierno.

Además, seguían razonando, al golpear directamente contra el gobierno, los terroristas estarían desencadenando una campaña *política*, en vez de dedicarse a lo que debería ser su principal inquietud: las urgentes necesidades económicas y sociales del pueblo. Quienes esperen conseguir las libertades políticas por medio de actos individuales de terror, objetaba Plejánov, sin duda se equivocan. Tal y como él decía: «No se puede imponer un Parlamento a punta de pistola».[8] Pero al margen de que tal cosa fuese o no posible, ni tan siquiera aceptaba que se aspirase al establecimiento de un gobierno constitucional, ya que lo creía irreconciliable con las premisas anarquistas de su populismo. Tal objeción iba a demostrarse crítica para Plejánov, y nos descubre una de las convicciones que le diferenciarían de la mayoría de sus camaradas revolucionarios. Inclinado ya hacia consideraciones y conceptos teóricos, comprendió, al contrario

7 *Ibíd.*, pp. 127-128; R. M. Plejánova, «Periferíini kruzhok» (El círculo de la periferia), en Deutsch, *Gruppa*, IV, p. 107.
8 *Sochinéniia*, XXIV, p. 307.

que otros muchos, el auténtico significado de los actos terroristas contra el gobierno, y su incompatibilidad con los puntos de vista tradicionales del populismo. Las desafortunadas concomitancias de su firmeza teórica quedaron claramente plasmadas por Mijáilov, uno de los principales exponentes y defensores del terrorismo, cuando dijo, refiriéndose, casi con toda seguridad, a Plejánov:

> La mayoría sólo tenía un deseo; un enfrentamiento a sangre con el gobierno. Pero había algunos que estaban más influidos por la teoría que por la lógica de los acontecimientos y no compartían dicho estado de ánimo. Tales individuos tenían representantes en la organización populista.[9]

Entre los *derevénschiki*, era Plejánov quien más temía que, caso de no mantener la actividad terrorista bajo control, pronto acapararía todos los medios materiales y personales de la organización y obligaría a la suspensión de toda otra actividad. Si se daba a los terroristas rienda suelta, advertía, la organización se vería forzada «a abandonar uno después de otro sus antiguos campos de actividad, lo mismo que Roma abandonó una después de otra sus provincias ante la presión de los bárbaros».[10] Desde su punto de vista, tal desarrollo de acontecimientos no sólo sería desastroso para el movimiento, sino que implicaría, además, consecuencias extremadamente desagradables para él personalmente. Cuando se puso a discusión la propuesta de asesinato de Alejandro II, se hizo evidente que su aprobación significaría la suspensión temporal del periódico y la salida de la capital de aquellos militantes no implicados directamente en la operación. Tales medidas pondrían punto final al trabajo literario de Plejánov, así como a sus actividades entre los obreros fabriles —las dos empresas a que había entregado toda su atención.

Las críticas de Plejánov al terrorismo no se hicieron públicas en su totalidad hasta los primeros meses de 1879. Hasta entonces, no había habido motivo suficiente de alarma, pues en la reunión de primavera de los dirigentes de Zemliá i Volia, en 1878, una amplia mayoría había votado *contra* una resolución en que se pedía la expansión de la actividad desorganizativa.[11] Sin embargo, aun a pesar de esta decisión, los asesinatos se sucedieron en el curso del verano y últimos meses de 1878. Muy

9 Citado en Venturi, pp. 639-640.
10 *Sochinéniia*, XXIV, p. 305.
11 Aptekman, *Zemliá i Volia*, p. 136.

bien pudo ser que Plejánov empezase a abrigar alguna inquietud, pero una vez más existían pruebas extremadamente convincentes que parecían indicar que sus temores eran infundados. En el primer número de *Zemliá i volia*, Serguéi Kravchinski, uno de los tres redactores, escribió un artículo en que definía cuál era la relación correcta entre revolucionarios y masas, y entre terrorismo y actividad en los medios rurales:

Las revoluciones son asunto de las masas populares. La historia las prepara. Los revolucionarios no tienen poder de control sobre nada. Sólo pueden ser instrumentos de la historia, portavoces de las aspiraciones populares. Su papel consiste tan sólo en organizar al pueblo en nombre de aquellas aspiraciones y exigencias, y profundizarlas durante la lucha por su consecución; facilitar el aceleramiento de ese proceso revolucionario que, de acuerdo con las irresistibles leyes de la historia, tiene lugar en el presente período. Al margen de esta función, no representan nada; dentro de sus márgenes, representan uno de los factores más poderosos de la historia.

Por consiguiente, la base de cualquier programa auténticamente revolucionario ha de centrarse en las aspiraciones populares tal y como las ha engendrado la historia en un determinado tiempo y en un determinado lugar. En el correr de los tiempos, siempre que el pueblo ruso se ha levantado, con independencia de su alcance, ha pedido tierra y libertad. La tierra, como propiedad legítima de quienes la trabajan, y la libertad, como derecho universal de toda persona a ser dueña de sus actos.

[En cuanto al terror] debemos recordar que por ese camino no podremos lograr la emancipación de las masas trabajadoras. El terror nada tiene en común con la lucha en contra de los fundamentos del orden existente ... Sólo el pueblo puede destruir el sistema. En consecuencia, la parte más importante de nuestras fuerzas debe entregarse al trabajo junto al pueblo. Los terroristas no son más que un destacamento de *seguridad*, destinado a la defensa de los trabajadores frente a los golpes a traición de los enemigos. Empeñar todas nuestras fuerzas en la lucha contra el poder estatal significaría abandonar nuestro primordial y constante objetivo, para dar prioridad a otro accidental y provisional [12]

Estos párrafos están animados por un espíritu tan próximo al pensamiento de Plejánov que muy bien hubiera podido haberlos escrito él. Los hacía dramáticamente convincentes el haber sido escritos por el mismo hombre que había protagonizado una de las hazañas más sensacionales de los terroristas, el asesinato de Mezentsov. Con Kravchinski en dicha postura, puede deducirse que, en octubre de 1878 al menos, las diferencias entre los *derevénschiki* y los terroristas todavía no se habían hecho

12 Citado por Aptekman, *ibid.*, p. 165.

patentes. Pero durante los siguientes meses llegarían rápidamente a su cúlmen.

A pesar de las advertencias de personas como Kravchinski, a fines de 1878 y primeros meses de 1879, de hecho se dedicaban cada vez más y más los recursos y esfuerzos de Zemliá i Volia al terrorismo. La disposición crecientemente favorable de los revolucionarios ante la guerra de guerrillas encontró expresión en el homicidio de un agente de la policía secreta, en el atentado contra la vida de Drenteln, nuevo director de la Tercera Sección, y, por último, en el intento de asesinato del propio Zar (2 de abril de 1879), todo ello en poco más de un mes. Kravchinski, por entonces, se había trasladado al extranjero, y Morózov, el tercer redactor de *Zemliá i Volia*, se las ingeniaba para intentar dar una base teórica racional al terrorismo y a la propia lucha contra el poder del Estado, calificada por Kravchinski de «accidental y provisional». Los artículos de Morózov no se publicaron en *Zemliá i Volia*, sino en forma de una serie de panfletos editados por el grupo de militantes de la organización de San Petersburgo, ahora declaradamente terroristas. El día 15 de marzo, sólo dos días después del atentado contra Drenteln, declaraba Morózov:

El asesinato político *es el arma más terrible para nuestros enemigos*, contra la que nada pueden ni un ejército amenazante, ni una legión de espías ... Tal es la razón de que tres o cuatro asesinatos políticos [hayan hecho más por desmoralizar y desorganizar el gobierno] que años de propaganda, un siglo de descontento en Rusia, la agitación de los jóvenes, las maldiciones de miles de víctimas atormentadas en los penales o en el exilio. [13]

El creciente recurso a las prácticas terroristas, sostenido ahora con argumentos teóricos, provocó el endurecimiento de la postura de Plejánov y los *derevénschiki* en el centro del partido.

Plejánov había puesto en duda la conveniencia de asesinar a Drenteln, sugiriendo en su lugar un plan de «terror urbano y económico» que debía tener su foco en huelgas laborales. Pero la votación a favor del asesinato fue unánime, con la sola abstención de Plejánov. [14] Al publicarse la defensa del asesinato político hecha por Morózov, Plejánov y sus partidarios protestaron; no sólo por su contenido, sino además porque Plejánov, a pesar de ser redactor de *Zemliá i Volia*, no había podido leer el artículo

13 Citado por Aptekman, *ibid.*, p. 182.
14 *Ibid.*, p. 175.

antes de ser publicado. Profundamente inquieto por la dirección que parecía estar adoptando el partido, Plejánov insistió en que debía convocarse una conferencia para determinar si eran los puntos de vista de Morózov o los suyos propios los que de hecho representaban el programa del partido. [15] De este modo esperaba concentrar el peso de su facción, cuyos miembros estaban esparcidos por todo el país, en contra del grupo de San Petersburgo, favorable al terrorismo que dominaba cada vez más la marcha del partido.

La lucha entre facciones en San Petersburgo llegó a su culminación durante el mes de marzo de 1879. A instancia de un tal Soloviev, que se ofreció a asesinar al Zar, Mijáilov planteó la propuesta durante una reunión de los dirigentes del partido. En su desestimación de la propuesta, Plejánov, exteriormente muy tranquilo, hizo hincapié en el infinito daño que el terrorismo podía causar al movimiento en conjunto, al ahogar el resto de las actividades del partido. Uno de los *derevénschiki*, M. R. Popov, amenazó con prevenir a la supuesta víctima, con objeto de hacer fracasar a los terroristas. «Eso es una traición», gritó un terrorista, «¡os vamos a tratar como tratamos a todos los traidores!». A lo que replicó Popov: «¿Significa eso que nos quieres asesinar? Si es así, no olvides que también nosotros podemos disparar contra ti». [16]

En ese preciso momento sonó un timbre, y Mijáilov exclamó: «¡Caballeros, la policía! ... ¿Por supuesto que nos vamos a defender?». «¡Por supuesto!», fue la unánime respuesta tanto de los terroristas como de los *derevénschiki*, al tiempo que sacaban sus revólveres de los bolsillos. Una cautelosa pesquisa demostró que el timbrazo había sido una falsa alarma. Claramente, los antiterroristas, aunque opuestos a la escalada de asesinatos, no volvían la espalda al enfrentamiento armado. Una vez reanudada la discusión, se llegó a un compromiso de circunstancias. Con objeto de evitar una ruptura abierta, que era difícil aceptar, dados los lazos sentimentales y de experiencia existentes, el partido se negó a patrocinar oficialmente el atentado de Soloviev contra el Zar, pero dejó en libertad a sus militantes para ayudar a Soloviev a título personal si así lo creían oportuno. «Pero», declararía Plejánov mucho después, «nosotros, los *naródniks*, nos fuimos a casa con la convicción de que la antigua, y en

15 Morózov, pp. 8-9.
16 Se ofrecen relatos de la reunión en *Sochinéniia*, XXIV, pp. 304-306; Morózov, p. 6; Popov, «Zemliá i Volia», pp. 21-22; Aptekman, *Zemliá i Volia*, páginas 183-184.

tiempos ejemplar, unidad de Zemliá i Volia había quedado destruida y que a partir de entonces cada facción iba a seguir su camino por separado, sin preocuparse, más aún, sin tan siquiera tener posibilidad moral de preocuparse, por los intereses de la organización en general». [17]

El día 2 de abril, al salir el Zar de palacio para su paseo matutino, Soloviev hizo fuego contra él, pero apuntó mal y falló el tiro. Inmediatamente fue detenido por la policía. Tal y como habían advertido los *derevénschiki*, el gobierno instauró al punto nuevas medidas represivas: aplastó la recién formada organización de trabajadores, la Unión de Obreros del Norte de Rusia; practicó un gran número de detenciones; y en el curso de los meses siguientes, ordenó una docena de ejecuciones. Con más urgencia que nunca, los revolucionarios se veían encarados a una grave decisión: o seguir el mismo camino hasta lograr matar a Alejandro, o volver a la actividad en los medios rurales. La cuestión requería una respuesta definida y autoritaria, como sólo podía darla un congreso del partido. Las profundas diferencias entre los *derevénschiki* y los terroristas, reflejadas en concreto en la discusión dentro de la junta editorial entre Plejánov y Morózov, fueron la base para la convocatoria, en junio de 1879, del congreso de Zemliá i Volia, en Vorónezh, acontecimiento de la máxima importancia en los anales del movimiento revolucionario, así como en la vida del propio Plejánov.

Al urgir la necesidad del congreso, seguramente pensaba Plejánov que tenía bastantes probabilidades de hacer que se aprobara una resolución que confirmase el antiguo programa de Zemliá i Volia, concediendo importancia primaria a la actividad de masas en el campo y la ciudad, y limitando el alcance de la actividad «desorganizativa». La minoría de San Petersburgo que estaba con él frente a los partidarios del terror, sería apoyada por los representantes de los militantes en medios rurales comprometidos en la propaganda y agitación entre campesinos. Los cálculos de los terroristas eran similares, y para contrarrestar su anticipada situación minoritaria, así como para hacer planes de cara al futuro, caso de que efectivamente el congreso culminara en una ruptura, mantuvieron una reunión política secreta en Lípetsk, preparatoria del congreso de Vorónezh. [18]

En Lípetsk, la facción terrorista encabezada por Mijáilov, Morózov y Lev Tijomírov se comprometió a defender el breve

17 *Sochinéniia*, XXIV, p. 306.
18 La parte dedicada a la reunión de Lípetsk se basa, sobre todo, en Morózov, pp. 10-15.

programa de una nueva organización revolucionaria. El párrafo básico de dicho programa, tal y como mucho más tarde lo reprodujo Morózov, decía:

> Observando la vida social contemporánea en Rusia se deduce que, a causa de que prevalece la arbitrariedad y violencia del gobierno, no es posible actividad alguna en favor del pueblo. No existe ni libertad de expresión, ni libertad de prensa para obrar por persuasión. En consecuencia, para todo activista de vanguardia se hace necesario, ante todo, poner fin al actual sistema de gobierno; y para luchar contra él no existe otro camino que hacerlo con las armas en la mano. Por consiguiente, lucharemos contra él, al estilo de Guillermo Tell, hasta el momento que consigamos unas instituciones libres bajo las que nos sea posible discutir sin obstáculos en la prensa y en asambleas públicas todas las cuestiones políticas y sociales, y decidir sobre ellas por intermedio de representantes libres del pueblo. [19]

En armonía con el programa adoptado, el grupo proclamó que el asesinato de Alejandro II era un asunto de importancia prioritaria. Sucedería lo que sucediese en Vorónezh, no iban a permitir que se les impidiera ejecutar la sentencia de muerte que pesaba sobre el Zar. Para hacer que su postura pudiera de hecho imponerse en Vorónezh, el grupo de Lípetsk ideó nombrar como representantes suyos en el congreso a tres de ellos que oficialmente no militaban en Zemliá i Volia. De los acontecimientos que finalmente se sucedieron en el congreso, puede deducirse que el grupo preparó además una inteligente estratagema que podría conducirles a la victoria: tenderían a aislar a Plejánov y los extremistas *derevénschiki* por medio de una política en apariencia conciliadora que podría hacer que los moderados se sumasen a su causa.

El día 24 de junio de 1879, dos docenas poco más o menos de revolucionarios, aparentemente de excursión, se dirigían en barcos de remo a una isla cubierta de bosque, en el río próximo a Vorónezh, para celebrar la primera sesión del congreso del partido. [20] Nada más empezar, los terroristas desarmaron a los *derevénschiki* al votar unánimemente por un militante del grupo

19 *Ibid.*, p. 11. Morózov se atribuye la formulación del programa de Lípetsk, pero Frolenko, que también estuvo presente, lo considera producto de los esfuerzos combinados de varias personas (véase «Kommentari», p. 27).

20 La información sobre los acontecimientos en el congreso de Vorónezh procede, sobre todo, de *Zemliá i Volia*, de Aptekman, pp. 189-194; la interpretación de los mismos es, en líneas generales, mía.

agrario como presidente de las sesiones. A continuación, Mijáilov propuso que se aceptara como delegados en el congreso a los tres representantes nombrados por el grupo de Lípetsk que no eran militantes de Zemliá i Volia. El congreso aprobó por votación su aceptación, así como la admisión de tres candidatos propuestos por los *derevénschiki*. Estos últimos, sin embargo, al contrario de los candidatos de los terroristas, no tenían el mismo bagaje político que sus tutores, por lo que no llegaron a tener participación activa en el congreso. Dado el desarrollo posterior de los acontecimientos, se vería que los terroristas no hubieran necesitado molestarse en reforzar la fuerza numérica de sus votos por medios discutibles. Pues, gracias a su flexibilidad táctica —aunque no sólo debido a ella— la facción agraria, con la única excepción de Plejánov, se mostró mucho más conciliadora respecto a ellos de lo que se hubieran atrevido a esperar.

Los terroristas fijaron rápidamente el tono de las sesiones en una nota favorable a sus planes. Morózov leyó en alta voz la última carta escrita por Valerian Osinski, un camarada muy popular, ajusticiado poco tiempo atrás en Kiev por el gobierno. [21] A continuación, se anunció también la reciente ejecución, en Odesa, de Dimitri Lizogub, otro camarada muy querido. Los delegados se vieron, así, sumergidos en un fuerte clima de odio contra el gobierno, y en disposición de aceptar, en consonancia con la conclusión del testamento de Osinski, que el terrorismo revolucionario era el camino más efectivo —el único camino— al alcance de los militantes de Zemliá i Volia, dadas las circunstancias presentes.

Durante la posterior discusión del programa del partido, los terroristas se condujeron con modestia admirable. No mostraron reparo alguno en sumarse a los demás en la votación favorable a la reafirmación del antiguo programa del partido, que definía como objetivo de la actividad del partido la «revolución económica» y declaraba que el centro de gravedad de su actividad estaba, como antes, en el pueblo. La única enmienda al antiguo programa procedió de los *derevénschiki* militantes y hacía referencia a la aprobación del «terror agrario» en los medios rurales —la preparación de los campesinos descontentos para actividades terroristas contra las autoridades locales, *kulaks* y latifundistas. Fue respaldada con presteza por el grupo de Lípetsk, dando un paso que en cierto sentido obligaba a los *derevénschiki* a prestar su apoyo al terror político en las ciudades, siguiente punto de la agenda y cuestión crucial del congreso.

21 La carta está reproducida en *ibid.*, pp. 189-190.

En el curso de la tormentosa discusión sobre este punto, Plejánov, que hasta entonces no había podido encontrar ningún motivo para enfrentarse a sus oponentes, en apariencia dispuestos a la conciliación, tomó la ofensiva. Intentando dejar al descubierto lo que desde el punto de vista de un *naródnik* ortodoxo era el flanco vulnerable de los terroristas, les desafió a exponer qué esperaban ganar por medio del terror político. Su táctica tuvo éxito; pues en el calor de la discusión, Mijáilov se descolgó con una respuesta inequívoca: «¡Obtendremos una constitución, vamos a desorganizar al gobierno y forzarle a darnos una!». En medio del tumulto que siguió a esta renuncia al programa de partido cuya confirmación acababan de votar los terroristas, Plejánov protestó calurosamente diciendo que para un *naródnik* revolucionario luchar por una constitución equivalía a traicionar la causa del pueblo. La actividad desorganizadora, en cualquier caso, era inadecuada para el logro de tales objetivos. Sólo podría traer como secuela la intensificación de la represión gubernamental, y la victoria del gobierno sobre los revolucionarios. El único cambio con que se podría contar de antemano, sin temor a equivocarse, sería la sustitución de las dos barras que seguían al nombre Alejandro por tres.

Zheliábov añadió nueva leña a los argumentos de Plejánov afirmando su confianza en una actividad política declarada, y la renuncia a la «lucha de clases». Puesto que, desde su punto de vista, debería darse prioridad a la obtención de libertades políticas sobre cualquier otro objetivo, defendió una línea de compromiso con los liberales con vistas a tal fin. Plejánov se quedó horrorizado ante tal herejía y acusó a Zheliábov de querer que los revolucionarios se subordinaran a los liberales y sus objetivos, de querer que los revolucionarios sacaran las castañas del fuego a los liberales.[22] Frente a la afirmación de Zheliábov de que los esfuerzos por desencadenar la lucha de clases a nivel de masas, estaban, de momento, condenados al fracaso, Plejánov señaló los éxitos logrados por los obreros fabriles. ¿Deberían abandonarse tales actividades? Zheliábov, más perspicaz entonces que Plejánov, replicó que las huelgas de los obreros rusos eran actos políticos, y que por tal motivo merecían se les prestase continuo apoyo.[23] En este colérico intercambio de opiniones quedaba patente la aguda oposición entre lucha política y actividad socialista en el pensamiento de los revolucionarios.

22 *Sochinéniia*, XXIV, pp. 105, 137; Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom» (Cómo se hizo marxista J. V. Plejánov), pp. 111, 113.
23 *Sochinéniia*, XXIV, pp. 105-106, 137.

Tijomírov intervino en la discusión en un esfuerzo por encontrar un punto intermedio de coincidencia entre las dos fuerzas abiertamente hostiles. Al final, el congreso aprobó una resolución de compromiso según la cual «el terror político como forma de lucha, sólo se reconoce como medida última y excepcional bajo determinadas y especiales circunstancias». Esta resolución, sin embargo, lo único que hizo fue desplazar el terreno de la discusión; pues no decía lo que había que hacer bajo las circunstancias entonces presentes. No obstante, la escaramuza puede considerarse ganada por los terroristas, pues al aceptar la clasificación del terrorismo político como forma de lucha «última y excepcional», reafirmaban ante los *derevénschiki* en general, si no ante Plejánov, que en lo esencial seguían siendo *naródniks*.

Una vez asegurada de tal modo su postura, los terroristas estaban en condiciones de ganar todas las bazas. Habían maniobrado para reducir las aparentes divergencias entre ellos y los *derevénschiki* mayoritarios hasta unas proporciones mínimas. Con pocas excepciones, este grupo se mostró de acuerdo con los terroristas en que las circunstancias del momento *eran* bastante «últimas y excepcionales» como para aconsejar la continuación hasta la victoria de la campaña para asesinar al Zar. De acuerdo con ello, una mayoría de los delegados votó en favor del apoyo a los terroristas, que ahora podían celebrar su triunfo.

Plejánov todavía hizo un último esfuerzo por conjurar la derrota al intentar reanudar el enfrentamiento político con motivo de una discusión sobre el periódico del partido. También en esta ocasión votó la mayoría en contra suya, y Morózov quedó libre de cualquier tipo de responsabilidad por haber escrito y publicado artículos en favor del asesinato político antes de que el partido hubiera votado sobre el tema. Tal desarrollo de los acontecimientos enfureció a Plejánov, que pronunció una filípica en contra del congreso, culpándole de haber cortado todo vínculo con la revolucionaria tradición *naródnik* de Zemliá i Volia. Puesto que el congreso persistía en tal actitud,[24] dijo, no tenía nada más que hacer allí. Y, dando media vuelta, se fue a grandes zancadas a través del bosque. Algunos de los que habían apoyado su postura se levantaron como si fueran a seguirle, pero después de dudarlo un momento, volvieron a sentarse. Según iba alejándose solo, Vera Figner, uno de los abogados del terrorismo,

24 El resto de este párrafo se basa en la descripción muy breve de Morózov de la reunión de Vorónezh, pp. 16-19. Cuanto dice es confirmado por Fígner, p. 132.

dijo llena de ansiedad: «Hay que llamarle para que vuelva». Pero Mijáilov, en un esfuerzo característico por alejar los sentimientos del campo de las decisiones políticas, respondió con voz agitada: «No importa lo doloroso que pueda ser, no debemos llamarle para que vuelva». El congreso aprobó entonces por votación considerar que Plejánov se había separado voluntariamente de Zemliá i Volia. Al día siguiente, Plejánov envió al congreso un escrito razonado con más calma, en que pedía que reconsiderase su postura, pero los delegados no estaban de humor para renunciar a las decisiones tomadas.

Los terroristas habían logrado que el congreso adoptase sus puntos de vista, hasta tal punto que no vieron necesidad de levantar una nueva organización. Todo lo decidido en Lípetsk quedaba legitimado en Vorónezh. Y, por añadidura, Plejánov —la espina más molesta clavada en su costado— había quedado desplazado. Su renuncia también parecía indicar que, a partir de entonces, el órgano del partido podía servir, sin oposición de nadie, como portavoz de los puntos de vista de los terroristas. En cuanto a los *derevénschiki*, la mayoría de ellos se daban por satisfechos al quedar asegurada la continuidad de su trabajo.

Es interesante la interpretación personal de Plejánov, escrita casi treinta años después de los acontecimientos, de lo sucedido en Vorónezh, pero no puede aceptarse literalmente.[25] No sólo incurre en numerosas contradicciones, sino que además desfigura el comportamiento de las personas implicadas (*). La afirmación de Plejánov de que fue a Vorónezh esperando la derrota en lugar de una victoria, parece estar basada en consideraciones posteriores. Una vez en marcha el congreso, y no antes, fue cuando pudo darse cuenta de que los *derevénschiki* se inclinaban hacia el compromiso, mientras él consideraba imperativo establecer una distinción tajante entre la agitación y el terror. Y rechazaba el compromiso por temor a que, si se hacía la menor concesión al terrorismo, iba a terminar consumiendo todas las energías y recursos del partido. En su relato dice que ya antes de reunirse el congreso había tomado la decisión de retirarse caso de que los *derevénschiki* no cerrasen filas contra el terrorismo. Su postura, esperaba, daría nuevo vigor a la determinación de librar una batalla más vigorosa y continua contra el terrorismo. Al propio tiempo, no obstante, se describe

[25] *Sochinéniia*, XXIV, pp. 307-310.
* Es decir, lo desfigura si se toma como término de comparación el relato de Aptekman, el más contemporáneo y completo, y el único recomendado explícitamente por Plejánov. Ver *Sochinéniia*, XXIV, p. 310.

como habiéndose dado cuenta de las pocas probabilidades que existían de hacer aprobar una resolución en contra del terrorismo, y por consiguiente, yendo al congreso con el propósito más modesto de persuadir a los delegados a limitar los fondos destinados a actividades «desorganizativas». Tal línea hubiera sido encarnación de una política de compromiso. Según demuestran los acontecimientos, Plejánov abandonó el congreso antes de considerarse las asignaciones económicas. Tras su retirada, el congreso dedicó un tercio de su presupuesto a actividades terroristas, y dos tercios a las actividades en medios rurales. A pesar de lo cual, aunque Plejánov se quedó en Vorónezh todo el tiempo que duraron las reuniones y estuvo informado de las decisiones, no hizo esfuerzo alguno por volver a participar en aquéllas. Y si bien su comportamiento puede atribuirse en parte a orgullo herido, sin duda hay que dar mayor importancia a las cuestiones de principio en discusión, sobre las que adoptó una postura de no compromiso.

Pintándose a sí mismo como partidario del compromiso, y a los terroristas como vencedores precisamente por su unilateralidad e intransigencia, invierte realmente el contenido de los papeles representados en Vorónezh. Los *derevénschiki* dejaron aislados a su cabeza dirigente precisamente por su inflexibilidad, que temían podía provocar un cisma. Los terroristas, sean cuales fueren sus intenciones íntimas, dieron toda la impresión de querer tender la mano a los *derevénschiki*. Que estuviesen dispuestos a destinar dos tercios del presupuesto del partido a la agitación de masas sugiere que su actitud era algo más que simples palabras; a no ser que, como afirman Popov y Aptekman, también esto fuera un fraude, por saber los terroristas que, tras haberse adoptado su programa, todos los fondos y personas, voluntariamente o no, terminarían absorbidos por su actividad.[26] La notable ausencia de fraseología *naródnik* en el programa de Lípetsk tiende a confirmar este punto de vista.

La acusación de Plejánov a los *derevénschiki* sobre su incapacidad para mantener los principios estaba justificada. Pero, sin duda, no tenían las cuestiones de principio tan claramente delimitadas como él. La conducta de los *derevénschiki* estuvo determinada más por consideraciones prácticas que teóricas. Si algunos terroristas consideraban que era objetivo propio la consecución de libertades políticas, los *derevénschiki* tenían otras razones válidas para respaldar sus iniciativas. El terrorismo se asociaba en el pensamiento de algunos de ellos con la construc-

[26] Popov, «Zemliá i Volia», p. 33; Aptekman, *Zemliá i Volia*, p. 194.

ción de una poderosa organización centralizada, esencial tanto para la coordinación de las distintas actividades locales en que estaban comprometidos como para su utilización como espada de Damocles sobre el gobierno, con el fin de evitar su intromisión en las actividades de los *naródnik*. Otros opinaban que, puesto que se había emprendido, había que llevar a buen término la operación de ejecutar al Zar; tras lo cual, podría reanudarse el tipo antiguo de actividad en los medios rurales. Hay que subrayar que la mayoría de los *derevénschiki* preferían el compromiso con los terroristas que asistir a la ruptura de la organización más efectiva jamás montada por los revolucionarios, organización que no iba a ser fácil reemplazar.[27]

Abrumado por su derrota, Plejánov dejó Vorónezh camino de Kiev, para encontrarse con Rosaliia Márkovna Bograd, con quien vivía desde unos meses antes. Rosaliia, que tenía veintitrés años y era descendiente de una familia judía acomodada de Jersón, en el sur de Rusia, estaba matriculada como estudiante de medicina en San Petersburgo. Compartía los mismos puntos de vista revolucionarios de Georgi, quien le hizo partícipe de la desagradable historia de sus experiencias en Vorónezh.[28] Estaba seguro de que si persistía en su actual política, el movimiento estaba condenado. En particular, insistió en que el terrorismo provocaría la ruptura de todos los valiosos vínculos establecidos con el pueblo por los revolucionarios a costa de grandes esfuerzos. Se mostró especialmente mordaz con los *derevénschiki* que se habían declarado conformes con su actitud ante el congreso pero a los que «faltaba hombría» para seguir su ejemplo al abandonarlo. Estaba amargado por ser el único que abandonaba el movimiento a que había dedicado todas sus energías.

Muchos años después, Rosaliia Márkovna afirmaba que, fueran cuales fueran los contratiempos, el temperamento de Plejánov jamás le hubiera permitido abandonar su carrera revolucionaria por una vida de «erudito de vitrina».[29] Pero Deutsch, que se convirtió en el colaborador más íntimo de Plejánov inmediatamente después del lance de Vorónezh, describe la actitud de Plejánov después del congreso de forma bastante distinta. Según Deutsch, Plejánov le dijo a propósito de sus sentimientos:

27 Es Popov quien sugiere la mayoría de estas consideraciones.
28 R. M. Plejánova, «Nasha zhizn do emigratsi» (Nuestra vida hasta la emigración, en Deutsch, *Gruppa*, VI, pp. 65-69, 71-73; también *ibid.*, IV, página 115.
29 Plejánova, «Nasha zhizn» (Nuestra vida), pp. 72-73.

> Fue penoso. Pero yo tengo un remedio para cualquier cosa que me aflige: el deseo de adquirir conocimientos; si tú hubieras vuelto del extranjero, no como partidario [de mis puntos de vista], sino ... de los terroristas; y si no se hubiera producido la disolución de Zembliá i Volia, donde yo no habría vuelto a entrar, en tal caso hubiera dedicado mi vida entera a la ciencia.[30]

Al margen de los fuertes vínculos que le unían a la causa popular, se sentía incapaz de trabajar en el seno de un movimiento con cuyos principios fundamentales no estaba de acuerdo. A falta de oportunidades de trabajar en favor de la causa popular en alguna forma acorde con sus principios, muy bien pudo haber dedicado sus abundantes energías a aquellos intereses intelectuales que se había visto obligado a descuidar después de su salida de la Escuela de Minas.

Sin embargo, pronto se presentaron nuevas posibilidades revolucionarias con la vuelta de Deutsch, Stefanóvich y Vera Zasúlich, todos los cuales habían sido recientemente admitidos como militantes de Zemliá i Volia, y se hallaban en el extranjero durante el congreso de Vorónezh, en junio. Llegaron a San Petersburgo a finales de ese verano, y Plejánov se apresuró a tener una entrevista con ellos, confiando en que se mostrarían solidarios con su postura. Los cuatro se pusieron inmediatamente de acuerdo, y Deutsch, Stefanóvich y Zasúlich, junto con unos pocos *derevénschiki*, se encargaron de mantener a Plejánov informado de la vida interna de la organización. Pusieron bien en claro a los terroristas que esperaban de ellos respeto a las resoluciones adoptadas en el congreso, como compromisos en vigor, y no como un simple enmascaramiento verbal. Insistieron en que el peso principal del partido debía volcarse en la actividad en los medios rurales, con una asignación paralela de fondos, y pidieron participación en la determinación de la política del periódico. Al mismo tiempo, en lugar de ayudar a la difusión de los esquemas de los «desorganizadores», se dedicaron a ganar para sus puntos de vista a los miembros de la organización titubeantes o no comprometidos. En el congreso, Plejánov había quedado aislado y los terroristas triunfantes; pero a partir de entonces, la facción de Plejánov se había hecho más fuerte y más insistente que antes. El cisma que muchos habían esperado se produciría en Vorónezh parecía ahora inevitable.

Finalmente, en octubre, se llegó a un acuerdo formal para disolver la organización. Los fondos se distribuirían entre los

30 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom» (Cómo se hizo marxista J. V. Plejánov), p. 113.

dos grupos. Ambos se comprometieron a no utilizar el nombre Zemliá i Volia para sus organizaciones o en ninguna publicación que dieran a luz. Cada grupo prometió prestar al otro toda la ayuda posible. Así las estrechas y amistosas relaciones entre los revolucionarios, que tanto habían contribuido a evitar el cisma en Vorónezh, hicieron posible dividir amigablemente la organización cuando ya no podía evitarse por más tiempo el cisma. La facción terrorista, en efecto, volvía ahora a los planes hechos en Lípetsk, y montó una nueva organización, Naródnaia Volia (La voluntad del pueblo). La facción *naródnik* ortodoxa escogió el nombre Cherni Peredel (La redistribución general, Reparto negro) en homenaje a su solidaridad con la antigua aspiración *naródnik* a una revolución agraria que dividiría la tierra entre las comunidades campesinas y sentaría las bases para el establecimiento de un socialismo agrario en Rusia. En lugar de convertirse en un erudito de vitrina, Plejánov volvía a ocupar un puesto en la escena revolucionaria como figura principal de Cherni Peredel.

Desde el punto de vista de Plejánov, la ruptura de Zemliá i Volia representaba un triunfo, o al menos un triunfo parcial. En lugar de quedar entregada la suma total de revolucionarios y de energía revolucionaria a las actividades de terrorismo, se habían salvado los medios personales y materiales necesarios para mantener la continuidad de la actividad populista ortodoxa. Separados los elementos terroristas, sería posible ahora, pensaba Plejánov, desarrollar un fuerte movimiento de masas. Pero estas esperanzas pronto demostrarían no ser más que sueños y quimeras. Al cabo de pocos meses, el curso de los acontecimientos parecía demostrar, no que los terroristas se habían desviado imperdonablemente de la auténtica senda revolucionaria, sino que los populistas tradicionales se habían metido en un callejón sin salida.

O. V. Aptekman, cronista de Cherni Peredel y uno de sus miembros dirigentes, inicia su relato con estas lúgubres palabras: «No nació la organización Cherni Peredel en un momento afortunado. Dios no quiso que se impusiera, y tres meses después expiraba».[31] Fija evidentemente la fecha de su muerte hacia los días 22-24 de enero de 1880, cuando una serie de operaciones policiales culminaron en la captura de la imprenta del grupo y el arresto de casi todos los miembros que no estaban en

31 Aptekman, *Zemliá i Volia,* p. 201. La siguiente versión del destino de Cherni Peredel se basa principalmente en el relato de Aptekman, páginas 201-221.

el campo. Sin embargo, podría sostenerse que la extinción de Cherni Peredel se produjo bastante antes; pues, tal y como deja bien claro el relato de Aptekman, la organización nunca llegó a pasar realmente de la etapa de planificación a la acción. Admitiendo que se produjera efectivamente dicho paso, se podría sostener que su existencia se prolongó bastante más tiempo de lo que dice Aptekman. Aptekman fue uno de los detenidos en enero de 1880, y no es de extrañar que tendiera a considerar que el movimiento se extinguió en coincidencia con dicho acontecimiento. No obstante, algunos miembros de la organización escaparon al extranjero —Plejánov, Zasúlich, Deutsch y algunos más— y se las ingeniaron para mantener, en mayor o menor medida, la vida de la organización durante un año más, aproximadamente. En Rusia, Axelrod, que se había sumado a la organización en diciembre y había logrado escapar a la persecución de la policía, reorganizó unos pocos grupos reducidos de jóvenes y estableció contacto con los militantes en el extranjero.[32] Pero aparte de unos cuantos números de un periódico, el grupo murió no dejando más que leves huellas de su existencia.

Había nacido rodeado de grandes esperanzas. Hablando en nombre de la nueva asociación en el primer número de su periódico, afirmaba Plejánov su solidaridad con las tradiciones del populismo: «Zemliá i Volia, como antes, seguirá siendo nuestro grito de combate en la práctica, dado que son estas dos palabras las que expresan más completa y totalmente las exigencias populares».[33] Pero aún antes de haberse impreso estas palabras, ya era evidente y demostrada la imposibilidad de subsistencia. Estaba demasiado claro que Naródnaia Volia era enormemente más atractiva para los potenciales nuevos militantes que Cherni Peredel; al igual que la táctica de agitación, había triunfado en su momento sobre el propagandismo de los seguidores de Lavrov, ahora el terrorismo triunfaba sobre el bakuninismo. Ahora, como antes, los impacientes radicales apoyaban aquellos planes de acción que prometían afectar al gobierno más directa y agudamente. Ansiaban obtener resultados rápidos, y aunque concedían el debido respeto a la sinceridad de los militantes de Cherni Peredel, no sentían el menor deseo de perder su tiempo en actividades que, en comparación, parecían inocuas. Es más, el movimiento de «ida al pueblo» había pasado su cenit en 1879,

32 Las notas de Axelrod sobre su asociación con Cherni Peredel se encuentran en su *Perezhítoe i peredúmannoe* (Impresiones vividas y reflexiones), pp. 333-369, 381-389, y *pássim*
33 Sochinéniia, I, p. 108.

y pocos jóvenes se mostraban dispuestos a hacer frente a las dificultades que implicaba trabajar entre los campesinos.

Esta actitud no era sólo característica de los terroristas convencidos. Plejánov y otros militantes de Cherni Peredel encontraron bastantes estudiantes que decían lo mismo que los antiguos *naródniks;* pero pocos que estuvieran dispuestos a hacer lo que los antiguos *naródniks* hacían. Más descorazonador aún era el hecho de que muchos antiguos *naródniks* empezaran a encontrar insoportable la vida en los pueblos y volvieran a establecer su residencia en las ciudades. Con escasez de nuevos militantes, y con los propios *naródniks* experimentados en crisis de esperanza, los ambiciosos planes para una agitación rural en gran escala nunca pasaron de la etapa de discusión. Cherni Peredel fue un fracaso completo en aquel campo donde se había propuesto centrar su actividad.

A no ser que quisieran abandonar por entero cualquier actividad revolucionaria, era evidente que estos defensores de una revolución agraria debían dirigir su atención hacia las clases sociales urbanas. Los elementos de oposición entre las capas profesionales, si bien por motivos distintos a los estudiantes, secundaban en gran medida los planteamientos políticos de Naródnaia Volia, aunque ciertas reservas ante el terrorismo les impedían en alguna medida prestarle apoyo activo. No hay duda de que muchos de ellos confiaban secretamente en que el gobierno se viese forzado por los terroristas a hacer concesiones significativas a los ciudadanos. Los militantes de Cherni Peredel, por tanto, no encontraban mayores facilidades para buscar apoyo en este medio que entre los campesinos.

Como consecuencia, en parte, de sus anteriores éxitos en aquel medio, pero también por falta de cualquier otra alternativa, Plejánov propuso a los militantes de Cherni Peredel que se dedicaran a la agitación entre los obreros fabriles.[34] Repetía una y otra vez que los obreros buscaban ayuda; que puesto que los obreros, en cualquier caso, eran por esencia campesinos, los revolucionarios podían dedicarse a la agitación entre ellos sin violar su programa político; y que si la agitación daba frutos, la organización se encontraría con mayores oportunidades para ganar nuevos militantes procedentes de la *intelligentsia.*

La propuesta fue aceptada. Pero pronto se demostraría que la esperanza de obtener frutos de la actividad en el campo obrero era ilusoria. Plejánov había renovado sus relaciones con antiguos amigos obreros, entre ellos Stepan Jalturin, organizador de la Unión de Obreros del Norte de Rusia, pero poco podía hacer contra el enorme prestigio de Naródnaia Volia. Aun cuando las acciones de los terroristas originaban nuevas y más amplias y profundas medidas represivas por parte del gobierno, se hizo casi imposible comprometerse en ninguna otra forma de actividad revolucionaria que no fueran nuevos actos de terror. Algunos obreros progresistas que inicialmente habían denunciado el terrorismo, pero que era sabido consideraban esencial la consecución de libertades políticas para el desarrollo del movimiento obrero, no perdieron demasiado tiempo en sumarse a los terroristas como solución de emergencia.[35]

Eventualmente, también Jalturin, a quien Plejánov admiraba mucho por su dedicación a su causa, pidió a Plejánov que le pusiera en contacto con los terroristas. Plejánov, a regañadientes, lo hizo. El tribuno del populismo tuvo más que sobradas razones de desesperación cuando este «preparado e inteligentísimo representante» del proletariado de San Petersburgo eligió el camino que él «consideraba nocivo para el desarrollo del movimiento revolucionario.»[36] Como consecuencia, Jalturin jugó el papel de protagonista en el tercer intento sin éxito de asesinar al Zar, en febrero de 1880. Fue él quien se encargó de dinamitar el comedor del Zar en el Palacio de Invierno, un intento que fracasó porque el Zar se retrasó en ir a comer.

Los militantes de Cherni Peredel eran víctimas de problemas adicionales causados por la policía, que mantenía la alerta contra todos los revolucionarios a partir del 10 de noviembre de 1879, cuando miembros de Naródnaia Volia hicieron un intento infructuoso de voladura de un tren en que viajaba el Zar. Irónicamente, la policía consideraba a Plejánov como instigador del primer ataque contra el Zar, en la primavera de 1879, y tenía especiales deseos de conseguir su detención. Por consiguiente, cuando Plejánov y Rosaliia volvieron a San Petersburgo a fines de 1879, tomaron extraordinarias precauciones.[37] En primer lugar, era esencial procurarse un buen documento de identidad falso. Fabricado éste en unas pocas horas a nombre de un respetable hidalgo de provincia, Plejánov y Rosaliia ocuparon una habitación en una pensión con objeto de poner a prueba su bondad. (Los propietarios de hoteles y establecimientos similares estaban obligados a entregar los documentos de identidad de

34 Aptekman, *Zemlid i Volia*, pp. 206-208.

35 *Sochinéniia*, III, pp. 184-186; 201-202.

36 R. M. Plejánova, «Nasha zhizn» (Nuestra vida), *Gruppa*, VI, pp. 96-97. Su descripción de Jalturin refleja los sentimientos de Plejánov.

37 *Ibid.*, pp. 88-92.

sus clientes a la policía para su inspección y comprobación.) Llegado el momento de reclamarlo, Plejánov y Rosaliia fueron acompañados a la pensión por un grupo de amigos con objeto de poder rescatarles, si fuera necesario, de manos de la policía. Rosaliia hizo la propuesta de ir sola a reclamar el documento, estimándose de menos valor para el movimiento revolucionario que él, y al final logró su propósito, aunque las protestas de Plejánov fueran tales que sus amigos tuvieron que sujetarle. Para general alivio, Rosaliia volvió inmediatamente: el documento de identidad había engañado a la policía. Poco después, Plejánov y Rosaliia alquilaban un piso en un barrio tranquilo de la ciudad. Plejánov no sólo se afeitó el bigote y la barba, sino que además tomaba la precaución de quedarse en casa durante el día, leyendo y escribiendo, y comiendo con la propietaria del piso.

No mucho antes de finalizar el año, empezó a circular el rumor de que la policía pretendía examinar y verificar los documentos de identidad de todos los habitantes de la ciudad. En consecuencia, los dirigentes de Cherni Peredel aprobaron enviar al extranjero a Plejánov, Zasúlich, Deutsch y Stefanóvich hasta que se suavizase la alerta extraordinaria de la policía. En enero de 1880, dejaban Rusia camino de Occidente. Pocos días después de su partida, se publicaba el primer número del periódico *Cherni peredel*, y pocos días después la policía descubría la imprenta secreta y detenía a los impresores y virtualmente a todos los miembros de Cherni Peredel que aún seguían en Rusia.

Plejánov tuvo noticia de la catástrofe inmediatamente después de llegar a Ginebra. El fracaso de Cherni Peredel significó una crisis para la ortodoxia *naródnik*. Pues dicho grupo se atenía estrechamente a los principios que Plejánov había defendido tan animosamente en Vorónezh y más tarde, hasta el punto de provocar la disolución de Zemliá i Volia. A este desafío a su sistema ideológico respondió con sensibilidad y audacia. Apenas dos años después de la fundación de Cherni Peredel, Plejánov se despojaba de sus vestiduras de *naródnik* y emergía con una imagen radicalmente distinta. En la siguiente fase de su existencia iba a convertirse en el profeta del marxismo ruso.

4. EL PRELUDIO DEL EXILIO

No debe pensarse que antes de principios de la década de 1880 el público ilustrado ruso desconocía las ideas de Marx. El propio Marx hizo la siguiente observación en una de sus cartas: «Por una ironía del destino, son justamente los rusos, a quienes no he dejado de atacar a lo largo de veinte años, ... [quienes] se han mostrado siempre más amables conmigo».[1] En 1848, y durante muchos años a partir de entonces, las obras de Marx y Engels pudieron importarse libremente ya que, en opinión de la censura, constituían «una especulación abstracta» sin aplicación inmediata a Rusia.[2] Era tal la reputación de Marx entre los radicales rusos que cuando el gobierno prohibió posteriormente que se continuaran importando algunos de sus escritos, las imprentas y publicaciones clandestinas de los revolucionarios se encargaron de llenar la laguna.

Ya en la década de 1840, los escritos de Marx eran conocidos por los intelectuales avanzados rusos, tales como los miembros del grupo de Herzen y Belinski. El influyente periódico *Sovreménnik* (El contemporáneo), cuando estaba bajo la dirección de Chernishevski, publicó un resumen y defensa de los puntos de vista de Engels sobre «la clase obrera en Inglaterra». En la década de 1860, Tkachev afirmaba que difícilmente podría nadie discutir los principios básicos del materialismo histórico de Marx. Bakunin se mostraba conforme; y, aun a pesar de su antipatía personal hacia Marx, fue él quien, en 1869, hizo la primera traducción al ruso del *Manifiesto comunista*. En cuanto a *Das*

1 Citada en Nevski, *Ócherki po istori rossíiskoi kommunistícheskoi parti* (Estudios sobre la historia del partido comunista de Rusia), I, p. 177.

2 Chaguin, p. 10. El material ofrecido sobre la penetración en Rusia del marxismo procede, en gran parte, de la obra de Chaguin. Véase también, *Perepiska K. Marksa i F. Engelsa s rússkimi politícheskimi déiateliami* (Correspondencia de C. Marx y F. Engels con personalidades políticas rusas), citada a partir de ahora como *Perepiska Marksa i Engelsa.*

Kapital, fue traducido al ruso antes que a ningún otro idioma (1872), y en seis meses se habían vendido más de mil ejemplares. Y, mientras de acuerdo con su autor, la aparición del volumen era acogida con un silencio total en Alemania,[3] su publicación en Rusia se vio seguida de un animado debate.

A mediados de la década de 1870, N. I. Zíber daba a conocer en Rusia su estudio titulado *David Ricardo y Karl Marx y sus investigaciones económicas*, en que exponía y aprobaba los principios básicos de la teoría económica de Marx. Tanto desde su cátedra en Kiev como a través de sus artículos en la revista *Slovo* (La palabra), Zíber divulgó las ideas económica de Marx. El interés que Marx despertaba se reflejó de nuevo en los juicios políticos de 1870 en adelante, en que abundaron las pruebas de la impresión, distribución y estudio de las obras de Marx. En 1877, cuando un cierto Zhukovski publicó un ataque contra Marx, tanto Zíber como el escritor *naródnik* N. K. Mijailovski tomaron su defensa en la revista *Otéchestvennie zapiski* (Anales de la patria), de amplísima difusión entonces.

No obstante, esto no quiere decir que antes de 1880 hubiera en Rusia algún marxista auténtico. Hasta 1882, había varias actitudes entre los pensadores radicales rusos con respecto a Marx; pero todos ellos coincidían en negarse a aceptar totalmente el marxismo, con sus implicaciones económicas, políticas, sociológicas y filosóficas. Algunos de ellos, como Belinski, sólo conocían fragmentos del primer pensamiento de Marx. Chernishevski, si bien estaba familiarizado al menos con una de las obras capitales de Engels, bajo ninguna circunstancia puede ser considerado marxista.[4] Tkachev, cantor de alabanzas al materialismo histórico, difundió unas ideas políticas y sociales que le hicieron víctima propiciatoria del vitriólico espíritu polémico de Engels. Lavrov incorporó elementos marxistas en su sistema, pero opinaba que la sociología y la filosofía marxistas eran incoherentes. Zíber, aunque aceptaba enteramente la teoría económica de Marx, era un liberal en el campo político. Bakunin, si bien abrazó sin reservas el materialismo de Marx, atacó con acritud a los partidos políticos marxistas y sus tácticas. De forma similar, la organización revolucionaria Naródnaia Volia, aunque poco tuviera que ver con los partidos socialdemócratas occidentales de aquel entonces, escribió a Marx: «La capa social de la *intelligentsia* avanzada de Rusia, que siempre observa atentamente la evolución ideológica de Europa y reacciona inmediatamente ante ella, ha acogido la aparición de sus obras con entusiasmo».[5]

3 Karl Marx, *Capital* (Nueva York, Modern Library), p. 20.
4 Véase, sobre esta cuestión, Shulguin, pp. 171-173.

El sorprendente contraste entre el respeto y la admiración de que disfrutaba Marx entre los izquierdistas rusos, y su incapacidad en la práctica para basar su pensamiento y actividad en sus ideas, debe explicarse en base a las peculiaridades del populismo ruso. Los radicales rusos consideraban a Marx un agudo analista que había dejado correctamente al descubierto las raíces y funcionamiento de las sociedades capitalistas occidentales. Pero, al igual que las autoridades del gobierno, creían que sus diagnósticos y pronósticos eran inaplicables a Rusia. Para los populistas era un artículo de fe que su patria todavía no estaba en la fase capitalista de desarrollo, que estaba destinada a alcanzar el socialismo, no de acuerdo con las prescripciones de Marx, sino a través de un camino singular propio de Rusia.

Años antes de confesarse marxista y de empezar a luchar por la construcción del Partido Socialdemócrata Ruso, Plejánov había sentido ya la influencia de Marx. En efecto, una de las características más sorprendentes de su primer artículo largo publicado, una defensa del populismo en las páginas de *Zemliá i volia*, era la deferencia que mostraba hacia el fundador del «socialismo científico». Puede que Deutsch no se equivocase cuando atribuyó a I. F. Fesenko, un propagandista que daba lecciones de economía política a grupos clandestinos de obreros, el haber interesado a Plejánov en la economía política en general y en *Das Kapital* en particular.[6] Nos es imposible comprobar la verdad de esta afirmación, aun cuando no haya dudas acerca de la relación existente entre Plejánov y Fesenko.[7] Se ha afirmado que Plejánov leyó la monumental obra de Marx en 1875-76;[8] si lo hizo efectivamente, no parece que esta primera lectura dejara huellas importantes sobre su forma de ver las cosas por aquel entonces.

En líneas generales, la primera influencia de Marx sobre Plejánov parece que no se ejerció directamente sino a través de intermediarios. Si en el caso de Fesenko no están claros los hechos, la importancia de Bakunin y Zíber a este respecto es

5 *Perepiska Marksa i Engelsa*, p. 206.
6 Deutsch, «Mólodost J. V. Plejánova» (La juventud de J. V. Plejánov), página 139.
7 Plejánov hace referencia a ella en *Sochinéniia*, III, pp. 140-141.
8 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom» (Cómo se hizo marxista J. V. Plejánov), p. 102.

indudable. Como populista ilustrado, Plejánov, por supuesto, estaba familiarizado con *El Estado y la anarquía* de Bakunin. En esta obra, el «apóstol de la destrucción total» subraya su adhesión a la interpretación materialista de la historia con estas palabras:

> [Marx] enunció y demostró esta verdad incuestionable, confirmada por la historia pasada y contemporánea de todas las sociedades humanas, pueblos y Estados: que el hecho económico ha precedido y precede siempre al derecho jurídico y político. La exposición y demostración de esta verdad constituye uno de los principales logros científicos de Marx.[9]

En años posteriores, Plejánov reconocería cómo a partir de las obras de Bakunin había adquirido «un gran respeto hacia la interpretación materialista de la historia».[10] En su primer artículo largo, Plejánov citaba con respeto a «uno de los más inteligentes estudiosos y vulgarizadores de Marx»;[11] si bien Plejánov no daba su nombre, el escritor a que hacía referencia no era otro que Zíber. Dado que los populistas, por lo general, conocían las obras de Bakunin y sin embargo no descubrían en sus escritos ninguna huella similar a la señalada en el ensayo de Plejánov, hay que concluir que la afirmación de D. Riazánov acerca de la importancia de la influencia de Zíber sobre Plejánov tiene un peso considerable.[12]

El ensayo a que hemos hecho alusión, en que exponía de forma inusual los lugares comunes del programa populista, es un punto de partida convincente para un análisis de la evolución ideológica de Plejánov en un período decisivo, 1878-82. El ensayo, escrito a fines de 1878 y publicado en enero de 1879, se titulaba «La ley del desarrollo económico de la sociedad y los problemas del socialismo en Rusia». Sugiere el título, y lo confirma el contenido, que Plejánov había entendido y estaba aplicando hábilmente aquel postulado básico del materialismo histórico marxista según el cual la historia económica de la sociedad determina sus modos de vida y de pensamiento; o, planteado en su forma más general, que la existencia determina la conciencia, en lugar de la conciencia a la existencia. Al aplicar esta fórmula, que posteriormente repetiría con monóto-

9 Bakunin, pp. 223-224.
10 *Sochinéniia*, I, p. 19.
11 *Ibid.*, p. 57.
12 *Ibid.*, p. 12. Riazánov fue el editor de las obras completas de Plejánov (*Sochinéniia*). Por el contrario, Vaganián pone un énfasis mayor en la influencia de Bakunin en este tiempo. Véase su *J. V. Plejánov*, p. 36.

na regularidad, pretendía Plejánov dar al programa que apoyaban la mayoría de los populistas unas bases inatacables. Siguiendo las huellas dejadas por Marx y los marxistas, ridiculizaba a los socialistas utópicos de 1830 y 1840 que, según decía, consideraban que la mente lo era todo y la vida nada; que suponían que un plan felizmente concebido para construir una sociedad bien repartida y sin problemas podría, gracias a una propaganda adecuada, ser trasladado a la realidad con independencia del grado de desarrollo económico alcanzado en un determinado tiempo y lugar.[13] Puesto que Marx había demostrado «científicamente» que era «inevitable» el surgimiento del socialismo a partir del capitalismo, trataba Plejánov de demostrar que el orden anarco-socialista pretendido por los populistas no caía en la utopía.

Terminantemente, de forma que no dejaba lugar a duda sobre el respeto que tenía por el autor de *Das Kapital*, Plejánov declaraba: «Veamos a qué nos obligan las enseñanzas de Marx ... en vista de la necesidad de establecer el punto de partida para nuestro programa».[14] Anticipándose a las objeciones de otros populistas, insistía en que los principios marxistas eran aplicables a todas las sociedades, no sólo a las sociedades capitalistas. A diferencia de otros, reconocía que el análisis marxista del capitalismo sólo representaba una aplicación específica de principios que, según el esquema de Marx, eran universalmente operativos. Pero esta afirmación, según él, no implicaba ninguna contradicción con la creencia de los populistas en una particular evolución social en Rusia. Los principios marxistas no disponían que todos los pueblos tuvieran la misma historia; pues «al entrelazarse y combinarse diferentemente en diferentes sociedades, producen resultados por entero diversos, al igual que las mismas leyes de gravedad producen en un caso la órbita elíptica del planeta, y en otro la órbita parabólica del cometa».[15]

Si el destino de Rusia era distinto del de Occidente, argumentaba, ello corroboraba, en lugar de refutar, las doctrinas marxistas; pues su peculiar destino derivaría de las diferentes condiciones materiales de su sociedad. Dentro del orden social ruso, abrumadoramente agrario, Plejánov identificaba como característica básica del panorama social las miríadas de comunas campesinas, esas unidades básicas de organización social que él creía arrancaban de tiempo inmemorial. Dentro de la

13 *Sochinéniia*, I, pp. 56-57.
14 *Ibid.*, p. 59.
15 *Ibid.*, p. 62.

comuna, la tierra era propiedad colectiva más que individual. Del ámbito de la propiedad de la tierra, de tanta importancia para un pueblo agrícola, el principio del colectivismo se había extendido a otros ámbitos, hasta llegar a convertirse en la nota dominante en los hábitos de trabajo y pensamiento del pueblo ruso. El futuro de Rusia, necesariamente, estaría determinado en primer lugar por las costumbres colectivistas de la mayoría del pueblo, aunque también por su secular aspiración a verse libres de opresión. Con la revolución proyectada, que desencadenaría la *intelligentsia* electrizando y poniendo en movimiento a los campesinos, las tierras del Estado y de los nobles serían distribuidas entre las comunas de campesinos. Al mismo tiempo, el deseo de libertad de los campesinos encontraría expresión en la destrucción de la organización estatal, coercitiva y centralizada, y su sustitución de arriba abajo por una «federación libre de comunas libres [autogobernadas]». De tal forma, el orden anarco-socialista propugnado por los *naródniks*, y enraizado en las instituciones y valores del pueblo, se convertiría en una realidad. Aunque en este esquema quedaba mucho por aclarar, Plejánov preveía claramente el advenimiento del socialismo en Rusia por medio de la acción revolucionaria de los campesinos, y sin necesidad de pasar por el estadio capitalista de desarrollo.

Aun así, inesperadamente, Plejánov atribuía un papel importante en esta revolución a los obreros fabriles urbanos, [16] que cualquiera supondría producto de la misma producción capitalista que, insistía, Rusia iba a evitar. Más aún, comparaba a este grupo con los elementos rurales de la sociedad en perjuicio de estos últimos. Mientras que los campesinos pueblerinos se hallaban bajo la influencia de «los miembros más conservadores y timoratos de la familia campesina», los «obreros urbanos ... constituían el estrato de la población más ágil, más sensible a la agitación, más fácil de sumar a la revolución». Tal forma de ver las cosas en absoluto alteraba la concepción de Plejánov acerca de la naturaleza de la revolución por venir; se trataría de un levantamiento de los campesinos, pero los obreros urbanos estaban destinados a ser inapreciables aliados de aquéllos. Llegado el momento de la revolución podrían entretener y neutralizar en las ciudades a las fuerzas del gobierno, y de tal forma permitir la difusión y consolidación de la insurrección.

En el intento de limar lo que quizá percibiese vagamente como torpes contradicciones en sus planteamientos, Plejánov

[16] *Ibid.*, pp. 67-70.

se enredó en otras nuevas. Podía contarse con que los obreros urbanos secundarían la revolución de los campesinos, decía, porque ellos mismos, en realidad, todavía eran campesinos, y compartían las simpatías populares por la propiedad comunal de las tierras y el deseo de «tierra y libertad». Y puesto que trabajaban en las ciudades sólo en forma intermitente, proseguía, podían rendir unos servicios excepcionales a la causa revolucionaria actuando como intermediarios entre la *intelligentsia* de las ciudades y los campesinos de los pueblos. Plejánov veía sin duda una prueba de la incapacidad del capitalismo para abrirse camino en Rusia, tanto en el supuesto apego de los obreros a la tierra, como en la naturaleza temporal de su empleo en las fábricas. Pero en el mismo ensayo insistía en que los obreros tenían un «significado independiente»; que estaban ardientemente interesados en «el aumento o disminución de los salarios, la cuantía de las multas ... la mayor o menor ferocidad de los policías»; y que la agitación entre los obreros debía realizarse «día a día y hora a hora [sobre la base de] incluso los acontecimientos más triviales de la vida del obrero». Desde el momento en que tenían unos intereses y un significado independientes, podría derivarse la conclusión inequívoca de que los obreros fabriles tenían también una importancia más que secundaria. Desde el momento que su sistema de vida y de pensamiento diferían de los de sus camaradas en el campo, sería muy dudoso clasificarles como campesinos. Pero puesto que la inexpugnabilidad de Rusia frente al capitalismo seguía siendo para él una verdad indiscutible, Plejánov no admitía la presencia de ninguna dificultad en su argumentación.

Comparando a Rusia con Occidente, Plejánov se mostraba desapasionado y científicamente analítico. Si Rusia debía llegar al socialismo a través de un camino diverso de aquel que parecía haber tomado Occidente, ello se debía únicamente a que las comunas campesinas habían fracasado en Occidente, y con ellas los instintos colectivistas del pueblo. Cuando las unas y los otros fueron sustituidos por el individualismo, la posibilidad de socialismo en Occidente se desvaneció hasta la muy posterior aparición de la producción fabril en gran escala. Como consecuencia de la socialización del trabajo que dicha producción implicaba, esta nueva base económica de la sociedad restauró de nuevo el espíritu colectivista que en Occidente había entrado en decadencia con la decadencia de las comunas. [17] Una vez desintegradas las comunas en Occidente, los pueblos occidenta-

[17] *Ibid.*, pp. 59-60.

les sólo podían llegar al socialismo a través de las instituciones y costumbres que un capitalismo desarrollado debía necesariamente fomentar. En Rusia, donde todavía persistía la comuna colectivista y donde, lo que es más importante, «no existen dentro de ella los elementos que la conducirían a su propia destrucción», dicha institución todavía podía servir como base de un orden socialista.[18] Aun cuando Plejánov, en su ensayo, no manifestaba duda alguna sobre la vitalidad de las comunas, todo dependía claramente de tal factor. Si la comuna, en Rusia, entraba en decadencia, no se reunirían las condiciones sociales esenciales para el establecimiento del socialismo. Y en tal caso, sólo un utópico podría hablar de la probabilidad de advenimiento del socialismo en un inmediato futuro.

Se registran en el ensayo claras muestras de influencia marxista, pero al mismo tiempo también está claro que cuando Plejánov lo escribió no era marxista. No mucho antes de su publicación acababa de describir el esquema de la historia rusa no como «la historia de la lucha de clases» sino, en términos anarquistas, como «un ininterrumpido enfrentamiento del Estado contra las pretensiones de autonomía de las comunas y de los individuos».[19] Tan mal estaba orientado sobre cuestiones de socialismo en Occidente, en 1879, que agrupó a Marx y a Engels junto con Rodbertus y Dühring como «la brillante pléyade» del socialismo,[20] desconociendo en apariencia que precisamente un año antes Engels acababa de publicar su famoso ataque contra Dühring. Plejánov consideraba los principios marxistas como un inapreciable soporte para el programa populista. Pero se trataba, al menos en parte, de una opinión equivocada. Consideraba que la revolución debía destruir el Estado y abrir paso a un orden anarco-socialista, cuando es así que los marxistas consideran el Estado, y más aún, un Estado fuertemente centralizado, esencial para la transición al socialismo.

Como ya hemos visto, Plejánov, como exponente del populismo ortodoxo, no veía con buenos ojos a los políticos ni a la actividad política. Para él, al igual que para su mentor Bakunin, la política era el campo apropiado para los interesados en la explotación del pueblo, y los Estados no eran otra cosa que organizaciones de poder para facilitar dicha explotación. La lucha política no era otra cosa que un conflicto entre distintos grupos de explotadores para lograr la supremacía dentro del

18 *Ibíd.*, p. 61.
19 *Ibíd.*, p. 29.
20 *Ibíd.*, p. 57.

Estado. Quienes militaban en el lado del pueblo, por el contrario, elegían las condiciones y necesidades socio-económicas populares como campo para su actividad. Trataban de satisfacer las aspiraciones populares desatando una revolución «económica» que, entre otras cosas, debería destruir dicho instrumento de poder, el Estado. En términos más familiares para nosotros, la postura de los bakuninistas ponía énfasis en la lucha de clases, que desembocaría en una revolución social (y socialista), en lugar de en la lucha política, que conduciría a una revolución política. Ambas revoluciones se pensaba eran irreconciliables, formas de actividad mutuamente excluyentes; la lucha política y el socialismo nada tenían en común. La firme postura de Plejánov en Vorónezh contra los «políticos» se basaba en esta convicción.

En contraposición a esta postura anarquista, los marxistas se sentían profundamente implicados en la actividad política, la conquista de derechos políticos y, por último, la conquista del poder político. Sin embargo, curiosamente, la hostilidad de Bakunin ante la política, y la de Plejánov como seguidor suyo, derivaba en parte de una extraña interpretación de Marx. Según el pensamiento de Bakunin, si el factor económico es siempre determinante, y de acuerdo con ello el Estado sólo parte de la superestructura de la sociedad, la revolución social no podrá efectuarse atacando simplemente al Estado o cambiando su carácter. Sólo una revolución «económica» podría lograr alterar los fundamentos de la sociedad.[21]

Hacia finales de 1878, el pensamiento de Plejánov era marxista-materialista en la forma, bakuninista-populista en el contenido. Podía ser al mismo tiempo un buen populista y un fiel observador de los principios marxistas, tal y como los entendía por entonces. Para él, no parecía que hubiera contradicción entre ambos. De otro modo, no habría podido enunciar con buena conciencia aquellos puntos de vista, pues ya en su primer artículo en la prensa pública, en *Nedelia* (diciembre de 1878), había demostrado su aspiración a una rigurosa coherencia intelectual. En él, el escritor neófito reprochaba a los veteranos redactores y editores de las respetadas revistas *Slovo* y *Otéchestvennie zapiski* el publicar artículos en que se expresaban puntos de vista radicalmente opuestos; haciendo hincapié, en su contra, en la comparación con la «rigurosidad de pensamiento y la rigurosa definición de tendencias» de las publicaciones en

21 Piziur, pp. 98-99.

«la edad de oro del periodismo ruso».[22] Su exigencia de coherencia intelectual le exigiría renunciar a una de las dos posturas cuando, con el paso del tiempo, llegó al convencimiento de la esencial incompatibilidad entre el populismo y el marxismo.

En un primer momento, se despertaron sus dudas respecto al populismo ante la frustración de los esfuerzos realizados por Cherni Peredel. El no estaba dispuesto a atribuir por entero su fracaso a circunstancias que escapaban a su control. ¿Era posible que los principios que defendía, que con tanta insistencia había defendido Plejánov, fueran equivocados? Aun antes de abandonar Rusia, en enero de 1880, se despertaron sus dudas gracias a su encuentro con un estudio que arrojaba una nueva y alarmante luz sobre la situación de las comunas campesinas. La obra en cuestión era *La propiedad comunal en la provincia de Moscú*, de Orlov. Plejánov, por entonces, ya conocía la reciente investigación del sociólogo M. M. Kovalevski sobre el destino de las instituciones comunales en muchos países. Afirmaba Kovalevski que las comunas habían declinado en todas partes por causas internas a las mismas, y en especial por el nacimiento de una contradicción de intereses entre los grupos más pobres y más ricos dentro de ellas.[23] El libro profundamente inquietante de Orlov ofrecía pruebas irrefutables de la presencia de estos mismos fenómenos en las comunas rusas.

Tal y como posteriormente recordaría Rosaliia Márkovna:

> No era posible negarse a aceptar los números. Leímos el libro juntos, deteniéndonos ante cada nuevo dato. Recuerdo los apasionados comentarios de Plejánov sobre estos datos, que no discutía; pero estaba fervientemente convencido de que todavía podría evitarse aquella desventura ... J. V. estaba completamente absorbido por la lectura; parecía como si la cuestión de la supervivencia de la comuna —si iba o no a desintegrarse— fuese para él una cuestión de vida o muerte.[24]

En efecto, se trataba de una cuestión de vida o muerte; no personalmente para Plejánov, por supuesto, pero sí para el populismo por el que había aventurado todo. Su incondicional convicción acerca de la fuerza latente de la comuna, y por tanto del populismo, necesitaba ahora una valoración más condicionada. En un documentado artículo que publicó aproximadamente por aquellas fechas en el periódico de circulación legal

22 *Sochinéniia*, X, p. 399.
23 *Ibíd.*, I, pp. 76-77.
24 R. M. Plejánova, «Nasha Zhizn» (Nuestra vida), *Gruppa*, VI, p. 94.

Rússkce bogatstvo (La riqueza rusa), se encuentra la siguiente muestra de su cambio en la forma de pensar:

> No se puede considerar la destrucción de la comuna como una inevitable manifestación de la historia. Dada una determinada combinación de fuerzas negativas, esta destrucción es realmente inevitable...; lo que no quiere decir que si se da otra combinación de condiciones, sea imposible que se fortalezca y desarrolle la comuna.[25]

En este ensayo Plejánov se vio obligado a admitir que la situación de la comuna en Rusia no era tranquilizante. Cada vez eran más profundas las diferencias económicas entre los distintos campesinos; las comunas «se están escindiendo en dos grupos, cada uno de los cuales es hostil al otro»; y estaban haciendo aparición en Rusia elementos capitalistas.[26]

No obstante, insistía, las causas del declinar de las comunas eran más externas que intrínsecas a la comuna en sí.[27] Centraba su crítica sobre todo en los impuestos estatales excesivos que gravaban los reducidos ingresos de los campesinos y en la explotación a que eran sometidos los empobrecidos campesinos a manos de los usureros. Muchos campesinos se veían obligados a abandonar sus tierras para trabajar en las ciudades, en empresas industriales financiadas con el capital que acumulaban los usureros a costa de los campesinos. Pero estos factores de destrucción, sugería Plejánov, podían ser neutralizados y detenidos por una «actitud positiva consciente» hacia la comuna por parte de los campesinos y la *intelligentsia*.[28] Traducido al idioma menos esópico de la prensa clandestina, esto quería decir que la comuna se podría salvar si los socialistas lograban encender una revolución; por consiguiente, debían encaminar sus esfuerzos a mover a los campesinos «de una actitud pasiva de espera de una redistribución general» a una «exigencia activa de la misma».[29] Habida cuenta de las posibilidades extremadamente remotas de provocar una conflagración a fines de 1879, las esperanzas de los populistas quedaban poco menos que reducidas al absurdo. No hay muchos motivos para poner en duda que la obra de Orlov «hizo vacilar» las convicciones populistas de Plejánov, como él mismo reconocería más tarde.[30]

25 *Sochinéniia*, I, p. 103.
26 *Ibíd.*, pp. 102-103.
27 *Ibíd.*, p. 103.
28 *Ibíd.*, p. 106.
29 *Ibíd.*, p. 117.
30 *Ibíd.*, III, p. 197.

Como tampoco debió hacerle mucha gracia irse al extranjero justamente entonces, tal y como le aconsejaban sus amigos. Pues desde su punto de vista, abandonar la agitación en los medios rurales, aun a pesar de las dificultades que ello acarreaba, sólo podía significar borrar las comunas campesinas y la sociedad socialista agraria del panorama futuro. Por otra parte, aun haciendo alarde de la mejor voluntad del mundo, se había demostrado imposible desencadenar una campaña de agitación de una cierta importancia. Caso de permanecer en Rusia, difícilmente podría hacer estallar una revolución popular él solo. Al contrario, como le repetían sus amigos, estaba expuesto a caer fácilmente en manos de la policía.

Cuando Plejánov abandonó Rusia, Rosaliia no le acompañó. Acababa de dar a luz a su primer hijo, una niña a la que pusieron de nombre Vera, y es muy probable que pensase que no convenía a la recién nacida hacer un viaje tan largo (*). Además, después de cinco largos años de estudios de medicina, Rosaliia no se resignaba a renunciar a los exámenes finales. Una vez obtenido el título, nunca le faltarían medios para mantenerse ella y, en caso necesario, mantener a su familia. Pero sólo pasarían seis meses desde que Plejánov abandonó Rusia, antes de que ella, cediendo a su insistencia, fuera a unirse con él en Ginebra. Rosaliia era también una revolucionaria, y le era difícil no sentir que de algún modo, a pesar de todas las buenas razones, Plejánov había desertado de la revolución.[31] Finalmente, aconsejada por un amigo, pudo reconciliar sus dudas con sus deseos y convencerse a sí misma de que no estaba traicionando a la causa popular si se iba con él al exilio (**).

En cuanto al propio Plejánov, una vez convencido de que la situación en Rusia no permitía abrigar de momento ninguna esperanza, empezó a considerar los aspectos positivos de un viaje al extranjero. Quizá se consolase pensando que la desintegración de la comuna no podía producirse en cuestión de semanas o meses, y que pronto estaría de vuelta. Mientras tanto, los puntos más firmes de su sistema ideológico se habían debilitado hasta el punto de sentirse bastante desconcertado. Lamentando la insuficiencia de sus conocimientos y la dificultad de

* La niña murió al cabo de un año. Los Plejánov tuvieron otros tres hijos, todos niñas. Una de las tres murió de meningitis cuando tenía cuatro años.

31 R. M. Plejánova, «Nasha zhizn» (Nuestra vida), *Gruppa*, VI, pp. 102-103, 110-111.

** Hasta 1908 Plejánov no se divorció legalmente de su mujer y se casó con Rosaliia.

completarlos en Rusia, dadas las normas restrictivas, acogió con alegría la oportunidad de hacer una visita a Occidente. Allí, sin mayores problemas, podría buscar información para aclarar sus dudas, poner a prueba sus puntos de vista y hacer más firmes sus bases teóricas. Medio en broma, decía que se iba al extranjero «para estudiar y obtener allí el título equivalente a una licenciatura o a un doctorado».[32]

Plejánov dio sucinta expresión a las ideas que tenía en la cabeza en el primer artículo que escribió una vez en Ginebra. En su descripción de la forma en que vivían los revolucionarios en Rusia, perseguidos por la policía, podemos reconocer sus propias experiencias y su respuesta ante ellas:

> La tensión increíble de la lucha contra el gobierno no permite al revolucionario socialista ocuparse pacíficamente en llenar las lagunas de su educación. Para ello no cuenta ni con el tiempo, ni con las circunstancias apropiadas. Cogido desde su juventud bajo el fuego de la persecución policíaca, muchas veces no cuenta ni con una habitación que pueda decir es suya. Durante meses enteros, y a veces incluso años, no tiene una vivienda normal. Lleva una vida nómada, y, al despertarse por la mañana, no siempre sabe dónde podrá encontrar refugio la noche siguiente. Bajo tales condiciones, cualquier trabajo intelectual, si no es del todo imposible, al menos es extremadamente difícil.[33]

Este párrafo nos ofrece un testimonio sobre cuál era la actitud intelectual de Plejánov ante la revolución, su incapacidad para contentarse con una actividad revolucionaria que no estuviese basada en unos sólidos cimientos científicos. Tanto más sorprendente es esta característica de su forma de ser cuanto que, al margen de sus sentimientos de insuficiencia, estaba indudablemente mucho más preparado que cualquier otro revolucionario de Zemliá i Volia o incluso que cualquiera de sus sucesores en la organización. Durante sus primeros años de actividad revolucionaria, se las arregló muchas veces para refugiarse en una biblioteca con objeto de proseguir su educación autodidacta. Inmediatamente después de llegar al extranjero asombró por su erudición sobre sus respectivos campos científicos a algunos de sus distinguidos compañeros de emigración, el historiador y antiguo profesor Dragomanov y el geógrafo y antropólogo Méchnikov;[34] pronto sus cualidades serían reco-

32 *Perezhitoe i peredúmannoe* (Impresiones vividas y reflexiones), p. 347.

33 *Sochinéniia*, I, p. 138.

34 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom» (Cómo se hizo marxista J. V. Plejánov), pp. 122-123.

nocidas igualmente por los celebrados escritores Lavrov y Mijailovski.

A pesar de su fuerte tendencia hacia la labor intelectual, el centro de gravedad de la actividad de Plejánov, antes de dejar Rusia, estaba en los asuntos de carácter práctico. Una vez en el extranjero, el foco de su actividad se desplazó drásticamente y de forma permanente al terreno de la teoría y la erudición. Detrás quedaban los disfraces y las documentaciones falsas, los revólveres y los nudillos de acero, y el resto de los avíos de comedia de capa y espada de la peligrosa existencia que había llevado durante tres años. Ahora se adaptaba a una forma de vida que correspondía más a las inclinaciones básicas de su naturaleza. Aun cuando su nueva existencia no dejase de presentar dificultades, se trataba de dificultades de un orden totalmente distinto a las que había conocido en la clandestinidad revolucionaria. Ahora podía beber a placer en las fuentes del conocimiento que nunca habían dejado de seducirle, incluso durante aquellos arduos días en que necesitaba movilizar todos sus sentidos y energías simplemente para poder sobrevivir.

Pero los estudios que emprendió Plejánov en Occidente no cimentaron, como él esperaba, su fe en el populismo. Por el contrario, su sistema, que había sufrido ya sacudidas, primero del fracaso de Cherni Peredel, y luego de las revelaciones debidas a la pluma de Orlov, sufrió en Occidente su tercer y final golpe. La experiencia inmediata de las condiciones occidentales y una familiaridad rápidamente creciente con el socialismo occidental le permitieron tener la suficiente perspectiva para hacer la crítica de aquel «socialismo ruso» cuyo adalid había sido. Como recuerda Plejánov retrospectivamente, «cuanto más nos familiarizábamos con las teorías del socialismo científico, tanto más dudoso se hacía nuestro populismo, tanto en la teoría como en la práctica».[35]

35 *Sochinéniia*, XIII, p. 26.

5. DEL POPULISMO AL MARXISMO

Plejánov llegó a Ginebra en enero de 1880 pensando, en principio, pasar allí sólo unas semanas o unos meses. Pero los acontecimientos se encargarían de que no volviera a su tierra natal hasta treinta y siete años más tarde. El tipo de vida que llevó durante sus primeros años en el extranjero me trae a la memoria la secuencia temporal que Toynbee denomina «retiro y retorno». Virtualmente retirado del tumulto de la vida revolucionaria, Plejánov se entregó al estudio y a la meditación. Luego, con las ideas cambiadas gracias a tales ocupaciones, el antiguo abanderado de la ortodoxia populista volvería a la escena revolucionaria como profeta de un credo que se desviaba más de las tradiciones populistas que aquel terrorismo político que había combatido con tanta vehemencia. El período entre 1880 y 1882 demostró ser el más decisivo en la vida intelectual de Plejánov, pues en estos cortos años su idsea intelectual le arrastró del populismo al marxismo. Marxismo al que seguiría fiel hasta el final de sus días.

No es posible evitar sentirse impresionado ante la audacia de Plejánov al romper con su acostumbrada línea de pensamiento ideológico para adherirse a un programa tan poco de acuerdo con las tradiciones y las perspectivas habituales del movimiento revolucionario. El marxismo ruso, en casi todos los puntos, era diametralmente opuesto al populismo. Es más, hay que subrayar que, hasta ese momento, las premisas económicas y sociales para la creación de un movimiento marxista en Rusia todavía no estaban más que en un estado muy pobre de desarrollo. Pero sería tergiversar la evolución intelectual de Plejánov en el curso de los primeros años de la década de 1880 si dijéramos pura y simplemente que consistió en un cambio de un polo a otro. Como ya vimos, aun antes de haber abandonado Rusia había demostrado tener mucho respeto por las ideas marxistas, tal y como él las entendía, como una especie de

mezcla entre el populismo y el marxismo auténtico. Lo que a continuación sucedió fue que eligió entre las distintas ideas que iba encontrando incompatibles. Desde un punto de vista marxista, y con más información, empezó a sostener que las teorías populistas hacían una falsa descripción del carácter y potencialidades de la sociedad rusa, y por consiguiente no eran adecuadas para constituir la base intelectual del movimiento revolucionario.

Si bien la total conversión de Plejánov al marxismo ciertamente no era inevitable, existían muchas razones que le predisponían a ello. Cuando se fue de Rusia estaba inquieto por los fracasos de Cherni Peredel y atormentado por las dudas que se le acababan de despertar respecto a la vitalidad de la comuna campesina. Los nulos frutos recogidos después de años de agitación entre los campesinos eran un hecho evidente, como lo era la precipitada inmersión de la *intelligentsia* radical en la lucha política. En tiempos de su primer viaje al extranjero, cuatro años antes, Plejánov había contemplado el mundo con la mirada poco crítica de un bakuninista, y había encontrado muy pocas cosas en Occidente que le atrajesen o estimulasen su pensamiento. Ahora, perturbada su dogmática confianza en sí mismo, volvía a Occidente en busca de información e ideas que le pudieran permitir clarificar y solidificar su pensamiento. Este cambio de actitud le permitió darse cuenta de muchas cosas que antes le habían pasado desapercibidas.

El segundo viaje de Plejánov a Occidente coincidió con la relativa extensión del marxismo, en contra de la influencia rival del anarquismo, en los círculos laborales y radicales. Fue incapaz de encontrar en el movimiento anarquista en declive —aun a pesar de sus muchas afinidades con su propio pensamiento— un apoyo para su fe populista a punto de naufragar. Es más, hay pruebas que sugieren casi sin lugar a dudas que Plejánov fue al extranjero creyendo poder encontrar en el marxismo lo que estaba buscando. Pues si bien se había hecho un tanto escéptico respecto a sus antiguas convicciones populistas, no se podría decir lo mismo respecto a su creencia en la necesidad de validar el programa revolucionario por referencia a Marx. Aunque sus conocimientos sobre las enseñanzas de Marx eran hasta el momento bastante limitados, algunas de sus cualidades ya le habían atraído fuertemente. Las inclinaciones racionalistas de Plejánov ya apuntaban en el ensayo populista de 1879. Había quedado cautivado por la idea de que existía un orden fundamental que subyacía a la vida social y a la historia humana, al margen de lo caóticas y sin sentido que pudieran parecer a un

observador superficial. Trasponiendo sus tendencias racionalistas al mundo exterior, eligió creer que la historia se atenía a leyes en lugar de ser caprichosa. El marxismo ejercía sobre él una enorme atracción precisamente a causa de su pretensión de haber descubierto aquellas «leyes objetivas de la historia», respecto a cuya existencia no abrigaba la menor duda. Parece que desde el primer momento aceptó sin reservas estas afirmaciones del marxismo, con la subsiguiente implicación de que ahora el socialismo moderno tenía una base científica. Su prisa por ponerse a estudiar marxismo inmediatamente después de su llegada a Ginebra derivaba de estas consideraciones. El dominio del marxismo, creía, iba a permitir al activista social armonizar sus pretensiones y métodos con el *tempo* y sentido del proceso histórico. De este modo podría tener garantías de éxito en su empeño.

Ginebra, o sus alrededores, iba a convertirse en el hogar de Plejánov durante gran parte de su largo exilio. Era una ciudad que había ofrecido abrigo a muchos emigrados rusos, y algunos otros miembros de la organización Cherni Peredel también estaban allí en 1880. Axelrod, que había logrado reorganizar unos cuantos grupos pro-Cherni Peredel, llegó a Suiza a mediados de año para discutir asuntos programáticos;[1] y cuando decidió no volver a Rusia, las relaciones entre los miembros de Cherni Peredel en el extranjero y los restantes fragmentos de la organización en Rusia quedaron naturalmente rotas. El grupo de Ginebra no hizo apenas otra cosa que sacar un par de números de *Cherni peredel*, que contenían algunos artículos de Plejánov, interesantes como prueba de su creciente alejamiento del populismo.

Durante sus primeros años en el extranjero, Plejánov se integró en otra organización revolucionaria distinta. En la primavera de 1880 se sumó a algunos otros revolucionarios emigrados en una empresa editorial titulada Biblioteca Socialista Revolucionaria Rusa. Aun cuando no fuera él uno de los redactores encargados de las publicaciones y probablemente no dedicara mucho tiempo a la empresa, la naturaleza de la iniciativa y el carácter de sus asociados nos revelan algunas facetas de su línea de pensamiento. En el anuncio de su aventura editorial, compuesto por el propio Plejánov,[2] subrayaba su preocupación

1 Respecto a las experiencias de Axelrod con Cherni Peredel en Rusia y sus negociaciones sobre el programa con sus camaradas en Ginebra, véase su *Perezhítoe i peredúmannoe* (Impresiones vividas y reflexiones), páginas 347-357, 368-369.

2 *Sochinéniia*, I, pp. 137-139.

ante las insuficiencias teóricas del movimiento revolucionario. Consideraba la publicación de literatura socialista como una contribución valiosa a una situación que, caso de quedar desatendida, inevitablemente, sólo daría como fruto derrotas y frustraciones.

Dato interesante, en este empeño consintió Plejánov en emparejarse con Morózov, su antiguo oponente dentro de Zemliá i Volia, y con L. Gartman, otro terrorista, los cuales habían huido de Rusia a fines de 1879. Evidentemente, su animosidad contra Morózov y los terroristas disminuía a medida que se enfriaba su ardor por defender sus posturas de Vorónezh. Lo que no quiere decir que Plejánov adoptase una actitud positiva hacia el terrorismo; pero, una vez en el extranjero, fue adoptando una actitud cada vez más favorable a la lucha política desencadenada por los terroristas. Sin duda también influía el carácter especial de la empresa; no se proponía ser un órgano de partido centrado en problemas tácticos, sino más bien una editorial de obras de carácter general sobre socialismo e historia. Negarse a colaborar en un campo de tanta importancia a causa sólo de antiguas discusiones con sus iniciadores hubiera sido despreciable e inexcusable. Sin embargo, se debió en gran parte a Lavrov, tercer editor y redactor, que Plejánov llegara a tomar parte en el empeño. Los dos hombres habían trabado amistad gracias a un encuentro fortuito. Inmediatamente después de su llegada a Ginebra, Plejánov empezó a frecuentar las reuniones y discusiones de la colonia de revolucionarios rusos, y pronto se ganó un puesto de cierta preeminencia, en parte por su erudición y brillante oratoria, y en parte por el historial de su actividad revolucionaria.[3] Apenas un mes después de haber llegado a Ginebra, Plejánov, a sus veinticuatro años, era elegido junto con Zhukovski, antiguo y venerable secretario de la sección rusa de la Internacional, para representar a la colonia de Ginebra en una delegación de rusos que debía encontrarse con Lavrov en París, con objeto de intervenir en un proceso de extradición contra Gartman. La intervención de la delegación, intercediendo ante Gambetta, entonces presidente de la Cámara de Diputados, culminó con pleno éxito.

Lavrov figuraba a la cabeza de la delegación. Treinta y tres años mayor que Plejánov, había sido durante varias décadas profesor de matemáticas en la Academia de Artillería rusa antes de sentirse impulsado, a fines de la década de 1850, a una actividad socio-política radical. En 1866 fue detenido y posteriormente deportado a la región de Vologdá en el norte de Rusia. Cuatro años después, con ayuda de algunos jóvenes revolucionarios, logró escapar al extranjero, llegando a París a tiempo de asistir al nacimiento y fracaso de la Comuna. Durante los años siguientes ejerció una profunda influencia sobre la juventud radical rusa, primero gracias a su libro *Cartas históricas*, y luego como editor de la revista populista *Vpered* (Adelante). La obra de Lavrov contribuyó a apartar a ciertos elementos de la *intelligentsia* de su preocupación por las ciencias naturales para acercarles a los problemas éticos y sociales. Hombre de una sensibilidad ética poco corriente, dedicó gran parte de sus esfuerzos a inculcar en la *intelligentsia* aquel sentido de la obligación de servir al pueblo tan visible en el movimiento populista.

3 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksistom», pp. 121-124.

Lavrov y Plejánov se hicieron muy amigos. No hay que olvidar que el más joven de los dos había atacado sin piedad, tiempo atrás, a los seguidores de Lavrov. Pero el paso del tiempo había traído consigo la convergencia de sus respectivos puntos de vista. Gracias a sus recientes estudios, Plejánov estaba alejándose paulatinamente del bakuninismo y acercándose cada vez más a las ideas socialdemócratas. En cuanto a Lavrov, sus inclinaciones *naródnik* se combinaban con un sincero respeto hacia Marx y la Socialdemocracia occidental (*). El prestigio de Lavrov como uno de los principales ideólogos del movimiento revolucionario se multiplicó a ojos de Plejánov ante el hecho de que conociera personalmente a Marx y a Engels. Además, algunas características de su personalidad hacían que se sintiesen más unidos. Lavrov compartía con Plejánov un gran respeto por el conocimiento, que ambos traducían en un énfasis sobre la importancia de la teoría para el movimiento revolucionario. Tenían mucho de que hablar. Y dado que Lavrov se dio cuenta rápidamente de las cualidades de Plejánov y de sus conocimientos y erudición, su encuentro se tradujo en tres años de colaboración.

Lavrov contribuyó con sus artículos a la aparición de los dos números de *Cherni peredel* que se publicaron en Ginebra, y apoyó activamente sus iniciativas. En cuanto a Plejánov, habida cuenta que hasta los exiliados de Cherni Peredel había llegado la noticia de la caída de su imprenta, en Rusia, en manos de la

* Axelrod, posteriormente, atribuiría a Lavrov el haber popularizado entre los revolucionarios rusos determinados elementos del marxismo y de la solcialdemocracia. Ver su «Petr Lavrov», en *Rabochi klass i revoliutsionnoe dvizhenie v Rossi.*

policía, se sintió libre para aceptar la petición de Lavrov de colaborar en las publicaciones de la Biblioteca Socialista Revolucionaria Rusa. No terminaron aquí las relaciones de amistad entre ambos. Plejánov se quedó en París algún tiempo, una vez hubo terminado la delegación su misión, y a fines de ese mismo año, después de haber llegado Rosaliia de Rusia, volvió con ella a París, donde permanecería un año. Mientras estuvo ausente de París, él y Lavrov se mantuvieron en contacto por correspondencia (*). Durante este período de ferviente investigación intelectual y estudio para Plejánov, los amplios conocimientos de Lavrov sobre socialismo y literatura socialista le fueron extremadamente útiles. Lavrov le hizo sugerencias sobre sus lecturas y dejó a Plejánov algunos ejemplares raros de su considerable biblioteca particular. La feliz oportunidad de desarrollar y contrastar sus ideas en discusiones con un hombre mucho más instruido y de mucha mayor experiencia contribuyó sin duda a la clarificación y cristalización del pensamiento de Plejánov.

Pero por encima de estos importantes servicios, Lavrov se mostró generoso y comprensivo con las dificultades materiales que asediaron a Plejánov y su familia a lo largo de su primer año en el extranjero. El virtud colapso de Cherni Peredel, si bien libró a Plejánov de obligaciones que podían haber llegado a hacerse molestas, le privó del apoyo financiero que la organización le prestaba. El no tenía ingresos económicos independientes por su cuenta. Y a partir de mediados del año 1880 sus necesidades se multiplicaron rápidamente (**). Inmediatamente después de la llegada de Rosaliia a Ginebra, se trasladaron a París, donde la familia aumentó con una amiga íntima de Rosaliia, una mujer que estaba en la indigencia y enferma de tuberculosis. Vivió con ellos hasta su muerte, en el verano de 1882.

* Véase la correspondencia en *Delá i dní,* 2 (1921), pp. 78-100. En estas cartas Plejánov pide permiso a Lavrov para escribir sobre cuestiones teóricas, espera ansiosamente su opinión sobre un artículo que Plejánov había escrito, responde calurosamente a Lavrov por su aprobación y aliento. La gratitud y respeto del joven los expresó en su afirmación de que Lavrov era uno de sus «autores favoritos»; y en el siguiente párrafo (p. 86): «Me ha ofrecido usted material, consejo, citas y recomendaciones. Gracias a su auxilio, quizás encuentre la oportunidad de trabajar y progresar sin que me amenace en el futuro la muerte por inanición o el endeudamiento sin esperanza de poder pagar.»

** Parece ser que la familia de Rosaliia había prometido ayudarla económicamente al irse de Rusia, pero, o bien nunca llegaron a enviar los fondos, o bien las cantidades enviadas eran, con mucho, demasiado pequeñas para atender a las necesidades de la familia.

La hija de Plejánov murió en 1880, pero en 1881 tuvieron una segunda hija, y una tercera dos años más tarde.

Desafortunadamente, además, los planes de Rosaliia para asegurar la subsistencia de su familia se habían frustrado. Las autoridades gubernamentales, que sabían sus relaciones con el «criminal contra el Estado» Plejánov, dieron instrucciones a los componentes del tribunal médico para que no la aprobasen, y por consiguiente no obtuvo el diploma de médico.[4] Así pues, no podía practicar su profesión en el extranjero y sacar a la familia de sus dificultades financieras. Las cartas de Plejánov a lo largo de estos primeros años de exilio están marcadas con acentos de desesperación, que habrían de repetirse una y otra vez durante las décadas siguientes. Escribe estar sumergido en una «crisis financiera crónica» y tener deudas «mayores que las del tesoro del Estado ruso». En una ocasión explica a Lavrov que le ha escrito una tarjeta postal en lugar de una carta por falta «del poder adquisitivo» necesario para otra cosa.[5]

En estas difíciles circunstancias, Lavrov demostró ser un auténtico y generoso amigo. Lavrov tenía algunos ingresos particulares y estaba en condiciones de hacer sustanciales préstamos a Plejánov. Plejánov, por supuesto, se sentía obligado a pensar en cómo mantener a su familia durante los años por venir, y, de hecho, la alimentación y vivienda para su familia seguiría siendo un problema sin resolver a lo largo de gran parte de su exilio. Además de los préstamos directos, Lavrov también ayudó a Plejánov en la obtención de lo que habría de convertirse en una de sus principales fuentes de ingresos. Sabedor de las cualidades intelectuales de Plejánov, y disfrutando de unas buenas relaciones en los círculos literarios rusos, Lavrov animó a Plejánov a escribir artículos para venderlos a los periódicos progresistas. La ocupación no sólo era remunerativa, sino que además permitiría a Plejánov continuar sus estudios. Aun con todo lo limitado que tal empeño podría resultar para un revolucionario, no dejaría de proporcionarle más de una oportunidad. En 1881, por medio de los buenos oficios de Lavrov, Plejánov logró publicar un ensayo largo y erudito sobre temas de teoría económica en el importante periódico radical *Otéchestvennie zapiski,*[6] editado por N. K. Mijailovski (*). Mijai-

4 R. M. Plejánova, «Nasha zhizn», *Gruppa*, VI, pp. 107-109.
5 *Delá i dní* (Los quehaceres y los días), núm. 2 (1921), pp. 84, 88, 89.
6 *Ibid.*, p. 86.
* En *Mikhailovsky and Russian Populism* (London, 1958), pp. 102-3, James Billington dice equivocadamente que Plejánov se convirtió en co-

lovski preguntó a Lavrov quién era aquel «erudito aparentemente joven e inteligente»,[7] y le hizo el encargo de escribir para la revista un estudio sobre el economista alemán Rodbertus.

A pesar del amargo porvenir que parecía estar reservado a un revolucionario profesional sin el apoyo de una organización, Plejánov nunca pensó en traicionar su causa. El ejemplo de Jules Guesde, cabeza del movimiento marxista francés, a quien conoció por entonces, le ayudó a aceptar el destino que le había tocado en suerte. Los dos hombres se conocieron a fines de 1880, después de que la mujer de Plejánov se ofreciera voluntariamente para cuidar a Mme. Guesde durante una enfermedad.[8] De este modo los Plejánov pudieron ver con sus propios ojos la pobreza de las circunstancias materiales que rodeaban la vida de los Guesde; y al mismo tiempo recibieron de él, como aclara Rosaliia, considerables estímulos morales e intelectuales.[9] El alcance y la naturaleza precisos de la influencia ideológica de Guesde sobre Plejánov no se pueden determinar, pero, sobre todo, el ruso quedaría fuertemente impresionado por la voluntad de Guesde de sacrificar su propio bienestar por el socialismo y la causa de la humanidad.

Sea cual fuere la influencia positiva ejercida por Lavrov y Guesde en su proceso de conversión en un marxista de cuerpo entero, debe hacerse mayor hincapié en las investigaciones y reflexiones del propio Plejánov, su principal ocupación durante los primeros años pasados en el extranjero. Durante dicho período pareció estar centrado en completar su educación. No contento con estudiar sólo obras socialistas, asistió en las universidades de París y Ginebra a cursos sobre temas tan dispares como química orgánica, geología y antropología, zoología y anatomía comparada. Trabajó en la Bibliothèque Nationale de París y en la biblioteca de la Universidad de Ginebra. Nueva prueba de la gran amplitud de su campo de intereses se puede encontrar en sus cuadernos de notas de este período,[10] que están abarrotados de títulos de libros sobre las civilizaciones

laborador habitual de esta revista en 1876. Decir que fue siempre «un protegido de Mijailovski» (p. 162) es algo que no tiene sentido.

7 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom», p. 133.

8 R. M. Plejánova hace referencia a la asociación de Plejánov con Guesde en «Nasha pérvaia vstrecha s Zhiulem Gedom», en Deutsch, *Gruppa*, I, pp. 95-100.

9 *Ibid.*, pp. 96-98.

10 *Literatúrnoe naslédie J. V. Plejánova* (La herencia literaria de J. V. Plejánov), I, pp. 202-220.

antiguas, economía política e historia de Europa, en especial los relacionados con la Revolución francesa y el desarrollo del pensamiento socialista.

Al tiempo que trataba de llenar celosamente las lagunas de su educación, por supuesto no descuidaba la relación entre sus estudios y las exigencias del movimiento revolucionario ruso. Se puede hacer la conjetura de que en las obras sobre las civilizaciones antiguas buscaba indicios y referencias sobre formas de vida comunal. Los libros sobre economía política, con mucha diferencia los más numerosos en sus cuadernos de notas, es muy probable esperase le ayudaran en su búsqueda de la comprensión de la relación existente entre la economía y la política, y del impacto de los cambios a nivel económico sobre las instituciones sociales. Sus estudios sobre la Revolución francesa y los primeros escritos socialistas estaban claramente encaminados a arrojar un poco de luz sobre la situación y el destino de Rusia. Llama la atención en estos cuadernos de notas de 1880 y 1881 la escasez de obras sobre Rusia o escritas por rusos. Sumergido en la atmósfera occidental, parece como si Plejánov buscara datos e ideas que le pudieran ayudar a entender a Rusia en términos de relación con el desarrollo de otras naciones y civilizaciones, en términos de algún sistema general de pensamiento. Mucho menos inclinado que otros *naródnik* a considerar a Rusia un país *sui generis*, se entregó a la labor de encontrar una medida común que diese cuenta de la evolución de los acontecimientos, lo mismo en Rusia que en otros países.

Si bien tendió sus redes intelectuales sobre un enorme campo, parece que Plejánov desde un primer momento se puso mucho en manos de Marx como ayuda para devolver una cierta apariencia de orden y coherencia a su universo intelectual un tanto resquebrajado. Según Deutsch, que convivió con él en Ginebra, Plejánov devoraba todo lo que caía en sus manos sobre la Primera Internacional, en la que Marx había desempeñado un papel de enorme importancia. Estudió dicha organización con tal atención —sin duda en busca de orientaciones estratégicas y tácticas— que pronto pudo recitar de memoria sus estatutos.[11] Dado que la lucha hercúlea entre Marx y Bakunin tuvo una capital importancia en la historia de la Internacional, estos estudios debieron servir de abundante pasto para sus pensamientos. Las dudas acerca de la compatibilidad entre el marxismo y el populismo de inspiración bakuninista se fueron

11 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom», p. 120.

haciendo cada vez más patentes. Muy probablemente, su creciente conciencia del conflicto entre anarquismo y marxismo en el movimiento socialista occidental le llevara al estudio de las fuentes primarias de cada uno de ellos. Sea como fuere, antes de haber pasado mucho tiempo ya había leído *La filosofía de la miseria*, de Proudhon. Sin embargo, no fue la obra de Proudhon, sino la destructiva crítica que Marx hizo de ella en *La miseria de la filosofía*, lo que produjo mayor excitación a Plejánov.[12]

Al aumentar su admiración hacia el fundador del «socialismo científico», Plejánov se sintió obligado a estudiar alemán para conseguir un contacto más íntimo y de primera mano con las obras de Marx y Engels. Entregado a dicha tarea con su diligencia característica, al cabo de muy pocos meses ya leía Plejánov las publicaciones de la socialdemocracia alemana. A fines del verano de 1880 terminó de leer el *Anti-Dühring*, de Engels, que describió entusiásticamente como una «obra clásica».[13] A partir de ahí, siguió con otras obras marxistas, incluida la famosa polémica de Engels con Tkachev (1875),[14] con bastante lógica, puesto que fue su única toma de postura con respecto a las aspiraciones revolucionarias rusas. En vista de la autoridad de que ya disfrutaba Engels ante sus ojos, el impacto de este artículo sobre Plejánov debió ser considerable. Pues en él no sólo daba Engels rienda suelta a un ataque arrollador contra el blanquismo ruso, sino que además destrozaba las premisas básicas sobre las que descansaba todo el edificio del populismo.

Las conclusiones de Engels sobre el desarrollo económico en Rusia eran similares a las de Orlov, poniendo de relieve la decadencia de las comunidades agrarias y la intrusión del capitalismo tanto en las ciudades como en el campo. La propiedad comunal, afirmaba Engels, «hace ya mucho tiempo que ha alcanzado su punto álgido en Rusia, y según todas las apariencias se encuentra muy próxima al ocaso». Es más, nada de lo que los rusos pudieran hacer, y sólo una revolución proletaria en Occidente, podría salvarla de un colapso final y definitivo. Parecía querer decir que toda la actividad de los revolucionarios rusos no tenía la más mínima relación con los fines propuestos. Ridiculizando las afirmaciones populistas de que los campesinos eran «revolucionarios por instinto», y los rusos «el pueblo

12 *Ibid.*
13 *Ibid.*, pp. 120, 127-128.
14 Existe una traducción al inglés en *The Russian Menace to Europe*, Blackstock y Hoselitz (eds.), pp. 203-215.

escogido del socialismo», Engels definió el levantamiento que se preveía en Rusia como una revolución burguesa y no socialista. Plejánov se hizo eco de este último planteamiento, con sus devastadoras implicaciones para el populismo —si bien menos abiertamente—, en uno de sus propios artículos aparecido en *Cherni peredel*, en septiembre de 1880.[15] Cuando adoptase un programa de carácter inequívocamente marxista, su interpretación de la situación en Rusia seguiría muy de cerca la mayor parte de las afirmaciones contenidas en el artículo de Engels publicado en 1875; pero tal cosa no sucedería hasta dos años más tarde.

Por una ironía del destino, aunque lo que dio mayor ímpetu a la renuncia de Plejánov al populismo fue la polémica sostenida cinco años antes por Engels contra Tkachev, los puntos de vista de Marx y Engels, en 1880, habían evolucionado en una dirección más favorable a los *naródniks*. Los comentarios de Marx sobre este tema a partir de 1877 y hasta su muerte en 1883 (*), si bien condicionales e incluso ambiguos, nunca excluyeron por completo la posibilidad de una evolución histórica en Rusia radicalmente distinta de la occidental (**). Quizá tengan alguna validez las especulaciones frecuentemente repetidas acerca de la posibilidad de que Marx se negase deliberadamente a atacar las posturas teóricas de los *naródniks* con objeto de no desmoralizar a un grupo que luchaba activamente contra el despotismo ruso, que él tanto despreciaba.[16] Pero también se han aducido pruebas de que Marx había llegado a la convicción —derivada de sus estudios sobre Chernishevski y las condiciones sociales en Rusia— de que, bajo determinadas condiciones favorables, Rusia podría efectivamente evolucionar hacia un socialismo basado en las comunas campesinas, sin pasar por un

15 *Sochinéniia*, I, pp. 124-125.
* *Perepiska K. Marksa i F. Engelsa s rússkimi politícheskimi déiateliami*, pp. 177-80, 242; Marks i Engels, *Sochinéniia*, XV, p. 601. Dado que la primera de sus tres tomas de postura, en una carta a Mijailovski de 1877, no se dio a conocer al público hasta bastante más tarde, los puntos de vista de Marx sobre la situación en Rusia no pudieron influir sobre Plejánov antes del mes de marzo de 1881, fecha de la carta de Marx a Vera Zasúlich.
** Es difícil comprender por qué Gustav Wetter califica la postura de Marx como «inequívoca» y la insistencia de Plejánov en una fase capitalista en Rusia como un caso de ser «plus royaliste que le roi» *(Dialectical Materialism*, p. 80). Plejánov llegó a la adopción de sus puntos de vista no sobre una base dogmática, sino como consecuencia de su experiencia revolucionaria y sus estudios sobre la sociedad rusa.
16 Bernstein, «Karl Marks i russkie revoliutsioneri» (Carlos Marx y los revolucionarios rusos), pp. 9-10, 16-17; Potash, pp. 50-51.

estadio de capitalismo desarrollado.[17] Consideraba como condiciones previas para tal eventualidad el derrocamiento del zarismo ruso seguido de una revolución socialista triunfante en Occidente.

Pero no acaba aquí la ironía. A comienzos de la década de 1880, Marx y Engels estaban muy cerca de defender las mismas posturas blanquistas que Engels había denunciado con tanta rotundidad pocos años antes en base a las premisas del marxismo ortodoxo. Consideremos el ácido comentario de Marx ante la aparición en Europa occidental de militantes de Cherni Peredel. La mayoría de ellos, decía, habían «*salido voluntariamente* de Rusia —en contraste con los terroristas cuyas cabezas están en peligro— para constituir un pretendido partido propagandístico. Pretendiendo realizar una labor de propaganda en Rusia, se vienen a Ginebra. ¿Cómo esperan conseguirlo?»[18] En 1881, al tiempo que castigaba de nuevo a los «ginebrinos», alababa a los terroristas sometidos a juicio en San Petersburgo por el asesinato del Zar Alejandro II en marzo de ese mismo año; «Se trata de personas a toda prueba, *sin ningún deje melodramático*, sencillos, metódicos, heroicos. Gritar y morir son dos opuestos irreconciliables... Tratan de enseñar a Europa que su *modus operandi* es un método específicamente ruso e históricamente inevitable sobre el que es tan inútil moralizar —a favor o en contra— como lo sería hacerlo sobre el terremoto de Chios».[19] Aun concediendo que quizá Marx no estuviera demasiado bien informado sobre los militantes de Cherni Peredel y sus ideas, su crítica de las actividades de propaganda (destinadas a promover la conciencia de clase), en beneficio del terrorismo, difícilmente se puede conciliar con la reafirmada convicción de los marxistas de que son las clases quienes hacen la historia, y que la hacen en estrecha dependencia con su grado de organización y conciencia de clase.

Por si esto no fuera bastante, cuando Plejánov hizo una traducción al ruso del *Manifiesto comunista* (1882) (*), Marx escribió un prólogo que sin duda podían aplaudir los populistas. Concedía Marx que la comuna campesina estaba seriamente amenada, pero todavía veía la posibilidad de una revolución en Rusia que podría hacer estallar una revolución proletaria en Europa occidental, permitiendo de tal forma que «la forma de propiedad comunal de la tierra que prevalece en Rusia» «constituye el punto de partida para un proceso de desarrollo comunista».[20] Con Marx prestando, en apariencia, el prestigio de su nombre y autoridad a los populistas, Plejánov tuvo que tener una gran fortaleza de ánimo para dar a conocer sus propios puntos de vista. Pues se iba a encontrar en la anómala situación de, por un lado, aclamar a Marx y el método marxista, mientras por otro lado sostener en sus juicios sobre Rusia que Marx se equivocaba. Esta contradicción encontró expresión todavía más clara posteriormente, cuando Engels acogió con escasísimo entusiasmo, por no decir frialdad, la aparición en 1883 del grupo Emancipación del Trabajo, creado por Plejánov bajo inspiración marxista, y su importante obra *Nuestras diferencias* (1885),[21] que ofrecía un análisis marxista de la situación en Rusia y un programa marxista para el movimiento revolucionario.

Meditando posteriormente sobre los primeros años de la década de 1880, cuando sus ideas estaban en período de formación, escribía Plejánov:

> Quien no haya vivido con nosotros aquellos momentos, difícilmente podrá imaginar el fervor con que estudiábamos la literatura socialdemócrata, en la que ocupaban, por supuesto, un primerísimo lugar las obras de los grandes teóricos alemanes ... La teoría de Marx, como el hilo de Ariadna, nos sacó del laberinto de contradicciones en que se habían encerrado nuestros pensamientos bajo la influencia de Bakunin.[22]

Si bien se puede aceptar sin más la primera parte de esta afirmación, la segunda debería considerarse —utilizando una de las expresiones preferidas por Plejánov años más tarde— *cum grano salis*. En su exploración de la literatura marxista iniciada en 1880, había descubierto lo que en efecto consideraba un rico tesoro. No parece aventurado afirmar que a los pocos meses de su llegada al extranjero había logrado obtener una nueva y más clara visión de los principios generales y enfoque del

17 Shtein, pp. 236-238.
18 Citada en Iákovlev, *Iz istori politícheskoi borbí v 70-j i 80-j gg.* (Sobre la historia de la lucha política en las décadas del 70 y del 80), Moscú, 1912, página 470.
19 Marx y Engels, *Correspondence, 1846-1895* (Nueva York, 1934), pp. 390-391.
* Bakunin fue el autor de la primera traducción al ruso de esta obra, en 1869.

20 Marks i Engels, «Predislóvie k rússkomu izdániiu "Manifesta Kommunistícheskoi Parti"» (Prefacio a la edición rusa del «Manifiesto del partido comunista»), *Sochinéniia*, vol. XV.
21 Véase la carta de Engels a Zasúlich, abril de 1885, en Deutsch, *Gruppa*, III, pp. 24-27.
22 *Sochinéniia*, XXIV, pp. 178-79.

marxismo, y que se había confirmado en la creencia de que este sistema proporcionaba las bases conceptuales para la comprensión científica de la sociedad. Pero si admitimos que Plejánov había llegado a ese punto a finales de 1880, en ese caso debemos señalar que todavía habían de pasar dos años más antes de que del marxismo derivase un programa revolucionario para Rusia. Sólo entonces, en el prefacio que escribió para su traducción del *Manifiesto comunista*, podemos ver a Plejánov por vez primera como marxista convencido. *El socialismo y la lucha política*, su primer ensayo marxista extenso, publicado en 1883, resumía las consecuencias de este período de trabajo. En forma extremadamente resumida, el título señala el problema central con que estuvo luchando en ese intervalo de dos años, el problema que tuvo que resolver antes de pasar de una adhesión al marxismo teórico a la proposición de una estrategia revolucionaria socialdemócrata. Tal problema era el siguiente: ¿Cómo justificar una lucha política en beneficio de una revolución burguesa según la teoría socialista? ¿Cómo puede participar un movimiento socialista en tal lucha sin traicionar sus propios principios?

Lo más extraño es que, aun cuando la reconciliación por Plejánov de la lucha política y el socialismo era el escalón último en su elaboración de una estrategia socialdemócrata, su negativa a conceder importancia a la lucha política y a la libertad política fue el primer elemento de su anterior perspectiva populista que sucumbió ante el impacto de sus experiencias en Occidente. La primera evidencia de la alteración de sus puntos de vista se tuvo en las discusiones entre Axelrod y Plejánov durante el verano de 1880 sobre Cherni Peredel.

Axelrod había trabado conocimiento con la socialdemocracia alemana en el curso de una estancia anterior suya, bastante prolongada, en Europa occidental, y como consecuencia, sus puntos de vista diferían de los de sus camaradas en ciertos aspectos importantes. En un programa para un grupo de obreros que compuso en 1879, incluía —si bien ocupando un lugar de menor importancia— la exigencia del sufragio universal y las libertades cívicas. Su reconocimiento del valor de estas libertades encontró eco en los jóvenes que reclutó para Cherni Peredel durante la primera mitad de 1880. A petición de los militantes más jóvenes de Cherni Peredel, redactó en Rusia un nuevo programa, cuya característica más notable consistía en la inclusión, junto con los puntos habituales en los programas políticos de los *naródnik*, de una reivindicación de libertades políticas y cívicas. El nuevo programa, reconociendo tácitamente la imposibilidad de establecer un sistema anarquista al día siguiente de la revolución, preveía una organización política federal en que se incluían las libertades políticas y cívicas como paso intermedio de transición hacia los objetivos últimos anarquistas.[23] Axelrod llegó a Ginebra en junio de 1880 con la idea de persuadir a sus camaradas para que aceptaran su programa, y para coordinar sus esfuerzos con los de los grupos de jóvenes en Rusia.

Esperaba encontrar resistencia, pero Axelrod se encontró con que intentaba forzar una puerta que ya estaba abierta. La oposición de Deutsch y Zasúlich a la lucha política, aun en tiempos de su huida de Rusia, era considerablemente menos intransigente que la de Plejánov. Después del atentado con dinamita en el Palacio de Invierno, en febrero de 1880, se sintieron fuertemente atraídos por Naródnaia Volia. Después de todo, ¿acaso los terroristas no estaban cosechando parte de los éxitos que habían prometido? ¿No había nombrado el Zar, a raíz del tercer atentado contra su vida, al conciliador Lorís-Mélikov para que se hiciera cargo del gobierno? En cuanto a Plejánov, seis meses en el extranjero habían bastado para alterar sus puntos de vista respecto a la libertad política, aunque no en cuanto a la eficacia del terror para obtenerla. Efectivamente, en esos seis meses había consumido una cantidad considerable de literatura socialdemócrata alemana, así como una selección de obras de Marx y Engels. No había escapado a su observación que ni los más brillantes teóricos del socialismo occidental ni el partido socialista más fuerte compartían su recelo y antipatía por la lucha política y la libertad política.[24] Es más, si bien su primer contacto con las condiciones imperantes en Occidente causó en él muy poca impresión, no se podría decir lo mismo de su segundo viaje. Su huida de Rusia después de la manifestación de la Plaza de Kazán se produjo inmediatamente después de haber adoptado la vida accidentada de un revolucionario en la clandestinidad. En aquella ocasión, pasó la mayor parte de su estancia en el extranjero en la Alemania de Bismarck, que sin duda no era un modelo de libertad. En 1880 respiraba la atmósfera libre de Suiza y Francia, después de tres años en la clandestinidad.

23 *Cherni Peredel, organ sotsialístov-federalístov* (Reparto Negro, órgano de los socialistas-federalistas), Moscú, 1923, p. 199.

24 Dicha circunstancia la reconoció en una breve observación en su cuaderno de apuntes *(Literatúrnoe naslédie J. V. Plejánova*, I, p. 203).

El contraste entre Rusia y los países occidentales era sorprendente. Las mismas actividades que en Rusia le habían convertido en un criminal, aquí las podía realizar cotidianamente a la luz del día y a la vista de todos. La gente, incluso los extranjeros, podía vivir donde quisiera sin ningún temor, e iba y venía libremente sin que las autoridades y la policía se inmiscuyesen en sus asuntos con el motivo más mínimo. No existía una intervención oficial interpuesta entre la persona individual y la literatura a que quisiera tener acceso. Hombres y mujeres se reunían a voluntad, no tenían que ocultar sus pensamientos y hacían públicas sus ideas sin miedo a verse encarcelados súbitamente. Como él mismo pudo comprobar, no sólo podía una delegación hacerse oír por el gobierno, sino además ver satisfechas sus aspiraciones. Si bien era cierto que Bismarck hacía todo lo que estaba en su mano por someter a los socialdemócratas alemanes, en Francia y Suiza, como él mismo personalmente podía comprobar, incluso los socialistas tenían libertad, si no para otra cosa, para organizarse y difundir sus puntos de vista por medio de asambleas y publicaciones. Puede que se tratase de Estados burgueses —y Plejánov no sería el último en darse cuenta de sus limitaciones desde el punto de vista de los grupos desheredados—; sin embargo, las condiciones imperantes hacían evidente que la constitución formal del Estado no era, como pretendía Bakunin, una cuestión indiferente.

El cambio de actitud de Plejánov frente a la libertad y la actividad políticas encontró eco en el borrador de programa que escribió para Cherni Peredel, después de sus discusiones con Axelrod. El espacio concedido al elemento político era extremadamente reducido: el documento, en líneas generales, tenía un tono fuertemente populista, y sólo hacia el final hace una lacónica alusión a la posibilidad de «un movimiento constitucional en Rusia» —movimiento que podría facilitar a la organización la posibilidad de participar en campañas de agitación y electorales.[25] Por razones tácticas probablemente, Plejánov admitía incluso en este programa la necesidad del terror político. En sus artículos publicados durante el año siguiente, se deja notar bastante, en líneas generales, el eclecticismo de su orientación. No obstante, con cada nueva publicación se alejaba más del populismo y se acercaba a una nueva síntesis.

Su artículo en el segundo número de *Cherni peredel* (el primero que se publicaba en Ginebra), aparecido en septiembre de 1880, difícilmente es reconocible como obra del mismo autor

25 Axelrod, *Perezhitoe i peredúmannoe*, p. 369.

que había escrito el artículo de fondo del primer número, publicado apenas nueve meses antes. En lugar de promover una revolución agraria que daría origen a un orden anarco-socialista, consideraba ahora más verosímil que la «sociedad» cortase «el nudo gordiano»; que el Zar se viese obligado a conceder una constitución a las clases superiores. De acuerdo con ello —y en este punto se deja sentir la influencia de la polémica de Engels con Tkachev— el estadio siguiente en la historia de Rusia probablemente sería un orden constitucional burgués.[26] Tal evolución implicaba claramente un desarrollo del capitalismo en Rusia y la imposibilidad de un destino histórico singular reservado a Rusia, pero por el momento Plejánov todavía no alcanzaba a ver tales conclusiones.

Dentro de esta línea, que estaba dispuesto a seguir al menos a modo de intento, luchó sin éxito por integrar sus nuevas actitudes con las antiguas. «Conocemos el valor de la libertad política, declaraba; «aplaudimos toda lucha en favor de los derechos humanos». Pero después de tan larga admisión, con la que repudiaba la ortodoxia populista que con tanto calor había defendido apenas un año antes, inmediatamente la diluía, atribuyendo a tales luchas «sólo un significado secundario» para los socialistas.[27] Esta ambivalencia trasluce el impulso que arrastraba a Plejánov a romper con el populismo y, aún así, su incapacidad para desembarazarse del punto clave de la doctrina de Bakunin relativo a la incompatibilidad entre el socialismo y la lucha política. Puesto que la inminente revolución iba a poner en manos de la burguesía el poder, razonaba, la lucha por la libertad política tenía una importancia básica para dicha clase. Pero aquello que constituía un interés máximo para la burguesía difícilmente podía tener el mismo significado para los socialistas. Sin duda la libertad política podía tener un cierto valor para el pueblo en general, a la defensa de cuyos intereses estaban entregados los socialistas; pero se trataba de un valor de importancia secundaria en comparación con las ganancias que la burguesía obtendría con el derrocamiento del absolutismo. Sobre todo, el inminente dominio de la burguesía significaría para el pueblo no el fin de la explotación, sino sólo la sustitución de un grupo de explotadores por otro.

Por consiguiente, si los socialistas hacían de la lucha por las libertades políticas un objetivo primario, estarían sirviendo los intereses no del pueblo, sino de sus futuros explotadores; se

26 *Sochinéniia*, I, pp. 124-125.
27 *Ibíd.*, pp. 125-127.

convertirían, *de facto*, en servidores de los intereses de la burguesía. Inclinado todavía a considerar la política y la economía como dos esferas mutuamente excluyentes, aisladas, Plejánov definía como misión adecuada para los socialistas una labor de agitación con base en las necesidades *económicas* del pueblo, una agitación calculada para levantar, organizar y unir al pueblo en un poderoso movimiento socialrevolucionario. Sólo haciendo hincapié en las necesidades económicas del pueblo, insistía, podrían los socialistas asegurarse un apoyo de masas. Mientras «en todo tiempo y lugar» el pueblo está profundamente afectado por la «palpitante» cuestión económica, comparativamente se muestra indiferente ante las cuestiones políticas. Caso de que los socialistas debieran dedicarse primariamente a la lucha política contra el absolutismo, en el momento de la revolución se encontrarían a sí mismos como «un Estado Mayor sin ejército». En ese caso, la burguesía podría monopolizar, y lo haría, los frutos de la revolución con completo desprecio hacia los intereses del pueblo. Al contrario, caso de que los socialistas centrasen sus energías en un campo de actividad correcto, llegado el momento de la revolución se encontrarían con que podrían contar con un apoyo de masas suficiente para evitar el olvido de las necesidades del pueblo.[28]

Partiendo de estas premisas, Plejánov abandonaba a quien lo quisiera ocupar, el campo de la agitación política. Que la burguesía y sus representantes llevasen a cabo su obra de difusión de propaganda política y lucha por la libertad política. En cuanto a los socialistas, continuarían propagando entre las masas la idea de la revolución socialista, «el traspaso a manos de los trabajadores de los medios de producción y el producto de su trabajo». Nos encontramos aquí con otra de las dificultades no resueltas en la postura adoptada entonces por Plejánov. Mientras por una parte parece anticipar el establecimiento de un régimen burgués constitucional una vez derrocado el absolutismo, por otra parte parece partidario de la presentación de unas exigencias socialistas revolucionarias a los revolucionarios burgueses en el mismo momento de su triunfo.[29] En otras palabras, se negaba a aceptar la perspectiva de un largo período de dominio de la burguesía; y, como Trotski más tarde, pretendía el inicio de una lucha acérrima en favor de una revolución socialista, inmediatamente después de la caída del absolutismo. Si bien el estudio de la historia de Occidente, y en especial de la

28 *Ibid.*, pp. 125-126.
29 *Ibid.*, pp. 128-130.

Revolución francesa, le llevaba a pensar en términos de un régimen burgués como siguiente estadio en la historia de Rusia, su inalterada lealtad al ideal populista de socialismo le impedía renunciar a la creencia en la posibilidad de llegar a su establecimiento en un futuro próximo. Por tal razón, deseaba hacer que las dos revoluciones coincidieran, más o menos, en el tiempo.

Aun cuando gran parte de esta discusión tenía un carácter más bien abstracto, poco acorde con el entusiasmo profesado por Plejánov hacia el método materialista, al menos proporciona una clara indicación acerca de la evolución de sus puntos de vista sobre los fundamentos socio-económicos de la sociedad rusa. La cuestión agraria, afirmaba, seguía siendo la principal preocupación de los socialistas. Pero, añadía, aunque «el desarrollo industrial de Rusia es hasta el momento insignificante», «no está inmovilizado». «De acuerdo con ello, el centro de gravedad de las cuestiones económicas se está desplazando hacia los centros industriales.» Por consiguiente, pensar exclusivamente en términos de un socialismo agrario sería una equivocación. Era imposible «precisar de antemano en qué capas de la población laboral se va a reclutar la espina dorsal del ejército socialrevolucionario».[30]

En este artículo fascinante y de extremada importancia, debe observarse que Plejánov entreveía tenuemente los perfiles de una evolución histórica en Rusia distinta de aquella en que antes creía. El carácter de transición y ecléctico que entonces tenía su pensamiento se evidencia en la ausencia de racionalización de sus conclusiones, en su falta de armonía entre las ideas recién adquiridas y los conceptos populistas todavía remanentes. Si bien sus conocimientos de marxismo le sugerían que en Rusia era previsible una revolución burguesa más que socialista, por otro lado seguía pensando, con los populistas, que el desarrollo industrial en Rusia todavía carecía de entidad. Si, por una parte, consideraba que la libertad política, en alguna forma imprecisa, tenía un valor real, por otra parte, no obstante, insistía en disuadir a los socialistas de luchar en favor de la misma. Mientras todavía afirmaba que para los socialistas la cuestión agraria era asunto de importancia primordial, por otro lado hablaba con mucho más entusiasmo de los resultados de la agitación entre los obreros industriales que entre los campesinos. Si se hubiera propuesto dar coherencia y poner orden en sus pensamientos, hubiera necesitado un estudio más profundo de la evolución socio-económica en Rusia, tema sobre el que, en apariencia, dis-

30 *Ibid.*, p. 131.

ponía de pocos datos nuevos. También hubiera necesitado acomodar las reivindicaciones y métodos de la actividad socialista a las condiciones materiales de la sociedad rusa en evolución.

El tercer artículo de Plejánov en *Cherni peredel*, escrito para el número publicado en enero de 1881, es notable por la afirmación terminante de que la siguiente etapa socio-económica en Rusia sería un régimen burgués-constitucional.[31]. En él, Plejánov tomaba partido claramente por la inclusión en el programa de Cherni Peredel de la reivindicación de libertades políticas, así como ciertos puntos relativos a mejoras de tipo económico tales como reforma fiscal, inspección de las fábricas y reducción de las horas de trabajo. En este artículo, por primera vez ofrecía Plejánov —aunque imperfectamente— esa síntesis de lucha política y actividad socialista que iba a ser una de sus principales contribuciones al pensamiento revolucionario ruso. Aún así, en ese mismo número define como tarea más importante del momento el logro de una síntesis entre la agitación por «tierra y libertad» y «las ideas del socialismo contemporáneo».[32] Después de haber evolucionado bastante, según todas las apariencias, hacia un programa político socialdemócrata, todavía no abandonaba la idea de armonizar populismo y marxismo. A pesar del fuerte atractivo que el marxismo ejercía sobre su intelecto, aún no se sentía capaz de aceptarlo totalmente a causa de las inaceptables implicaciones que para los revolucionarios rusos se derivaban de él.

El oscuro temor que acechaba en su mente quedó expresado por su amiga y camarada Vera Zasúlich en una patética carta de interrogación que dirigió a Marx a principios de 1881:

Si... la comuna está destinada a desaparecer, los socialistas no tienen más alternativa que dedicarse a hacer cálculos más o menos fundados con objeto de descubrir cuántas décadas tardará la tierra de los campesinos rusos en pasar de sus manos a las de la burguesía, y cuántos siglos podrá tardar el capitalismo ruso en alcanzar un grado de desarrollo similar al de Europa occidental.[33]

Caso de que efectivamente la comuna estuviera condenada, lo mismo ocurriría con el movimiento socialista contemporáneo en Rusia, y se necesitarían siglos de desarrollo económico antes de que el socialismo pudiera ser de nuevo algo más que un sueño utópico. En tal caso, los populistas se habrían sacrificado en

31 *Ibíd.*, p. 135.
32 *Ibíd.*, p. 133.
33 *Perepiska Marksa i Engelsa*, pp. 240-241.

vano. En tal caso, la *intelligentsia* rusa no tenía posibilidad alguna de actuar en forma verdaderamente provechosa, y generación tras generación, sus miembros no podrían ser más que frustrados «hombres superfluos». Perspectiva que helaba el corazón y capaz de horrorizar a cualquier socialista convencido. El drama de la particular situación de Plejánov yacía en el hecho de que mientras progresivamente iba perdiendo fe en los remedios propuestos por el populismo, sin embargo, no podía decidirse a abrazar sin reservas el marxismo, del que parecían derivarse las más amargas implicaciones para los socialistas rusos.

Sus dudas acerca de la situación en Rusia y su sentido de la posible futilidad e impotencia de la postura mantenida por los socialistas se dejan sentir en un párrafo de su cuaderno de notas escrito durante el invierno de 1880-81.

Nuestras relaciones sociales se encuentran hasta ahora en un estado de transición entre el capitalismo y una economía natural comunitaria. Por un lado, la comuna todavía sirve como tipo principal de relación entre los campesinos; la agricultura sigue siendo hasta el momento el principal sector de producción en Rusia; y por otro lado, el capitalismo ya ha empezado a echar sus raíces en esta comuna... Así que el país está atravesando por una etapa económica de transición.[34]

Plejánov interpretaba la dicotomía que se había dejado sentir en el movimiento revolucionario como reflejo de este dualismo en la situación económica rusa:

(*a*) ... la lucha contra el absolutismo ... que corresponde a la tendencia liberal del capitalismo y (*b*) la defensa de la forma de vida comunal en y por sí misma: el populismo de 1876-77 ... que lo esperaba todo de los pretendientes, se separó del socialismo, y en la definición de las tareas de su propaganda no añadió nada a las ideas expuestas por Razin y Pugachev [los dirigentes cosacos que encabezaron grandes revueltas de campesinos en los siglos XVII y XVIII], el populismo que dio vida a organizaciones social-revolucionarias con ayuda de espúreos decretos del Zar.[35]

En estas líneas trasluce el sentimiento de que quizá su desgracia fuera haber nacido en un momento equivocado, cuando la comuna campesina estaba ya desintegrada hasta tal punto que ya no podía servir de núcleo para una sociedad socialista,

34 *Literatúrnoe naslédie J. V. Plejánova* (La herencia literaria de J. V. Plejánov), I, pp. 206-207.
35 *Ibíd.*, p. 207.

mientras el capitalismo todavía estaba suficientemente poco desarrollado para dar sentido a una actividad socialista efectiva. Significativamente, caracteriza con desdén a las dos tendencias revolucionarias como «oportunismo político» y «atrasada creencia en el economicismo».[36] Hacer causa común con la burguesía en la lucha contra el absolutismo le parecía una traición a los principios socialistas. Pero continuar operando en base a los dogmas obsoletos del populismo tenía tan poco sentido como la ciega aceptación por una parte de la población rusa de las «atrasadas creencias» religiosas.

En el párrafo de su cuaderno de notas que hemos citado antes, considera Plejánov que el desarrollo económico de Rusia está en un estadio de transición entre la agricultura comunal y el capitalismo. Al no hacerse ilusiones acerca de la posibilidad de dar marcha atrás al proceso económico, Plejánov llegaría en el curso de los siguientes meses a la conclusión de que la comuna estaba condenada a la desaparición. Hacia fines de 1881 confiaba a Lavrov su creencia en que Rusia estaba entregada a una vía de desarrollo capitalista y «que todas las demás vías ... le están vetadas».[37] Es más, llegó a hacer la inferencia de que sólo de los obreros urbanos cabía esperar un apoyo significativo para el movimiento revolucionario.

Una vez se hubo convencido Plejánov de que Rusia ya no podía evitar por más tiempo un período de desarrollo capitalista, los argumentos de Marx empezaron a ejercer sobre él una influencia mayor. Aún cuando antes había examinado el mundo a través de los anteojos del populismo, ya había quedado fuertemente impresionado ante la respuesta de los obreros urbanos a los revolucionarios y su propaganda. Muy a su pesar se había visto obligado a admitir las superiores cualidades revolucionarias de los proletarios en comparación con los campesinos, pero había racionalizado este hecho sorprendente considerando a los obreros, en esencia, como campesinos: negando de hecho que en Rusia hubiera un proletariado. Pero una vez que hubo admitido la presencia en Rusia de un desarrollo capitalista, y su concomitante, una clase proletaria, las afirmaciones del marxismo con respecto al proletariado parecían confirmadas por sus propias experiencias.

El último elemento de su nueva visión de las cosas que encontró lugar en su pensamiento, hacía referencia a la estrategia revolucionaria. Durante largo tiempo, Plejánov se había sentido

36 *Ibíd.*
37 *Ibíd.*, VIII, p. 210.

desorientado a la hora de deducir de los principios generales del marxismo una estrategia socialista para un país atrasado económicamente como lo era Rusia. Caso de que Rusia estuviera destinada a pasar por un período de desarrollo capitalista, entonces las posibilidades de la actividad socialista quedarían drásticamente limitadas durante un largo tiempo por venir. Pero era ésta una limitación que se negaba a aceptar, ya que significaría que toda su obra había sido en vano, y que no tenía posibilidad alguna de actividad fructífera. Su personal forma de armonizar la lucha política contra el absolutismo —que la historia parecía haber puesto en un primer plano— con la actividad socialista, quedó claramente expuesta en el prefacio que escribió para su traducción del *Manifiesto comunista*, que se publicó durante la primavera de 1882. En dicho prefacio enunciaba por primera vez una estrategia socialdemócrata, una estrategia sugerida, bastante pertinentemente, por el *Manifiesto*. Respecto al significado de este trabajo en su desarrollo ideológico, escribiría Plejánov mucho tiempo después: «En cuanto a mí, puedo decir que la lectura del *Manifiesto comunista* señaló una etapa en mi vida».[38] Parece poco verosímil que Plejánov no descubriera esta famosísima obra de Marx y Engels hasta pasado más de un año y medio de estudio intensivo del «socialismo científico». Es más que probable que entonces lo que hizo fue releerlo, encontrando en él la respuesta a preguntas que se habían hecho cruciales para su pensamiento.

Su estudio del *Manifiesto* sirvió para derribar finalmente el muro establecido entre la política y la economía, que había sido un elemento permanente en su sistema de pensamiento desde que había entrado a formar parte del movimiento revolucionario. Como consecuencia, dejó de considerar opuestas la lucha política (la lucha en pro de los derechos civiles y, en último extremo, por la hegemonía política) y la actividad socialista (agitación de masas destinada a promover la destrucción del Estado y una revolución socio-económica). Ahora comprendía que la lucha política y la actividad socialista, lejos de ser mutuamente excluyentes, estaban íntimamente interrelacionadas; que no se podía hacer hincapié sobre una en perjuicio de la otra; que sólo *a través* de la lucha política se podría llegar al socialismo. Por consiguiente, alababa el *Manifiesto* como correctivo de la unilateralidad tanto de los *naródniks* ortodoxos, que se oponían a la actividad política, como de los terroristas, que se habían visto tan sumergidos en la lucha política contra el absolutismo que

38 *Sochinéniia*, XXIV, p. 178.

se olvidaban de la creación de un movimiento de masas, única cosa que podría asegurar el futuro del partido socialista.[39] Inicialmente defensor de la primera postura, condena a continuación a las dos, para finalmente unir a ambas en una nueva combinación.

Su línea de pensamiento era ahora la siguiente: aun cuando la revolución venidera debe tener un carácter burgués más que socialista, no obstante, las masas se juegan mucho en esta baza. Si se las despierta, organiza, se les imbuye una conciencia de clase, una vez caído el absolutismo estarán en posición de reclamar y obtener unos derechos políticos que serían de gran ayuda para asegurar el logro final del socialismo. La táctica que recomendaba Plejánov a los socialistas rusos era la misma que Marx había recomendado a los comunistas alemanes. Debían luchar codo a codo con la burguesía en tanto ésta se demostrase revolucionaria en la lucha contra el absolutismo; pero, al propio tiempo, debían hacer todo lo posible para que los trabajadores se diesen cuenta claramente del antagonismo de intereses entre proletariado y burguesía. Los socialistas rusos debían arrastrar a los obreros a la lucha contra el absolutismo como aliados de la burguesía, pero también debían dejar bien claro que los intereses del proletariado exigían la apertura de una nueva lucha contra su aliado inmediatamente después de la caída del absolutismo.

Bien podía Plejánov calificar la lectura del *Manifiesto* como hecho crucial en su vida, pues sus declaraciones unificaban y aclaraban conceptos y experiencias que Plejánov se había mostrado incapaz de armonizar. Ahora entendía que los obreros rusos no se equivocaban al intentar conseguir derechos políticos. Por el contrario, pretendían algo indispensable para la consecución del socialismo. Ahora podía apreciar mejor por qué la mayoría de los liberales y radicales, a partir de 1879, se habían mostrado reservados ante la apolítica Cherni Peredel. Ahora su entera experiencia revolucionaria aparecía iluminada por una nueva y brillante luz y parecía ofrecer una sorprendente confirmación de los puntos de vista del marxismo. Los obreros industriales habían mostrado ser los más sensibles a la propaganda revolucionaria y los más fáciles de organizar porque, como señalaba Marx, estaban destinados por la historia a ser la clase más revolucionaria de la época moderna. En cuanto a los campesinos, las alusiones de Marx al «idiotismo de la vida rural» tendían a

39 *Ibíd.*, I, pp. 150-151.

confirmar las propias impresiones de Plejánov sobre su ignorancia y atraso.

Debe también subrayarse que el *Manifiesto* fue además una revelación para Plejánov porque parecía afirmar con un lenguaje firme, cortante, que los socialistas rusos no habían aparecido demasiado pronto, que a pesar del relativo atraso de las condiciones sociales y económicas en Rusia se podía hacer una importante labor. Eran enormemente animadoras las afirmaciones de que los revolucionarios no tenían por qué retirarse desesperados a hacer «cálculos más o menos fundados», sino que podían llevar adelante su labor revolucionaria en la convicción de que su actividad era congruente con el desarrollo racional del proceso histórico.

La evolución ideológica de Plejánov le había llevado a una postura que representaba una innovación en el pensamiento revolucionario ruso. Al mismo tiempo representaba el triunfo en su sistema de pensamiento de una forma occidental de abordar el problema del socialismo. Ahora estaba convencido de que «en la historia de Rusia no hay diferencias *esenciales* que la separen de la historia de Europa occidental».[40] En consecuencia, sostenía que el mejor medio de solucionar los problemas de los socialistas rusos era estudiar el desarrollo social de Europa occidental y las enseñanzas de los socialistas occidentales. De este modo, ocupaba un puesto dentro de la tradición de «occidentalizadores» rusos. Al igual que Pedro el Grande había introducido las técnicas militares y administrativas occidentales en Rusia, al igual que los decembristas y los hombres de 1830 y 1840 habían esperado «occidentalizar» a Rusia política y culturalmente, ahora Plejánov adoptaba una versión occidental del socialismo, y se disponía a convertirla en la tendencia dominante. Al igual que Pedro había combatido a los clérigos y boyardos atados a las tradiciones, al igual que los «occidentalizadores» de tiempos de Nicolás I habían librado batalla contra los eslavófilos, ahora Plejánov emprendía la labor de demoler el socialismo populista ruso. Proclamó que estaba dispuesto a hacer del *Das Kapital* de Marx un «lecho de Procusto» para los dirigentes revolucionarios rusos,[41] y de este modo lograr que el movimiento armonizara con la marcha del proceso histórico. Si bien le faltó mucho para lograr su propósito, su labor imprimiría, profundamente, en último término, la huella del pensamiento de Marx en el engranaje de la vida rusa.

40 *Literatúrnoe naslédie J. V. Plejánova*, VIII, p. 211.
41 *Delá i dni* (Los quehaceres y los días), núm. 2 (1921), p. 91.

6. EL GRUPO EMANCIPACION DEL TRABAJO

La conversión de Plejánov al marxismo no tuvo unas consecuencias inmediatas a nivel organizativo. Hasta finales de 1883 no fundarían él y unos cuantos amigos el Gruppa Osvobozhdénie Trudá (grupo Emancipación del Trabajo), la primera organización genuinamente marxista en la historia del movimiento revolucionario ruso. Igualmente sorprendentes a primera vista son las actividades organizativas de Plejánov y sus camaradas durante los dos años precedentes, que nos descubre una nota añadida al anuncio hecho en septiembre de 1883 sobre la creación de Osvobozhdénie Trudá:

> En vista de los rumores que se repiten constantemente acerca de la unión del antiguo grupo Cherni Peredel con Naródnaia Volia, consideramos necesario decir aquí unas cuantas palabras al respecto. En efecto, durante estos dos últimos años se han llevado a cabo negociaciones entre los dos grupos relativas a una unión. Pero aun cuando dos o tres miembros de nuestro grupo han llegado incluso a integrarse por completo en Naródnaia Volia, no ha sido posible, infortunadamente, llegar a una fusión total.[1]

¡No sólo se abstuvo Plejánov, durante un intervalo de tiempo significativo, de montar una organización marxista, sino que, además, llegó a estar próximo a un acuerdo con los terroristas que había combatido con tanta severidad! ¿Cómo se puede explicar este comportamiento en apariencia contradictorio? ¿Y qué provocó el colapso de los esfuerzos unionistas, y la consiguiente renovación e intensificación de los ataques de Plejánov contra Naródnaia Volia, esta vez bajo la égida del grupo Emancipación del Trabajo?

Cuando Zemliá i Volia se escindió en dos, no quedaba totalmente excluida una futura reconciliación. A decir verdad, exis-

1 *Sochinéniia*, II, p. 22.

tían diferencias sustanciales en los programas y principios de ambas facciones. No obstante, las relaciones de amistad entre miembros de cada una de ellas habían hecho posible dividir la organización amistosamente y, a partir de entonces, mantener relaciones cordiales y provechosas. La ausencia de ataques desenfrenados contra los terroristas en las páginas de *Cherni peredel* era prueba del deseo de no verse enredados en polémicas que podrían agrandar las diferencias y hacer difícil o imposible una futura reconciliación. Por supuesto, no se podría pensar en una reconciliación a no ser que, y sólo cuando, se pudieran solucionar, o al menos reducir, las diferencias ideológicas. Pero no quedaba totalmente fuera de lo posible dicha reducción o solución, a medida que los revolucionarios fueran adquiriendo nuevas experiencias y una nueva inteligencia de las cosas.

Las esperanzas que Plejánov había depositado en Cherni Peredel, a raíz del cisma en Zemliá i Volia, se mostraron ilusorias. En contraste con el movimiento *naródnik* en clara recesión, la gallardía y espíritu de sacrificio de que hacían gala los militantes de Naródnaia Volia ganaron un prestigio enorme para la organización. Los estudiantes de inclinaciones radicales se veían arrastrados por su arrojado heroísmo y su valentía; los profesionales de mentalidad liberal y los obreros partidarios de una mayor libertad política, aportaban su apoyo moral, dinero y unos cuantos militantes a la organización terrorista. El famoso Mijailovski colaboraba secretamente con ella. Y en Europa occidental, Marx no mostraba reparo alguno en proclamar su ilimitada admiración por los militantes de Naródnaia Volia, calificando a Rusia de «destacamento de vanguardia del movimiento revolucionario en Europa», y al Zar de «prisionero de guerra de la revolución».[2] Aunque no fuera precisamente de su agrado, la profecía de Plejánov de que el terrorismo acabaría absorbiendo la entera sustancia al movimiento revolucionario parecía estar muy cerca de cumplirse.

Se planteaba incluso la clara posibilidad de que fuese absorbida la propia Cherni Peredel. En tiempos de su huida de Rusia con Plejánov, Deutsch y Zasúlich estaban convencidos, por lo menos a medias, de que eran los terroristas y no los militantes de Cherni Peredel quienes marcaban el camino correcto al movimiento revolucionario ruso.[3] Aun el propio Plejánov difícilmente podía permanecer ciego ante los méritos de los terroristas. Sean

2 Citado por Axelrod en *Rabochi klass i revoliutsiónnoe dvizhénie v Rossí* (La clase obrera y el movimiento revolucionario en Rusia), p. 60.
3 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom», p. 129.

cuales fueren sus equivocaciones teóricas desde su punto de vista, indudablemente eran la única fuerza que luchaba con vigor y valentía frente al despotismo ruso.

La oposición de Plejánov al terrorismo, en Vorónezh y antes, había sido en gran medida consecuencia de su convicción de que las reivindicaciones de carácter político eran ajenas a las necesidades populares e incompatibles con el socialismo. Pero una persona que, al cabo de nueve meses en Occidente, escribía que conocía «el valor de la libertad política» y aplaudía «toda lucha en favor de los derechos humanos» difícilmente podría condenar los esfuerzos de los militantes de Naródnaia Volia por afirmarlos. Poco a poco fue dándose cuenta Plejánov de que quizá fueran ellos, y no él, quien tenía razón en Vorónezh; y con tal descubrimiento se desvanecía una importante diferencia entre ambos grupos (*). Por otra parte, algunos militantes de Cherni Peredel creían equivocadamente que los miembros de Naródnaia Volia, reconociendo tácitamente que eran ellos los equivocados, de nuevo concedían la debida atención a la agitación entre obreros y campesinos.[4] Acontecimientos como éstos parecían haber reducido las diferencias entre las dos facciones lo suficiente como para abrigar esperanzas sobre una alianza. En enero de 1881, Plejánov lanzó una sonda para la unión de las dos facciones con su, por el momento, imperfecta formulación de la conciliación e integración de la lucha política con la actividad socialista de masas.[5] Pocos meses más tarde, Axelrod afirmaba públicamente que era posible que las dos organizaciones pronto se fusionaran.[6]

Mientras se barajaban tales posibilidades, recibieron los revolucionarios en el exilio la noticia electrizante del asesinato de

* *Sochinéniia*, XIII, p. 26. Uno o dos años más tarde, explicaba Plejánov el papel histórico de Naródnaia Volia haciendo referencia al famoso *dictum* de Hegel: «El búho de Minerva sólo vuela en el crepúsculo.» Los terroristas no llegaron a comprender nunca por entero el significado de la actividad que habían emprendido. Aunque se equivocaban al considerar el asesinato político como una estrategia apropiada para conseguir el éxito de la revolución, sin embargo, materialmente hicieron avanzar las perspectivas del movimiento revolucionario al hacer que la lucha política ocupara un lugar destacado. *Literatúrnoe naslédie G. V. Plejánova*, I, p. 141.

4 Véase la versión de Axelrod en Nevski, *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá» v perioc 1883-1894 gg.: Istóriko-revoliutsionni sbórnik* (El grupo Emancipación del Trabajo en los años 1883-1894: Recopilación histórico-revolucionaria), II, p. 67 (citado a partir de ahora como *Istóriko-revoliutsionni sbórnik*, II).

5 *Sochinéniia*, I, p. 136.

6 *Istóriko-revoliutsionni sbórnik* (Recopilación histórico-revolucionaria), II, p. 67.

Alejandro II. Después de tres intentos sin éxito, el «Zar libertador» caía finalmente destruido por los militantes de Naródnaia Volia. Los oponentes al régimen se sumaron a la celebración de este «triunfo», sólo empañada su alegría por la conciencia de la suerte reservada a los conspiradores detenidos. Pocos fueron los que comprendieron que precisamente en el momento de su mayor éxito, Naródnaia Volia demostraba su impotencia. Detrás de ella no había una fuerza capaz de hacer que el golpe inicial fuera seguido de un asalto decisivo contra el Estado. Los terroristas que conservaban su libertad tuvieron que contentarse con una carta al heredero del trono ofreciendo interrumpir sus actividades a cambio de ciertas reformas políticas.[7] ¿Se hubiera conformado un movimiento irresistible con el papel de suplicar al Zar la concesión de algunas reformas? La carta de los militantes de Naródnaia Volia era un acto de debilidad, una confesión de que podían desorganizar al gobierno, pero no derribarlo. Totalmente consciente de su poder y de la impotencia de ellos, Alejandro III arrumbó los planes en marcha para una débil reforma y se embarcó en un reinado digno de notarse por su carácter netamente reaccionario.

El prestigio del terrorismo entre los revolucionarios en el exilio alcanzaba ahora su cota máxima, amenazando con arrastrar a Deutsch, Zasúlich y otros militantes de Cherni Peredel que ya se habían mostrado favorablemente dispuestos ante él. En una carta desde Ginebra escrita en nombre de Zasúlich, Stefanóvich y él mismo, declaraba Deutsch a Plejánov, que se encontraba en París, que era aquél un «acontecimiento grandioso» y una ocasión de alegría.[8] El y sus amigos, decía, vaticinando la aprobación de una constitución en un futuro próximo, estaban ansiosos por volver a Rusia y hacer alguna contribución a la lucha que continuaba. Plejánov, en su réplica, decía que no veía razón para irse de Europa occidental justo en ese momento, e intentaba disuadir a sus amigos de esta idea. Stefanóvich viajó hasta París para discutir la situación con Plejánov, y volvió desanimado: lejos de estar ardiendo por reanudar la batalla, Plejánov parecía totalmente absorto en el estudio del marxismo.[9]

El acontecimiento que inflamaba a tantos otros, a él le dejaba frío. Su reacción derivaba de su bien sabida convicción de la necesidad de una fuerza de masas para el éxito de la revolución.

7 La carta aparece reproducida en *Biloe* (El pasado), 1906, núm. 3, páginas 33-37.

8 *Gruppa*, II, p. 219.

9 Deutsch, «Kak J. V. Plejánov stal marksístom», pp. 138-139.

Mientras que sus amigos parecían perder de vista esta consideración, la conciencia que Plejánov tenía de su importancia se veía aumentada gracias a sus estudios de marxismo (*). Estos le convencían de la locura de los métodos, si no de los objetivos, de los terroristas. En ausencia de una *clase* capaz de poner límites al poder del Zar, los sacrificios heroicos de los revolucionarios no podían tener proyección alguna. «Matarán todavía a un Alejandro más», decía, «a dos o tres generales más, y con eso dejarán de existir».[10] Aunque todavía no estaba seguro acerca del futuro de los acontecimientos en Rusia o de las misiones propias de los socialistas, estaba convencido de que los terroristas habían equivocado el camino.

La postura de Plejánov ante la cuestión organizativa, aun cuando ganó en claridad durante el año siguiente al asesinato del Zar en marzo de 1881, seguía siendo la misma. Todavía desaprobaba la total dedicación de las fuerzas revolucionarias al terrorismo político, pero deseaba la unificación del movimiento revolucionario. Sus amigos, se temía, estaban a punto de capitular incondicionalmente ante Naródnaia Volia. De hecho, Stefanóvich volvió a Rusia durante el verano de 1881 para unirse a la organización terrorista, y la falta de dinero fue lo único que impidió a Deutsch acompañarle. Stefanóvich escribió a Deutsch una porción de cartas llenas de fervientes alabanzas hacia los militantes de Naródnaia Volia, sus empresas y proyectos. Deutsch respondió asumiendo entre los emigrados, en beneficio suyo, el papel de partidario y colaborador, tratando de conseguir para ellos no sólo simpatías sino auxilios financieros y de otro tipo. Zasúlich, que era mujer de Deutsch, compartía sus puntos de vista. Y Axelrod, que vivía en Zurich, es evidente que también tendía en la misma dirección, dadas las observaciones que hizo en alabanza de la organización terrorista en un discurso ante el congreso de los socialdemócratas alemanes durante la primavera de 1881.[11]

Durante los meses siguientes, según Plejánov iba adoptando cada vez más claramente posturas marxistas, con sus correspondientes implicaciones políticas socialdemócratas, sus puntos de vista y los de sus amigos empezaron a diverger llanamente, hecho que tuvo que saltarle a la vista cuando a fines de 1881

* Deutsch nos dice que Plejánov se las había arreglado para arrastrar a Zasúlich y a él mismo al estudio de Marx. Pero dicho estudio, tal y como ellos lo realizaron, no había alterado hasta el momento sus puntos de vista básicos; véase «Kak G. V. Plejánov stal marksistom».

10 *Ibid.*, p. 138; *Gruppa*, IV, p. 134.

11 Axelrod, *Perezhitoe i peredúmannoe*, pp. 393-399.

volvió de París a Ginebra. Discutió violentamente con Deutsch, y las relaciones entre ambos se enfriaron abruptamente. El estado de ánimo de sus amigos en Ginebra, escribió a Lavrov, se traducía con la siguiente frase: «Al margen de todo lo que podamos discutir, unámonos con Naródnaia Volia a toda costa».[12] Aun con lo mucho que pudiera desear la unificación, estimaba que haría más mal que bien si se llevaba a cabo sobre unas bases teóricas y programáticas erróneas. Su política a lo largo del siguiente año y medio descansó sobre la premisa de que la corrección de la línea ideológica del movimiento revolucionario era más importante que los planes de fusión prematuros e indiscriminados.

En su opinión, una fusión a fines de 1881 hubiera significado la absorción de Cherni Peredel por Naródnaia Volia, y la pérdida virtual de cualquier posibilidad de arrastrar al movimiento hacia la senda del marxismo. Si quería que el marxismo tuviera alguna influencia, antes que nada había que estrechar filas con sus camaradas. No podría discutir con los representantes de Naródnaia Volia desde una postura de fuerza a no ser que reunificase su propia facción. De ahí sus esfuerzos por persuadir a los demás de que no volviesen a Rusia por el momento; de ahí su ardor en educarles en el pensamiento marxista. A esta tarea dedicaría no poca atención durante el invierno de 1881-82 y posteriormente. Tampoco limitó su atención a los antiguos militantes de Cherni Peredel: acababa de tener una revelación, y ardía en deseos de comunicarla. Acuciaba a todos los rusos que encontraba en Ginebra para que se dedicaran a estudiar marxismo, y además dio una serie de conferencias sobre el marxismo y su importancia dentro de la situación en Rusia. Las conferencias tuvieron mucho éxito, nos dice Deutsch, pero no produjeron conversos. Posteriormente se demostraría una costosa equivocación —si bien involuntaria— el no haber hecho intento alguno por educar también a los militantes de Cherni Peredel que se habían quedado en Rusia. Gracias al olvido de la preparación ideológica de sus camaradas en la patria, los que ahora montaban el primer grupo revolucionario marxista carecían gratuitamente de apoyos, y en el momento de su fundación estaban prácticamente aislados de Rusia.[13]

12 *Delá i dni*, núm. 2 (1921), p. 86.

13 Axelrod, *Perezhitoe i peredumannoe*, pp. 387-388; Deutsch, «K vozniknovéniu Gruppi "Osvobozhdénie Trudá"» (En torno al surgimiento del grupo Emancipación del Trabajo), pp. 198-200.

Sólo gradualmente conseguiría Plejánov restablecer su autoridad sobre sus amigos y consolidar el grupo con perspectivas organizativas. Con su vuelta a Ginebra, Deutsch y Zasúlich se veían objeto de presiones en direcciones opuestas. Stefanóvich, desde Rusia, seguía enviando ardientes relatos sobre los militantes de Naródnaia Volia, y urgiendo a los emigrados para que se pusieran por entero a disposición de la organización terrorista. Plejánov volcó su influencia contra tal compromiso total, subrayando la necesidad de dedicar tiempo al estudio del marxismo. De hecho se adoptó una especie de política de compromiso, con dos vertientes. Deutsch y Zasúlich colaboraban con Naródnaia Volia en temas relativos a la distribución de propaganda y recogida de fondos. Ellos mismos persuadieron a Plejánov a colaborar en la empresa literaria de que ya hablamos en su momento, promovida por Naródnaia Volia; en concreto, y no deja de ser significativo, se encargó de proporcionar material para panfletos destinados a obreros y que debían publicarse en Rusia.[14] Al mismo tiempo, Deutsch y Zasúlich se dedicaban a estudiar con seriedad y gradualmente empezaron a adoptar los puntos de vista del marxismo. Axelrod, en Zurich, donde estaba establecido el cuartel general de los perseguidos socialdemócratas alemanes y se publicaba su periódico, mantenía contacto con la evolución de los movimientos socialistas y sindicales europeos, sobre los cuales hacía de corresponsal para un periódico liberal ruso. Gracias a sus muchas relaciones con los alemanes, también él estaba evolucionando hacia una postura socialdemócrata. Pero, al igual que los demás, sentía gratitud hacia Naródnaia Volia por su valiente lucha y por haber descubierto al movimiento revolucionario la importancia de la lucha por la libertad política.[15]

A lo largo de 1882, las negociaciones para una más íntima colaboración entre los dos grupos y su ulterior fusión pasaron por altibajos. La situación reflejaba la actitud incierta de los antiguos militantes de Cherni Peredel frente a los terroristas. Aunque sentían simpatía por todos los comprometidos en una lucha intransigente contra el enemigo común, Plejánov y sus amigos progresivamente se iban haciendo más críticos frente a

14 Deutsch, «O sblizheni i razrive s narodovóltsami» (Sobre el acercamiento y la ruptura con los *narodovoltsi*), pp. 6-7.
15 Axelrod, *Perezhítoe i peredúmannoe* «Impresiones vividas y reflexiones), capítulo 16. Para tener unas indicaciones acerca de su aproximación a las ideas del marxismo, véase su artículo de 1881, reproducido en *Istóriko-revoliutsionni sbórnik* (Recopilación histórico-revolucionaria), II, páginas 73-85.

las posturas ideológicas de los militantes de Naródnaia Volia. Desde principios de año, una serie de acontecimientos vinieron a indicar una nueva y fuerte divergencia de puntos de vista. Con motivo de las negociaciones, el círculo de Plejánov recibió en febrero una carta de los militantes de Naródnaia Volia en Rusia subrayando sus puntos de vista en términos tales que causaron una fuerte sensación.[16] Hasta entonces, la intención sostenida por Naródnaia Volia había sido el derrocamiento del zarismo por medio de una revolución popular, que vendría seguida por la convocatoria de una asamblea constituyente; o, como alternativa, forzar al Zar a conceder derechos políticos. Pero ahora Tijomírov, que era quien había escrito la carta, daba a los planes de los terroristas un enfoque radicalmente distinto. «La transformación del Estado», cuyo primer acto sería, según explicaba, la toma del poder por los revolucionarios, «es para nosotros una cuestión de vida o muerte... A este objetivo subordinamos *todo lo demás:* el programa, las tácticas, todo el interés, todas las preguntas. Esto debéis entenderlo en su forma más profunda si queréis estar con nosotros».[17] La ideología de Tkachev se había impuesto en los círculos de Naródnaia Volia.

El cambio representaba una respuesta tardía de los terroristas supervivientes al fiasco del 1 de marzo de 1881. Al no haber cambiado nada el asesinato del Zar, la bancarrota de la política de asesinatos quedaba al desnudo. Los militantes de Naródnaia Volia, a raíz de estos acontecimientos, perdieron toda esperanza de despertar al pueblo a la acción revolucionaria, y claramente no tenían intención de reiniciar la agitación entre las masas. Por eso, para quienes persistían en querer trabajar en favor de una revolución, no parecía haber más alternativa que la toma directa del poder por medio de un golpe promovido por conspiradores. Hombres como Tijomírov, extremadamente sensibles a los problemas y realidades del poder, fueron quienes llegaron a las citadas conclusiones y se hicieron con la dirección de la organización.

Plejánov se quedó espantado ante la nueva línea, que calificó de «inconcebible». Más que nunca se rebelaba contra la fusión de fuerzas con Naródnaia Volia, cuyos militantes, declaraba, «carecen de la elemental comprensión del socialismo contemporáneo y

16 Deutsch, *Gruppa*, III, pp. 143-151.
17 *Ibid.*, p. 145.

del movimiento sindical en Europa occidental».[18] Después de haber pretendido y adquirido claridad teórica por medio del estudio del marxismo, encontraba mistificadores y repelentes ciertos párrafos de la carta, como el siguiente:

Con objeto de que podamos trabajar juntos como camaradas, debemos ponernos de acuerdo sobre los puntos de vista fundamentales y clarificarlos, que es la labor más difícil. En este punto los detalles y accidentes no tienen importancia, que uno sea socialista y que el otro sea un político radical, que uno trabaje entre el pueblo y el otro entre los militares ... Todo esto son accidentes en que podemos diferir sin dejar de servir al mismo dios. Y la característica esencial de los militantes de Naródnaia Volia, que les distingue de todas las demás tendencias revolucionarias, es precisamente que para ellos todos estos temas son accidentales. Desde el principio al fin Naródnaia Volia ha encarnado una corriente de *acción inmediata, la transformación del Estado* ... Somos lo que somos, es decir, ni radicales ni socialistas, sino simplemente militantes de Naródnaia Volia.[19]

Quizá a causa de la influencia que sobre ellos ejercía, los amigos de Plejánov también sintieron recelo ante esta carta de los militantes de Naródnaia Volia. Sin embargo, aconsejaron que la respuesta fuera redactada en términos conciliadores, con objeto de no romper para siempre toda posibilidad de unión. Plejánov estaba dividido entre dos pensamientos. En el terreno de la teoría, razonaba, los militantes de Naródnaia Volia eran tan ignorantes y confusos que iba a ser imposible trabajar con ellos en la misma organización. Pero consideraciones tácticas sugerían la necesidad de precaución. Si insistía en una ruptura sin más, como hizo en Vorónezh, podía encontrarse aislado de nuevo. Para evitar tal situación estaba preparado, al menos de momento, a inclinarse ante los dictados de la «disciplina de partido». Sabía que desde su vuelta a Ginebra había conseguido corregir los puntos de vista de sus amigos. Pendiente una completa identidad de pensamientos, sentía que cederles algo de terreno era una medida política a tomar. En consecuencia, dio su aprobación a la diplomática respuesta que Deutsch escribió a los miembros de Naródnaia Volia.[20] Estos últimos respondieron favorablemente, considerando intrascendentes las diferencias

18 Deutsch, «O sblizheni i razrive s narodovóltsami» (Sobre el acercamiento y la ruptura con los *narodovoltsi*), p. 17.
19 *Gruppa*, III, pp. 144, 148.
20 Deutsch, «O sblizheni i razrive s narodovóltsami», pp. 15-20.

entre ambas organizaciones, y sin duda, ningún obstáculo para la suma de sus esfuerzos.

En aquel momento, Lavrov y otros conocidos revolucionarios tales como Kravchinski y Kropotkin estaban asociados con el grupo de Plejánov en las negociaciones para la unificación. Había en proyecto para la nueva organización la publicación en el extranjero de un periódico, que se llamaría *Véstnik Narodnoi Voli* (El correo de la voluntad del pueblo). Junto con Kravchinski y Lavrov, recibió Plejánov la invitación a convertirse en redactor. En la primavera de 1882 describía en una carta a Lavrov sus esperanzas y temores respecto al periódico y las perspectivas de fusión. Puesto que Lavrov y los demás amigos de Plejánov así lo querían, él estaba dispuesto a convertirse en redactor; pero subrayaba el carácter condicional de su aceptación al reclamar atención sobre las divergencias que separaban los puntos de vista de los miembros de Naródnaia Volia de los suyos propios:

Nuestras diferencias con los miembros de Naródnaia Volia no son tan intrascendentes como podría deducirse de la carta que les hemos escrito. La carta ha sido escrita con más o menos diplomacia por varias razones. Ya conoce mi forma de pensar, y puedo asegurarle que no ha cambiado desde que abandoné París. Si hemos difuminado nuestras diferencias en la carta, en vez de subrayarlas, ello se puede explicar porque esperábamos, y todavía esperamos, hacer que Naródnaia Volia siga el camino correcto... En caso de un fracaso por parte nuestra, tendremos que volver a la oposición una vez más: ¿estaría eso bien en mí, como redactor de *Véstnik Narodnoi Voli?* Es más, existe entre yo y Serg. Mij. [Kravchinski], en mi opinión, una significativa diferencia de puntos de vista: él es una especie de proudhonista, yo no entiendo a Proudhon; nuestro carácter es distinto: él es una persona extremadamente tolerante con cualquier versión del pensamiento socialista, yo estoy dispuesto a hacer de *El capital* un lecho de Procusto para todos los colaboradores de *Véstnik Narodnoi Voli.*[21]

Pronto habría de enterarse Plejánov de que Lavrov estaba mucho más cerca de la postura de Kravchinski que de la suya ante la cuestión de los límites tolerables para la diversidad de pensamiento. Su preocupación por la ortodoxia doctrinal iba a ser una característica sobresaliente en su carrera política.

Durante los meses siguientes, Deutsch, Zasúlich y Axelrod llegaron a coincidir plenamente con las ideas y estrategia de Plejánov. Que se pudiera alcanzar la fusión de los dos grupos dependería pues, en último extremo, de que los militantes de

21 *Delá i dní*, núm. 2 (1921), pp. 90-91.

Naródnaia Volia se prestaran a acomodarse al lecho de Procusto de Plejánov. Durante cierto tiempo, los datos pertinentes tuvieron un carácter ambiguo. Mientras, las facciones prosiguieron su inquieta asociación.

En el curso del verano de 1882, Tijomírov huyó de Rusia camino de Suiza después de un nuevo y devastador ataque contra la organización terrorista. Mientras tanto, Kravchinski había renunciado a su puesto como redactor del periódico en preparación, y para reemplazarle fue elegido Tijomírov. A consecuencia de la reciente catástrofe, Tijomírov parecía algo desencantado con el último programa de Naródnaia Volia, pero las opiniones que expresó en conversaciones con el grupo de Plejánov parecían, al propio tiempo, excluir la posibilidad de colaboración. Dijo a Deutsch que Marx era un charlatán que no creía en sus propias afirmaciones.[22] Dijo Axelrod que una organización ilegal que contase con unos cuantos cientos de revolucionarios entregados a su causa tenía más importancia y significado que todos los éxitos electorales de los socialdemócratas alemanes.[23] Dio a entender a Plejánov que toleraba los *pogroms* anti-judíos desatados en el sur de Rusia en 1881, y su falta de interés por entrar en contacto con los socialistas alemanes.[24] Opinando que los puntos de vista de Tijomírov eran inconciliables con sus propias ideas socialdemócratas, Plejánov sugirió que era difícil que pudieran trabajar juntos como redactores de la misma publicación. Pero Tijomírov le desarmó afirmando que en realidad él no tenía nada en contra de la socialdemocracia; no obstante, arguyó, los revolucionarios rusos por lo general tenían perjuicios en su contra, y por consiguiente era necesario irles preparando gradualmente para la aceptación de un programa socialdemócrata.[25] Plejánov consintió entonces inmediatamente en convertirse en redactor, en el entendimiento de que se le daría plena libertad para «reeducar» al movimiento. Parecía que Tijomírov había aceptado plenamente las pretensiones del grupo de Plejánov.

La conducta de Tijomírov en aquel momento es difícil de reflejar con seguridad. De él se decía que se había desilusionado con el programa de Naródnaia Volia después de ser testigo de sus muchos fracasos y pérdidas. Quizá por esa razón, y también por su blanda indiferencia ante la teoría, estaba dispuesto a

22 «O sblizheni i razrive s narodovóltsami», p. 35.
23 *Perezhítoe i peredúmannoe* (Impresiones vividas y reflexiones), p. 425.
24 *Sochinéniia,* XIII, pp. 29-30.
25 *Ibíd.*, p. 31.

mostrarse conciliador si había algo que ganar. Claramente, ni entendía ni simpatizaba con la socialdemocracia. Pero no obstante podía coincidir con los socialdemócratas en algunos puntos: también él condenaba a los *naródniks* supervivientes. Es más, quedó agradablemente soprendido al descubrir que los marxistas no eran unos quietistas, sino que, por el contrario, sostenían las opiniones políticas más extremistas.[26] Para una persona que valoraba la militancia revolucionaria más que cualquier sistema teórico, era ésta una consideración de gran peso. Finalmente, y quizá de la mayor importancia, Tijomírov comprobaba que su organización sólo podría volver a levantarse si contaba con el auxilio de revolucionarios de prestigio y talento. Zasúlich, Plejánov, Axelrod —y Lavrov, que parecía haberse alineado con ellos— eran nombres que merecían la pena. Si se les podía inducir a colaborar con Naródnaia Volia, sin duda ello bien merecía ciertas concesiones teóricas.

Así siguieron las cosas durante cerca de un año. Pues hasta el verano de 1883 los miembros de Naródnaia Volia no consiguieron el dinero necesario para *iniciar* la publicación de *Véstnik Narodnoi Voli.* En el entreacto, Plejánov había logrado convencer a Tijomírov y, junto con Axelrod, se dedicaba a preparar una buena lección de marxismo para el primer número del nuevo periódico. Axelrod aportó un artículo saturado de espíritu marxista titulado «El socialismo y la pequeña burguesía». En una recesión de una obra del historiador Schapov, Plejánov reclamaba una crítica del movimiento *naródnik.* Y él mismo procedía a hacer dicha crítica en un largo artículo, «El socialismo y la lucha política», en que sostenía que en la socialdemocracia se hallaba el remedio para los defectos de los existentes programas revolucionarios. En cuanto a Naródnaia Volia, la calificaba como «el más revolucionario pero también el más carente de principios» de todos los partidos de la oposición.[27] Tijomírov se sobresaltó ante esto, pero, sin embargo, consintió en aceptar el artículo.

Según se aproximaba el momento de la publicación, las facciones empezaron a maniobrar en busca de posiciones e influencia. Plejánov intentó cambiar el nombre del periódico por otro que sonase menos oficial. Se sentía desasosegado por trabajar bajo una cabecera que sugería una tradición y unas ideas muy distintas de las suyas propias.[28] También intentó dar un tinte

26 *Ibíd.*, p. 30.
27 *Ibíd.*, p. 32.
28 *Delá i dní*, núm. 2 (1921), p. 93.

socialdemócrata al anuncio del nuevo periódico,[29] en que se adelantaban las concepciones de los editores acerca de las tareas y objetivos del partido revolucionario.

No obstante, no fueron estos temas, sino la cuestión organizativa, lo que demostró ser una barrera insuperable. Durante la primavera de 1882 se había llegado evidentemente a un acuerdo verbal acerca de la fusión de los dos grupos. Inminente ya la publicación del periódico, la facción de Plejánov presionó para que se hiciese un anuncio formal de la fusión, con una explicación de sus fundamentos. Se mostraban reacios a trabajar en la organización si no se les iban a reconocer los derechos y privilegios de miembros. Pero entonces Tijomírov dio marcha atrás, sosteniendo que la constitución de Naródnaia Volia prohibía la admisión en bloque de un grupo organizado. La facción debería disolverse y a continuación sus miembros serían admitidos individualmente por votación de los miembros de Naródnaia Volia.

Plejánov y sus amigos se sintieron ultrajados ante esta situación inesperada, pues, como escribió Plejánov a Lavrov, no estimaban posible «ser deshechos en átomos para ser asimilados por Naródnaia Volia».[30] Y más que nada, se dolían de que se plantease una cuestión constitucional cuando la organización terrorista había quedado reducida, gracias a los sucesivos golpes del gobierno, a poco más que un puñado de jóvenes novatos. ¿Debían los dirigentes veteranos, que tanto tenían que ofrecer, someterse a procedimiento tan degradante en razón a una absurda cuestión legalista? Es más, existían pruebas de la intención por parte de los miembros de Naródnaia Volia de excluir, por lo menos, a uno de los miembros de la otra facción.[31] Los antiguos militantes de Cherni Peredel se negaron rotundamente a aceptar tales condiciones. Viendo que podía perder todo, Tijomírov intentó seguidamente aplacar al grupo ofreciéndose a interceder ante sus camaradas en Rusia, para lograr un arreglo satisfactorio de la cuestión en discusión. Sin embargo, dado que bien podrían pasar varios meses antes de que se llegase a alguna decisión, la facción ofendida no se sintió de hecho nada mejor. Sus miembros mostraron su disgusto negándose a colaborar en la misma medida que antes.

Los antiguos miembros de Cherni Peredel estaban indignados ante la situación en que se hallaban. Habían esperado ejercer una poderosa influencia sobre la organización, pero ahora resultaba que simplemente se pretendía explotar su talento. Sentían que iban a ser considerados por el público en general como militantes de Naródnaia Volia cuando de hecho no lo eran; que iban a encontrarse trabajando para gloria de una organización que se negaba a concederles voz en sus asuntos. La perspectiva era tan desagradable que empezaron a discutir la posibilidad de formar un nuevo grupo,[32] y a continuación actuar sobre nuevas premisas. Plejánov empezó a buscar fondos con que respaldar una publicación independiente.[33] Deutsch intentó persuadir a Axelrod para que retirase de *Véstnik* el artículo prometido, y Plejánov se puso a esperar que fuese rechazado su largo artículo, puesto que podría servir de vehículo efectivo con que dar principio a un movimiento marxista.[34] Para inducir su rechazo, Deutsch señaló a la mujer de Tijomírov todas las observaciones poco menos que insultantes que había en el artículo sobre Naródnaia Volia.[35] La intriga funcionó. Al poco tiempo, Tijomírov declaraba que el artículo no se podría publicar a no ser que o bien fuese corregido o bien se le permitiese añadirle una nota. El no estaba dispuesto a permitir que Plejánov dijese la última palabra añadiendo otra nota, de forma que la decisión final fue rechazar el artículo. Plejánov, entonces, dimitió de sus funciones como redactor, con la promesa de seguir colaborando sobre otras bases.[36]

Por supuesto, Tijomírov y su grupo se daban cuenta de los esfuerzos de los antiguos militantes de Cherni Peredel por precipitar una ruptura. Sin duda, tendían a pasar por alto las consecuencias de su propio comportamiento, que habían provocado su irritación y despertado sus sospechas. Su propio cambio de opinión era consecuencia de su gradual comprobación de que habían ido demasiado lejos concediendo libertad a la otra facción. Puede que la agresividad con que Plejánov exponía los puntos de vista del marxismo en sus artículos para el nuevo periódico les hiciera darse cuenta del peligro que amenazaba a los miembros de Naródnaia Volia, y también había que contar con la importante presión de sus camaradas en Rusia. Por carta, éstos señalaron que el grupo de Plejánov no iba a aportar casi nada, o nada en absoluto, a las fuerzas activas en Rusia, o a la solidez financiera de la organización, mientras que amenazaba

29 *Ibid.*, pp. 93-95.
30 *Ibid.*, p. 96.
31 Deutsch, «O sblizheni i razrive s narodovóltsami», pp. 37-39.

32 *Gruppa*, I, p. 175.
33 *Ibid.*, p. 178.
34 *Ibid.*, p. 179.
35 *Ibid.*, p. 180.
36 *Ibid.*, pp. 245-246, 253.

con ganar un predominio ideológico.[37] Existían buenas razones para mantener la reserva frente a los socialdemócratas.

Ambos partidos estaban perdiendo evidentemente interés en la fusión para la que habían estado preparándose durante más de un año. El colapso total del intento sólo podía ser una cuestión de tiempo. Se produjo del modo siguiente. Deutsch no recibió una carta que su amigo Stefanóvich le había escrito desde Rusia, y sospechó que los miembros de Naródnaia Volia la habían interceptado. Estos últimos fingieron no saber nada de la carta, pero al final, sometidos a una fuerte presión, la entregaron. Tijomírov sostuvo que la organización «tenía derecho a interceptar una carta dirigida a uno de sus miembros».[38] Pero Plejánov declaró que la puesta al descubierto de los métodos empleados por los miembros de Naródnaia Volia había borrado en él «todo respeto, no hacia el partido sino hacia las personas que lo representan aquí».[39] A fines de agosto, Tijomírov y Plejánov sostuvieron una entrevista tormentosa, y el 12 de septiembre la ruptura quedaba sellada con el anuncio de la formación del grupo Osvobozhdénie Trudá y su sección de publicaciones, la Biblioteca del Socialismo Contemporáneo.

Así terminó el intento de fusionar a aquellos dos grupos incompatibles. Las diferencias entre ambos eran demasiado amplias como para permitir una unión estable. Después de todo, una conspiración para la toma del poder por un grupo de conspiradores revolucionarios poco tenía en común con los principios de la socialdemocracia tal y como éstos se entendían en la década de 1880. Puesto que las dos tendencias no podían convivir en armonía, era inevitable que cada una de ellas intentara absorber a la otra. Cuando esto se demostró imposible, poco interés podía haber en una asociación continuada. Cada una de las partes, con cierta justicia, podía acusar a la otra de intriga y mala fe. Ambas partes consideraban que estaba en juego el futuro del movimiento revolucionario. Y ninguna de ellas estaba dispuesta a llegar a un acuerdo excepto bajo la condición del predominio de sus propios puntos de vista (*). Los antiguos

37 *Istóriko-revoliutsionni sbórnik*, II, pp. 402-403. Más tarde, todavía utilizaría Tijomírov el mismo tipo de argumentos, al intentar persuadir a Lavrov de que la pérdida de Plejánov y su grupo no era tan importante. *Gruppa*, I, p. 250.

38 Tijomírov, *Vospominániia Lva Tijomírova* (Recuerdos de Lev Tijomírov), pp. 156-157; Deutsch, «O sblizheni i razrive s narodovóltsami», páginas 48-51.

39 *Delá i dni*, núm. 2 (1921), p. 98.

* En medio de los enfrentamientos Tijomírov había mostrado mucho cuidado en que Lavrov tuviera de él una imagen de apóstol de la unidad

militantes de Cherni Peredel intentaban beneficiarse de la popularidad del nombre de Naródnaia Volia, al tiempo que pretendían dar al nombre y a la organización un contenido socialdemócrata. Tijomírov, según parece, pretendía aprovechar los nombres, muy conocidos, y la experiencia y talento de los antiguos miembros de Cherni Peredel en beneficio de su organización, sin concederles, no obstante, que impusieran sus opiniones. Los miembros de Naródnaia Volia habían decidido no acomodarse al «lecho de Procusto» de Plejánov. La principal consecuencia del colapso de las negociaciones fue el nacimiento de la primera organización revolucionaria marxista rusa.

y el compromiso, al tiempo que hacía aparecer a sus oponentes como saboteadores e intrigantes. Tuvo éxito en esta maniobra, pues Lavrov aceptó el puesto de redactor que se le había ofrecido aun cuando los demás rechazaron la colaboración. Por consiguiente, consecuencia accidental de la ruptura de las negociaciones fue también la ruptura de las estrechas relaciones entre Plejánov y Lavrov. El pecado principal de que acusó Lavrov a su antiguo amigo fue haber elegido combatir a otros revolucionarios en lugar de hacerlo contra el enemigo común. Ver Lavrov, «Sotsializm i polítícheskaia borbá», *Véstnik Narodnoi Voli*, 2 (1884), 2. parte, p. 65.

7. EL SOCIALISMO Y LA LUCHA POLITICA

Durante los dos primeros años de vida del grupo Emancipación del Trabajo, Plejánov sentó los cimientos del marxismo ruso, ganándose así un lugar en la historia general de Rusia. La firme construcción que constituye su importante contribución está contenida en sus obras más importantes de estos años, *El socialismo y la lucha política* y *Nuestras diferencias* (*). La primera, que había sido uno de los motivos de discusión entre él y los miembros de Naródnaia Volia, en 1883 se convirtió en la primera publicación de la recién creada Biblioteca del Socialismo Contemporáneo. Obra no demasiado corta precisamente, fue seguida poco más o menos un año más tarde por una obra larga, *Nuestras diferencias* (1885). Esta última sirvió en parte como respuesta detallada a las críticas adversas que el primer ensayo encontró en las páginas de *Véstnik Narodnoi Voli*. Pero era mucho más que eso. El historiador Pokrovski sólo afirmaba lo obvio cuando dijo que esta obra contenía «prácticamente todas las ideas básicas que constituyeron el fondo de reserva del marxismo ruso hasta finales de siglo».[1] Después del fatídico cisma de la socialdemocracia rusa en 1903, podríamos añadir nosotros, estas mismas ideas siguieron ejerciendo una gran influencia sobre el pensamiento y la actividad de los mencheviques. La facción bolchevique encabezada por Lenin, si bien con ciertas modificaciones importantes, también siguió estando en profunda deuda con Plejánov por muchas de sus ideas principales. En cuanto al propio Plejánov, demostró ser extraordinariamente fiel durante el resto de su vida al sistema teórico y al

* Durante la década de 1883-93 produjo un gran número de obras menores sobre los mismos temas. Dado que en ocasiones estos artículos tratan ciertos puntos en forma más completa y formulan sus ideas de forma más sucinta, haré referencia a ellos en ocasiones en el presente capítulo.

1 *Brief History of Russia* (Nueva York, 1933), I, p. 230.

programa práctico que había elaborado en el curso de la primera mitad de la década de 1880.

La forma de las dos primeras obras marxistas importantes de Plejánov estaba determinada por su propio pasado revolucionario y por el estado en que se encontraba el movimiento revolucionario en aquel momento, tal y como él lo veía. Hasta cierto punto, y en especial en *El socialismo y la lucha política*, aprovechó para ofrecer un repaso crítico de su experiencia revolucionaria, y clarificar las circunstancias de su evolución y metamorfosis ideológica. Dado que en el espacio de muy pocos años había pasado de *naródnik* a marxista, inevitablemente gran parte de su atención estuvo dedicada a hacer la crítica de los primeros. Es más, en su opinión el momento exigía dicha crítica, dado que la inalterada fidelidad de la mayoría de los revolucionarios a los principios *naródnik* había sido origen de una aguda crisis en el movimiento revolucionario. Le importaba menos justificarse a sí mismo que ofrecer al movimiento un camino para salir de la crisis.

El socialismo y la lucha política difiere de su sucesora tanto en el propósito de su contenido como en la relativa suavidad de los comentarios sobre los *naródniks* y Naródnaia Volia. A pesar de la reciente disputa, los amigos de Plejánov le persuadieron de que aligerara sus juicios respecto a los terroristas. Y tampoco él había perdido por completo la esperanza de convertir a alguno de ellos. Si se les ofrecía la oportunidad de considerar desapasionadamente un estudio cuidadoso de las causas de sus fracasos, quizá pudieran ver la luz. ¿No se iban a sentir arrastrados a aceptar la socialdemocracia si se les ofrecía la promesa de éxito revolucionario? Plejánov pretendía menos descalificar a Naródnaia Volia que conseguir apoyo para sus propios puntos de vista y, por una vez, aceptó la necesidad de que el tacto primase sobre su ardor polémico.

No necesitaba ser empujado para pagar un generoso tributo a los pasados servicios de Naródnaia Volia, que él valoraba sinceramente. A dicha organización había que atribuir el gran mérito de haber abierto «la época de *lucha política consciente* contra el gobierno».[2] Este paso, que implicaba una ruptura con el apoliticismo bakuninista de los *naródniks*, había aproximado mucho, materialmente, el movimiento revolucionario a una línea táctica correcta. En la obra eligió interpretar el propósito de su lucha política como la conquista de los derechos políticos, objetivo que ocupaba el lugar preferente en su propia

2 *Sochinéniia*, II, pp. 28, 39.

agenda política. No obstante, le parecía que los terroristas seguían manteniendo algunas otras ideas de Bakunin sobre el carácter primitivo de la vida social y económica rusa, las comunas, los campesinos, y la posibilidad de una inmediata revolución socialista. En ello Plejánov percibía una manifiesta incoherencia: la lucha por las libertades políticas y la búsqueda de una revolución socialista, si bien no dejaban de tener relación, eran movimientos de nivel totalmente distinto, apropiados en dos momentos históricos bastante distintos. En ningún caso se podía hacer que coincidieran.[3] Es más, si los terroristas habían cambiado su táctica tan radicalmente, si el Narodovoltsismo representaba «una negación radical del populismo» a nivel táctico, entonces sin duda había que revisar consecuentemente las premisas teóricas del movimiento.[4] Por tal razón, insistía a los miembros de Naródnaia Volia en la necesidad de un «atento reexamen de nuestro equipaje ideológico». Como resultado, esperaba el completo abandono de los puntos de vista bakuninistas, y la asimilación en su lugar del «socialismo científico contemporáneo», que era lo único que podía legitimar y armonizar con las aspiraciones socialistas la lucha por la libertad política que habían desatado los revolucionarios.

Sus afirmaciones recibieron una acogida muy distinta por parte de los redactores de *Véstnik Narodnoi Voli.* En el segundo número del periódico, publicado en abril de 1884, Lavrov se limitaba a una apreciación escéptica acerca del futuro del nuevo grupo; pues, desde su punto de vista, la postura de Plejánov adolecía de más defectos que el movimiento que criticaba. Con cierta amargura, Lavrov renunciaba a todo deseo de discutir con una facción que prefería atacar a otros revolucionarios a luchar contra el opresor Estado ruso.[5] Pero en este punto divergían los redactores, pues Tijomírov daba una vigorosa respuesta a la crítica de Plejánov.[6]

En su defensa, Tijomírov adujo los mismos argumentos populistas que en su momento había defendido Plejánov, pero que ahora encontraba insostenibles. La impermeabilidad de Rusia al capitalismo y el general deseo de tierra de los rusos definían el carácter de la inminente revolución, argüía. Este levantamiento no iba a ser una simple revolución política, que ofrecería a la

3 *Ibid.*, p. 86.
4 *Ibid.*, p. 41.
5 Lavrov, «Sotsializm i politícheskaia borbá» (El socialismo y la lucha política), p. 65.
6 Tijomírov, «Chegó nam zhdat ot revoliutsi» (¿Qué podemos esperar de la revolución?), pp. 227-262.

burguesía nuevos caminos «para disciplinar a la clase trabajadora»; iba a arrastrar a Rusia directamente al campo del socialismo. Añadiendo su nuevo ingrediente, Tijomírov predecía que tal transformación social tendría lugar por medio de la toma del poder por el partido revolucionario y la posterior utilización de ese poder en auxilio de la revolución popular que se esperaba estallaría inmediatamente después.

Tomando la ofensiva, acusaba a Plejánov de querer crear una clase en cuyo nombre poder actuar —el proletariado— al tiempo que contemplaba con tranquilidad, e incluso con positivo agrado, la liquidación (gracias a la pérdida de sus tierras) de millones de trabajadores —los campesinos. El brillo de un sistema de pensamiento había cautivado de tal forma a los antiguos miembros de Cherni Peredel, acusaba, que estaban dispuestos incluso a firmar una alianza con la odiada burguesía. Incapaces de concebir el socialismo excepto como derivación del capitalismo, los marxistas necesariamente tenían que festejar la victoria del capitalismo y la burguesía. En efecto, decía, el nuevo grupo proponía el abandono de la lucha por el socialismo, que ahora describían como una pretensión fantástica, con objeto de ayudar a la burguesía a conseguir la supremacía política.

En *Nuestras diferencias,* Plejánov hacía frente en detalle a las acusaciones de Lavrov y Tijomírov, haciendo hincapié en la polémica contra este último. Lo que irritaba a Plejánov no era tanto la empedernida defensa por Tijomírov de puntos de vista *naródniks* «superados» como su abierto e inequívoco apoyo a la doctrina de una «toma del poder» por conspiradores, que Plejánov consideraba un paso atrás en comparación con la ideología revolucionaria de los *naródniks* de la década de 1870.[7] Tijomírov se negaba simplemente a aceptar precisamente aquella característica de la actividad de Naródnaia Volia que Plejánov consideraba su más importante contribución. En lugar de repudiar las ideas de Bakunin y aceptar situar la lucha en favor de un régimen constitucional dentro de una perspectiva socialdemócrata, Tijomírov no sólo rechazaba dicha perspectiva sino la propia lucha por una constitución. Es más, también había rechazado el único elemento de la ideología *naródnik* que Plejánov todavía aplaudía: la agitación entre el pueblo para fomentar un movimiento revolucionario de masas. Aun cuando Tijomírov había perdido la fe en la posibilidad de una revolución campesina, sin embargo, ello no le llevó a pasarse a la socialdemocracia y a su promesa de encontrar una nueva base en la clase obrera.

7 *Sochinéniia,* II, p. 102.

En lugar de ello, aferrado todavía a la creencia bakuninista en una inmediata transformación socialista, ponía todas sus esperanzas en un golpe de conspiradores. Lejos de desaparecer por completo, el bakuninismo «daba un giro de 180 grados y reaparecía como una versión rusa del blanquismo, basando sus esperanzas revolucionarias en el atraso económico de Rusia».[8] Tijomírov proponía que el movimiento revolucionario diera marcha atrás y aprobara un programa que Tkachev había propuesto diez años antes, sólo para ser demolido hasta sus cimientos por Engels. A esta increíble postura había llegado la dirección del movimiento revolucionario.

Nuestras diferencias subrayaba el gran abismo que ahora separaba a Plejánov de aquellos que había imaginado se convertirían pronto en socialdemócratas, al constituir un análisis crítico en profundidad del movimiento revolucionario ruso, a través de lo que él consideraba su última fase, Naródnaia Volia. También ofrecía un largo y detallado análisis marxista de la evolución y las condiciones sociales y económicas de Rusia, y de ahí derivaba un programa socialdemócrata y una línea de acción para el movimiento revolucionario. La construcción ideológica de Plejánov puede decirse que se mueve a distintos niveles de análisis. Quizá se puedan entender más fácilmente las líneas generales de su postura, tanto en sus aspectos críticos como en los positivos, si se discuten en términos de estos sucesivos niveles.

Nivel histórico-filosófico

A nivel histórico-filosófico, Plejánov sometía a una crítica acerada los procedimientos a través de los que sus oponentes habían llegado a su idea sobre la situación de Rusia y su posible futuro, y el papel y métodos del movimiento revolucionario. Dando por sentada su sinceridad, atribuía de forma característica sus fracasos prácticos a sus deficiencias teóricas. Naturalmente, el programa y la táctica de los revolucionarios estaban determinados por su entendimiento de las posibilidades existentes de transformación social, y éstas a su vez por su imagen de la sociedad rusa contemporánea. Si, como él pretendía, la suya era una imagen deformada, entonces inevitablemente todos sus cálculos debían estar equivocados. A la larga, el éxito del movimiento revolucionario dependía de que adquiriera un instrumen-

[8] *Ibid.*

tal teórico adecuado para una clara y correcta percepción de la naturaleza y dinámica de la sociedad. Con una metáfora sorprendente dirigida contra las bien conocidas predilecciones de los terroristas, urgía: «Una idea que sea revolucionaria en su contenido interno es una especie de dinamita que ningún explosivo en el mundo puede sustituir».[9] Y anunciaba su propia clave para la victoria revolucionaria con una pregunta retórica: «¿Es posible hablar seriamente hoy de ningún otro 'análisis de las relaciones sociales' ... excepto el que puede encontrarse en las obras de Marx y Engels?».[10]

Al nivel más elevado de generalidad, la acusación más sustancial de Plejánov contra sus antagonistas se refería a su incapacidad para comprender la evolución histórica y sus leyes. Como marxista, postulaba la existencia de un proceso histórico objetivo, sometido a leyes y por consiguiente inteligible, un proceso independiente de la voluntad humana, que establecía con férrea necesidad los límites de una acción social racional. Dentro de su sistema, las instituciones y los fenómenos de cualquier sociedad dada estaban todos interrelacionados, y las condiciones y relaciones materiales se consideraban antecedentes y determinantes de todos los fenómenos filosóficos, jurídicos, y en general de todos los fenómenos espirituales. En particular, consideraba que las fuerzas económicas de la sociedad eran decisivas en la determinación de su estructura social y de su superestructura ideológica. En el proceso de evolución y desarrollo, las alteraciones en la base material de la sociedad dan el impulso inicial a los cambios institucionales e ideológicos. En un determinado momento en el tiempo, ciertas instituciones y tendencias de un mismo orden social pueden entrar en contradicción, estando algunas de ellas en ascenso, y tendiendo otras a su desaparición. De acuerdo con ello, las instituciones y fenómenos sólo pueden ser entendidos y valorados correctamente cuando se examinan dentro de un contexto social, y desde el punto de vista de su evolución. Un movimiento social, caso de que espere alcanzar sus objetivos, debe entender la auténtica naturaleza de la relación entre los componentes de la sociedad y la dinámica del proceso histórico que asegura el futuro de determinadas ideas y grupos al tiempo que condena a otros al olvido. Debe reconocer los límites que imponen a su celo reformador las condiciones objetivas de la sociedad, y plantearse como objetivo sólo lo practicable. Debe basarse sobre aquellas tendencias, institucio-

[9] *Ibid.*, p. 71.
[10] *Ibid.*, p. 158.

nes y grupos que la marcha de la historia hace saltar a un primer plano. El propio Plejánov reconocía en ello la fuerza ineludible de un determinismo objetivista y se esforzaba por dar a sus objetivos y métodos una forma en consonancia con él. Con ello, llegaba a una sublime convicción del triunfo final de su punto de vista; pues sentía en lo más íntimo de sí que su planteamiento era científico, que los principios del materialismo histórico representaban el alfa y omega de la teoría social más avanzada.

Pero, sostenía, sus antagonistas no sabían nada de todo esto. En su ignorancia, violaban virtualmente todos estos principios. Al tiempo que prestaban algún débil servicio a la fuerza determinante de las circunstancias externas, los *naródniks* y los miembros de Naródnaia Volia consideraban de hecho las enseñanzas socialistas como una especie de geometría, que podría ser adoptada y comprendida por cualquier nación, en cualquier momento, al margen de cualquier referencia a su estado de desarrollo histórico. En lugar de tomarse el trabajo de determinar con precisión las circunstancias imperantes, simplemente afirmaban una serie entera de proposiciones indefendibles acerca de las posibilidades del capitalismo, el colectivismo entre los campesinos, y la madurez de Rusia para el socialismo. En lugar de determinar a través de un estudio efectivo cómo se ha hecho y se hace la historia, inventaban nuevos caminos que debía seguir la historia,[11] como si el destino de un pueblo pudiera ser decidido arbitrariamente por el capricho de un grupo revolucionario. En efecto, ellos habían cometido el error desastroso de confundir sus propios ideales subjetivos con la evolución histórica. Escribía Plejánov sobre Tijomírov:

> No le interesa la evolución de las fuerzas sociales, el surgir de ese tipo de instituciones que hacen imposible una vuelta al viejo régimen ... No le interesa la historia, no le preocupa entender sus leyes y dirigir sus actividades revolucionarias en consonancia con ellas; simplemente confunde su habilidad para la conspiración con la evolución histórica.[12]

Habiendo elaborado sus programas sobre bases tan poco consistentes, los revolucionarios pagaban su culpa con una larga serie de fracasos desmoralizadores. No se podía ignorar o violar impunemente las «leyes de la historia».

11 *Ibid.*, pp. 133-134, 173-174.
12 *Ibid.*, p. 103.

Dentro del sistema de pensamiento de Plejánov, los *naródniks* de 1870 y los terroristas que les sucedieron compartían el dudoso privilegio de una demostrable regresión. Su muy admirado predecesor, Chernishevski, había popularizado la posibilidad de una transición directa en Rusia del comunismo primitivo a «la forma más elevada de comunismo», sin una fase intermedia capitalista. Pero se había esforzado por entender la comuna campesina en un sentido dialéctico, es decir, en relación con la sociedad en conjunto, y con conciencia de su mutabilidad. Ahora Plejánov discutía las conclusiones favorables de Chernishevski sobre la comuna, pero reconocía valor al método empleado por Chernishevski: cuando menos, se había mostrado sensible a la posibilidad de que la comuna campesina *pudiera* sufrir cambios que la harían inservible como base para el socialismo. Pero, decía Plejánov, los *naródniks*, para quienes Chernishevski era un ídolo, sólo habían entendido la letra de sus escritos, y no su espíritu. Ignorantes de las profundas alteraciones sufridas por la sociedad rusa a partir de la Emancipación, creían que la comuna permanecía inmutada.[13]

Este fracaso de los *naródniks*, desde el punto de vista de Plejánov, había sido motivado por su incapacidad para identificar aquellas áreas decisivas en la vida social de las que dependía necesariamente el ulterior desarrollo de la sociedad. El «pecado lógico original» de los *naródniks*, afirmaba, había sido su incapacidad para entender «el concepto de mercancía y valor de cambio... sobre cuya base únicamente se puede llegar a una conclusión justa acerca de las relaciones mutuas entre productores y la organización económica del futuro».[14] Los *naródniks* habían descuidado centrar su atención en la dinámica de la economía rusa, la cual, en último análisis, iba a determinar el futuro del país. Según Plejánov, la evolución económica de Rusia a partir de la Emancipación había introducido cambios en la sociedad rusa que hacían fútil el sueño de un orden socialista basado en las comunas campesinas.

Otro punto afín en este informe particularizado acusaba a los *naródniks* de falta de comprensión de las auténticas relaciones entre los elementos componentes de la sociedad. Confiaban en sus propias predicciones acerca de la comuna porque, en lugar de hacer un análisis detallado de sus efectivas relaciones internas, creían que las formas jurídicas representaban la verdad sobre la situación. Pero, les enseñaba Plejánov, a la larga no

13 *Ibid.*, pp. 148-152, 236.
14 *Ibid.*, p. 34.

son las normas jurídicas las que determinan el carácter de la organización de la producción, sino a la inversa; no se puede empezar estudiando las normas jurídicas sino los hechos económicos.[15] Para los marxistas, el ser determina la conciencia y no la conciencia el ser.

Además acusaba a Tijomírov de incapacidad para entender el proceso de evolución, en el que los fenómenos individuales tenían aspectos contradictorios que había que tener en cuenta. En opinión de Plejánov, el dirigente de Naródnaia Volia no podía entender en qué forma el campesino podía ser al mismo tiempo miembro de una comuna y, a pesar de sí mismo, «un incontrolable destructor de la comuna»; cómo se podía reconocer la utilidad del capitalismo y, sin embargo, organizar a los obreros para la lucha contra él; «cómo se puede defender los principios del colectivismo y aún así ver la victoria del progreso en la desintegración de una de las más concretas manifestaciones de dicho principio, la comuna campesina»[16]

Aunque nunca lo diría explícitamente, la misión asumida por Plejánov —tal y como él la veía— consistía en llevar a cabo en Rusia la fundamental labor que Marx había desempeñado algunas décadas antes en Occidente: realizar la transformación del socialismo, convirtiéndolo de «utópico» en «científico». Su repaso a la historia del movimiento revolucionario durante las décadas inmediatamente anteriores le había convencido de su falta de realismo. A lo que él consideraba idealismo subjetivo de los *naródniks*, oponía ahora el «materialismo objetivista» del marxismo. Antes había creído que el populismo se podía compaginar con el marxismo, y que por tanto estaba desprovisto de matices utópicos; ahora comprendía su incompatibilidad y oponía a la calidad «científica» de uno el «utopismo» del otro. Si bien, en un primer momento, el estado comparativamente subdesarrollado de la vida social y económica en Rusia hacia comprensible e incluso inevitable la adopción por los radicales de puntos de vista utópicos, la evolución económica a partir de la Emancipación, por una parte, y las graves derrotas que los revolucionarios habían sufrido bajo la égida del socialismo utópico, por otra, hacían imperativo el examen de su herencia ideológica con el más exquisito cuidado. La crisis del movimiento revolucionario, afirmaba Plejánov, no se podía explicar adecuadamente por la ferocidad de la represión policíaca. Existía una tremenda cantidad de «energía potencial» para la revolución rusa; la incapacidad para convertirla en «energía cinética» era consecuencia de la defensa por parte de los revolucionarios de ideas que no podían catalizar la transformación de una en otra.[17]

15 *Ibíd.*, pp. 235, 290.
16 *Ibíd.*, p. 268.

Nivel económico

Las diferencias entre Plejánov y sus antagonistas en su aspecto más sustantivo se centraban en torno a su distinta respuesta a aquella pregunta de «vida o muerte» que había preocupado a los pensadores rusos durante décadas; la cuestión relativa al «destino del capitalismo» en Rusia o, como alternativa, de la comuna campesina. Desde su punto de vista, sólo se podía hacer frente a dicha cuestión por medio de una investigación sobre la presente situación y vitalidad de la comuna y sobre los adelantos realizados por el capitalismo, caso de que los hubiera hecho. Sería necesario examinar si las condiciones imperantes en Rusia favorecían el desarrollo y evolución de la comuna o su decadencia y eliminación, la penetración y expansión del capitalismo o su exclusión. Sus estudios personales le persuadían de que «las viejas formas de la vida nacional en Rusia llevaban dentro de sí gran cantidad de gérmenes desintegradores y no podían 'evolucionar para convertirse en la forma más elevada de comunismo'»,[18] bajo las condiciones entonces imperantes. Por el contrario, observaba, la comuna estaba sometida a un proceso de desintegración, mientras el capitalismo «puede convertirse, y lo está haciendo, en dueño absoluto de Rusia»[19] Si dejaba bien sentado que el capitalismo todavía no había alcanzado el triunfo, no tenía dudas acerca de su éxito final gracias a la acción de procesos irreversibles que ya estaban en marcha desde hacía algún tiempo.

Reconocía Plejánov la sorprendente estabilidad de la comuna campesina en Rusia antes de la emancipación de los siervos. Esta característica la explicaba como consecuencia del carácter más bien estático, por no decir paralizado, del sistema económico anterior a la reforma. El sistema presentaba la característica del predominio de una *economía natural*, autosuficiente,[20] en que el intercambio, y por consiguiente el dinero, el medio de cambio, no tenían más que una importancia mínima. Dentro de

17 *Ibíd.*, p. 103.
18 *Ibíd.*, p. 27.
19 *Ibíd.*, p. 231.
20 *Ibíd.*, pp. 236, 239.

este contexto, la miriada de comunas agrícolas aisladas se reproducían a sí mismas con la regularidad de las estaciones y proporcionaban los medios de subsistencia a sus miembros. Pero no poseían una dinámica interna de desarrollo ni se veían obligadas a ningún cambio básico por fuerzas externas. En resumen, Rusia había sido lo que hoy llamamos una sociedad tradicional, agraria.

Pero las leyes de emancipación de Alejandro II, a quien Plejánov calificaba como «el Zar de la burguesía»,[21] abrieron el camino a la disolución del viejo orden. Los decretos de la reforma, indicaba, vinieron seguidos de toda una serie de especulaciones monetarias, el establecimiento de bancos y sociedades anónimas, y la construcción de líneas férreas. Estas innovaciones contribuían a aumentar en gran medida la capacidad de producción e intercambio; inevitablemente promovían una *economía monetaria,* base indispensable del capitalismo. Es más, en su búsqueda de beneficios siempre mayores, el Estado fomentaba idéntica tendencia apoyando todas las medidas destinadas a aumentar la circulación de dinero en el país, y acelerar el pulso de la vida económica y social.[22] Plejánov encontraba nada convincentes las afirmaciones del economista Vorontsov, en quien se basaba Tijomírov, en contra de la posibilidad de un desarrollo capitalista en Rusia. Vorontsov fundaba la inviabilidad del capitalismo en el carácter limitado de los mercados que se le ofrecían en Rusia, y no veía posibilidad de éxito en la competencia con otros Estados industriales más avanzados por mercados en el extranjero. Plejánov resolvía la primera de estas dificultades a plena satisfacción suya señalando que «la transición en cualquier país de una economía natural a una economía monetaria se acompaña por un tremendo crecimiento ... de su mercado interno», que sin duda sería acaparado por la burguesía rusa.[23] En cuanto a la segunda, la historia mostraba que los países que habían iniciado un desarrollo capitalista en fecha relativamente tardía, habían logrado, no obstante, conquistar una parte del mercado internacional. Los empresarios rusos, sostenía, estaban ya intentando emular a sus congéneres occidentales con tal propósito.[24] El hecho de que el gobierno ruso prestase ayuda al capitalismo ruso en absoluto demostraba la bancarrota de este último, pues la mayoría de los Estados occidentales protegían también a sus clases capitalistas con subsidios y protección.

21 *Ibid.*, p. 130.
22 *Ibid.*, p. 238.
23 *Ibid.*, p. 230.
24 *Ibid.*, pp. 189-194.

Plejánov ofrecía pruebas irrefutables que no dejaban margen alguno de duda acerca de la presencia del capitalismo en Rusia. Pero no obstante evitaba hacer afirmaciones exageradas. Por ejemplo, decía en *Nuestras diferencias* que el capitalismo había penetrado profundamente en la industria textil pero apenas se dejaba sentir en otros campos. «La corriente principal del capitalismo todavía es débil», admitía, y «todavía hay pocos campos donde la relación entre empresario y trabajador responda por completo a la concepción que por lo general se tiene sobre la relación entre capital y trabajo en una sociedad capitalista».[25] Discutiendo la cifra de 800.000 proletarios dada como estimación aproximada por Tijomírov, que le parecía muy baja, citaba nuevos datos que, sin embargo, no elevaban considerablemente dicha cifra.[26] Pero, en cualquier caso, pensaba, la cuestión del capitalismo en Rusia no iba a decidirse por referencia a lo grande o pequeña que pudiera ser su fuerza en un momento dado, a lo profundamente que hubiera penetrado en esta o aquella industria, o a cuántos obreros pudiera haber en un momento determinado. Todo dependía de la dirección general del movimiento económico.

El estaba seguro de que tanto en la industria como en la agricultura, el capitalismo progresaba de día en día. Ilustraba su forma de introducirse en la industria con la descripción del destino reservado a los artesanos-campesinos, cuya manufactura doméstica de bienes consideraban los *naródniks* baluarte contra el capitalismo. Muchos de ellos, insistía, conservaban la apariencia de granjeros independientes cuando de hecho su sujeción al capital era «apenas menor que la de cualquier obrero fabril sin hogar». Que no fuese a trabajar en una fábrica, y mantuviese la apariencia de una economía agrícola, no demostraba la independencia económica del artesano. El empresario consentía en distribuir las materias primas por los hogares de los obreros-campesinos en lugar de reunirles en una fábrica, porque así aumentaba sus beneficios. En aquellos lugares en que los campesinos continuaban viviendo en la tierra, y sacaban de ello algunos ingresos, el capitalista podía pagar sueldos increíblemente bajos. Pero el artesano-campesino, muchas veces incapaz de conceder la debida atención a sus dos actividades remunerativas, por lo general permitía que su empresa granjera se viniera

25 *Ibid.*, p. 271.
26 *Ibid.*, pp. 205-214.

abajo. Una vez en ruinas la economía campesina y cuando se hacía imprescindible elevar el sueldo del obrero, el empresario encontraba más ventajoso reunir a los obreros en una fábrica, donde la especialización y la división del trabajo hacían que aumentase la productividad.[27] De este modo, el sistema doméstico abría el camino a la producción fabril, y el artesano-campesino al proletario. En cuanto a los pequeños empresarios, la mayoría de ellos iban a ser barridos inevitablemente con la introducción de máquinas. De esta forma, concluía, «el capitalismo sigue avanzando, desplazando a los productores independientes de su inestable condición y creando un ejército de reserva de mano de obra en Rusia por el mismo ensayado y comprobado método»[28] que ya había sido puesto en práctica en Occidente.

Tampoco estaban las comunas campesinas inmunizadas contra los efectos de la intrusión capitalista, insistía. Si para la estabilidad de la comuna era imprescindible un medio de economía natural, entonces la sustitución de este medio por su opuesto —un sistema de economía monetaria— debía tener consecuencias revolucionarias para la comuna. Según Plejánov, el desarrollo de la economía monetaria había originado agudas contradicciones entre la antigua institución campesina y su entorno que se estaban resolviendo con la desintegración de la primera. Concebía el dinero como una fuerza dinámica que extendía constantemente su influencia sobre nuevas áreas, destruyendo la economía natural allí donde entraban en contacto y promocionando la especialización de la producción y el intercambio de productos. Por consiguiente, según un curso normal de acontecimientos, la economía monetaria inevitablemente extendería su dominio sobre la zona de vida comunal. Pero de hecho, precisaba, el sistema comunal había sido entregado *directamente* a la esfera de dominio de la economía monetaria gracias a los términos en que se llevó a cabo la Emancipación.

Los campesinos habían recibido lotes de tierras que estaban obligados a redimir pagándolos con dinero. Para conseguir estos fondos, se veían obligados a iniciar la producción de mercancías, esto es, la producción para el intercambio.[29] Ello implicaba dedicarse a la producción de uno sólo o de muy pocos productos que podrían ser vendidos en el mercado a cambio de dinero en metálico, así como la compra por la familia campesina en el mercado de ciertos artículos que ya no tenía tiempo o lugar

27 *Ibid.*, pp. 217, 226-227.
28 *Ibid.*, p. 225.
29 *Ibid.*, p. 263.

para producir por su cuenta. De esta forma, el decreto de emancipación había forzado el desplazamiento de una economía autosuficiente, natural, a una economía de producción de mercancías, basada en la moneda. El resultado final del proceso, creía Plejánov, sería la destrucción de la comuna y el triunfo del capitalismo en la agricultura rusa.

Pues el inicio de la producción de mercancías, en su opinión, no representaba más que el primer paso en la marcha hacia la producción capitalista. A su debido tiempo, la producción de mercancías, gracias «a una dialéctica interna, inevitable», se convertiría en producción capitalista; «en un determinado estadio de su desarrollo, la producción de mercancías conduce a la explotación del obrero-productor, es origen del empresario-capitalista y del obrero-proletario».[30] El proceso dialéctico a que hacía referencia consistía en la progresiva diferenciación a nivel económico, a lo largo de un período de tiempo, de los distintos productores que competían en el mercado. Tal y como describía el proceso, la diferenciación a la larga se hacía tan marcada que algunos productores se hacían capitalistas mientras otros se convertían en proletarios. Tal sería el destino a largo plazo de los campesinos de las comunas, creía Plejánov;[31] y, sin más tardanza, podía ya presentar pruebas convincentes que parecían anunciar dicha conclusión. Estos datos consistían en gran parte en muestras de los adelantos de la desigualdad y el individualismo entre los campesinos de las comunas, evolución que Plejánov entendía como negación del tradicional igualitarismo y colectivismo de la comuna. Por una parte, una cantidad apreciable de campesinos había perdido o estaba a punto de perder la capacidad de cultivar su lote de tierra y dejaba su explotación en manos de otros, al tiempo que recurría al trabajo a sueldo para hacer frente a sus necesidades; por otra parte, estaba emergiendo una clase de campesinos pudientes, que cultivaban los lotes de uno o más campesinos además del suyo propio, compraban y/o alquilaban nuevas tierras, y contrataban mano de obra.[32]

Nada importaba, dentro del esquema de Plejánov, que jurídicamente la tierra perteneciera a la comuna y se supiese que

30 *Ibid.*, pp. 34, 270.
31 *Ibid.*, p. 238.
32 Para una exposición más detallada de este tema y del tratado en el párrafo siguiente, véase mi artículo «Plekhanov on Russian Capitalism and the Peasant Commune» (Plejánov, el capitalismo ruso y la comuna campesina), *American Slavic and East European Review*, XII (1953), páginas 468-471.

periódicamente era repartida entre sus miembros. Señalaba el declinar, y muchas veces la anulación, del reparto periódico de tierras como prueba inconfundible del ascenso del individualismo dentro de la comuna, como augurio de la final conversión de la tierra comunal en propiedad privada individual. Dentro de una economía monetaria, la misma tierra tiende a convertirse en mercancía, y sólo sería cuestión de tiempo el que las formas jurídicas entrasen en correspondencia con las realidades económicas; que la capacidad de pago —un dogma de la economía monetaria y del capitalismo— se convirtiese en fundamento de la propiedad y control de la tierra.

El conflicto entre los tradicionales principios comunitarios y la dinámica del desarrollo posterior a la Emancipación se había hecho tan agudo, creía Plejánov, que los intereses de una gran parte de los campesinos eran ya incompatibles con la perpetuación de la comuna. El campesino pobre que era incapaz de cultivar su lote de tierra por falta de medios estaba también incapacitado para deshacerse de él a causa de las dificultades para su venta. Si abandonaba la comuna para buscar un trabajo a sueldo, no por eso se libraba de pagar los impuestos comunales. Los ricos, bajo el principio comunitario de «responsabilidad solidaria», se veían obligados a pagar los impuestos de quienes no podían pagar los suyos. El principio de reparto periódico obraba en contra de la seguridad de control sobre la tierra, esencial para la inversión planificada de capital. Es más, encontraban dificultades para introducir técnicas agrícolas mejoradas, pues cuando éstas exigían alterar los calendarios para plantar, cultivar, etc., los campesinos más ricos debían hacer frente una vez más a los hábitos comunales.[33]

Sólo el campesino medio, opinaba Plejánov, mostraba una simpatía incondicional por la comuna. Aún así, concedía que todos los campesinos se mostraban en cierta forma ambivalentes ante ella. Era cierto que hasta el presente las conversiones de propiedades comunales en parcelas individuales y hereditarias eran relativamente infrecuentes: los campesinos, «por la fuerza de la costumbre, lealtad, y en parte por una convicción consciente», se inclinaban «a preservar los antiguos principios *colectivos* de *propiedad* de la tierra aun después de que los medios para *adquirir* tierra han llegado a estar basados por entero en un nuevo principio monetario, *individualista*».[34] Pero, argüía, lo único que tales elementos subjetivos podían hacer era

33 *Sochinéniia*, II, pp. 244-245, 258.
34 *Ibid.*, p. 264.

aplazar la disolución de las comunas y el desarrollo del capitalismo; ya no podían evitar su eventual triunfo, como tampoco pudieron evitarlo en Occidente los gremios.

En *El socialismo y la lucha política*, al tiempo que hacía afirmaciones que apuntaban el fracaso de la comuna, Plejánov también citaba, por el contrario, aprobándola en apariencia, la opinión más bien favorable de Marx sobre la utilización de dicha institución como base para una agricultura socialista. Su cita de Marx probablemente deba ser interpretada como artificio táctico, destinado a desarmar a los simpatizantes del populismo, a quienes todavía esperaba ganar para su causa. En *Nuestras diferencias* difícilmente se podrá señalar ningún equívoco.[35] Las débiles posibilidades que veía de supervivencia de la comuna prácticamente no significan nada en comparación con las numerosas y tajantes predicciones de su fracaso final. La Emancipación había «desplazado a la comuna del equilibrio estable de la economía natural, poniéndola bajo el poder de todas las leyes de la producción de mercancías y de la acumulación capitalista».[36] Dado que «todos los principios de la economía contemporánea» estaban en «irreconciliable hostilidad con la comuna», «esperar su ulterior "desarrollo" independiente» era como esperar «la supervivencia de un pez arrojado a la orilla».[37]

En cuanto al futuro, predecía la disolución de la comuna, el desplazamiento de la propiedad de la tierra a manos de una clase de granjeros acomodados, y la progresiva concentración de la mayoría de las explotaciones agrícolas en grandes empresas mecanizadas y capitalistas. Junto a esto, preveía el surgimiento de una clase numerosa de campesinos sin tierra, proletarios rurales, que se verían forzados a vender su trabajo a los capitalistas en la agricultura o la industria. Y por lo que respecta al sector industrial de la economía, preveía el ininterrumpido crecimiento de las fuerzas productivas, el aniquilamiento de los pequeños empresarios, y de nuevo la concentración de la producción en un número comparativamente reducido de empresas a gran escala.

Las implicaciones que para los *naródniks* tenía tal imagen del presente y futuro de Rusia eran claras. Ellos se tranquilizaban a sí mismos con visiones de una evolución singular en

35 Para una ampliación de este punto, véase «Plekhanov on Russian Capitalism», pp. 472-473.
36 *Sochinéniia*, II, p. 130.
37 *Ibid.*, p. 260.

Rusia, en que se evitaría el desarrollo del capitalismo, pero, declaraba Plejánov, sólo tenían que abrir los ojos para ver que el capitalismo ya había llegado, hacía nuevas conquistas todos los meses, y no podía ser detenido o borrado de la existencia. Ignorar este aspecto obvio del desarrollo ruso y basar las propias aspiraciones socialistas en la comuna campesina en desintegración y el campesinado patriarcal era el colmo de la locura. Si quería tener éxito, el movimiento revolucionario debía contar con la progresiva socialización de la producción y el trabajo en la ciudad y en el campo, y con la multiplicación de los proletarios, la clase revolucionaria de la era del capitalismo.

Nivel social y político: la revolución rusa

Concebía Plejánov la revolución socialista como la culminación de un largo proceso evolutivo de desarrollo económico, como el último estadio de una lucha de clases planteada en el curso de ese movimiento económico, y cuya solución se iba a encontrar en la arena política. Dado que la revolución socialista suponía un previo desarrollo evolutivo de considerable duración, no tenía sentido alguno pensar en alcanzar el socialismo eludiendo todo un período histórico. El se hubiera mostrado de acuerdo con que la historia social de un pueblo se parece a la historia de un individuo en que una sociedad comparativamente atrasada no puede adoptar el tipo más avanzado de organización al igual que un niño no puede asumir a voluntad el papel de adulto. Las «condiciones objetivas» para una «organización socialista de la producción», lejos de reunirse en un sistema precapitalista como aquel en que los populistas estimaban se encontraba Rusia, se afirmaban en el mismo proceso de desarrollo capitalista que tanto ansiaban evitar.

El requisito económico para la construcción del socialismo, dentro del esquema de Plejánov, no era otro que un sistema industrial, capitalista, muy desarrollado. Una economía madura para la transformación socialista debía disponer de una tremenda cantidad de fuerzas productivas, organizadas en empresas masivas interdependientes, lo que implicaría una socialización en gran escala de la producción y el trabajo. Tales modelos de organización, tanto en la industria como en la agricultura, preparaban el camino para el principal punto del programa socialista, la socialización de los medios de producción.[38]

38 *Ibid.*, pp. 79, 290, 303.

Como ya hemos visto, Plejánov creía que la dinámica del desarrollo económico ruso conducía a este fin.

También tenemos indicios acerca de la radical transformación de la estructura social de Rusia que él entendía formaba parte integrante de este proceso económico. En un país pequeñoburgués, señalaba, la emancipación económica de las masas ha de esperar a la sustitución del grupo mayoritario de pequeños productores por dos clases antagónicas claramente definidas.[39] La marcha ascendente del capitalismo en Rusia iba cumpliendo gradualmente dicha labor, elevando a algunos al nivel de la burguesía y destruyendo la independencia de incontables campesinos y artesanos, obligándoles a entrar a formar parte de ese ejército de proletarios cuyos batallones iban a guarnecer las grandes empresas industriales y agrícolas del futuro. De tal modo, dentro del proceso de su desarrollo natural, el capitalismo adelantaba su fin; pues ineludiblemente debía aumentar numéricamente el proletariado, la clase destinada por la historia a destruirlo. Al emplear el término «proletariado», Plejánov pensaba primariamente en los obreros fabriles *bona fide*, que habían cortado todas sus relaciones con el campo. Pero, de vez en cuando, también pretendía incluir al proletariado rural (obreros agrícolas sin tierra) y a los campesinos más pobres (es decir, semiproletarios) como aliados de los obreros industriales en la revolución socialista.

Existen muchas pruebas que nos permiten afirmar que Plejánov esperaba que esta coalición, dentro de un curso normal de los acontecimientos, constituiría una amplia mayoría llegado el momento de la revolución socialista. Esta proposición armoniza con la imagen que proyectaba del orden económico en Rusia en el momento de la revolución. Caso de que se materializase dicho orden, el proletariado y sus aliados constituirían inevitablemente una mayoría. Pero tal mayoría no podría considerarse en sí misma garantía suficiente de la revolución. Un dogma cardinal dentro del sistema de Plejánov era que «la liberación de la clase trabajadora ha de ser obra de la propia clase trabajadora»; pero la clase trabajadora debe primero comprender las razones de su explotación y los pasos necesarios para su liberación. Sólo cuando estuviera imbuida de la conciencia de clase y unida en una organización política efectiva estaría lista para afrontar su función histórica. A este respecto, además, de acuerdo con Plejánov, el capitalismo daba origen a las condiciones que al final acabarían con él; pues «paralela-

39 *Ibid.*, p. 287.

mente al desarrollo de las fuerzas productivas y a la organización [social] de la producción que se corresponde con aquél» avanza la preparación mental del proletariado para la revolución socialista.[40] Los principios del socialismo científico, sostenía, no eran más que la generalización de las condiciones con que se encontraban diariamente los trabajadores, la explicación de las leyes que determinaban su papel y participación en la producción. Por consiguiente, los obreros no iban a tener muchas dificultades en reconocer la validez de estos principios.

En este punto se deja sentir una contradicción de importancia en el sistema de Plejánov. Desde su punto de vista, hasta el momento, consideraba la elevación de la conciencia del proletariado como derivación inevitable y «natural» del desarrollo capitalista. Pero se negó a extraer la conclusión indicada. No llegó nunca a afirmar que los trabajadores fueran capaces por su propia cuenta de adquirir una conciencia socialista, de deducir conclusiones socialistas de su experiencia de la producción capitalista. Al contrario, asignaba un papel de gran importancia a la *intelligentsia* socialista. Sobre ella hacía gravitar la tarea de guiar los sentimientos socialistas engendrados en los trabajadores por el sistema capitalista hacia canales socialistas. La *intelligentsia* socialista, escribió,

> debe convertirse en dirigente de la clase obrera en el proyectado movimiento de liberación, debe explicarle cuáles son sus intereses políticos y económicos así como la relación entre estos intereses, debe prepararla para tener un papel en la vida social rusa. Debe luchar con todas sus fuerzas para que, durante el primer período de vida constitucional en Rusia, nuestra clase trabajadora pueda presentarse como un especial partido, con un definido programa político-social.[41]

Plejánov esperaba con toda confianza que los obreros responderían positivamente a la promesa de emancipación que se realizaría con el establecimiento de una organización socialista de la producción.[42] Pero invocaba la actividad de la *intelligentsia* socialista para despertar dicha respuesta, para avivar la conciencia de clase del proletariado. Su actividad, por consiguiente, constituía un eslabón indispensable en la cadena de condiciones esenciales para la revolución socialista (*).

40 *Ibid.*, pp. 66, 79, 296.
41 *Ibid.*, p. 84.
42 *Ibid.*, p. 303.
* A pesar de la importancia de esta idea dentro del pensamiento de Plejánov, Alfred Meyer, afirma que el énfasis de Lenin sobre la con-

El concepto de conciencia proletaria como consecuencia necesaria de la experiencia proletaria bajo el capitalismo corresponde a lo que Plejánov consideraba tesis central del marxismo: «el ser determina la conciencia». Esta tesis, sin embargo, difícilmente se podrá sostener si la conciencia del proletariado ha de ser despertada por la *intelligentsia* socialista. La actividad de esta última planteaba una ulterior dificultad. ¿Cómo podía adquirir la *intelligentsia* una conciencia socialista cuando las circunstancias de su vida eran totalmente distintas a las del proletariado bajo el capitalismo? ¡El sistema de Plejánov implicaba el despertar de la conciencia proletaria del proletariado por un elemento no proletario! Los problemas inherentes a esta formulación nunca dejarían de manifestarse. Una y otra vez se dejarían sentir en las discusiones ideológicas y conflictos políticos que sembraron la carrera de Plejánov.

Al adquirir conciencia de clase con ayuda de la *intelligentsia*, el proletariado se preparaba para una lucha de clase contra sus opresores capitalistas, que no era de esperar renunciasen sin resistencia a sus privilegios dentro del orden existente. Pero, declaraba Plejánov, «toda lucha de clases es una lucha política».[43] Nada importaba que las diferencias entre el proletariado y la burguesía tuvieran origen en el campo de la economía. El proletariado, y de hecho cualquier clase que espere alcanzar sus aspiraciones sociales, debe luchar por conseguir la hegemonía política. El poder político es el medio indispensable para la reconstrucción social. Lejos de ser una cuestión indiferente para el proletariado, la lucha política constituía el medio más efectivo en su lucha social. Por tal motivo, la lucha de clases del proletariado se hacía *consciente* —es decir, dirigida racionalmente a sus fines— en la medida en que adquiría un carácter *político*. Al contrario, las revueltas ciegas, ignorantes de las realidades políticas y sociales, no adelantarían un sólo paso la causa del socialismo. No por simple coincidencia emparejó Plejánov, en el mismo comienzo de la fase marxista de su carrera, la propaganda marxista con la formación de elementos para un partido obrero ruso, como dos objetivos básicos del grupo Emancipación del Trabajo. El proletariado debía colaborar al derrocamiento del absolutismo con su acción política;

ciencia es digno de señalarse porque «el concepto había sido olvidado cada vez más por los marxistas europeos y rusos durante la última parte del siglo diecinueve». Ver *Leninism*, pp. 28-29.
43 *Ibid.*, p. 335.

e inmediatamente, esta vez contra la burguesía, alcanzaría la emancipación también por medio de la acción política.

A la luz de la concepción de la revolución socialista Plejánov encontraba absolutamente fantásticos los sueños de populistas y terroristas. Estaban completamente seguros de la posibilidad de una inmediata revolución socialista, pero según el criterio de Plejánov, las «condiciones sociales objetivas de producción» estaban lejos de haber «madurado» lo bastante para el establecimiento de una economía socialista. A este respecto, concedía que Rusia iba por delante de países tales como la India, Persia y Egipto; pero no podía compararse, ni tan siquiera de lejos, con las sociedades occidentales desarrolladas.[44] La decadencia de la comuna excluía la edificación del socialismo sobre esa primera piedra. Y el capitalismo todavía no había logrado crear en Rusia las condiciones económicas o las fuerzas sociales necesarias para una revolución socialista.

Aunque Plejánov estaba seguro de que ni una revolución campesina, ni una toma del poder por una camarilla de revolucionarios tenían posibilidad alguna de éxito, estaba dispuesto a conceder lo contrario para demostrar, de nuevo, sus razones. Suponiendo que se hubiera realizado lo uno o lo otro, preguntaba, ¿qué pasos habría que dar, entonces, para llevar a la práctica la reorganización social y política de Rusia? Como respuesta, afirmaba que la política está ineludiblemente determinada por el carácter *social* de la revolución; caso de ser los propios campesinos, o una camarilla de revolucionarios en su nombre, quienes hicieran la revolución, el único resultado posible sería un programa campesino. Por tanto, todo dependía de las presentes aspiraciones del campesinado. Sin embargo, sostenía Plejánov, la solidaridad existente entre ellos no se basaba en una común convicción de la necesidad de una organización socialista de la producción, sino en el deseo de una redistribución de la tierra. Tal «redistribución general» de la tierra, subrayaba, no podía calificarse de programa socialista. Entre otras cosas, dicha reforma dejaría incólume el campo vital de la producción de mercancías, que sin duda sería origen de nuevas diferenciaciones económicas y la implantación de nuevas raíces por el capitalismo.[45] De hecho, insistía, «la emancipación económica de la clase sólo podrá alcanzarse por medio de la conversión en propiedad colectiva de los trabajadores, de *todos* los medios de producción y *productos* del trabajo, *y la organización de todas las funciones de la vida social y económica conforme a las necesidades de la sociedad*».[46] Dado que la población rural no mostraba simpatía alguna por tales objetivos —y, además, no podía hacerlo en ausencia de una organización altamente social de la producción— no tenía el menor sentido hablar de una revolución socialista campesina.

44 *Ibid.*, pp. 78-79.
45 *Ibid.*, pp. 330, 290-292, 308-309.

Plejánov consideraba que la *intelligentsia* revolucionaria no era más consciente que los campesinos, en cuyo nombre pretendía hablar, de la necesidad de abolir la producción de mercancías. Pero aun cuando se diera cuenta de esta consideración absolutamente trascendente, no podía hacer nada al respecto. Tal y como él decía: «No se pueden crear por decreto condiciones ajenas al carácter real de las relaciones económicas existentes».[47] La camarilla revolucionaria aislada, deducía, se encontraría impotente para superar la fuerte oposición que los campesinos opondrían a los esquemas de construcción del socialismo que no estuvieran basados, o lo estuvieran en medida muy limitada, en las condiciones objetivas de la vida social y económica. En un momento de inspiración extraordinariamente profético, planteaba la posibilidad de que una camarilla revolucionaria, una vez tomado el poder, y reconocida la divergencia entre las pretensiones del pueblo y sus propios objetivos socialistas, pudiera sin embargo elegir retener el control del poder en sus manos. Pero si se tratase de organizar la producción nacional en ausencia tanto de condiciones objetivas como de consenso popular hacia la socialización, entonces «habría que buscar salvación en los ideales del "comunismo patriarcal y autoritario", introduciendo en dichos ideales un único cambio: que la producción nacional fuera dirigida por una casta de socialistas, en lugar de serlo por "los hijos del Sol" (*) peruanos y sus ministros».[48]

En algún momento futuro, una parte de la población rural —subproducto proletario de la descomposición del campesinado patriarcal— muy bien pudiera tener un papel positivo en una revolución socialista. Pero, bajo las condiciones entonces existentes, Plejánov tendía a considerar al campesinado como factor negativo en relación no sólo al socialismo, sino al progreso en general. Para él, el progreso económico consistía en

46 *Ibid.*, p. 357; el subrayado es mío.
47 *Ibid.*, p. 79.
48 *Ibid.*, pp. 81, 294.
* Alusión al despotismo de los incas. Para un estudio reciente, véase Alfred Métraux, «The Inca Empire: Despotism or Socialism», *Diogenes*, 35 (otoño, 1961).

el paso de una producción pequeñoburguesa a una produción burguesa en gran escala, y de ahí a una producción socialista. Sin embargo, las aspiraciones de los campesinos no superaban los horizontes de la pequeña burguesía. No se sentían contrarios a la producción de mercancías y al sistema de beneficios; pero, al mismo tiempo, se oponían a la tendencia hacia la producción capitalista en gran escala inherente a un sistema de producción de mercancías. Siempre y cuando combatían a la gran burguesía, lo hacían no en beneficio del socialismo, sino más bien para conservar su propio sistema tambaleante de producción en pequeña escala, amenazado por los avances del capitalismo. Para Plejánov, los ideales pequeñoburgueses constituían una utopía reaccionaria. Requerían la paralización del desarrollo económico, del que a fin de cuentas dependía todo progreso. E intentaban combinar lo incompatible: la producción de mercancías y la perpetuación de la pequeña producción. La propia irracionalidad de sus aspiraciones descalificaba a los campesinos como fuerza revolucionaria en que se pudiera confiar.[49]

Plejánov consideraba esta última conclusión irrefutable a la luz de la orientación del campesinado en cuestiones políticas. Una clase efectivamente revolucionaria, por definición, debía poseer un alto grado de conciencia y organización política. Pero ni un solo «atisbo de conciencia política» se dejaba sentir entre las masas campesinas. A decir verdad, también el proletariado ruso dejaba mucho que desear a este respecto. Pero la propia experiencia de Plejánov como *naródnik* entre los obreros industriales había grabado en él su «mayor susceptibilidad a la propaganda socialista». Y, en efecto, algunos proletarios más avanzados habían planteado reivindicaciones incluso en momentos en que la mayor parte de la *intelligentsia* revolucionaria todavía manifestaba una fuerte aversión por la política. Por otra parte, Plejánov creía que «la indiferencia política y el retraso mental» eran tan predominantes entre los campesinos, que los consideraba uno de los principales soportes históricos del despotismo zarista. Tan ignorantes eran de las realidades políticas, que en ocasiones atribuían los actos de los revolucionarios a intrigas de nobles y oficiales del ejército. Dadas tales condiciones, no se podía descartar que los campesinos pudieran ser incitados por los contrarrevolucionarios a derrocar un gobierno provisional revolucionario establecido por un golpe de conspiradores.[50]

49 *Ibid.*, pp. 62, 313.
50 *Ibid.*, pp. 78-79, 239, 402.

El severo juicio de Plejánov sobre los campesinos indudablemente se debía en gran parte a sus experiencias y reflexiones sobre el caso Chiguirín. Sus sospechas, por no decir hostilidad, ante este grupo social, eran confirmadas por las afirmaciones de Marx, en especial las acusaciones de Marx contra «el idiotismo de la vida rural». No obstante, y aun cuando la consideraba condenada por la evolución económica, difícilmente podía Plejánov olvidar sin más a una clase que comprendía a las cuatro quintas partes de la población rusa. Por el contrario, llegaba a un compromiso inestable e insatisfactorio, según el cual ni descartaba por completo a los campesinos, ni les concedía un significado y función acordes con su número. Una y otra vez, reclamaba atención sobre su importancia para los revolucionarios y la revolución. Pero era evidente que, ya se tratase de la primera o de la segunda revolución, el campesinado no figuraba entre las preocupaciones constantes y primarias de Plejánov.

Nivel social y político: la revolución burguesa

Si Rusia no podía saltar por encima del capitalismo y la democracia burguesa para entrar directamente en el socialismo, razonaba Plejánov, entonces las muy discutidas diferencias entre Rusia y Occidente dejaban de tener una importancia significativa real. En las naciones occidentales, el desarrollo del capitalismo había preparado el camino para el derrocamiento del absolutismo y el establecimiento de gobiernos constitucionales y representativos, dominados por la burguesía. Dado que también Rusia había tomado el camino del capitalismo, existía toda clase de probabilidades de que pasaría por una revolución semejante en un primer momento, en lugar de tener un carácter socialista. La «europeización de la vida social rusa» —frase acuñada por Plejánov para describir el desarrollo capitalista ruso y la consiguiente transformación social— había avanzado lo suficiente como para hacer factible la «europeización» del sistema político ruso. Los revolucionarios más realistas no se equivocarían si destinaban el primer lugar de su agenda al derrocamiento del absolutismo.

Al adoptar dicha postura, Plejánov estaba claramente convencido de que los cimientos de la autocracia rusa estaban en estado de descomposición. Dichos cimientos eran el estático sistema de economía agrícola, natural, la fragmentación de la sociedad en una multitud de comunas autosuficientes y aisladas,

el predominio del campesinado sobre el resto de la población, y la pasividad e inmovilismo que caracterizan al campesinado en una sociedad tradicional. La introducción del capitalismo significaba la erosión y disolución final de los fundamentos del viejo orden. La producción industrial capitalista daba mayor importancia a los centros urbanos. En las ciudades, y en el campo como consecuencia de la destrucción de las comunas, aparecían clases burguesas y proletarias que, en contraposición al campesinado, habían defendido históricamente las libertades civiles y políticas. En correspondencia con la sustitución de una economía estática por otra dinámica, el inmóvil campesinado era reemplazado por otros grupos sociales más conscientes, articulados y activos. Tales cambios estaban convirtiendo en un anacronismo el sistema político ruso, al corresponder cada vez más al orden socio-económico en ascenso.

Plejánov veía anunciada la caída inmediata del absolutismo en lo que consideraba animosidad casi general contra el orden existente. Aún la mayoría de las clases superiores, sostenía, no podían ocultar su enfrentamiento con el Zar, estando el poder entonces en manos de una camarilla de «propietarios de siervos (*sic*), hipócritas, y mercenarios».[51] Hacía referencia de tal forma al conflicto «objetivo» entre los intereses de los distintos grupos sociales y la perpetuación de la autocracia. Sin embargo, en términos de fuerzas activas para su destrucción, en gran medida contaba únicamente con dos clases, la burguesía y el proletariado. El campesinado, aunque iba a salir beneficiado de la revolución que se fraguaba, no podía inscribirse entre las fuerzas revolucionarias a causa de su estrechez mental y su divorcio de las realidades políticas. Por otra parte, aun cuando Plejánov reconocía que la inercia de los campesinos había facilitado el dominio del absolutismo, no creía que los campesinos salieran en defensa del Zar en una crisis revolucionaria. Y en cuanto a la ascendente clase media:

> Nuestra burguesía está ahora sufriendo una importante metamorfosis; le han nacido pulmones que necesitan el aire puro ... del autogobierno, pero al mismo tiempo todavía no ha atrofiado sus agallas, con ayuda de las cuales sigue respirando en las turbias aguas del absolutismo decadente. Sus raíces todavía están hincadas en el suelo nutricio del viejo régimen, pero sus brotes han alcanzado ya tal desarrollo que plantean la necesidad de un ineludible trasplante.[52]

51 *Ibid.*, p. 370.
52 *Ibid.*, p. 203.

Reconocía en *Nuestras diferencias*, y con más énfasis incluso en años posteriores, el favor con que el gobierno ruso beneficiaba a los distintos grupos capitalistas. No obstante, insistía en la fundamental incompatibilidad de intereses entre la burguesía y la perpetuación del absolutismo. El creciente conflicto ya había forzado a importantes sectores de esta clase a reconocer que «la adquisición de derechos políticos» era «indispensable para su prosperidad».

Aunque ofrecía escasas pruebas al respecto, Plejánov consideraba que el poder ilimitado del Estado era una pesadilla para la burguesía. Mantenía en vigor normas que iban en detrimento de la vida de negocios. Tenía el declarado propósito de restaurar ciertos aspectos del sistema de servidumbre ilegalizado, lo que no podía sino perjudicar los intereses de la burguesía. Mayor importancia, sin embargo, tenían los efectos depresivos de la política fiscal del Estado sobre la burguesía.[53] La continua presión ejercida por el gobierno, afirmaba, empobrecía de tal forma a los campesinos que cada vez tenían menos posibilidades de atender a las necesidades del tesoro. Con las arcas del tesoro vacías, sus deudas en aumento, y sin ninguna posibilidad de hacer frente a las mismas bajo el orden fiscal en vigor, el gobierno no iba a tener otra alternativa que recurrir a la «sociedad» con objeto de evitar la bancarrota. Llegado tal momento, los miembros de la burguesía se convertirían, como diría Plejánov más tarde, en campeones «de la justicia y de los derechos del hombre».[54] Evidentemente, la secuencia de acontecimientos que condujo a la Revolución francesa había influido grandemente en su forma de pensar. Al igual que en Francia en 1789, creía que la burguesía iba a exigir como precio de su apoyo financiero la participación en el poder del monarca a través de una asamblea legislativa.

Al tiempo que predecían una revolución burguesa y el traspaso del poder político a la burguesía, los escritos de Plejánov no dejaban de mostrar reservas sobre su capacidad revolucionaria. Se podía contar con su contribución a la revolución, pensaba, pero la burguesía era incapaz de tomar la iniciativa, y tampoco se podía contar con ella para una acción revolucionaria consecuente.[55] Su sumisión y aparente cobardía las explicaba por su relativo subdesarrollo —reflejo del atraso de la economía

53 *Ibid.*, pp. 200, 370.
54 *Ibid.*, III, pp. 378-379.
55 *Ibid.*, II, p. 359. La observación relativa a una actividad por parte de la burguesía la hizo en 1890, pero la idea estaba implícita ya en anteriores escritos.

rusa— que le inspiraba un sentido de impotencia frente al poderoso aparato estatal. Por eso, sólo se podría contar con que lanzara el guante al absolutismo siempre y cuando fuera capaz de agruparse una oposición masiva, dispuesta a la lucha y con aparentes posibilidades de victoria. Aun en las triunfantes revoluciones «burguesas» occidentales, subrayaba, los golpes decisivos no los había dado la burguesía, sino el «pueblo». Si en 1830 y 1848 la burguesía francesa sólo se había atrevido a apoyar abiertamente la revolución después de que los obreros hubieran levantado las barricadas, entonces el derrocamiento del absolutismo ruso era impensable sin la participación activa del proletariado. Una y otra vez insistía en que «la libertad política la conquistaría la clase obrera o no lo haría nadie».[56]

En su opinión no cabía la menor duda acerca de la conveniencia de que el proletariado prestara su apoyo a la campaña contra el absolutismo. Dado que indudablemente un régimen burgués democrático significaría un paso progresivo en Rusia, cualquier grupo social que se alinease en contra del movimiento de liberación de la burguesía se convertiría inmediatamente en «*agente de la reacción política y social*».[57] Y eso no podía hacerlo el proletariado. Pero Plejánov mostraba igual preocupación por que no se convirtiera en «un ciego agente de los liberales». Aun cuando clasificaba a la próxima revolución rusa como revolución «burguesa» de tipo occidental, proponía luchar por conseguir un resultado distinto en su tierra natal. En ella, había que ingeniárselas para que las cosas rodaran de tal forma que la clase obrera —a diferencia de Occidente— recibiese una compensación adecuada por sus servicios. Con este fin, su estrategia revolucionaria estaba profundamente preocupada por la cuestión de las relaciones mutuas entre la burguesía y el proletariado en la lucha contra el absolutismo.

En las revoluciones de Europa occidental durante la primera mitad del siglo XIX, los obreros habían entrado en liza bajo una dirección burguesa liberal. Suponían que el programa liberal era expresión de sus propios intereses y que, caso de ser llevado a la práctica, eliminaría del orden existente las fuentes de sus desgracias. Con una de las partes de la coalición revolucionaria claramente consciente de sus intereses, mientras las otras se caracterizaban por una mayor o menor confusión de pensamiento, era de prever el resultado. Aun cuando en términos de fuer-

56 *Ibid.*, pp. 343-344, 347. Aunque esta idea la expuso con estas precisas palabras, por primera vez, en 1889, Plejánov ya la había afirmado en 1883.
57 *Ibid.*, pp. 157-158.

za los obreros hubieran hecho una contribución decisiva, la burguesía previamente ya se había repartido los despojos, no dejando nada a los obreros. Caso de que los obreros quisieran evitar el destino de los proletarios occidentales, debían aceptar el liderazgo de los socialdemócratas, y luchar como fuerza *independiente y con intereses propios.*[58] La misión de la *intelligentsia* revolucionaria consistía en aportar a los trabajadores propaganda socialista y organización, de forma que pudieran combatir frente al absolutismo con completa conciencia de sus intereses reales y de los mejores medios para defenderlos. Pues al igual que la conquista de la libertad política era impensable sin una participación activa de los obreros, así también la defensa y promoción de los intereses del proletariado era inimaginable en ausencia de una conciencia de clase por su parte.

Sólo una fuerza con tal conciencia de clase podría evitar los numerosos escollos interpuestos en su camino. Los obreros debían rechazar las proposiciones absurdas de quienes, como los miembros de Naródnaia Volia, intentaban hacer coincidir en el tiempo las dos revoluciones independientes, la burguesa y la socialista. Debían resistir a los esfuerzos de los liberales por conducirles a la lucha por la libertad política, al tiempo que deliberadamente les ocultaban la importancia de la «palpitante cuestión económica». En caso de que surgiese un gobierno que garantizase su bienestar material al tiempo que les negase los derechos políticos, debían negarse a aceptar la situación de «*esclavos saciados, ganado de trabajo bien alimentado*».[59] Igualmente debían tomar precauciones para no perder el equilibrio entre la lucha económica y la lucha política, reconociendo la interdependencia de ambas, y manteniéndose entre Scilla y Caribdis, entre la reacción política del socialismo de Estado y el charlatanismo económico de la burguesía liberal.[60]

Gran parte de la sabiduría táctica que Plejánov pretendía imbuir al proletariado se puede encontrar en las recomendaciones de Marx a los comunistas alemanes en 1848. Los obreros debían apoyar a la burguesía mientras ésta se mostrase revolucionaria; al mismo tiempo, no debían abrigar ilusiones respecto a la relación de sus intereses con los de la burguesía. En ese caso el proletariado se encontraría a salvo de esperanzas utópicas sobre la primera revolución, comprendiendo que la realización final del socialismo sólo se lograría a continuación. Al

58 *Ibid.*, pp. 346, 384.
59 *Ibid.*, pp. 365-366.
60 *Ibid.*, p. 346.

comprender la relación entre la revolución burguesa y el socialismo, los obreros lucharían por conseguir en el marco de la primera los derechos que les permitirían, después de la revolución, defender sus intereses, y perseguir con la mayor libertad y efectividad su objetivo final.

Si el derrocamiento del absolutismo se realizaba de conformidad con su esquema, sostenía Plejánov, los proletarios rusos podrían obtener una rica cosecha de ventajas económicas y políticas. Se negaba a aceptar la acusación de Tijomírov de que los socialdemócratas se subordinaban a los intereses de la burguesía. Si los marxistas se mostraban dispuestos a luchar codo a codo con la burguesía, lo hacían en beneficio de los proletarios y no de los capitalistas. El logro de la libertad política no sólo beneficiaría a la burguesía, sino también a los obreros. Es más, el tipo de apoyo que los socialdemócratas proponían ofrecer a la burguesía, aun cuando podía beneficiarla en sus intereses inmediatos, no podía hacerlo a largo plazo. Implicaba infundir en la clase obrera aquella conciencia de clase de que dependía el futuro del socialismo ruso. El apoyo que iba a prestarse significaba la organización de la clase obrera, no sólo para la lucha política en contra del absolutismo, sino para la lucha política *y* el socialismo. En dicha fórmula residía el medio más eficaz de servir a los intereses de la clase obrera.

Dentro del régimen constitucional burgués, los obreros socialistas disfrutarían de los derechos civiles necesarios para su organización, sin miedo a las persecuciones, y para la propaganda de sus opiniones por medio de la palabra oral y escrita. Bajo una constitución democrática, podrían organizar libremente un partido socialista obrero que expresase sus intereses y los defendiese a través de su propaganda, presión política y acción legislativa. Sin duda Plejánov preveía la creación de sindicatos, capaces de asegurar unas mejores condiciones de trabajo y remuneración para los trabajadores fabriles. De este modo, así como por medio de reformas legislativas, los obreros podían estar seguros de que su situación mejoraría. Desde un punto de vista más general, la gran ventaja que el proletariado iba a obtener de la revolución burguesa sería «la posibilidad de progresar y educarse políticamente». Y para Plejánov, la «educación política» era la «condición preliminar indispensable para la emancipación económica del proletariado». Con el derrocamiento del absolutismo, la clase obrera, sin duda, se organizaría no como clase dirigente, sino como clase en la oposición. Aun así, si bien la burguesía iba a disfrutar del predominio político, el proletariado debía asegurarse los medios para convertirse en una fuerza lo suficientemente amplia, educada, capaz de convertirse en clase dirigente.

A este respecto, debe tenerse en cuenta que Plejánov preveía la extensión de la propaganda socialista también a las zonas rurales, dentro del marco de libertad política. Pretextaba que los socialdemócratas no debían dedicarse a tal propaganda en relación con la lucha contra la autocracia, dado que las limitadas fuerzas de que disponían dictaban la necesidad de utilizarlas allí donde pudieran ser más efectivas: entre los obreros de la industria. Pero posteriormente, bajo un régimen constitucional que reconociese el derecho a la agitación, los socialistas dedicarían su atención a una propaganda sistemática entre los campesinos. Plejánov imaginaba al obrero con conciencia de clase como lazo de unión ideal entre la *intelligentsia* y el campesino: «expulsado del pueblo como miembro más pobre de la comuna», el proletario volvería a él como «activista socialdemócrata».[61]

Tales agitadores podían esperar encontrarse con una audiencia solidaria con ellos gracias a las campañas en beneficio de los campesinos que los representantes de la socialdemocracia desencadenarían en la asamblea legislativa. Los legisladores socialistas, sugería Plejánov, debían trabajar por una «revisión radical» de las condiciones de redención de la tierra, e incluso debían llevar a ejercer presión en favor de la «nacionalización de la tierra». Otros puntos de su programa agrario reclamaban el derecho de los campesinos a la libertad de movimiento y a vender la tierra. Con tal programa, pensaba, los socialdemócratas podían contar con aumentar la fuerza del socialismo al sumar a sus filas al menos algunos de los elementos más pobres del campesinado. De tal forma, se reunirían nuevas condiciones para la transición del régimen democrático-burgués a un orden socialista.

Peculiaridades del marxismo de Plejánov

Aun después de haber abrazado el punto de vista general del marxismo, Plejánov sólo había logrado aplicarlo a Rusia con lentitud y dificultad. Nunca se subrayará con demasiada fuerza el carácter especial del problema a que tuvo que hacer frente: el suyo fue el primer intento de preparar un programa político socialista para un país subdesarrollado. Se daba perfecta cuenta

61 *Ibid.*, pp. 87-88, 404.

de que el marxismo había surgido originalmente en un contexto social muy distinto al de la Rusia contemporánea. Aun así, llegado el momento, no vio dificultad alguna en adaptarlo al panorama ruso. Pues, al tiempo que reconocía que las sociedades de Europa occidental y la rusa diferían enormemente en aspectos fundamentales, creía que la brecha entre ambas estaba estrechándose. Con la penetración del capitalismo, la sociedad rusa estaba «europeizándose». Subrayaba esta convicción basando su modelo para el futuro desarrollo histórico de Rusia en la Revolución francesa de 1789 y la posterior experiencia del partido socialdemócrata en Alemania. Previendo que Rusia iba a seguir modelos ya probados en Occidente, Plejánov llegaba a la consideración de que el marxismo no era menos aplicable a Rusia que a Occidente.

No obstante, la afirmación de que el marxismo era aplicable en términos generales a Rusia no daba origen automáticamente a un programa político. Consciente de que la política marxista hacía referencia a la transición de un Estado burgués a un Estado socialista, Plejánov dudó durante un cierto tiempo si un partido marxista tenía sentido en un país tan atrasado que todavía no había pasado por su revolución burguesa. Si el socialismo era inimaginable en Rusia a no ser en un futuro más o menos distante, entonces ¿no era prematuro proceder a la formación de un partido marxista en Rusia? Se sintió inclinado a una respuesta afirmativa hasta que encontró fundamento para la respuesta contraria en las páginas finales del *Manifiesto comunista*. Allí, con unas pocas y breves pinceladas, Marx y Engels bosquejaban una línea táctica apropiada para un partido socialista en un país (Alemania) todavía bajo un régimen absolutista. Lo que para ellos no era más que un paréntesis se convirtió en el tema central de la estrategia política de Plejánov (*).

Mientras antes lo consideraba algo así como una anomalía, ahora consideraba axiomática la legitimidad de la existencia de un partido marxista en un país subdesarrollado, pues existían abundantes oportunidades de trabajar con provecho. Los socialdemócratas, más que cualquier otro grupo, podían acelerar el final del absolutismo, pues eran los mejores equipados para lanzar a la clase obrera a la acción política. En la campaña contra el absolutismo, los socialdemócratas ayudarían a los trabajadores a tomar conciencia de sus auténticos intereses, de forma que, llegado el momento de la caída del viejo régimen, el proletariado estaría en situación de exigir y conseguir derechos civiles y políticos. La actividad de los marxistas entre los obreros sentaría las bases para el establecimiento de un partido socialdemócrata nada más asentarse el nuevo régimen. Su labor organizativa y sus iniciativas políticas no sólo tendrían sentido para la defensa inmediata de los intereses de los trabajadores, sino que además facilitarían la transición del constitucionalismo burgués al socialismo. En resumen, un partido marxista en un país relativamente atrasado podía acelerar significativamente el proceso político que culminaría con el establecimiento del socialismo.

* Debe tenerse en cuenta que ni en 1883-85 ni en 1892, como parece sostener Leonard Schapiro, consideró Plejánov «inimaginable» que los socialdemócratas, durante el período de cooperación con la burguesía, se dedicasen al mismo tiempo a explicar al proletariado el antagonismo final de sus intereses con los de la burguesía. La postura contraria fue un punto central en la línea táctica de Plejánov. Sobre las afirmaciones de Schapiro, ver *The Communist Party of the Soviet Unión*, p. 13.

En efecto, afirmaba Plejánov que, después de todo, el atraso no era una situación definitiva. Anticipándose a la «ley del desarrollo desigual» de Trotski, atribuía a un país atrasado ciertas ventajas peculiares que no disfrutaban los más avanzados. Rusia, por ejemplo, no necesitaría repetir punto por punto la historia de la industrialización en Occidente, sino que podría adoptar inmediatamente los últimos y mejores sistemas. Ello aceleraría el desarrollo económico, haciendo madurar el capitalismo ruso más rápidamente que en Occidente, y reduciendo por tanto su existencia.[62] El atraso económico de Rusia, en opinión de Plejánov, era además responsable de la poca vitalidad del movimiento en contra del absolutismo. Pero debido a la difusión de ideas procedentes del Occidente, más avanzado, los socialistas estaban en plena actividad en Rusia antes de que dicho movimiento hubiera encontrado su sitio. Los socialistas, al hacer aparición en escena cuando «el capitalismo todavía está en embrión», no tendrían que moverse a topetazos como habían tenido que hacerlo los socialistas en Occidente. En lugar de ello, podían apropiarse directamente las experiencias del movimiento sindicalista y las enseñanzas de Marx y Engels, y de tal forma llevar a cabo la transición al socialismo con la mínima pérdida de tiempo y energía.

La ventaja general de que disfrutan los socialistas en un país atrasado, opinaba Plejánov, consistía en su posibilidad de captar la dirección del proceso histórico a través del estudio de lo sucedido en los países más avanzados. Por medio de tal estudio, los socialistas rusos podrían evitar las equivocaciones

62 *Ibid.*, pp. 337-338.

cometidas en la historia de los movimientos sindicales y socialistas de Europa occidental. Sobre todo, podían intervenir en la vida política del país, sentando las bases para la aparición adelantada de un movimiento *independiente* de la clase obrera (*). Plejánov pretendía introducir un cambio ventajoso para los socialistas en la evolución histórica de Rusia que él creía sería básicamente similar a la de Occidente. Difícilmente podía haber hecho otra cosa una vez decidido a trazar un programa marxista para un país subdesarrollado como Rusia. Pero no llegó a comprender que su cambio podía dar origen a nuevos obstáculos que podían trastocar por completo sus cálculos.

La postura que adoptaba tenía un curioso parecido con la de los *naródniks* a quienes atacaba con tanta dureza. Los *naródniks*, y Plejánov, mientras fue uno de ellos, veían en el aplazado desarrollo de Rusia la oportunidad de edificar sobre estructuras colectivistas todavía vivas; de tal forma podría pasarse directamente al socialismo, destino hacia el que parecía orientada la sociedad capitalista occidental, sin tener que pasar por la fase capitalista. En otras palabras, creían que el atraso ruso les permitiría ahorrarse toda una etapa histórica y entrar directamente en el socialismo. Como marxista, Plejánov rechazaba tal postura porque, según decía, no tenía en cuenta el proceso de desarrollo histórico, sustituyéndolo por la voluntad de los revolucionarios. Está claro, sin embargo, que estaba dispuesto a apoyar el acortamiento, si no la eliminación, de la etapa capitalista de desarrollo. Y ello se lograría por medio de una alteración del proceso histórico gracias a la actividad política del partido revolucionario. Por supuesto, Plejánov distinguía drásticamente entre su perspectiva y estrategia y las de los *naródniks*, objetando que la actividad voluntarista de su partido revolucionario debía mantenerse siempre dentro de unos márgenes determinados por el nivel contemporáneo de desarrollo económico. En opinión suya, el reconocimiento de estos límites impedía que el marxismo pudiera ser calificado de utópico. Este subordinaba la voluntad revolucionaria al proceso histó-

* Se han producido gran cantidad de confusiones sobre la estrategia revolucionaria de Plejánov. John Plamenatz, en *German Marxism and Russian Communism*, pp. 222-24, pretende equivocadamente que fue Lenin quien primero defendió la conveniencia de lanzar a la clase obrera como fuerza independiente en la lucha política contra la autocracia. Otro autor británico, J. L. H. Keep, pretende que fue Axelrod el autor del esquema revolucionario marxista ruso en dos etapas. Véase su tesis en la Universidad de Londres, sin publicar, «The Development of Social Democracy in Russia, 1898-1907», p. 477. A pesar de tales equivocaciones, ambas obras son eminentemente válidas.

rico y sus leyes, garantizando de tal forma la racionalidad de la política revolucionaria marxista. Teniendo en cuenta todo ello, está claro que en el sistema de Plejánov se incluían elementos tanto voluntaristas como deterministas, que no pudo reconciliar entre sí.

La impotencia de Plejánov para llegar a tal reconciliación tenía un fundamento tanto personal como filosófico. Como miembro dirigente de Zemliá y Volia, parece que encarnaba las cualidades de militancia, pasión revolucionaria y determinación que por lo general se asocian con Bakunin. Se entregó sin ninguna clase de reservas a la lucha, determinado a hacer estallar la revolución cuanto antes mejor. Era casi un ejemplo de voluntarismo revolucionario. Durante la última parte de su militancia en Zemliá y Volia, en apariencia bajo la influencia de Marx, ya había hecho entrar en juego el concepto de determinismo histórico como banco de prueba para las fantasías revolucionarias que no tenían la menor relevancia en el mundo real. Cuando se hizo marxista de cuerpo entero, inmediatamente aumentó la tendencia al determinismo en su pensamiento. No obstante, aunque él no se daba cuenta de ello, no había logrado subordinar por entero su voluntad revolucionaria a los dictados del proceso histórico tal y como él lo entendía. En su esquema de pensamiento asoma de vez en cuando un elemento jacobinista. Esto se deja sentir, sobre todo, en la forma en que proponía modificar el proceso histórico por medio de la actividad política de la *intelligentsia* revolucionaria; y se pueden encontrar nuevas pruebas de lo mismo diseminadas en su forma de plantearse la transición del capitalismo al socialismo.

En contraposición con su imagen de la transición del absolutismo a un régimen constitucional, su postura ante aquella transición era poco clara. En presencia de un poder autocrático intransigente, no tenía duda de que sería necesaria la fuerza para la adquisición de libertades políticas. A partir de ese momento, la evolución económica y social interna iría preparando gradualmente el camino para la revolución socialista. El proceso que preveía implicaba el gradual ensanchamiento de las filas del proletariado, en armonía con la continua expansión de la empresa capitalista; la reunión de esta fuerza en continuo aumento en una comunidad con conciencia de clase que iría adquiriendo constantemente mayor poder en el órgano legislativo del Estado; y, finalmente, la conquista de la mayoría y del predominio político. Mientras por una parte parecía prever una transición evolutiva, y posiblemente pacífica, al socialismo, por otra sus obras están erizadas de términos tales como

«revolución», «conquista del poder» y «dictadura del proletariado» (*). Sin duda, la Revolución francesa, con sus episodios conmovedores, enfrentamientos violentos y manifestaciones populares, influía fuertemente en su pensamiento, proporcionándole una especie de modelo acerca de cómo habría que hacer la revolución. Si así era, existía una contradicción entre el proceso evolutivo que pintaba y su pasión revolucionaria.

Nuevas pruebas sobre su inclinación jacobina aparecen en las ocasionales observaciones acerca de la posible solución internacional de la revolución rusa. En su opinión, la victoria de la revolución proletaria en Occidente acortaría la fase capitalista en la historia de Rusia. Aunque no ofrecía indicaciones precisas, puede conjeturarse que ello se podía producir de tres formas diferentes: (*a*) caso de que uno o más regímenes revolucionarios establecidos intervinieran directamente en una guerra por el socialismo; (*b*) si el proletariado, inspirado por las noticias de una victoria socialista en el extranjero, desencadenaba una ofensiva revolucionaria en la patria; o (*c*) si se producía una combinación de las dos posibilidades anteriores. Cualquiera de estas posibilidades hubiera significado una total desviación del camino para alcanzar el socialismo que casi invariablemente señalaba Plejánov. Podemos suponer que veía posible una revolución socialista allí donde el capitalismo hubiera progresado lo suficiente para crear un proletariado de proporciones considerables, aunque todavía no supusiera una mayoría, y allí donde los trabajadores fueran claramente conscientes de sus objetivos de clase y estuvieran impacientes por alcanzarlos. En tal caso, toda la fuerza que le faltara al proletariado quedaría compensada por el apoyo de un poder socialista extranjero. Plejánov hizo pública tal posibilidad en el congreso de la Internacional de 1893, viendo una analogía en la extensión de los ideales de 1789 en Alemania por los ejércitos revolucionarios de la Convención francesa.

Tomando en conjunto sus escritos marxistas, se puede observar que la forma en que Plejánov concebía el movimiento hacia el socialismo dependía inequívocamente de un proceso evolutivo «natural», conforme a las leyes. Pero lo que él denominaba condiciones económicas y sociales previas para el socialismo eran evidentemente susceptibles de modificación, en especial en el sentido de hacerse menos rigurosas y obligatorias bajo

* Términos con un carga tal no se encuentran en el programa de Gotha. ni tan siquiera en el más combativo programa de Erfurt, del Partido Socialdemócrata Alemán.

determinadas circunstancias. En efecto, pocos eran los marxistas más atentos que Plejánov a las exigencias del determinismo económico. Y aun así no logró establecer un equilibrio perfecto entre el voluntarismo y el determinismo, ni tan siquiera a nivel de argumentación lógica. Tanto más probable era que se produjeran desequilibrios a nivel práctico. Tanto más probable que otros menos quisquillosos que él fuesen incapaces de conservar el equilibrio. Iba ésta a ser una dificultad crítica en el sistema de Plejánov y un problema periódico para la socialdemocracia rusa. Una y otra vez tuvo Plejánov que hacerle frente. En cierta forma, toda su carrera se vio sembrada de luchas centradas en temas tales como la oposición entre la utopía y la ciencia, entre el voluntarismo revolucionario y el determinismo, y entre el subjetivismo y las leyes históricas.

8. UNA DECADA DE AISLAMIENTO

Durante la década posterior a la publicación de *El socialismo y la lucha política*, la vida política e intelectual de Plejánov se centró en el grupo Emancipación del Trabajo. Esta organización, creada en 1883, pervivió veinte años, hasta su disolución durante el segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. En el curso de la segunda década de su existencia, el grupo fue un elemento prominente dentro del movimiento socialdemócrata. Pero en el período comprendido entre 1883 y 1893, no sólo fue prominente dentro del movimiento; fue el movimiento en sí. Pues la historia del marxismo ruso durante ese período coincide con la del grupo Emancipación del Trabajo (*). Durante la década siguiente, los primeros marxistas desaparecieron sumidos en la corriente socialdemócrata que tanto habían contribuido con sus esfuerzos a crear. No obstante, antes de que se planteara dicha feliz oportunidad, padecieron aislamientos, frustraciones y agotamiento físico, capaces de rendir a cualquiera que no estuviera totalmente comprometido.

Los infortunios de Plejánov y sus amigos pueden atribuirse en parte a los tiempos poco propicios entonces para la actividad revolucionaria en Rusia. La ola de oposición que se había desencadenado en 1873 se inspiraba en el idealismo, dedicación y optimismo de la juventud revolucionaria. Es más, los revolucionarios alcanzaron un significado fuera de toda proporción con

* Para una reciente versión soviética de este período, véase el capítulo 2 de Polevoi, *Zarozhdenie marksizma v Rossi*, que ofrece detalles sobre las publicaciones del grupo Emancipación del Trabajo y las actividades de Plejánov dentro del movimiento socialista internacional. Más de la mitad de este voluminoso libro está dedicado a los pocos grupos rusos que durante el período 1883-94 se inclinaban hacia el marxismo. Este estudio debe tomarse con precauciones respecto a las opiniones de Marx y Engels sobre el movimiento revolucionario ruso en general y el grupo Emancipación del Trabajo en particular.

su número, gracias al aliento que les daba la insatisfacción e inquietud de la sociedad en general.

Las autoridades gubernamentales estaban en ascuas por miedo a los rumores que circulaban entre los campesinos relativos a un inminente reparto de la tierra que pudieran desatar una oleada de levantamientos. Una crisis industrial, que trajo consigo paro y reducción de salarios, culminó en una erupción de actividades huelguísticas en 1878-79. Las universidades se convirtieron en centros de propaganda radical y en campo de reclutamiento para el ejército revolucionario. Entre las clases educadas, no sólo los malos tratos infligidos a los revolucionarios presos, sino además la falta de seriedad que caracterizó a la campaña contra los turcos en 1877-78, fueron causa de la extensión de las tendencias antigubernamentales. Algunos llegaron incluso a desear que Rusia perdiera la guerra, pues un desastre como el de 1856 podía, una vez más, ser motivo de reformas. Al término de la guerra, cuando el Zar permitió la instalación en Bulgaria de un gobierno constitucional, el *zemstvo* de Járkov tuvo la temeridad de pedir a Alejandro II «que conceda a su leal pueblo lo que ha concedido a los búlgaros». Durante aproximadamente un año, los *zemstvo* advirtieron repetidas veces al Zar que no podían colaborar en la lucha contra los revolucionarios mientras siguieran pisoteados los derechos del pueblo. En resumen, el talante del país durante aquellos años —en particular 1876-80— era tal que el movimiento revolucionario podía contar con un amplio apoyo material y moral, así como con un flujo continuo de nuevos militantes que ocupaban el lugar de aquellos exiliados o encarcelados.

El ímpetu de los revolucionarios no sufrió alteración, a pesar de sus fuertes pérdidas, hasta que las medidas draconianas decretadas por el gobierno de 1878 en adelante, amenazaron con poner fin a sus actividades. En efecto, en 1880 la oposición en Rusia tuvo motivos para creer que el gobierno se estaba viendo forzado a hacer importantes concesiones al pueblo. Pues Loris-Mélikov, nombrado por el Zar en febrero de aquel año, no sólo aligeró la presiones que se ejercían sobre los *zemstvo* y la prensa hizo dimitir al odiado conde Tolstoi como Ministro de Educación, sino que además preparó un proyecto para un mínimo de participación popular en las labores de gobierno. Este proyecto, que difícilmente hubiera podido satisfacer las exigencias de los revolucionarios, debía haberse convertido en ley el mismo día que los miembros de Naródnaia Volia asesinaron a Alejandro II. Si bien en un primer momento la oposición celebró el «glorioso triunfo», más tarde se pudo medir la autén-

tica transcendencia de lo hecho. Los revolucionarios habían forzado todos sus triunfos, pero no habían logrado rendir al enemigo. Por fuerza de hábito, siguieron comportándose como si nada hubiera pasado, pero no volvieron a recuperar el antiguo optimismo. De hecho, había sido la autocracia rusa quien había vencido en el duelo, puesto que los revolucionarios no poseían arma capaz de derribarla. Con una serie de detenciones entre 1881 y 1884, el gobierno quitó de en medio a casi todos los dirigentes veteranos de los terroristas. A causa de la larga serie de fracasos revolucionarios, el aparente descrédito de las ideas en que se había basado el movimiento, y los duros castigos impuestos a los detenidos, la corriente de refuerzos que fluía hacia el movimiento se redujo a un simple goteo. La desilusión de los propios terroristas, de la juventud educada de donde procedía el grueso de sus refuerzos, y de aquellos elementos de la sociedad que habían puesto parte de sus esperanzas en sus iniciativas revolucionarias, constituyó un factor principal en la disminución del entusiasmo por las actividades revolucionarias en la década de 1880.

El otro factor principal fue el régimen fuertemente reaccionario y represivo impuesto al país por el gobierno de Alejandro III. El nuevo Zar consideraba que el trágico final de su padre era una consecuencia lógica y deplorable de su falta de firmeza ante el liberalismo, y de su indecisión al hacer frente a las fuerzas «subversivas». Como si quisiera protegerse frente a violaciones tan lamentables del arte de gobernar, eligió como principal consejero y colaborador suyo a Constantín Pobedonóstsev, archipartidario de una política militante de «autocracia, ortodoxia y nacionalismo». No pasaría mucho tiempo antes de que Pobedonóstsev lograra que el conde Tolstoi volviera al gobierno, esta vez como Ministro de Gobernación —medida que simbolizaba las intenciones autocráticas de Alejandro III y en flagrante contradicción con la opinión pública—. De común acuerdo con el Zar, hombres de tal calaña pusieron en práctica una política de apoyo a los grupos «de confianza», de control más estricto sobre aquellos en quienes «no se podía confiar» y de supresión de los adversarios. Con tal firmeza y energía cumplieron con esta política que contribuyeron notablemente a la drástica reducción de la actividad revolucionaria durante ocho o nueve años y a un considerable cambio en el talante de la sociedad.

Considerando que los nobles eran la clase social más segura y leal, el gobierno se las arregló para sacarles de sus dificultades financieras por medio de la creación, en 1885, de un banco

inmobiliario especial para los nobles, con poderes para hacer préstamos monetarios en condiciones mucho más ventajosas que aquellas a que podían aspirar los campesinos. La situación de los nobles fue reforzada también gracias a un decreto de 1890 que reducía la representación de los campesinos en los *zemstvo*, y con la creación en 1889 del puesto de *zemski nachálnik* (jefe del *zemtsvo)*. Los titulares de estos puestos, a quienes se concedía autoridad tanto administrativa como judicial sobre los campesinos, debían ser nombrados exclusivamente entre la nobleza local. En un aparente intento de reforzar todavía más su situación, el gobierno erigió barreras arancelarias en beneficio de los empresarios rusos, y protegió además a esta clase en otras formas. Sin duda esperaba que la burguesía rusa, en base a un *quid pro quo*, se consolase por su falta de voz en la política nacional.

En cuanto a los campesinos, se acumularon sobre ellos tantas indignidades y gravámenes durante el reinado de Alejandro III que muchos de ellos llegaron a pensar que iba a restaurarse la servidumbre. Unas leyes de 1886 reforzaban la estructura patriarcal de la familia campesina y establecían condiciones onerosas para los contratos entre los obreros del campo y sus empresarios. La institución de jefe de *zemstvo* tenía que recordar al campesino el viejo orden. El régimen, sin duda, esperaba por medio de este ardid cortar de raíz cualquier desorden campesino incipiente, y, de paso, desplazar a todo revolucionario que hubiera podido infiltrarse en un distrito rural. Para evitar que los campesinos pudieran intentar utilizar los *zemstvo* para presentar sus reivindicaciones, se concedía a los nobles una confortable mayoría en estas instituciones. La situación de depresión industrial, y la violenta resistencia de los obreros fabriles a la disminución de su nivel de vida, trajeron como consecuencia la primera legislación laboral, en 1882 y 1886. Pero esta aparente desviación de la línea general de reacción, perdió pronto gran parte de su significado a causa de la resistencia de los propietarios de las fábricas a la puesta en vigor de la legislación.

En un esfuerzo por estrangular las fuentes de la libertad de discusión y pensamiento, el gobierno puso en vigor medidas represivas de eficacia ya reconocida contra la prensa y las escuelas, e inventó varias nuevas. La censura se hizo más rigurosa, y cualquier periódico con el más ligero tinte liberal se vio obligado a suspender su publicación. Las escuelas seculares para campesinos fueron puestas bajo control del Santo Sínodo; se dio instrucciones a los institutos de no aceptar a los estu-

diantes procedentes de familias humildes; y las universidades se vieron privadas de su autonomía y puestas bajo el control del Ministerio de Educación. Se reforzó enormemente la disciplina en las instituciones de educación superior, se ordenó a los estudiantes que llevaran uniforme, y las mujeres quedaron casi excluidas. La reorganización de las universidades adoptó también la forma de una desvalorización de los estudios científicos, sociológicos y filosóficos, y de la destitución de profesores tan destacados y controvertidos como Kovalevski y Semevski. Cualquier estudiante que, aun a pesar de todas estas medidas preventivas, diera muestras de tendencias radicales era mejor que desistiese de cualquier acción; pues, no dejando pidra sobre piedra, el gobierno había reforzado la organización policíaca, disminuido todavía más la independencia de los tribunales, y endurecido las condiciones de vida en los penales.

Los efectos mutuamente influyentes del declinar de la protesta social y la política represiva del gobierno determinaron el carácter peculiarmente embrutecedor de la década de 1880. De acuerdo con Ivanov-Razúmnik, historiador del pensamiento social ruso, la mayor parte de la *intelligentsia* hizo traición a su gloriosa tradición al no ofrecer una seria y sostenida resistencia a la furiosa embestida de la reacción.[1] Se dejaba sentir muy poco idealismo social, y en las infrecuentes ocasiones en que ciertos grupos se atrevían a opinar sobre cuestiones sociales, su acción adoptaba formas defensivas. Los estudiantes se manifestaban una y otra vez en contra de la imposición de nuevas normas oscurantistas. La disminución de los ingresos de los obreros y las multas fueron motivo de disturbios laborales. En cuanto a los *zemstvo,* la demanda de una constitución dio paso a una simple lucha por la existencia. El deseo de cambio político y social, en apariencia tan extendido en la década de 1870, estaba claro que había dado paso ahora a un deseo de conciliación con la realidad. La creencia en la omnipotencia de la *intelligentsia* daba paso a la creencia en la omnipotencia de la policía. Los «liberales» actuaban y hablaban como si todo fuera a ir bien en Rusia simplemente con que los burócratas fueran unos honestos abstemios y trabajaran concienzudamente. El autoperfeccionamiento, considerado antes como medio para la liberación del pueblo, se convertía ahora en un fin en sí mismo.

1 Este párrafo se basa en gran medida en el brillante relato de Ivanov-Razúmnik sobre el estado de ánimo de la sociedad en la década de 1880. en *Istóriia rússkoi obschéstvennoi misli* (Historia del pensamiento social ruso), II, pp. 291-333.

«Las pequeñas cosas», se decía ahora, son más eficaces para la construcción de una sociedad mejor que las obras atrevidas pero sin provecho. Los hombres tendían a evitar los grandes interrogantes de la vida, concentrándose en lugar de ello en lo inmediato y excusándose de cualquier responsabilidad social remitiéndose a la modestia de sus dotes. La mediocridad, la vulgaridad y el aburrimiento eran ahora el sello de la sociedad. En cuanto al sentido de la existencia, podía definirse más o menos con la siguiente frase: «Más vale ser un cerdo satisfecho que un ser humano miserable».

Tan envolvente se hizo esta atmósfera que llegó incluso a penetrar profundamente en los focos históricos del fermento revolucionario, las universidades. Un estudiante de San Petersburgo nos describe así el cambio en la situación a fines de la década de 1880:

> Había pocos combatientes con espíritu de sacrificio suficiente para consagrarse totalmente a la causa. Yo no llegué a conocer casi a ningún revolucionario profesional y no conocí a ninguno en la clandestinidad ... Casi nadie pensaba en abandonar la Universidad ... en entregarse por entero a la revolución. Todos querían acabar la carrera lo antes posible y a continuación vivir enteramente de acuerdo con la ley.[2]

Evidentemente, el clima social ruso en la década de 1880 no era demasiado adecuado para el avance de cualquier movimiento revolucionario, al margen de su ideario. Pero la situación era especialmente poco propicia para los seguidores de Marx. Después de todo, el proletariado, en que tenían depositadas todas sus esperanzas, era todavía tan reducido que casi no se podía contar con él. Pero más que eso, la historia ejercía una fuerte influencia en la mente de quienes se consideraban todavía socialistas revolucionarios. Aun cuando el populismo y el terrorismo hubieran dejado de ser fuentes de inspiración, los simpatizantes con el radicalismo se mostraban reacios a romper con ideas e ideales que habían motivado acciones tan heroicas y dado vida a una tradición tan rica. Se dejaba sentir una particular falta de interés por arrumbar un bagaje ideológico acariciado durante años, para dar paso a la socialdemocracia, credo en que pocos confiaban y que muchos desdeñaban. Aunque Plejánov y sus amigos hubieran cambiado de opinión a este

2 V. B., «Vospominániia Peterburzhtsa o vtorói polovine 80-j godov» («Recuerdos de un peterburgués sobre la segunda mitad de la década del 80»), *Minúvshie godi* (Los años pasados), 1908, núm. 10, p. 169.

respecto, los radicales rusos en general seguían considerando a la socialdemocracia una ideología no revolucionaria y peculiar de los alemanes. Dice mucho acerca del recibimiento que esperaban, el que los marxistas rusos eligieran un nombre tan inocuo para su organización basándose en que si elegían llamarse socialdemócratas rusos, su movimiento podía arruinarse antes de haber nacido (*).

Esta táctica precavida, sin embargo, no logró disminuir el escepticismo y frialdad con que fue recibido el nuevo grupo. Lavrov era portavoz de los sentimientos de muchas personas, además de los suyos propios, cuando describía los esfuerzos de Plejánov como más perjudiciales que positivos para el movimiento revolucionario. El y Tijomírov advirtieron a sus camaradas en Rusia que no mantuvieran relaciones con el grupo a causa de sus lamentables ataques contra los terroristas en *Nuestras diferencias.*[3] No creo que haya que aclarar que los simpatizantes de Naródnaia Volia siguieron su consejo. Inmediatamente después de la fundación del grupo, Zhukovski, un viejo bakuninista emigrado, hizo el siguiente juicio sardónico sobre el mismo: «Vosotros no sois revolucionarios, sino estudiantes de sociología».[4] El periódico de la oposición (*Obschee dielo* (La causa común), defendiendo la imposibilidad de aplicar las ideas de Marx a Rusia, sugería irónicamente que la segunda obra de Plejánov debía haberse titulado con más propiedad *Nuestras equivocaciones.*[5] Aún algunos años más tarde otro crítico señalaría —y no sin cierta justificación— que el programa del grupo estaba «escrupulosamente copiado del alemán».[6]

Los fundadores de Emancipación del Trabajo habían previsto que su grupo iba a verse asediado por facciones rivales de revolucionarios rusos. Pero lo que no esperaban era la respuesta negativa obtenida de los socialdemócratas occidentales. Suponían que podrían contar con el cálido apoyo de quienes en Occidente compartían sus puntos de vista marxistas, y descubrían que su iniciativa era recibida con desaprobación también en dicho sector. Axelrod, que estaba en estrecho contacto con

* Deutsch, *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá»*, I, pp. 169-70. En fecha tan tardía como 1889, Engels señalaba a los miembros del grupo las desventajas de titularse socialdemócratas; ver *Sochinéniia*, XXIV, 174.

3 *Istóriko-revoliutsionni sbórnik* (Recopilación histórico-revolucionaria), II, p. 185.

4 Deutsch, *Gruppa*, I, p. 11.

5 Citado en «Bibliografiia», *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1933, núm. 10, pp. 134, 136-137.

6 Citado por Plejánov en *Sochinéniia*, IV, p. 277.

los socialdemócratas alemanes en Zurich, se quejaba amargamente a sus compañeros:

> Estoy convencido de que aun los más ardientes adversarios del bakuninismo y el blanquismo entre los socialdemócratas (occidentales) están dispuestos a reconciliarse con el uno y el otro en Rusia, y a recibir triunfalmente al diablo en persona, sólo con que logren hacerles creer en su poder para hacer frente al absolutismo ruso, y librar al mundo civilizado de este baluarte de la reacción.[7]

Acababa de describir perfectamente la razón de la fría recepción dedicada al nuevo grupo por sus camaradas occidentales. Caso de que el propio Marx todavía hubiese vivido, su reacción probablemente hubiera sido la misma. Había enseñado a sus seguidores en Occidente a considerar a la autocracia rusa como el mayor obstáculo para el progreso en Europa. Y ni él ni sus partidarios se mostraron demasiado quisquillosos con la orientación ideológica de quienes combatían enérgicamente contra el zarismo. Naródnaia Volia parecía ser, en tiempos de Marx, la fuerza más potente que había entablado batalla con el enemigo, y aquél hablaba de los terroristas en términos muy admirativos.[8] Tan intensamente deseaba su triunfo, que llegó a persuadirse a sí mismo y a otros de que efectivamente tenían poder para ganar la batalla al régimen autocrático. Tal supervaloración de las posibilidades de Naródnaia Volia llevó a los marxistas occidentales a considerar cualquier palabra o acción dirigida en contra de ella como un ataque contra el movimiento revolucionario ruso, y además como un perjuicio para el socialismo occidental. De ahí que, sean cuales fueren sus intenciones, cuando Plejánov y sus amigos dieron vida a una organización revolucionaria rival e iniciaron una polémica contra los terroristas, difícilmente pudieran contar con las bendiciones de los socialistas occidentales.

Para disgusto suyo, el propio Engels advirtió al grupo que dudaba de que tuvieran razón. En una carta a Vera Zasúlich, de notable ambivalencia,[9] expresaba primero orgullo y gratitud por la aparición de una corriente marxista en Rusia y luego hablaba críticamente de la estrategia trazada por Plejánov en *Nuestras diferencias* (*). Olvidando sus críticas a Tka-

7 Axelrod, «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá"» (El grupo Emancipación del Trabajo), p. 97.

8 Marx y Engels, *Correspondence, 1846-1895*, pp. 390-391.

9 *Perepiska Marksa i Engelsa*, pp. 249-252.

* Hablaría con más claridad a Kautsky, a quien diría que Rusia necesitaba «una revolución más que un programa». Citado en Keep, «The Development of Social Democracy in Russia», p. 19.

chev una década antes aproximadamente —críticas que habían contribuido mucho a la formación de las opiniones expresadas por Plejánov— afirmaba que si un golpe blanquista nunca había tenido posibilidades de triunfar, era precisamente en San Petersburgo. Rusia estaba acercándose a su 1789, predecía, y nada importaba bajo qué bandera se iniciara la revolución. Claramente, consideraba que Naródnaia Volia representaba la vanguardia del movimiento revolucionario. Mucho mejor sería que todos los elementos revolucionarios sumaran sus fuerzas en contra de la autocracia en lugar de disipar sus energías en luchas intestinas.

Enfrentado a la indiferencia, el recelo, y en ciertos sectores la hostilidad abierta, el grupo Emancipación del Trabajo se lanzó resueltamente a dar una nueva dirección al movimiento revolucionario ruso. Proponía avanzar hacia ese fin por medio de la distribución en Rusia de literatura marxista: traducciones de las obras de Marx y Engels, así como análisis escritos especialmente sobre la vida social y económica rusa, que constituirían la base de su programa socialdemócrata. Con la distribución de tal literatura se pretendía privar a la ideología populista del crédito de que todavía disfrutaba entre la *intelligentsia* radical, y conseguir que el mayor número posible de miembros de la misma adoptaran su programa. El grupo creía que era esencial ganarse una sólida base en la *intelligentsia,* pues hacía descansar en la misma la labor de iniciar la agitación entre el proletariado, de reunir a obreros en unidades de un futuro partido socialdemócrata, de preparar a estas fuerzas para una lucha vigorosa en favor de la libertad política.

Recordando las antiguas posturas de Lavrov que tanto había ridiculizado Plejánov, el grupo consideraba ahora la propaganda como preliminar indispensable para la acción revolucionaria. Dado que Plejánov atribuía los fracasos del movimiento a sus defectos teóricos, y dado que consideraba la forma de vida de los revolucionarios en la clandestinidad incompatible con un trabajo teórico continuado, él y sus asociados decidieron establecer su organización en el extranjero. Allí, seguros contra cualquier interrupción violenta, podían dedicarse en libertad y tranquilidad a su tarea de sentar los fundamentos del marxismo ruso. Podrían llevar adelante un continuado empeño teórico, manteniéndose al día y haciendo uso de las ideas más avanzadas para verter luz sobre la cambiante situación rusa y, a través de sus publicaciones, ofrecer una inestimable dirección y guía a los revolucionarios activos. De hecho, se pretendía que el grupo fuese una especie de sindicato revolucionario de cerebros. Como tal, no podía estar expuesto a los azares de la vida en Rusia.

Si bien esta estrategia tenía sentido y ofrecía unas ventajas reales, también ofrecía graves desventajas. Existían extraordinarias dificultades para mantener un contacto inmediato y vital con los acontecimientos y las gentes de la patria. Durante largos períodos, mientras no contaron con contactos dignos de crédito, los *osvobozhdentsi* se sintieron como una voz gritando en el desierto. Se veían obligados a dedicar mucho tiempo y energías simplemente a encontrar formas y medios para hacer entrar su propaganda en Rusia —intención que no pocas veces se vio frustrada por la captura de sus envíos por los guardias fronterizos u otros agentes policiales. Lo más serio de todo quizá fuera que los marxistas no se hallaban en situación de responder rápida y precisamente a la evolución diaria de los acontecimientos en Rusia, y por tal motivo estaban divorciados de las actividades y preocupaciones inmediatas de los revolucionarios en el interior. Un grupo pequeño que se proponía actuar como cabeza de un movimiento, pero separado de su tronco por una gran distancia, estaba destinado a tener dificultades.

Por supuesto, una organización mayor quizá hubiera podido establecer una base más sustancial y efectiva en Rusia y tender un puente más firme entre los emigrados y su tierra natal. Pero cuando se fundó, el grupo Emancipación del Trabajo contaba nada más que con cinco personas: Plejánov, Axelrod, Deutsch, Vera Zasúlich y V. I. Ignátov; y pronto se vería reducido a tres. Ignátov, que había proporcionado una considerable cantidad de dinero con que respaldar a la nueva organización, moría en 1885 de tuberculosis, enfermedad que desde el principio le había impedido tomar una parte muy activa en el trabajo de la misma. Deutsch era detenido a mediados de 1884 en Alemania, adonde había ido a preparar el envío de un cargamento de literatura ilegal a Rusia. Las redes tendidas por Bismarck para los socialdemócratas alemanes establecidos en Suiza habían capturado una pieza insospechada. Después de su extradición a Rusia, Deutsch fue enviado a Siberia para cumplir una larga condena.[10]

Su detención fue un golpe gravísimo para el grupo; como escribiría Axelrod más tarde:

> Sobre los hombros de Deutsch descansaban todas las tareas materiales y administrativas del grupo. Con inagotable energía, esta-

10 Deutsch nos ofrece los detalles sobre su detención, extradición, y exilio en sus memorias *Sixteen Years in Siberia.*

blecía contactos que pudieran, en cualquier circunstancia, sernos útiles, buscaba fuentes financieras, manejaba la imprenta, mantenía correspondencia con distintas ciudades donde había jóvenes con mentalidad revolucionaria, preparaba la distribución de nuestras publicaciones; en general, llevaba a cabo todo el trabajo administrativo y organizativo del grupo.[11]

No se pudo encontrar nunca a nadie que pudiera llenar el hueco que había dejado. Fueran cuales fuesen sus virtudes, los restantes miembros del grupo demostraron escasa capacidad para las labores prácticas. Los intereses de Plejánov se centraban en el campo de la teoría, y, dentro de lo posible, dejaba las tareas organizativas a los demás; y ni Axelrod ni Zasúlich poseían las dotes administrativas de Deutsch. En ausencia de un organizador dotado, difícilmente podían llegar a buen puerto las tareas que el grupo se había impuesto.

No es necesario decir que las virtudes y debilidades del grupo eran las virtudes y debilidades de sus miembros. Plejánov era un hombre con una capacidad intelectual y teórica sobresaliente, así como un escritor bien dotado, y su presencia en el grupo hacía virtualmente seguro que sus ideas, caso de tener audiencia, iban a atraer la atención y despertar interés. Pero para tener audiencia, para reunir simpatizantes con objeto de iniciar actividades concertadas, para establecer contactos de confianza entre los distintos grupos y los emigrados y para mantenerlos, para todo ello y mucho más, se requería una atenta administración y una organización, cosas ambas que nadie en el grupo podía garantizar. No es difícil, pues, entender por qué su influencia se ejerció a través de caminos más bien tortuosos y apartados, y por qué, aunque finalmente lograra un impacto ideológico, sus empresas organizativas terminaron casi invariablemente en el fracaso.

Los primeros esfuerzos por establecer y mantener contactos con revolucionarios activos en el interior de Rusia abrieron el camino a una década de frustración y aislamiento casi total. Durante los meses últimos de 1883 y primeros de 1884, enviaron gran cantidad de cartas a individuos aislados y grupos revolucionarios en Rusia. En ellas explicaban sumariamente las intenciones y esperanzas del nuevo grupo, y pedían intercambio de ideas, el envío de representantes al extranjero para dialogar con los marxistas emigrados, establecer contactos organizativos, y aportar auxilio financiero. Los *Osvobozhdentsi* expresaban su deseo de discutir y, si fuera conveniente, modificar su programa

11 Axelrod, «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá"», p. 97.

y proporcionar a los activistas la literatura que pudieran necesitar. A nivel más general, señalaban a los revolucionarios de Rusia las ventajas de un centro en el extranjero que pudiera mantener la continuidad del movimiento y asegurar que su actividad no se apartara de una línea clara y consistente. Una de las cartas que se conservan,[12] escrita por Axelrod, demuestra que las esperanzas del grupo eran sorprendentemente modestas. Como objetivo mínimo, esperaban haber reclutado una fuerza de 300 a 400 propagandistas en tres o cuatro años, objetivo difícilmente armonizable con el planteamiento de Plejánov de conseguir las libertades políticas en un futuro inmediato. La pretensión de Axelrod, más realista, nos recuerda de forma concluyente lo diminuto de las fuerzas comprometidas entonces activamente en la lucha contra el zarismo.

Las primeras llamadas del grupo, que se hicieron no sin un cierto nerviosismo, consiguieron unas pocas respuestas favorables (*); suficientes como para hacer aconsejable el envío de un emisario a Rusia. El emisario, Saul Grinfest, recibió instrucciones de hacer un examen de la situación, y tratar de promover los intereses del grupo en cualquier forma posible. Era éste un encargo de mucho peso para un joven que apenas tenía mayor experiencia que el trabajo en la imprenta de Cherni Peredel. Sin embargo, Grinfest se las ingenió para entrar en Rusia y estableció contactos en la frontera y en Vilna, San Petersburgo y Moscú. Escribió al grupo de Suiza describiendo la confusión y desorganización que reinaban en los círculos revolucionarios rusos, pero veía también esperanzas de progreso. Varios individuos, decía, habían demostrado interés por el nuevo grupo, y un círculo de Moscú demostró sus deseos de colaborar reproduciendo, para su distribución, la carta de Axelrod pidiendo apoyo. Grinfest sugería que, de momento, el mejor medio para promover los puntos de vista y objetivos del grupo era el envío de un cargamento de publicaciones de la Biblioteca del Socialismo Contemporáneo.[13] Fue este envío el que condujo a la detención de Deutsch. Las publicaciones fueron interceptadas por la policía en Königsberg, y Deutsch detenido cuando fue

12 Deutsch, Gruppa, II, pp. 88-102. Otra carta similar escrita por Deutsch figura en la *Literatúrnoe naslédie Plejánova* (La herencia literaria de Plejánov), I, pp. 225-229.

* *Arkhiva P. B. Akselrod*, pp. 91-92. Deutsch equivocadamente informó muchos años más tarde que no se habían recibido respuestas; véase *Gruppa*, I, p. 19.

13 *Gruppa*, I, pp. 20-21, 41-44; «Iz perepiski Gruppi "Osvobozhdénie Trudá"», pp. 194-197.

de nuevo a Alemania para enviar un segundo cargamento. Inmediatamente después, eran detenidos también los pretendidos destinatarios en Moscú.

Pasaría casi un año antes de que pudieran establecerse nuevos contactos. Luego, los *osbozhdentsi* recibieron una comunicación muy alentadora procedente de un círculo revolucionario de San Petersburgo que se titulaba a sí mismo Partido de los Socialdemócratas Rusos. Este grupo de intelectuales y obreros estaba encabezado por el estudiante búlgaro Blagóiev, fundador posteriormente del Partido Comunista Búlgaro. El y su círculo, conocido a menudo como los *Blagoievtsi*,[14] decían a los marxistas emigrados, después de haber estudiado su programa: «Hemos llegado a la conclusión de que existen muchas cosas en común entre nuestros puntos de vista y los del grupo Emancipación del Trabajo».[15] Haciendo un homenaje a sus «camaradas en el extranjero, que tienen una preparación literaria mucho mayor y una experiencia revolucionaria mucho más amplia», los *Blagoievtsi* pedían el establecimiento de relaciones regulares entre ellos, el envío de literatura, y la discusión de algunos puntos del programa, y prometían el envío de fondos. No es de extrañar que Plejánov gritara con alivio a Axelrod: «No estábamos sufriendo en vano».[16] Así empezaba un período de colaboración de aproximadamente un año que sólo terminaría durante el invierno de 1885-86, cuando el grupo Blagóiev, al igual que había sucedido antes con otros, era borrado de la existencia por la policía.

Haciéndose eco del propio pensamiento de Plejánov, los *blagoievtsi* reconocían la gran confusión y la falta de dirección que

14 Para información sobre el círculo Blagóiev y sus relaciones con el grupo Emancipación del Trabajo, véase Serguievski, *Pártiia rússkij sotsialdemokrátov* (El partido de los socialdemócratas rusos); *Gruppa Blagóieva* (El grupo de Blagóiev); y «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá", i marksístkie kruzhkí» (El grupo Emancipación del Trabajo y los círculos marxistas). Estas obras deben ser utilizadas con precauciones. Véase también Blagóiev, «Krátkie vospominániia iz moéi zhizni» (Breves recuerdos de mi vida); Serguievski, «Kogdá i po kakomu póvodu bil napisan Plejánovim "Proekt Programmi Rússkij Sotsial-Demokrátov"» (Cuándo y con qué motivo escribió Plejánov el «Proyecto de programa de los socialdemócratas rusos»); N-ski, «K istori "Parti rússkij sotsial-demokrátov" v 1884-1886 gg.» (Acerca del partido de los socialdemócratas rusos en 1884-1886); «Programma pérvogo v Rosí sotsial-demokratícheskogo kruzhká» (El programa del primer círculo socialdemócrata de Rusia), *Bíloe* (El pasado), 1918, núm. 13.

15 *Bíloe*, 1918, núm. 13, pp. 49-52.

16 *Perepiska Plejánova i Akselroda* (Correspondencia de Plejánov y Axelrod), I, p. 21.

reinaban entre los revolucionarios rusos, y la necesidad de un trabajo teórico que les ayudase a encontrar su camino. El grupo de San Petersburgo, aunque se calificaba de socialdemócrata, afirmaba una serie de proposiciones que tuvieron que estremecer a Plejánov por su tosquedad e incoherencia. Pero los *blagoievtsi* reconocían la importancia de la agitación entre la clase obrera, y dado que estaban dispuestos a dejarse enseñar por los *Osvobozhdentsi*, estos últimos tenían pocos motivos de queja. Es más, su reacción ante *Nuestras diferencias*, una vez leído, debió hacer casi estallar de alegría a Plejánov. Pues lo describían como «el instrumento definitivo» para «aclarar la confusión mental» de los jóvenes *narodovoltsi* rusos: «Si este libro no les obliga por completo a aceptar enteramente las ideas de nuestro grupo ... indudablemente proporciona gran cantidad de material para la crítica del programa de Naródnaia Volia, y la revisión de dicho programa es absolutamente necesaria en interés de la lucha».[17]

Los meses de cooperación entre ambos grupos produjeron algunos resultados positivos. Se introdujo en Rusia un cargamento considerable de literatura marxista, distribuido después por el círculo de Blagóiev. La prometida ayuda financiera empezó a llegar, y la organización de San Petersburgo se las arregló además para publicar un par de números de un periódico para obreros en los que colaboraron tanto Plejánov como Axelrod. De tal forma, establecían su primer contacto con los obreros rusos desde que se habían hecho marxistas. Ambas partes intercambiaron puntos de vista sobre el programa, discusiones que condujeron al rechazo del proyecto de programa, elaborado en 1884, del grupo Emancipación del Trabajo, en favor de una versión modificada. Las alteraciones afectaban a puntos de detalle más que a las líneas fundamentales del programa que antes había redactado Plejánov.

Con la súbita desaparición del círculo Blagóiev, los *Osvobozhdentsi* perdieron virtualmente todo contacto organizativo con Rusia por un período de casi seis años. La única excepción fue alguna que otra correspondencia con uno u otro círculo. No sólo no inició el grupo directamente actividades en Rusia durante estos años, sino que muchas veces ignoraba acontecimientos de interés laboral o para el socialismo que se producían espontáneamente. Incluso no supieron nada de la huelga masiva en la fábrica textil Morózov, en 1885, hasta cierto tiempo después

17 *Gruppa*, VI, pp. 131-132.

de haber finalizado. El grupo no supo nada de una organización «socialdemócrata» titulada círculo Tochisski, formada tras la desaparición de los *blagoievtsi* y a su vez destruida en 1888, hasta que en 1891 recibieron una carta con una lista de los miembros que habían caído en manos de la policía. Su alegría no tuvo límites cuando tuvieron noticia de la celebración del 1 de mayo por los obreros de San Petersburgo en 1891, y el tono socialdemócrata de algunos discursos. Pero la manifestación había tenido lugar sin su participación o conocimiento.

Sólo hacia fines de 1891 establecieron los emigrados su primer contacto de importancia con revolucionarios del interior de Rusia, después del colapso del círculo Blagóiev. Percibiendo una aceleración del pulso de la vida social en la patria, el grupo envió un agente para establecer relaciones con todos los círculos que pudiera encontrar que profesaran simpatía por la socialdemocracia. Este agente, Raichin, entró en contacto con un grupo de Varsovia, y en San Petersburgo conoció a algunos miembros del importante círculo de Brúsnev.[18] Sus negociaciones con este último condujeron a un acuerdo de ayuda mutua y a planear la formación de un movimiento que abarcara toda Rusia.[19] Sin embargo, una vez más intervino la policía. En el proceso de desarrollo de una actividad considerable entre los obreros industriales, los *brusnevstsi* empezaron a ser vigilados por la policía, y cuando ya los revolucionarios parecían estar preparados para la extensión de su trabajo, la policía detuvo a Raichin y liquidó el grupo de Brúsnev.

La súbita extinción de esta chispa de esperanza apenas encendida, debió ser terriblemente descorazonadora para Plejánov y sus asociados. ¿Se vería obligado el grupo a esperar otros cinco o seis años antes de poder establecer nuevas relaciones? ¿Y no ocurriría entonces lo mismo que acababa de suceder? En sus publicaciones, los marxistas emigrados hicieron de tripas corazón. Afirmaban ver en la evolución social de Rusia presagios de un inevitable levantamiento revolucionario. Pero difícilmente podrían evitar preguntarse en ocasiones semejantes si no sería un fracaso la misma empresa en que se habían comprometido; si no seguirían aislados, no encontrando su mensaje

18 Puede encontrarse gran cantidad de información sobre este grupo en *Ot Gruppi Blagóieva k soiuzu borbi* (Del grupo de Blagóiev a la Unión de Lucha), de Olminski. Ver también el ensayo de Brúsnev, «Vozniknovénie pérvij sotsial-demokratícheskij organizatsi» (Surgimiento de las primeras organizaciones socialdemócratas), pp. 16-32.

19 Perepiska Plejánova i Akselroda, vol. I, pp. 71-73.

más que oídos sordos, hasta el fin de sus días. Poco podían saber ellos que 1891-92 señalaba el final de una época de indiferencia social, y el umbral de una etapa sin precedentes de actividad de la oposición. Difícilmente podían imaginar, ni en los momentos de máximo optimismo, los grandes éxitos que el marxismo estaba destinado a conseguir antes de terminar el siglo XIX.

El tamaño diminuto del grupo dificultaba materialmente la realización de sus proyectos, pero aun a pesar de las muchas oportunidades, no aumentó de tamaño. En un primer momento, y en especial cuando se dieron cuenta de las dificultades para mantener contacto con Rusia, los *Osvobozhdentsi* se las arreglaron para difundir sus objetivos por medio de su propaganda entre los estudiantes rusos en Suiza. Lo mismo que a principios de la década de 1870, la República Suiza podría convertirse en un campo de entrenamiento para revolucionarios que posteriormente irían a trabajar a Rusia. Mientras tanto, el círculo de personas que habían abrazado el marxismo se podría ensanchar por medio de conferencias y propaganda individual, y quienes cayeran bajo la influencia del grupo quizá pudieran colaborar en sus actividades. Los emigrantes, de hecho, lograron organizar círculos marxistas de estudiantes rusos en varias de las ciudades universitarias suizas,[20] pero fracasaron persistentemente a la hora de extender el grupo en sí.

Si querían jugar el papel de sindicato de cerebros, no podían aceptar en su círculo selecto a todo aquel que afirmase compartir sus puntos de vista. Sólo se entraba en él por invitación. Los *Osvobozhdentsi* se resistían a mezclarse con aquellos que Plejánov denominaba arrogantemente «veteranos que nunca han visto un campo de batalla». En uno u otro momento, se ofreció entrar a formar parte del grupo a Lavrov, Kravchinski y a Aptekman, sugiriendo que sólo querían como camaradas a revolucionarios templados, hombres de real estatura. No obstante, no sólo la experiencia contaba para los *Osvobozhdentsi.* Estaban dispuestos a mantener la calidad de sus publicaciones, caracterizadas por su consistencia y pureza de contenido ideológico. Era inconcebible que Lavrov o Kravchinski pudieran trabajar con ellos en la misma organización sin antes haber abrazado el marxismo. Pero si tuvieran que aceptar en sus filas a jóvenes sin

20 *Gruppa,* I, pp. 27-32. *Perepiska Plejánova i Akselroda,* vol. I, nos ofrece abundante información sobre las relaciones entre el grupo y los jóvenes marxistas en Suiza.

preparación tanto en la actividad revolucionaria como en conocimientos teóricos, corrían el peligro de perder su situación de dirigentes y ver cómo se desviaba, deformaba o abandonaba su línea ideológica. Y no estaban dispuestos a correr este peligro en aquella primera fase del marxismo ruso, cuando, desde su punto de vista, todo dependía de la claridad teórica. En esencia, desconfiaban de las cifras e insistían en una especie de élite dirigente del movimiento marxista. Pero sus jóvenes seguidores no podían menos que sentirse perplejos y ofendidos de que primero se les cortejase y luego se les mantuviera a distancia. La postura de los *osvobozhdentsi* enojó a muchos de sus jóvenes simpatizantes, quienes, una y otra vez, se negaban a colaborar, confirmando de tal forma su aislamiento y debilidad. En cierto sentido, el grupo había adoptado una política de autoaislamiento poco adecuada para la creación de un amplio movimiento social.

Entre los miembros del grupo, con toda probabilidad, era Plejánov el principal responsable del hincapié en el elitismo. Su intensa preocupación por la pureza ideológica no era compartida por sus colegas, pero la autoridad de que disfrutaba sobre ellos le permitía imponer sus puntos de vista. De vez en cuando, según parece, se sentía incómodo y con remordimientos por sus tendencias elitistas. En una carta a Axelrod muy reveladora, que anunciaba con quince años de anticipación la ruptura en 1903 entre ambos, decía: «¿Y mi jacobinismo? Es esencial que me contengas. Tienes todo el derecho a controlar mis tendencias centralistas y Jacobinas. Porque es verdad que soy culpable en ese sentido».[21] Se deja sentir en estas observaciones el anuncio del elitismo que subrayaría Lenin en su concepción del partido; pero hay que poner cuidado en no establecer un paralelismo demasiado exacto entre el elitismo de Plejánov y la posterior actitud de Lenin. Aun cuando Plejánov insistía en una dirección elitista en aquella etapa embrionaria del movimiento, esperaba que este principio dejara de tener sentido en el futuro partido socialdemócrata. Y así, estipulaba que los propios obreros serían quienes formularan los detalles del programa del partido.[22]

Además de sus intentos de extender la organización en Rusia y reclutar y preparar cuadros en Suiza, el grupo, de cuando en cuando, intentaba sumar sus fuerzas a las de los representantes

21 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 44.
22 *Sochinéniia*, II, pp. 358, 361.

en la emigración de otras tendencias de oposición. Estos intentos casi invariablemente terminaron en fracaso, en parte a causa del legado de mala voluntad que habían dejado los ataques contra otros grupos. Plejánov, cuya pluma era el arma principal de su arsenal, prestaba muy poca atención a la sensibilidad de los radicales. Si se había mostrado generoso en sus alabanzas a los pasados servicios de los *naródniks* y los *narodovoltsi*, el tratamiento cáustico reservado a sus epígonos le ganó la enemistad de quienes conservaban alguna simpatía por el populismo o el terrorismo. Su estilo, tajantemente polémico, lleno de adjetivos peyorativos, estocadas penetrantes y burlas despiadadas, sin duda hizo retroceder a muchos lectores no comprometidos. Por otro lado, su categórica seguridad en su postura personal sorprendía a muchos como una intolerable arrogancia. Las heridas que infligía a sus adversarios tendían a repeler a muchos radicales que creían en unas relaciones fraternas entre todas las facciones revolucionarias. Su espíritu polémico levantó barreras casi insuperables para la colaboración con otros grupos cuando los propios *osvobozhdentsi*, posteriormente, la buscaron. Incluso los amigos de Plejánov le pedían, una y otra vez, que en provecho del movimiento marxista utilizara su estoque con menos frecuencia. Pero él no estaba dispuesto a ello. Cuando se le reprochaba su aspereza, replicaba que el mismo Jesucristo se había mostrado severo con sus adversarios.[23]

Muchos de los problemas que asediaban al grupo estaban relacionados entre sí. El deseo de seguridad de sus dirigentes traía como consecuencia su aislamiento de Rusia; y este aislamiento, añadido a su política de exclusivismo en Ginebra, eran causa de una aguda debilidad a nivel organizativo. Pero la existencia material del grupo dependía de sus relaciones y del apoyo que le prestaran los demás. A falta de tales relaciones, el grupo estuvo asediado de dificultades materiales a lo largo de su primera década de existencia, lo que no sólo impedía la expansión de sus actividades sino amenazaba su misma existencia. Era la suya una triple adversidad: una etapa de estancamiento del movimiento revolucionario en general, de aparente rechazo de la nueva ideología que intentaban difundir, y de privaciones y pesares personales.

A causa de la casi constante escasez de fondos, los *Osvobozhdentsi* se vieron forzados a experimentar de primera mano la horrenda pobreza y las preocupaciones tan familiares al prole-

23 *Gruppa*, II, p. 163.

tariado en cuyo nombre pretendían hablar.[24] Aparte de Ignátov, cuya contribución ayudó a que el grupo pudiera comprar una imprenta, los marxistas en el exilio no contaban con recursos propios. Los ingresos procedentes de la venta de publicaciones apenas bastaban para cubrir los costes de imprenta, de forma que poco o ningún ingreso tenían Plejánov y Axelrod de dicha fuente. Ambos, como coeditores de la Biblioteca del Socialismo Contemporáneo, habían preparado una escala de honorarios a pagar por obra publicada. Sin embargo, en aquellos casos en que les afectaba a ellos personalmente, su cumplimiento era más una excepción que la regla. Además, la mordaza puesta en Rusia a los periódicos y revistas progresistas, ponía fin a una fuente de ingresos que ambos habían explotado anteriormente. A excepción de ocasionales golpes de suerte, las contribuciones que recibía el grupo ni siquiera bastaban para satisfacer las sencillas necesidades de Plejánov y sus amigos.

Por tal razón, se vieron obligados muchas veces a aceptar trabajos bastante alejados de sus propósitos principales, pero indispensables para su supervivencia física. A principios de la década de 1880, Plejánov trabajó como preceptor de los hijos de familias rusas adineradas que residían en Ginebra o cerca de ella, si bien más tarde logró obtener algunos ingresos escribiendo para periódicos socialistas de Alemania y un poco en todas partes. Axelrod y su mujer montaron una empresa para la producción de *kefir*, un producto de la fermentación de la leche, que vendían a la colonia rusa en Zurich. Los oponentes del marxismo no tardaron en comentar irónicamente la incongruencia de un dirigente socialista explotando una empresa comercial. Vera Zasúlich, que no tenía familia, se ganaba a duras penas la vida trabajando de escribiente.

A pesar de estas extrañas ocupaciones, los miembros del grupo y sus familias sufrieron durante largos períodos de tiempo necesidades extremas, y en el caso de Plejánov los problemas se agravaban dada su poca salud. Como consecuencia de los años pasados en la clandestinidad revolucionaria, comiendo inadecuada e irregularmente, durmiendo poco y en continuo sobresalto, manteniendo continuamente la tensión, su organismo había quedado seriamente debilitado. En Suiza, el exceso continuo de trabajo y la mala alimentación, así como las privaciones que se imponía para poder atender a las necesidades de su familia, le llevaron a caer gravemente enfermo de tuberculosis. Entre 1885 y 1888 estuvo flotando entre la vida y la muerte. Su fiel camarada Zasúlich y su mujer lograron finalmente devolverle la salud, pero nunca llegaría a una total recuperación (*). A partir de entonces, padeció de ataques periódicos, y al final moriría efectivamente de tuberculosis. A partir de 1889, también Zasúlich padeció la misma enfermedad.

24 Material informativo sobre este tema puede encontrarse en *Perepiska Plejánova i Akselroda;* Axelrod, «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá"»; y Deutsch, *Gruppa, pássim.*

Dadas las circunstancias, Rosaliia Márkovna volvió a pensar en hacerse médico. Como socialista convencida, aprobaba una división del trabajo dentro de la familia, lo que permitiría a Plejánov dedicarse por entero a la causa revolucionaria. Desafortunadamente, se vio obligada a repetir en Ginebra gran parte de los estudios que ya había realizado en Rusia, y quizá también el nivel en Suiza fuese más elevado. En cualquier caso, hasta 1895 no obtuvo su título y empezó a ejercer su carrera. Su marido estaba preocupado por el destino de su familia. Sus cartas a Axelrod durante la década de 1880 están sembradas de angustiadas y desesperadas llamadas de ayuda. Durante su enfermedad suplicaba: «Yo no puedo curarme mientras mi familia está *literalmente* muriéndose de hambre... mándame lo que puedas, pero por Dios, mándame algo».[25] El año siguiente, informaba desanimado a su colega que su familia estaba amenazada de de desahucio; además, durante seis días no había habido más alimento en la casa que leche, y eso sólo porque la podían obtener a crédito (**).

En esta crónica de desgracias, aún faltan por citar muchos capítulos. En 1889, por una jugada irónica del destino, Plejánov recibió la orden de abandonar Suiza. En Zurich, unos terroristas rusos que experimentaban con materiales combustibles, provocaron una explosión que causó la muerte de varias personas. Plejánov, que había criticado incesantemente a los *narodovoltsi*, se veía obligado a pagar ahora por sus locuras. Cruzó la frontera y se instaló en Mornex, pequeño pueblecito en la Alta Saboya,

* Plejánov contribuyó a salvar su vida con una nueva demostración de autodisciplina. Advertido por un médico de que fumar le hacía daño, inmediatamente dejó de hacerlo y para siempre.

25 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 43.

** *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 57. Algunos de los gritos angustiados de Plejánov eran una repetición palabra por palabra de las llamadas que de tiempo en tiempo hacía Marx a Engels. La familia de Plejánov parecía sufrir punto por punto gran parte de las necesidades materiales de la familia de su mentor durante los primeros años. Ver Isaiah Berlin, *Karl Marx*, pp. 181-83.

acompañado por la siempre fiel Zasúlich. Durante los siguientes cinco años mantendría su residencia en Francia, separado de su familia, excepto algunas breves visitas ocasionales que se le permitió hacer a Ginebra. Es innecesario decir que esperaba poder reunirse con ellos en algún lugar donde pudiera proseguir el objetivo de su existencia y además ganarse razonablemente la vida. Con tal idea en la mente, algunos admiradores suyos, estudiantes búlgaros en Suiza, indagaron la posibilidad de que se le ofreciera un puesto de profesor en la recién abierta universidad de Sofía. Pero la persecución desatada por el Primer Ministro Stambulov contra los estudiantes marxistas pronto les hizo desistir de su bien concebido plan.[26]

Plejánov fue expulsado de Francia en 1894, como consecuencia de una campaña montada en contra de él en la prensa francesa después del Congreso de Zurich de la Internacional, en 1893. En el Congreso, Plejánov había denunciado al gobierno francés por traicionar sus principios republicanos al iniciar una aproximación hacia la autocracia rusa. Unos atentados con dinamita debidos a unos anarquistas franceses fueron nuevo pretexto para aumentar la presión sobre el exiliado ruso que se había convertido en *persona non grata*. Al empezar a acumularse las nubes de tormenta, Plejánov inició una vez más la búsqueda de un lugar de refugio. Respecto a sus problemas y perspectivas, escribió a Karl Liebknecht, el dirigente socialdemócrata alemán con quien había entablado amistad en los años precedentes:

> Gracias a las actividades de nuestros queridos anarquistas, mi residencia en Francia se está haciendo cada vez más precaria... El Comisionado de Annemasse me ha advertido confidencialmente que sería mejor para mí que me fuese de Mornex por una temporada, pues mi expulsión es perfectamente posible y una vez haya sido exiliado me sería difícil volver a Francia. Por eso estoy en Ginebra. Pero como no tengo permiso para vivir aquí, no salgo de casa para nada; es prácticamente como una cárcel. Y me pregunto, ¿cómo va a terminar todo esto? Es muy posible que me tenga que ir a Inglaterra. Sería una desgracia. Un ruso viviendo en Inglaterra está más lejos de su país que en cualquier otro Estado del continente. Mis amigos rusos en los Estados Unidos me invitan a ir allí y hacerme cargo de un periódico ruso. Y ya que quizá me vea obligado a recurrir a este expediente, para librarme de las persecuciones de la policía de Europa, le pido que no me eche en cara que vaya a dar una vuelta por el Nuevo Mundo, que conoce usted tan bien.

26 G. Bakálov, p. 45.

> Un periódico ruso en América es un asunto en que quizá no se deba confiar demasiado; hay que pensar en otros medios de existencia. Sin contar con que mi mujer y yo pudiéramos trabajar como corresponsales de periódicos rusos (publicados en Rusia), pues tampoco se puede confiar mucho en tal cosa, ¿se podría encontrar trabajo en los periódicos americanos? Mi mujer es cirujano; quizá, con ese pretexto, pudiera encontrar trabajo aunque sólo fuera como *accoucher*. Pero, ¿qué tal se paga ese trabajo en América? ¿Se necesita un título americano? ¿Se podría encontrar trabajo en periódicos alemanes publicados en América?
>
> Le suplico, querido ciudadano, no se niegue a facilitarme esta información y en general que me aconseje sobre este tema. Ir a América significa estar separado de Rusia por una gran distancia, pero, por otra parte, significa conocer y familiarizarme con el Nuevo Mundo, y si además consigo no morirme de hambre, la perspectiva es más que halagadora.[27]

La respuesta de Liebknecht sobre las posibilidades en los Estados Unidos fue más alentadora que la que Plejánov conocía sobre las posibilidades que ofrecía Inglaterra; pero probablemente porque no podía soportar la idea de emigrar al otro extremo del mundo de su tierra natal, donde podía perder toda posibilidad de mantenerse en contacto con la situación en Rusia, Plejánov se trasladó de Francia a Inglaterra a finales de 1894. Su mujer se quedó en Ginebra.

Al tiempo que la situación de Plejánov se hacía cada vez más difícil en Francia, era víctima de una tragedia personal. Su mujer había dado a luz una tercera hija en 1889, pero a los cuatro años enfermó gravemente de meningitis. Lleno de aflicción, escribió Plejánov a Liebknecht la víspera de Año Nuevo de 1893: «Le deseo felicidades. Para mí ya no es posible: mi hija más joven se está muriendo, sin remedio; sólo le quedan como mucho unos pocos días de vida. Con una cosa así, se puede perder la cabeza. Y por añadidura, quieren expulsarme de Francia. No obstante, todavía no es seguro esto. Pero ¡mi hija! ¡mi hija!».[28] Pocos días más tarde moría la niña. Aún cuando Plejánov se las había arreglado para mantener su compostura y un cierto grado de confianza y optimismo a través de muchas adversidades, esta pérdida le sumió en la desesperación. Esta acumulación de desgracias a lo largo de los años quebrantó su espíritu durante un cierto tiempo y le llevó a desespe-

27 «Pisma k Libknektu» (Cartas a Liebknecht), pp. 211-212.

28 *Literatúrnoe naslédie Plejánova* (La herencia literaria de Plejánov), IV, p. 269.

rar de alcanzar algún resultado positivo con sus trabajos. Replicó a Axelrod, que había intentado consolarle:

Lo que dices de «elegido por la historia» me hace reir. ¿Cómo puede llegar una persona a convencerse de que ha sido elegida por la historia. Eso sólo es posible haciendo referencia al *pasado*, pero haciendo referencia al presente no tiene sentido, y sólo un fanfarrón o un estafador podría mirarse a sí mismo a través de un cristal tan halagador. Y yo, yo probablemente no soy más que un fracasado, que sólo sirve para que lo echen a la papelera. Estoy enfermo, no sé de qué; debe ser desesperación, y es verdad que tal y como estoy ahora, no valgo para nada; por eso, ¿para qué hablar más? Un limón exprimido hay que echarlo al cubo de la basura y olvidarlo lo antes posible, eso es todo. Tu confianza en mí hace honor a tu idealismo... pero si le das rienda suelta, puede llegar a ser grotesco: ¿quién idealiza los limones exprimidos? De momento estoy enfermo, y en general me encuentro convertido en una ruina; y el porvenir es desconocido.[29]

Sin embargo, Plejánov estaba conmovido por el consuelo y los ánimos de Axelrod. Es más, este episodio pone de relieve el tipo de apoyo íntimo y familiar que se ofrecían unos a otros los miembros del grupo en las crisis a que con tanta frecuencia habían de hacer frente. Zasúlich no había dudado en arruinar su propia salud intentando proteger la de Plejánov, y luego le seguiría al exilio en Francia con objeto de seguir cuidando de él. Mujer sensible y con virtudes nada despreciables (*), Zasúlich vivió una existencia apartada, casi solitaria, después de la detención de Deutsch. Su principal lazo de unión con el mundo era su camarada Plejánov, al que adoraba, aún sin desconocer sus defectos. Según un testigo, pronunciaba su nombre incluso de una manera especial, como si su alma tendiese hacia él como tienden las plantas hacia el sol. Aunque sus muchas preocupaciones políticas y literarias le obligaban a veces a olvidarla, no pocas veces le demostró la ternura que tenía por ella. Por ejemplo, durante una estancia de ella en Inglaterra, él se las ingenió a través de sus amigos para que fuera atendida por un médico, cuando ella se hubiera abandonado a la acción de la naturaleza.

29 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 94.

* Siempre humilde, redujo sus trabajos para la Biblioteca del Socialismo Contemporáneo principalmente a traducciones. Aun así, sus pocas obras originales están escritas con una lucidez y una penetración poco frecuentes. Véase, por ejemplo, «Revolucionarios de origen burgués», *Sotsial-Demokrat*, I (1890). Petr Struve la calificaría posteriormente como «la mujer más inteligente y sutil que haya conocido jamás en mi vida». *Slavonic and East European Review*, XII (1954), p. 591.

En otra ocasión, él y Axelrod le pagaron un viaje a Italia que podía sentar bien a su salud.[30]

Todos los fondos de que pudiera disponer cualquiera del grupo los compartía libremente con los demás. Axelrod no sólo entregó a Plejánov y su familia todo lo que podía ahorrar, sino que además, a espaldas de su amigo, buscó ayuda para él donde había alguna esperanza de conseguirla. Aunque figuraba oficialmente como coeditor de la Biblioteca del Socialismo Contemporáneo, Axelrod escribió mucho menos que Plejánov. Sus artículos, que le costaban un trabajo indecible, en gran parte se referían al movimiento sindicalista europeo y a cuestiones tácticas de la socialdemocracia rusa, en lugar de las consideraciones abstractas, teóricas, que interesaban a Plejánov. Plejánov, sin embargo, apreciaba auténticamente los trabajos de Axelrod, le animaba en sus esfuerzos, y se inclinaba muchas veces ante él en cuestiones tácticas. En una carta de 1892, excepcional por su tono íntimo, expresaba Plejánov el aprecio en que tenía el auxilio y colaboración de Axelrod: «Tus alabanzas y aprobación son la mejor recompensa por mi trabajo». En cuanto a las cualidades de Axelrod, decía: «¡Ah, querido Pável, me gustaría verte, hablar contigo! ¡Cuánto más inteligente, elevado, claro y revolucionario eres tú que nuestros 'jóvenes camaradas'!».[31] Cuando algo más tarde la moral de Axelrod se derrumbó peligrosamente, Plejánov vino en su auxilio, alentando su espíritu y ayudándole a recuperar la voluntad para seguir adelante (*).

Las relaciones a que se alude en estos párrafos centran nuestra atención sobre las cualidades humanas que había detrás del exterior severo y frío de que nos hablan muchos de los que conocieron a Plejánov. No cabe duda de su extraordinaria reserva y su dificultad para abrirse y mostrar algún sentimiento (**). Es significativo que a lo largo de todos los años que duró su

30 Sobre este párrafo, véase *Gruppa*, IV, pp. 241-243; E. Kuskova, p. 144; *Perepiska Marksa i Engelsa*, pp. 277 y ss.

31 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, pp. 80-81.

* Plejánov respondía en 1896 a una carta de Axelrod llena de desesperación y autodesprecio: «Me pregunto cómo la persona que escribió un artículo tan inteligente [alusión a la crítica de Axelrod de la obra *Ob agitatsi*] puede considerarse superflua, innecesaria, incompetente, etc. Siempre he creído en tu enorme sabiduría política... Siempre he creído que lo que tú apruebas seguro que es bueno. ... Nos eres más necesario ahora que nunca.» *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, pp. 137-38.

** En una carta de 1898, Axelrod hace referencia a su reserva. Escribiendo a propósito de un artículo que acababa de publicar Plejánov, decía: «Aunque no te gusten las ternuras, voy a correr el riesgo ... abrazándote y besándote muy fuertemente.» *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 196.

asociación hasta 1894, Plejánov utilizara formas más bien educadas que familiares para dirigirse a Axelrod. Sólo en la carta que acabamos de citar se inclina por primera vez hacia un tono familiar.

Podría defenderse —y de hecho así lo hizo un escrito soviético en la década de 1920[32]— que el grupo Emancipación del Trabajo fue un fracaso sin paliativos, que no ejerció virtualmente ninguna influencia en la difusión del marxismo en Rusia. Tal tesis parece plausible cuando se recuerda que el grupo estuvo aislado de Rusia durante gran parte de la primera década de su existencia, que no podía aducir haber fundado un partido ni tan siquiera un número significativo de círculos revolucionarios en Rusia, y que sus éxitos en el reclutamiento de estudiantes en Suiza fueron limitados. Durante la década de 1883-93, las pocas organizaciones que en Rusia intentaron movilizar a los obreros industriales surgieron con independencia de los marxistas en el exilio. Las publicaciones del grupo no penetraron en Rusia en grandes cantidades, y simultáneamente otras organizaciones revolucionarias tanto en el interior como en el exterior imprimían y distribuían las obras de Marx y Engels. Claramente, durante la primera década de su existencia, el marxismo ruso no podía atribuirse éxitos rápidos y sorprendentes.

Los númerosos obstáculos a que tuvo que hacer frente el grupo ayudan a explicar la manera titubeante e indirecta en que las ideas socialdemócratas se filtraron en la conciencia revolucionaria rusa. Aún así, la década de 1880 no representa simplemente un «vacío ideológico» entre el populismo de 1870 y el marxismo de 1890, como pretende Ivanov-Razúmnik.[33] La eclosión que se produce en 1890 no hubiera sido posible a no ser por la labor de preparación paciente, devota y sólida llevada a cabo por el grupo. Parte de la misión histórica del grupo estriba en la creación de la atmósfera que haría aceptables las ideas marxistas para los revolucionarios rusos. Por medio de una crítica incansable de las antiguas filosofías revolucionarias,

32 Serguievski, *Pártiia rússkij sotsial-demokrátov; Gruppa Blagóieva,* y «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá"». La postura de Serguievski no goza de la aprobación oficial en la URSS. Un reciente estudio soviético afirma que no puede haber «duda de influencia intelectual de la primera organización marxista rusa sobre la difusión y formación de la ideología de las organizaciones socialdemócratas durante los años comprendidos en la década de 1880 y primeros de la de 1890». Polevói, p. 516.

33 *Istóriia rússkoi obschéstvennoi misli* (Historia del pensamiento social ruso), II, p. 335.

destruyó algunas de las bases sobre las que descansaba el populismo y contribuyó a facilitar el abandono de nociones muy queridas pero hasta entonces infructíferas. Mediante una implicable exposición de la falta de realismo y de las deplorables implicaciones que atribuía al punto de vista populista, Plejánov lo hizo intragable para muchos representantes de la nueva generación. Por medio de la persistente propaganda de un análisis marxista de las condiciones existentes en Rusia, el grupo proporcionó elementos materiales para una nueva orientación. Según se iban abandonando distintos elementos de los puntos de vista superados, las ideas socialdemócratas llenaban muchas veces el vacío dejado. Los marxistas en el exilio hicieron familiares, y por consiguiente más aceptables, puntos de vista que de primera intención muchos rechazaban de plano.

La lógica de los acontecimientos parecía empujar a los revolucionarios supervivientes hacia el campo de la socialdemocracia. Los esfuerzos por encontrar en el campesinado una base de masas para la revolución habían culminado en una amarga frustración en la década de 1870. Los resultados de la ofensiva terrorista desatada a partir de 1879 en adelante demostraban la futilidad de los intentos protagonizados por una camarilla de conspiradores, al margen de lo heroicos que pudieran ser, para destruir la autocracia o arrancarle algunas concesiones significativas. Estaba claro que los revolucionarios no podían imponer por sí mismos su voluntad al gobierno. Los informes de la policía durante la década de 1880 demuestran que gran parte de la actividad ilegal tenía entonces como centro a las clases trabajadoras,[34] y sin duda gran parte de ella era iniciada por personas que se consideraban a sí mismas *narodovoltsi.* Incluso enemigos declarados del grupo Emancipación del Trabajo, lo quisieran o no, tenían que tomar el camino señalado por Plejánov. Lavrov y Tijomírov, aunque todavía fueran partidarios del terror y de la «toma del poder», aconsejaban a sus camaradas de San Petersburgo que establecieran relaciones con los socialdemócratas de la capital y que dedicasen parte de su actividad a la agitación obrera.[35] El autor de unas memorias, introducido en los medios de oposición en Rusia occidental durante la década de 1880, recuerda que las obras de Plejánov eran acogidas con desprecio y en algunos lugares llegaron incluso a quemarlas. Pero al tiempo que acumulaban oprobio sobre Plejánov, los revolucionarios de Vilna ponían en práctica sus conse-

34 *Istóriko revoliutsionni sbórnik,* II, pp. 116-117 y *pássim.*

35 *Ibid.,* p. 185.

jos, concentrando su actividad en los trabajadores y distribuyendo una propaganda apropiada entre ellos.[36] El grupo Narodovóltsev, que funcionó en San Petersburgo a principios de la década de 1890, hizo enérgicos esfuerzos por organizar e influir sobre los trabajadores.[37] Tales actividades favorecían al grupo Emancipación del Trabajo y a sus objetivos. Los esfuerzos de los *narodovoltsi* por levantar a los obreros industriales ayudaron claramente a preparar el camino al señalado éxito de la propaganda socialdemócrata en la década de 1890. Al mismo tiempo, el carácter específico de la actividad revolucionaria en que estaban comprometidos hacía a estos representantes de la *intelligentsia* radical más permeables a los argumentos con que Plejánov y sus camaradas les asediaban.

Existían numerosas indicaciones, muchas de ellas desconocidas entonces por el grupo, de que sus esfuerzos estaban produciendo fruto. En 1885, los *narodovoltsi* de San Petersburgo notificaban a sus dirigentes en el extranjero que *Nuestras diferencias* había causado una impresión muy fuerte en los medios revolucionarios, y que había pocos capaces de refutar el análisis de Plejánov.[38] Según los *blagoievtsi*, revolucionarios de todos los partidos pedían esta obra.[39] En 1885 un agente de policía, y un emisario de Lavrov en 1887, informaban que *Nuestras diferencias* se había distribuido ampliamente en Rusia y que había sido bien recibido.[40] Inconfundibles huellas de influencia marxista se dejan sentir en el programa del grupo que planeó el atentado perpetrado en 1887 contra la vida del Zar, aún cuando el acto en sí no estuviera en armonía con el pensamiento de Marx.[41] De modo significativo, los *narodovoltsi* más jóvenes, que tomaban parte en la labor revolucionaria en Rusia bajo las condiciones reinantes en la década de 1880, buscaron repetidas veces una alianza con los socialdemócratas en el exilio.[42] El programa del periódico *Sotsialist*, publicado por algunos de estos elementos más jóvenes con la colaboración del grupo, hizo que Plejánov proclamara exultante a Axelrod: «Podemos decir que hemos

36 L. Axelrod-Ortodox, «Iz moij vospominani» (De mis recuerdos), páginas 30-32.
37 Para información sobre este grupo, véase Alexándrov, «Gruppa Narodovóltsev» (El grupo de los *narodovoltsi*).
38 *Istóriko-revoliutsionni sbórnik*, II, pp. 189-190.
39 *Ibid.*, p. 189.
40 *Ibid.*, p. 186; Lavrov, «Vospomināniia o S. M. Ginsburge» (Recuerdos de S. M. Ginsburg), pp. 230-231.
41 Fragmentos de su programa se citan en Poliakov, pp. 246-249.
42 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, pp. 27, 44.

triunfado».[43] Y si las ideas del grupo se estaban abriendo camino en muchos radicales hasta entonces firmemente vinculados a los *narodovoltsi*, su influencia sobre los elementos de oposición que rechazaban el terror fue incluso mayor.

Las obras de Plejánov proporcionaban el indispensable soporte teórico a los individuos y grupos que en Rusia se estaban orientando empíricamente hacia la socialdemocracia. Indudablemente, ya se habían publicado en Rusia varias obras de Marx y Engels antes de la fundación del grupo Emancipación del Trabajo y contemporáneamente con aquélla, pero nadie antes que Plejánov había aplicado incisiva y persuasivamente el sistema marxista a la realidad rusa. En ausencia de tal presentación, prevalecía la idea de que los esquemas de Marx no tenían aplicación en Rusia. Tal idea no parecía ya a algunos defendible. Los *blagoievtsi* no eran los únicos en considerar *Nuestras diferencias* como «el instrumento definitivo» para aclarar la confusión mental y forzar una revaloración de los viejos ideales. Un activista de Kiev declaraba que los números del trimestral *Socialdemócrata*, publicado por el grupo a principios de la década de 1890, respondían a la acuciante cuestión: «¿Cómo adaptar el marxismo a la realidad rusa concreta?».[44]

En 1893 Plejánov afirmaba, con considerable justificación, que las doctrinas defendidas por el grupo habían conquistado una amplia audiencia entre los revolucionarios.[45] Pocos años antes, las referencias al tamaño minúsculo del partido marxista eran frecuentes y justificadas.[46] Estas observaciones, en apariencia contradictorias, reflejaban cada una de ellas una faceta de la realidad. La década que se inicia en 1883 fue de transición, caracterizada por el eclecticismo reinante. Si bien las ideas de Marx se habían abierto camino, muchos de los que las aceptaban no rompían por completo con los puntos de vista de los *naródniks*. La claridad ideológica era rara durante estos años, y había muy pocos marxistas totalmente coherentes. Dentro de la cabeza de los revolucionarios, tomados individualmente, los restos de viejas teorías cohabitaban pacíficamente con los conceptos socialdemócratas de reciente adquisición, como incluso llegaron a admitir Blagóiev y uno de los dirigentes del círculo Brúsnev.[47]

43 *Ibid.*, p. 59.
44 L. Fedorchenko, «Pérvie shaguí sotsial-demokrati v Kíeve» (Primeros pasos de la socialdemocracia en Kiev), p. 25.
45 *Sochinéniia*, IX, p. 24.
46 L. Axelrod-Ortodox, *Etiudi i vospomināniia* (Estudios y recuerdos).
47 Véase Thun, p. 256, y Nevski, *Ocherki po istori rossiiskoi kommunisticheskoi parti*.

Muchas veces se ha señalado que los *narodovoltsi*, individualmente, estaban con frecuencia más cerca ideológicamente del grupo Emancipación del Trabajo que algunos de los que se autoproclamaban socialdemócratas.[48] A principios de la década de 1890, el terror dejó de ser una cuestión objeto de caluroso debate, y tanto los socialdemócratas como sus antagonistas coincidieron en reconocer la necesidad y conveniencia de actuar entre los obreros industriales. Pero, por aquel entonces, los *narodovoltsi* mostraban más sensibilidad ante la necesidad de una enérgica lucha en favor de las libertades políticas que el grupo deseaba promover. Mientras tanto, los socialdemócratas residentes en Rusia se entregaban a un trabajo educacional.

A pesar de la gran confusión imperante en los medios revolucionarios, no existe la menor duda de que al final de una década de actividad, el grupo Emancipación del Trabajo había roto las murallas ideológicas que en 1883 parecían inexpugnables.

48 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 243; Olminski, pp. 74-75.

9. LA ECLOSION

Los avances que hizo el marxismo ruso en sus primeros ocho o diez años de existencia, tuvieron, en gran parte, un carácter subterráneo e invisible. Ni la nación en general, ni siquiera el propio grupo, eran plenamente conscientes de lo que estaba sucediendo. Sin embargo, a mediados de la década de 1890 la situación había dado un giro extraordinariamente favorable para los marxistas. Mientras antes el movimiento estaba constituido virtualmente por personas en el exilio, ahora existía una impresionante fuerza en activo en el interior de Rusia. Esta fuerza estaba formada, en primer lugar, por cuadros procedentes de la *intelligentsia* y sumados al campo de la socialdemocracia. Tales cuadros extendían el malestar laboral y promovían un movimiento de huelgas en gran escala, a través de la agitación de los obreros de la industria en las ciudades más importantes. Sus éxitos demostraban que la socialdemocracia ganaba influencia rápidamente en el proletariado ruso. Al mismo tiempo, la cabeza de puente que el marxismo había establecido en el sector de la *intelligentsia* se ensanchaba también con rapidez. En gran parte, ello era debido al relajamiento de las restricciones sobre la publicación de literatura marxista durante el período 1894-99. Una etapa de «marxismo legal» dio a los marxistas del interior de Rusia, y también a los fundadores del movimiento en el exilio, la oportunidad de ganar una amplia audiencia. Se formaron círculos socialdemócratas en muchas ciudades, y claramente existía la perspectiva de convertirlos en un movimiento que abarcara a toda Rusia. Una característica digna de señalarse en esta historia de éxitos es la atracción que ejerció el marxismo, durante este período, sobre toda una galaxia de personalidades rusas (*).

* Entre ellos se incluían personas tan distintas y de tanto talento como Máximo Gorki, cuya obra literaria pronto recibiría el aplauso universal; Petr Struve, futuro dirigente liberal; Nikolai Berdiáev y S. N. Bulgákov,

La eclosión del marxismo ruso no se produjo sólo como consecuencia de la labor del grupo Emancipación del Trabajo. Aquella fue uno de los muchos elementos que, sumados, dieron a la década de 1890 un carácter muy distinto a la década anterior. El cambio más importante fue la vuelta de la *intelligentsia* al campo del activismo social después de una década de quietismo absoluto, o poco menos. La fuerza que provocó semejante cambio procedía, en primer término, de las sorprendentes revelaciones puestas al descubierto durante la crisis de hambre desatada en 1891-92. Una sequía y la correspondiente mala cosecha es un acontecimiento que puede suceder en cualquier país. La *intelligentsia* se sintió profundamente perturbada no tanto por los desastres naturales como por la bárbara reacción que se desató en un país que pretendían moderno y civilizado. Millones de personas estaban amenazadas de morir de hambre, y no obstante el gobierno no tomaba medida alguna para reducir las exportaciones de grano. Había suficientes reservas para atender a las necesidades más urgentes, pero el gobierno demostró demasiada indiferencia o ineptitud, o ambas cosas a la vez, para organizar una distribución adecuada de las mismas. Incluso sus esfuerzos por ocultar la magnitud del desastre a la opinión pública fueron un fracaso, y el espectáculo horrendo de la ineficacia e insensibilidad del gobierno ante el desastre despertó en la *intelligentsia* un nuevo sentido de responsabilidad social. «La política de las pequeñas cosas», según ahora podían apreciar sobre su piel, podía provocar «una gran pobreza».[1] La reactivación de la *intelligentsia*, su nueva dedicación al progreso y bienestar del país y del pueblo, fue un factor clave en la recuperación política en la década de 1890.

En respuesta a la crisis de hambre, gran parte de la *intelligentsia* y de los profesionales libres entró en colaboración con los *zemstvo* o con organizaciones privadas para ofrecer toda la asistencia y ayuda posible a los afligidos campesinos. Estos esfuerzos paralelos pusieron en ridículo las medidas tomadas por el gobierno central, y empezaron a aumentar las presiones sobre el gobierno para que concediese al pueblo un mínimo de autoridad en la formulación y ejecución de la política a seguir. Existían dos corrientes principales entre los enemigos de la per-

destinados ambos a convertirse en prominentes teólogos y filósofos; M. I. Tugán-Baranovski, sobresaliente economista; así como Lenin, Trotski y Mártov.

1 Este resumen está basado en la obra de Ivanov-Razúmnik, *Istóriia rússkoi obschéstvennoi misli* (Historia del pensamiento social ruso), II página 335.

petuación de la autocracia. Una, que contaba entre sus filas a los llamados liberales eslavófilos y liberales moderados, esperaba conseguir por medio de la actividad estrictamente legal, de la persuasión, la razón y el buen comportamiento, la modificación del sistema político.[2] Hombres de este tipo fueron en particular quienes se sumaron al movimiento de beneficencia pública durante la crisis de hambre. Otros, entre los que se incluían los liberales de izquierda y los socialistas revolucionarios, creían que el pueblo no podía recibir de esa forma una ayuda significativa. Consideraban a las autoridades rusas responsables de la situación acuciante de los campesinos, y en la crisis de hambre veían la oportunidad de montar una ofensiva contra el gobierno zarista. Sólo derrocándolo se podría obtener una mejora sustancial de las condiciones de vida de las masas.[3]

Tal y como ya antes había sucedido en la historia rusa, el poder dirigente hacía el juego a los revolucionarios negándose a cualquier concesión. En los últimos años de su reinado, Alejandro III no dio señales de haber alterado su punto de vista acerca de cuáles eran las reformas constitucionales más apropiadas para Rusia. Su sucesor, Nicolás II, que ascendió al trono en 1894, acabó en el acto con la menor esperanza del más mínimo grado de liberalización por iniciativa imperial. En un famoso discurso pronunciado ante una asamblea de personalidades a principios de 1895, Nicolás hizo referencia al deseo de los representantes de los *zemtsvo* de participar en los temas de administración interna del Estado como «sueños sin sentido», y continuó pidiendo un apoyo incondicional al principio de autocracia. Dejó bien claro que las peticiones pacíficas y legales de modificación del sistema político no iban a llegar a ningún sitio. A los críticos ardientes del régimen —y a consecuencia del hambre había muchos— no les quedaba otra alternativa que la actividad revolucionaria.

Los marxistas fueron los principales beneficiarios de estos acontecimientos de la década de 1890. La mansedumbre de la facción principal de los liberales (por lo general gente de buena posición) frente a una insolencia y una provocación aplastantes,

2 Para un estudio incisivo del liberalismo ruso y su relación con éste y otros acontecimientos, véase George Fischer, *Russian Liberalism*.

3 Plejánov desarrolló este planteamiento en un largo panfleto titulado *Sobre los problemas de los socialistas en la lucha contra el hambre en Rusia*. Puede encontrarse en *Sochinéniia*, vol. III. Lavrov insinuó una postura similar hasta cierto punto, en el epílogo al libro de I. Serguéievski, *Gólod v Rossí* (Hambre en Rusia), Ginebra, 1892.

su continuada confianza en un gesto generoso del trono, difícilmente podían excitar entusiasmos entre aquellos cuya alienación del orden existente estaba en estado más avanzado. En cuanto a los populistas, su causa también se vio afectada negativamente por el episodio de la crisis de hambre. La opinión pública tenía noticia, por medio de reportajes en los periódicos así como observaciones de primera mano de miembros de la *intelligentsia*, muchos de los cuales se habían ofrecido voluntarios para tratar de aliviar la situación en las zonas rurales, del estado miserable a que estaba reducido el campesino medio. Lo que quedaba al descubierto poco tenía en común con la imagen más bien idílica que evocaban algunos populistas: la de un campesinado cuyas necesidades materiales y psicológicas estaban maravillosamente atendidas dentro de los protectores confines de la armoniosa comuna campesina. Las bases de la vida rural en Rusia parecían menos ideales. Además, quienes todavía seguían creyendo en un levantamiento campesino como palanca para la destrucción del zarismo, encontraban pocos motivos de tranquilidad en los acontecimientos derivados del hambre. A pesar de su palpable desesperación, los campesinos no habían estallado en motines; parecía que las rebeliones de Razin y Pugachev no iban a tener sucesión en la Rusia moderna. Semejantes reflexiones socavaban todavía más la fe en los populistas; y, felizmente para los marxistas, parecían confirmar los juicios de Plejánov sobre el destino de la comuna y la potencialidad revolucionaria de los campesinos.

Mientras, Rusia estaba envuelta en una revolución industrial que parecía corroborar otro elemento fundamental en el análisis marxista. Tres décadas después de la emancipación de los siervos, el levantamiento de una red de transportes y la creación de institutos de crédito, la puesta en marcha de un proteccionismo aduanero, y otras medidas semejantes, habían sentado las bases para una expansión industrial. En determinadas ramas de la industria ya se habían logrado grandes aumentos de producción. A finales de la década de 1880 y principios de la década siguiente, en particular bajo la égida del capaz y dinámico ministro de Hacienda, Serguéi Witte, se puso en marcha una fuerte y triunfante expansión industrial. Sobre la superficie rusa las fábricas se multiplicaban como hongos, muchas de ellas con gran cantidad de mano de obra. Se estaba haciendo totalmente imposible negar que en Rusia hubiera un proletariado o afirmar que el capitalismo no podía echar raíces. El hambre, entre otros factores, contribuyó al estallido de acciones huelguísticas que se desató en 1892 y alcanzó su punto álgido poco después.[4] Las condiciones intolerables en el campo provocaron una gran afluencia de mano de obra hacia los centros industriales, ofreciendo a los empresarios la oportunidad de endurecer las condiciones de los contratos laborales. Cuando poco más tarde aumentó enormemente el ritmo de construcción de líneas férreas, acelerándose en general el ritmo de la actividad industrial, los trabajadores se lanzaron a la lucha por la mejora de sus condiciones. Las huelgas laborales llamaron la atención de la *intelligentsia* sobre una nueva fuerza potencial para la revolución: el proletariado. Si había que dejar de contar con los campesinos, ahí se estaba formando una nueva fuerza de masas en el país que podía más que compensar la pérdida.

A principios de la década de 1890 el grupo Emancipación del Trabajo todavía estaba resintiéndose de su fracaso en el intento de conseguir un movimiento concertado contra la autocracia durante la crisis del hambre, y del fin igualmente descorazonador de su breve asociación con el grupo Brúsnev. Plejánov y sus camaradas estaban exaltados por la celebración preparada por los obreros de San Petersburgo el 1 de mayo de 1891, pero su exaltación la templaba el hecho de saber que el acontecimiento se había planeado y realizado sin su participación. Incapaces, en Europa, de percibir la situación de Rusia en todos sus detalles, todavía no se habían dado cuenta de que en aquellos mismos años se estaba formando una nueva generación de dirigentes marxistas, para los que Plejánov era un profeta que había previsto correctamente el desarrollo de la evolución en Rusia. Su prestigio aumentó rápidamente, y con él, el prestigio del método marxista, al que atribuían el mérito de su clarividencia.

Volviendo la vista atrás muchos años después, Petr Struve, que pronto iba a convertirse en una cabeza destacada del «marxismo legal», escribió:

> En aquel entonces (es decir, en el período 1890-94) la doctrina socialdemócrata rusa, en sus líneas principales, había sido ya fijada por los escritos de los socialdemócratas en el exilio, en concreto, Pável Axelrod, Jorge Plejánov y Vera Zasúlich. Nosotros bebimos ansiosamente sus escritos, y ejercieron una gran influencia sobre nosotros ... En particular, fue grande la influencia y atractivo de las obras de Plejánov ... en cuanto al autor de *Nuestras diferencias*,

[4] En algunas secciones de este capítulo me ha sido útil auxiliar, Y. Mártov, *Zapiski sotsial-demokrata* (Apuntes de un socialdemócrata) y su *Istóriia rossískoi sotsial-demokrati* (Historia de la socialdemocracia rusa).

tuvo gran importancia su aportación para sentar las bases del marxismo ortodoxo ruso.[5]

Yuri Mártov, futuro dirigente de los mencheviques, describe en sus memorias cómo él, también, fue atraído por el marxismo en ese mismo período. Junto con un círculo de jóvenes amigos, había resuelto dedicar su vida al movimiento revolucionario. Habían hecho algunos movimientos de tanteo con resultados no muy prometedores, cuando en 1892 se encontraron por primera vez con las obras de Plejánov y fueron conquistados por ellas. Uno de ellos, A. N. Potresov, había logrado introducir por la frontera una cierta cantidad de literatura clandestina. Entre estas obras se contaban los números publicados de la revista *Sotsial-Demokrat*, editada por el grupo Emancipación del Trabajo, que contenían las «brillantes 'visiones domésticas'» de Plejánov. Rápidos en aceptar la validez de sus argumentos, Mártov y sus amigos pronto se confesaron socialdemócratas.[6]

En el curso de esos mismos años, Lenin, que entonces ejercía como abogado en Samara, pequeña ciudad de provincia, se hizo marxista. Repetidas veces hablaría de la gran importancia de los escritos de Plejánov en su conversión, así como en la formación del movimiento en general. En su primer ensayo político extenso (1893), un ataque contra los *naródniks*, Lenin dejó bien claro que consideraba a *Nuestras diferencias* como la afirmación clásica de la postura marxista, el libro que los *naródniks* tendrían que refutar si pretendían mantenerse en activo. ¿Cómo, se preguntaba, podía Mijailovski —entonces principal portavoz de los *naródniks*— iniciar una polémica contra los marxistas sin hablar de Plejánov y su círculo?[7] El primer tratado marxista de Plejánov, *El socialismo y la lucha política*, tenía, según Lenin, en Rusia, un significado comparable al del *Manifiesto Comunista* en Occidente.[8] Lenin se consideró durante años discípulo de Plejánov, y la huella de la influencia de este último está impresa indeleblemente en todos los primeros escritos de Lenin.

Es innecesario decir que no sólo se vieron arrastrados en la misma dirección figuras de aquel calibre, sino además un número creciente de hombres y mujeres con dotes más modestas

5 Struve, p. 579.
6 Mártov, *Zapiski*, pp. 141-143.
7 V. I. Lenin, *Quiénes son los «Amigos del pueblo» y cómo se enfrentan a los socialdemócratas* (Moscú, 1946), pp. 80-82.
8 Citado por Andrew Rothstein en su Prefacio a la edición inglesa de *En defensa del materialismo*, de Plejánov (Londres, 1947), p. 10.

pertenecientes a la generación más joven. El inicio del viraje hacia el marxismo explica un fenómeno de estos años que de otro modo sería inexplicable: el populismo dedicó su artillería pesada a entablar batalla contra él (*). En no pequeña medida, el marxismo ruso se abrió paso en el curso del proceso de liquidación de lo que sus partidarios calificaban como «ilusiones» del populismo. Durante la década de 1880, cuando parecía que el marxismo no iba a poder abrirse camino, los dirigentes *naródniks* no sintieron mayor necesidad de darse por aludidos respecto a su existencia. Durante la primera mitad de la década de 1890, la creciente fuerza y agresividad del marxismo se hizo patente en las muchas cartas recibidas por los editores de las revistas y en las declaraciones en público y en privado de los estudiantes y la *intelligentsia*. Los portavoces del populismo, desalentados por las implicaciones negativas de la crisis de hambre para su doctrina, empezaban ahora a estar sometidos a la fuerte presión que los marxistas jóvenes ejercían sobre ellos, muy al estilo de una banda de guerrilleros hostigando a un contingente militar en retirada y desorganizado. El estallido de actividad periodística de los *naródniks* durante la década de 1890 no era la ofensiva confiada de una fuerza fresca, sino una acción desesperada de retaguardia. Así quedaba preparado el escenario para el gran debate público entre los populistas y los socialdemócratas durante la etapa de «marxismo legal».

Las autoridades permitieron la polémica en base a una serie de cálculos y conceptos equivocados sobre la oposición. Por ejemplo, los *naródniks* de 1890 habían adjurado en gran parte de la revolución. Confirmando brillantemente la afirmación hecha algunos años antes por Plejánov, estaban empeñados ahora en persuadir al gobierno zarista de utilizar su poder para preservar aquellos fundamentos de la vida rural que ellos aplaudían y se sentían incapaces de defender por medio de una revolución. Mientras importantes elementos *naródnik* buscaban una alianza de este tipo con el mismo régimen que ellos o sus mayores habían combatido antes con uñas y dientes, el gobierno seguía viendo en el populismo el enemigo irreconciliable de otros tiempos. Como los generales que sólo pueden acordarse de su última batalla, los policías rusos tenían unos hábitos de pensamiento demasiado esclerotizados como para darse cuenta de

* Los populistas controlaban dos importantes revistas, *Rússkoe bogatstvo* y *Rússkaia misl.* Como ejemplos de la clase de artículos antimarxistas que publicaban, véanse los artículos de Mijailovski y Karéiev en *Rússkoe bogatstvo*, 1 (1894), y Mijailovski, «Literatura i Zhizn», *Rússkaia misl*, 6 (1892).

por dónde amenazaba el mayor peligro. Aún en la década de 1880, un agente secreto de la policía aconsejaba a sus superiores que permitiesen el fortalecimiento de las fuerzas marxistas como antídoto frente a los *narodovoltsi*, mucho más agresivos y malévolos.[9] Los *naródniks* de la década de 1890, por supuesto, eran de muy distinto tipo, pero el gobierno seguía deliberadamente la política de permitir una considerable libertad para la publicación de literatura marxista. Dado que la mayor parte de las obras marxistas atacaban en alguna forma al populismo, las autoridades suponían que contribuirían a liquidar la más importante ideología de oposición. El gobierno no creía que de los marxistas como tales se pudieran derivar problemas. Típicamente, un coronel de policía de Nizhni Novgorod expresaba la opinión de que «de momento no son peligrosos»; y un procurador de San Petersburgo consideraba que «hasta ahora no son más que teorizantes».[10] Los *Naródniks* no tuvieron precisamente mucho éxito a la hora de conseguir que el gobierno apoyara las instituciones que ellos aplaudían, pero sus oponentes marxistas eran materialmente ayudados por el relajamiento de la censura gubernamental en su batalla contra los *naródniks*.

Dentro, pues, de una situación en general favorable para los marxistas, el gobierno todavía hizo una nueva contribución específica de gran importancia, que fue efectivamente explotada por los nuevos dirigentes de sobresaliente capacidad surgidos en Rusia durante la década de 1890. Probablemente hubiera podido iniciarse una etapa de marxismo legal ya en la década de 1880 —aunque debido a otros factores quizá hubiera sido mucho menos brillante y fructífero— si alguien como Petr Struve hubiese tenido la audacia y la imaginación de hacer lo que él intentó en 1894. Struve se atrevió a pedir permiso para publicar una obra de clara orientación marxista (*); pero no obstante tuvo la suficiente sensibilidad para calibrar los límites probables que el gobierno toleraría en semejante tratado. Su libro fue aceptado, y su publicación en septiembre de 1894 señala el inicio de la campaña de marxismo legal que proseguiría durante los siguientes cinco años. En una situación sin precedentes, la autocracia rusa daba permiso públicamente a los marxistas para propagar sus puntos de vista subversivos. A decir verdad, se veían obligados a ocultar los aspectos políticos y revolucionarios

9 *Istóriko-revoliutsionni sbórnik*, II, pp. 186-187.
10 Citado por Liadov, I, p. 105.
* Se titulaba *Notas críticas sobre el problema del desarrollo económico de Rusia.*

de su orientación, pero no fueron estorbados en la campaña que habían desencadenado contra el populismo. Con ayuda de sus publicaciones legales, que pronto incluyeron periódicos y revistas, los marxistas rusos extendieron enormemente la influencia de su doctrina sobre la *intelligentsia*. Fue el momento de la eclosión del marxismo ruso.

Plejánov tuvo una notable participación en el desarrollo de estos acontecimientos, hecho que nos hace dirigir nuestra atención sobre otro aspecto de la cambiante situación durante la década de 1890: el establecimiento por Plejánov y el grupo de un íntimo, continuado y fructífero contacto con el movimiento socialdemócrata en el interior de Rusia. A los pocos días de la publicación del libro de Struve, un mensajero especial se encaminaba hacia Europa occidental para apresurarse a dar la alegre noticia al reconocido maestro teórico de los marxistas rusos. Sensible a las nuevas perspectivas que se abrían ante los socialdemócratas, el emisario, Potresov, trató de conseguir el consentimiento de Plejánov para la publicación legal de su obra. Potresov encontró a Plejánov en Londres, profundamente absorbido en la composición de un libro contra Mijailovski y los populistas, cuyas recientes andanadas contra el marxismo en *Rússkoe bogatstvo* (La Riqueza Rusa) y *Rússkaia misl* (El Pensamiento Ruso) habían movido a aquel firme defensor de Marx y la ortodoxia marxista a preparar una atronadora respuesta. A propósito de la nueva iniciativa populista, había escrito a Engels ese mismo año: «Ya ve usted que si en tiempos de Marx nuestros revolucionarios rusos podían extraer una cierta energía de la idea de que Rusia podía evitar el capitalismo, en nuestros tiempos esta idea es una utopía peligrosa. Ahora es indispensable combatirla».[11]

Plejánov reaccionó favorablemente ante la propuesta de Potresov de publicar legalmente el volumen en San Petersburgo, en lugar de hacerlo en la imprenta de Ginebra, y emprendió la tarea de deslizarse entre las redes de la censura.[12] Como parte de la estrategia, se decidió cambiar el clarísimo título *En defensa del materialismo* por el formidable y casi impenetrable *Contribución al problema del desarrollo de la concepción monista de la historia*. Sabiendo perfectamente que una obra confesadamente escrita por Plejánov, al margen de lo abstruso de su

11 *Perepiska Marksa i Engelsa*, p. 272.
12 El relato de la visita de Potresov a Plejánov en esta ocasión, nos la ofrece Riazánov en su Prefacio a *Sochinéniia*, VII, p. 7.

título, jamás pasaría la censura, decidieron que apareciese firmado con el *nom de plume* Beltov. Fue éste el primero de una larga serie de seudónimos con que aparecieron firmadas las muchas obras de Plejánov durante la etapa de marxismo legal. Potresov volvió a Rusia en octubre llevando consigo parte del manuscrito, y el libro de Beltov vio la luz en diciembre. La edición se agotó en menos de tres semanas.

La emoción que despertó en su momento y su continuada influencia son hechos sobre los que existen abundantes testimonios. F. I. Dan, uno de los dirigentes del menchevismo, habló de su «papel colosal en el desarrollo político-ideológico de la *intelligentsia* rusa».[13] Según Lenin, el libro «educó a toda una generación de marxistas rusos».[14] Para Mártov, el gran éxito que obtuvo a nivel *teórico* para el marxismo anunciaba el brillante futuro de la orientación *política* de la socialdemocracia rusa.[15] Pero quizá quien mejor explique el por qué aquella obra tuvo tal éxito sea Angélica Balabánov, que más tarde sería una figura dirigente dentro del socialismo internacional:

> Encontré que era exactamente lo que yo entonces necesitaba, una filosofía del método que daba continuidad y lógica a los procesos históricos, y que ofrecía a mis aspiraciones éticas personales, así como al movimiento revolucionario en sí, la fuerza y dignidad de un imperativo histórico. En la concepción materialista de la historia de Marx (tal y como fue expuesta por Plejánov) encontré una luz que iluminó todos los rincones de mi vida intelectual.[16]

Este elogio recuerda y parece confirmar la observación de Berdiáev acerca del carácter religioso de la mentalidad de la *intelligentsia* rusa, con su predilección por los grandes sistemas que se proponen armonizar y explicar el mundo en su totalidad con todos sus fenómenos componentes.[17] Los radicales se sintieron inmensamente inspirados por la «revelación» de Plejánov de que la historia evoluciona de acuerdo con leyes objetivas e inmutables; que estas leyes habían sido descubiertas por Marx y dotaban a sus seguidores de la llave maestra para entender el pasado y el presente; y que (implícitamente) el proceso de evo-

13 *Proisjozhdénie bolshevizma* (Origen del bolchevismo), p. 194.
14 Citado en la *Historia del partido comunista de la Unión Soviética (Bolchevique)*. Leningrado, 1938, p. 12.
15 Mártov, *Zapiski* (Apuntes), p. 245.
16 *My Life as a Rebel* (Mi vida como rebelde), p. 18.
17 *The Origins of Russian Communism* (Los orígenes del comunismo ruso), Londres, 1937, capítulo I y *pássim*.

lución de la historia garantizaba el logro en el futuro de los objetivos de los revolucionarios.

La obra de Beltov consistía en un estudio del siglo de historia intelectual que terminaba con la obra de Marx.[18] Describía el desarrollo del pensamiento filosófico, y en especial del análisis social, desde los filósofos materialistas franceses del siglo XVIII, pasando por los historiadores franceses de la Restauración, los socialistas utópicos, y los filósofos idealistas alemanes, en especial Hegel, hasta llegar al materialismo dialéctico de Marx y Engels. Estas eran contempladas como fases sucesivas en la evolución del pensamiento hacia formas más elevadas y perfectas, evolución que reflejaba y hacía posible el avance de la vida social y económica. Plejánov trataba a los sucesivos personajes con simpatía, pues desde su punto de vista cada uno de ellos representaba una etapa necesaria en el desarrollo, cada uno de ellos hacía una contribución al avance general. No obstante, con gran perspicacia y erudición, también descubría lo que él estimaba insuficiencias de cada planteamiento y mostraba cómo eran superadas una después de otra por los sucesivos pensadores. Al final, en el materialismo histórico de Marx, veía Plejánov un sistema que había superado todos los obstáculos visibles para un análisis social científico. En el curso de su exposición, Plejánov asestaba a los exponentes del populismo más de una estocada, y hacia el final del libro desataba toda la fuerza de su furia polémica. Les acusaba de ser representantes de unas formas de pensamiento anticuadas y llenas de contradicciones; contradicciones que habían sido resueltas por el mismo Marx y sus seguidores, a los que tanto denigraban los *naródniks*.

Durante los años siguientes, una abundante corriente de material saldría del escritorio de Plejánov para su publicación legal en Rusia. El muchas veces mencionado volumen colectivo publicado en 1895, del que la policía confiscaría todas las copias excepto un centenar, contenía, además de artículos de Lenin, Struve y Potresov, dos escritos de Plejánov. Ese mismo año, Plejánov invadía el campo enemigo al publicar, en *Rússkaia misl*, bajo el nombre de Ushakov, una defensa del «materialismo económico». En dicho artículo, encontraba una base para al menos una colaboración limitada con algunos *naródniks*. Pero en 1896, rebautizado ahora Volgin, Plejánov volvía al ataque con otro volumen contra los *naródniks* más extremistas, tomando como

18 Abarca casi todo el volumen VII de *Sochinéniia*. En 1947 se publicó una edición inglesa, en Londres, bajo el título *In Defense of Materialism* (En defensa del materialismo), traducida por A. Rothstein.

chivo expiatorio esta vez a V. Vorontsov.[19] Propagandista incorregible, aportó también numerosos artículos —virtualmente, todos ellos contenían alegatos contra los *naródniks*— a revistas de marxismo legal tales como *Nóvoe slovo* (La nueva palabra), *Naúchnoe obozrénie* (Revista científica), *Nachalo* (El principio), *Zhizn* (Vida), y el periódico *Samarski véstnik* (El correo de Samara). El prestigio de Plejánov alcanzó grandes alturas durante este período. Nunca antes había disfrutado de una audiencia tan amplia; nunca antes y quizá nunca después en su vida las circunstancias eran tan favorables para la propagación de las doctrinas de Marx.

Las conquistas dentro de la *intelligentsia* gratificaban a Plejánov, quien, de hecho, las consideraba una condición previa a todo lo demás. Pero, tal y como él no se cansaba de repetir, la *intelligentsia* en sí misma no era más que un Estado Mayor sin ejército. No obstante, los acontecimientos se desarrollaron de tal forma que los éxitos conseguidos dentro de la *intelligentsia* encontraron su paralelo en una gran difusión de propaganda socialdemócrata en los medios obreros. Tanto en el primer caso como en el segundo, unos nuevos dirigentes explotaban vigorosa e imaginativamente una situación prometedora, proporcionando de tal modo una fuerza de masas al movimiento. Una vez más, Plejánov y el grupo Emancipación del Trabajo estuvieron asociados íntimamente a estas iniciativas.

En 1892 las condiciones objetivas para una actividad fructífera entre el proletariado ruso parecían propicias: el rápido aumento en la cantidad de mano de obra acumulada en los centros industriales, el descontento creado por el empeoramiento de las ya miserables condiciones de trabajo, y la presencia de al menos un pequeño número de marxistas convencidos en la *intelligentsia*. Los marxistas estaban ansiosos por poner a prueba su fuerza, por ir «junto al pueblo» como lo había hecho una anterior generación de revolucionarios, pero esta vez refiriéndose a los proletarios de los centros industriales en vez de los campesinos. La primera etapa siguiente recuerda fuertemente la fase lavrista del populismo en la década de 1870. Los jóvenes marxistas entendían que su función era educar a los trabajadores. Entusiasmados desde hacía muy poco con el «socialismo científico», estaban deseando transmitir su recién adquirida ciencia al proletariado que, según creían, estaba destinado por la historia a crear el socialismo. El deseo de establecer contacto con representantes de la clase obrera condujo a muchos a participar en los trabajos de los legales y respetados comités de alfabetización, que ofrecían una educación básica a los obreros. Ya sea en esta forma o por otro camino más directo, muchos obreros fabriles eran atraídos a los secretos e ilegales círculos socialdemócratas, donde la educación —si bien de un tipo no tan inocente— seguía siendo centro de todas las atenciones. Según se decía, los socialdemócratas intentaban educar a los Bebel rusos del futuro (*).

19 «Obosnovánie naródnichestva v trudaj g-na Vorontsova» («Argumentación del populismo en las obras del Señor Vorontsov»). *Sochinéniie*. volumen IX.

Esta fase del desarrollo de la socialdemocracia Rusa es conocida generalmente como la era del *kruzhkovschina* —trabajo de círculo. En efecto, implicaba repetir a nivel obrero el mismo tipo de actividad, en líneas generales, empleado para el reclutamiento y adoctrinamiento de los miembros de la *intelligentsia*. Por éste y otros motivos, el *kruzhkovschina* fue sometido a fuertes críticas a mediados de la década de 1890. El trabajo de círculo, argüían los críticos, no podía cumplir con la pretensión esencial de la socialdemocracia a nivel obrero: la creación de un movimiento de masas. La experiencia demostraba que las ideas socialistas abstractas, incluso cuando se ofrecían en una obra tan emocionante como el *Manifiesto Comunista*, no tenían demasiado significado para el obrero medio. Con el trabajo de círculo, los socialdemócratas contribuían a estrechar, más que a ensanchar, los objetivos del movimiento. En lugar de dirigirse a las masas, los marxistas se dedicaban simplemente a extraer de ellas a los obreros más inteligentes y capaces. Dedicándose a la educación de una minoría, los propagandistas dejaban al margen a la masa de obreros. Tal táctica obraba en contra de la consecución de un movimiento de masas, sin el que la aspiración a la libertad política y el triunfo final del socialismo eran quiméricos.

Quizá los socialdemócratas pensasen vagamente en una etapa en que sus protegidos se harían cargo por sí mismos de la dirección de la masa de trabajadores en la lucha por los objetivos socialdemócratas. Pero, de momento, sostenían sus críticos, los obreros de los círculos estaban tan preocupados por sus deberes pedagógicos que perdían de vista cuáles debían ser sus objetivos reales. Aun dando por supuesto que no perdieran de vista aquellos objetivos, ¿en qué momento estarían dispuestos, o podrían, romper los límites impuestos por el trabajo

* Augusto Bebel, importante dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán, había sido también obrero.

de círculo y dedicarse a una actividad de masas? El trabajo de círculo tenía bastantes posibilidades de autoperpetuarse, dado que los trabajadores selectos que ascendían a los niveles intelectuales de la *intelligentsia* radical mostraban tendencia a continuar los mismos métodos. Los socialdemócratas, en lugar de dar vida a un irresistible movimiento de la clase obrera, podían terminar mostrando como único fruto de sus esfuerzos una pequeña *intelligentsia* de obreros que, debido a su educación, estarían separados por un abismo muy profundo de aquellos a quienes deberán dirigir. Si persistían en aquella actitud, los socialdemócratas, al menos, no debían hacerse ilusiones sobre el significado de lo que estaban haciendo; el servicio que prestaban apenas era más importante que el de los Comités de alfabetización.

Un diagnóstico crítico similar se publicó en un opúsculo que ejerció bastante influencia, escrito en 1894 y titulado *Ob agitatsi* (Sobre la agitación). Estaba basado en la experiencia directa de A. Kremer, propagandista entre los obreros judíos de Vilna. Para romper el círculo vicioso, Kremer urgía que se hiciese hincapié no en la propaganda a escala individual, sino en la agitación de masas. No debía abandonarse la instrucción teórica de los obreros más capacitados, pues ello motivaría una situación igualmente unilateral y falsa. Pero el grueso de los esfuerzos y fuerzas de los socialdemócratas debía dedicarse a la masa de trabajadores, y esto exigía que el problema fuera abordado de forma distinta. La agitación debía basarse en un conocimiento íntimo de las condiciones reinantes en las fábricas. Los agitadores socialdemócratas debían tomar el pulso al proletariado y armonizar sus argumentos con los motivos de queja sentidos con más agudeza y las necesidades inmediatas de la masa de trabajadores. Comportándose de tal modo, los marxistas podrían movilizar a masas de obreros en defensa de sus intereses, ganar su confianza en el curso de luchas comunes, introducirles por etapas en las ideas y propósitos últimos de la socialdemocracia, y finalmente organizarles en batallones socialdemócratas combatientes en la lucha política. Al margen de otras patentes ventajas, afirmaba Kremer, la agitación sólo exigía un reducido gasto de fuerzas para obtener grandes beneficios. Un número relativamente reducido de agitadores podía desencadenar un movimiento de tales dimensiones que el gobierno no podría controlarlo fácilmente, mientras que los círculos, con una relación entre *intelligentsia* y trabajadores mucho más elevada, eran fácil y repetidamente destruidos por la policía.

Durante la década de 1870, el lavrismo pedagógico que había intentado implantar los ideales socialistas en la mente de los campesinos se había demostrado irreal y había cedido el paso a la agitación bakuninista en pro de lo que se presumía eran los ideales reales de los campesinos: tierra y libertad. Ahora la historia parecía repetirse con el intento de pasar de la propaganda de un marxismo teórico a una agitación de masas en base a las necesidades inmediatas de las masas trabajadoras. Las ideas socialdemócratas, se creía ahora, se harían atractivas y significativas para el trabajador medio únicamente en el curso de la lucha por los intereses que podía percibir más inmediatamente, y no antes.

Era este un programa en apariencia muy adecuado para la promoción de un movimiento de masas socialdemócrata. Sensibles a la fuerza de los argumentos contra el *kruzhkovschina*, a la disparidad entre sus logros y los objetivos del movimiento, los propagandistas activos de entonces habían sido ganados por la nueva estrategia. Mártov, y poco más tarde Lenin, tuvieron particular importancia en su popularización y puesta en práctica. El primero de ellos, durante un período de confinamiento en Vilna, se persuadió de la bancarrota del *kruzhkovschina*. Como Kremer, sintió una especie de frustración al observar de primera mano cómo los círculos obreros, pasando por alto las posibilidades muy reales de movilizar a los trabajadores, se encerraban en un *cul-de-sac*. Mártov, de hecho, ayudó a Kremer a dar los últimos toques al opúsculo para su publicación y distribución. Cuando en 1895 volvió a San Petersburgo, insistió ante los socialdemócratas a los que conocía en la conveniencia de pasar a la agitación de masas. Lenin, entonces conocido todavía por su apellido Uliánov, había llegado a la capital en 1893. Muy pronto ganó reputación de ser un revolucionario profundamente serio, un organizador efectivo de actividades clandestinas, y un escritor polémico de enorme tenacidad y fuerza. Bajo la influencia de Plejánov y Axelrod, también él acababa de convencerse de la necesidad de pasar del *kruzhkovschina* a la agitación de masas. Mártov y sus amigos se fusionaron al poco tiempo con el grupo de Lenin para constituir la Liga de San Petersburgo para la Emancipación del Trabajo.[20]

La postura de Plejánov y el grupo Emancipación del Trabajo de Ginebra en la polémica *kruzhkovschina*-agitación fue un tanto ambigua. En cierto sentido, sus puntos de vista favorecían y animaban el trabajo de círculo, lo que parece admitir Plejánov

20 Mártov, *Zapiski* (Apuntes), pp. 186-188, 225-238, 264-271.

cuando señaló que al principio había insistido en forma algo unilateral en la propaganda.[21] En su preocupación por la teoría y la necesidad de propaganda marxista en el seno de la *intelligentsia*, el grupo había tendido a desatender a la clase obrera rusa, al menos en el campo de las publicaciones. Esta fue una de las acusaciones que en su contra formularon quienes en 1888 y a principios de la década de 1890 formaban la oposición. Los marxistas más jóvenes encontraban incongruente que un centro autotitulado socialdemócrata publicase opúsculos teóricos abstrusos, ininteligibles para los obreros. Como objetaba uno de ellos a Plejánov en 1888: «Si en su mano estuviera, todavía explicaría y publicaría a Hegel».[22] A decir verdad, Plejánov no creía que un tipo único de literatura pudiera satisfacer las necesidades de los obreros y de la *intelligentsia;* comparando los escritos pensados para estas dos diferentes audiencias ello queda perfectamente claro. Su énfasis en la teoría derivaba de la convicción en la necesidad de que fueran elementos de la *intelligentsia* quienes iniciasen la actividad socialdemócrata entre la clase obrera. Los intelectuales reclutados para el marxismo a principios de la década de 1890 sin duda consideraban el trabajo de círculo como cumplimiento de los preceptos de sus mentores. Después de todo, ¿acaso no estaban difundiendo en la clase obrera el estilo de actividad de los antiguos políticos? Donde se equivocaban, les hubieran respondido los críticos, era en la adopción acrítica para poner la socialdemocracia al alcance de los trabajadores de los mismos métodos que habían sido utilizados para conquistar a la *intelligentsia.*

En cuanto a Plejánov, si bien su actividad y la del grupo en cierta forma habían dado origen al *kruzhkovschina*, su concepción acerca del desarrollo del movimiento, tal y como quedaba expresada en sus escritos, ofrecía pocas bases para aquél. Si los marxistas más jóvenes hubieran hecho según él había dicho, en lugar de según él había hecho, probablemente hubieran evitado los peligros del trabajo de círculo. Las ideas contenidas en *Sobre la agitación,* que a muchos parecieron nuevas a mediados de la década de 1890, se pueden encontrar en sus primeros escritos marxistas, y es más, incluso en escritos anteriores. Aún siendo *naródnik,* siempre había admitido que la tarea de un revolucionario era la creación de un movimiento de masas: «La emancipación del pueblo sólo podrá conseguirla el propio pueblo». Pero dado que la emancipación significaba fundamentalmente librarse del yugo de la explotación económica, quien esperase movilizar al pueblo para el acto de autoliberación debía tomar las reivindicaciones económicas como campo de agitación. Cuando adoptó el marxismo como ideología, Plejánov retuvo esta idea de sus días de *naródnik*, modificándola para subrayar que una clase que deseara su emancipación por fuerza debía librar batalla en el terreno político. Para adaptarse a esta nueva perspectiva, cambió también algunas palabras del eslogan clave citado anteriormente para devolverle la forma que originalmente le había dado Marx, sustituyendo «el pueblo» por la «clase obrera».

21 *Sochinéniia,* IX, p. 316.
22 Citado en *Perepiska Plejánova i Akselroda,* I, p. 29.

Aunque ya había hecho frente a la cuestión en fecha tan temprana como 1880, cuando todavía era *naródnik,* fue durante la crisis de hambre cuando Plejánov formuló sus observaciones clásicas sobre la propaganda y la agitación y sus relaciones mutuas (*). Admitiendo que a veces es difícil trazar una línea de separación entre ambas, sentó algunas características distintivas que todavía hoy son admitidas oficialmente en la URSS. Definió la propaganda como una actividad llevada a cabo dentro de la vida cotidiana normal de un país; la agitación como propaganda en aquellas ocasiones especiales en que se despierta el sentido de lo social, reclamando la atención incluso de quienes de ordinario no prestarían oído a los propagandistas. Además, el propagandista transmite muchas ideas a una o pocas personas, mientras el agitador presenta sólo unas pocas ideas a una masa de personas. Según Plejánov, en esta última diferencia estriba la línea divisoria entre ambas. La propaganda, en último término, no podía tener más que un significado histórico limitado a no ser que a ella se sumase la agitación. Sólo podía afectar a decenas, centenares o miles de personas, «pero la influencia en la vida social de los países civilizados contemporáneos es inimaginable sin una influencia sobre las masas, es decir, sin agitación... En consecuencia, la agitación es indispensable para todo partido que desee tener un significado histórico. Una secta podrá contentarse con la propaganda en el sentido más limitado del término. Un partido político, jamás».[23] Según estas definiciones, el trabajo de círculo era propio de una secta, cuando Plejá-

* Meyer *(Leninism,* p. 50) da la impresión de que fue Lenin quien estableció la distinción entre propaganda y agitación características del marxismo ruso. Aunque con mucha frecuencia Meyer atribuye a Lenin ideas desarrolladas por Plejánov (y en modo alguno es el único que incurre en tal defecto), su libro es admirable por muchos motivos.
23 *Sochinéniia,* III, pp. 395-397, también, 414-416. Para juicios similares sobre su época *naródnik,* véase *ibid.,* I, pp. 126, 128-129.

nov desde el primer momento luchaba por crear un partido. Ya había condenado el *kruzhkovschina* antes incluso de que hubiera nacido. Más adelante, en el mismo ensayo, ofrece toda una serie de preceptos para una buena agitación.

Al tratar este tema, no necesitaba Plejánov limitarse al campo rarificado de la teoría. En 1890 publicaba unas vividas memorias de sus propias experiencias personales entre los obreros de San Petersburgo a fines de la década de 1870.[24] Servían de apoyo a su convicción expresada fervientemente de que el obrero ruso respondería positivamente a una agitación cuidadosamente planificada y hábilmente ejecutada. Aparecido antes de la avalancha de actividad obrera de la década de 1890 y dirigido a una generación en la que pocos tenían una mínima idea de las aventuras de la primera época, su opúsculo estaba calculado para animar a la *intelligentsia* radical e iniciar la agitación en los centros industriales rusos. Lo mismo que Herzen había gritado una vez, «¡Id al pueblo!», ahora Plejánov gritaba, «¡Id a los obreros!». Pocos años más tarde, el movimiento hacia los obreros estaba en pleno apogeo, y Mártov ha testimoniado en qué forma los consejos de Plejánov ayudaron a los socialdemócratas de San Petersburgo a mediados de la década de 1890 a aceptar la transición del trabajo de círculo a la agitación.[25] Puede añadirse que *Sobre la agitación*, que sólo circuló en Rusia clandestinamente, fue publicada en 1896 por el grupo Emancipación del Trabajo.

La creciente influencia del marxismo durante la década de 1890 hizo casi inevitable el término del largo período de aislamiento organizativo del grupo Emancipación del Trabajo. Jóvenes rusos simpatizantes con la socialdemocracia hacían peregrinaciones a Ginebra en número creciente para ver y hablar con los «abuelos» del marxismo ruso. Plejánov y Axelrod les asediaban a preguntas; y algunos de los que hicieron visitas más largas completaron su educación marxista, en parte, ayudando a sus mayores en su trabajo. Durante ese mismo período, el marxismo obtuvo una audiencia más sustancial entre los estudiantes rusos en las universidades suizas. Gradualmente, la comunicación con el movimiento en el interior de Rusia se fue haciendo más frecuente y fidedigna. Uno de los primeros acontecimientos de esta asociación más íntima con el movimiento interior fue la recepción por Plejánov, en 1893, de un poder de

24 «Russki rabochi v revoliutsiónnom dvizheni» (El obrero ruso en el movimiento revolucionario), *ibid.*, III, pp. 127-205.
25 Mártov, *Zapiski*, p. 150.

parte del grupo de socialdemócratas de San Petersburgo encabezado por Mártov para representarles en el congreso de la Internacional que se celebraría en Zurich ese mismo año. Si bien tanto él como Axelrod habían asistido al congreso de fundación en 1889, fue ésta la primera ocasión en que representó a una organización socialdemócrata activa en Rusia.

El año 1894 abrió paso a la era del marxismo legal. Ese año Potresov hablaba con Plejánov y se publicaba la obra de este último en San Petersburgo. Ese mismo año, un miembro del grupo de San Petersburgo que acababa de visitar a Plejánov y Axelrod advertía a sus compañeros, nada más llegar, que el «abuelo» creía llegada la hora de que la socialdemocracia surgiera a la luz como partido.[26] Sus presiones quizá fueran responsables de la conferencia de representantes de las organizaciones socialdemócratas de varias ciudades celebrada a fines de 1894, de la que surgió la decisión de coordinar las actividades en base a la agitación.[27] Para colaborar con la campaña de agitación, los representantes se comprometieron a trabajar para el establecimiento en el extranjero de un centro de publicación de literatura dirigida específicamente a los obreros. Fueron comisionados Lenin y E. I. Sponti, representantes, respectivamente, de las organizaciones de San Petersburgo y Moscú, para viajar al extranjero con objeto de conseguir el consentimiento y colaboración del grupo Emancipación del Trabajo para tal empresa. No obstante, ya antes de su llegada se había dado otro paso para ensamblar los elementos dispersos de la naciente socialdemocracia rusa.

En distintas ocasiones se habían hecho esfuerzos para fusionar el grupo Emancipación del Trabajo con otros grupos de jóvenes socialdemócratas rusos en Suiza. Debido a múltiples razones, a que antes hemos aludido, la fusión no había llegado nunca a efectuarse. En 1892-93 se establecieron unas relaciones especialmente intensas entre el grupo y los jóvenes marxistas en la emigración. Un cierto socialista polaco llamado Ioguiches (Grozovski), que poseía una considerable fortuna personal, llegó a Suiza y procuró entrar en relaciones con el grupo. Dado que perpetuamente estaban necesitados de colaboración financiera, los *Osvobozhdentsi* invitaron a Ioguiches a hacerse miembro del grupo. No le bastaba en apariencia con eso, y se esforzó por imponer unas condiciones que ellos consideraron degradantes, a cambio del respaldo financiero a las publicaciones del

26 *Ibid.*, pp. 254-255.
27 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 113.

grupo. Un período de asociación a prueba demostró ser intolerable para ambas partes, y terminó con mutuas recriminaciones. Mientras tanto, Ioguiches había reunido en torno a él un número considerable de jóvenes socialdemócratas en Suiza, muchos de los cuales no estaban satisfechos con el *modus operandi* del grupo. Después de romper con Plejánov y Axelrod, organizó una empresa rival para la publicación de literatura socialdemócrata en lengua rusa, con su amigo B. N. Krichevski como director. Esta nueva Biblioteca Socialdemócrata rusa llegó incluso a competir con el grupo para conseguir el favor de Engels (*). No obstante, en 1894 Ioguiches se separaba de la Biblioteca con objeto de dedicarse por entero al movimiento socialdemócrata polaco. Su separación ayudó a despejar el camino para el establecimiento de relaciones armoniosas entre los grupos rivales, cuyas diferencias eran más organizativas que ideológicas. Una vez que el movimiento socialista en el interior de Rusia había empezado a retoñar, se planteaba con particular urgencia el poner fin a la rivalidad y discordia entre los emigrados. Había que poner fin a las riñas sin sentido si se quería dar al movimiento el enérgico apoyo que necesitaba. Hacia finales de 1894, el grupo, aunque todavía conservaba su identidad propia, se fusionó con los jóvenes marxistas en el extranjero para formar la Unión Socialdemócrata Rusa. El grupo consintió en poner a disposición de la Unión su imprenta si se dejaba a Plejánov y Axelrod como directores.

Sea cual fuere la importancia que el grupo concedió a este acuerdo, más alientos le dio el encuentro en mayo de 1895 con Lenin y Sponti. Axelrod, que nos ha dejado unas memorias de estos encuentros, los calificaba como «un acontecimiento de tremenda importancia en la vida del grupo Emancipación del Trabajo».[28] Era prácticamente la primera vez en doce largos años que las organizaciones socialdemócratas activas en el interior de Rusia enviaban emisarios para negociar con ellos. Es más, los dos delegados, aunque marcadamente distintos, merecieron el respeto de los exiliados. Eran prueba viviente de la seriedad y solidez del movimiento socialdemócrata que estaba viendo la luz en Rusia. En contraste con los jóvenes socialdemócratas en el

* Para referencias acerca de las diferencias entre Ioguiches y el grupo, ver *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, *pássim*. Plejánov resumió el punto de vista del grupo en la controversia en una carta a Engels, reproducida en Deutsch, *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá»*, II, pp. 317-22. Una defensa de Ioguiches nos la ofrece su amigo Varski en *Proletárskaia revoliútsiia*, 11-12 (1928).

28 *Ibíd.*, pp. 265-275.

extranjero, a la mayoría de los cuales Plejánov y Axelrod consideraban frívolos charlatanes, al fin se dejaban ver unos hombres cuyo aire de competencia y devoción a la causa parecían comparables a las de los héroes revolucionarios de 1870. Sponti y Lenin, uno después de otro, pasaron cerca de una semana con Axelrod, en Zurich, y probablemente un período similar con Plejánov, que de nuevo estaba viviendo en Ginebra con permiso oficial. El calor de la bienvenida dedicada a los visitantes sólo fue superado por la insaciable sed de los emigrados en obtener información sobre todos los aspectos del movimiento en el interior.

En Sponti vio Axelrod un «*naródnik* socialdemócrata», alguien que combinaba las concepciones socialdemócratas con el idealismo espiritual y el temperamento revolucionario de los *naródniks* de 1870. La reverencia un tanto ingenua con que contemplaba a los obreros recordaba la actitud de los *naródniks* ante los campesinos en otro tiempo. Desde el punto de vista de Axelrod, todo lo que a Sponti le faltaba en sensibilidad teórica lo suplía con su devoción revolucionaria. Sin embargo, el veterano revolucionario se sintió ofendido porque Sponti exigiese cuentas al grupo por no haber producido una literatura dedicada a los obreros. Haciéndose eco de las acusaciones de los críticos del grupo en la emigración, Sponti hizo a Axelrod este reproche: «Están ustedes dedicados a desarrollar teorías científicas, filosóficas. Pero esto difícilmente lo podrán entender las masas trabajadoras». Ni tan siquiera Marx escapó a la acusación: tampoco él había escrito nada directamente para los obreros. Axelrod intentó, sin demasiado éxito, justificar la postura del grupo haciendo referencia a su divorcio de los elementos activos en el interior de Rusia durante gran parte de su vida. Ahora que la situación estaba llegando a su fin, prometió, el grupo Emancipación del Trabajo, sin falta, produciría todas las publicaciones para obreros que se necesitasen. Tranquilizado, Sponti transfirió al grupo los fondos recogidos por los camaradas de Rusia y preparó la recepción de literatura, intercambio de comunicaciones en el futuro, etc.

Poco días después de la partida de Sponti, se presentó en casa de Axelrod un joven pálido y seco con una carta de Plejánov, a quien acababa de visitar. Regaló a Axelrod un tratado de marxismo recientemente publicado en Rusia, una de las pocas copias que no habían sido confiscadas por la policía. Después de una breve charla, pidió permiso para volver al día siguiente, y se fue. Axelrod se entusiasmó ante el espíritu socialdemócrata que destilaba el contenido del libro. En especial, un artículo

firmado «Tulin», en que se criticaba tanto al populismo como a Struve le causó una «excelente impresión». Percibía en la obra «el temperamento de una llama combativa, la impresión de que para su autor el marxismo no es una doctrina abstracta sino un arma en la lucha revolucionaria». Al día siguiente, Axelrod supo que su visitante era ese mismo Tulin, un primer pseudónimo de Uliánov, mejor conocido por su posterior *nom de guerre*, Lenin. El joven también le causó personalmente buena impresión. Aunque tenía un evidente talento, mostró una gran deferencia hacia Axelrod y Plejánov, a quienes consideraba sus mentores. Se comportó de forma seria, casi de negocios, pero sin muestras de vanidad. Sobre todo, Axelrod vio en el recién llegado una persona que, infinitamente más que cualquiera de los jóvenes de la nueva generación que conocía, se interesaba profundamente por las mismas cuestiones que preocupaban al grupo.

No obstante, entre Lenin y los emigrados no existía un acuerdo total en todas las materias. Tanto Axelrod como Plejánov hicieron la misma crítica a la opinión sobre los liberales emitida en el artículo. El joven no establecía diferencia alguna entre los liberales rusos y los liberales occidentales, que ya habían desempeñado su papel revolucionario en la lucha contra el absolutismo y actualmente se alineaban con las fuerzas del *statu quo* contra la amenaza del socialismo. Muy al contrario, Plejánov y Axelrod opinaban que el liberalismo ruso todavía no había jugado su papel revolucionario, dado que Rusia todavía estaba sometida al yugo del absolutismo. De acuerdo con ello, en Rusia indudablemente existían posibilidades de colaboración con los liberales aun cuando los socialistas que vivían en las democracias burguesas no pudieran concebir nada semejante. Plejánov resumió claramente los distintos puntos de vista cuando dijo a Lenin: «Usted vuelve la espalda a los liberales, y nosotros les tendemos la mano». Después de amplias conversaciones con Axelrod, Lenin admitió estar equivocado y adoptó el punto de vista de sus mentores. Sin embargo, este cambio de opinión se demostraría temporal, pues esta discusión mantenida en 1895 anunciaba uno de los puntos más importantes de conflicto entre bolcheviques y mencheviques.

Axelrod se esforzó en explicar a Lenin tanto la relación del grupo con los jóvenes socialdemócratas en la emigración como lo que él consideraba su papel legítimo y vital respecto al movimiento en el interior de Rusia. Afirmaba que al difundirse con tanta rapidez la socialdemocracia, era ahora más importante que nunca defender la integridad organizativa del grupo. Eminentemente cualificado para defender las tradiciones revolucionarias y estabilidad teórica del movimiento, podía servir de necesario contrapeso a las posibilidades de desviación implícitas en la entrada en juego de nuevas fuerzas, sólo superficialmente introducidas en la socialdemocracia. De hecho Axelrod estaba presentando un informe a la nueva dirección de la socialdemocracia rusa, simbolizada por Lenin, en defensa de la perpetuación del grupo como tal, el reconocimiento de su autoridad dentro del movimiento, y también el mantenimiento en el extranjero, más que en el interior de Rusia, de los cuarteles generales del movimiento. Describió las relaciones ideales entre el grupo y los socialdemócratas en el interior, en los siguientes términos:

> Nosotros somos un pequeño destacamento que está en una montaña inaccesible, en un lugar seguro, mientras al mismo tiempo se está librando en el valle una batalla. Nosotros, desde las alturas, seguimos el desarrollo de la batalla, y gracias a la superioridad de nuestra situación podemos observar con toda facilidad todo el campo de batalla y evaluar toda la situación. Pero los detalles de la lucha y de la situación en el valle escapan a nuestra observación. Estos detalles sólo los pueden conocer nuestros compañeros que participan directamente en la lucha. En interés de la causa, es esencial que exista la relación más íntima y un control mutuo entre el ejército y su destacamento en lo alto de la montaña.[29]

La sencillez y sinceridad de Axelrod, así como la fuerza de sus argumentos, impresionaron fuertemente a Lenin, aumentando su admiración por los marxistas en el exilio. Asintió prácticamente a todo lo que dijo Axelrod, lo que, por supuesto, hizo que mejorara la buena opinión que ya tenía Axelrod sobre su juicio. Los marxistas en el exilio le habían convencido de la necesidad de extender el movimiento, pasando a la agitación. También hizo suyo el convencimiento de que las fuerzas marxistas debían empezar a actuar inmediatamente como partido político, tomando postura ante toda cuestión social importante y aspirando a convertirse en el centro de la creciente corriente de oposición.[30] No cabe la menor duda del respeto que Lenin tenía al grupo y de que estaba de acuerdo con él en su concepción del papel que debía desempeñar en las operaciones proyectadas. Aceptó de buena gana la sugerencia de Axelrod de que su organización, en Rusia, adoptara el nombre de Liga para la Eman-

29 *Ibid.*, p. 274.
30 Mártov, *Zapiski*, pp. 266-267.

cipación del Trabajo, reconociendo de tal modo su deuda, y sus relaciones, con los fundadores del marxismo ruso.

Uno de los principales proyectos acordados fue la publicación, bajo los auspicios de la Unión Socialdemócrata Rusa, de una literatura de agitación apta para dar a conocer los puntos de vista de la socialdemocracia a los obreros industriales. Además de los panfletos, la USDR se comprometía a publicar un periódico titulado *Rabótnik* (El trabajador). En él aparecerían noticias y artículos de los camaradas en Rusia, quienes se encargarían de su distribución; Plejánov y Axelrod colaborarían como redactores. Los miembros jóvenes de la USDR podían colaborar de un modo sustancial prestando ayuda técnica (dinero, trabajo de impresión...), preparando rutas de transporte clandestinas, y ocasionalmente con sus artículos. De tal forma, por primera vez, el grupo, los jóvenes socialdemócratas en el extranjero y los activistas en el interior de Rusia, trabajaban juntos en una empresa común. Los marxistas en el interior de Rusia, prometió Lenin, harían todo lo necesario para mantener los contactos establecidos y cumplir con las decisiones mutuamente aprobadas. Y no hablaba por hablar, pues aun después de su detención en Rusia, el siguiente mes de diciembre, no se interrumpirían las relaciones entre los exiliados y Rusia. El tráfico regular de fondos, correspondencia, emisarios y literatura clandestina, se convertiría en una característica integral de la vida de la socialdemocracia rusa. La reafirmación del papel vital del grupo fue fuente de inmensa gratificación para Plejánov y Axelrod, quien, aún después de haber llegado a detestar a Lenin, describiría este primer contacto con él como uno de los momentos más felices y luminosos en la vida del grupo Emancipación del Trabajo.

La Liga de San Petersburgo para la Emancipación del Trabajo demostró ser la organización revolucionaria más efectiva en Rusia desde la disolución de Zemliá i Volia y de la original Naródnaia Volia. Como aquellos grupos antiguos, dividió sus fuerzas en secciones de trabajo, a unas de las cuales se les daba jurisdicción para la agitación en los distintos barrios de la ciudad, mientras otras se encargaban de los servicios técnicos. La dirección de la Liga fue confiada a una sección central, de la que eran miembros tanto Lenin como Mártov. Simultáneamente con la formación de la organización, se desató en San Petersburgo una oleada de acciones huelguistas, ofreciendo a los socialdemócratas una oportunidad espléndida. La aprovecharon, y siguiendo los consejos contenidos en *Sobre la agitación*, sacaron de los contactos obreros una información exacta sobre las condiciones de las distintas fábricas y las reivindicaciones que habían provocado las huelgas. Explotaron esta información con discursos y panfletos, con la vista puesta en unir a los obreros, clarificar sus objetivos y ayudarles a formular una táctica.[31] Con frecuencia creciente, los socialdemócratas se convertían en voz dominante en las asambleas de los obreros huelguistas, y daban coherencia a las exigencias de los obreros frente a los empresarios. Al mismo tiempo, los socialdemócratas luchaban con todos los medios para despertar en los obreros una conciencia de los objetivos a más largo plazo implícitos en su lucha: no eran simples batallas de los obreros de una fábrica determinada contra la dirección, sino episodios dentro de una campaña más extensa de la clase obrera en conjunto contra el sistema capitalista y sus conocidos mecanismos de explotación. No perdían oportunidad de subrayar el papel que el Estado jugaba como protector de la burguesía, y la consiguiente necesidad de una lucha política caso de que se quisiera efectivamente defender los intereses obreros.

Empezaron a acumularse alentadoras pruebas de que estaban tocando la tecla adecuada. Los empresarios muchas veces tuvieron que atender a las exigencias de los obreros, si bien, una vez reanudado el trabajo, los cabecillas de la huelga se veían obligados a exiliarse. La acción punitiva no logró detener el movimiento huelguista; y, de acuerdo con un informe, la aparición de panfletos de agitación en manos de los obreros muchas veces fue suficiente para que los industriales hicieran concesiones. Quizá bajo la influencia de estos acontecimientos, el llamado grupo de los *narodovoltsi*, también activos en la capital durante 1895, derivó rápidamente a una posición idéntica a la de los socialdemócratas. Convencidos de que el rápido desarrollo de los acontecimientos no hacía aconsejable esperar a la aparición de *Rabótnik*, los marxistas se unieron al grupo de los *narodovoltsi* para la publicación de una revista para proletarios. Desafortunadamente para ellos, en diciembre la policía logró capturar en una operación la primera edición de la revista junto con un grupo de revolucionarios, incluido Lenin. En enero de 1896 también caían detenidos Mártov y otros. Dos operaciones de la policía muy próximas en el tiempo habían borrado de la escena a un centenar aproximado de personas, incluidos los dirigentes más experimentados del movimiento de San Peters-

31 *Ibid.*, pp. 272 y ss.

burgo.[32] No obstante, a pesar de estas serias pérdidas, el movimiento siguió creciendo en 1896. Las imprentas clandestinas continuaron publicando panfletos, la agitación se extendió cada vez a más plantas industriales, y el número de obreros encuadrados en círculos creció. Mientras en 1895 hicieron huelga en toda Rusia unos cuarenta o cincuenta mil obreros, en 1896 San Petersburgo fue escenario de una huelga en que participaron, sólo en ella, treinta y cinco mil obreros textiles.

La huelga de los obreros textiles tuvo su origen en la queja de un grupo de una fábrica que había perdido parte de su sueldo, sin culpa por su parte, cuando se suspendió el trabajo con motivo de las fiestas de la coronación de Nicolás II.[33] Demostrando un grado considerable de conciencia de clase, el grupo envió representantes a las otras plantas textiles de la ciudad. Acogida con simpatía su queja, organizaron seguidamente una asamblea extraordinaria al aire libre, a la que asistieron unos cien representantes de distintas fábricas, que, juntos, prepararon una lista de reivindicaciones de los obreros textiles. Las reivindicaciones, incluida la reducción del horario de trabajo de doce horas a diez y media, fueron publicadas en forma de panfleto por la Liga de San Petersburgo y repartidas por toda la ciudad. La policía era incapaz de hacer frente a la enorme multitud que había lanzado a las calles una huelga que afectaba a trece fábricas. La detención y confinamiento de un millar de obreros no logró poner término a la huelga; como tampoco lo lograron las llamadas y promesas del ministro de Hacienda, Witte. Los obreros, que habían mostrado una disciplina y un orden notables durante el mes que duró la huelga, sólo consintieron en volver al trabajo cuando el gobierno se comprometió a convocar una conferencia de funcionarios e industriales que consideraría la reducción de las horas de trabajo. Como el gobierno se mostró lento en tomar una decisión favorable, estalló una nueva huelga, en enero de 1897, que añadió nueva presión a la ya acumulada. Al final, fue promulgado un decreto en que se limitaban las horas de trabajo a once y media. Los obreros no habían conseguido la totalidad de sus reivindicaciones, pero habían logrado forzar al gobierno a una medida de concesión. Podían sentirse ufanos de haber demostrado su

32 *Ibid.*, pp. 290 y ss.
33 Esta descripción está basada en gran parte en el informe presentado por la delegación rusa ante el Congreso de Londres de la Internacional. 1896. Ver *Sochinéniia*, IX, pp. 352-367.

fuerza, y los socialdemócratas podían felicitarse por haber dirigido con efectividad toda la secuencia de acontecimientos.

Acababa de nacer el movimiento obrero en Rusia, y a partir de entonces el gobierno se vería obligado a tenerlo en cuenta. A pesar de sus simpatías hacia los empresarios, de vez en cuando, en aras de la propia seguridad y estabilidad, el gobierno tuvo que tomar medidas destinadas a apaciguar a las turbulentas fuerzas laborales. Por su parte, los socialdemócratas habían ganado una influencia sustancial entre los proletarios de San Petersburgo y extendido enormemente, de esta forma, su poder y potencialidad. La estrategia de agitación estaba respondiendo a las promesas hechas por sus abogados. Además de otras ventajas, una vez sumergidos los socialdemócratas en los conflictos laborales, su movimiento perdió el antiguo carácter de exagerada tibieza y se hizo autosuficiente. La represión policíaca podía liquidar a unos cuantos agitadores, pero se encontraba fácilmente quien los podía reemplazar. Establecida la comunicación con amplias capas de la clase obrera, disponían ahora de una cadena de relaciones que permitía desplazar a personas situadas en los estratos más bajos para llenar los huecos dejados por otras personas. Además, los éxitos conseguidos por el movimiento laboral, y los que prometía, aseguraban una afluencia lateral de miembros de la *intelligentsia* radical hacia las filas de la socialdemocracia. El «marxismo legal», que estaba entonces en plena actividad, facilitaba la afluencia. Gracias a los socialdemócratas, por fin se estaba logrando una conjunción entre una parte de la *intelligentsia* y parte del «pueblo» que anteriores generaciones de radicales habían desesperado poder alcanzar.

El movimiento tampoco se limitó a la capital. Según se extendía la influencia del marxismo, las organizaciones socialdemócratas se multiplicaron en los centros industriales de todo el país. Actos semejantes al confinamiento de los mil huelguistas de San Petersburgo, en 1896, dieron impulso a la extensión del movimiento a muchas otras áreas. En el transcurso del período 1896-97, hubo grupos activos de socialdemócratas en Moscú, Kiev, Odesa, Járkov, Ekaterinoslav, Tiflís, Riga, Nizhni Nóvgorod, Rostov, Samara, Ivánovo-Voznesensk, Vorónezh, y otras ciudades.[34] La Liga para la Emancipación del Trabajo de San Petersburgo, con su transparente serie de éxitos, sirvió como modelo a prácticamente todas las organizaciones de reciente aparición. La campaña de agitación en general, y la huelga de San Petersburgo en particular, transformaron a la socialdemo-

34 Mártov, *Istóriia*, p. 28.

cracia rusa de una secta sin demasiada trascendencia en una fuerza de oposición más poderosa que cualquiera de las que habían existido en Rusia a lo largo de todo el siglo XIX.

Durante la primavera de 1896 Plejánov escribió al socialdemócrata alemán Karl Kautsky contándole cómo se estaba viendo en la imposibilidad de poner en marcha cierto proyecto literario en que ambos estaban interesados, a causa de su interés por el movimiento laboral, que «está asumiendo proporciones insospechadas en Rusia».[35] Al iniciarse la huelga de San Petersburgo, de nuevo fueron enviados emisarios a establecer contacto con los veteranos marxistas en Suiza. Esta vez fueron Struve y Potresov, para pedir al grupo que consiguiera para los huelguistas el apoyo moral y material de los socialistas occidentales.[36] Plejánov y sus asociados estaban en buena situación para atender a la petición. Al cabo de quince años habían logrado entrar en una íntima relación de trabajo con los movimientos socialistas occidentales y podían llamar amigos personales a muchos de sus dirigentes. Ya en los primeros años de su exilio, ellos, al margen de sus iniciativas políticas, disfrutaron de la estima y buenos deseos de importantes socialistas. Axelrod mantenía unas cálidas relaciones con Kautsky y Bernstein, en Zurich, donde los dos alemanes editaron un periódico socialdemócrata en la década de 1880. Engels escribió amables cartas a Vera Zasúlich y consintió de buena gana en que fuera ella quien tradujera sus obras y las de Marx al ruso.[37] Y Kautsky había tributado a Plejánov, ya en 1884, un generoso homenaje cuando escribió a Engels: «Causa muy buena impresión. Sencillo, sin ostentación, es muy activo y ha leído tanto que a veces siento vergüenza de mí mismo».[38]

Plejánov conoció a Engels en 1889, gracias a los buenos oficios de Kravchinski, con quien se mantuvo en términos de amistad a pesar de sus diferencias políticas. Kravchinski había establecido su residencia en Londres, donde había conocido a Engels y a otros radicales que también residían allí. Al terminar el congreso de fundación de la Segunda Internacional en París, invitó a Axelrod y Plejánov a visitarle en Londres y conocer a Engels. Ellos aceptaron inmediatamente, y Plejánov tuvo la gran

35 *Gruppa*, V, pp. 219-220.
36 Struve (julio, 1934), p. 72.
37 Muchas de ellas están incluidas en *Perepiska Marksa i Engelsa*.
38 *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*. Benedikt Kautsky (ed.), (Viena, 1955), p. 98.

satisfacción de pasar casi una semana encerrado con su reverenciado maestro, discutiendo una amplia gama de asuntos de mutuo interés. Fueron éstos, como diría más tarde, «los días más felices de mi vida». Plejánov, que tenía fama de ser altanero y reservado, fue reverente y humilde con Engels. Cuando, varios años después de este encuentro, reunió coraje suficiente para escribir, se dirigió a su mayor como «Querido y muy respetado maestro», hasta que éste le llamó la atención y le pidió se dirigiera a él en términos más simples. A partir de entonces, a pesar de que Engels le había pedido que le llamase «simplemente Engels», Plejánov muchas veces le llamaba «mi general». De nuevo se hizo evidente su respeto cuando se refugió en Londres después de su expulsión de Francia. Una vez, deseando consultar la biblioteca de Engels, rico en libros de gran rareza, volvió varias veces sobre sus pasos por miedo a ser una molestia. Eventualmente los dos estrecharon su amistad, y cuando a Plejánov se le permitió, a fines de 1894, reunirse en Ginebra con su familia, lo haría con pesar por tener que abandonar a su maestro. Escribió a Kautsky: «En ningún lado voy a encontrar una biblioteca como la del Museo Británico, como tampoco voy a encontrar en ninguna parte un hombre como Friedrich Engels» (*).

La sospecha y falta de fe con que al principio había sido mirado el grupo habían desaparecido gradualmente. El cambio de actitud se debía en parte al desvanecimiento de las esperanzas puestas en una revolución populista. Según iba avanzando la década de 1880, los socialistas occidentales se fueron viendo obligados a conceder que la confianza que habían depositado en los *narodovoltsi* estaba penosamente injustificada. En consecuencia, empezaron a considerar con más simpatía a quienes intentaban crear un movimiento de clase obrera. Aun así, algún ocasional desaire daba a entender al grupo que la acogida que se les dispensaba en ciertos sectores era algo menos que completa. La sospecha persistente en el cerebro de Liebknecht de que los *narodovoltsi* eran todavía los revolucionarios más serios fue sin duda lo que le obligó, en 1890, a la hora de buscar un corres-

* Véase Plejánov, *Sochinéniia*, XI, pp. 21-22; *Perepiska Marksa i Engelsa*, págs. 265 y sigs.; *Literatúrnoe naslédie Plejánova*, VIII, pp. 257, 265-66; y la carta de Plejánov a Kautsky fechada el día 20 de diciembre de 1894, ahora en el Instituto de Historia Social de Amsterdam. Cuando nueve meses más tarde murió Engels, Plejánov escribió a Kautsky: «Creo innecesario decirle lo apenado que me encuentro. Era al mismo tiempo una gran persona y un buen amigo.» Esta carta también se encuentra en el Instituto de Historia Social.

ponsal ruso para su periódico *Worwärts*, a pedir su colaboración a Lavrov, en lugar de Plejánov.[39] Probablemente Plejánov intentase borrar otra persistente sospecha cuando dijo a un congreso socialista internacional, en 1891: «Nosotros no somos doctrinarios dispuestos a desentenderse de los logros prácticos del movimiento revolucionario en aras de la teoría».[40] La indudable ausencia de logros prácticos hasta entonces, muy bien pudo haber inducido a algunos socialistas occidentales a sospechar que el grupo era demasiado quisquilloso a nivel doctrinal. Y, sin embargo, cuando al final se registraron éxitos prácticos impresionantes durante la huelga de 1896 en San Petersburgo, Liebknecht, al contrario que otros, reaccionó con frialdad. Dijo a los desconcertados marxistas rusos que las huelgas laborales eran un método de lucha poco apropiado en Rusia, que los disturbios estudiantiles tenían mayor importancia (*).

Eran éstos, sin embargo, incidentes poco frecuentes. Su significado palidecía ante la abundante cantidad de pruebas sobre la creciente simpatía de que disfrutaban los marxistas rusos entre sus camaradas occidentales. Plejánov sin duda consideraba los actos de Liebknecht, en el mejor de los casos, como lapsos incomprensibles; en el peor, como prueba de una ignorancia abismal de la situación en Rusia.[41] En cuanto a él le afectaba, la vindicación de su grupo y su línea se produjo en 1894. Ese año, Engels consintió en que el grupo Emancipación del Trabajo publicase una nueva edición de su libro contra Tkachev. Consintiendo en someter a la atención pública una vez más su crítica mordaz de los esquemas del populismo y su desdeñosa negativa de las posibilidades de un golpe de conspiradores, Engels hacía caer todo el peso de su autoridad del lado de los marxistas rusos. En efecto, admitió que sus dudas sobre la conveniencia de dar vida al movimiento también en Rusia eran un error lamentable, que Plejánov había acertado en *Nuestras diferencias* y Engels se había equivocado en su crítica. De tal modo, la ayuda y tranquilidad que Marx y Engels habían dado a los populistas, para gran confusión de los marxistas rusos, fue tardíamente reparada.

Paradójicamente, el grupo Emancipación del Trabajo había asegurado a Rusia un lugar en las filas del marxismo internacional años antes de que hubiera visto la luz el movimiento obrero. Esta peculiar situación se produjo, sobre todo, gracias al reconocimiento internacional acordado a Plejánov como teórico, erudito y escritor marxista. A principios de la década de 1890, su obra atrajo la atención admirada de los principales pensadores socialistas de Europa. En una carta a Kautsky, Engels calificaba de «excelente» una serie de artículos sobre Hegel que Plejánov había escrito para la prensa alemana. Kautsky replicó: «Me encanta que el artículo de Plejánov le haya agradado tanto. También a mí me ha interesado extraordinariamente... Considero a Plejánov el marxista joven más importante».[42] Aproximadamente un año más tarde, por medio de una respuesta a un artículo que Plejánov había ofrecido a *Vorwärts*, escribía Liebknecht al ruso: «Aceptaremos con placer todo lo que usted escriba».[43] En efecto, Plejánov se convirtió en un colaborador asiduo del *Die Neue Zeit* de Kautsky, así como del periódico de Liebknecht. Pronto estuvo envuelto en una red cada vez más compleja de relaciones literarias con los partidos socialistas más activos y poderosos de Europa. Varios de sus libros y artículos fueron traducidos, y repetidas veces fue invitado a redactar obras originales sobre distintos temas para su publicación en la prensa socialista alemana. Su importante estudio *Esbozos de historia del materialismo*, por ejemplo, fue escrito por encargo para su publicación en Alemania. Tanto Kautsky como Liebknecht solicitaron sendos ensayos polémicos contra los anarquistas cuando éstos hicieron sentir de nuevo su presencia a mediados de la década de 1890. Siguiendo el camino abierto por Alemania, los socialistas franceses, ingleses, italianos y polacos tradujeron las obras de Plejánov a sus respectivos idiomas. Los dirigentes de todos estos partidos, por su parte, siempre se mostraron contentos de poder ofrecer a Plejánov y al grupo toda la ayuda que pedían.

Respondiendo con celeridad a la petición de Potresov y Struve, los marxistas en el exilio pusieron en movimiento su maquinaria para conseguir ayuda del socialismo occidental para los obreros de San Petersburgo. Gracias a sus esfuerzos, muchos

39 *Voinstvuiuschi materialist* (El materialista militante), núm. 4, 1925, páginas 219-221.
40 *Sochinéniia*, IX, p. 343.
* A pesar de todo, las relaciones de Plejánov con Liebknecht fueron en general cordiales. Ambos se habían conocido en 1889, y Liebknecht visitó a Plejánov en 1892, durante el exilio de este último, en Mornex. El año siguiente, Liebknecht advertía a Plejánov que todo lo que escribiese sería bien recibido en *Vorwärts*. Y hay que recordar que en 1894, en el curso de un período de adversidad y profunda desesperación, Plejánov recurrió a Liebknecht en busca de consejo y ayuda.
41 Manuscrito de Axelrod, capítulo 17, p. 22; véase también *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, 149.

42 *Engels' Briefwechsel*, pp. 318, 320.
43 *Literatúrnoe naslédie Plejánova*, I, p. 279.

periódicos europeos, socialistas y no socialistas, se prestaron a informar sobre los emocionantes acontecimientos de San Petersburgo. En Londres, Vera Zasúlich establecía contacto con los dirigentes obreros ingleses y conseguía tanto cartas de solidaridad con los obreros de San Petersburgo como una cierta cantidad de ayuda monetaria. También intentó, con éxito más bien limitado, obtener apoyo de fuentes liberales de clase media opuestas a la autocracia rusa.[44] Algunas respuestas obtuvieron los anuncios publicados en el *Arbeiter-Zeitung* de Viena, que describía la huelga como «un acontecimiento de significado histórico».[45] En contraste, Liebknecht quitó importancia a la huelga en sus comentarios, con el resultado de que el Partido Socialdemócrata Alemán prestó muy poca ayuda.

Inmediatamente después de la huelga, se reunió el cuarto congreso de la Internacional, en Londres. Fue un momento de triunfo para Plejánov y los marxistas rusos. Plejánov había dudado en asistir al congreso fundacional en 1889, sabiendo que no representaba más que a su reducido grupo. Con ese motivo, él y Axelrod no aceptaron participar en el congreso de Bruselas de 1891, contentándose en lugar de ello con presentar un informe escrito para que circulara entre los delegados. Sin embargo, convocado el cuarto congreso en 1896, asistió a él una amplia delegación rusa que incluía a Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Struve y Potresov. Representaban a grupos socialdemócratas de diez ciudades distinas, incluida la organización de San Petersburgo que había dirigido hacía poco la huelga textil. En 1889, después de haber sido empujado por Paul Lafargue a asistir, Plejánov había dirigido al congreso un breve discurso que concluía con la profecía: «La revolución triunfará en Rusia como movimiento de la clase obrera, o no triunfará».[46] Sus palabras, que indudablemente debieron parecer traídas por los pelos a la mayoría de los delegados, en 1896 parecían tener algún fundamento. Si el joven movimiento obrero podía forzar al Zar a satisfacer sus exigencias económicas, quizás a su debido tiempo podría imponer también condiciones políticas. El significado del acontecimiento no escapó a los delegados, que aprobaron la siguiente resolución:

> El Congreso considera necesario señalar el hecho extraordinariamente importante y sin precedentes de la presencia de representantes de organizaciones obreras rusas en el congreso de la Internacional. Saluda el despertar del proletariado ruso a una vida activa en propio beneficio y en nombre de los obreros combativos de todos los países desea a los hermanos rusos valor y un coraje inquebrantable en su difícil lucha contra la tiranía política y económica. *En la organización del proletariado ruso, el Congreso ve la mejor garantía contra el poder zarista, uno de los últimos baluartes de la reacción europea.* (El subrayado es mío.)[47]

44 *Gruppa*, V, pp. 163-164, 168-170.
45 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 150.
46 *Sochinéniia*, XXIV, p. 320.

A partir de entonces, los marxistas rusos pudieron mantener alta su cabeza en medio de sus camaradas occidentales. Superando grandes dificultades, habían dado vida a un movimiento socialdemócrata que prometía lograr lo que ninguna otra fuerza había conseguido en Rusia. El lugar en la Internacional, que hasta entonces se había ofrecido a Rusia por cortesía, podían ocuparlo por derecho propio.

47 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 160.

10. DEFENSOR DE LA FE: EL REVISIONISMO

A medida que la socialdemocracia rusa iba adquiriendo dimensiones serias, entraba en una fase nueva de su historia. Sus dirigentes podían ver con satisfacción cómo había superado con pleno éxito toda una serie de difíciles obstáculos. Habían reclutado un amplio cuerpo de «oficiales» entre la *intelligentsia* radical. Y estos cuadros, a su vez, habían entablado contacto y ganado influencia en un sector de lo que se pretendía fuera la base del ejército socialdemócrata: los obreros de la industria. El movimiento había sabido librarse del callejón sin salida del trabajo de círculo y ocupar el campo más amplio y significativo de la agitación de masas. Al tiempo que se registraban éxitos notables en dicho campo, el área de actividad se ampliaba todavía más gracias a la aparición de organizaciones socialdemócratas en muchas ciudades distintas del Imperio ruso. Las conversaciones de Axelrod con Lenin en 1895 nos dan una idea de cuál era el siguiente paso que los dirigentes del marxismo ruso consideraban lógico. Plejánov lo afirmó abierta y claramente al finalizar su discurso ante el congreso de la Internacional en Londres con las siguientes palabras:

> Entre las organizaciones socialdemócratas clandestinas activas en distintas localidades rusas todavía no se han establecido vínculos sólidos, y a veces ni siquiera la necesaria unidad en sus actividades. La creación de tales vínculos y tal unidad, la construcción en Rusia de una organización socialdemócrata unida e indivisible, debe ser el objetivo principal de nuestros esfuerzos en el inmediato futuro.[1]

Los restantes delegados rusos confirmaron la prioridad dada a este objetivo, y durante el congreso y después de él la delegación se reunió aparte haciendo planes para formar un partido unido. No obstante, los principios generales acordados, si bien

1 *Sochinéniia*, IX, p. 367.

bastante esquemáticos, eran sobre todo indicativos.[2] Los dos principales puntos de preocupación eran el programa y la organización. Por lo que respecta al primero, nada definitivo se derivó de las reuniones, aunque se llamó la atención sobre la necesidad de preparar una formulación de objetivos aceptables para los activistas en el interior de Rusia. Muy probablemente, los veteranos políticos aprobaron dicho principio *pro forma*, sin concederle demasiada importancia. Después de todo, ¿no habían sentado ellos hacía poco los fundamentos del marxismo ruso? ¿No tendría que ser el programa del partido socialdemócrata ruso inevitablemente un sumario del evangelio que ellos habían predicado durante una docena de años, y en armonía con el cual en líneas generales había surgido el movimiento? Ellos ya habían expresado explícitamente sus puntos de vista en los borradores de programa de 1884 y 1885. Quizá el borrador de 1885 debiera ser revisado y pulido, y se debieran alterar algunos detalles en respuesta a los deseos de los marxistas más jóvenes; pero, en esencia, sólo se necesitaba la ratificación formal de lo que ya existía. Los padres fundadores del movimiento no percibían ni un asomo de nubes en el horizonte, y mucho menos sospechaban que se hallaban en el umbral de un conflicto ideológico de la máxima importancia.

En el terreno organizativo, las reuniones afirmaron los principios de unidad, disciplina y ortodoxia tan queridos por el grupo. En un movimiento destinado a evitar la repetición del molesto y enervante caso Ioguiches, la Unión Socialdemócrata Rusa (en vez del grupo, que ahora había entrado a formar parte de la Unión) era designada como único representante en el extranjero de los obreros organizados en Rusia. Para tener la seguridad de que la Unión podría desempeñar el importante papel que se le asignaba, se acordó pedir a los distintos grupos existentes en Rusia que hicieran contribuciones regulares a su tesorería y establecieran canales definidos y seguros de comunicación con ella. De tal forma, se podría proseguir la publicación y distribución de literatura clandestina sobre bases firmes, y se podría realizar más de cerca la coordinación de las distintas actividades del movimiento. Subrayando el deseo de distinguir el movimiento socialdemócrata como fuerza diferenciada con una especial orientación propia, una nueva decisión estipulaba que los grupos que no formaran parte de la Unión sólo podrían utilizar sus servicios caso de que rompieran sus relaciones con individuos y organizaciones ajenas a la socialdemocracia. Aun

2 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 156.

cuando evidentemente tendían hacia el centralismo y el rigor organizativos, estas pocas normas empíricas fueron adoptadas aparentemente sin ninguna oposición decidida. Nada en las discusiones de 1896 anunciaba las furibundas batallas sobre principios organizativos que caracterizarían el congreso del partido de 1903.

No se sabe si las decisiones de las reuniones fueron comunicadas a la Liga de San Petersburgo y los demás grupos en Rusia. Con toda probabilidad, Potresov, Struve y los otros delegados rusos lucharían en sus respectivas organizaciones para popularizar y completar el esquema con que dar vida a un partido político único, pero no parece que en el curso del siguiente año se hicieran demasiados progresos, y por consiguiente se sostuvo una nueva conferencia en Suiza durante los meses de mayo y junio de 1897. Esta vez los marxistas veteranos que representaban a la Unión se sumaron a los portavoces de un cierto número de organizaciones del interior de Rusia en la opción por una propuesta un tanto más modesta.[3] Coincidían en proseguir las tareas de organización de un partido, si bien al principio aquél sólo debería abarcar algunas, y no todas, las unidades socialdemócratas existentes. En concreto, decidieron unir en un solo partido las organizaciones de San Petersburgo, Vilna y Kiev, junto con la Unión. Entre los asistentes se contaba Kremer, que había escrito el conocido opúsculo *Sobre la agitación*. Kremer volvió inmediatamente a Vilna, centro de sus actividades, y ese mismo año lograba reunir a un cierto número de organizaciones obreras judías en una sola asociación, el Bund. Este logro dio nuevas fuerzas a la tendencia hacia la formación de un partido, tanto más cuanto que el propio Bund se convirtió en su más activo defensor.

Gracias en gran parte a sus esfuerzos, el congreso fundacional del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso pudo reunirse en marzo de 1898. Aunque a él asistían delegados no sólo de San Petersburgo, Kiev y el Bund, sino además de Moscú y Ekaterinoslav, el cónclave difícilmente podía inspirar demasiado entusiasmo. El congreso se reunió dentro de las frontera rusas (en Minsk) en lugar de hacerlo en el extranjero, circunstancia que delata la ineptitud de sus organizadores. Reunido, por necesidad, bajo condiciones de rigurosa clandestinidad, atrajo en total sólo a nueve participantes. Entre ellos no se contaba ninguna de las cabezas dirigentes del movimiento. Lenin, Mártov y Potresov estaban confinados en Siberia. Los fundadores del marxismo

[3] *Ibid.*, pp. 172-173.

ruso no podían arriesgarse a un viaje a Rusia; de ahí que ni su atractivo y prestigio, ni su experiencia y talento hicieran acto de presencia en la fundación del partido (*). No es de sorprender que de la reunión no se derivaran ni unos estatutos, ni un programa. En lugar de establecerse unos estatutos formales, sólo se aprobaron unos pocos principios organizativos de gran amplitud; en lugar de programa, se emitió un manifiesto escrito por Struve (**). Un cierto número de investigadores han llamado la atención, como si fuera una novedad, sobre la afirmación de Struve de que la burguesía en Europa oriental era más débil que la de Europa occidental, circunstancia que ponía al proletariado en el primer plano de la lucha por las libertades políticas. Plejánov había insistido en ese punto durante años.[4]

Pocos días después de haber sido clausurado el primer congreso del POSDR, la mayoría de los delegados —incluidos dos o tres miembros del Comité Central recién elegido— fueron detenidos por la policía. Poco, o nada, había ganado la causa de un partido único con las deliberaciones y decisiones de Minsk. Había que repetirlo todo de nuevo, con más cuidado, antes de que pudiera decirse que efectivamente existía un partido socialdemócrata ruso. El hecho de que todavía hubieran de pasar cinco años antes de que se pudiera repetir, deja en claro que la intervención de la policía no pudo haber sido la única causa del fracaso, ni tan siquiera la principal. No se había conseguido y no podía conseguirse la unidad formal, porque *de facto* el movi-

* Con bastante probabilidad, ni tan siquiera fue invitado el grupo, o un representante suyo, debido a la desagradable impresión que Plejánov había causado en varios de los organizadores del congreso. Véase V. P. Akímov-Majnovets, «Pervi sezd RSDR Parti», *Minuvshie gody*, 1908, núm. 2, pp. 133-49.

** El manifiesto, que fue escrito después del congreso, se encontró con la opinión negativa de varios de los delegados que tuvieron la oportunidad de verlo. Aun cuando la razón no esté clara, Akímov especula que una de las características del manifiesto fue la designación de la conquista de la libertad política como objetivo principal del movimiento socialdemócrata. Véase Akímov, pp. 149, 157-63. Fue precisamente dicha característica lo que hizo que Plejánov aprobase el documento, cuando lo leyó. Akímov, que por su parte era defensor de una postura economicista, deduce en su artículo que un punto de vista muy semejante al economicismo estaba fuertemente representado, o quizá incluso predominase, en el congreso del POSDR. El congreso, de ningún modo irreduciblemente hostil a Plejánov, aprobó por votación enviarle una carta de felicitación con motivo del quince aniversario de la publicación de *El socialismo y la lucha política*.

[4] Véase, por ejemplo, el programa del grupo Emancipación del Trabajo en *Sochinéniia*, II, pp. 359-360.

miento socialdemócrata estaba dividido en una serie de facciones rivales.

Lo que separaba a las facciones era el economicismo, una doctrina que provocó la primera discusión ideológica de importancia dentro del marxismo ruso. A primera vista, uno se sentiría inclinado a calificar la discusión sobre el economicismo simplemente como una tempestad en un vaso de agua. Un examen más detenido nos muestra que se había declarado una pugna por la supremacía entre dos concepciones básicamente distintas sobre lo que debería ser y hacer la socialdemocracia rusa. En efecto, la controversia sobre el economicismo se desató en coincidencia y estaba en relación con la crisis general del socialismo internacional que provocó el socialdemócrata alemán Eduard Bernstein cuando pidió la revisión de los principios básicos del marxismo. Apenas había empezado a afianzarse el movimiento ruso cuando se desencadenaba en la escena internacional una crisis de fe en los fundamentos del marxismo. En ciertos aspectos el economicismo se asemejaba a las doctrinas de Bernstein, y sus defensores recibieron también apoyo intelectual y moral del revisionismo. Para Plejánov se trataba de una variante rusa de la desviación revisionista, cuyos peligros fue uno de los primeros en detectar. Respondió al desafío con una sostenida barrera de fuego contra las desafiantes herejías, mostrándose como un dechado de ortodoxia, un defensor militante de la fe.

Ya en 1891 había tomado nota de un incidente dentro de la socialdemocracia alemana que anunciaba la aparición del revisionismo de Bernstein siete años más tarde. El año anterior, el congreso del partido reunido en Erfurt adoptaba por primera vez un programa estrictamente marxista, pero no sin antes haber sido rechazada una propuesta minoritaria de cambio en la táctica del partido. Según describe Plejánov el episodio, Vollmar, portavoz de la minoría, creía que el partido tenía ya la suficiente fuerza para hacer posible «un armisticio ventajoso con las clases dirigentes. Y con objeto de predisponer a estas clases a la conciliación, está dispuesto, si no a renunciar por completo al propósito primario del partido *—la organización socialista de la producción—*, sí al menos a reconocer y declarar que se trata de un asunto para un futuro lejano, un asunto en cuyo favor la socialdemocracia no debe negarse a rechazar pactos ventajosos con los enemigos; más vale pájaro en mano que ciento volando».[5] Las características principales del punto de vista de Bernstein eran los deseos de frenar o abandonar enteramente la lucha de clases, de subordinar los objetivos últimos del movimiento a la consecución de ventajas inmediatas que podrían obtenerse gracias a un colaboracionismo de clase. Plejánov aprobó con satisfacción la derrota de Vollmar, pero insistió en que quizá sólo fuera temporal.

[5] *Ibíd.*, IV, p. 115.

Las pruebas acumuladas en los años sucesivos muestran que la postura de Vollmar no era un fenómeno aislado, pasajero. A mediados de la década de 1890 Vera Zasúlich, que entonces residía en Londres, comunicaba trémula a sus camaradas del grupo Emancipación del Trabajo ciertas dudas que la asaltaban. Observadora sagaz, poco dada a los engaños, veía en Inglaterra una situación totalmente descorazonadora para los socialistas. Caso de triunfar la postura de Vollmar, subrayaba, ello significaría «la caída de los alemanes al mismo nivel de los ingleses». «Los auténticos "oportunistas" en el mundo laboral son los ingleses: no prestan ninguna atención a los principios, sino que sólo pretenden ventajas materiales».[6] En consecuencia, estaba dispuesta a afirmar que Inglaterra «en absoluto está caminando hacia el socialismo. ... La psicología del proletariado inglés ya ha conseguido adaptarse al capitalismo. ... La completa falta de éxito aquí de la propaganda socialista conduce a la misma conclusión». Para que sus amigos no pudieran suponer que se había dejado arrastrar por angustias enfermizas sin fundamento, les advertía inequívocamente que Engels, con quien tenía frecuente contacto, compartía su punto de vista. Además, el recién aparecido volumen tercero de *Das Kapital*, creía ella, apoyaba más que negaba las tristes conclusiones que tanto la preocupaban.[7]

Plejánov evidentemente se negó a dejarse arrastrar a una discusión de los temas en cuestión. ¿Tenía miedo a hacer frente a la clara deducción de que quizá el socialismo no era históricamente inevitable, que quizá no estaba enraizado en un proceso histórico sometido a leyes? ¿Se acobardó a la hora de examinar, en la forma detenida y racional habitual en él, las pruebas en conflicto con puntos de vista que, como insistentemente repetía, estaban basados en la ciencia? Es difícil imaginar que ocultara respuestas tranquilizadoras si las hubiera tenido. Axelrod, a quien Zasúlich confesó sus peores temores, tampoco podía ofrecer ninguna respuesta. Profundamente perturbado él también por las observaciones de aquélla, se esforzó por apagar su mutua alarma con un argumento que posiblemente no podían creer ninguno de los dos: que el sentido del movimiento histó-

[6] *Gruppa*, IV, p. 251.
[7] *Ibíd.*, pp. 283, 286-287.

rico iba del capitalismo al socialismo independientemente del estado de la conciencia socialista de los trabajadores.[8] Se dejaban sentir en el grupo Emancipación del Trabajo, años antes de la aparición del revisionismo, ciertas vibraciones que anunciaban la futura crisis de fe. En apariencia, Plejánov y Axelrod fueron capaces de sofocar sus dudas y temores, pero Zasúlich quedó afectada por ellos permanentemente. No obstante, al igual que Engels, ninguno de los tres admitiría públicamente que habían vacilado en sus creencias. No había que alimentar los titubeos de los demás.

Seguramente Plejánov sacó la conclusión de que no había que ahorrar ningún esfuerzo por evitar que el socialismo europeo en general se infectara de la misma enfermedad maligna que afligía al movimiento obrero inglés. El origen de la enfermedad descansaba evidentemente en la falta de dirigentes socialistas. Ello explicaba por qué los obreros ingleses no prestaban atención a los principios, a tenor de las quejas de Zasúlich, y sólo pretendían mejoras materiales. Allí donde no hubiera una mano dirigente socialista, los trabajadores no llegarían a comprender y criticar el sistema capitalista en su conjunto. Al no darse cuenta de que su liberación era inseparable de la destrucción del capitalismo, tomaban el camino del sindicalismo, dirigidos por hombres que no ponían en cuestión el orden social existente y buscaban la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores dentro del propio sistema capitalista. En Inglaterra, la propaganda socialista marxista se inició mucho después de que la conciencia del proletariado hubiera caído en los moldes del «oportunismo». Ello explicaba los pocos éxitos cosechados y la lastimosa debilidad del partido marxista en Inglaterra, país que en virtud de su economía altamente desarrollada debía contar con el partido socialista más fuerte del mundo.

Era muy difícil que el modelo inglés se repitiera en cualquier otro lugar, pues era resultado de condiciones históricas peculiares. Pionera de la industrialización, Inglaterra contaba ya con un proletariado maduro al nacer el socialismo marxista. En los demás países europeos, más atrasados económicamente, los partidos marxistas hicieron aparición inmediatamente después de emerger el capitalismo industrial. Bajo tales circunstancias, era muy difícil que el proletariado de estos países cayera víctima de la misma enfermedad que afectaba a los obreros ingleses. Y sin embargo, Vollmar, figura prominente dentro

8 *Ibid.*, p. 297.

del principal partido socialista europeo, estaba proponiendo deliberadamente una línea de acción igual a la seguida por los obreros ingleses al carecer de la orientación ofrecida por la teoría socialista. En verdad, no había tiempo que perder. Se hacía necesario luchar sin descanso para elevar constantemente la conciencia socialista de los movimientos obreros del mundo, y para preservar la pureza y ortodoxia teóricas en los partidos socialistas que harían imposible cualquier ulterior deslizamiento por el camino engañoso del oportunismo.

Mientras Plejánov empuñaba, en sentido figurado, su espada y su escudo, otros socialistas reaccionaban de forma distinta ante las mismas circunstancias. Zasúlich, siempre sensible a los cambios de atmósfera, informaba en 1896, desde Londres, sobre el creciente interés de los socialistas no ingleses allí residentes por el fabianismo. Ella personalmente consideraba dicha teoría con la hostilidad que instintivamente sienten los revolucionarios por la doctrina de la «necesidad del cambio gradual». No obstante, no podemos dejar de preguntarnos si su temor por la enfermedad que padecía no añadió desesperación al miedo a que fuese inevitable el cambio gradual, y que la postura revolucionaria que había adoptado hubiera perdido su fuerza. Sin embargo, tal y como advertía a Plejánov, Bernstein se había hecho fabianista, y Struve también estaba un poco cautivado.[9] El fabianismo era una adaptación del socialismo a la experiencia y especiales circunstancias del movimiento obrero inglés, o, alternativamente, la generalización de dicha experiencia para convertirla en una teoría de la evolución gradual hacia el socialismo, abandonando la lucha de clases. La posibilidad de que el modelo inglés pudiera reproducirse en otros lugares se hizo claramente más amenazadora cuando los dirigentes socialistas de otros países se sintieron atraídos por el fabianismo. No obstante, aún debía ser canalizada la influencia del ejemplo inglés a los partidos socialistas del continente. Los admiradores del fabianismo sobre los que llamaba la atención Vera Zasúlich estaban destinados, de hecho, a convertirse en cabezas del revisionismo alemán y ruso. Su juego no era demasiado limpio cuando se negaban a hacer confesión pública de sus dudas respecto al marxismo. Sin embargo, parece que está bastante claro que las nubes de tormenta que se acumulaban hicieron que Plejánov se pusiera cada vez más quisquilloso en cuestiones de ortodoxia. A Kautsky le confesaba el asombro que le había producido saber que Viktor Adler, cabeza del socialismo en Austria, había con-

9 *Ibid.*, V, p. 158.

siderado oportuno publicar una reseña de A. Lange, un alemán crítico de Marx, e incluso hacer referencia a él como «uno de los nuestros». «Estoy empezando a pensar», comentaba pensativamente, «que los marxistas son pájaro que no abunda en los partidos socialistas de Occidente».[10]

La tormenta estalló en 1898. En enero de ese año, Bernstein inició una serie de artículos en *Die Neue Zeit*, en que exponía sus críticas a ciertas tesis de Marx. Inicialmente, sometió a un análisis destructivo la teoría de la catástrofe, según la cual la vida del capitalismo sólo podía llegar a su término por medio de un violento y dramático vuelco. En posteriores artículos, amplió el campo de ataque para incluir virtualmente todas las bases del marxismo. Kautsky, principal teórico de la socialdemocracia alemana y editor del *Die Neue Zeit*, publicó los artículos sin comentario editorial. Su aparente tolerancia ante aquella radical desviación no era un caso atípico, pues, en líneas generales, la oposición articulada frente a Bernstein se desarrolló bastante lentamente en el partido alemán. Quizá fuera sintomático que ninguna de las tres personas que reaccionaron más rápida y violentamente —Rosa Luxemburgo, A. L. Parvus y Plejánov— fuera alemana. Los dos primeros, aunque entonces actuaban dentro del movimiento alemán, habían llegado al socialismo, como el propio Plejánov, en el marco ruso. Cuando la oposición se fue haciendo gradualmente más fuerte, Kautsky suspendió la publicación de los artículos de Bernstein, proponiendo que expusiera sus puntos de vista de manera sistemática para someterlos a la consideración de un congreso del partido. El resultado fue el importante libro de Bernstein publicado a principios de 1899, *Los requisitos previos para el socialismo y las tareas de la socialdemocracia*,[11] en que pedía una drástica revisión de los cimientos teóricos del socialismo. Una vez arrojado el guante, no sólo el socialismo alemán, sino el internacional, serían sacudidos durante años por las fuertes discusiones entre defensores y enemigos del revisionismo.

Bernstein sostenía que estaba continuando y perfeccionando la obra de Marx y Engels: continuándola, en el sentido de que seguía entregado a la defensa de los intereses de la clase obrera y el socialismo; perfeccionándola, en el sentido de abandonar aquellos elementos de su punto de vista que la evolución histórica a partir de la publicación del *Manifiesto comunista* había demostrado eran «utópicos» o simplemente equivocados. Mostraba que Marx y Engels, gracias al espíritu científico de que tanto hacían gala, habían llegado a conocer toda una serie de acontecimientos que ponían en tela de juicio todo su sistema. Bernstein proponía hacer lo que ellos, apartándose de aquel espíritu científico, no habían hecho: reunir todas las pruebas contra el sistema y someterlo a una revisión esencial para poner en armonía la teoría con la realidad.

10 *Ibid.*, p. 216.

11 Esta descripción de las ideas de Bernstein se basa en la edición inglesa de su libro, *Evolutionary Socialism* (Socialismo evolutivo). Londres, 1909.

Atacando directamente la proposición central del socialismo marxista, Bernstein afirmaba tajantemente que la evolución histórica todavía no había engendrado las llamadas condiciones objetivas para la transición del capitalismo al socialismo. La concentración de la producción industrial se estaba realizando a un ritmo bastante más lento del previsto, consiguiendo sobrevivir gran cantidad de pequeñas empresas. La misma observación era todavía más válida en el caso de los establecimientos comerciales; y en la agricultura no se podía adivinar tendencia alguna a la concentración. En lugar de polarizarse en dos clases antagónicas, unos pocos extremadamente ricos y una multitud de pobres, de hecho la sociedad era más compleja que antes, con una amplia escala de categorías sociales. Las clases medias, en lugar de desaparecer, habían aumentado de número, tanto absoluta como relativamente. En cuanto a los que se suponía iban a ser los «sepultureros» del capitalismo, no sólo no habían pasado de ser una minoría, sino que además sólo una minoría dentro de la minoría extendía sus horizontes más allá del deseo de mejorar material e inmediatamente sus condiciones. En contra de las predicciones de Marx, los obreros habían logrado bajo el capitalismo el reconocimiento de una serie de derechos que significaban sustanciosas mejoras en su nivel de vida y *status* social. Y por añadidura, la «anarquía de la producción», que tanta importancia tenía para los socialistas, estaba siendo puesta bajo control, de forma que las crisis económicas se producían con menos frecuencia y eran menos severas.

La caída catastrófica del capitalismo, argüía Bernstein, sólo podía admitirse como artículo de fe, pues la extrapolación de las tendencias del pasado y el presente no hacía prever dicho resultado. Y si bien era inevitable derribar por la fuerza las estructuras feudales, debido a su inflexibilidad, la sociedad liberal de la época moderna había demostrado capacidad de cambio y evolución. Pero aun a pesar de todo lo inquietante que pudiera ser esta argumentación, según Bernstein, no exigía abjurar del socialismo, sino más bien comprenderlo de forma

distinta. Desde el ángulo filosófico, exigía el abierto reconocimiento de que el socialismo era un ideal ético elegido racionalmente y no la sociedad del futuro históricamente inevitable y respaldada científicamente. Kant, con su énfasis en la lucha por alcanzar un ideal elevado, estaba más de acuerdo con el movimiento socialista que el determinismo y la dialéctica de Hegel. Desde el punto de vista táctico, todo apuntaba a la necesidad de acomodar la conducta a la premisa de un desarrollo evolutivo más que revolucionario. La actividad parlamentaria y el sindicalismo habían logrado una considerable democratización de la sociedad en beneficio de los obreros. Era absurdo suponer que iban a abandonar las vías de progreso ya intentadas y probadas para recurrir a una revolución violenta, cuyo resultado era imprevisible. Plantear un antagonismo entre las formas de actividad establecidas y el logro del socialismo carecía simplemente de sentido, pues cada conquista lograda por los obreros a través de tales métodos representaba un paso adelante en un proceso a largo plazo que iba a producir la gradual transformación de la sociedad capitalista en una socialista.

Por consiguiente, el trabajo propio de los socialistas era la lucha por completar la democratización de la vida política y económica y la elevación del nivel intelectual y moral de la clase obrera. De hecho, observaba Bernstein, la táctica del partido alemán se orientaba en este sentido, si bien la auténtica naturaleza de la organización quedaba enmascarada por la fraseología revolucionaria. Esta última, puesto que no servía a ningún propósito útil y, es más, era positivamente dañina, debía ser abandonada. Los socialdemócratas debían declarar abiertamente que el suyo era «un partido reformista democrático y socialista». Si así lo hicieran, desarmarían a sus críticos y estarían mucho mejor situados para ganar simpatías para sus objetivos. Obrar de otro modo, permitir que la dirección cayera en manos de quienes tronaban ominosamente en favor de una revolución violenta, no sólo obraría en contra del partido, sino que además haría imposible la realización de sus objetivos. En el caso poco probable de que pudiera montarse con éxito una revolución, sin un extenso período de trabajos previos positivos y creativos, la destrucción del régimen existente no traería consigo un gobierno de los obreros, sino «la dictadura de los oradores de café». En resumen, Bernstein proponía una especie de socialismo pragmático basado en la experiencia y psicología de los obreros; para él, tales datos eran más importantes que las divagaciones teóricas de los ideólogos. Relegaba al limbo el método de

estos últimos cuando caracterizaba a la dialéctica como una especulación metafísica sin base en la realidad.

Aunque no habían faltado las señales de alarma, la aparición de los artículos de Bernstein en *Die Neue Zeit* sobresaltó a Plejánov y Axelrod como un trueno. Ambos sintieron una auténtica revulsión física. La magnitud del impacto causado en ellos se dejó sentir en la reveladora correspondencia que mantuvieron. Escribía Plejánov:

> Sin duda se trata de una ruptura completa con la táctica revolucionaria y con el comunismo. ... Casi me pongo enfermo con estos artículos; y lo que más me molesta de todo es que Bernstein en parte tiene razón: por ejemplo, es imposible contar con la realización del ideal socialista en un futuro próximo. Pero la verdad puede utilizarse de formas muy distintas; Bernstein la utiliza para ponerse sin más dilaciones el gorro de dormir filisteo. ¿O es que el filisteo va a convertirse en el *Normalmensch* del futuro? Cuando me hago esta pregunta, siento que me recorre un estremecimiento y me entran ganas de decir con Gógol: ¡Qué fastidio es este mundo, señores! [12]

La respuesta de Axelrod es una conmovedora profesión de fe:

> La motivación más íntima de mi idealismo, de toda mi actividad social, ha sido y es el concepto del progreso infinito de la naturaleza humana. ... Y lo que es más extraño: cuanto más insignificante parece hoy la naturaleza humana, tanto más apasionadamente pienso en su perfección futura: dentro de mil años. ... Y aun así, esta perspectiva infinitamente alejada con sus «superhombres» me sirve de impulso, de fuente, o como también se podría decir, de inspiración. ... Creo que la raíz psicológica de esta rareza... descansa en una especie de sentimiento religioso, que no sé cómo caracterizar de otra forma más que con estas palabras: culto a la sabiduría; la conciencia del espíritu alcanza en mí el nivel del fanatismo o del entusiasmo religioso. ... Si no existe un Dios que haya creado el universo —y gracias a Dios no lo hay— entonces nos estamos preparando para la aparición en la tierra de hombres divinos, poseídos por la esencia de una razón y una voluntad todopoderosas, amantes de la conciencia y de la autoconciencia, capaces, gracias a la sabiduría, de cambiar el mundo y dirigirlo; ésta es la base psicológica de todas mis aspiraciones, ideas y actos espirituales y sociales. ...
>
> Y aquí, durante estos últimos años, esta misma idea de la infinita perfectibilidad del hombre está empezando a convertirse en motivo de una altanera ironía por partes de los decadentes, no sólo dentro de la *intelligentsia* burguesa, sino entre los nuestros... Considero los artículos de Bernstein como una de las manifestaciones y consecuen-

12 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 189.

cias lógicas o psicológicas de esta falta de fe en el movimiento progresivo de la humanidad. ... Si eres capaz de entender el efecto depresivo que esto causa en mí podrás entender por qué el último artículo de Bernstein ha podido causarme una herida casi mortal. ...

Sin embargo, si se acepta ese punto de vista, relegando a la humanidad eternamente a la condición de ganado, no admitiendo su elevación al estado de racionalidad completa, entonces el movimiento de tortuga-filistea recomendado por Bernstein tiene, al menos, una cierta superioridad sobre los métodos del *Sturn und Drang*, que se derramará mucha menos sangre y que habrá menos razón para que naciones enteras intenten lo imposible en el grado que lo hicieron los franceses.

Sin duda, el camino será pesado, pero sólo lo será para los individuos por separado, y eventualmente puede que conduzca al mismo lugar adonde se llegaría con otros métodos más revolucionarios. [13]

Debe subrayarse que en estas cartas no se discuten los argumentos de Bernstein. Los rusos concedían, Plejánov explícitamente e implícitamente Axelrod, que tenían su fundamento. Pero sea cual fuere la verdad contenida en ellos, Plejánov consideraba censurable en extremo que un dirigente socialista sacase a la superficie y diera pública expresión a ideas que sólo podían dañar al movimiento socialista y tranquilizar a sus enemigos. Ese mismo dirigente, creía sin duda, en lugar de aceptar tímidamente una tendencia subversiva de sus aspiraciones debía movilizar contra ella todas las fuerzas contrarias que pudiera. Sea como fuere, su conducta durante los años de la crisis revisionista se ajustó a tal principio. En sus críticas, condenaba a Bernstein por aceptar «acríticamente» los análisis económicos de escritores «burgueses» como Schulze-Gaevernitz en lugar de buscar los datos que los refutarían. Para evitar la extensión de la influencia revisionista, desencadenó una violenta ofensiva en su contra dentro de la prensa socialista alemana y en la Internacional.

El ataque de Bernstein tuvo un efecto traumático sobre los dos hombres porque, desde su punto de vista, privaba al socialismo de su carácter heroico e idealista. Borraba todas aquellas perspectivas grandiosas que inspiraban su actividad y daban sentido y valor a sus vidas. Frente a la visión de una sociedad organizada racionalmente y dirigida hacia el logro de niveles cada vez más altos de perfección humana, parecía que Bernstein aprobaba la monótona e indecorosa persecución del inmediato interés propio. Bernstein parecía santificar como normal y bueno aquel mismo estado de cosas que cincuenta años antes había inducido a Herzen a renunciar a su creencia en las virtudes de Occidente. Quienes nada tienen, en lugar de luchar apasionadamente por una sociedad basada en los altos ideales de hermandad y justicia, sólo se esforzarían por entrar en las filas de los que sí tienen. En lugar de jugar el papel de héroes en la creación de un mundo nuevo con las cenizas del depravado capitalismo, la clase obrera estaba siendo infectada con los valores filisteos de la burguesía. La sociedad no marcharía hacia el futuro con un paso rápido y dramático, sino con un arrastrarse de «tortuga filistea». Pero si todo ello fuera cierto, la pasión ennoblecedora por el progreso humano y la realización de la potencialidad racional del hombre no tendría *raison d'être*. Aun a pesar de todas sus afirmaciones contrarias, socialistas como Plejánov y Axelrod serían realmente «hombres superfluos». La imagen de un mundo que condenaba a hombres con ideales y pasión a la futilidad, era insoportablemente tediosa y depresiva para Plejánov. Incapaz por temperamento de aceptarla, se veía necesariamente arrastrado a negar su realidad.

13 *Ibid.*, pp. 192-195.

Pero todavía existe otra dimensión en el significado de la actitud de Plejánov ante el revisionismo. Basándose en datos socio-económicos concretos, Bernstein demostraba que la sociedad europea había cambiado significativamente durante la segunda mitad del siglo XIX, pero no en un sentido tendente hacia la revolución socialista prevista por Marx. Esto lo demostraba empíricamente, mientras los defensores de Marx se negaban a ver la creciente divergencia entre sus ideas rectoras y el sentido del movimiento histórico que aquellas ideas se suponía describían. La historia, tribunal a que recurría el marxismo, rechazaba sus pretensiones. Junto con otros principales preceptos marxistas, la inevitabilidad de la revolución socialista estaba resultando más un dogma que una afirmación validada científicamente.

Bernstein establecía una relación con el marxismo similar a la establecida por Marx y Engels con el socialismo utópico; o, más en consonancia, similar a la establecida por Plejánov con el populismo. La misma persona que había descartado a los populistas calificándolos de utópicos se veía ahora ante la argumentación basada históricamente de que sus propias aspiraciones eran utópicas. La misma persona que pretendía haber dado al socialismo ruso un fundamento científico se veía ahora obligada a hacer frente a la posibilidad de que los puntos de vista de que tanto se enorgullecía se pareciesen más que nada a una fe religiosa. Visto desde la perspectiva del movimiento revolu-

cionario ruso, el revisionismo de Bernstein tendía a restar significado a la sustitución del populismo por el marxismo de la que era en gran medida responsable Plejánov. Es más, amenazaba con minar la confianza de la nueva generación de marxistas rusos en el triunfo final de su causa. Para un hombre de su temperamento y aficiones intelectuales, no podía haber golpe peor.

Axelrod mostró inicialmente un mayor grado de tolerancia que Plejánov ante la expresión de puntos de vista revisionistas, e incluso veía que el camino que señalaban podía ofrecer ciertas ventajas. Aun así apoyó a Plejánov a lo largo de su polémica contra el revisionismo, limitándose simplemente a pedir de vez en cuando a su camarada que moderara la ferocidad de sus ataques. En cuanto a Vera Zasúlich, gracias a la lucha interna que había mantenido previamente, podía considerar las innovaciones de Bernstein con menos pasión. Ella ya «había llegado a la inquebrantable convicción de que, "económicamente", el capitalismo no va a peor, sino que gradualmente se va librando de las crisis, y en general, de la "anarquía de la producción"». Aunque esperaba que las nuevas ideas no serían admitidas por la socialdemocracia alemana, no veía cómo poder discutirlas. «Puedes maldecir contra Webb, Bernstein, etc., puedes pensar en romperles la crisma, pero en mi opinión no se les puede asestar un golpe real y significativo». [14]

Puede que fuera ésta una de las diversas razones que impidieron a Plejánov, mientras rabiaba contra Bernstein en privado, desafiarle públicamente. También intervenían otros factores. Rosa Luxemburgo y Parvus, que habían respondido a Bernstein inmediatamente después de la aparición de sus primeros artículos, pudieron hacerlo con facilidad porque eran miembros de la redacción de los órganos de prensa socialdemócratas de Leipzig y Dresde, respectivamente. Además, como miembros del partido alemán, tenían todos los motivos para alzar la voz contra lo que consideraban una desviación perniciosa dentro de sus filas. La aversión de Plejánov a intervenir en los asuntos de una organización a la que no pertenecía también la sentía Axelrod, quien recomendaba precaución, a la espera de que los dirigentes del partido alemán tomaran la ofensiva. Aparte de Engels, no había nadie en el movimiento socialista internacional a quien Plejánov admirara tanto como Karl Kautsky. Que Kautsky se hubiera prestado a publicar, y no hubiera criticado, los artículos de Bernstein era algo que preocupaba profundamente

14 *Gruppa,* VI, p. 196.

a Plejánov. Tenía miedo a entrometerse, sobre todo después de saber que efectivamente Kautsky estaba ofendido con Bernstein, pero se dominaba en la esperanza de que su viejo camarada rectificaría. Pero la paciencia de Plejánov llegó a su fin cuando leyó un nuevo artículo de Bernstein en *Die Neue Zeit* dirigido contra las bases filosóficas del marxismo. Incapaz de contenerse por más tiempo, escribió a Kautsky el día 20 de mayo de 1898:

> En el último número de *Neue Zeit,* Bernstein publicaba un artículo sobre los dos «momentos» del socialismo. Este artículo es continuación del que publicó en el mes de enero, en que criticaba la «teoría de la catástrofe». Bernstein está ahora intentando hacer en el terreno *filosófico* lo mismo que cree haber hecho en el terreno *económico.* Su crítica del materialismo es muy débil. Pero con todo lo débil que es, está dirigida directamente contra las ideas de F. Engels. ...Si Bernstein tiene razón en sus posturas críticas, podemos preguntarnos qué queda de las ideas filosóficas y socialistas de nuestros maestros. Qué queda del socialismo. Y, de verdad, habría que decir: ¡no mucho! O peor: *¡nada!* No sé si piensas lo mismo que yo, pero espero que me permitas responder a Bernstein en las páginas de *Neue Zeit.* Lo único que quiero es defender las ideas de F. Engels, que nuestros «filósofos» como K. Schmidt han declarado viejas e insostenibles. Debo confesarte que los escritos de estos filósofos me enfadan bastante y que mi respuesta no va a ser precisamente amable. Pero creo que se trata de un asunto muy serio y me siento incapaz de mantener una frialdad académica...
> ¿Cómo es posible que estés de acuerdo con Bernstein? Sería demasiado penoso. Y, si no, ¿por qué no has respondido tú? Es a ti a quien ataca, es tu programa de Erfurt lo que estos caballeros atacan en su «crítica»...
> Oh, sí, estamos en plena crisis, y esta crisis me hace sufrir mucho. [15]

Sensible a la negligencia en sus deberes, y no obstante incapaz psicológicamente de criticar a un camarada de hacía más de dieciocho años, Kautsky aceptó alegremente la oferta de Plejánov de hacerse cargo de la tarea. De ahí se derivó que la primera crítica del revisionismo en el principal órgano de prensa de la socialdemocracia alemana se debiera al marxista ruso Plejánov. Su primer escrito se publicó en agosto de 1898, pero sólo después de que Kautsky hubiera censurado ciertas frases que le parecieron personalmente insultantes contra Bernstein. Plejánov consideraba a Bernstein como un enemigo encarnizado

15 *Ibid.,* V, pp. 224-225.

que debía ser combatido hasta la muerte, mientras Kautsky era mucho menos severo. Las diferencias entre ambos aumentaron antes de que se publicara el segundo artículo de Plejánov. En el congreso de Stuttgart del partido alemán, en 1898, Kaustky, aun a pesar de haber formado en las filas de los ortodoxos para luchar contra los revisionistas, fue atacado personalmente por la izquierda por haber publicado los artículos de Bernstein sin comentario editorial. Para defenderse, replicó, provocando la ira de Plejánov: «Bernstein nos ha obligado a replantearnos las cosas, y debemos darle las gracias por ello». Tomando partido por la izquierda, Plejánov publicó en los periódicos de Leipzig y Dresde una orgullosa carta abierta a Kautsky titulada «¿De qué debemos darle las gracias?». La gravedad que Plejánov atribuía a la amenaza revisionista la centraba en la cuestión que él, insistía, planteaba a los socialistas: nada menos que el problema de «quién enterrará a quién, Bernstein a la socialdemocracia, o la socialdemocracia a Bernstein». [16].

Si bien la intransigencia de Plejánov irritó a muchos socialistas, e incluso disgustó a Axelrod, fue reconfortado por las cartas de apoyo de Bebel y Liebknecht animándole a proseguir su campaña con renovado ardor. [17] Los puñetazos verbales, sin piedad, que propinó a Konrad Schmidt, un académico que prestó a Bernstein apoyo filosófico, levantaron tal oleada de protestas que Kautsky le tuvo que advertir que moderara sus ataques. Plejánov respondió a sus reproches: «Yo... no puedo entender por qué no tengo derecho a denigrar a unos señores que se atreven a difamar a nuestros maestros sin entender ni una palabra de su filosofía. ¡Ah, querido Kautsky, si todavía viviera Engels no me habría condenado por mi violencia!» [18] La animadversión de Plejánov contra su enemigo aumentó después de la aparición del libro de Bernstein, en que minimizaba la importancia de Plejánov dentro del movimiento ruso. El teórico del revisionismo afirmaba que la mayoría de los socialdemócratas rusos eran partidarios de sus propios puntos de vista, afirmación que por otra parte basaba haciendo referencia a la reciente «expulsión» de Plejánov como redactor de las publicaciones de la USDR. [19]

16 *Sochinéniia*, XI, p. 35.
17 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 60-62; *Gruppa*, III, p. 256.
18 *Ibid.*, VI, p. 258.
19 Esta afirmación la hizo Bernstein en su famoso libro. No llegó a «formalizarla» públicamente, pero los argumentos empleados llegaron a oídos de Plejánov gracias a Kautsky. Véase *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 64-65.

Los dirigentes de la socialdemocracia alemana (lo mismo Kautsky que Bebel y Liebknecht), al tiempo que mantenían su amistad con Plejánov, nunca adoptaron una actitud intransigente. No querían ir más allá de permitir que se discutieran los puntos en litigio y la aprobación de resoluciones tibiamente condenatorias del revisionismo, como en 1899 y 1900. Sus diferencias también se dejaron sentir en la Internacional, cuando en 1900, en París, se discutieron las cuestiones de la participación de socialistas en gobiernos burgueses y los requisitos para la conquista del poder por el proletariado. Haciendo un agudo juego de palabras, Plejánov acusaba a Kautsky de haber preparado una resolución «elástica» (*kauchokovaia*) que admitía interpretaciones aceptables por los oportunistas. El congreso del partido alemán de 1903 afirmó que el revisionismo estaba muerto, y el congreso de la Internacional de Amsterdam, en 1904, lo condenó inequívocamente, pero ninguno de los dos consintió en ir tan lejos como hubiera querido Plejánov. Los dirigentes socialistas se negaban a expulsar a los revisionistas de las filas del socialismo, como pedía Plejánov, pues temían las consecuencias que inexorablemente se seguirían: una desbandada. Para ellos, la unidad organizativa era más importante que la coincidencia en los principios. Dado el caso, la definición del partido según Plejánov hubiera hecho inevitable un cisma. «La libertad de opinión dentro de un partido puede y debe ser limitada», decía, «precisamente porque un partido es una unión, aceptada libremente, de unas personas con ideas comunes: una vez desaparecida la unidad, se hace inevitable una escisión». [20] Debe añadirse para ser justos que no pensaba en diferencias secundarias, sino en las posturas y objetivos fundamentales de la organización. No convencido de que el revisionismo estuviera efectivamente muerto, y con la misma idea respecto a su incompatibilidad con la socialdemocracia, Plejánov no desperdició oportunidad alguna, aun después de 1904, de combatirlo.

Su primer y más fuerte ataque contra el revisionismo lo efectuó en el terreno filosófico. Probablemente como consecuencia de los originales y extensos estudios filosóficos que había hecho durante la década de 1890, se sentía con más competencia para declarar la guerra en este terreno sin necesidad de una prolongada investigación previa. En cualquier caso, aunque estuviera menos versado en el lado económico de la cuestión, Rosa Luxemburgo y Parvus habían declarado la batalla en ese frente a los revisionistas. Además, tal y como ya antes había hecho

20 *Sochinéniia*, XII, p. 455.

Plejánov, en especial en su obra contra los *naródniks*, firmada Bel'tov, su estrategia para aniquilar a un antagonista implicaba el descrédito de sus premisas y metodología. Es muy de temer que su elección del terreno filosófico debió dejar a la gran mayoría de sus lectores preguntándose qué posible relación podía tener con las principales cuestiones que planteaba el revisionismo. Como afirmaba Axelrod, que admitía su propia falta de competencia: «Dentro de toda la Internacional socialdemócrata, apenas habrá un puñado de personas capaces, no digo ya de participar, sino simplemente entender tales discusiones».[21] Cuando Kautsky adujo este motivo para justificar el deseo de publicar sólo una cantidad limitada de este tipo de textos, Plejánov replicó con firmeza: «Es esencial *forzar* la preocupación de los lectores por la filosofía...*es la ciencia de las ciencias.*[22] El mismo dirigía a los lectores de *Die Neue Zeit* estas fuertes palabras:

> Defiendo y siempre defenderé las ideas de Marx y Engels con pasión y convicción. Y si algunos lectores se encogen de hombros ante mi acaloramiento en la discusión, que versa sobre las más importantes cuestiones del saber humano y al mismo tiempo afecta a los intereses más esenciales de la clase obrera. ... me veré obligado a decir, encogiéndome a mi vez de hombros: *tanto peor para tales lectores.*[23]

El blanco de los ataques de Plejánov era la filosofía neokantiana, que, según Bernstein y Schmidt, ofrecía una imagen más exacta de la relación cognitiva del hombre con el mundo externo que el materialismo marxista. Los críticos, basándose en la afirmación de Kant de que las «cosas-en-sí» son incognoscibles, sostenían que el mundo exterior no era cognoscible. Plejánov se negaba a «volver a Kant», afirmando que eran más bien los críticos quienes debían refrescar sus conocimientos filosóficos. Ya que, en su opinión, Bernstein y Schmidt estaban tan poco versados en Kant que no se daban cuenta de la incoherencia central de su teoría del conocimiento. El convencimiento de Kant de la incognoscibilidad del mundo de los *nóumenos* (las cosas-en-sí, o la naturaleza esencial de las cosas) estaba contrapesado por su creencia en la cognoscibilidad del mundo de los fenómenos (los objetos que existen fuera de nosotros y que conocemos a través de su acción sobre nuestra conciencia). Se había quedado a medias entre el idealismo y el materialismo, sin haber logrado nunca resolver la relación sujeto-objeto (*). Tal y como lo veía Plejánov, la decisión consistía o bien en aceptar abiertamente un idealismo subjetivista —en que abundaban los absurdos—, o el materialismo defendido por Marx y Engels. Subrayaba lo que él entendía ser las dos alternativas con un agudo y malvado desafío a su antagonista:

21 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 74.
22 *Gruppa*, VI, p. 257.
23 *Sochinéniia*, XI, p. 132.

> Si el señor Konrad Schmidt no existiera como *cosa-en-sí;* si sólo fuera una apariencia, es decir, una imagen que sólo existe en mi conciencia, nunca me perdonaría que mi conciencia hubiera producido un doctor tan inepto en especulación filosófica. Pero si mi imagen corresponde al señor Konrad Schmidt real, entonces no soy responsable de sus errores lógicos, mi conciencia está tranquila, y eso vale mucho en este valle de lágrimas.[24]

Es importante señalar que Plejánov relacionaba el idealismo de Kant, que rechazaba, con el escepticismo de Hume. Es más, el principal objetivo de su cruzada contra el neokantismo era interponer una barricada contra la infiltración del escepticismo en el movimiento socialista. Si efectivamente fuera incognoscible el mundo externo, qué lastimosas y absurdas serían las pretensiones de quienes pretendían haber fundado el socialismo científico. Una vez instilado el veneno mortal del escepticismo, seguro que acabaría con la fuerza del movimiento. Tal y como había observado agudamente Axelrod ante el primer estallido de la crisis revisionista, el escepticismo y el pesimismo eran por completo ajenos al espíritu y naturaleza de Plejánov.[25] Más aún, dado que contaba con la pasión como un factor significativo en la elaboración de la historia, temía Plejánov que la difusión del escepticismo pudiera apagar el entusiasmo esencial para la realización de los objetivos del movimiento.[26]

Más por referencia que a través de un análisis inmediato, también llamaba Plejánov a capítulo al neokantismo en el campo de la filosofía moral. En un anterior análisis de Kant,[27] se había mostrado en serio desacuerdo con la moralidad del «imperativo categórico». Kant definía su ética como «las órdenes

* En una carta dirigida a Kautsky pocos años antes, decía Plejánov: «Para mí la filosofía de Kant no significa más que un armisticio entre los descubrimientos de las ciencias naturales y la antigua tradición religiosa.» Carta sin fecha (probablemente de finales de 1895) depositada en el Instituto Internacional de Historia Social, en Amsterdam.
24 *Ibid.*, pp. 129-130.
25 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 195.
26 *Sochinéniia*, XI, p. 89.
27 *Ibid.*, VIII, pp. 397-402, y en general en todo el artículo.

inviolables de "la razón práctica"». Su moralidad deducida *en abstracto* hacía referencia en particular al individuo y su felicidad. Pero, objetaba Plejánov, la moralidad de hecho siempre está determinada *socialmente* e invariablemente ha de ser remitida a entidades más amplias como la tribu, la clase, o la nación. En cuanto a las específicas normas morales de Kant, según Plejánov, se adecuaban a los ideales de la sociedad burguesa. Los marxistas consideraban que el kantismo era perfectamente adecuado para los filisteos (léase: burgueses), que definen un ideal como algo demasiado elevado para ser conseguido, y, sin embargo, algo que nos vemos obligados moralmente a pretender. Plejánov no veía en esta relación una tensión que pudiera ennoblecer y dar un sentido a la vida. Está bastante claro que los ideales socialistas desempeñaban precisamente dicha función en su vida. Pero él lo hubiera negado, insistiendo que su pasión estaba en relación con el proceso histórico sometido a leyes, más que derivada de especulaciones éticas «abstrastas». El kantismo, en su opinión, era simplemente una tapadera de la hipocresía. Ofrecía la autosatisfacción de creer en un ideal elevado y al mismo tiempo la justificación de conductas que nada tenían en común con aquel ideal.

Con clara intuición, afirmaba Plejánov, la burguesía asociaba la difusión del materialismo y el ateísmo entre los obreros con un radicalismo que perjudicaba sus intereses. Las clases propietarias reconocían en el kantismo «una poderosa arma espiritual» para contrapesar tales tendencias y sumergir a los trabajadores en un estado más pacífico y sumiso. Dejaba espacio a las «supersticiones religiosas» de la burguesía, que podrían ayudar a enfriar el «extremismo» de los obreros. Y podrían ser utilizadas para persuadir a los obreros a confiar en la conciencia moral de sus empresarios en lugar de confiar sólo en sus propios esfuerzos.[28]. Quizá también temiera que el kantismo pudiera ofrecer una racionalización a la combinación de un respeto aparente por el elevado pero inalcanzable ideal socialista, con la práctica del «oportunismo». ¿Cómo podía ser una filosofía tal otra cosa que un arma dirigida contra una clase con la misión histórica de aplastar a la burguesía y establecer un orden social nuevo con su propia moralidad idónea? A sabiendas o no, Schmidt y Bernstein actuaban como lacayos de la clase enemiga difundiendo las ideas neokantianas dentro del movimiento proletario.[29]

28 *Ibíd.*, XI, pp. 317-318.
29 *Ibíd.*, pp. 113, 130-131.

Aunque las mejores ocurrencias filosóficas de Plejánov contra el revisionismo chispeaban de ingenio y erudición, no está tan claro, como él pretendía, que hubiera aplastado a sus antagonistas. Sea como fuere, estos ensayos en absoluto refutaban aquellos aspectos de la crítica revisionista más peligrosos para el marxismo ortodoxo, el socio-histórico y el económico. Respecto a este último, Plejánov se vio forzado a admitir ciertos puntos. Admitió, por ejemplo, que el número de campesinos medios tendía a permanecer constante, en lugar de disminuir; que las clases medias habían crecido con más rapidez que la población en su conjunto; y que las condiciones de vida de la clase obrera habían mejorado en ciertos casos.[30] Pero discutía de diversas formas el significado de estos hechos, que parecían negar importantes postulados marxistas respecto a la dinámica del capitalismo. En primer lugar, él pensaba en «romperles la crisma» a los críticos revisionistas,[31] esperando de este modo reducir la fuerza de sus argumentos. Más acertadamente, puso en duda su afirmación de que las depresiones económicas se hacían cada vez menos frecuentes y violentas. Más esencial era su afirmación de que aquellos hechos, cuya realidad aceptaba, no eran incompatibles con una continua e incluso creciente desigualdad social.

Fuera cierta o no, esta afirmación se basaba en datos importantes, pero no los adecuados para solucionar la cuestión más crucial. La imagen de Marx de una revolución proletaria tenía como fundamento socio-económico no sólo el inferior *status* económico de la clase obrera, sino además su progresivo empobrecimiento bajo el capitalismo. En el *Manifiesto comunista* había subrayado con una calurosa aprobación la reciente conquista de la jornada laboral de diez horas por la clase obrera inglesa, si bien, lamentablemente, esta circunstancia, que sugería la posibilidad de que el trabajador podría mejorar sus condiciones de vida bajo el capitalismo, no hizo que revisara su predicción de una revolución violenta. Cincuenta años más tarde, un marxista ortodoxo tendría que darse por aludido ante la sustancial lista de mejoras obtenidas por la clase obrera, que parecía hacer insostenible la doctrina del empobrecimiento progresivo. Sin duda, había graves desigualdades sociales. Que ello constituyera una base adecuada sobre la que cimentar y edificar una revolución socialista era algo todavía sin demostrar.

30 *Ibíd.*, pp. 58-59, 219, y *pássim*.
31 Lo dicho puede aplicarse en concreto, y en especial, a su polémica con Struve, en *ibíd.*, pp. 182-240.

¿La desigualdad social existente era un motivo suficientemente fuerte para que se mantuviese y aumentara la conciencia de clase del proletariado, sin la que era inconcebible la consecución del socialismo?

Bien sabía Plejánov que ésta era la cuestión que reclamaba insistentemente atención, y, sin dudarlo mucho, respondió de forma afirmativa. Para poder hacerlo, se vio obligado a modificar un tanto sus posturas, y recurrir a la teoría del empobrecimiento relativo que fue la respuesta tipo de los marxistas frente al revisionismo. A medida que el capitalismo se desarrolla, decía, «la situación del obrero empeora relativamente, aun cuando sus condiciones materiales de existencia mejoren en un sentido absoluto». Aun en el caso de que, como consecuencia de la lucha de clases, el proletario trabaje menos horas y reciba una paga más alta, es explotado más que antes, puesto que las ganancias que obtiene son proporcionalmente menores al aumento de su productividad.

> El proletariado está en la situación de una persona que nada contra una corriente poderosa. Si se abandona sin resistencia a la fuerza del agua, será arrastrado *muy atrás*. Pero él resiste; intenta moverse hacia adelante, por consiguiente, la corriente *no* le arrastra *tan lejos como hubiera podido;* pero, no obstante, *le arrastra hacia atrás*, porque *en cualquier caso es mucho más fuerte que él.* [32]

Viendo el asunto desde tal punto de vista, Plejánov podía persistir en una intacta creencia en la inevitabilidad de la revolución socialista. Mientras la sociedad siguiera dividida en clases, el proletariado se vería obligado a luchar contra la burguesía para evitar el verse todavía más empobrecido. Mientras arrancase todas sus mejoras gracias a la lucha de clases y no a la colaboración de clases, no podría disminuir el antagonismo entre las clases. Mientras los socialistas cumplieran concienzudamente su labor de mantener ante los obreros explotados el fin último del movimiento, lo que iluminaba de esperanza sus vidas insatisfechas, su conciencia de clase no flaquearía.

En cuanto a las predicciones revolucionarias de Plejánov para Rusia, igual que en su valoración de aquel problema crítico para el socialismo occidental, la dificultad estribaba en sus desmesuradas ilusiones sobre la conciencia de clase del proletariado. Estas, por su parte, estaban basadas en una visión del universo social un tanto carente de realismo. Mientras la sociedad siguiera dividida en clases, el proletariado muy bien podría considerar necesario combatir a la burguesía. Pero en Occidente los métodos de lucha empleados estaban pensados para luchar contra la burguesía sin destruir la presente estructura social. Las actividades sindicales y las luchas parlamentarias tenían espacio dentro de los márgenes de la sociedad capitalista, y sin embargo indudablemente aportaban mejoras, tanto materiales como sociales, a la clase obrera. Desde el momento que los obreros experimentaban estas mejoras en su *status* y condiciones de vida, dichas formas de lucha podían muy bien provocar una disminución en el antagonismo de clases. Al proletario poco le importaba que la mejora de su situación fuera relativa, además de absoluta. La dramática imagen de Plejánov del hombre nadando contra corriente poca impresión podía causar en unas personas que sabían, por experiencia directa, que habían ganado terreno.

Allí donde las ganancias eran reales y palpables, la vida de los obreros se hacía más tolerable y alegre. Entonces, los dirigentes socialistas podían descubrir que los obreros gravitaban hacia el oportunismo (*). Una vez ganado terreno gracias a métodos de probada y demostrada eficacia, se mostrarían reacios a dejar lo conocido y probado, por lo desconocido. De hecho, los sindicatos, con su organización burocrática y sus sustanciales fondos y propiedades, se convirtieron en baluartes del oportunismo y el reformismo. Los cambios en la situación socio-económica de los obreros se reflejaban en su psicología. Como ha señalado Peter Gay, «el valor del revisionismo optimista de Bernstein ... estriba en el hecho de que parecía ofrecer una explicación teórica coherente de la situación en que se encontró el obrero alemán alrededor de 1900». [33]. Aun a pesar de las afirmaciones contrarias de Plejánov, era sencillamente imposible mantener y aumentar la conciencia de clase del proletariado ante la gradual democratización de la sociedad, la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera, y, además, la concomitante popularización del nacionalismo. Los discursos de los dirigentes del partido sobre los fines últimos del movimiento cada vez despertaban una respuesta más apagada por parte de las masas. Las mejoras inmediatas se veían más que las distantes utopías.

32 *Ibíd.*, p. 220.

* Tal y como dijo Peter Gay: «La vía del oportunismo está empedrada de éxitos parlamentarios.» *The Dilemma of Democratic Socialism*, p. 100.

33 *Ibíd.*, p. 119.

El propio Plejánov conocía la presencia del oportunismo en el movimiento obrero alemán, e incluso en ciertas ocasiones dio muestras de un cierto grado de tolerancia frente a él. Pero nunca se cansaría de criticar a los intelectuales revisionistas de haber «traicionado al marxismo».[34] Es más, culpaba virtualmente a los «renegados» del oportunismo de los obreros, acusación que subraya una vez más el gran significado que concedía a la *intelligentsia* dentro del movimiento socialista. Podría haber firmado la inteligente observación que uno de sus discípulos hizo en 1898 sobre la extensión del revisionismo: «Es sorprendente: la burguesía, atemorizada por la creciente conciencia de clase del proletariado, hace algunas concesiones. Los representantes de este último, viendo signos de debilidad en la burguesía, en lugar de envalentonarse y hacerse más revolucionarios, por el contrario, empiezan a ceder».[35] Es ésta una descripción bastante exacta de una relación social en evolución, pero se equivoca, como se equivocaba Plejánov, al supravalorar el papel de la dirección socialista. Plejánov se negaba a entender que el revisionismo era consecuencia y reflejo de la mentalidad del proletariado más que causa suya.

Plejánov no se atrevió a hacer frente directamente a las circunstancias que habían dado origen al revisionismo. Representaba, como lo había hecho el fabianismo, una acomodación de los intelectuales socialistas al humor y perspectivas de la clase obrera. Pero infinitamente más molesta era la clara deducción de que la clase obrera alimentaba una tendencia inherente al oportunismo. Tanto en Inglaterra, donde no había dirigentes socialistas, como en Alemania, que se jactaba de los dirigentes socialistas más fuertes y capaces del mundo, se manifestaban los mismos fenómenos. La imagen del proletario como portador del socialismo —como socialista inconsciente que sólo necesita ser iluminado por la *intelligentsia* para adquirir conciencia— evidentemente no correspondía a la realidad. Plejánov era incapaz psicológicamente de soportar este descubrimiento, pues implicaba el descrédito de una de las premisas más importantes en la argumentación de la inevitabilidad del socialismo.

Esta consideración quizá explique por qué culpaba a la negligencia de los dirigentes intelectuales de la extensión del revisionismo. Aun así, paradójicamente, el surgimiento en Inglaterra y Alemania de lo que consideraba tendencias deplorables indujo a Plejánov a depositar una mayor carga de responsabili-

34 *Sochinéniia*, XVI, p. 236.
35 *Literatúrnoe naslédie Plejánova*, I, p. 297.

dad sobre los hombros de los intelectuales socialistas. Habiendo percibido que la clase obrera era menos resuelta de lo que había supuesto, ampliaba el papel de la *intelligentsia*, por así decirlo, para equilibrar la balanza. Como guardianes de la conciencia socialista, nunca debían vacilar en su fidelidad a los fines del movimiento, bajo la amenaza de que, si insinuaban en las masas una falta de confianza, abrirían las puertas al oportunismo. Concedía ahora mayor importancia relativa a la voluntad de la *intelligentsia* como requisito previo para el socialismo, que al desarrollo «natural» de las tendencias socialistas entre los proletarios. La polémica contra el revisionismo motivó un cambio en su imagen de la dinámica revolucionaria, reforzando la tendencia jacobina que formaba parte de su personalidad desde un principio. Como tampoco fue ésta una consecuencia a nivel simplemente personal. Si bien la campaña de Plejánov contra el revisionismo tuvo una repercusión en apariencia débil sobre el partido alemán, dejó unas huellas permanentes en el suyo propio, como muestra la posterior historia del movimiento ruso. Por lo demás, Plejánov evadió las cuestiones que planteaba el revisionismo afirmando que básicamente nada había cambiado. Los dirigentes del partido alemán no podían hacer lo mismo debido a la presión de los sindicatos sobre el partido, que cada vez era mayor.

A decir verdad, la facción ortodoxa pareció llevar por un tiempo la mejor parte en la discusión, pero aun entonces triunfaba sólo en el campo teórico. La actividad práctica del partido, sin embargo, armonizaba mucho mejor con el espíritu del revisionismo que con la ortodoxia.[36] Después de la abrogación de las leyes antisocialistas en 1890, la socialdemocracia alemana siguió sin desviaciones importantes el camino legal y pacífico de las actividades parlamentarias y el sindicalismo, consiguiendo todas las ventajas posibles para los trabajadores sin excesivas preocupaciones en cuanto a los medios. Lo lejos que se hallaba de la revolución queda patente cuando se recuerda la naturaleza de la constitución imperial alemana. Esta sancionaba lo que de hecho era un régimen seudoparlamentario, en que la parcela más importante del poder se reservaba al emperador. Los socialdemócratas o cualquier otro partido no podían llegar al poder a través del parlamento mientras siguiera en vigor aquella constitución. En Alemania todavía no se había hecho la revo-

36 Un ensayo interesantísimo sobre la «decadencia del marxismo alemán» nos lo ofrece Plamenatz en su *German Marxism and Russian Communism*, capítulo 8.

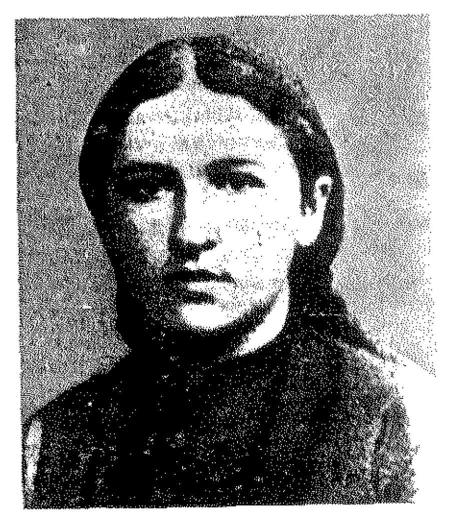
lución democrática. Los socialdemócratas, lejos de hacer preparativos para una revolución socialista, ni tan siquiera estaban dispuestos seriamente a conseguir por medio de una revolución una constitución democrática. Parece casi inexplicable que Plejánov no hiciera a los revisionistas —por no mencionar a los ortodoxos— la significativa acusación de estar abjurando de la revolución sin tan siquiera haber superado los esquemas de un régimen quasi-absolutista.

No está de más preguntarse en qué podía haber diferido la táctica prevista por Plejánov para el partido socialdemócrata ruso, después de la conquista de un régimen constitucional, de la elegida por el partido alemán. Por supuesto, Plejánov esperaba que el zarismo fuera sustituido por un orden político genuinamente democrático, en lugar de uno espúreo del tipo alemán. De acuerdo con ello, los socialistas rusos podían dedicarse a sus objetivos con mayor seguridad y libertad que sus camaradas alemanes. Claramente pensaba en un partido socialdemócrata que abarcase el mayor número posible de obreros, comprometido en campañas políticas y actividades parlamentarias, que promoviese el desarrollo de sindicatos, y mantuviese un contacto estrecho entre el partido y las organizaciones obreras. Afirmando decididamente el carácter deseable de las reformas sociales, reconocía taxativamente la posibilidad de conseguir mejoras para el proletariado dentro de una situación de democracia política. Aun aprobando dicha táctica, Plejánov seguramente hubiera insistido en que el partido mantuviera una postura revolucionaria, manteniendo en primer plano los objetivos últimos del movimiento. En resumen, bajo su égida, el partido ruso hubiera emulado el ejemplo alemán de ortodoxia revolucionaria en las palabras y revisionismo evolucionista en los hechos. Si el revisionismo se había insinuado y finalmente triunfaría en Alemania, la posibilidad de que hubiera ocurrido lo mismo en Rusia hubiera sido casi total caso de haber estado bajo el régimen de democracia política. No hay razón para suponer que Plejánov, u otros, hubieran tenido mayor éxito que los alemanes al combatir el revisionismo. Plejánov había enfrentado al mundo socialista con la alternativa: «¿Quién enterrará a quién, Bernstein a la socialdemocracia, o la socialdemocracia a Bernstein?» Lo erróneo que era este planteamiento de la cuestión queda irónicamente de manifiesto en el hecho de que el revisionismo de Bernstein iba a convertirse en breve en sinónimo de socialdemocracia.

La crisis de la ortodoxia marxista que se inició a finales de siglo no tuvo su origen en la «traición» o «ignorancia del marxis-



Plejánov, joven.



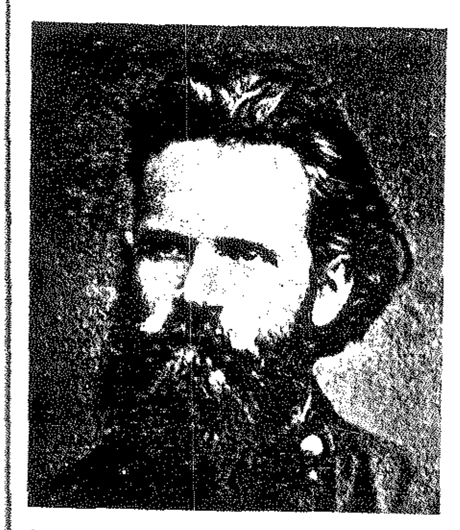
Vera Zasúlich a los diecisiete años.



P. B. Axelrod, joven.



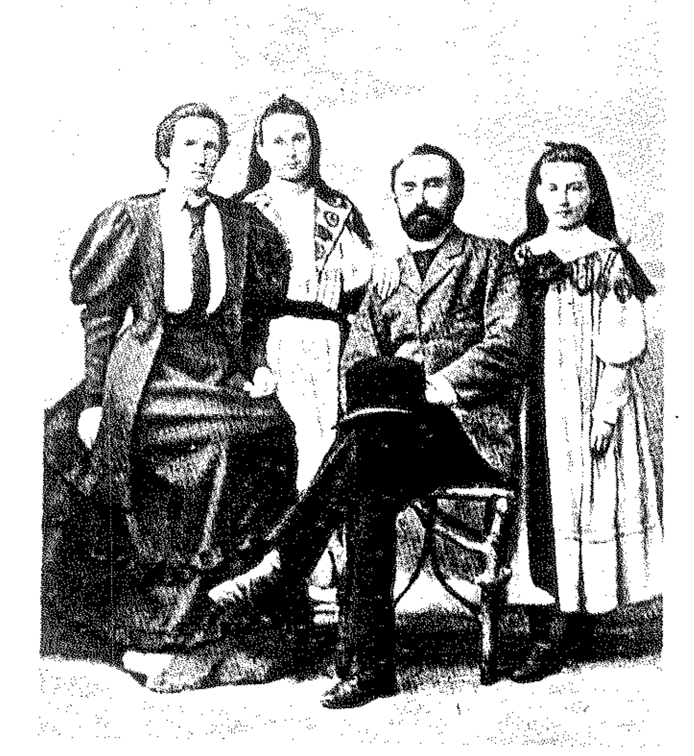
Plejánov (fecha desconocida).



Lev Deutsch con las ropas de prisión.



Rosaliia Markovna a los dieciocho años.



Plejánov con su mujer y sus hijas, Lydia y Eugenia; foto tomada en la década de 1890.

El Congreso de la Internacional Socialista de Amsterdam, 1904. *Primera fila*: Cipriani, Troelstra, Hyndman, Belfort Bax, Kringen, Katayama, Plejánov, Knudsen, Hillquit, Navroji, Anseele, Ferri. *Segunda fila*: Van Kol, Ugarte, Nemec, Vaillant, Soucup, Rosa Luxemburgo, Adler, Bracke, Kautsky, Walecki, Vandervelde, Cambier, Longuet.



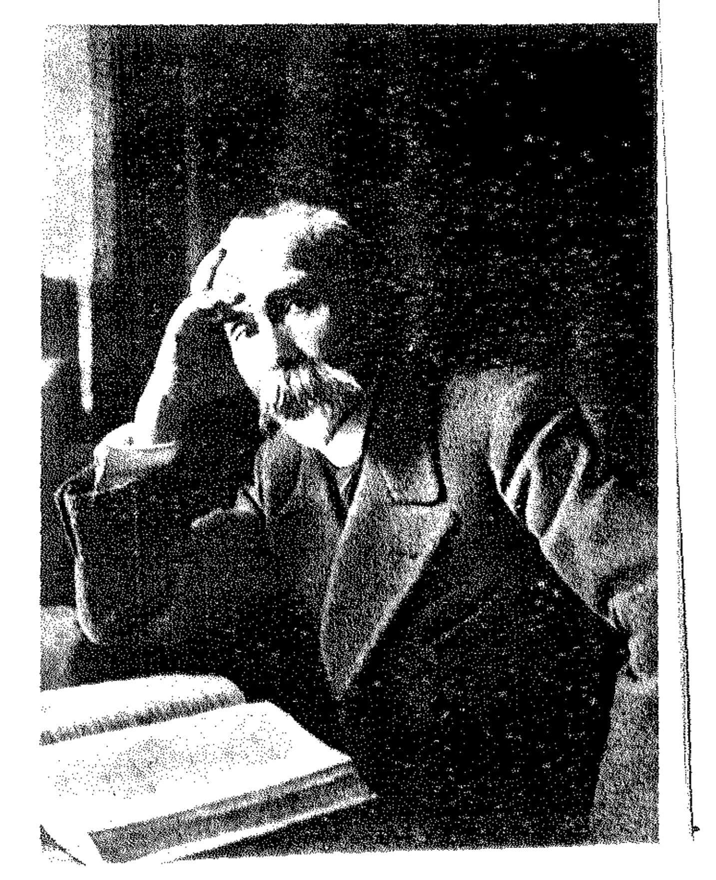


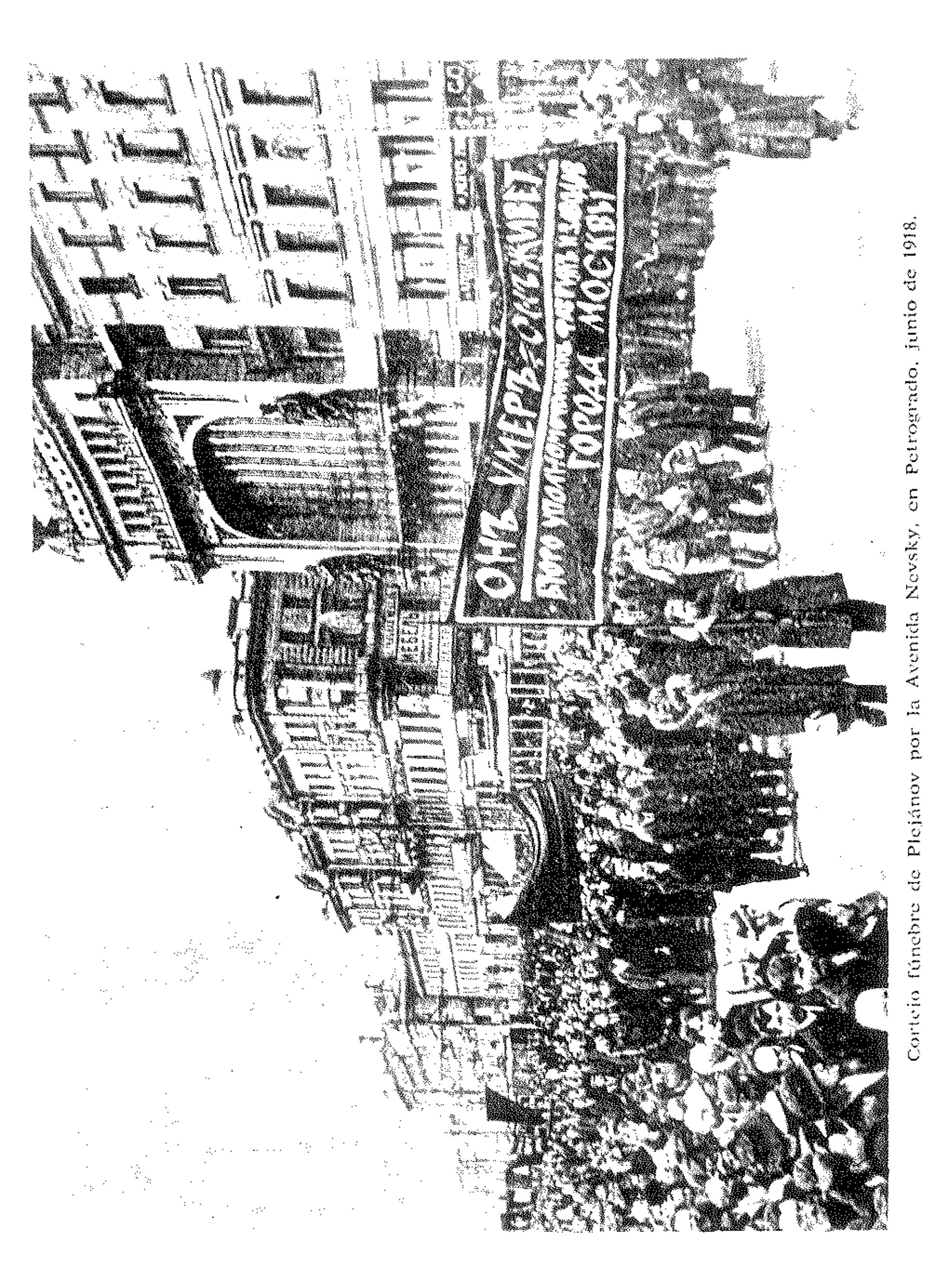
Arriba: Lenin en 1897, a los veintisiete años. *Izquierda*: Yuri Mártov en 1921.



Plejánov en Ginebra en 1907, con Rosaliia, sus hijas, Lydia (a la izquierda) y Eugenia, y su amigo Lev Deutsch.

Plejánov en sus últimos años.





Cortejo fúnebre de Plejánov por la Avenida Nevsky, en Petrogrado, junio de 1918.

mo» de ciertos intelectuales. Más bien lo tuvo en la circunstancia de que aquella ortodoxia estaba haciéndose cada vez menos apropiada para las cambiantes sociedades europeas. El sistema de Marx estaba quedando desfasado con el tiempo. La difusión del revisionismo dentro del socialismo occidental era uno de los síntomas más claros. Su triunfo significaba una grave derrota para el marxismo ortodoxo y para el defensor ruso de la fe.

11. DEFENSOR DE LA FE: EL ECONOMICISMO

El economicismo hizo aparición en la escena socialdemócrata rusa simultáneamente con el ascenso del revisionismo en el partido alemán. Plejánov, creyendo que esta última desviación era la más peligrosa de las dos, concentró casi inmediatamente su fuego sobre ella. Sus primeras salvas contra el economicismo no las dispararía hasta casi dos años más tarde. No obstante, su postura ante el economicismo debe ser considerada al contraluz de su lucha contra el revisionismo. Bernstein discutía la validez de los principios básicos del marxismo precisamente cuando parecía que los esfuerzos de Plejánov por fundar un partido sobre esos mismos principios empezaban a tener éxito. Este consideraba que el economicismo era un artificio que canalizaba las doctrinas heréticas de Bernstein en el movimiento ruso. Su batalla contra el revisionismo le sensibilizó más que nunca frente a las desviaciones ideológicas, en particular las desviaciones que pretendían la disminución del papel de la *intelligentsia* dentro del partido socialista, y atacó ferozmente al economicismo porque creía que compartía con el revisionismo dicha intención.

No obstante, no fueron sólo estos razonamientos lo que determinó la naturaleza e intensidad de sus ataques. Considerable importancia tuvo también la prolongada serie de conflictos enconados entre el grupo Emancipación del Trabajo y quienes posteriormente se convertirían en abogados del economicismo. La campaña contra una tendencia considerada subversiva por la socialdemocracia adquirió un carácter doblemente feroz dado que implicaba, además, la descarga de la animosidad personal que desde hacía años envenenaba a Plejánov y Axelrod.

El foco geográfico de la discusión fue la emigración, donde, desde mediados de la década de 1890 en adelante, el grupo, aunque afiliado a la Unión Social Socialdemócrata Rusa, seguía manteniendo una identidad separada. A excepción de los miem-

bros del grupo Emancipación del Trabajo, la Unión sólo incluía a jóvenes más o menos recientemente convertidos al marxismo. La relación organizativa entre el grupo y la Unión, en líneas generales, estaba calcada sobre los anteriores esfuerzos de colaboración entre los fundadores del movimiento y los jóvenes socialdemócratas. Con objeto de proteger su liderazgo ideológico, el grupo se reservó el derecho a editar las publicaciones de la Unión, incluido el periódico *Rabótnik*. Además, el grupo disfrutaba el derecho a emprender por su cuenta cualquier aventura que juzgara útil para el movimiento. A los camaradas más jóvenes se les confiaban tareas tales como la recogida de fondos, el trabajo de imprenta, la preparación de rutas de transporte para la literatura clandestina, y el mantenimiento de contactos con los grupos revolucionarios en el interior de Rusia. La distribución de poderes y responsabilidades implicaba tácitamente que el grupo constituía el Alto Estado Mayor mientras los otros miembros eran los oficiales y soldados a sus órdenes. No obstante, los jóvenes socialdemócratas disfrutaban de mayor autoridad que en anteriores intentos de colaboración. Los responsables de la Unión podían influir en aspectos significativos de la vida organizativa de la socialdemocracia en el exilio. Además, ¿no se había comprometido ahora el grupo a la publicación de esa «indispensable» literatura obrera que antes había «descuidado»? Los jóvenes con aspiraciones literarias tendrían la oportunidad de colaborar con sus artículos en *Rabótnik* y otras publicaciones de la Unión.

Los estatutos de la USDR sugieren que se trataba de un intento por parte de fuerzas llenas de mutua desconfianza, por suprimir —o controlar— sus diferencias, en aras del progreso del movimiento en su conjunto. El grupo se sometía a la facción más joven en una serie de puntos, después de haber considerado aquélla críticamente, durante años, su *modus operandi*. Al mismo tiempo, los veteranos no mostraban la menor intención de permitir que la dirección general del movimiento cayera en manos de unos militantes recién incorporados y de relativa inexperiencia. Puede que existiera por ambas partes el deseo de hacer que la relación funcionara, pero en la práctica las cosas rodaron espantosamente. Los problemas se iniciaron a principios de 1896, no mucho después de haber sido reorganizada la Unión para facilitar el apoyo al movimiento en Rusia. A partir de alguna ocasional fricción sobre asuntos distintos y aparentemente independientes, los enfrentamientos se fueron haciendo más frecuentes, combinándose por último en una especie de continuo conflicto que comprometía cada vez más las

energías de ambos bandos. La indecorosa serie de altercados, choques e insultos es demasiado aburrida como para reproducirla en detalle.[1] No obstante, no se debe ignorar la historia, pues, aun a pesar de la aparente trivialidad de muchas de las escaramuzas, estaban todas relacionadas con una cuestión vital. De hecho, no eran más que episodios en una batalla en curso sobre la forma en que los estatutos distribuían el poder, cuestión cuya importancia no se limitaba, en absoluto, al exilio.

Al principio, quien más inmediatamente quedó mezclado en estas discusiones fue Axelrod. En el curso de sus conversaciones con Lenin durante el verano de 1895, ambos habían coincidido en la conveniencia de liberar a Plejánov de deberes organizativos y editoriales con objeto de reservar su tiempo para el trabajo literario y teórico.[2] En consecuencia, la responsabilidad de la edición de *Rabótnik* y otras publicaciones de la Unión recayó en Axelrod. En cualquier caso hubiera sido una elección lógica, puesto que se pretendía que *Rabótnik* fuera dirigido al movimiento obrero e inevitablemente debía dedicar un gran espacio a las cuestiones tácticas, cuestiones en que desde hacía tiempo Axelrod se había especializado. Sea como fuere, era él quien trabajaba más inmediatamente con los militantes de la Unión, y entre él y ellos se manifestarían las primeras diferencias agudas. Ilustrativa respecto al tipo de cosas que ocurrieron es una discusión sobre asuntos financieros que se planteó a principios de 1896.

Los administradores de la Unión deseaban mantener su gestión en un tono comercial, lo que implicaba, entre otras cosas, llevar una contabilidad. Axelrod recurrió a la tesorería de la Unión para hacer frente a unos gastos provocados por sus actividades editoriales. Pero cuando los miembros de la Unión le pidieron que rindiese cuentas del dinero gastado, quedó confundido, pues no había llevado una relación de gastos. Era típico del grupo Emancipación del Trabajo la poca atención que se prestaba a esta clase de asuntos. Sus miembros confiaban implícitamente el uno en el otro, y quienes contribuían financieramente a la organización pocas veces esperaban que se les rindiera cuentas. El nuevo sistema que pretendía implantar la Unión parecía a Axelrod una complicación innecesaria. No podía soportar la humillación e indignación que sentía al tener que ofrecer algún tipo de justificación de gastos, y se quejó a

1 Gran parte de ellos está recogida en las páginas de *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, pp. 122 y ss., y II, *pássim*.

2 *Ibíd.*, I, p. 134.

Plejánov de la actitud «cicatera y comercial» de la gente de la Unión. Su problema se complicaba todavía más al no poder distinguir correctamente entre los fondos donados específicamente al grupo por sus amigos y los que había puesto a su disposición la tesorería de la Unión.[3]

Este incidente aclara algunos aspectos de la lucha que gradualmente fue desatándose entre los dos elementos de la Unión. En primer lugar, se planteaba el problema del estilo organizativo, con el grupo acostumbrado a un modelo informal, casi familiar, basado en el respeto y la confianza mutuos, mientras la Unión defendía otro tipo de organización más impersonal y burocrático. Los camaradas más jóvenes no dudaban de la honestidad de Axelrod, pero consideraban axiomático que una organización no podía funcionar correctamente si no respetaba las normas establecidas. No obstante, Axelrod se sintió insultado personalmente cuando se le exigió la rendición de cuentas, o, por lo menos, pensó que se le estaba sometiendo a una molestia gratuita. Sin duda, la susceptibilidad del viejo político ante las críticas de los jóvenes fue otro de los motivos del empeoramiento de las relaciones. La incapacidad de Axelrod para distinguir entre los fondos del grupo y los de la Unión nos da una idea de los problemas que repetidamente se planteaban como consecuencia de la peculiar relación organizativa que hacía que el grupo fuera, simultáneamente, parte de la Unión y entidad independiente. Desde el punto de vista de los jóvenes marxistas en la emigración, la torpeza de Axelrod parecía clara evidencia de un imperdonable descuido organizativo. El razonable deseo de poner orden y racionalidad en la marcha de la USDR había provocado una intensa irritación en una parte, y, en la otra, graves dudas acerca de la competencia de los viejos dirigentes.

La situación habría sido menos seria si Axelrod no hubiera dado a sus jóvenes colaboradores multitud de motivos adicionales de queja. Su forma de escribir era lenta y penosa, y no pocas veces no podía terminar a tiempo trabajos que se le habían encargado. Su mala salud también obstaculizaba su productividad literaria y el desempeño de su función editorial. Quizá fueran tales circunstancias, agravadas por el malestar que despertaban en él, la explicación de por qué pasó más de medio año entre la decisión de publicar *Rabótnik* y la aparición del primer número. Lo que a los jóvenes camaradas tenía que parecer intolerable demora se hacía todavía más irritante al negarse Axelrod

3 *Ibíd.*, pp. 122-135.

insistentemente a aceptar cualquier intento de descargar de sus hombros una parte de la responsabilidad a que no podía hacer frente.

Tampoco Plejánov quedó libre de ataques. Dado que por lo general se mantuvo al lado de Axelrod frente a sus críticos, sobre él cayeron las mismas acusaciones dirigidas contra su camarada. Es más, Plejánov fue blanco particular de otra acusación dirigida contra el grupo. Los jóvenes socialdemócratas más influyentes habían salido hacía poco de Rusia, después de haber participado allí en actividades de agitación. Con ese motivo, reclamaban un conocimiento más exacto del carácter y necesidades del movimiento que los viejos dirigentes. En particular, creían que el grupo se mostraba todavía indiferente a la publicación de aquella literatura para obreros que ellos consideraban el medio más eficaz para hacer avanzar el movimiento. ¿Acaso no era la dedicación del principal talento del grupo, Plejánov, al campo de las obras teóricas y filosóficas abstractas una demostración patente de su alejamiento de la realidad rusa? No había duda de que el grupo merecía una gloria inmortal por haber sentado los cimientos del marxismo ruso. Pero ¿por qué insistía Plejánov en seguir persiguiendo a ese perro muerto que era el populismo, cuando había nuevos mundos que conquistar, cuando había que dedicar todos los esfuerzos a proporcionar los medios con que desarrollar las enormes potencialidades del movimiento obrero?

En resumen, los antagonistas del grupo habían preparado un sumario formidable. Aduciendo que habían perdido el contacto con la situación en Rusia, y que estaban mal informados en cuanto a sus necesidades, los veteranos marxistas fueron descalificados para dirigir el movimiento. Aun en el caso de que el grupo tuviera una visión más realista de lo que los tiempos exigían, su lentitud e ineficacia lo incapacitaban para desempeñar el papel dirigente que reclamaba. Mientras tuviera en sus manos el control de las riendas, no se podría atender a labores esenciales. Quienes habían fundado y dado un gran ímpetu inicial al movimiento se habían convertido en un estorbo. Pero se negaban a hacer sitio a quienes estaban mejor calificados, a quienes tenían tanto un claro sentido de las necesidades, como las energías esenciales para su atención. Otra acusación parecida que se les hacía era que la actitud hipercrítica del grupo y su intolerancia frente a la divergencia de opiniones impedían el desarrollo de las nuevas cabezas literarias que necesitaba urgentemente el movimiento. Si bien más afiladas que antes, las quejas de la facción más joven eran parecidas a las que habían

caracterizado los primeros enfrentamientos entre los marxistas veteranos y sus partidarios en la emigración. Sin embargo, en la nueva prueba de fuerza, los atacantes estaban mucho más seguros de sí mismos, eran más agresivos e insistentes que sus predecesores. Organizando la oposición a los veteranos, atacando sus prerrogativas, desconociendo el respeto a la autoridad, los críticos libraban una especie de guerra de guerrillas contra el grupo. Lo que claramente pretendían era reducir el poder de los veteranos, y quizá pensaran incluso en desplazarles por completo y hacerse ellos con la dirección del movimiento. El grupo hacía frente a una rebelión contra su autoridad de dimensiones y vigor sin precedentes.

Plejánov y Axelrod correspondían a la hostilidad de los jóvenes socialdemócratas. Seguros de que las acusaciones contra ellos no tenían ningún fundamento, atribuían las quejas de los jóvenes a la ignorancia, al *amour propre* herido, a la malevolencia; en resumen, a todo, excepto a auténticos defectos del grupo. El contacto más reciente de sus antagonistas con el movimiento en Rusia no era una demostración de su superior sabiduría; sin duda estaba más que contrapesado por su desdén ante la teoría, sin la que era imposible la interpretación y valoración correctas de la experiencia. Su preocupación por asuntos de práctica administrativa les caracterizaba como simples burócratas, hombres carentes de pasión revolucionaria, y con un espíritu demasiado estrecho para poder responder a las grandiosas perspectivas del movimiento. Gracias a sus relaciones cotidianas, los veteranos se habían convencido de la trivialidad e ineptitud de los jóvenes socialdemócratas. Estos violaban la disciplina organizativa, creando así condiciones de anarquía; no se podía confiar en ellos; las relaciones entre unos y otros adolecían con demasiada frecuencia de falta de dignidad y respeto mutuo; y entre quienes tenían pretensiones literarias había pocos con el talento necesario. La exigencia por los jóvenes socialdemócratas de mayor autoridad y poder, parecía a Plejánov y Axelrod una broma de mal gusto. No podían aceptar la transferencia de la dirección de un movimiento que habían creado con tanto trabajo, a una pandilla ignorante, incompetente, y poco animosa, que sólo podía deshacer lo que ellos habían construido.

Las imágenes que el grupo y la oposición tenían el uno del otro, aunque no del todo inexactas, estaban fuertemente coloreadas por la emoción. Como partes en un conflicto que inflamaba los sentimientos, ninguno de los dos campos tenía la posibilidad de entender su auténtica naturaleza. Bastante lógica-

mente, Vera Zasúlich, que estaba en Inglaterra alejada del calor del enfrentamiento, fue quien con más penetración describió lo que estaba ocurriendo. Urgiendo que se considerara a los jóvenes «históricamente», preguntaba a Plejánov: «¿No está claro que no podemos trabajar con este tipo de personas en la misma organización? ¡Y no porque sean malas! Se trata simplemente de una diferencia de edad, conocimientos y carácter».[4] Pocas semanas más tarde, volviendo al diagnóstico de la crisis, escribía:

> Sé que tengo una visión mucho más amplia de la realidad que tú... En ti se confunde (y, a veces, para mal) con la concepción de lo que debía ser, y no es, y no disponemos de los medios para que así sea. Tú te equivocas cuando piensas que sólo hay dos locos en contra de nosotros, con los que hay que acabar. En contra nuestra está prácticamente toda la juventud emigrada en unión de aquellos elementos estudiantiles que ya han actuado o están preparándose para actuar seriamente. Están llenos de energía, sienten que Rusia está detrás de ellos... Puede que podamos conseguir una victoria formal sobre nuestros antagonistas en la Unión, en una forma u otra, pero esa sería nuestra mayor derrota.
>
> Nosotros no podemos hacer frente a lo que se propone la Unión, crear una literatura obrera. Dices que no podemos abandonar la causa por la que trabajamos desde hace quince años. Sin embargo, durante los últimos tres años hemos estado entregados a un trabajo totalmente distinto del que hicimos en los anteriores doce años. Que podríamos continuar. Propongo que lo hagamos. Nosotros no podemos publicar una literatura para obreros que satisfaga las exigencias de los rusos. Y todo el mundo parece creer que estamos cerrando el paso a quienes podrían hacerlo. ...Tampoco ellos podrán alcanzar su ideal, pero ellos tienen ese ideal, y nosotros no. Están sedientos de actividad de ese tipo, pero no bajo nuestra dirección. ..
>
> Soy partidaria de la confesión por las claras de que nosotros mismos no hemos encontrado brillantes los resultados de nuestra edición de literatura obrera y de dar a nuestros críticos la oportunidad de intentarlo por su cuenta.[5]

De momento, su consejo cayó en el vacío. Pero cuando, en efecto, calificaba esta discusión como un problema entre padres e hijos, sin duda acertaba en uno de los motivos principales de las diferencias. La crisis de las relaciones entre el grupo y los jóvenes marxistas en la emigración era una primera manifestación del trauma que amenazaba el desarrollo del movimiento socialdemócrata ruso. Durante una década o más, el grupo

4 *Gruppa*, VI, pp. 204-205.
5 *Ibid.*, pp. 207-208.

Emancipación del Trabajo había constituido virtualmente el movimiento entero. Había recibido un sello muy definido, expresivo de las orientaciones y características de sus fundadores. Siendo así que se sentían inclinados, ya por inercia o por una elección deliberada, a conservar el molde que habían creado, las nuevas fuerzas que entraban a formar parte del movimiento veían la necesidad de ciertos ajustes que exigía el cambio de circunstancias. Sean cuales fueran sus limitaciones, los jóvenes indudablemente tenían razón en muchas de sus críticas. Aunque en 1896 ó 1897 el populismo no estuviera exactamente muerto, evidentemente los socialdemócratas obtendrían mejores dividendos apoyando el naciente movimiento obrero que polemizando con los *naródniks*. A nuevos tiempos, nuevas tareas. No obstante, como señalaba Zasúlich, aunque el grupo era incapaz de atender a estas nuevas tareas por sí mismo, tampoco permitía que otros lo intentaran. Formado en la lucha contra el populismo y el asentamiento de los cimientos teóricos del marxismo ruso, el grupo, en apariencia, no podía adaptarse fácilmente a las nuevas necesidades del movimiento.

Los veteranos habían admitido más de una vez los defectos de tipo práctico en la actividad del grupo, pero al mismo tiempo despreciaban bastante a quienes intentaban construir una organización más fuerte. La negligente organización interna del grupo, aun cuando hubiera sido muy adecuada cuando el marxismo era todavía un recién nacido, tenía que dejar paso a un orden y a un procedimiento administrativo bien definido cuando el movimiento creció en tamaño y complejidad. Pero los veteranos, fijados en sus esquemas, no aceptaban de buen grado las presiones para que se acomodasen a los nuevos moldes organizativos. La raíz de todas las dificultades estribaba en la insistencia del grupo en continuar disfrutando de la situación de centro exclusivo de dirección. Mientras mantuviera esta situación, podía efectivamente frustrar los esfuerzos de quienes sentían con agudeza la necesidad de cambios. Lo mismo que las cambiantes condiciones socio-económicas hacían la situación de la autocracia rusa cada vez más insegura, el carácter en evolución del movimiento socialdemócrata estaba haciendo insostenible la virtual autocracia del grupo Emancipación del Trabajo.

A fines de 1897, con las relaciones entre el grupo y la oposición de la Unión casi rotas, aparece el economicismo para complicar la situación. Esta nueva tendencia tuvo su primera expresión en el periódico clandestino *Rabóchaia misl* (El pensamiento obrero), que inició su aparición en San Petersburgo

en los últimos meses de 1897 (*). Inmediatamente después era difundido en la emigración por S. N. Prokopóvich y su mujer Kuskova, que acababan de llegar a Suiza. Al principio bastante próximos a Plejánov y Axelrod,[6] los Prokopóvich sometieron a examen crítico, a principios de 1898, cierto número de proposiciones fundamentales en la socialdemocracia rusa que nunca antes habían sido criticadas. Hasta entonces, las diferencias entre el grupo y la Unión hacía referencia a temas organizativos más que ideológicos. Ahora, algunos miembros de la Unión caían bajo la influencia de Prokopóvich y su mujer y por primera vez hacían frente a los fundadores de la socialdemocracia rusa con una oposición ideológica. Un intento más bien arbitrario de Plejánov de expulsar a la molesta pareja de la Unión no logró su propósito y, en lugar de ello, provocó un estrechamiento de filas contra los veteranos. Creyendo arrastrar el peso de la Liga de San Petersburgo a su platillo de la balanza, el grupo se quedó sorprendido al saber que *Rabóchaia misl* se había convertido en el órgano oficial de la Liga. Con la detención sucesiva de Lenin, Mártov y Potresov, la organización había pasado, de estar bajo el control de fieles partidarios del grupo, a una oposición economicista. Subrayando la seriedad de la división en la socialdemocracia rusa, la Liga y, poco más tarde, la Unión, se negaron a firmar el manifiesto del POSDR que designaba la conquista de libertades políticas como principal objetivo del movimiento obrero ruso.

Con dramática rapidez, el predominio del grupo y la situación que disfrutaba habían quedado drásticamente limitados. Precisamente cuando el movimiento estaba afirmándose sobre sus pies, parecía repudiar a los hombres que lo habían iniciado. Este giro inesperado fue inenarrablemente doloroso para Plejánov y Axelrod. Sólo podrá entenderse toda la magnitud del desastre si recordamos que todo ello ocurría en 1898, año en que la herejía de Bernstein se hacía sentir en el escenario socialista internacional. Con todo lo amargo que era el trago, los pioneros del marxismo se vieron obligados a pasarlo. Cuando en un congreso de la Unión celebrado en noviembre de 1898 se hizo evidente que estaban en minoría por una gran diferencia, no les quedó más alternativa que dimitir de las funciones editoriales que les había confiado la Unión. Se tomó la decisión de poner término a la publicación de *Rabótnik* y sacar en su lugar

* Se publicó en diferentes momentos en San Petersburgo, Berlín y Varsovia.

6 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, 174-175; Kuskova, pp. 136, 143.

un nuevo periódico, *Rabócheie dielo* (La causa obrera). Los editores de este nuevo órgano, B. N. Krichevski, V. P. Ivanshin y Teplova, le imprimieron una orientación moderadamente economicista (*). Quizá para evitar quedarse totalmente aislados, los miembros del grupo siguieron asociados a la Unión. Pero en el curso del año siguiente, poco más o menos, la situación empeoró en lugar de mejorar. Los miembros de la Unión tenían en sus manos todos los lazos de unión entre los emigrados y los grupos socialdemócratas en el interior de Rusia, y los utilizaron para dar a conocer a todos los vientos una versión de las diferencias con la emigración absolutamente desfavorable para sus antagonistas. Los antiguos pilotos del movimiento no sólo se habían visto forzados a abandonar el timón, sino además parecía que no se les concedía la menor oportunidad de recuperarlo.

Durante los meses siguientes al congreso de la Unión, no hubo tregua en las escaramuzas e intrigas. Ninguno de los dos lados perdía oportunidad de desacreditar al otro o aumentar su poder y número a costa del otro. En estas distintas maniobras, el grupo generalmente quedaba en segundo lugar. Esta situación descorazonadora provocó una crisis en las relaciones internas del grupo que amenazó con poner fin a sus días.[7] El muro de hostilidad que rodeaba a los iniciadores del marxismo ruso, y su incapacidad tanto para romperlo como para acumular contra él un número significativo de fuerzas opuestas, provocó una profunda grieta moral. Durante años, Axelrod había estado obsesionado por la necesidad de trabajar con personas que consideraba por debajo de él. Se sentía degradado por el tedio y la sordidez de todo ello, y una y otra vez en sus cartas hablaba de su profundo asco y cansancio. Era «mortal intelectualmente» para él; se sentía «con náuseas» al solo pensamiento de sus relaciones con la gente de la Unión; estaba dominado por un «estupor moral».[8] En mayo de 1898, cuando las convulsiones en el sur de Europa empezaron a reclamar atención, escribió colérico: «En Italia una situación revolucionaria, en España casi, en Rusia una crisis de hambre de dimensiones sin precedente, etcétera. ¿Y a qué se dedican los socialdemócratas rusos? ¡A

* Evidentemente los editores figuraban entre los que se habían negado a suscribir el manifiesto del POSDR. *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 86.

7 Un período similar de gran tensión interna se había presentado un año antes. *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 28-35; *Gruppa*, VI, páginas 207-212.

8 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, pp. 152-153, 200, y *pássim*.

tonterías! ¡Cretinos! Romper con ellos: no parece que exista otro camino».[9]

Axelrod había acariciado la idea de una ruptura ya en 1896, y más de una vez a partir de entonces. Durante la primavera de 1899 consideró el asunto con más insistencia que nunca. Zasúlich pensaba lo mismo. Con su mayor tolerancia frente a los jóvenes, podía imaginar muchos motivos para concederles la razón. Aunque no fuera por otro motivo, la experiencia que así adquirirían los insurgentes podía enseñarle que, después de todo, necesitaban la dirección de sus mayores, más curtidos. En cualquier caso, se negaba a representar el papel de «enemigo camuflado» dentro de la Unión. Mientras tanto, el grupo, después de haber renunciado a los deberes editoriales contraídos con la Unión, no tenía otros proyectos editoriales propios. En abril, Axelrod preguntaba si el grupo tenía alguna *raison d'être*. «Vera dice de sí misma: "Estoy enferma y en las presentes circunstancias no puedo tener una participación activa en ningún grupo". En cuanto a mí, soy demasiado poco productivo en el terreno literario. Y tú estás metido en otros asuntos».[10] De esta forma expresaba lacónicamente su insatisfacción con Plejánov por no haber dedicado tres o cuatro meses en 1898, como había sugerido Axelrod, a unas empresas literarias que habrían ayudado a restaurar el prestigio en decadencia del grupo. Ahora, si no era «resucitado» con un propósito que mereciera la pena, estaba preparado a aceptar su «liquidación» y ceder la dirección del movimiento a la Unión.

Plejánov respondió fríamente, en términos casi comerciales. Sobre el tema de la continuación de la asociación con la Unión, decía: «No voy a dejar la Unión hasta que me expulsen o hasta que *yo* haya expulsado a mis enemigos». En lugar de rendirse, proponía luchar para invertir el existente equilibrio de poder. Subrayaba su determinación con una cortante observación: «Si quieres participar en la presente lucha, estupendo. Si no, yo seguiré solo el camino por el que me llevan mis deberes de revolucionario».[11] El daño que le causó hizo que Axelrod alzara la voz contra su «actitud sorprendentemente incorregible hacia nuestro derecho y libertad a descubrir nuestros sentimientos»,[12] expresando así, además, su disgusto ante las sumarias intervenciones de Plejánov en las discusiones entre el grupo y la Unión,

9 *Ibíd.*, II, p. 25.
10 *Ibíd.*, pp. 78-79.
11 *Ibíd.*, pp. 80-81.
12 *Ibíd.*, p. 82.

en distintas ocasiones, sin consultar a sus camaradas. Aunque las relaciones personales se resintieron momentáneamente, las cuestiones que Axelrod había planteado demostraron ser más un estímulo para la resurrección del grupo que para su liquidación. Pues, en su respuesta, Plejánov ofrecía un plan de acción que convenció a Axelrod de que el grupo todavía tenía una importante función que cumplir. Un «imperativo categórico» le obligaba a luchar contra Bernstein y sus seguidores, quienes, como una hidra, habían hecho acto de presencia en muchos sectores del movimiento ruso.

Visto el compromiso de Plejánov con la pureza teórica, es sorprendente su tardanza en alzàrse en armas contra la oposición. Preocupado durante 1898 por la campaña contra Bernstein en el movimiento alemán, en cierta medida se había alejado de las vicisitudes que atravesaba la socialdemocracia rusa. Al menos, parece haber infravalorado la seriedad de la oposición que se estaba desarrollando, y haber considerado la interminable serie de discusiones dentro de la Unión como una explosión sin importancia alguna. En aquellos casos en que reconocía un verdadero desafío ideológico, como en el de Prokopóvich, su acción no se hizo esperar, y así propuso lanzar a Axelrod contra el «arribista».[13] Pero Prokopóvich no publicó su artículo manuscrito en que atacaba al grupo, y que había circulado entre los exiliados, con lo que Axelrod se vio privado de su víctima. En cuanto a *Rabóchaia misl* y la Liga de San Petersburgo, puede que Plejánov considerase su desviación como una fase pasajera de no demasiada trascendencia. O quizá considerase inoportuna su intervención, temiendo que pudiera calificarse de impertinente y dictatorial el que llamara al orden a quienes estaban en la vanguardia de las fuerzas en lucha.

No obstante, el resultado del congreso y los posteriores acontecimientos hacían evidente que la situación era seria. La oposición dentro de la Unión había superado al grupo. En su exposición completa del problema del revisionismo, a principios de 1899, el propio Bernstein había echado en cara a Plejánov que la mayoría de los socialdemócratas rusos estaban más cerca de él que de su contrincante. Struve, Bulgákov y Berdiáev, prominentes marxistas legales, y el periódico *Nachalo*, también marxista legal, se habían alineado abiertamente en favor del revisionismo. Potresov (en el exilio) llamó la atención sobre la alarmante situación existente en la organización de San Petersburgo, cuyas fuerzas dominantes defendían la «utopía» de

13 *Ibíd.*, p. 39

un «sindicalismo» funcionando «bajo el absolutismo». A modo de acción correctiva, apelaba al grupo para que limpiase «los establos de Augías de la socialdemocracia rusa».[14] El estallido de Axelrod borró los últimos vestigios de duda y cristalizó la decisión de Plejánov de lanzarse al ataque.

Por lo que respecta al terreno que eligió para la lucha, se ha afirmado que, por razones tácticas, pretendió tildar de revisionista una oposición que de hecho estaba compuesta por elementos de muy distinto género. Esta acusación tiene menos contenido del que parecería a primera vista. Sin duda, era evidente la penetración de la influencia de Bernstein en el movimiento ruso. Y tampoco se limitaba a los marxistas legales que se habían convertido en portavoces del revisionismo en Rusia. No sólo Prokopóvich, sino también Ivanshin, entonces uno de los redactores de *Rabócheie dielo*, habían declarado a Zasúlich su solidaridad con Bernstein.[15] La oposición incluía también a los economicistas de un matiz u otro. Durante un cierto tiempo, Plejánov no vió relación inmediata entre la polémica con el revisionismo y el conflicto latente en las filas de la socialdemocracia rusa. Eso fue lo que dijo al intentar refutar el ataque que le había dirigido Bernstein.[16] No obstante, poco después cambiaba de opinión y elegía tratar al economicismo como una variedad de revisionismo. Sin embargo, ello no quiere decir que este cambio de actitud estuviera motivado exclusivamente por razones tácticas. Al contrario, Plejánov establecería una convincente relación de parentesco entre el economicismo y el revisionismo.

Una vez decidido el contraataque, el grupo inició la movilización. Los editores de *Rabócheie dielo* ofrecieron el primer blanco al publicar en la primavera de 1899 un artículo que criticaba las observaciones hechas por Axelrod en el prólogo a un panfleto escrito por Lenin, que acababa de publicar el grupo. Negaban la afirmación de Axelrod de que algunos de los camaradas más jóvenes, desafortunadamente, no compartían los puntos de vista ortodoxos de Lenin respecto a las tareas de la socialdemocracia rusa. Exclamando «esta afrenta merece castigo», Plejánov propuso en mayo que Axelrod escribiese al periódico una carta abierta en que pusiera los puntos sobre las íes a la oposición a la ortodoxia ideológica.[17] (El plan que entonces preparó anunciaba su propio *Vademecum*, publicado en la primavera de 1900, y con el que pretendía demoler la oposición.) Al aumentar su espíritu de lucha, estaba dispuesto a descargar su rabia aunque ello condujera a una escisión. Durante los meses siguientes, su belicosidad se mantuvo a pleno rendimiento gracias, por un lado, al «imperdonable» comportamiento de los editores de *Rabócheie dielo*, y por otro, a la inesperada respuesta que encontró el grupo en Rusia.

14 *Gruppa*, V, pp. 149-151.
15 *Ibíd.*, VI, p. 226.
16 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 72.
17 *Ibíd.*, p. 86.

Esta última vino en forma de una «Protesta» de diecisiete socialdemócratas exiliados en Siberia contra el llamado «Credo». Preparado por Kuskova, la mujer de Prokopóvich, sin pensar en su publicación, el «Credo» fue tomado por el autor de la «Protesta» como excusa para atacar las desviaciones de la ortodoxia en general. El autor era Lenin, que todavía estaba exiliado en Siberia. Al tiempo que trabajaba en su gran volumen, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, se las arreglaba para mantenerse informado de la suerte del movimiento, siguiendo con atención especial las actividades de Plejánov, que para él era la estrella polar de la socialdemocracia rusa. Había recibido y «leído y releído con verdadero placer» el *Beiträge zur Geschichte des Materialismus*, de Plejánov. Estaba ávidamente interesado por la campaña de Plejánov contra el revisionismo, declarando estar «del mismo lado que el monista», que tenía «toda la razón al declarar que el neokantismo es una teoría reaccionaria de la burguesía reaccionaria y al declarar la batalla a Bernstein». No es de sorprender que Lenin se sintiese «fuertemente acongojado» al tener noticia de la lucha en el seno de la USDR y la «salida» de Plejánov y sus amigos de la misma.[18] Ya antes de haber sido enviado a Siberia había podido asistir a los comienzos del economicismo y ahora se sentía consternado al encontrar que, en apariencia, había triunfado sobre el grupo.

La única crítica de Lenin a su mentor se refería al hecho de que Plejánov no se hubiera lanzado al ataque. Suspiraba por cargar su peso en la balanza del lado de los veteranos marxistas y de la ortodoxia, y por lanzarles al contraataque. El artículo que había hecho llegar al grupo sobre «Las tareas de la socialdemocracia rusa» constituía un soporte para los ortodoxos sitiados. Y la petición de Potresov al grupo para que alzara la voz puede que fuera inspirada por Lenin. La oportunidad para un movimiento dramático se presentó cuando cayó en manos de Lenin una copia del «Credo». Escribió una aplas-

18 *Léninski sbórnik* (Recopilación leninista), IV, pp. 8-9, 22, 23; *Letters of Lenin* (Correspondencia de Lenin), pp. 86-87.

tante crítica a su amalgama de doctrinas revisionistas y economicistas, consiguió las firmas de aprobación de otros dieciséis exiliados socialdemócratas, y envió todo ello para su publicación en Suiza. Así, desde la lejana Siberia, el dinámico revolucionario lanzaba el primer ataque directo contra el economicismo, empujando a Plejánov y Axelrod a continuar con sus planes.

Los pioneros del marxismo, profundamente recelosos de dos de los tres editores de *Rabócheie dielo*, estaban preparados a denunciar la menor insinuación de doblez. Después de todo, ¿no había hablado Ivanshin favorablemente de Bernstein? ¿No se había negado a suscribir el manifiesto del primer congreso del partido? En cuanto a Krichevski, había estado asociado íntimamente con Ioguiches en una de las primeras discusiones con el grupo. Plejánov había transmitido a Engels la poco lisonjera opinión de que Krichevski era «uno de esos talmudistas del nuevo socialismo que logran entender su *letra* pero nunca su *espíritu*. Es de ese tipo de socialistas "de verdad" que se ponen nerviosos ante cualquier cosa que contradiga en lo más mínimo las fórmulas grabadas en su memoria».[19] Los actos de los dos redactores confirmaron las sospechas que el grupo tenía sobre ellos. Después de prometer publicar la carta abierta de Axelrod, los redactores empezaron a diferir interminablemente la publicación, confirmando la opinión de Plejánov de que les estaban tomando el pelo (*). Lenin había enviado a los editores de *Rabócheie dielo* una copia de la «Protesta», y otra al grupo. No sólo se adelantaron los editores al publicar primero la carta; además le añadieron un comentario editorial despreciativo que de nuevo enfureció a Plejánov y Axelrod.[20]

Estando bajo control del enemigo el acceso al público, Plejánov se vio obligado, más que nunca, a elegir entre conquistar el control para el grupo o romper con la Unión para tener libertad para un ataque en toda regla. Dadas las pocas esperanzas que tenía de conquistar el primero, preparó sigilosamente un bombazo para sus enemigos. Pidió también a Axelrod que redactase un aviso de la próxima reanudación de las actividades editoriales del grupo Emancipación del Trabajo. La organización pionera del marxismo, exclamó Plejánov, «debe

19 *Gruppa*, II, p. 318.
* *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 110. Los redactores alegarían más tarde que la carta de Axelrod no había llegado a sus manos. *Otvet redaktsi «Rabóchego diela» na «Pismó» P. Akselroda i «Vademecum» J. Plejánova*, p. 1.
20 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 99.

renacer más militante, más brillante que nunca».[21] Exponiéndose a la acusación de maquiavelismo, ocultaron sus intenciones, intentando mientras obtener todas las ventajas posibles de su ininterrumpida asociación con la Unión. La bomba, el *Vademecum* de Plejánov, estalló en el desprevenido campo enemigo en marzo de 1900. Al mes siguiente, en el curso del tormentoso segundo congreso, el grupo cortó los últimos lazos restantes con la Unión. Lo mismo que, diecisiete años antes, Plejánov, Axelrod y Zasúlich habían roto violentamente con Naródnaia Volia para propagar un nuevo horizonte revolucionario, rompían ahora con lo que ostensiblemente era la mayoría de su propio movimiento socialdemócrata con objeto de defender las líneas fundamentales establecidas previamente. Cualquier duda que Plejánov y Axelrod hubieran podido tener sobre el cisma quedaba barrida por el gusto con que volvían a la lucha ideológica, la labor que más querían. Sin duda, también anticipaban con placer poder machacar a los «queridos camaradas» que, en su opinión, en incontables ocasiones les habían degradado y hostigado.

La aparición del economicismo fue una consecuencia casi inevitable del cambiante carácter y composición de la socialdemocracia rusa. En el curso de pocos años, una secta insignificante, una simple camarilla de intelectuales se había convertido en un dinámico movimiento que abarcaba a un sector importante de la *intelligentsia* y mantenía amplios y firmes contactos con los obreros. Este último factor era crucial. Mientras la *intelligentsia* se limitó al trabajo de círculo, nadie podía discutir sus ideas respecto a las necesidades del movimiento y la dirección correcta a seguir. Una vez entregados a una actividad de agitación, descubrieron toda una nueva dimensión del pensamiento y las aspiraciones sociales. Habiendo dado por supuesto que los obreros aceptarían inmediatamente sus esquemas para la liberación de los trabajadores, los socialdemócratas se encontraron con que los proletarios tenían predilecciones propias. Se resistían a dejarse encabezar por los intelectuales, y querían hacerlo ellos mismos, con objeto de gobernar el movimiento en una dirección más acorde con su propio sentido de las necesidades. De tal forma, la actividad de agitación, al tiempo que hacía crecer enormemente las filas de la socialdemocracia, alteraba además su composición y engendraba una cierta tensión entre la *intelligentsia* y los componentes obreros.

21 *Ibid.*, p. 98.

En *Sobre la agitación* se urgía a los agitadores a que basaran sus peticiones en las necesidades sentidas más inmediatamente por los trabajadores. En concreto, se citaban las reivindicaciones económicas como aquellos problemas ante los que responderían con más facilidad los obreros. En la práctica, dicho método resultó sorprendentemente eficaz. El éxito, sin embargo, trajo consigo nuevas dificultades motivadas por el conflicto entre los distintos puntos de vista respecto al significado e importancia de la lucha económica. Para los obreros, la lucha económica, dado que prometía mejorar los sueldos, acortar las horas de trabajo y otros beneficios materiales, tenía un gran valor en y por sí misma. Una victoria como la conseguida con la gran huelga de 1896 en San Petersburgo les persuadía de que habían encontrado un medio efectivo con que mejorar sus condiciones. En resumen, querían trabajar para mejorar, y, con tal fin, eran partidarios de una especie de sindicalismo. Esta preocupación se sumaba a su indiferencia ante la lucha política. La mayoría de los obreros no veían relación alguna entre la lucha por el bienestar material y una guerra contra el gobierno, que implicaría correr graves riesgos y no parecía ofrecer ninguna, o pocas, recompensas tangibles. No podían entender cómo el desplazamiento del Zar por un gobierno encabezado por los «patronos» que les explotaban podía mejorar su situación. Característicamente, según un informe, un número de *Rabóchaia misl* lleno de noticias de la lucha laboral era recibido con entusiasmo, mientras que las copias del manifiesto del congreso del *POSDR* eran arrojadas en algunos casos indignamente por las ventanas de las fábricas.[22] Los obreros evitaban ser dirigidos por miembros de la *intelligentsia* que valoraban la lucha económica menos por sí misma que como palanca para una revolución política.

Enfrentada a una psicología obrera de tal género, una mayoría de la *intelligentsia* socialdemócrata capituló. Tomando el existente nivel de conciencia de los obreros como piedra de toque, mostró su voluntad de entregar a los propios trabajadores la determinación última del sentido del movimiento. La relación resultante era reflejo de la alteración en la composición de la socialdemocracia rusa, con la clase obrera cada vez con más fuerza y la *intelligentsia* con un control cada vez menor. Esta última, en lugar de intentar encauzar el movimiento por canales elegidos en base a la teoría marxista, se dejaba guiar por las exigencias que se despertaban espontáneamente en la conciencia

22 *Gruppa*, VI, pp. 140-141. Esta interesante carta ofrece buena prueba de la fuerza del economicismo dentro del movimiento obrero.

proletaria. En lugar de servir como Estado Mayor de un ejército revolucionario cuyos soldados proporcionaría el movimiento obrero, la *intelligentsia* actuaría como ayudante o auxiliar administrativo del movimiento obrero.

El consentimiento de la *intelligentsia* a limitar su influencia dentro del movimiento fue resultado de varias circunstancias. La detención de Lenin, Mártov y Potresov significaba la pérdida de un grupo de revolucionarios de gran autoridad y abiertamente comprometidos con la orientación política. Con su desaparición, personas más jóvenes y con menor experiencia, cuyo aprendizaje revolucionario les predisponía en favor de corrientes tales como el economicismo, avanzaron hasta ocupar puestos de dirección. Habían tenido su bautismo de fuego en la agitación entre los obreros fabriles con la que habían conseguido no sólo ganancias materiales para los obreros, sino además extender la influencia del movimiento. La experiencia viva con la clase obrera había causado un mayor impacto en su forma de pensar que la teoría abstracta. Estaban contentos de «aprender de la vida», de tomar como modelo a los obreros, quienes, después de todo, estaban totalmente inmersos en las relaciones peculiares al capitalismo. ¿Qué cosa más razonable podía haber, pensaban, que entregar el control del movimiento obrero a los propios trabajadores? Relativamente inocentes en el terreno de la teoría, no consideraban que su conducta fuera una seria desviación de la ortodoxia socialdemócrata. Al contrario, ¿cómo podía ser equivocada una táctica cuando estaba de acuerdo con las aspiraciones de los obreros y al mismo tiempo extendía enormemente el alcance del movimiento? Sin duda, estas personas no se daban cuenta de las implicaciones de su línea táctica. Un tercer tipo de personas —por encima y más allá de los obreros y los agitadores procedentes de la *intelligentsia*— se encargaría de poner los puntos sobre las íes, y generalizar las tácticas economicistas en teorías más o menos directamente en contradicción con el marxismo ortodoxo.

La forma extrema de economicismo, expresada diversamente por Prokopóvich, Kuskova y *Rabóchaia misl*, consideraba la lucha política como un esquema acariciado por la *intelligentsia* socialista que debía ser combatido. Según creían, no correspondía ni a los deseos sentidos efectivamente por los trabajadores, ni a sus verdaderas necesidades, pues el derrocamiento del absolutismo dejaría intacta básicamente su situación. Si así lo quería, la *intelligentsia* socialista podía apoyar la oposición liberal al gobierno, pero calificar la lucha por las libertades políticas como principal objetivo del movimiento obrero representaba nada más

y nada menos que una importación «arbitraria» del extranjero. En lugar de dejarse desviar por la *intelligentsia* de la lucha económica que efectivamente se ajustaba a sus intereses, el proletariado haría mucho mejor si se guiaba por el lema «los obreros para los obreros». Una variedad más moderada de economicismo fue la elaborada en los artículos de *Rabócheie dielo*, que no negaban el valor de la libertad política para los obreros. De acuerdo con tal punto de vista, el planteamiento de reivindicaciones políticas no tenía sentido hasta no haber llegado el momento en que los obreros, por medio de su experiencia propia, hubieran adquirido conciencia política. Mientras el proletariado no sintiera por sí mismo la necesidad de libertades políticas, los socialdemócratas debían dedicarse ante todo a concentrar a los obreros en poderosas organizaciones laborales que lucharían por la mejora de sus condiciones materiales (*).

* En *The Communist Party of the Soviet Union*, capítulo I, Leonard Schapiro parece afirmar que la USDR prestó sólo una atención mínima o nula al revisionismo y al economicismo y, en general, reduce su significado dentro del movimiento ruso. Habla del «Credo» de Kuskova como «la primera, si no única, prueba documental de la existencia del 'economicismo' como doctrina». El economicismo, continúa, «fue en gran medida una invención, por lo menos en lo que respecta a *Rabócheie dielo*», y Plejánov atribuyó injustamente a dicha publicación las ideas de Prokopóvich y Kuskova. Es difícil entender cómo pueden cuadrar estas afirmaciones con las pruebas de las simpatías de que gozaba Prokopóvich dentro de la Unión y la negativa de la USDR a suscribir el manifiesto del POSDR. Además, en sus cartas privadas, donde no tenían motivo alguno para disimular, no sólo Plejánov y Axelrod, sino también Zasúlich, aluden repetidamente a nuevas revelaciones relativas a las desviaciones de los «camaradas jóvenes» *(Gruppa*, VI, pp. 194, 213, 226; *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 204, y II, p. 86). Por otro lado, el programa de *Rabócheie dielo*, así como su solidaridad con la «Protesta» de los diecisiete socialdemócratas exiliados en su condena del «Credo», parecen corroborar la postura de Schapiro. La aparente contradicción puede resolverse si se comparan los datos en una dimensión temporal. El año 1898 probablemente fue el año en que la influencia revisionista-economicista sobre la Unión alcanzó su cota más elevada. En el curso del año o dos años siguientes fue disminuyendo gradualmente, como se deduce claramente de la línea de *Rabócheie dielo* así como de la ruptura de relaciones entre Prokopóvich y la Unión. Las diferencias entre el grupo y la Unión no eran, como insistieron los portavoces de la última en su respuesta al *Vademecum* de Plejánov, exclusivamente organizativas y prácticas. Pero aquella respuesta tenía razón, en cierto sentido, cuando acusaba a Plejánov de haber expuesto públicamente el problema ideológico con dos años de atraso. (Ver *Otvet redaktsi «Rabóchego diela» na «Pismó» P. Akselroda i «Vademecum» J. Plejánova*, pp. 49-50, 68). Una diferencia residual de no poca trascendencia para el grupo fue la negativa de *Rabócheie dielo* a considerar las desviaciones ideológicas de *Rabóchaia misl* y el «Credo» como la seria amenaza contra el movimiento que eran, en opinión de los veteranos revolucionarios. *(Otvet*, pp. 47-48.) Para Plejánov, no hay duda

La ofensiva de Plejánov contra el economicismo rebosaba de rencor expresivo del disgusto y frustración que sentía ante las derrotas infligidas al grupo por personas que despreciaba. Se lamentaba en la introducción al *Vademecum*, «¡Jamás imaginé que estaba destinado a tener que soportar tal vergüenza!».[23] Le molestaba enormemente la división del movimiento que él había fundado en facciones que disipaban sus energías en luchas intestinas. Fue entonces cuando comentó amargamente que no había más que conocer a dos socialdemócratas para encontrarse con tres partidos.[24] El juego del ratón y el gato que él creía jugaban sus antagonistas dentro de la USDR era otro motivo de enfado. A pesar de todas las pruebas en contra, incluida su propia complicidad, aquéllos negaban la existencia de una tendencia economicista dentro de la socialdemocracia rusa. Sea cual fuere la provocación, real o ficticia, Plejánov llegó a extremos chocantes contra sus antagonistas, tanto que muchos de los que coincidían con sus puntos de vista manifestaron graves dudas sobre lo adecuado de su ataque. Con gusto muy discutible, publicó en el *Vademecum* cartas privadas no dirigidas a él que pensaba podrían servir a sus propósitos. A algunos de sus adversarios los calificaba de «castrados políticos»; a otros los despreciaba como personas que todavía no habían salido de los pañales cuando él ya era un revolucionario reconocido.[25] Su postura perdió también parte de su fuerza gracias al hecho de que Prokopóvich y Kuskova, contra los que se dirigía gran parte de sus ataques, se separaron entonces de la USDR.

Como puede deducirse de los argumentos de principios esgrimidos en contra de sus antagonistas, la indignación de Plejánov estaba motivada sobre todo por el miedo a que el economicismo anulara todo aquello por lo que él había luchado desde que había abrazado el marxismo. En un artículo titulado «El socialismo y la lucha política una vez más»,[26] reconocía que la controversia en marcha era paralela a otra anterior. Los *naródniks* —y Plejánov mientras fue uno de ellos— consideraban la agitación económica como único medio para luchar por el socialismo, y la política como una actividad irrelevante para dicho fin. Esta

de que dicha negativa le debió parecer prueba evidente de la poca importancia que se concedía a la teoría. Tampoco estaba de acuerdo con las ganancias que el economicismo había hecho dentro del movimiento obrero ruso.

23 *Sochinéniia*, XII, p. 42.
24 *Ibid.*, pp. 41-42.
25 *Ibid.*, pp. 33, 29.
26 Reproducido en *Sochinéniia*, vol. XII

unilateralidad, así como el error opuesto cometido por los *narodovoltsi*, la había «corregido» Plejánov mostrando la inseparabilidad del socialismo y la lucha política. Los economicistas se vanagloriaban de ser los más genuinos portavoces de los intereses de la clase obrera, pero no se daban cuenta de la verdad fundamental de que «toda lucha de clases es una lucha política». Bastante irónicamente, bajo la apariencia de «perfeccionar» y «avanzar» la estrategia del movimiento obrero, volvían a incurrir en el mismo error de los *naródniks* cuya corrección constituía uno de los mayores servicios del marxismo ruso al movimiento revolucionario. ¡Y, sin embargo, se atrevían a llamarse socialdemócratas!

Plejánov confesaba creer que, a pesar de los economicistas, pronto o tarde, los obreros se verían arrastrados a la lucha política; no obstante, en la medida que las ideas economicistas infectaban los medios proletarios, esa actividad política estaría imposibilitada para alcanzar los fines justos. En juego también estaba otra cuestión de importancia capital para Plejánov a partir del momento de su conversión al marxismo: la cuestión de la dirección ideológica del proletariado. Dicho en otros términos, se trataba de la cuestión de si el movimiento obrero debería seguir al detalle el ejemplo de sus homólogos occidentales, o aprovechar su propia experiencia. Años antes ya había planteado la alternativa con gran claridad: «¿Deberían luchar los obreros contra el absolutismo como instrumento ciego de los liberales, o está su lucha destinada a constituir el primer paso político de un partido obrero independiente?». Plejánov opinaba que era misión de la socialdemocracia rusa lograr que los obreros lucharan por las libertades políticas como fuerza con conciencia e intereses propios, a diferencia de sus hermanos occidentales. Pero si prevalecía la tendencia economicista, entonces la cuestión quedaría resuelta en sentido opuesto: a falta de la dirección política socialdemócrata los obreros lucharían como un «instrumento ciego de los liberales», y se verían privados de la justa recompensa. Es más, bajo el nuevo régimen burgués-constitucional estarían poco protegidos para la defensa de sus intereses. Quienes no fueran capaces de aprender las lecciones implícitas en la historia de los movimientos obreros europeos estaban condenados a cometer sus mismas equivocaciones.

Subrayando estos razonamientos ya familiares había otro que constituía el arma principal del ataque de Plejánov contra el economicismo. Se olvidaban de la más importante responsabilidad de los socialdemócratas: la promoción de la conciencia de clase del proletariado. No sólo era indispensable un elevado

grado de conciencia de clase para la construcción del socialismo, sino que, además, su nivel en un momento dado determinaba en gran medida que los obreros pudieran o no alcanzar los objetivos propuestos. El obrero con conciencia de clase entendía cuáles eran las implicaciones de su lucha contra el empresario, sabía que eran parte de una guerra general contra el capitalismo que él y sus compañeros obreros estaban destinados a desencadenar. No se hacía ilusiones acerca de la posibilidad de conseguir un *status* y un nivel de vida aceptables dentro de los esquemas de una sociedad burguesa, y por consiguiente estaba profundamente interesado en una futura revolución socialista. Había aprendido que el sistema político apoya y sostiene en innumerables formas el orden social existente; que su emancipación no es posible sin la conquista de libertades políticas; y que el derrocamiento del absolutismo y la conquista de libertades políticas facilitaría enormemente tanto la defensa de sus intereses inmediatos como su liberación final. En resumen, el obrero que hubiera alcanzado un nivel elevado de conciencia de clase era un socialdemócrata.

Apenas iniciada su carrera como marxista, Plejánov ya vio como mayor enemigo potencial del oportuno crecimiento de la conciencia de clase del proletariado «la reacción política de un socialismo de Estado» y el «charlatanismo económico de la burguesía». El primero representaría una política de Estado paternalista que ofrecería a los trabajadores un trozo de pan a cambio de su renuncia a tener aspiraciones políticas; el segundo, las tácticas engañosas de la burguesía, que pretendería utilizar a los obreros como peones en la lucha por las libertades políticas ocultando al tiempo la existencia de unos intereses de clase (económicos) en conflicto. Pero ahora, para consternación de Plejánov, el peligro parecía amenazar desde un ángulo totalmente inesperado. Una facción, dentro del propio movimiento socialista, estaba luchando por imprimir al movimiento una dirección que en todos los sentidos, menos uno, tendía a ahogar más que a promover la conciencia de clase del proletariado. Desde el momento que los economicistas colaboraban en despertar en los obreros más atrasados de una fábrica dada un resentimiento activo contra su explotación y hacían que se unieran en medidas organizadas de defensa, hacían una contribución positiva. Sin embargo, aparte de esto, la línea economicista tenía como efecto la paralización del desarrollo de la conciencia de clase del proletariado.

Típicamente, las organizaciones dominadas por el economicismo tenían un carácter local, preocupadas por los problemas

de los obreros de una sola fábrica o, cuando más, de las fábricas de una sola ciudad. Los economicistas, con sus energías centradas en la lucha cotidiana por la mejora de las condiciones de los obreros, ignoraban las oportunidades de transmitir a los obreros la conciencia de los objetivos más amplios del movimiento. Ya en el verano de 1891 identificaba Plejánov «el predominio de un espíritu estrecho de grupo», en detrimento del punto de vista general, de clase, como «uno de los mayores defectos de nuestro movimiento socialdemócrata contemporáneo».[27] No sólo la «estrechez», sino también la «unilateralidad» de los economicistas impedía el desarrollo de la conciencia de clase y la racionalidad entre los trabajadores. «Nos rebelamos», escribía Plejánov, «no contra la *agitación* sobre bases económicas, sino contra aquellos agitadores que no saben cómo sacar ventaja de los enfrentamientos económicos de los obreros con los empresarios para el desarrollo de la conciencia política de los obreros».[28] Un proletariado desconocedor del poder de los instrumentos políticos se encontraría todavía en un nivel primitivo, y tendría que pagar cara su incapacidad para defender sus intereses propios. No es preciso decir que Plejánov también acusaba a los economicistas de «miopía» por olvidar los fines últimos en su preocupación por las tareas inmediatas.

Nunca se podrá subrayar bastante que Plejánov invariablemente juzgaba lo apropiado de las tácticas de la socialdemocracia por el grado de conciencia de clase que despertaban en el proletariado. En su opinión, los economicistas no sólo descuidaban esta obligación: ni tan siquiera la reconocían como tal. En lugar de ello, trataban de precisar cuáles eran las aspiraciones inmediatas de los obreros y luchar por su realización. Se contentaban con tomar al trabajador tal y como era, operar en términos de su propia definición de intereses, sin importar lo elemental que pudiera ser, en lugar de intentar enseñarle cuáles eran sus «auténticos» intereses, de los que todavía no era consciente. Precisamente era responsabilidad de los socialdemócratas despertar en el obrero la conciencia de sus intereses «auténticos». Pero los economicistas, en lugar de actuar como profesores y guías, elegían contemplar arrobados el trasero del proletariado. Por lo que a Plejánov respecta, al no explotar al pleno las oportunidades de extender el horizonte de los obreros, los economicistas abdicaban de su responsabilidad como socialdemócratas.

27 *Ibid.*, p. 473.
28 *Ibid.*, p. 33.

De hecho, Plejánov denunciaba en conjunto la tendencia economicista como equivalente al abandono de la socialdemocracia y el «socialismo científico» en que estaba basada. Después de todo, ¿en qué consistía la «ciencia» del socialismo marxista? Plejánov hubiera respondido sin dudarlo: «En las leyes generales del desarrollo social deducidas del estudio de la historia de la sociedad, cuya proyección demuestra la inevitabilidad del socialismo». El conocimiento de estas leyes y, con ello, el poder entender verdaderamente los fenómenos de la sociedad contemporánea y la dirección de su desarrollo se obtenía gracias al dominio de la teoría. Y la *intelligentsia* era el canal de la teoría hacia el movimiento de la clase obrera. Pero los economicistas insistían en que la *intelligentsia* renunciase al papel de profesor y guía para convertirse en un mero auxiliar del movimiento obrero. Si la *intelligentsia* socialista prestaba atención a esta tendencia, ello significaría el fin de la socialdemocracia. La teoría, derivada de la experiencia histórica, señalaba la dirección que debía seguir el movimiento obrero. La teoría indicaba que el movimiento histórico apuntaba al socialismo; y ciertas consideraciones teóricas compelían a los socialdemócratas a promover en todo tiempo y lugar la conciencia del proletariado, sin la que no se podría construir el socialismo. No era una simple coincidencia que quienes ignoraban y denigraban a la teoría cometieran tan enormes errores.

Al tiempo que aceptaba la distinción entre un economicismo extremo y otro moderado, Plejánov no veía gran diferencia entre sus efectos prácticos. El primero, al prescindir por las claras de la lucha política y negarse a interesarse por los fines últimos del movimiento, no podía pasar del sindicalismo. El segundo contaba con el desarrollo gradual y orgánico de la conciencia política y socialista entre los obreros, al madurar y acumular una mayor experiencia. Pero auque no subrayase el punto con tanta fuerza como lo haría Lenin algo más tarde, Plejánov, al menos, abrigaba ciertas reservas latentes sobre la probabilidad de que el proletariado fuera capaz de alcanzar una conciencia socialista sin ayuda de la *intelligentsia* socialista. Desde el comienzo de su carrera marxista, había visto a la *intelligentsia* como un eslabón indispensable en la cadena de condiciones esenciales para llegar al socialismo. Y su papel tampoco podía limitarse a instigar a los obreros a plantear luchas de carácter local, derivándose lo demás «naturalmente». Como resultado de su lucha contra el revisionismo, el papel de la *intelligentsia* dentro del movimiento socialista se había agrandado a sus ojos. Plejánov era inflexible en su postura frente a los economicistas porque precisamente

cuando, más que nunca, veía la necesidad de que una vigilante dirección socialdemócrata evitara la extensión del oportunismo en el movimiento obrero, parecían querer prescindir de ella.

¿No demostraba el caso inglés que en ausencia de dirección socialista el proletariado no pasaría del oportunismo sindicalista? ¿Qué motivos había para creer que los obreros rusos no harían lo mismo? Por supuesto, también tenía presente la situación en Alemania. Aun concediendo que el economicismo pudiera perdonarse como fase infantil del movimiento, que pronto superaría, indicaba que no debía mostrarse más paciencia una vez los economicistas habían cimentando su orientación con conceptos teóricos procedentes del revisionismo.[29] Al decir esto pensaba en la simpatía que Prokopóvich, Ivanshin y otros habían expresado por los puntos de vista de Bernstein. Pero seguro que le impresionaba todavía más el aparente paralelismo en los puntos de vista de las dos «herejías», tanto que no se podía demostrar una directa influencia de la una sobre la otra. ¿No criticaban o se apartaban, ambas, en distintas formas, de las teorías de Marx? ¿No habían olvidado, en efecto, el fin último del movimiento en aras a la dedicación a las «tareas inmediatas»? ¿No se inclinaban, ambos, ante los instintos oportunistas de los proletarios en lugar de luchar por contrarrestarlos con todo el poder del liderato socialdemócrata orientado por la teoría? Se volviera a donde se volviese, Plejánov no veía más que una parálisis galopante que afectaba a los movimientos obreros europeos. Se encaraba con lo que parecía ser una acción concertada para robar a la socialdemocracia toda su fuerza vital. Pensando en el pasado, incluso las pobres relaciones entre el grupo y la Unión adquirían nuevos significados. ¿No enmascaraban lo que durante mucho tiempo parecieron diferencias triviales serias divergencias ideológicas que sólo saldrían al descubierto después? La indiferencia de los elementos más jóvenes ante la teoría; su parcialidad por la actividad práctica de organización; su machacona insistencia en una literatura de agitación para obreros, como si en eso consistiera la suma y sustancia del movimiento; y su hostilidad frente a la ortodoxia rigurosa de los fundadores del marxismo ruso: ¿no tenía todo eso el sello del economicismo, de un sindicalismo burocrático, de oposición a la genuina socialdemocracia?

Finalmente, Plejánov temía que los resultados prácticos de una victoria del economicismo serían de tipo similar y tan deplorables como los del posible triunfo del revisionismo. La lógica de

29 *Ibid.*, p. 519.

la postura de Bernstein le llevaba a defender el compromiso del partido con el gradualismo y la reforma; y caso de que el economicismo se impusiera dentro del movimiento obrero ruso, ello significaría el abandono de la revolución. Desde este mismo punto de vista, significaría también el abandono de la socialdemocracia, pues, como decía Plejánov, «Una socialdemocracia antirrevolucionaria es tan inimaginable como una llama mojada o agua seca».[30] Se debía luchar sin descanso contra el economicismo porque era, *de facto*, un enemigo tanto de los auténticos intereses de la clase obrera como del progreso de Rusia en general, que dependía del derrocamiento revolucionario del zarismo.

Los personajes envueltos en la controversia en torno al economicismo no eran totalmente conscientes de su significado e implicaciones. Como en sus relaciones con el revisionismo, Plejánov no concedió el debido respeto a las circunstancias sociales que explicaban el surgimiento del economicismo. Tendía a cargar la culpa principalmente sobre la perversidad de la *intelligentsia* dejando a un lado al proletariado, una forma de ver las cosas que olvidaba tener en cuenta el impacto de las presiones del proletariado sobre la *intelligentsia* socialista en el escenario de los acontecimientos. Tanto en un caso como en el otro, era más fácil para él exigir que todo el mundo se atuviera rigurosamente a la doctrina, que para aquellos a los que criticaba acomodarse a sus deseos. Viviendo en el exilio, sin un contacto directo con el movimiento obrero ruso, podía fácilmente olvidar las presiones que se ejercían en contra de la ortodoxia que él se encargaba de defender. La pureza se conserva más fácilmente en el vacío que en medio de los avatares y circunstancias de la vida.

También sobrevaloraba Plejánov las posibilidades reales que tenía el economicismo de imponerse en el escenario ruso. En vista del abrazo público que los economicistas extremos habían dado a Bernstein, no podía mostrarse débil con ellos. Pero al hacer con ellos y con los moderados un mismo montón, y tratarles en bloque con enorme desconsideración, perjudicó a su propia causa. La postura que adoptó, en especial en el *Vademecum*, sólo podía profundizar la disolución organizativa, y en el proceso podía ocurrir que se unieran extremistas y moderados. Dadas las condiciones de Rusia, había muy pocas probabilidades de que la táctica de los economicistas moderados pudiera hacer otra cosa que evolucionar hacia la lucha política. Cualquier cosa parecida a unos sindicatos bajo el absolutismo era efectivamente

30 *Ibid.*, p. 520.

una utopía. Plejánov sabía bien que los esfuerzos de los economicistas en beneficio del bienestar económico de los obreros les envolverían, tanto a ellos como a los obreros, en actividades ilegales. El gobierno no podía contemplar impasible cómo iban tomando forma organizaciones y actividades ilegales, e intervenía continuamente para dominarlas y aplastarlas. Esta situación ofrecía todos los motivos para esperar que, tal y como esperaban los moderados, la conciencia política de los obreros se desarrollase de forma «natural».

En sus críticas, Plejánov no logró distinguir correctamente entre conciencia política y conciencia socialista. Y, sin embargo, la principal y más significativa diferencia entre él y los economicistas parecía yacer ahí. La táctica defendida por los economicistas casi inevitablemente tenía que conducir al despertar de los obreros a la conciencia política; pero Plejánov no se contentaba con eso. Desde su punto de vista, no bastaba con que los obreros intervinieran en la lucha por las libertades políticas. Aunque admitía que tal lucha y la conquista del socialismo necesariamente estaban separadas en el tiempo por un largo intervalo, insistía en establecer una relación entre ellas dentro de su gran estrategia. El vínculo que establecía entre ambas etapas consistía en el esfuerzo continuo por despertar, mantener y elevar la conciencia de clase del proletariado. El proceso debía iniciarse ya apenas desencadenada la guerra contra el absolutismo, y debía continuar sin descanso hasta la revolución socialista. El economicismo tenía como consecuencia el corte de la relación entre las dos revoluciones. Algunos economicistas pretendían conservar dentro de su enfoque la conquista de libertades políticas. Pero consideraban caprichoso modelar la táctica inmediata por referencia a un ideal muy lejano. En líneas generales, se inclinaban a aceptar la máxima: cada momento tiene sus propias preocupaciones.

Si triunfaban los economicistas, las oportunidades de un liderazgo liberal en la lucha contra el absolutismo —al que se oponía Plejánov— hubieran aumentado. El resultado se hubiera aproximado a algo parecido a las llamadas revoluciones burguesas occidentales, con las consiguientes implicaciones que Plejánov trataba de evitar por todos los medios. A pesar de todos los defectos que tal eventualidad pudiera ofrecer desde el punto de vista de Plejánov, hubiera tenido la ventaja de hacer desaparecer las contradicciones insolubles que ofrecía su planteamiento revolucionario, debido a su intento de conectar orgánicamente la lucha en favor de las libertades políticas con el movimiento a

largo plazo hacia el socialismo. De todo esto no tenía la menor duda.

Como reacción a la voluntad aparente de los economicistas de renunciar al papel de tutores de la clase obrera, Plejánov llegó a hacer un hincapié extremo en la importancia del liderazgo socialdemócrata sobre el movimiento obrero. Como mostraron los acontecimientos, el economicismo fue reducido, pero eso no quiso decir que triunfase la ortodoxia encarnada en Plejánov. Lo mismo que la «corrección» de la «unilateralidad» del *kruzhkovschina* (un exceso de propaganda teórica) condujo a una «unilateralidad» opuesta economicista, igualmente, en otro plano, la reacción contra la «unilateralidad» del economicismo (la limitación del papel del liderazgo socialdemócrata) condujo a una nueva unilateralidad que exageraba la importancia de tal liderazgo. Sin saberlo, Plejánov estaba preparando el camino al ascenso de Lenin.

12. TRABAJANDO CON LENIN

En los umbrales del siglo XX, el movimiento marxista corría peligro de perder el empuje que había tenido a lo largo de la segunda mitad de la década de 1890. La intención del congreso de 1898 de dar forma a un partido unido, no tuvo continuación en los años siguientes. Las energías que debían haberse empleado en aumentar la influencia socialdemócrata sobre el movimiento obrero, se desviaban hacia luchas ideológicas entre distintas facciones de la *intelligentsia*. La guerra civil dentro del movimiento socialdemócrata le impedía explotar al máximo las manifestaciones de descontento cada vez más extendidas en Rusia. Otra circunstancia hacía la situación todavía más alarmante. Los socialdemócratas, que durante los años precedentes habían disfrutado de todo el campo prácticamente para ellos solos, se veían ahora amenazados por antagonistas revolucionarios liberales y socialistas.

La respuesta de la socialdemocracia rusa al desafío encarnó en la empresa *Iskra-Zariá*, en torno a la cual se centraron los principales acontecimientos dentro del movimiento, entre 1900 y el estallido de la Revolución de 1905. *Iskra* (*) representaba un esfuerzo notable a cargo de un puñado de intelectuales autoseleccionados por dar una dirección ideológica y una coherencia organizativa al movimiento obrero ruso. Aunque Plejánov y sus asociados íntimos estuvieron comprometidos profundamente en la empresa, es difícil que hubieran podido iniciarla y llevarla adelante ellos solos. Sus destinos habían estado unidos durante un cierto tiempo al del grupo de jóvenes talentos marxistas que surgió en Rusia a mediados de la década de 1890. Se trataba de Lenin, Mártov, Potresov y Struve, que hicieron que el movimiento ruso surgiera a la luz del día. Ellos habían hecho posible

* Utilizaremos muchas veces la abreviatura *Iskra* para nombrar la empresa *Iskra-Zariá*.

que los pioneros del marxismo, cuya influencia antes había sido indirecta y esporádica, causaran un impacto más directo.

Si la eclosión de mediados de la década de 1890 fue debida en gran parte al éxito de la colaboración entre los jóvenes del interior y sus mentores en el exilio, la crisis ideológica de años posteriores es explicable, al menos en parte, gracias a la interrupción de esta colaboración. La detención de Lenin, Mártov y Potresov hizo desaparecer de la escena a los dirigentes con una orientación política, y permitió que los economicistas se hicieran con el liderazgo. Mientras, Struve cambiaba el marxismo revolucionario por el revisionismo. Una vez perdidos sus principales soportes en Rusia, los *osvobozhdentsi* sufrieron una larga serie de derrotas y desaires. Su reagrupación para un contraataque, cuando finalmente se produjo, claramente se debió en parte a las advertencias e iniciativas de Lenin, Potresov y Mártov (este último figuraba entre los firmantes de la «Protesta» de Lenin). La vuelta de los tres del exilio casi coincidió con la publicación del *Vademecum* de Plejánov. Inmediatamente después, ellos y los pioneros del marxismo iban a estar más unidos que nunca en la empresa *Iskra-Zariá*. Su renovada colaboración daba, una vez más, un poderoso ímpetu al movimiento socialdemócrata.

Todavía en Siberia, Lenin había seguido la pugna ideológica con intenso interés. A Mártov y Potresov, cuya identidad de puntos de vista con el suyo propio se traslucía en su correspondencia, les propuso una «triple alianza» para luchar contra el revisionismo y el economicismo». Lenin insistía en que «esta alianza debe ante todo sumar sus fuerzas con el grupo Emancipación del Trabajo».[1] Trazó su plan en un artículo escrito para un periódico clandestino.[2] Como primer paso efectivo hacia la realización de los ambiciosos objetivos propuestos, Lenin pedía la creación de un periódico socialdemócrata, que, a través de una campaña sin descanso contra el economicismo, pudiera ganar la batalla para la ortodoxia marxista. Firmemente establecidas las bases ideológicas, se haría posible reunir a todas las dispersas organizaciones socialdemócratas en un solo partido. Este era, en germen, el esquema organizativo que se ocultaba detrás del periódico *Iskra* (La Chispa). Implicaba la fusión de la *troika* (Lenin, Mártov y Potresov) con el grupo Emancipación del Trabajo para la publicación de un periódico socialdemócrata de difusión

1 Y. Mártov, *Zapiski*, p. 411.

2 El artículo, escrito para *Rabóchaia gazeta* (Gaceta obrera), fue publicado por primera vez en *Léninski sbórnik* (Recopilación leninista). III, páginas 19-24.

nacional dedicado a extirpar el economicismo y a la preparación organizativa de la unidad dentro de un partido.

Pero antes de que este plan pasase a ser un simple proyecto, *Iskra* por poco se extingue debido a una discusión explosiva entre Plejánov y Lenin, a fines de agosto de 1900. El absorbente relato que hizo Lenin de este episodio, escrito casi inmediatamente después de ocurrido, pero publicado póstumamente, ha atraído una considerable atención.[3] Sin embargo, si no se estudia teniendo en cuenta los acontecimientos que lo precedieron y siguieron, no se puede llegar a entender su auténtico significado. La mayoría de los estudiosos, que han aceptado las observaciones de Lenin más o menos acríticamente, no han entendido que la discusión no era tanto personal como la primera manifestación de una divergencia sobre la naturaleza del partido, sobre los márgenes de divergencia admisibles dentro de sus filas y las relaciones con otros partidos.

Durante varios meses después de su vuelta del exilio, los miembros de la *troika* se ocuparon en las negociaciones y preparativos necesarios para la empresa propuesta. Lenin y sus colaboradores se quedaron sorprendidos al darse cuenta de que se habían formado una idea imperfecta sobre la situación del movimiento. Esperaban encontrar a los economicistas dueños de la situación, y a ellos desplazados, y descubrían que disfrutaban de mayor confianza entre los grupos activos en el interior de Rusia que el grupo Emancipación del Trabajo.[4] De todos lados llegaban promesas de apoyo, tanto de Rusia como del extranjero. En reuniones con Vera Zasúlich, que hizo una visita clandestina a San Petersburgo a principios de 1900, la *troika* consiguió lo que consideró aprobación del grupo Emancipación del Trabajo.[5] Luego, en la primavera, la *troika* se entrevistó con representantes de la USDR que habían venido a Rusia para sondear las posibilidades de convocar un segundo congreso del partido. Estos delegados insistieron en que eran las tendencias dictatoriales de Plejánov y Axelrod, y no las diferencias de principio, las responsables de las discusiones en el exterior, y desarmaron a los recién llegados del exilio pareciendo aceptar sus planes. No sólo aceptaron la necesidad de unidad dentro del partido, de un órgano de partido que la solidificase, sino que además confiaron de buena gana la edición del mismo a la *troika*, que no hacía secreto de sus simpatías por Plejánov. A Lenin, después de todo, le parecía, sin duda, que las diferencias entre los socialdemócratas habían sido objeto de enormes exageraciones. Con un poco más de tolerancia y flexibilidad que las mostradas por el grupo Emancipación del Trabajo, él y sus aliados podrían formar un puente entre las facciones enfrentadas y facilitar la consolidación del partido.

Simultáneamente, mantenían negociaciones con los «marxistas legales», Struve y Tugán-Baranovski, quienes, como los miembros de la Unión, parecían dispuestos a reconocer a la *troika* como centro del partido.[6] Lenin sabía perfectamente que estos hombres abrigaban simpatías por Bernstein, y que habían criticado diversos dogmas del marxismo. No obstante, sostenían que no se habían alejado de la socialdemocracia. Puede que Lenin tuviera dudas al respecto. Pero creía en la autenticidad de su interés en la lucha por las libertades políticas, y, dándose cuenta de que estaban en situación de aportar los necesarios recursos financieros para *Iskra*, estaba dispuesto a aceptarles como aliados útiles y a hacer, por lo menos, algunas concesiones para conseguir su apoyo.

Eventualmente, unas peligrosas actuaciones policiales impidieron la conclusión de las conversaciones de Lenin con los representantes de la USDR. La *troika* decidió entonces dar carpetazo a las propuestas de la Unión y proceder a la publicación en el extranjero de un órgano independiente, en colaboración con el grupo Emancipación del Trabajo y con el apoyo del grupo de Struve. No obstante, las conversaciones con los representantes de la Unión y los «marxistas legales» habían dejado su huella en Lenin. Su borrador de programa para la política editorial de *Iskra* tenía un tono sorprendentemente conciliador.[7] Aunque atacaba al revisionismo, y tanto al «Credo» como a *Rabóchaia misl*, nunca mencionaba nominalmente al economicismo, al órgano de la Unión, *Rabócheie dielo*, o a Struve. «Mantener la continuidad y unidad del movimiento» era muy de desear, escribió Lenin; pero ello «no excluye en modo alguno la diversidad». Admitía que había límites a lo permitido, pero afirmaba que todavía era demasiado pronto para determinar la profundidad de la división entre los socialdemócratas; en cualquier caso, él

[3] *Léninski sbórnik*, I, pp. 33-47.

[4] Sobre éste y el siguiente párrafo, véase lo escrito por Mártov en *ibid.*, IV, pp. 49-61, y la obra del mismo autor *Istóriia rossíiskoi sotsial-demokrati* (Historia de la socialdemocracia rusa).

[5] *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 104-105.

[6] Sobre la versión de Struve de tales negociaciones, véase su artículo «Mis contactos y conflictos con Lenin».

[7] *Léninski sbórnik*, IV, pp. 62-75.

todavía esperaba que sería posible soldar la grieta y trabajar juntos. En un tono sorprendentemente tolerante, declaraba:

Nosotros no pretendemos que nuestros puntos de vista representen íntegramente los puntos de vista de todos los socialdemócratas rusos, no negamos que existen diferencias, como tampoco intentamos pasar por encima de tales diferencias o ignorarlas. Al contrario, deseamos que nuestras publicaciones se conviertan en órganos para la *discusión* de toda clase de cuestiones por todos los socialdemócratas rusos de las más diversas opiniones.[8]

Más aún, el borrador contemplaba a *Iskra* incluso como un órgano de la «democracia en general», con sus columnas abiertas a todos los oprimidos bajo el sistema político existente.

Llevándose consigo su borrador, Lenin emprendió viaje al extranjero a fines de julio de 1900. (Potresov le había precedido, Mártov siguió en Rusia hasta la primavera siguiente.) En el breve intervalo entre su salida de Rusia y sus primeras entrevistas con Plejánov y sus colaboradores, Lenin tuvo la oportunidad de tener nuevas noticias sobre la lucha en el exilio. La información que envió a su mujer demuestra sin lugar a dudas que había leído el *Vademecum* y que, en su opinión, el grupo estaba en posesión de la verdad.

En Rusia se tiene una idea bastante equivocada sobre el *Vademecum*, gracias a la influencia de los cuentos de quienes militan del lado de *Rabocheie dielo*. Si se les presta atención, no sería más que un ataque personal, nada más que generalidades y una exageración de cosas triviales para calumniar a las personas; la utilización de métodos inadmisibles, etc. De hecho, predomina el lado *doctrinal*... Los ataques personales son anecdóticos ...

... En cuanto al economicismo, los jóvenes han mantenido a lo largo de 1898 una lucha sistemática, persistente y deshonesta contra el grupo de Emancipación del Trabajo. Fue «deshonesta» porque no mostraron *abiertamente* qué pretendían, porque echaban la culpa de todo a «Rusia», ... porque hicieron uso de sus contactos y recursos prácticos para atacar al grupo Emancipación del Trabajo.

... Esta lucha contra el grupo Emancipación del Trabajo, este ataque contra él, lo efectuaron en silencio, a hurtadillas, en privado, por medio de cartas «privadas» y conversaciones «privadas», o para decirlo claramente: por medio de *intrigas*, porque la puesta en cuestión del papel del grupo Emancipación del Trabajo dentro de la socialdemocracia rusa nunca ha sido, nunca será, y nunca puede ser un asunto *privado* ...

8 *Ibid.*, p. 73.

Lo que se plantea es *una diferencia radical entre dos formas diversas de entender las tareas inmediatas y exigencias vitales de la socialdemocracia rusa.* Una de ellas puede resumirse con las palabras «laissez-faire», «laissez-passer», frente al economicismo ... una táctica ... de libertad crítica del marxismo por parte de toda clase de ideólogos de la burguesía, declarados o camuflados. La otra exige una lucha abierta contra el economicismo, una protesta decidida contra el amenazante estrechamiento y empequeñecimiento del marxismo, una ruptura irrevocable con la crítica burguesa.[9]

Difícilmente puede imaginarse un testimonio de adhesión más ferviente por parte de un seguidor fiel que éste de Lenin al grupo Emancipación del Trabajo, y, según se deduce, a Plejánov, su espíritu rector. Aún así, evidentemente no vio necesidad, en base a su nueva comprensión de las diferencias dentro de la socialdemocracia en el exilio, de modificar el borrador de programa editorial. Siguió defendiendo la flexibilidad, la conciliación, y, por tanto, un amplio movimiento capaz de tolerar un considerable margen de diferencias internas. La unidad organizativa, con una base muy amplia, claramente tenía para él mayor importancia que la uniformidad ideológica. Deseaba mediar cuanto antes entre las facciones enfrentadas y poner su peso en la balanza de parte de una de ellas. Que esto era imposible lo iba a saber al entrevistarse con Plejánov.

Las conversaciones iniciadas a fines de agosto tenían por objeto la definición de las formas organizativas de la asociación entre la *troika* y el grupo Emancipación del Trabajo. Lenin no preveía ninguna dificultad en resolver amistosamente lo que parecía ser un problema puramente mecánico. Mucho menos estaba preparado para la rigurosa y «degradante» prueba moral que posteriormente describiría con honda emoción. De acuerdo con su versión, Plejánov se comportó pésimamente, creando una atmósfera intolerable. Al menospreciar la competencia literaria de Lenin, hacer amenazas y peticiones imposibles de satisfacer, mostraba una profunda falta de consideración hacia la sensibilidad y capacidad del más jóven. Por turnos, se mantuvo altivamente alejado de la conversación; amenazó inesperadamente con retirarse de la actividad política; y, al momento siguiente, de un salto, intentó establecer un dominio personal sobre la aventura editorial. Lenin se quedó enormemente sorprendido al «descubrir» tan «repelentes cualidades» en el hombre que consideraba, más que a ningún otro, con «respeto y veneración tan

9 *Ibid.*, I, pp. 66-69; también en *Letters of Lenin* (Correspondencia de Lenin), pp. 112-115.

sinceros». Tan grande fue la impresión que sólo pudo dominarla recurriendo al lenguaje del amor. Había tenido una «chifladura» por Plejánov; estaba tan «enamorado» de él que había cerrado los ojos ante sus imperfecciones. Y entonces el «ídolo», sin interesarse por el desinteresado amor e ilimitada devoción que se le ofrecía, «rechazó brutalmente» a su adorador. En el proceso, se descubrió como «un mal hombre, inspirado por motivos insignificantes de vanidad y presunción personales, un hombre poco sincero». Después de tal descubrimiento, «nuestra indignación no conoció límites. Nuestro ideal quedaba destruido; con gusto lo derribamos y lo aplastamos bajo nuestros pies». Se trataba «del abandono completo de algo que durante años habíamos acariciado como un niño mimado y con el que estaba inseparablemente unido todo el trabajo de nuestra vida». En este punto, parecía como si *Iskra* hubiera quedado «extinguida».

Tal y como describe Lenin el enfrentamiento, puede verse a un hombre obstinado, egoísta y hambriento de poder, humillando y explotando violentamente a un joven camarada que había llegado hasta él con espíritu de reverencia y devoción. Plejánov adolecía de gran vanidad, y muy bien pudo sentirse ofendido porque hubieran preparado otros un gran programa para la socialdemocracia, que sólo se le había dado a conocer a él a posteriori. Quizá estimase pretencioso por parte de la *troika* haberse concedido un nivel de igualdad con los tres miembros del grupo Emancipación del Trabajo en la nueva aventura. Nunca antes se habían encontrado los pioneros del marxismo en tal situación. Quizá presintiera Plejánov que en Lenin había encontrado un serio rival para la dirección del movimiento, y pudo tratar al más joven con condescendencia, o incluso peor. Cuando decidía ser desagradable, pocos había que pudieran igualar a Plejánov. No sólo era un experto en hacer observaciones cortantes, sino, según la frase memorable de Trotski, un «*maître de toutes les nuances de froideur*».[10]

Una vez dicho todo lo anterior, todavía hay que considerar como motivo principal del conflicto ciertas diferencias de principio y no las «repelentes» cualidades de Plejánov. Aunque, a decir verdad, Plejánov estaba en aquel momento dominado por un humor extraordinariamente irritable y suspicaz, su estado no puede entenderse si se prescinde de las circunstancias que lo habían motivado. La publicación del *Vademecum* en marzo de 1900 había provocado un torrente de ataques contra el «padre

10 Entrevista con la hija de Plejánov, Mme. E. Batault-Plejánova, París, verano de 1959.

del marxismo ruso». Un congreso de la USDR durante el mes siguiente fue el escenario de un desabrido intercambio de opiniones que culminó con la ruptura con la Unión por parte de la facción pro-Plejánov. En mayo, esta minoría se constituyó en Organización Revolucionaria «Socialdemócrata» Rusa, como si quisiera excluir a sus adversarios de la socialdemocracia revolucionaria. A partir de ese momento no cesaron las recriminaciones. Los dos grupos luchaban por el control de la imprenta que antes habían utilizado juntos, y los miembros del grupo Emancipación del Trabajo sospechaban que sus antagonistas utilizaban sus líneas de comunicación con Rusia para aislarles y ennegrecer su reputación.[11] Tampoco debe olvidarse que la campaña de Plejánov contra el revisionismo estaba entonces en pleno apogeo. Era como si él y su pequeño grupo de seguidores estuvieran virtualmente solos, un último bastión contra la ola creciente de oportunismo.

La defensa desesperada de la causa a que había dedicado su vida hacía a Plejánov más intransigente que nunca. A principios de año había escrito a Axelrod: «Como miembro del grupo Emancipación del Trabajo, *eres infalible y no debes ni puedes equivocarte* (ya sabes que empiezo a inclinarme hacia el jacobinismo)».[12] En efecto, durante 1900 y los años siguientes, Plejánov fue precisamente, en espíritu, un jacobino. Como una de las consecuencias principales de su prolongada y amarga lucha contra el revisionismo y el economicismo, se había reforzado grandemente aquella tendencia jacobina que siempre había entrado a formar parte de su personalidad. Más que nunca, estaba dispuesto a insistir en que sus puntos de vista y los de sus camaradas que le apoyaban eran el Evangelio. No podía haber compromiso con quienes, dijeran lo que dijesen, objetivamente subvertían la fe auténtica y los fines que él defendía. Sólo podían ser anatematizados, expulsados y separados rigurosamente de los puros y fieles, sin importar los pocos que éstos resultaran ser. Tal era el estado de humor en que se encontraba el hombre a quien Lenin ofrecía su borrador aperturista.

Los primeros párrafos del relato de Lenin demuestran que las hostilidades entre los dos las desató la disconformidad del viejo revolucionario con su bosquejo de programa.[13] Lo denunció coléricamente como un documento «oportunista». Plejánov había

11 *Gruppa*, VI, pp. 296-301, 158; *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, página 133.
12 *Ibid.*, p. 118.
13 *Léninski sbórnik*, I, pp. 33-35.

declarado una guerra a muerte al revisionismo. En su opinión, la ruptura con el economicismo debía ser irrevocable. ¡Y, sin embargo, Lenin tenía la osadía de proponer paciencia, la posibilidad de reconciliación, e incluso la participación de Plejánov en una publicación que abría sus páginas a sus enemigos jurados! (*). Que Lenin pudiera aprobar una asociación con oportunistas le hacía sospechoso, a él también, de oportunismo. Por aquel entonces, Plejánov era efectivamente algo más que jacobino: si no era un bolchevique, al menos estaba más cerca del bolchevismo que su futuro fundador. En dicha coyuntura, casi rompió con Lenin porque Lenin no parecía suficientemente «duro» ante los otros grupos y facciones.

La chispa no se extinguió. En el último momento, fue posible encontrar un punto de acuerdo para proseguir con los planes de publicación. Los términos de dicho acuerdo dejan bien en claro que Plejánov había logrado una considerable victoria. De nuevo, al igual que en todos los previos esfuerzos de colaboración con camaradas más jóvenes, el grupo había conseguido para sí una posición especial. Se acordó que los seis —la *troika* y el triunvirato del grupo Emancipación del Trabajo— constituirían, unidos, la junta editorial de *Iskra*, pero a Plejánov se le concedían dos votos. Y en caso de desacuerdo entre el grupo y los otros redactores, el periódico estaría obligado a publicar íntegramente la opinión especial del grupo o de cualquiera de sus miembros que disintiese.[14] La edición de una segunda publicación, una revista teórica y filosófica titulada *Zariá* (Aurora), quedó virtualmente en manos de Plejánov.

Todavía más importante que estos acuerdos organizativos es el hecho de que los puntos de vista de Plejánov se impusieran en el terreno político. La versión revisada del programa editorial que se publicó era mucho menos conciliadora que el primer borrador.[15] No contenía alusión alguna a las virtudes de la diversidad, afirmando, por el contrario, que «para establecer y consolidar la unidad del partido ... antes que nada es preciso conseguir la unidad ideológica que evitará las divergencias de opinión». Y para que no hubiera dudas sobre cuáles eran las ideas a que se aludía, el documento enumeraba como enemigos a todos aquellos a quienes había declarado la guerra Plejánov: los economicistas, *Rabócheie dielo*, los «marxistas legales» y Struve.

* En una breve alusión al asunto, años más tarde, Plejánov indicó que había obligado a Lenin y Potresov a «elegir entre Struve o yo». *Sochinéniia*, XIX, pp. 93-94.

14 *Ibid.*, p. 71.

15 *Ibid.*, IV, pp. 62-75.

A propósito de este último, el programa afirmaba: «Rechazamos tajantemente las enmiendas a medias, vagas y oportunistas que se han puesto tan de moda como consecuencia de los *malabarismos* de E. Bernstein, P. Struve y muchos otros». Las nuevas publicaciones, lejos de funcionar como «escaparate de diversos puntos de vista», iba a atenerse «a las líneas de una tendencia claramente definida». Ello significaba entre otras cosas que el material procedente de las plumas de aquellos «no socialistas oprimidos por el presente sistema político», si bien era admitido, sería sometido a un enfoque correcto (es decir, socialdemócrata) por medio de un comentario editorial. La orientación de las nuevas publicaciones quedaba resumida en estas palabras: «Antes de poder unirnos, y con objeto de poder unirnos, primero debemos trazar firme y claramente las líneas de demarcación entre los distintos grupos».[16]

Aunque envilecido moralmente por el choque, Lenin aprendió una lección política de inestimable importancia. Se había visto obligado a entender el «absurdo» de intentar conciliar lo inconciliable, intentar poner en marcha un movimiento amplio que abrazase tendencias divergentes, al tiempo que pretendía atenerse a una rigurosa ortodoxia. Obligado a elegir, eligió la ortodoxia, y por consiguiente, la búsqueda de formas organizativas que facilitaran su defensa ocuparía un lugar destacado en su vida política. Plejánov arrastró a Lenin a la izquierda, y a partir de ese molesto encontronazo nadie podría jamás acusarle de debilidad. El establecimiento de «líneas de demarcación» se convirtió para Lenin en una auténtica manía. Tan bien aprendió las lecciones que Plejánov le había enseñado, que el discípulo pronto habría de aventajar al maestro. Apenas unos pocos años más tarde, las posiciones que ambos ocuparon en su encuentro en 1900 iban a invertirse.

Con objeto de evitar al máximo cualquier ulterior conflicto con Plejánov, los otros procuraron por todos los medios que el centro editorial de *Iskra*, que iba a dirigir Lenin, estuviese situado en Munich, y no en Ginebra. No obstante, la tensión pronto disminuyó, y durante un cierto tiempo se impusieron unas relaciones de mayor camaradería. Sin duda, las presiones de Axelrod y Zasúlich, que estaban consternados ante el desacuerdo de sus camaradas, contribuyeron a calmar a Plejánov.

16 *Ibid.*, p. 68. Haimson, pp. 118-119, no distingue entre los dos esquemas o proyectos, deduciendo que el enfrentamiento entre Plejánov y Lenin no tuvo una motivación sustantiva, y dando a entender que Lenin pidió una rigurosa diferenciación desde el primer momento.

Por otro lado, una vez conseguido lo que quería, podía permitirse ser magnánimo. Más importante que todo ello, quizá, fue que la actitud recelosa de Plejánov frente a Lenin rápidamente cedió el paso a la confianza y el respeto al ver lo metódico, seguro y eficiente que era su joven colaborador. Los dos primeros números de *Iskra* salieron de la imprenta con admirable prontitud y pasaron con éxito el examen crítico de Plejánov. A principios de 1901, escribía Plejánov a Axelrod: «Nunca he dudado que Petrov [Lenin] fuera un buen compañero, y después del viaje a Munich [para una reunión de los redactores], todavía menos. Es realmente lamentable que el trabajo puramente administrativo le impida leer y escribir demasiado. No obstante, el segundo número de *Iskra* es, sin duda, *muy bueno*. Lo estoy leyendo con gran satisfacción». [17]

Aunque escribió que había aprendido a «no bajar la guardia» nunca, [18] Lenin no guardó rencor a Plejánov. Aun después de pasados algunos años, cuando su asociación política había fracasado irremisiblemente y se habían convertido en enemigos declarados, siempre consideró con el mayor interés los puntos de vista de su antiguo mentor sobre cualquier tema. Tan reverente se mostraba, y tan fértil en la invención de justificaciones para las «herejías» del viejo, que sus camaradas le acusaban, riendo, de estar enamorado de Plejánov. [19] Durante el año siguiente a su discusión, se restauró, e incluso aumentó, el respeto de Lenin por la agudeza de Plejánov. Los contactos de primera mano con los revisionistas y economicistas rusos confirmaron, a sus ojos, lo correcto de la postura que había adoptado Plejánov, y lo equivocado de la suya.

Más que cualquier otro motivo en particular, había provocado la discordia entre Lenin y Plejánov el tema de las relaciones de las nuevas publicaciones con Struve y sus asociados. El programa de la política editorial de *Iskra* que se publicó tuvo el efecto de ahuyentar a Struve. Llegado al extranjero a fines de 1900 para ulteriores negociaciones, hizo saber en términos que no admitían duda su descontento ante el nuevo giro de los acontecimientos. No sin cierta razón, el programa editorial le convenció de que la gente de *Iskra-Zariá* pretendía utilizarle para sus propósitos al tiempo que le negaba cualquier influencia real. Dispuesto a no permitirlo, hizo unas contrapropuestas destinadas a ensanchar su papel y darle mayor independencia en

17 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 146.
18 *Léninski sbórnik*, I, p. 41.
19 Citado por Kámenev en *ibid.*, pp. 27-28.

las actividades editoriales (*). Enfurecido por la «presunción» de Struve, Lenin calificó a su temible enemigo de «Judas». La violencia de su reacción derivaba de su descubrimiento de que había sido embaucado. Lenin antes había estado convencido de que Struve, el «marxista legal», aunque en cierta forma estuviese asociado al revisionismo, era no obstante un socialista genuino, que «se está aproximando a nosotros, y desea dar los primeros pasos». Ahora Struve «se descubría bajo un aspecto totalmente diferente», con «la grosera naturaleza mercachifle de un liberal». [20] Lenin se puso fuera de sí de rabia al darse cuenta de que ambos estaban jugando el mismo juego. Los socialdemócratas no eran los únicos que pretendían utilizar a los demás; los liberales, disfrazados de socialistas, pretendían también utilizar a los socialdemócratas. Pretendían pasar de contrabando su propio material dentro del órgano marxista, en un intento de oposición a los objetivos de sus editores socialdemócratas. Struve podría haber adoptado como lema esta variación de la famosa táctica de Marx: Junto al proletariado, mientras se muestre revolucionario en la lucha contra el absolutismo, no dejando ni un instante de llamar la atención sobre el antagonismo de intereses entre la burguesía y el proletariado.

Por supuesto, Plejánov y Axelrod rechazaron las proposiciones de Struve. Ellos estaban totalmente dispuestos, como lo habían estado a partir de 1883, a cooperar con los liberales en la lucha contra el absolutismo, siempre que no se atentase contra la independencia de los socialdemócratas. Tal y como lo expuso vehementemente Plejánov: «Estamos dispuestos a mantener relaciones con Judas únicamente como representante de la oposición demócrata. Debemos negarnos a permitir que trabaje con nosotros como socialdemócrata. ... Sus referencias a 'nosotros, los socialdemócratas' me pesan como una losa sobre el corazón». [21] En otros términos, la colaboración sólo era posible si no obstaculizaba el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado; y exigía trazar unas firmes y definidas «líneas de demarcación». A la luz de estas discusiones con Struve, Lenin podía ahora apreciar en todo su valor la insistencia de Plejánov en

* Para una interpretación de Struve sobre el episodio, véase su artículo en *Slavonic and East European Review*, XIII, pp. 77-81. «Me negué abiertamente», escribe, «a convertirme... en un mero instrumento en manos de los socialdemócratas ortodoxos».
20 Sobre los puntos de vista de Lenin acerca del tema, véanse *Sochinéniia*, IV, pp. 67-68.
21 *Léninski sbórnik*, I, p. 41.

la revisión de su bosquejo de programa editorial. En su indignación, no se contentó con una simple demarcación, sino que pretendió cortar todas las relaciones con Struve, tocándoles ahora el turno a Plejánov y Axelrod de ejercer una influencia moderadora. A pesar de la oposición de Lenin, se llegó a un acuerdo con Struve siguiendo las líneas que ellos habían sugerido. Sin embargo, poco después de su vuelta a Rusia Struve fue detenido mientras tomaba parte en una manifestación. Para cuando pudo volver de nuevo al extranjero, un año más tarde, el tipo de colaboración prevista había quedado desfasado.

La postura inflexible de Lenin demostró ser algo más que una reacción momentánea motivada por un ataque de resentimiento. Este episodio ponía al descubierto diferencias de evaluación y énfasis táctico entre él y el grupo con respecto a los liberales; Lenin estaba volviendo a la postura archihostil que había adoptado en las conversaciones con los pioneros del marxismo en 1895. Las diferencias quedaron todavía más al descubierto a mediados de 1901, al proponer Lenin una respuesta al único artículo escrito por Struve que se publicó bajo los auspicios de *Iskra-Zariá*: un prefacio escrito por Struve a un memorándum confidencial del conde Witte, dirigido al Zar, relativo a las relaciones del Estado con los *zemstvo*.

Lenin situó su comentario a las observaciones de Struve [22] al contraluz de una discusión de fondo de las relaciones entre los liberales y los revolucionarios y el gobierno en los momentos críticos a partir del ascenso al trono de Alejandro II. En su opinión, los liberales habían demostrado claramente su cobardía y su falta de efectividad. Carentes de poder para obligar al gobierno a conceder las libertades por ellos deseadas, utilizaban la amenaza que significaban los revolucionarios como medio para lograr satisfacer sus exigencias propias, más moderadas. Invariablemente, preferían confiar en la buena voluntad del trono en lugar de ponerse sin reservas de parte de las fuerzas revolucionarias. El gobierno explotaba su simplicidad comprándoles con promesas vagas, y entonces, después de castigar implacablemente a los revolucionarios, traicionaba sus exigencias. En opinión de Lenin, las primeras generaciones de liberales se habían revelado como «pusilánimes», «insensatos» y «traidores», y los liberales contemporáneos se inclinaban hacia las mismas tácticas desacreditadas. No esperaba de ellos más que engaños y traiciones.

22 Lenin, *Sochinéniia*, IV, pp. 123-157.

Plejánov y Axelrod se quedaron desconcertados ante la malevolencia del artículo de Lenin. [23] También ellos tenían reservas sobre los liberales, y, por supuesto, preferían utilizarles a ser utilizados por ellos. Pero se daban cuenta, al contrario de Lenin, de que una abierta hostilidad haría aumentar, en lugar de disminuir, las precauciones de los liberales, y los separaría de los revolucionarios acercándolos de inmediato al gobierno. Para animar a los liberales a una contribución más efectiva a la lucha contra el absolutismo, lo que se necesitaba no eran acusaciones y denuncias, sino una táctica socialdemócrata. Lenin parecía incapaz de distinguir entre «trazar líneas de demarcación» y rechazar. Con tanto interés pretendía hacer lo uno que, casi sin proponérselo, parecía estar logrando también lo otro.

Ante la insistencia de Plejánov y Axelrod, Lenin revisó considerablemente el artículo, si bien la versión publicada (que ya he citado) todavía contenía observaciones muy provocadoras para el campo liberal. El artículo descubría el sentimiento de indignación de Lenin ante las nuevas pruebas que encontraba de la esperanza de Struve de utilizar a los socialdemócratas para el logro de los propósitos liberales. El tono mantenido a lo largo de toda la obra deja al lector totalmente impreparado para los párrafos finales, que tuvieron que ser añadidos ante las presiones de Plejánov y Axelrod. Sólo después de haber injuriado a los liberales concienzudamente, adquiere el artículo el tono táctico familiar al grupo Emancipación del Trabajo:

> Si los liberales logran organizarse en un partido ilegal, tanto mejor. ... Nosotros apoyaremos sus peticiones, nos esforzaremos por trabajar de forma que las actividades de los socialdemócratas y las de los liberales se complementen mutuamente. Pero aunque no lo logren (lo cual es probable [y aquí se dejan sentir de nuevo los sentimientos de Lenin]), no les abandonaremos con repugnancia. ... Actualmente ya se está produciendo un intercambio de servicios entre los liberales y los socialdemócratas; debe extenderse y hacerse permanente. [24]

Inclinado en contra de los preceptos tácticos afirmados casi dos décadas antes, Lenin, en su análisis final, sólo se sometía en parte a la autoridad de los pioneros del marxismo (*). Después de su ruptura con ellos pocos años más tarde, por otros motivos, dejó de existir la fuerza de contención que le impedía

23 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 154, 157-158.
24 Lenin, *Sochinéniia*, IV, pp. 156-157.
* Axelrod le reprochó su obstinación. *Léninski sbórnik*, III, p. 219.

hacer una virtual declaración de guerra contra los liberales. Iba ésta a ser una principal característica de la nueva estrategia que dio a conocer en 1905.

En 1901, cuando *Iskra* quedó sólidamente establecida, todavía quedaba por resolver la cuestión de sus relaciones con los otros grupos de marxistas en el exilio. *Iskra* se esforzaba por utilizar los servicios de los grupos socialdemócratas de distintas ciudades europeas, sin concederles simultáneamente una voz en el campo político. En esto tuvieron mayor éxito que el grupo Emancipación del Trabajo años antes. Sin embargo, *Iskra* se vio obligada a acusar las presiones de algunos exiliados en favor de un acuerdo entre los distintos grupos socialdemócratas en el extranjero, y en especial entre *Iskra-Zariá* y la USDR.

En julio de 1901, en el curso de una reunión entre representantes de estas y algunas otras organizaciones, se llegó a un acuerdo. El comunicado que se dio a conocer después de la reunión indicaba un acuerdo en la condena del bernsteinismo y el economicismo y una vuelta al programa del grupo Emancipación del Trabajo.[25] La Unión parecía vacilante en respuesta a una serie de acontecimientos ocurridos en el curso de los seis meses últimos poco más o menos. No poco importante había sido la decisión de la *troika* de unirse a los pioneros del marxismo, y la fuerza que consiguientemente ejercían sobre *Rabócheie dielo* las nuevas publicaciones. Tampoco había que olvidar las nuevas pruebas que demostraban que los obreros rusos estaban superando el economicismo para pasar a la acción política. A principios de 1901, sin intervención de los agitadores socialdemócratas, las fuerzas laborales se habían sumado a las manifestaciones estudiantiles contra el gobierno. Aun los más empedernidos economicistas tenían que admitir que los obreros estaban despertando a la conciencia política. En marzo, Krichevski, en *Rabócheie dielo*, festejaba este nuevo desarrollo de los acontecimientos y solicitaba una vigorosa campaña política. Debido a todo ello, cuando en octubre se convocó un congreso para ratificar los acuerdos adoptados en julio, los representantes de la Unión se mostraron vacilantes, queriendo introducir enmiendas «suavizantes». Ante esto, los representantes ortodoxos se negaron, y el esquema de fusión quedó abocado al fracaso. Como consecuencia, se produjo una fusión de menor categoría entre los distintos grupos que se alinearon con *Iskra:* la Organización Revolucionaria Socialdemócrata Rusa e *Iskra-Zariá*, junto con

25 *Ibid.*, p. 537.

sus simpatizantes, constituyeron la Liga de Socialdemócratas Revolucionarios en el extranjero.

El proceso de demarcación avanzaba a toda velocidad. La nueva Liga, en un manifiesto escrito por Lenin, declaraba que era esencial que sus miembros se conservaran «sectarios» con objeto de distinguirse del creciente ejército de revolucionarios que sólo eran socialistas «de nombre». Los fundadores de la Liga, proclamando su lealtad al espíritu de la declaración del partido de 1898, afirmaban que los problemas del POSDR seguían siendo los mismos que dos décadas antes había formulado el grupo Emancipación del Trabajo.[26] Lenin, que apenas un año antes había sido partidario de una cierta tolerancia respecto a las divergencias de opinión dentro de la socialdemocracia, aparecía ahora como su más extremado antagonista. Se mostraba irreconciliable con aquellos a los que hacía responsables de perpetuar la división cuando la unidad parecía tan próxima. Después de haber cambiado de opinión respecto a Struve, ahora superaba a Plejánov en intransigencia respecto a la USDR (*). Las conclusiones a que llegó después de un año de experiencia de primera mano con lo que el consideraba representaba el revisionismo (Struve) y el economicismo (la Unión), las expuso en el curso de los meses siguientes en su famoso opúsculo *¿Qué hacer?*

A la pregunta «¿Qué hacer?» respondía: «Liquidar el tercer período», la etapa de «confusión, disgregación y vacilación» que asociaba con la aparición del revisionismo y el economicismo.[27] Cubriendo un campo que ya Plejánov había trillado, su línea de argumentación se hacía eco de la de su predecesor más fielmente de lo que por lo general se reconoce. Además, defendía explícita y ardientemente a Plejánov y el grupo Emancipación del Trabajo contra todas las críticas. No obstante, la evaluación de Lenin introducía un énfasis que no se dejaba sentir en la obra de Plejánov, y llegaba a unas nuevas y significativas conclusiones a escala organizativa. Por tales motivos, su panfleto se considera justamente como una piedra miliar no sólo dentro de su personal desarrollo político sino también en la historia de la socialdemocracia rusa.

Desde el comienzo mismo de su carrera marxista, Plejánov había atribuido a la *intelligentsia* un papel vital dentro del movi-

26 *Ibid.*, p. 538.

* Plejánov, en esta ocasión, desaconsejó la división. Mártov. *Istoriie rossiiskoi sotsial demokratii*, p. 55.

27 *Ibid.*, pp. 499-501.

miento socialista. El carácter específico de la tarea que le asignaba sugería la convicción de que el proletariado por sí mismo no podría llegar a alcanzar una conciencia socialista. Aun cuando las condiciones de trabajo bajo el capitalismo predisponían a los trabajadores en contra de ese sistema, la intervención de la *intelligentsia* todavía era necesaria para convertir a los socialistas en potencia en socialistas de conciencia. El análisis que hacía Plejánov de las raíces del revisionismo y el economicismo ponía gran énfasis en el fracaso de la *intelligentsia*, o al menos de algunos elementos de la misma, a la hora de cumplir con su responsabilidad. Lenin tampoco perdía ocasión de despellejar a la *intelligentsia*, pero no se detenía ahí. Insistía en exponer públicamente, e incluso criticar ásperamente, aquello que Plejánov tendía a ocultar o suprimir por completo: la responsabilidad de los propios obreros. De la difusión del revisionismo y el economicismo no sólo se debía culpar a la falta de decisión y pasividad de la *intelligentsia*, afirmaba, sino además al oportunismo de los obreros.

Lenin hablaba con cierto desdén de la actividad espontánea, independiente, que se podía esperar de la clase obrera. Por sí mismo, el proletariado jamás superaría un estado de conciencia sindicalista, un nivel de conciencia enteramente compatible con la indefinida perpetuación del capitalismo. Una clase obrera con tal orientación, aun cuando pudiera extender su actividad a la esfera política, no supondría una amenaza seria para el capitalismo. Considerando la mentalidad sindicalista como síntoma de una acomodación al capitalismo, argüía que «una política sindicalista de la clase obrera no es otra cosa que una política burguesa de la clase obrera».[28] Venía a decir Lenin que el proletariado, por sí mismo, no era capaz de otra cosa que oportunismo. Frente a la «espontaneidad» de la clase obrera, con su desafortunada coloración oportunista, oponía Lenin la «conciencia» de la *intelligentsia*. La *intelligentsia* debía encargarse de lograr que el movimiento no quedara atrapado en el pantano del oportunismo. Con tal que estuviera prevenida y fuese fiel a la teoría socialista revolucionaria (es decir, con tal que fuera ortodoxa), dirigiría al movimiento sin equivocaciones hacia sus fines últimos.

Aunque utilizara una terminología un tanto distinta, y dibujase el tema con tintes más nítidos, en conjunto la postura de Lenin, hasta este punto, no parece marcadamente diferente de la sostenida por Plejánov. Ambos pedían una dirección socialdemócrata más firme y efectiva y ambos acompañaban esta

28 *Ibid.*, p. 434.

petición con una insistencia en que se prestase mayor atención a la teoría. Plejánov creía poder atender a estos objetivos por medio de la exhortación, una mayor vigilancia, y la rigurosa delimitación de la ortodoxia frente a cualquier otra tendencia radical, medidas todas ellas que hacían referencia a la *intelligentsia*. Aquí Lenin abría un camino totalmente distinto. Distinguir a la ortodoxia de las otras tendencias, desde su punto de vista, era indispensable para el éxito del movimiento socialista. Pero Lenin había llegado al convencimiento de que *los propios obreros*, con su inclinación al oportunismo, amenazaban con corromper al partido socialista, y solicitaba que se tomasen medidas drásticas para conjurar el peligro. Llegando a unas conclusiones a nivel organizativo totalmente extremas, exigía a los socialistas ortodoxos que se distinguieran de los representantes típicos de la clase obrera. Su temor a que, de otro modo, el oportunismo proletario pudiera anegarlo, le llevó a pedir la creación de un partido revolucionario establecido sobre bases ajenas a las ideas de Marx y a la práctica de los partidos marxistas europeos.

Como garantía de la pureza del partido y de la inquebrantable persecución de los fines elegidos, los socialistas no debían ser, como pretendía Marx, «la sección más avanzada y decidida de los partidos de la clase obrera [es decir, de masas] en todos los países»;[29] en lugar de ello, debían constituir ellos mismos el partido, que sería una asociación limitada de revolucionarios profesionales, preparada para la clandestinidad y fuertemente disciplinada. A decir verdad, Lenin justificaba su esquema organizativo haciendo alusión a la necesidad de una organización clandestina si se quería combatir eficazmente contra el zarismo. Pero está perfectamente claro que su concepto de partido era inseparable de otras consideraciones de carácter general, tal como la distinción que estableció entre «espontaneidad» y «conciencia». En el partido sólo se admitiría a quienes poseyeran un nivel elevado de conocimientos teóricos, y de carácter incondicional y rigurosamente ortodoxos. Despectivamente, comparaba la libertad de crítica con la «libertad para introducir una tendencia oportunista dentro de la socialdemocracia... la libertad para introducir ideas burguesas y elementos burgueses dentro del socialismo».[30] Exponiendo el asunto en los términos más inocuos, sostenía fundamentalmente que en la sociedad moderna sólo podía haber dos ideologías, la burguesa y la socialista.

29 *Manifiesto comunista*, p. 22.
30 Lenin, *Sochinéniia*, IV, p. 368.

Por consiguiente, «*desviarse de la ideología socialista en lo más mínimo* significa robustecer la ideología burguesa». Desde tal punto de vista, dado que los obreros en general no habían salido ideológicamente del primitivismo y por consiguiente era posible que cayesen bajo la influencia de la ideología burguesa, debían ser excluidos del partido.

Pero ello no quiere decir que Lenin se mostrase indiferente ante las masas de proletarios. Todavía consideraba que las masas eran indispensables para la revolución. La labor del partido de cara a las masas, en su opinión, consistía en: (1) elevar a su nivel e incorporar a las filas de revolucionarios profesionales a los obreros más capacitados; y (2) ejercer una influencia directora sobre las multitudes que quedaban fuera del mismo. Al tiempo que debían esforzarse por elevar a los obreros a su propio nivel, los revolucionarios debían guardarse de dejarse «degradar» al nivel de las masas obreras.[31] Mientras, el partido, consciente, debía esforzarse al máximo por potenciar desde el exterior el movimiento obrero espontáneo.

> Debemos tener el mayor número posible de sindicatos y otras organizaciones de masas que cubran la máxima variedad posible de funciones; pero es absurdo y peligroso *confundir* estas organizaciones con organizaciones de *revolucionarios*, borrar la línea de demarcación entre ellas... para servir al movimiento de masas debemos contar con personas que se dediquen exclusivamente a actividades socialdemócratas, y ... tales personas deben *prepararse* paciente y resueltamente a ser revolucionarios profesionales.[32]

En lo que iba a convertirse en característica del estilo de trabajo de los partidos comunistas de todo el mundo, ciertos miembros individuales serían destinados a trabajar en el seno de las organizaciones de masas y tratar de conseguir para el partido una influencia dominante sobre su política. He aquí un esquema a través del cual una élite cuidadosamente seleccionada, manteniendo firmemente los controles en sus manos, y segregándose organizativamente de las masas para evitar la relajación de su militancia revolucionaria, podría «utilizar» a las masas para el logro de sus objetivos.

Plejánov no hizo públicamente objeción alguna contra *¿Qué hacer?* hasta bastante después de la escisión del partido durante el segundo congreso, en 1903. Pueden abrigarse serias dudas sobre si las acusaciones que entonces hizo en su contra las

31 *Ibid.*, p. 461.
32 *Ibid.*, p. 458.

tenía tan claras mentalmente, como pretendió, en el momento de la publicación de la obra.[33] Muy bien pudo ser que tuviera algunas dudas entonces, pero evidentemente estaban más que compensadas por otra serie de consideraciones. La obra tenía el mérito, a ojos de Plejánov, de tratar con toda dureza a los antagonistas revisionistas y economicistas frente a los que él mismo militaba desde hacía años. Difícilmente podría poner objeciones a una obra que le defendía calurosamente, a él y al grupo Emancipación del Trabajo, y se hacía eco de sus propios sentimientos. Quizá Lenin exagerara la importancia de la «conciencia», pero las diferencias que les separaban eran sólo de grado, no de principio; y la exageración era comprensible en el calor de un enfrentamiento con un peligroso enemigo de la ortodoxia socialista. En cualquier caso, mientras continuase el enfrentamiento sería absurdo provocar divisiones en el seno de las filas propias. Por aquel entonces, Plejánov se mostraba muy sensible a los peligros de una excesiva dureza e intransigencia. El enemigo estaba a la derecha, no a la izquierda. Dadas dichas circunstancias, no comprendió plenamente las implicaciones de las nuevas ideas organizativas de Lenin; no entendía que Lenin y él, como el primero había observado al distinguir sus puntos de vista de los de los economicistas, hablaban en «idiomas diferentes». Por añadidura, las diferencias con Lenin sobre la organización del partido quizá parecieran académicas por entonces, tanto más cuanto que el partido sólo existía nominalmente en aquel momento.

Las consecuencias a que se llegaba en *¿Qué hacer?* iban a convertirse con el tiempo en motivo de una furiosa discusión pública, con Plejánov y Lenin en bandos opuestos. Sin embargo, en 1902, no fue la obra de Lenin sino la preparación del programa del partido la ocasión para la reanudación entre ambos de las hostilidades entre bastidores. Las conversaciones sobre la necesidad de redactar un programa para el partido se iniciaron en el verano de 1901, a medida que aumentaban las presiones para que se reuniese un nuevo congreso del partido. Lenin pidió a Plejánov y Axelrod que preparasen un esquema,[34] pero la obra de Plejánov fue la única presentada medio año más tarde. Lejos de encontrarse con la aprobación general, su presentación pro-

33 Plejánov, *Sochinéniia*, XIII, p. 135. Que tanto él como Axelrod manifestaron reservas respecto al *¿Qué hacer?* queda claro en *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 165.
34 *Léninski sbórnik*, III, pp. 192-193; *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 155.

vocó una crisis interna que por segunda vez amenazó con extinguir *Iskra*.

Cuando en enero de 1902 Plejánov dio a conocer su esquema de programa en una conferencia del consejo de redacción, Lenin y Mártov opusieron serias objeciones. Incapaz, como siempre, de acoger con elegancia las críticas, Plejánov se sintió profundamente ofendido por su reacción. Ante la propuesta de que se sometiesen a votación los distintos apartados del esquema, respondió retirándolo y marchándose hecho una furia. Después de algunos intentos de revisión, Lenin se convenció de que el intento de Plejánov había seguido un mal camino y se puso a trabajar en una contrapropuesta. Las reacciones que despertó su programa fueron varias, pero Plejánov desde el primer momento adoptó una postura decididamente negativa. Incapaz de olvidar fácilmente una «afrenta», al igual que hizo cuando su primer enfrentamiento con Lenin, de nuevo creó una atmósfera de amenazas y últimátums. Advirtió a Axelrod: «Si se aprueba la versión de Lenin, me veré obligado a declarar que yo no la considero satisfactoria, a pesar de todo. Se producirá algo semejante a un nuevo cisma». El, entonces, presentó una versión revisada de su esquema original que calificó de «tan distinta de la de Lenin... como el cielo de la tierra».[35] Evidentemente, Lenin encontró la revisión bastante poco celestial, pues la sometió a una nueva serie de fuertes críticas. Tras nuevas maniobras y recriminaciones, Plejánov se salió, al fin, con la suya. Para evitar una desbandada general, que nadie quería, se acordó que su esquema revisado se tomase como base para una nueva redacción hecha por un comité en que no figurarían ni él, ni Lenin. El comité preparó finalmente un documento de compromiso que, como la mayor parte de este tipo de documentos, no satisfizo a nadie por completo.

Las diferencias que habían provocado tan grave crisis en apariencia versaban tanto sobre la forma como sobre el contenido del programa. Significativamente, aquellas relativas al contenido sólo se plantearon después de estar muy avanzado el proceso de preparación del programa; en ese momento, a causa del daño que se habían causado el uno al otro, los sentimientos de los principales personajes implicados en el conflicto estaban fuertemente inflamados. Plejánov había desahogado su rencor insistiendo en que se rechazase el esquema de Lenin y se adoptase el suyo. Lenin, por así decirlo, respondió adoptando una actitud hipercrítica respecto al contenido del trabajo de Plejánov. Zasúlich, que intentó mediar entre ambos, no se equivocó demasiado cuando acusó a Lenin de «sutilizar».[36] De hecho, las «diferencias» sustantivas entre ambos parece que eran más imaginarias que reales, derivadas de una animosidad personal más que de discrepancias sobre puntos fundamentales.

35 *Ibid.*, 166-167; véase también *Léninski sbórnik*, III, p. 285.

De forma característica, cada uno acusaba al otro de reflejar inadecuada o incorrectamente las peculiaridades del capitalismo ruso.[37] Y ambos tenían razón. Los dos dedicaban la mayor parte, con mucho, de la sección general de sus respectivos programas a la exposición de las características especiales que Marx asociaba con las economías capitalistas maduras próximas a su fin.[38] Sólo entonces, y con extraordinaria brevedad, prestaban atención a las peculiaridades del capitalismo ruso, antes de pasar a la parte segunda de sus programas, la relativa a los objetivos específicos. La sección última de ambos programas adoptaba inesperadamente un punto de vista original, pues resultaba que lo que estaba pendiente no era la revolución socialista, tal y como se podía prever, sino más bien el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de una república democrática. Ambos esquemas, en efecto, se componían de dos partes diferentes, enlazadas entre sí únicamente por un par de breves párrafos relativos a las peculiaridades de la situación socio-económica de Rusia. Lo que estos documentos traslucían, sobre todo, era la situación anómala de un partido socialista, orientado por las teorías de Marx, en un país atrasado. Ambos esquemas defendían la necesidad de inculcar en los obreros una conciencia socialista (principalmente una antipatía contra el capitalismo), al tiempo que proyectaban una revolución democrática, no una socialista.

La otra crítica principal de Lenin al contenido del esquema de Plejánov difícilmente puede considerarse más seria, pues se reducía a sermonear a Plejánov sobre un tema sobre el cual él mismo había hecho correr ríos de tinta. La discusión, en este caso, hacía referencia a la dualidad política de la pequeña burguesía y las condiciones bajo las cuales, únicamente, podrían contar los socialdemócratas con su apoyo para una revolución socialista. En el momento del inicio de las discusiones sobre el programa, no había diferencias sustanciales entre ellos por tal motivo.

36 *Ibid.*, II, p. 74.
37 *Ibid.*, p. 86; *Literatúrnoe naslédie Plejánova* (La herencia literaria de Plejánov), I, p. 357.
38 Pueden compararse los dos programas en *Léninski sbórnik*, vol. II.

El motivo primario de las discusiones sobre el programa consistía en el diferente estilo de ambos, que encontró su expresión en la forma de sus respectivos programas. Lenin encontraba el esquema de Plejánov excesivamente prolijo y poco preciso y concreto en sus formulaciones. Esta opinión reflejaba su juicio, más general y más importante, de que Plejánov había redactado un documento demasiado abstracto y teórico. En su crítica más sucinta le acusaba de que aquello no era «un programa práctico para un partido en lucha, sino una declaración de principios».[39] Convencido de que el programa del partido debía ser un documento de agitación orientado hacia la mentalidad del pueblo, Lenin pretendía que fuera directo, sencillo y que causara un gran impacto. La descripción programática del capitalismo hecha por Plejánov respondía al estilo de un libro de texto, le reprochaba, mientras que la suya estaba calculada para provocar en el obrero el choque de reconocer su miserable destino, y la pasión por la lucha. Plejánov negó indignado la acusación, pero una comparación de ambos intentos tiende a confirmar la opinión de Lenin.

En sus días de *naródnik,* Plejánov había demostrado que podía ser un agitador y militante práctico, enérgico y afortunado. Su prolongada estancia en el extranjero le había divorciado de las actividades de este género y había embotado su sensibilidad ante sus exigencias. En el exilio había desarrollado sus intereses filosóficos que cada vez determinaban más su forma de entender el mundo. Por lo que respecta al movimiento revolucionario, tendía a verlo menos como un asunto en manos de hombres de carne y hueso, que en términos de proceso histórico, dialéctica y otras categorías abstractas semejantes. Lenin nunca concibió así el movimiento. Había hecho suyas las palabras de Goethe: «El gris, amigo mío, es la teoría, pero el verde es el imperecedero árbol de la vida». Organizador y agitador penetrante, característicamente mantuvo bajo su control directo las líneas de comunicación entre *Iskra* y el interior de Rusia; mantuvo una voluminosa correspondencia con los agentes de *Iskra,* siguiendo con enorme interés las variaciones en la orientación política de los distintos grupos y distribuyendo instrucciones increíblemente detalladas acerca de los caminos y medios a seguir para hacer que los acontecimientos tomaran un giro favorable a *Iskra.* Lenin estaba entregado a la actividad de organización práctica y comprendía lo necesaria que es para la toma del poder. En el período de publicación de *Iskra,* Plejánov, por

39 *Ibid.,* p. 65.

el contrario, tendía a ignorar los problemas organizativos, considerándolos tediosos y de menor importancia respecto al trabajo teórico. En aquellos años en que Lenin intentaba crear una base organizativa —y en el proceso se ganaba un número considerable de seguidores personales— Plejánov se dedicaba a los problemas teóricos con intensidad característica. En esta confrontación entre el organizador-agitador y el erudito-filósofo, aunque de ningún modo sea una confrontación absoluta, descansa una de las explicaciones de la posterior rivalidad entre ambos.

Extrañamente, la diferencia sustantiva realmente importante entre Plejánov y Lenin no se produjo respecto a la redacción del esquema de programa, sino una vez solucionado dicho asunto. La nueva e inesperada discusión se centró sobre un artículo de comentario acerca de la parte agraria del programa, que Lenin presentó para su publicación.[40] Inicialmente recibido con general aprobación por el consejo de redacción, no obstante, al ser revisado por Plejánov, lo encontró motivo para un nuevo ataque. La tensión que ello provocó fue doblemente aguda, pues, aparte de los motivos reales de discusión, este nuevo enfrentamiento representaba otra amarga escaramuza en la continua guerra personal entre Plejánov y Lenin. Todavía resentido por las agudas críticas de Lenin a su esquema, Plejánov aprovechaba ahora para devolver el golpe a su adversario. Sus comentarios escritos al manuscrito de Lenin tenían un tono protector, cuando no directamente desdeñoso. Cuanto más adelantaba, tanto más frecuentes y mordaces se hacían sus comentarios; y apenas dejaba pasar una línea sin introducir cambios en el estilo, muchos de ellos sumamente triviales. Añadiendo el insulto a la afrenta, pidió que varias de sus propuestas de cambios de estilo fueran sometidas a votación, un procedimiento sin precedentes en el consejo de redacción. Mártov no exageraba demasiado cuando declaró que Plejánov había empleado contra Lenin frases y métodos reservados de ordinario para los enemigos.[41]

A mediados de mayo el manuscrito volvió a caer en manos de Lenin. Irritado al principio por las observaciones desdeñosas, se indignó luego ante los constantes aguijonazos, las exigencias extraordinarias, la extrema falta de consideración ante los sentimientos del autor, y empezó a sembrar el manuscrito de réplicas ásperas, subrayados, dobles subrayados y signos de admiración.

40 El artículo y otra información sobre la polémica pueden encontrarse en *Léninski sbórnik,* vol. III.

41 Sobre esta carta fascinante, véase *ibid.,* pp. 423-427.

En cierto lugar, donde Plejánov planteaba una discusión sobre el uso de los signos de admiración, escribió Lenin: «¿Es tan difícil entender que cada cual tiene una forma personal de utilizar los signos de admiración, o es que el autor del comentario también quiere 'someter a votación' los signos de admiración? ¡Muy propio de él!».[42] Una vez terminada la revisión, Lenin se sentó furibundo ante la mesa y escribió a Plejánov una nota que levantaba ampollas:

> Acabo de recibir el artículo con sus observaciones. Bonita idea tiene usted del tacto que hay que tener con sus colegas de redacción. No duda usted en elegir las expresiones más desdeñosas, por no mencionar la «votación» sobre proposiciones que ni siquiera se toma la molestia de formular, e incluso la «votación» sobre cuestiones de estilo. Me gustaría saber lo que diría si respondiese a su artículo sobre el programa en el mismo tono. Si lo que usted pretendía era hacer imposible nuestro trabajo en común, en ese caso el camino que ha elegido pronto nos llevará a ese final. En lo referente a las relaciones personales, en cuanto distintas a las relaciones de trabajo, las acaba de arruinar totalmente, o para ser más exactos: acaba de conseguir que se terminen por completo.[43]

No se sabe si Lenin llegó nunca a enviar esta carta a Plejánov. No obstante, los sentimientos que expresa delataban sin lugar a dudas una nueva crisis dentro de *Iskra-Zariá*. Mártov compartía la opinión de Lenin acerca de que la conducta de Plejánov era intolerable, y se sintió alarmado porque ello provocara otro cisma. En consecuencia, por intermedio de Axelrod y Zasúlich, intentó hacer comprender a Plejánov la gravedad de la situación y la necesidad de rectificar.[44] Potresov pidió que se ejercieran las más fuertes presiones, advirtiendo a Lenin: «Plejánov probablemente no escribirá otro *Vademecum*, pero si lo hace, se destruirá a sí mismo ante la opinión pública».[45] Esta vez era la *troika*, y no Plejánov, quien forzaba los acontecimientos. En su afán de vindicación ante Lenin, se le había ido la mano. Aún a pesar de su lealtad hacia él, sus antiguos asociados no podían hacer otra cosa que admitir que había traspasado todos los límites de la decencia. Ellos no podían apoyar un cisma nuevo e infinitamente peligroso, no podían sacrificar el futuro del movimiento al orgullo de Plejánov.

42 *Ibíd.*, p. 381.
43 *Ibíd.*, p. 422.
44 *Ibíd.*, pp. 423-427.
45 *Ibíd.*, IV, pp. 118, 128.

Durante un período de dos o tres semanas, Zasúlich y Axelrod pusieron en juego todos los poderes a su alcance para hacer que Plejánov rectificara. Su poco envidiable tarea consistía en inducir al altivo Plejánov a mostrarse contrito, incluso, si fuera posible, a pedir perdón a Lenin. El éxito que tuvieron lo atestigua la carta que reproducimos. Ninguna de las cartas escritas por Plejánov le costó tanto trabajo como esta oferta de paz a Lenin. Empezando por lo que en él era una forma nada típica de encabezamiento —Queridísimo Vladímir Illich— proseguía:

> V. I. [Zasúlich] me informa acerca de una observación que has hecho sobre un determinado punto de mi artículo programático... Si quieres introducir algún cambio, o mejor, añadir una nota, envíame entonces la anotación en sucio, y en segundas pruebas lo insertaré...
>
> Aprovecho esta oportunidad, querido V. I., para decirte que te has ofendido injustamente, que no pretendía insultarte. Ambos nos hemos dejado arrastrar a extremos en la discusión sobre el programa, y eso es todo. Cuando nos volvamos a ver, podremos hablar cara a cara, «corazón a corazón» (y esto es lo más importante), y entonces —si eres imparcial— tú mismo verás que también yo tengo motivos para considerarme ofendido. Pero ahora dejemos a un lado este asunto privado en interés de otra, y mucho más importante, causa *común*. Cree en una cosa: que te respeto profundamente y que pienso que estamos más cerca el uno del otro en un 75 por 100 que cualquier otro miembro del «colegio»; en el restante 25, existen diferencias, pero, después de todo, 75 es tres veces más que 25, y en nombre de la armonía sería conveniente que olvidáramos nuestros desacuerdos...
>
> Por consiguiente, de nuevo, no sigas enfadado conmigo, y si quieres que te ofrezca algún tipo de satisfacción, escríbeme, y haré todo lo que pueda con objeto de no contrariar a un camarada tan útil para la causa y a quien, créeme, respeto con todo mi corazón.[46]

Lenin respondió calurosamente a lo que sin duda sabía había sido un gesto extremadamente difícil para Plejánov. «Se me acaba de quitar un enorme peso de encima», escribió, «cuando he recibido su carta, poniendo fin a las ideas de 'guerra civil'. Cuanto más inevitable parecía esta última, tanto más opresivos eran tales pensamientos, dado que las consecuencias para el partido hubieran sido extremadamente desafortunadas.»[47] Para mostrar su sensatez, Lenin consintió en hacer los cambios que todavía defendía Plejánov, pero Plejánov, por entonces, se

46 *Ibíd.*, III, pp. 429-430.
47 *Ibíd.*, p. 433.

abstuvo de presentar puntos de vista divergentes sobre el programa agrario. Una vez más se había soldado una seria grieta dentro de las filas de los dirigentes ortodoxos. No obstante, se acumulaban las animosidades personales, así como las diferencias de principio y de táctica, de forma que no podían ocultarse indefinidamente bajo el tapete. La discusión sobre el programa agrario puso al descubierto una de estas diferencias de importancia.

El que Lenin eligiera elaborar y defender la sección agraria del programa del partido es un punto de no poca importancia. Su propio esquema de programa, con sus frecuentes referencias a los campesinos y su destino, revelaba que él, en mucha mayor medida que Plejánov —y desde luego que cualquiera de sus colegas— era sensible a la potencialidad revolucionaria inherente a la cuestión agraria. En alguna de sus primeras obras, y en especial *El desarrollo del capitalismo en Rusia,* había subrayado la persistencia después del decreto de emancipación y hasta sus días de muchos aspectos de las relaciones agrarias peculiares a la servidumbre. Fue él quien incluyó en el programa una exigencia especialmente calculada para galvanizar al campesinado —la devolución de los *otrezki.* Se trataba de trozos de tierra esenciales para cualquier empresa agraria viable, que algunos antiguos propietarios nobles habían separado y se habían apropiado en tiempos de la Emancipación como medio de perpetuar la dependencia de los campesinos. Plejánov y los demás editores poco podían objetar a la idea de la devolución de los *otrezki.* Sin embargo, el desacuerdo respecto a los términos en que debían devolverse los *otrezki* fue uno de los motivos de discusión ante el artículo de Lenin sobre el programa agrario.

Respecto a otro punto —la petición de Lenin de que se nacionalizara la tierra— las diferencias eran mucho más importantes. No hay que precisar que Plejánov y los demás nada tenían que objetar a tal nacionalización a su debido tiempo: en la etapa de la revolución socialista, cuando se hiciera inminente la nacionalización de *todos* los medios de producción. Pero en su artículo, Lenin proponía descaradamente la nacionalización de la tierra como un posible y justo concomitante de la revolución contra el absolutismo (*). Tal política la concebía como un paso inmediato esencial, además de la devolución de los *otrezki,* dentro del programa socialdemócrata para el período de la primera revolución. Sin duda esperaba que tal reivindicación mantuviera despierto el fervor revolucionario de los campesinos, fortaleciendo de tal manera el poder de las fuerzas insurgentes y ayudándolas a consolidar la revolución democrática. El esquema de Lenin preveía la nacionalización no sólo de las tierras poseídas por el Estado, la Iglesia y los nobles, sino de todas las propiedades agrarias. No obstante, el nivel de desarrollo socio-económico en Rusia excluía, en su opinión, la utilización de esta propiedad como base para la organización de una producción socializada. En lugar de ello, la tierra sería arrendada a personas individuales, fuesen campesinos o no, en los términos más favorables.

* *Léninski sbórnik,* III, pp. 352-54. De hecho, en algunos de sus primeros escritos, también Plejánov había insinuado la posibilidad de que la socialdemocracia apoyase la nacionalización de la tierra en el curso de la revolución democrática.

Acostumbrados a pensar en términos de etapas históricas claramente diferenciadas entre sí, cada una de ellas con sus formas apropiadas, los compañeros de Lenin en *Iskra* no podían entender su deseo de poner en marcha la nacionalización de la tierra en una revolución destinada a tener un carácter burgués. El que no propusiese la organización socialista de la producción agrícola apenas mitigaba, a sus ojos, la esencial equivocación de su punto de vista. La devolución de los *otrezki* tenía un claro buen sentido, pues tal reivindicación simbolizaba la necesidad de liquidar los residuos del régimen feudal en el campo. Plejánov iba más allá, admitiendo la posibilidad de que las fuerzas revolucionarias pudieran defender la expropiación de los grandes latifundistas y la puesta a disposición de la población rural de tales tierras a bajo precio.[48] Reivindicaciones social-revolucionarias como ésta eran perfectamente compatibles con una revolución democrático-burguesa. Ello facilitaría, como lo había hecho la gran Revolución francesa, la aparición de una clase numerosa de propietarios libres. Pero la nacionalización de la tierra, que podía ser defendida justamente por los partidos socialistas de los países occidentales más avanzados, era tan inconsecuente en las presentes condiciones de Rusia como lo sería la exigencia de una transición inmediata al socialismo.

Lenin no prestó la menor atención a tales argumentos. Sólo después de que Plejánov hubiera ofrecido sus disculpas, retiró él los párrafos ofensivos, como prueba de sus deseos de armonía. Pero su postura sobre la cuestión agraria en 1905 y posteriormente demuestra concluyentemente que no había cambiado de idea. En este caso, como en el de las relaciones con los liberales, Lenin improvisaba tácticas significativamente distintas a las defendidas previamente por el grupo Emancipación del Tra-

48 Plejánov, *Sochinéniia,* XII, p. 237.

bajo. Los demás, y Plejánov a su cabeza, podían encontrar equivocada una fórmula basada en la dudosa suposición de que la reivindicación de la nacionalización de la tierra evocaría una respuesta positiva en el campesinado. Un campesinado mentalizado hacia la propiedad, ¿no se opondría a una revolución que proclamara la abolición de la propiedad privada de la tierra? ¿Y qué decir de la burguesía urbana? ¿No se mostraría propicia a apartarse de un movimiento revolucionario que anunciaba la inminente proscripción de ciertas formas de propiedad privada? ¿No era la nacionalización de la tierra una reivindicación capaz de inhibir, más que alentar, la revolución democrático-burguesa que el propio Lenin confesaba querer promover? Desde el punto de vista de sus críticos, introducir reivindicaciones propias de la revolución socialista en la democrático-burguesa podría impedir la realización de ambas.

El episodio ponía al descubierto ciertas características del pensamiento de Lenin que habrían de hacerse más visibles con el paso del tiempo. Su extraordinaria militancia le empujaba a una búsqueda incesante de medios y caminos prometedores de desatar las energías revolucionarias. Plejánov y otros dirigentes socialdemócratas rusos estaban también profundamente interesados en el mismo problema, pero no dudaban en considerar al proletariado como campo para sus actividades. La resuelta preocupación de Lenin por acelerar el proceso revolucionario hacía que prestase atención a todos los puntos. Se había planteado a sí mismo la tarea de desatar el gran potencial revolucionario que adivinaba en el campesinado y utilizarlo para el logro de los objetivos de la socialdemocracia. La reivindicación de Lenin de nacionalizar la tierra en conjunción con la primera revolución difícilmente parecía una táctica apropiada para movilizar al campesinado. Pero sólo la hubiera descartado —caso de que lo hubiera hecho— por razones pragmáticas y no por motivos doctrinales. La insistencia de sus camaradas en que la nacionalización estaba indefectiblemente asociada a la revolución socialista no podía conmoverle.

La voluntad revolucionaria de Lenin presionaba en contra de los estrechos límites deterministas dentro de los que los pioneros del marxismo ruso habían encajado al movimiento revolucionario. Dentro del propio esquema revolucionario de Plejánov, y más recientemente en los esquemas de programa de ambos personajes, ciertas incongruencias de carácter fundamental sometían a una considerable presión la integridad del conjunto. Cuando a ello se añadían elementos tan en contraposición con el carácter previsto para la primera revolución, como lo

eran la extremada hostilidad de Lenin frente a los liberales y su prisa por reivindicar la nacionalización de la tierra, la original teoría revolucionaria del marxismo ruso no podía sostenerse por más tiempo. Después de haber desarrollado los elementos de una nueva teoría revolucionaria —y no hay que decir que sus peculiares ideas organizativas representaban otro ingrediente de gran importancia—, Lenin, semiinconscientemente, intentaba romper los límites del esquema revolucionario en dos etapas de Plejánov. Llegaría un tiempo en que ya no podría imponérsele un freno, en que haría a un lado todos los impedimentos teóricos y deliberadamente desataría el torbellino.

La especial política de Lenin respecto a los liberales y los campesinos iba a forjarse en el crisol de la propia revolución. Su esquema organizativo, por el contrario, requería una realización más o menos inmediata, pues figuraba como el medio a través del cual el partido socialdemócrata iba a aprestarse para la inmediata batalla y asegurar su efectividad cuando se produjese la crisis revolucionaria. De acuerdo con ello, el primer enfrentamiento público en torno a lo que iba a conocerse como leninismo estalló en el congreso reunido en 1903 para unificar y dar una estructura organizativa al partido. En el centro de las discusiones que iban a provocar la división del PSDR en las facciones bolchevique y menchevique estaban las ideas contenidas en el *¿Qué hacer?*

13.—CISMA REVOLUCIONARIO, II

El segundo congreso del POSDR, convocado cinco años después del primero, significó realmente la culminación de la labor de *Iskra.* Desde su fundación, dicha empresa había estado dirigida al restablecimiento de la ortodoxia marxista como condición previa necesaria para la unión efectiva de los elementos dispersos del movimiento socialdemócrata ruso en un partido auténtico. Bajo la solícita dirección de Lenin, la empresa funcionó eficazmente desde el primer momento. Durante los dos años y medio que mediaron entre su inauguración y la convocatoria del segundo congreso, *Iskra* cosechó un brillante éxito.

Los números del periódico aparecieron regularmente, primero a intervalos de un mes y luego cada dos semanas, y, tras un contratiempo en que se perdió parte de la tirada del primer número, se ajustaron rutas de transporte seguras para su introducción en Rusia. Nada semejante se había visto desde los tiempos de *Kólokol* de Herzen. De hecho, las copias de *Iskra* entraban en Rusia en cantidades mucho mayores que las alcanzadas jamás por el periódico de Herzen, y, con su complemento de grandes colaboradores, causó un sorprendente impacto en los medios socialdemócratas. Era apoyado por un abundante flujo de correspondencia procedente de muchos puntos; es más, se rodeó de un equipo de agentes (había nueve a fines de 1901) [1] que libraban la batalla en favor de la ortodoxia en el seno de las organizaciones locales operantes en el interior de Rusia. Dificultades financieras se dejaban sentir de vez en cuando, pero eran superadas. Plejánov expresó su profunda satisfacción con la nueva aventura con motivo de una consulta que se le hizo relativa a la conveniencia de hacer una petición de auxilio financiero a los amigos ingleses de la libertad en Rusia. «*Iskra* debe salvarse sea como sea», escribió, «de forma que si fuera necesario recurrir al diablo en persona para salvarlo, recurriríamos a él». [2]

1 *Pisma P. B. Akselroda i Y. O. Mártova* (Cartas de P. B. Axelrod y Y. O. Mártov), I, p. 46.

Bajo el persistente martilleo de *Iskra,* las fuerzas del economicismo fueron gradualmente pulverizadas. Las operaciones combinadas de la artillería pesada en el extranjero, con sus implacables salvas en letra de imprenta, y las maniobras agresivas de los agentes de *Iskra* en las primeras líneas, tuvieron por efecto la captación de una organización local tras otra. En cuanto al exilio, una característica del momento fue la deserción, a principios de 1903, de algunos dirigentes de la USDR, incluido Ivanshin; [3] otra, la pérdida de la periodicidad en la publicación de *Rabócheie dielo. Iskra* estaba consiguiendo su propósito de convertirse en el centro ideológico y organizativo del partido.

Por supuesto, los editores de *Iskra* consideraban como objetivo principal suyo la realización de un congreso que uniera formalmente a las distintas secciones y creara los organismos centralizadores necesarios para la coordinación de sus actividades. Sin embargo, cuando ya a mediados de 1901 empezaron a aumentar las presiones para la convocatoria de tal congreso, la junta editorial trabajó febrilmente para postponerlo hasta el momento en que nadie pudiera poner en duda su supremacía. [4] Por una parte, ello significaba que los agentes en Rusia debían redoblar sus esfuerzos para asegurar que los delegados pro-*Iskra* estuvieran en mayoría. Por otra, la junta editorial debía trabajar dura y eficazmente para preparar el esquema de programa del partido que, según se pretendía, debía determinar el curso ideológico del congreso. En resumen, *Iskra* no tomaría parte en un nuevo congreso del partido hasta que no se hubieran establecido las condiciones para unir al partido bajo *sus* propios términos. Su cooperación activa en la preparación del congreso que se reunió en 1903 indica su convencimiento de que las condiciones eran favorables, de que *Iskra* se impondría.

El titulado segundo congreso del POSDR, aunque en realidad fuera un congreso de fundación, dio comienzo en Bruselas en julio de 1903. En medio de su celebración se trasladó a Londres, circunstancia que habla por sí sola de su duración extraordinaria. Ningún otro congreso de partido, puede asegurarse sin lugar a dudas, ni siquiera se aproximó a las tres semanas de duración y treinta y siete sesiones de la asamblea de 1903.

2 *Léninski sbórnik* (Recopilación leninista), III, p. 156.
3 *Pisma Akselroda i Mártova,* I, p. 79.
4 Ver, por ejemplo, la carta en *Léninski sbórnik,* IV, p. 172.

Para encontrar un paralelo, habría que pensar en los concilios eclesiásticos más que en los congresos de partido. Y, al igual que en los concilios eclesiásticos, la larga duración del congreso del partido reflejaba la sorprendente preocupación de los marxistas rusos por los detalles doctrinales y los principios organizativos. En visión retrospectiva, ¿es tan caprichoso sugerir que el congreso de 1903 fundó más una secta religiosa (o quizá dos) que un partido?

El congreso reunió a 43 delegados, representantes de 26 organizaciones locales. De los 51 votos acreditados, 33 se daban como seguros para *Iskra*. Liquidado el economicismo, sólo participaban en el congreso dos antiguos economicistas. Se anticipaba que la organización socialdemócrata judía, el Bund, podría causar problemas; pero *Iskra* disponía de votos más que suficientes para ahogar la petición del Bund de una cierta autonomía para los grupos nacionales dentro del partido. El poder del contingente ortodoxo era puesto de relieve por la presencia en sus filas de las principales luminarias del partido. El grupo Emancipación del Trabajo, *in toto* (incluido incluso Deutsch, quien pocos años antes había escapado de Siberia y estaba exiliado en Suiza), tomaba asiento en el congreso como reconocimiento a sus históricos servicios. Presente estaba también la troika, cuyos miembros tanto habían contribuido a consolidar *Iskra-Zariá* y convertirla en un poderoso agente en la conformación del movimiento. Un recién llegado relativamente, que ya había demostrado un gran talento literario y como orador —el joven Trotski—, tomaba asiento, también, al lado de *Iskra*.

Plejánov abrió el congreso con una breve alocución:

> Camaradas: me ha pedido el comité organizador que abra el segundo congreso del POSDR. Considero este gran honor que se me hace únicamente como un empeño por parte del comité organizador por expresar su simpatía de camaradas hacia aquel grupo de veteranos de la socialdemocracia rusa que hace veinte años, en 1883, inició la propaganda de las ideas socialdemócratas dentro de la literatura revolucionaria rusa. Por esa simpatía de camaradas, en nombre de aquellos veteranos, quiero expresar al comité organizador mi más sincero agradecimiento de camarada. Me agrada pensar que, al menos algunos de nosotros, estaremos destinados a luchar por largo tiempo, en el futuro, bajo la enseña roja, hombro con hombro con nuevos combatientes jóvenes y cada vez más numerosos. Los acontecimientos en este momento son tan favorables para nuestro partido que todos nosotros, los socialdemócratas, podemos exclamar, y quizá ya lo hayamos hecho más de una vez, repitiendo las palabras del caballero del humanismo: «*Maravilloso es vivir en semejante época*»...

> He dicho que los acontecimientos en este momento son extraordinariamente favorables para nuestro partido. Tales palabras quizá puedan parecer exageradas en vista de las muchas confusiones, diferencias y desacuerdos que se han dejado sentir durante los últimos cinco años. Tales confusiones, diferencias y desacuerdos indudablemente fueron importantes y amargos. Pero no han podido evitar que nuestro partido se haya convertido —tanto en el campo de la teoría como en el de la práctica— en el partido revolucionario y de oposición más fuerte de Rusia. A pesar de todas nuestras diferencias y desacuerdos, hemos conseguido, hasta el momento, más de un glorioso triunfo en el campo teórico y muchos grandes éxitos en la práctica. Hace veinte años no éramos nada, hoy constituimos una gran fuerza social; digo esto, por supuesto, teniendo en cuenta la escala de valores en Rusia. Pero la fuerza trae consigo nuevas responsabilidades. Somos fuertes, pero nuestra fuerza ha sido originada por una situación en que nos vimos favorecidos por una serie de factores espontáneos. Debemos dar a esta fuerza *espontánea* una expresión *consciente* en nuestro programa, en nuestra táctica, en nuestra organización. Tal es la labor encomendada a nuestro congreso, que, como podéis ver, ha de hacer frente a un trabajo extremadamente serio y difícil. Pero tengo la seguridad de que este trabajo serio y difícil será llevado felizmente a su conclusión y que este congreso señalará una etapa en la historia de nuestro partido. Hemos sido fuertes, y el congreso aumentará grandemente nuestra fuerza. Lo declaro abierto y propongo que se proceda a la elección de la presidencia.[5]

La exposición de Plejánov fue saludada con una prolongada ovación, e inmediatamente fue elegido por aclamación presidente de las sesiones.

No se equivocaba Plejánov al predecir que este congreso iba a señalar una etapa en la historia del POSDR; pero su confianza en que el congreso vendría a unificar fuerzas, y de tal forma promocionaría grandemente la fuerza del partido, no podía ser más equivocada. Al pronunciar sus palabras de apertura, no podía Plejánov imaginar que el congreso de 1903 pasaría a la historia como ocasión de la más formidable e irreparable ruptura en toda la historia de la socialdemocracia rusa. En las reuniones de Bruselas-Londres el partido se dividió en dos, dando origen a las facciones bolchevique y menchevique. Lo que es más, era imposible adivinar los puntos a partir de los cuales se produjo la escisión. Los representantes del Bund y los antiguos economicistas abandonaron el congreso, como era de prever, cuando se vieron derrotados una vez tras otra. Pero su abandono no causó el mayor cisma dentro del congreso. Este

5 *Vtorói sezd RSDRP, protokoli* (II congreso del POSDR, actas), páginas 5-6.

tampoco provino de la disolución de la alianza un tanto inestable entre el grupo Emancipación del Trabajo y la *troika*. En cambio, la escisión fundamental afectaría tanto al uno como a la otra, y también a las filas de los delegados de menor importancia. En una aparente parodia de todo lo sucedido anteriormente, enfrentó a Plejánov con los camaradas junto a los cuales había sentado las bases del marxismo ruso; enfrentó a Lenin con sus asociados más íntimos, los restantes miembros de la *troika;* y lo más increíble de todo, alineó *en un mismo bando* a Plejánov y Lenin, los dos personajes cuyas repetidas discusiones habían hecho tan tempestuosa la vida organizativa interna de *Iskra*.

Indudablemente, Lenin fue el cerebro director del congreso. Nadie tenía tan claro como él lo que pretendía del congreso y cómo conseguirlo. Tan cuidadosa y concienzudamente había hecho Lenin sus preparativos que la posibilidad de un desliz debió parecerle más que remota. El había sido quien había redactado la agenda, fijando de esta forma las cuestiones que el congreso estudiaría. Entre ellas figuraba una propuesta de confirmación de *Iskra* como órgano oficial del partido. El congreso iba a encontrarse con una propuesta de programa político que, dado un curso normal de los acontecimientos, sería drásticamente imposible alterar en una reunión de ese tipo. Había preparado también, para su presentación ante el congreso, una propuesta de estatutos internos, en la que se definían la estructura organizativa y el sistema de trabajo del partido. Bajo su dirección, los agentes de *Iskra* habían garantizado una mayoría de iskristas, un grupo estrechamente unido dispuesto a aplastar cualquier oposición que pudiera presentarse. Aunque se preveían discusiones, la composición del cuerpo de delegados garantizaba —creía Lenin— que el congreso no sería tanto una asamblea constituyente con capacidad creativa, como un sello que avalaría las decisiones tomadas previamente.

La principal preocupación de Lenin era llevar a la práctica el proyecto organizativo que había perfilado en *¿Qué hacer?* Las prolongadas discusiones sobre el programa, en el año 1902, habían terminado solventando todas las diferencias en el seno del consejo de redacción. Pero, lamentablemente, los editores no habían discutido a fondo la cuestión organizativa antes del congreso. Que no lo hicieran, nos induce a creer que ni Lenin ni ninguno de sus camaradas preveían que este tema originara problemas serios. La alocución de apertura de Plejánov, con su planteamiento de las labores del congreso al modo leninista, traslucía su solidaridad con el antiguo rival. Al subrayar la necesidad de subordinar la espontaneidad (el movimiento de masas) a la conciencia (el partido), por supuesto se hacía eco del tema de fondo del *¿Qué hacer?* En ese momento, ni él, ni Mártov, ni Axelrod, ni ninguno de los restantes miembros del consejo de redacción de *Iskra*, imaginaba que, a no tardar, precisamente este tema iba a convertirse en motivo de fuertes disensiones. *Iskra* había diferido la convocatoria de un congreso del partido hasta que se mostraron propicias las condiciones para conseguir la unidad en base a *sus* propios términos. El congreso de 1903 revelaría que, a pesar de su prolongada colaboración, los mismos editores no estaban de acuerdo en cuáles eran esos términos.

Durante la primera fase del congreso, el grupo de *Iskra* se mantuvo firmemente unido. Los dirigentes de *Iskra* se mostraron de acuerdo en todos los puntos importantes relativos a las discusiones de procedimiento, las cuestiones organizativas preliminares y el programa, y arrastraron a los demás representantes con ellos. La decidida oposición de los delegados del Bund y la USDR era infructuosa, pues al llegar el momento de las votaciones eran vencidos sistemáticamente. No obstante, el enfrentamiento no dejó de surtir efecto sobre algunos miembros del grupo *Iskra*. Sea cual fuere la postura que hubieran adoptado previamente, los representantes del Bund y la USDR defendieron en el congreso unas posiciones que no parecían tan inequívocamente condenables. Aun a pesar de la petición de autonomía hecha por el Bund, los disidentes no idealizaban la descentralización y la democratización. Representantes de ambas organizaciones se declararon centralistas;[6] y M. I. Lieber, uno de los principales portavoces del Bund, replicó negativamente a una pregunta directa relativa a la viabilidad de la democracia dentro de las organizaciones locales, en las circunstancias entonces presentes.[7] Si bien los iskristas siguieron manteniendo la unidad en las votaciones, de los acontecimientos posteriores se deduce claramente que, para algunos de ellos, ciertas vagas nubes de duda empezaban a insinuarse en el limpio azul de la certidumbre. ¿Eran realmente los adversarios tan irracionales? ¿Era justo tratarles como indeseables? No parecían comportarse como extremistas; quizá tuvieran algo de razón en su crítica de lo que calificaban como extremismo de la mayoría.

La discusión a fondo del programa era difícil que mitigara tales dudas. Se inició con una aguda crítica de la fórmula espon-

6 *Ibid.*, pp. 118, 171.
7 *Ibid.*, p. 160.

taneidad-conciencia de Lenin,[8] que A. S. Martínov aseguró veía reflejada en el programa. Tras repudiar abiertamente el economicismo con el que antes había estado asociado, acusó a Lenin de caer en nuevos extremos como reacción frente a él. Martínov, que estaba dispuesto a reconocer la importancia de la *intelligentsia* socialista, en contra de la opinión de los economicistas, acusaba a Lenin de exagerar su papel y de no reconocer la importancia central que para el movimiento socialista tenía el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado. Al solicitar una alteración del programa en este sentido, como si quisiera introducir una cuña en las fuerzas de la mayoría, recordó las apreciaciones más positivas de Plejánov sobre las posibilidades de desarrollo de la conciencia de clase del proletariado.

Martínov (secundado por Akímov) acababa de apuntar un problema crítico en la teoría de Lenin, problema que ciertamente tuvo también que preocupar a sus compañeros de la junta editorial. Pero las exigencias de la unidad de grupo de nuevo se impusieron sobre los impulsos a la discusión abierta e imparcial del problema. Incapaz de negar la fuerza de los argumentos de Martínov, Plejánov, no obstante, se negó a admitir que Lenin se hubiera equivocado seriamente, en especial después de que éste concediese que había cargado las tintas en favor de la conciencia como reacción frente a la deplorable predilección de los economicistas por la espontaneidad. En respuesta a las críticas, dijo Plejánov:

> Napoleón tenía pasión por divorciar a sus mariscales de sus mujeres; algunos mariscales se rindieron ante él, aunque amaban a sus mujeres. El camarada Akímov es como Napoleón: quiere a toda costa divorciarme de Lenin. Pero yo tengo más carácter que los mariscales de Napoleón. No tengo intención de divorciarme de Lenin y espero que él no tenga intención de divorciarse de mí.[9]

En aras de la solidaridad frente a una amenaza economicista que ya no existía desde hacía tiempo, Plejánov se oponía a una revisión del programa que hubiera hecho que respondiera más estrechamente a la teoría que él mismo había defendido a lo largo de dos décadas. La fuerza de los argumentos de Martínov, en cualquier caso, no se perdió en el vacío.

Las primeras escaramuzas entre los iskristas y los representantes del Bund y la USRD insinuaban que las diferencias entre ellos no se podían resumir propiamente en la oposición centralismo frente a anticentralismo o descentralización. Más bien se trataba de un desacuerdo en cuanto al grado de centralismo necesario y conveniente para la mejor marcha del movimiento. El problema se planteó en toda su agudeza en una sesión crítica del congreso en que se discutió la organización y poderes de los organismos centrales del partido. Rechazando las peticiones de que se fijaran cuidadosamente los poderes del Comité Central, que era el encargado de la dirección práctica del partido, Lenin insistió en dejar al propio Comité la definición de su esfera de competencia. Ello era esencial, argüía, porque los intereses del partido era probable que exigieran la frecuente intervención del Comité Central en los asuntos de los grupos locales.[10] Sobresaltados ante esta exigencia extraordinaria, los representantes del Bund y la USDR alzaron sus protestas en contra de un modelo organizativo que amenazaba con convertir a las organizaciones locales en simples apéndices del Comité Central. Trotski, uno de los agentes más agresivos dentro del grupo *Iskra*, advirtió claramente que semejante norma interna expresaba justamente la desconfianza del partido frente a sus partes componentes, por medio de la atribución al Comité Central de un control sobre ellas.[11] En este caso, la oposición fue derrotada por una gran mayoría de votos en que se sumaban no sólo el de Plejánov, sino además el de Mártov.

La monolítica unidad del grupo *Iskra* lo hacía invulnerable ante cualquier oposición. Difícilmente podían imaginar que en la fase segunda del congreso dicha unidad quedaría hecha añicos. La primera fase había demostrado con qué facilidad se podía derrotar a los enemigos de *Iskra*. Como muchas otras alianzas frente a un enemigo común, ésta empezó a desintegrarse una vez derrotado el enemigo. Demostrada su impotencia, las diferencias que los aliados habían ocultado en aras a la unidad volvían a dejarse sentir y a entrar en juego. Lenin había conseguido un triunfo total en la fase primera del congreso. En la segunda, no podría mantener la unidad de sus fuerzas; el enfrentamiento Bund-USDR contra *Iskra* sería desplazado por una nueva composición de fuerzas.

La batalla se desató con motivo de la presentación para su aprobación por el congreso de la propuesta de estatutos para el partido elaborada por Lenin. El párrafo 1 de estos estatutos, elaborados personalmente por Lenin, estaba destinado a ser el principal motivo de discusión. Decía: «Será considerado miem-

8 *Ibid.*, pp. 108-119.
9 *Ibid.*, pp. 136-137.

10 *Ibid.*, pp. 163-164.
11 *Ibid.*, p. 169.

bro del partido todo aquel que acepte su programa y le preste su apoyo no sólo material sino integrándose personalmente en una de las organizaciones del partido». Lenin antes del congreso, había explicado su propuesta a Mártov, quien, aunque encontró la definición un tanto inquietante, en apariencia no había considerado que el asunto fuera lo suficiente importante como para plantearlo ante el consejo de redacción (*). Posteriores reflexiones acerca de sus implicaciones y luego la acumulación durante el congreso de inquietantes pruebas, según parece, le impulsaron a provocar una discusión. Sea como fuere, considerando inadecuada la fórmula de Lenin, Mártov presentó una contrapropuesta en que desaparecía la parte final exigiendo una contribución de tipo personal bajo el control y dirección de una de las organizaciones del partido. El calor de la discusión así provocada dejó en evidencia que las partes en oposición concedían una gran importancia a lo que, en apariencia, no era más que una diferencia trivial. No sólo originó el problema un agudo desacuerdo, sino que provocó un cisma en el consejo de redacción de *Iskra*, y, según demostrarían los hechos, también en el partido.

Mártov, apoyado por Axelrod, Trotski y otros, interpretaba correctamente el párrafo citado de Lenin como un dispositivo calculado para restringir severamente la afiliación al partido. Dicha propuesta, un intento de llevar a la práctica una de las ideas básicas del *¿Qué hacer?*, violaba su concepto de la naturaleza de un partido socialista. Los martovistas nada tenían que oponer a una organización clandestina de revolucionarios profesionales; es más, reconocían la necesidad de tal organización, pero *dentro* del partido. Pero se negaban a identificar —como creían que Lenin pretendía— a la una con el otro. Aspirando a la constitución de un partido obrero de masas, afirmó Mártov: «Cuanto más extendido esté el título de miembro del partido, tanto mejor. Sólo nos quedará alegrarnos si cada huelguista, cada manifestante, al dar una explicación de su conducta, se declara miembro del partido». [12] La respuesta de Lenin demostró que le preocupaba mucho más el mantenimiento del «rigor de la línea y la pureza de los principios» que la construcción de un partido de grandes dimensiones. De hecho, consideraba ambas cosas incompatibles y, sin dudarlo, rechazó la contrapropuesta de Mártov alegando que ello significaría admitir en el seno del partido «a toda clase de elementos dispersadores, vacilantes y oportunistas». Con un partido numeroso, relajado, sería imposible controlar a sus miembros. [13]

* Haimson, *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism*, pp. 169-170. Mártov, muchos años después, escribiría que algunos miembros del consejo de redacción habían dado muestras de cierta insatisfacción antes del Congreso. *Istoriia rossiiskoi sotsial-demokraticheskoi parti*, p. 68.

12 *Ibid.*, p. 263.

Plejánov tomó la defensa de la fórmula de Lenin antes que su propio autor. [14] Es más, al calificar los votos en favor de la propuesta de Lenin como votos contra el oportunismo, descubrió la clave de la defensa de Lenin. ¿Qué otra cosa podía hacer, cuando la postura de Lenin demostraba claramente que había asimilado la lección que el propio Plejánov le había querido dar en las discusiones entre ambos que habían preparado el nacimiento de *Iskra?* Pero la solidaridad que le inspiraba Lenin en su defensa de la necesidad de vigilancia frente al oportunismo le impedía ver las implicaciones de la fórmula de Lenin, con las que difícilmente hubiera podido mostrarse conforme. Su defensa dejaba traslucir una interpretación del párrafo en discusión distinta tanto de la que hacía su autor como de la que hacían sus oponentes. Mientras el uno no dudaba en excluir a las masas obreras del partido, y los otros se oponían sin reservas a semejante política, Plejánov no se daba cuenta de que los obreros realmente estaban implicados en la cuestión. El argüía que la exigencia de disciplina (asociada al trabajo en el seno de una organización del partido) no significaba excluir a los obreros, olvidando observar que el nivel teórico que Lenin consideraba indispensable para la afiliación al partido marginaría a la inmensa mayoría. Para Plejánov, la propuesta de Lenin debía ser aprobada porque evitaría la afiliación al partido de aquellos miembros de la *intelligentsia* que se oponían a la disciplina porque estaban corrompidos por el «individualismo burgués». Excluir a semejantes personas significaría cerrar la puerta al oportunismo y por consiguiente fortalecer el partido.

Dígase lo que se diga de la conducta de Plejánov durante el congreso, lo cierto es que no dejó de ser congruente. Algo que sería imposible afirmar de Mártov y sus seguidores. Nadie ha intentado resolver un enigma que exige respuesta: ¿Cómo armonizar el apoyo de Mártov a Lenin, en la cuestión de los poderes del Comité Central, con su rebelión frente a la fórmula del otro en la cuestión de la afiliación al partido? ¿Cómo pudieron Mártov y sus seguidores deglutir el supercentralismo e ilimitado autoritarismo defendidos por Lenin y, más tarde, discutir la propuesta de necesidad de integración personal en una organi-

13 *Ibid.*, pp. 276-277.

14 *Ibid.*, pp. 271-272.

zación del partido como requisito para la afiliación al mismo? Si, como con seguridad fue el caso, las presiones para mantener la unidad de la facción funcionaron en el primer caso, ¿por qué no lo hicieron en el segundo? En el momento de plantearse la discusión sobre el tema de los poderes del Comité Central ya estaba clara la impotencia de la oposición a *Iskra*. Por entonces, también, los delegados del Bund-USDR habían ganado muchos puntos que debieron aguzar la insatisfacción de Mártov con algunas de las fórmulas de Lenin. Dado que no rompió con su facción hasta más tarde, estos factores, aunque indudablemente reales, no explican convenientemente el comportamiento de Mártov.

La explicación no parece ser otra que la relativa insensibilidad de Mártov y sus seguidores, en principio, ante los peligros implícitos en el supercentralismo de Lenin. En parte, esta circunstancia es atribuible a las mismas circunstancias dentro del movimiento socialista que reforzaron las tendencias jacobinas de Plejánov y convirtieron a Lenin en un bolchevique. Lo que quizá es más importante: su tolerancia frente a un centralismo extremo debe examinarse al contraluz de sus experiencias en la empresa *Iskra*. *Iskra*, como ya hemos subrayado, representaba un intento, por parte de unos cuantos intelectuales autoseleccionados, de dar forma al movimiento obrero ruso según un modelo preconcebido. El poder se concentraba en manos de una pequeña camarilla, que empleaba toda clase de medios, honrados o no, para extender su influencia, sin admitir, al propio tiempo, dentro de los círculos de control, a aquellos que conseguía organizar. Las actividades de los agentes de *Iskra* en el interior de Rusia prefiguraban el derecho de intervención por el Comité Central en las organizaciones locales que defendía Lenin. No sólo Lenin, sino Mártov y los demás, terminaron acostumbrándose a este estilo de trabajo. Dado, además, que se había visto culminado por el éxito, existía una natural inclinación a perpetuarlo en la organización formal del partido. Esto era lo que conscientemente pretendía hacer Lenin, y su iniciativa no despertó oposición alguna entre sus camaradas.

La alternativa entre un partido reducido frente a uno de grandes dimensiones significaba otro problema, o al menos eso era lo que opinaban los martovistas. Reaccionaban contra aquel aspecto del esquema organizativo de Lenin que se oponía a sus convicciones más profundas acerca del proletariado y el partido, pero hasta el momento no habían podido entender la relación íntima existente entre aquello frente a lo que se rebelaban y lo que habían estado dispuestos a aceptar. El concepto de un

partido reducido y la petición de Lenin de un Comité Central dotado de todos los poderes no eran, en realidad, más que dos aspectos distintos de una misma construcción teórica. Esencial a ella era la desconfianza frente a las masas, la convicción de que eran pocos los que tenían conciencia socialista. Y dado que la consecución final del socialismo dependía de estos pocos, sus principales representantes debían concentrarse en los organismos centrales del partido: el Comité Central debía representar la conciencia socialista encarnada. Dentro de las organizaciones locales, la conciencia socialista estaba expuesta a la disolución por un mayor o menor grado de oportunismo. Por consiguiente, era el Comité Central quien debía tener control sobre las organizaciones locales en vez de ser al contrario. Para asegurar la inquebrantable persecución de los fines del movimiento, debía tener derecho a intervenir, a contraatacar y eliminar el oportunismo. Debía reconocerse al Comité Central unos poderes en armonía con la enorme importancia de su función.

Los mismos presupuestos apuntaban hacia la conveniencia de un partido reducido frente a uno de amplias dimensiones. Si sólo eran pocos quienes tenían una conciencia socialista —si, por consiguiente, el rigor del partido, esencial para su victoria, estaba amenazado constantemente desde abajo por el oportunismo— estaba claro que un partido reducido sería más fuerte que un partido más amplio. No obstante, sólo después se darían cuenta Mártov y sus seguidores de la relación existente entre un partido reducido y unos organismos centrales todopoderosos, y condenarían tanto lo uno como lo otro. En su opinión, hasta el momento, el sistema de trabajo de *Iskra* no estaba en absoluto en contradicción con el compromiso de construir un partido de masas. Que ambas cosas no eran compatibles lo vinieron a reconocer al fin de cara a la pretensión de Lenin de sancionar formalmente un partido elitista. Obligados a una elección, optaron por un partido amplio, proletario. Y al mismo tiempo reconocieron tácitamente que el *modus operandi* de *Iskra* sólo podría justificarse en último extremo como improvisación para hacer frente a una situación específica y limitada. Se negaron a aprobar, como pretendía Lenin, su elevación a la dignidad de principio general.

Llegado el momento de la votación del artículo 1 de los estatutos, la propuesta de Lenin fue derrotada y adoptada la de Mártov por una mayoría que incluía, además de un número sustancial de iskristas (incluidos cuatro de los seis miembros del consejo de redacción), a los representantes del Bund y los ex-eco-

nomicistas. La obsesión de Lenin contra el oportunismo ya le había llevado a la conclusión radical de que era preciso excluir a las masas proletarias del partido del proletariado. La derrota que acababa de sufrir le inducía a ir todavía más allá. En el *¿Qué hacer?* había dejado clara su convicción de que los oponentes al exclusivismo de la ortodoxia estaban dispuestos a sumergir al partido en el «pantano» del oportunismo. «Sois libres», escribía, «de precipitaros ... en el pantano... Y nosotros estamos dispuestos a daros toda la ayuda necesaria para que así lo hagáis... Pero también somos "libres", nosotros, de ir a dónde nos plazca, libres no sólo de luchar contra el pantano, sino además contra aquellos que se dirigen hacia él».[15] La derrota de Lenin en el congreso, sin duda, le sugería que, aun a pesar de todos sus esfuerzos, el partido estaba hundiéndose en el cenagal. Incluso aquellos más próximos a él no tenían suficiente conciencia del amenazante peligro oportunista y, por eso mismo, no se podía confiar en ellos. Si no se podía esperar de ellos que dieran los pasos necesarios para garantizar la pureza del partido, en tal caso habría que encontrar los medios para mantener a tales «blandos» alejados del poder. Sólo se podía confiar en los guardianes de más indudable fidelidad a la más pura ortodoxia (es decir, aquellos que infaliblemente seguían las indicaciones de Lenin). En resumen, había que trazar una nueva línea de división, línea que afectaría al círculo más recóndito del partido.

Según pudo comprobarse, los acontecimientos conspiraban en favor de los propósitos de Lenin. Después de la discusión de los estatutos del partido, los representantes del Bund y los ex-economicistas abandonaron el congreso (*). Su abandono transformó la minoría de Lenin en una reducida mayoría, lo que fue la base del nombre de bolcheviques, frente al de la minoría, mencheviques, con que fueron denominadas las dos facciones a partir del congreso. Lenin maniobraba ahora para conseguir el dominio dentro del partido, atrincherándose él mismo y sus más fieles seguidores en los organismos centrales: el Comité Central, el órgano del partido, *Iskra*, y el Consejo del partido (un organismo supremo que debía mediar entre los dos).

Las escenas más emotivas del congreso se produjeron al ir apurando Lenin su ventaja. El cisma que había dividido al

15 Lenin, *Sochinéniia*, IV, p. 369.

* Los representantes del Bund lo abandonaron después de haber sido rechazada su petición de un estatuto de autonomía; los ex economicistas, después de la votación en que se reconocía a la organización de *Iskra* como único representante en el extranjero del POSDR, lo que, según alegaron, significaba la abolición de la USDR.

consejo de redacción se agravó considerablemente al desencadenarse la lucha por el futuro control de *Iskra*. Lenin recurrió a una estratagema que provocó un grito de indignación en la minoría. Haciendo alarde de audacia, hizo que uno de sus seguidores propusiera la reducción del consejo de redacción a tres miembros: Plejánov, Mártov y Lenin. La justificación de Lenin para tal cambio —que un consejo de redacción más reducido desempeñaría su trabajo con más fluidez y rapidez— habría sido más digna de crédito caso de no ser él mismo quien había propuesto recientemente la inclusión de una *séptima* persona, Trotski, en el consejo.[16] Al igual que la inclusión de Trotski tenía como propósito la creación de una mayoría anti-Plejánov en *Iskra*, Lenin pretendía ahora, eliminando a los partidarios de Mártov —Axelrod, Zasúlich y Potresov—, crear una mayoría anti-Mártov. De esta forma, los elementos «blandos» se verían reducidos a la impotencia. Como declaró el propio Lenin, a modo de respuesta frente a la denuncia por Mártov de sus tácticas:

> No me espantan lo más mínimo las terribles palabras sobre «el estado de sitio dentro del partido», sobre «leyes de excepción contra personas y grupos», etc. En relación con los elementos inestables y blandos, no sólo podemos, sino que estamos obligados a crear «un estado de sitio», y los estatutos de nuestro partido, nuestro centralismo que acaba de ser confirmado por el congreso, no es otra cosa que «un estado de sitio» contra las numerosas fuentes de confusión política[17]

Dado que no fue posible componer las diferencias (Mártov se negó a aceptar el puesto), el congreso terminó por nombrar únicamente dos redactores —Plejánov y Lenin—, concediéndoles poder para sumar al consejo de redacción aquellas personas que creyeran necesario. Por tanto, al finalizar el congreso el partido estaba dividido en dos; los bolcheviques tenían el control de los organismos centrales del partido, y Plejánov militaba en el campo bolchevique.

Todavía queda sin explicar la íntima colaboración de Plejánov con Lenin a lo largo de todo el congreso. Haciendo caso omiso de los esfuerzos por separarle del autor del *¿Qué hacer?*, sin excepción, votó en todos los casos en favor de Lenin. Había abierto el congreso en un tono leninista, y a su término, junto con Lenin, controlaba *Iskra*. Dentro del partido, que había adoptado un carácter leninista, fue elegido presidente del Consejo

16 *Pisma Akselroda i Mártova*, p. 79.

17 *Vtorói sezd RSDRP*, p. 374.

del partido. No sólo libró una dura batalla en favor de la versión leninista del artículo 1 de los estatutos del partido frente a sus compañeros en el consejo de redacción y antiguos camaradas, sino que además se unió a Lenin para expulsarles del consejo de redacción. ¿Puede llegarse, pues, justificadamente a la conclusión de que el congreso de 1903 fue testigo de la conversión de Plejánov al bolchevismo?

Todavía más concluyente que la considerable cantidad de pruebas ya acumuladas en favor de tal conclusión, es el notable discurso que pronunció Plejánov en el calor de la discusión del programa del partido. Uno de los delegados, Posadovski, inquirió al congreso si el partido debía subordinar su política futura a algún principio democrático básico, reconociéndole un valor absoluto; o «¿deben subordinarse todos los principios democráticos exclusivamente a los intereses del partido?» Plejánov respondió sin dudar a esta pregunta, de la que posteriormente dependería el destino de la revolución rusa:

Cualquier principio democrático debe ser considerado no en sí mismo, en abstracto, sino en relación con lo que podríamos llamar principio fundamental de la democracia, a saber, *salus populi suprema lex*. Traducido al lenguaje de los revolucionarios, ello quiere decir que el éxito de la revolución es la ley suprema. Y si el éxito de la revolución exigiera una limitación temporal en la aplicación de uno u otro principio democrático, en ese caso sería criminal no poner en práctica dicha limitación. Como opinión personal, diré que incluso el principio del sufragio universal debe ser considerado desde el punto de vista de lo que he calificado como principio fundamental de la democracia. Hipotéticamente, es posible que nosotros, los socialdemócratas, nos veamos obligados a hablar en contra del sufragio universal. La burguesía de las repúblicas italianas privó en su momento de derechos políticos a las personas pertenecientes a la nobleza. El proletariado revolucionario podría limitar los derechos políticos de las clases más elevadas, lo mismo que estas clases más elevadas limitaron por su parte sus derechos políticos. Sólo se puede juzgar la conveniencia de tales medidas en base a la norma: *salus revolutiae suprema lex*.

Y la misma postura debemos adoptar en la cuestión de la duración de los parlamentos. En el caso de que gracias a un estallido de entusiasmo revolucionario el pueblo eligiera un parlamento sumamente adecuado —una especie de *chambre introuvable*— entonces nos veríamos obligados a intentar *prolongar* su vida al máximo; y caso de que no hubiéramos tenido éxito en las elecciones, entonces nos veríamos obligados a intentar disolverlo, no en dos años, sino, si fuera posible, en dos semanas.[18]

[18] *Ibid.*, pp. 181-182.

En este discurso, que lamentaría después con todas las fibras de su ser, la postura de Plejánov apenas se puede diferenciar de la que llegaría a ser tema central del leninismo. En principio, aceptaba la suposición de que pudiera plantearse un conflicto entre los derechos democráticos y los intereses del partido, cosa que parecía absurda a muchos delegados. ¿Cómo podría plantearse semejante conflicto —se preguntaban—; qué posibles intereses podía defender el partido, sino los encarnados en los principios democráticos? A través de sus observaciones Plejánov dejaba entrever que creía posible que el pueblo no supiera cuáles eran sus *auténticos* intereses. Pero sobre dicho tema, el partido, portavoz de la conciencia socialista, no podía equivocarse. El partido sabía que el bienestar del pueblo, asegurado por el triunfo de la revolución, era el valor supremo. De acuerdo con ello, el partido podía legítimamente oponerse a la voluntad popular (por ejemplo, provocando la disolución de un parlamento elegido democráticamente, si bien «no satisfactorio») en nombre del propio bien del pueblo.

Desde esta postura no hay más que un breve paso, o quizá ninguno en absoluto, a la afirmación de que cualquier idea, consideración, grupo o institución, debe inclinarse ante el partido. La lógica es aplastante, una vez que se identifica por completo al partido con lo que se califica como valor supremo. La misma lógica exigía que el Comité Central, esa conciencia más elevada de los auténticos intereses del proletariado, tuviera poder de control sobre las organizaciones locales del partido. El Plejánov que había pronunciado tales palabras parecía haberse inclinado hacia la misma postura contra la que había hecho una solemne advertencia en *Nuestras diferencias*. Si el partido se definía a sí mismo en la forma por él indicada, si debía luchar por el triunfo de la revolución (la conquista y retención del poder por el partido) aun cuando sus pretensiones y las pretensiones del pueblo difirieran, ¿no sería entonces necesario —utilizando sus propias palabras de tiempo atrás— «buscar salvación en los ideales del "comunismo patriarcal y autoritario", sumando a dichos ideales como único cambio el que la producción nacional fuera dirigida por una casta de socialistas, en lugar de "los Hijos del Sol" peruanos y sus ministros»?

Indudablemente, dado el desarrollo de los acontecimientos en el curso del congreso de 1903, sería difícil negar la identificación de Plejánov con los bolcheviques. El congreso, en apariencia, confirmaba su anterior afirmación de que se sentía más identificado con Lenin que con los otros miembros del consejo de

redacción. ¿Quién, sino él, había sido responsable del carácter elitista del grupo Emancipación del Trabajo? ¿No era el estilo de *Iskra* una simple extensión de los principios y métodos del grupo? ¿Y no era el esquema organizativo de Lenin una simple generalización del estilo de trabajo de *Iskra?* La vena jacobinista que distinguía a Plejánov de sus demás camaradas le predisponía al bolchevismo. Y, tal y como ya dijimos, sus tendencias jacobinas recibieron un fuerte impulso como consecuencia de sus luchas contra las «herejías» ideológicas de finales del siglo. El comportamiento político de Plejánov entre 1898 y 1903 fue motivado principalmente por su violenta reacción contra el revisionismo. Su guerra contra el mismo reforzó claramente su inclinación al centralismo, espoleándole a poner un énfasis mayor en la conciencia y a declarar una guerra sin cuartel al oportunismo. Durante este período, no sólo dieron forma a los pensamientos de Plejánov y Lenin similares consideraciones, sino que, sin duda, las obras y conducta de Plejánov contribuyeron fuertemente a motivar aquella obsesión de Lenin con el oportunismo que dio origen a sus ideas organizativas.

Tal y como lo veía Plejánov, Lenin, en el congreso, se hizo cargo de llevar a buen término las tareas que él mismo había apuntado en su alocución de apertura de las sesiones. Lejos de sentir repugnancia frente a las actividades de Lenin, probablemente se sintió perplejo ante la actitud de la mayoría de los miembros del consejo de redacción de *Iskra,* que parecía apartarse de la tradición. Algún punto de razón tenía Lenin al caracterizar a los martovistas como «blandos», pero Plejánov no llegó a entender en qué estribaba sus blandura. No veía el enfrentamiento entre Lenin y Mártov como lo que era: un duelo entre dos concepciones absolutamente diversas del partido. Sus tendencias jacobinas —y lo que era otra cara de la misma moneda, su extraordinaria cautela ante cierto tipo de desviación ideológica— le impedían ver qué despertaba las ardientes protestas de sus camaradas. Quienes, al igual que no dejaban de advertir los peligros del oportunismo, también detectaban el peligro procedente de otro ángulo, de aquellos que, por miedo al oportunismo, pretendían alterar radicalmente el carácter del partido socialista. Incapaz de comprender en qué forma podría ser peligroso un esquema preparado para luchar contra el oportunismo, Plejánov estaba dispuesto, al igual que la mayoría de los martovistas en un primer momento, a organizar permanentemente el partido conforme a las líneas de un centralismo autoritario. Sin darse cuenta, estaba dando también su aprobación al principio de un partido reducido. De esta forma, además de por sus tendencias jacobinas, la conducta de Plejánov en el congreso ha de explicarse en parte por su ceguera ante las auténticas implicaciones del esquema organizativo de Lenin. A diferencia de su jacobinismo, esta falta de visión arrastraba consigo la posibilidad de un enfrentamiento futuro con Lenin.

Nuevas dudas respecto a la validez de la identificación de Plejánov con el leninismo, aun limitándonos al congreso, derivan de su actitud frente a la libertad de crítica. Una vez adoptado por el congreso el programa del partido, llamó la atención sobre su obligatoriedad para todos los miembros del partido. Pero añadió: «Ello, por supuesto, no significa que una vez adoptado un programa no pueda ser objeto de críticas. Nosotros hemos reconocido, reconocemos, y reconoceremos, la libertad de crítica. Pero quien desee seguir siendo miembro del partido, aun en sus críticas, ha de respetar los fundamentos del programa».[19] Cualquiera que fuere el significado de esta última puntualización, el punto de vista que acabamos de reflejar se separa bastante del paralelismo establecido por Lenin entre libertad de crítica y «libertad para introducir una tendencia oportunista en la socialdemocracia». Aun cuando en el congreso no se mostrase Plejánov claramente tolerante ante la diversidad de opiniones, no condenaba por principio la crítica, como había hecho Lenin. Ahí yacía otra posibilidad de desacuerdo entre ambos.

Al poco tiempo de finalizar el congreso, Plejánov ejecutaría un sorprendente *volte-face,* cambiando por completo de opinión. A los pocos meses, se reconciliaba con sus antiguos camaradas y rompía con su aliado. Su cambio total de opinión constituye una prueba decisiva de que su bolchevismo durante el congreso no fue tan decidido e inequívoco como muchos pretenden. Las diferencias entre Lenin y Plejánov en el curso del congreso, aunque desdibujadas por su evidente unidad, vistas retrospectivamente son bastante significativas. Ayudan a explicar lo que de otro modo carecería de explicación racional.

El congreso había llegado a su término, y no pocos delegados todavía no lograban entender el giro absolutamente inesperado que habían tomado los acontecimientos.[20]. El asombro de muchos de los protagonistas era subrayado por sus profundas

19 *Ibíd.,* p. 426.

20 Véanse, por ejemplo, los artículos de Mártov y Axelrod en *Iskra,* números 53, 55 y 57 (1903); Mártov, *Borbá s «osádnim polozhéniem»* (La lucha contra el «estado de sitio»), en que se incluye una importante cantidad de documentos; distintos escritos de Lenin, tal como «Rasskaz o II sezde RSDRP» (Narración del II congreso del POSDR), *Léninski sbórnik,* VI, páginas 220-234, y Shag vpered, dva shaga nazad» (Un paso adelante, dos

diferencias en cuanto a las razones que habían motivado la escisión. Para Lenin, la nueva división era no sólo confusa sino totalmente lamentable; pero en cualquier caso podía consolarse pensando que habían triunfado sus puntos de vista. Con *Iskra* y el Comité Central en manos de sus seguidores, el control sobre el partido estaba asegurado, y podía contar con gobernar el partido según su voluntad. Tales perspectivas, sin embargo, no armonizaban con la intención de Mártov y su grupo de combatir la hegemonía de Lenin. Los mencheviques no podían dar su aprobación personal a lo que consideraban un intento de conseguir el control total por la otra facción en base a una mayoría reducidísima. Después del congreso, los mencheviques no sólo se mantuvieron solidarios en un boicot total a *Iskra*, negándose a colaborar en ninguna forma, sino que además intentaron socavar la posición adquirida por Lenin a través de una campaña entre las organizaciones locales. Su primer éxito lo consiguieron con la Liga de Socialdemócratas Revolucionarios en el Extranjero, que el congreso había designado como única organización en el extranjero reconocida oficialmente (liquidando de tal forma la vida como organización del grupo Emancipación del Trabajo).

Seis semanas después de la conclusión del congreso del partido en Londres, en un congreso de la Liga reunido en Ginebra, los mencheviques disponían de una clara mayoría. Cuando Lenin, representante de la Liga en el congreso del partido, presentó su informe sobre las reuniones de Bruselas-Londres, fue rechazado por la mayoría. Al día siguiente Lenin inició los movimientos para disolver el congreso de la Liga y revolucionar a la propia Liga. Para ello se valió de un cierto Lengnik, uno de sus fieles partidarios y miembro del Comité Central. Lengnik pidió que se modificasen los estatutos de la Liga, que fueran admitidos nuevos miembros, y que, en espera de tales cambios, se disolviera el congreso por incompetente. De tal forma pretendía Lenin llevar a la práctica el principio de intervención por el Comité Central en las organizaciones locales. Sin embargo, la Liga no se mostró dispuesta a aceptar sus pretensiones, y prosiguió las deliberaciones. La consecuencia fue su conversión en importante instrumento de un continuo enfrentamiento con Lenin.

A medida que arreciaba el conflicto, Plejánov empezó a encontrarse en una posición extremadamente penosa. Sin dudarlo,

pasos atrás), *Sochinéniia*, vol. VII; Plejánov, «Nasha programma» (Nuestro programa), *Gruppa*, VI, pp. 44-49.

había secundado a Lenin durante el congreso del partido, y le apoyaba ahora durante el congreso de la Liga; cuando se desató la acción de Lengnik contra el congreso, haciendo uso de sus poderes como presidente del Consejo del partido falló en contra de la mayoría menchevique dentro de la Liga. Pero cada nuevo paso era más difícil que el anterior. Tras los tumultos en el congreso de la Liga, no podía seguir avanzando por el mismo camino. Lenin había superado a su maestro en intransigencia. Las posturas que ambos habían mantenido en tiempos de sus tormentosos encuentros en 1900 se estaban invirtiendo. Se estaba aproximando el momento en que Plejánov rompería con su discípulo a causa de la excesiva dureza de este último. Incapaz de perpetuar el «estado de sitio» dentro del partido que Lenin consideraba indispensable, el viejo intransigente se rendía por fin. En el curso de una reunión de la camarilla bolchevique, exclamó: «No puedo disparar contra mis propios camaradas. Mejor un tiro en la cabeza que una escisión. Hay momentos en que incluso la autocracia tiene que ceder». Una voz ominosa interrumpió: «A eso se llama vacilar».[21] El calificativo «oportunista» estaba a punto de caer sobre Plejánov. Pronto iba a establecerse una nueva línea de demarcación que iba a relegar al padre del marxismo ruso a las filas de los impuros.

En esta afirmación de Plejánov que acabamos de citar, la frase central era decisiva. Aunque sin duda le molestaba tener que combatir frente a sus viejos camaradas, Plejánov pocas veces dejaba que los sentimientos interfirieran en sus cálculos políticos. No cabe duda de que había demostrado muy poca paciencia con las reservas de Kautsky a enfrentarse con Bernstein, viejo camarada *suyo*, pero también es cierto que Plejánov no veía parecido alguno entre las discusiones en el seno del partido alemán y las presentes en el seno del ruso. Una vez definida la lucha contra el revisionismo como una cuestión de vida o muerte para el partido socialista, pidió estridentemente la expulsión de los herejes. Pero una nueva escisión en el partido ruso, cuando el futuro parecía tan prometedor, era más de lo que podía soportar. Que pudiera dividirse por lo que él consideraba simples diferencias sobre temas organizativos le parecía «un error político imperdonable, un *crimen político* nefando».[22] El fantasma de un cisma empujó a Plejánov a asumir un papel nuevo y, en su caso, sin precedentes: el de apóstol de la paz. La reconciliación de las dos facciones y la

21 Wolfe, pp. 254-55.
22 *Gruppa*, IV, pp. 48-49.

recomposición de la unidad era lo que ahora le preocupaba. Esta labor, necesariamente, le obligaba a la flexibilidad y el compromiso, actitud poco compatible con la continuación de su acción solidaria con Lenin.

El cambio de actitud de Plejánov se puso de manifiesto por vez primera respecto a *Iskra,* punto clave de su alianza con Lenin. En aras de la unidad de partido cambió por completo de opinión respecto a la cuestión de la disolución del antiguo consejo de redacción, y así, en octubre, estaba ya buscando ansiosamente un medio para volver a incorporar al mismo a los cuatro miembros destituidos por decisión del congreso del partido. Según los estatutos del partido, sólo podrían añadirse nuevos miembros al consejo por acuerdo de los ya elegidos, y Plejánov sabía perfectamente que Lenin nunca daría su consentimiento. Para ejercer presión, amenazó con dimitir. Lenin objetó que sería mejor que él dimitiera, en lugar de Plejánov, pues, de otro modo, se podría deducir que él, Lenin, era quien se había equivocado.[23] Y así, Lenin abandonó el consejo: sin duda uno de sus más graves desaciertos en toda su carrera política. Plejánov restituyó inmediatamente en su puesto a los cuatro antiguos consejeros, e *Iskra* se transformó en un poderoso ariete de castigo contra las restantes posiciones en manos de Lenin. El cambio en la composición del consejo de *Iskra* introdujo también, automáticamente, a dos de los enemigos de Lenin, Axelrod y Mártov, en el Consejo del partido, compuesto de cinco miembros. Al dimitir de sus funciones en el consejo, Lenin quizá esperase que Plejánov atrajera a los demás hacia su bando. Caso de que no fuera así, todavía podría dirigir el partido gracias al control que ejercía sobre el Comité Central y el Consejo del partido, pues el voto de Plejánov en este último garantizaba el dominio de Lenin sobre él. Sin duda no esperaba que Plejánov, en lugar de ganarse a los otros miembros del consejo de redacción fuera gradualmente adoptando sus puntos de vista. Y, sin embargo, eso fue precisamente lo que ocurrió.

La línea de los acontecimientos por venir quedó prefigurada en el primer artículo escrito por Plejánov para la «nueva» *Iskra.*[24] Su título, «Qué no hacer», anunciaba que estaba fijando distancias entre Lenin y él. No obstante, sus críticas a Lenin eran tortuosas, no directas, y mucho más débiles que las de sus compañeros en el consejo, Mártov y Axelrod. Hasta este momento, se limitaba a ocupar una postura media apropiada al papel de pacificador que había asumido por propia decisión. Aun así, sus comentarios críticos se oponían en espíritu a la postura que había adoptado en el congreso y eran de tipo parecido a los de los mencheviques. Lenin no prestó la menor atención a las observaciones de Plejánov. Reconociendo que sus planes estaban fracasando, que el poder estaba gravitando de nuevo hacia las manos de sus adversarios, Lenin intentó desesperadamente, pero en vano, movilizar al Comité Central con objeto de detener e invertir el proceso.[25] Al no poder conseguirlo, expuso su postura ante el partido en general por medio del mordaz escrito *Un paso adelante, dos pasos atrás.* Plejánov no aceptó de buen grado la aparente desconsideración de Lenin frente a su autoridad, su resistencia a «prestar atención a la razón», su testaruda afirmación de una conducta que podía causar serios perjuicios al partido. En el curso de un año, fue adoptando una actitud cada vez más dura frente a Lenin, acercándose más cada vez a aquellos frente a los que había luchado durante el congreso, y ampliando el radio de acción de sus críticas para apuntar no sólo a los aspectos organizativos del esquema leninista, sino además a sus aspectos tácticos y teóricos.

En un primer momento, Plejánov señaló como base de la crisis del partido la intransigencia de Lenin y sus partidarios. Poco dado, por su parte, a la blandura y las vacilaciones, concedía una gran importancia a la militancia dentro de un partido revolucionario. Pero, desde su nueva perspectiva, la militancia no siempre y en todos los casos era un bien; su bondad dependía de unas concretas condiciones de tiempo y lugar. La postura intransigente de Lenin, pensaba ahora, obraba en contra del fortalecimiento del partido y, por tanto, se oponía al triunfo de la causa revolucionaria. Obraba como fuerza divisiva que amenazaba con escindir el partido de forma irrevocable y agotar sus fuerzas en luchas intestinas. Evidentemente, había llegado el momento para una política más flexible y conciliatoria.[26]

Plejánov entendía perfectamente las raíces psicológicas de la actitud intransigente de Lenin. El mismo había subrayado repetidas veces que había que desatar una lucha sin cuartel contra cualquier tendencia que amenazara con corromper al

23 Plejánov, *Sochinéniia,* XIII p. 43
24 *Ibid.,* pp. 3-10.

25 *Letters of Lenin* (Correspondencia de Lenin), pp. 186-191, 194-199, y especialmente 201-204.
26 Tal era el punto central de su argumentación en «Qué no hacer». *Sochinéniia,* XIII.

partido, con desviarle de la incansable búsqueda del logro de sus objetivos. Pero estaba convencido de que la derrota del economicismo había liquidado el peligro de corrupción que amenazaba al POSDR; es más, el resultado más significativo del segundo congreso había sido precisamente el logro de la unidad ideológica. Lamentablemente, la lucha contra las herejías ideológicas había dado origen a una sensibilidad enfermiza que en sí misma constituía un peligro. «Muchos de nosotros», escribió Plejánov en un pasaje muy revelador, «nos hemos acostumbrado a pensar que un socialdemócrata debe ser intransigente si no quiere cometer el pecado del oportunismo».[27] El futuro del movimiento revolucionario estaría gravemente comprometido si, en base a tales razonamientos, los dirigentes del partido se creyeran obligados a imponer una disciplina cuartelaria, a perpetuar un espíritu sectario de exclusivismo, a convertirse en «utópicos del centralismo».

En un artículo posterior titulado «Centralismo o bonapartismo», Plejánov dibujaba el triste destino del partido caso de seguir las directrices de Lenin. De tal forma, se alejaba de la política de establecer continuamente líneas de demarcación, a través de la cual él, y más todavía Lenin, habían creído poder asegurar la pureza del partido. Los «duros», afirmaba, aplicando indiscriminadamente las etiquetas oportunismo, bernsteinismo y revisionismo, «están dispuestos a separar alegremente del partido a un grupo de camaradas tras otro, como quien separa las hojas de una alcachofa».[28]. Plejánov discutía ahora las implícitas pretensiones del centro del partido a la infalibilidad y al derecho concomitante de anatematizar a todos los disconformes con él. Se alineaba con los abogados de aquella libertad de crítica que, en opinión de Lenin, era y no podía ser otra cosa que «libertad para introducir una tendencia oportunista en el seno de la socialdemocracia». Consideraba el esquema leninista más acorde con el bonapartismo que con el centralismo propio de un movimiento proletario; con él sólo se lograría alejar del partido a todas las personas inteligentes, con dignidad, y atraer únicamente aduladores.

Meses antes de la aparición de la similar crítica de Trotski, que ha recibido mucha mayor publicidad en nuestros días,[29] Plejánov bosquejó proféticamente el carácter de la vida futura del partido caso de seguir basada en los principios organizativos de los bolcheviques:

> Imaginemos que el Comité Central reconocido por todos nosotros tuviera el derecho, todavía en discusión, de «liquidación». Entonces podría ocurrir lo siguiente. Convocada la celebración de un congreso, el C. C. «liquida» en todas partes a los elementos con los que no está satisfecho, elige igualmente a las criaturas con las que está satisfecho, y con ellas constituye todos los comités, garantizándose así una mayoría totalmente sumisa en el congreso, sin más dificultades. El congreso formado por las criaturas del C. C. grita afablemente «¡Viva!», aprueba todos sus actos, buenos o malos, y aplaude todos sus proyectos e iniciativas. En este caso, en realidad, no habría en el partido ni una mayoría ni una minoría, porque entonces habríamos llevado a la práctica el ideal político del Sha de Persia.[30]

Comparando esta concepción organizativa monolítica con su propio modelo de un partido con una vigorosa vida interna, Plejánov hizo la observación de que los bolcheviques «evidentemente confunden la dictadura del proletariado con una dictadura sobre el proletariado».[31] De ahí derivaba que lo que se precisaba no era simplemente una mayor flexibilidad por parte de la dirección, no simplemente una tolerancia de una cierta diversidad de opiniones, sino además formas organizativas que limitasen la autoridad de la dirección del partido. El control unilateral de arriba abajo debía ceder el paso a una confianza mutua, y, con ello, a un continuo intercambio de ideas e influencias entre el centro del partido y las organizaciones locales y miembros de base de la organización.

La conducta de Lenin, y las consecuencias que Plejánov creía acarrearía al partido, obligaron al veterano militante a adoptar una postura escéptica frente al hipercentrismo y la ilimitada intransigencia. Se sentía obligado ahora a revisar su propia conducta. Sus artículos durante este período son notables por las repetidas admisiones de equivocaciones y expresiones de arrepentimiento por actitudes tomadas en la historia reciente de la socialdemocracia rusa.[32] En especial, es digna de señalarse su actitud más benévola frente a los economicistas.[33] Por supuesto, habían errado, argüía ahora, pero la agitación enérgica y provechosa que habían desarrollado entre los obreros constituía un

27 *Ibid.*, p. 7.
28 *Ibid.*, p. 88.
29 Muy en especial por Wolfe, pp. 253, 293-294, y Deutscher, pp. 88-97.

30 Plejánov, *Sochinéniia*, XIII, 90.
31 *Ibíd.*, p. 91.
32 Ver, para ejemplos, *ibíd.*, pp. 54, 92 y 135-140.
33 Manifestada más en profundidad en su artículo «Algo acerca del economicismo», *ibíd.*, pp. 14-22.

mérito indudable. Sus puntos de vista habían sido equivocados y unilaterales, y fue necesario combatirlos y corregirlos. Pero, al contrario de aquellos a los que denominaba teóricos del economicismo, no habían intentado deliberadamente ahogar el desarrollo de la conciencia política del proletariado. Plejánov admitía ahora que *él* había cargado las tintas al no distinguir entre los camaradas leales, aunque equivocados, y los auténticos enemigos del proletariado, cuando denunció y, de hecho, expulsó del partido tanto a unos como a otros. La dialéctica fascinante que dominaba la vida del partido desde hacía años estaba llegando a su clímax. Plejánov, antes fiel compañero de Lenin en la lucha contra los economicistas, estaba ahora dispuesto a perdonarles y unir sus fuerzas con ellos para declarar la batalla a Lenin.

Después de haberse embarcado inicialmente en una campaña contra las consecuencias de la actitud de Lenin (la necesidad de combatir a los propios camaradas, y negarse a ceder terreno aun cuando ello hiciera inevitable la división del partido), al final Plejánov se veía obligado a atacar su propia raíz. Tras haber guardado silencio en un primer momento sobre el *¿Qué hacer?*, tras haber colaborado íntimamente en el esfuerzo por dar vida a sus ideas centrales en el congreso, en 1904, por último, Plejánov sometía a esta obra clave a un profundo examen. [34] Hacía objeto ahora de examen crítico a las bases teóricas del leninismo, su característica formulación de las relaciones entre conciencia y espontaneidad.

En el *¿Qué hacer?* Lenin concebía el movimiento obrero y el despertar del pensamiento socialista como dos entidades distintas, mutuamente excluyentes. Los obreros de la industria, en un determinado momento, organizarían sindicatos para la defensa de sus intereses. Pero, por sí mismos, serían incapaces de superar una conciencia sindical, de trascender el orden existente alcanzando una conciencia socialista. No sólo serían los obreros incapaces de dar origen a una ideología socialista, sino que ésta sería creada con «entera independencia» del movimiento obrero espontáneo. Ciertos elementos de la *intelligentsia* burguesa —un grupo no proletario de gran cultura— habían dado origen y desarrollado el socialismo partiendo de determinadas teorías filosóficas, históricas y económicas, y posteriormente lo habían puesto al alcance de los obreros desde el exterior. Tras concebir de tal forma la relación original entre espontaneidad (el movimiento obrero) y conciencia (la *intelligentsia* socialista),

34 En su extenso artículo «La clase obrera y la *intelligentsia* socialdemócrata», *ibid.*, pp. 116-140.

Lenin procedía entonces —esto es lo que afirmaba Plejánov— a considerar dicha teoría como un postulado inatacable del que derivaba sus puntos de vista tácticos y organizativos: «Al excluir al socialismo de las masas, y a las masas del socialismo, Lenin proclamaba a la *intelligentsia* socialista demiurgo de la revolución socialista». [35] Por tanto, era *dicha intelligentsia* la que debía constituir el partido, mientras las masas obreras, esencialmente oportunistas y ajenas al socialismo, debían quedar al margen del mismo. El proletariado, en lugar de servir como agente consciente, histórico, de la revolución socialista, simplemente sería utilizado por el partido para el logro de *sus* fines. Tal esquema requería la formación de un partido en que se prestase infinita atención a separar lo puro de lo impuro (Plejánov acusaba a Lenin y sus partidarios de constituirse en una especie de *supra-intelligentsia* que denunciaba y excluía a todos aquellos que no se mostrasen conformes con ella), y en que el control se ejerciese de arriba abajo.

Al rechazar una construcción tan estrecha, Plejánov intentó primero ofrecer una versión correcta de los datos históricos. Lenin, insistía, no interpretaba adecuadamente la relación histórica entre el movimiento obrero y la aparición del pensamiento socialista. Aducía pruebas de que Marx y Engels en Occidente, y él mismo en Rusia, habían llegado al socialismo no al margen del creciente movimiento obrero, sino como respuesta ante su desarrollo y ante los nuevos antagonismos de clase. Indudablemente la *intelligentsia* socialista había contribuido mucho a imprimir una orientación socialista al movimiento obrero, admitía Plejánov, pero ni mucho menos tanto como pretendía Lenin. Era tan equivocado postular que la clase obrera era incapaz de alcanzar una conciencia socialista como separar la aparición del pensamiento socialista de las luchas sostenidas por el movimiento obrero. De hecho, argüía, la vivencia del sistema capitalista no sólo empujaba a los obreros a la autodefensa por medio de sindicatos, sino que despertaba en ellos un antagonismo frente al propio sistema (*). En lugar de una masa pasiva u oportunista, ajena al socialismo, los «bacilos revolucionarios» encontraban un proletariado que era socialista por instinto. Su labor consistía en elevar a un nivel consciente lo que era instintivo.

35 *Ibid.*, p. 134.

* Poco más tarde, iba a calificar de «libelo» la afirmación de que la clase obrera, por sí misma, nunca podría superar un nivel de conciencia sindicalista. *Sochinénia*, XIII, p. 184.

La formulación de Plejánov disminuía evidentemente el papel de la *intelligentsia* socialista. Además, dentro de lo que desde un primer momento concebía como relación dialéctica, el papel tutelar de la *intelligentsia* iría reduciéndose gradualmente a medida que los obreros fueran adquiriendo una conciencia socialista, y a su debido tiempo se haría superfluo. Este esquema ofrecía campo abierto a una viva actividad tanto por parte de la *intelligentsia* como de las masas; no concebía la conciencia como propiedad exclusiva de una parte y, por consiguiente, implicaba la formación de un partido de amplias dimensiones; consideraba axiomática la inclinación del proletariado hacia el socialismo y su capacidad y voluntad de llevar a cabo la revolución socialista. En lugar de oponerse mutuamente conciencia y espontaneidad, partido y masas, eran concebidos como mutuamente interrelacionados, para finalmente llegar a la unidad.

Al tiempo que se atenía en líneas generales a este esquema, en su crítica a las tesis de Lenin, en un determinado punto Plejánov se acercaba mucho a la postura de los economicistas. «Si la revolución socialista», escribió, «es una consecuencia necesaria de las contradicciones del capitalismo, entonces es evidente que en una determinada etapa de desarrollo social, los obreros de los países capitalistas llegarán al *socialismo* aun cuando "se les abandone a sí mismos"».[36] Esta afirmación suena como un caso extremo de determinismo económico. Como reacción frente al revisionismo, Plejánov había puesto mayor énfasis que nunca en la *intelligentsia;* como reacción frente al leninismo, caía en el otro extremo, negando por completo que fuera imprescindible su contribución. Aun sin intervención de la *intelligentsia* socialista, subrayaba —llegando más lejos, en el calor de la polémica, de lo que nunca había hecho, o volvería a hacer—, la revolución socialista era inevitable. En cualquier caso, su afirmación sólo tenía un interés académico, pues evidentemente no se proponía hacer que la *intelligentsia* se retirara de la escena política. Aun cuando no fuera indispensable para la revolución socialista, consideraba su actividad útil para acortar el período necesario para el logro del socialismo.

Al final, como era de esperar, Plejánov denunciaba los puntos de vista de Lenin como una perversión del marxismo. Al tiempo que se proclamaba incorruptible guardián de la ortodoxia, al tiempo que pedía las medidas organizativas más extraordinarias con miras a tal fin, Lenin se había desviado irremisiblemente del «socialismo científico». En opinión de Plejánov, el modo capitalista de producción predisponía a los obreros hacia el socialismo, y la propia teoría socialista no era otra cosa que una generalización de las experiencias de la clase obrera. Aunque no negaba una influencia recíproca de la *intelligentsia* socialista sobre el proletariado, su interpretación implicaba que la conciencia de la *intelligentsia* estaba condicionada fundamentalmente por la situación del proletariado. Decir lo contrario, afirmaba, era negar aquella verdad capital del materialismo marxista: «el ser determina la conciencia». La teoría de Lenin traslucía justamente lo contrario; constituía una nueva encarnación de la doctrina idealista según la cual la conciencia determina el ser. Es más, Plejánov insistía en que sólo su propia descripción de las relaciones entre el modo capitalista de producción, el proletariado y la *intelligentsia,* reflejaba la inmanencia de la revolución socialista dentro del proceso histórico. Quienes atribuían a la *intelligentsia* el papel de «demiurgo de la revolución socialista», descubrían, al hacerlo, su falta de fe en la necesidad, ineluctabilidad, de la revolución proletaria.

[36] *Ibid.*, p. 121

El análisis de Plejánov del proceso revolucionario armonizaba impecablemente con las enseñanzas del marxismo, pero las enseñanzas del marxismo no armonizaban tan fácilmente con la realidad social del momento. Fundamental dentro de su sistema era la confianza en la ineluctabilidad de la revolución socialista. Cuando escribía «si la revolución socialista es una consecuencia necesaria de las contradicciones del capitalismo», el «si» figuraba como floritura retórica más que como indicación de que considerara dicha proposición como algo distinto a una verdad evidente. De este postulado derivaba el desarrollo de una conciencia socialista entre los obreros y, en una etapa anterior, un socialismo instintivo. Doctrinas que todavía no habían sido demostradas, él las consideraba axiomáticas, y de ellas deducía otros principios de gran importancia dentro de su sistema.

Bernstein, procediendo por inducción más que por deducción, había puesto en entredicho la fundamental doctrina del marxismo de la ineluctabilidad de la revolución socialista. Una parte sustancial de su argumentación tomaba como base las tendencias reformistas de los obreros, que él valoraba positivamente. El leninismo, aunque propiamente deba ser considerado como una reacción contra el revisionismo, se basaba en los mismos presupuestos. Lo que Bernstein valoraba positivamente, Lenin lo condenaba como oportunismo, pero no dejaba de reconocer, al igual que Bernstein, las implicaciones de tal fenómeno de cara a la tesis de la ineluctabilidad. A partir de este punto, ambos divergían totalmente. Bernstein, tomando las inclinacio-

nes de los obreros como piedra de toque, pedía la transformación del movimiento socialista en un partido democrático de reforma social. Lenin, dispuesto a no abjurar del fin último socialista, estaba convencido de que sólo se podía llegar a él por medio de una revolución. Para compensar la renuencia del proletariado a responder a las esperanzas en él depositadas, proponía transformar el partido en un instrumento compacto y fuertemente disciplinado de la conciencia y la voluntad revolucionarias. Con una organización adecuada y una determinación sin límites, el partido sería capaz de superar todos los obstáculos, no sólo el poder establecido de las clases dirigentes, sino la inercia y corruptibilidad del propio proletariado.

Plejánov ocupaba una posición media entre sus antagonistas a la izquierda y la derecha. Como reacción frente al desafío revisionista, se había inclinado al jacobinismo, pidiendo una guerra sin cuartel contra el oportunismo y una mayor insistencia en la conciencia como garantía del logro de los fines últimos del movimiento. En esto, se adelantó a Lenin; pero Lenin iría un paso más adelante. A diferencia de Plejánov, que nunca hizo frente directamente al problema, Lenin no ignoraba las desagradables implicaciones del oportunismo obrero. Plejánov consideraba que el revisionismo significaba o bien el olvido, o bien —lo cual venía a significar lo mismo— el aplazamiento indefinido de la consecución del socialismo. Al tiempo que aprobaba la dedicación de Lenin a la revolución socialista, temía Plejánov que su desconfianza ante las masas obreras y su exclusión del partido conduciría al movimiento revolucionario hacia un fin muy distinto del pretendido.

En el primer caso, se sacrificaban los objetivos propios de un partido marxista; en el segundo, los medios. El reconocimiento de Plejánov de que en ninguno de los dos casos podrían realizarse las perspectivas de la teoría marxista, nos habla elocuentemente de su agudeza. Su sistema tenía el mérito de armonizar los medios y los fines, y mantenía el acuerdo con las enseñanzas de Marx. Sin embargo, su ortodoxia doctrinaria, y su negativa a afrontar los hechos perturbadores en conflicto con ella, permitían predecir el colapso de su sistema. Los movimientos iniciados por Bernstein y Lenin, apartados de la ortodoxia marxista, estaban destinados a florecer porque, cada uno a su modo, tenían en cuenta las realidades políticas básicas. Plejánov y el marxismo ortodoxo, al contrario, estaban destinados a idéntico fracaso.

14. TIEMPO DE PRUEBA

Plejánov estaba a punto de cumplir los cincuenta años cuando estalló la Revolución de 1905. La mitad de estos años los había pasado en el exilio, fijando su lugar de residencia de acuerdo con los cambios en la escena política. Expulsado primero de Suiza y luego de Francia, se trasladó a Inglaterra —sin su familia— hasta que, gracias a la intervención de los socialistas suizos, se le permitió en 1895 volver a Ginebra. Aunque siguió teniendo prohibida la entrada en Francia y sólo podía visitarla con un permiso especial, en cualquier caso ya no era molestado por las autoridades políticas suizas. A partir de mediados de la década de 1890, la familia se vio libre de la pobreza agobiante. Rosaliia Márkovna, tras finalizar sus estudios de medicina, fue adquiriendo gradualmente una clientela que permitió a la familia un mínimo de comodidad y seguridad.

Nadie sabía mejor que Plejánov cuánto debía a la devoción de su mujer. Desde el primer momento había sido para su mujer un héroe brillante, un guerrero que militaba por el bien de la humanidad; y ella, socialista convencida, dedicó con mucho gusto su vida a él. Al tiempo que cuidaba de la familia y el hogar, prosiguió sus anteriores estudios de medicina con objeto de poder ayudarle un día a liberarse de las obsesivas dificultades financieras. Tomaba parte en sus luchas políticas, felicitándole en la victoria, consolándole en la adversidad (*). La pasión de

* Aun después de la muerte de él, no disminuyó su dedicación. Lo mismo que, en su momento, se había dedicado a la medicina para ayudarle en su trabajo, posteriormente la abandonaría para perpetuar su memoria. A petición del gobierno soviético, en 1928 trasladó la voluminosa biblioteca y los papeles de Plejánov a Leningrado, donde, durante una década, supervisó su conservación, clasificación y parcial publicación. En el transcurso de estos años, más de una vez se enfrentó a poderosos personajes que de palabra o por escrito habían denigrado a su desaparecido compañero.

Plejánov por Rosaliia se refleja emotivamente en una carta que él escribió desde Inglaterra en 1894, que revela una ternura en Plejánov oculta para todos excepto unos pocos de sus íntimos:

> Por supuesto, ya te habrás enterado de la muerte de Alejandro III. No hay que decir que Rusia no pierde nada con su muerte, pero... lo siento auténticamente por su mujer; parece que le quería mucho y ahora está viviendo la mayor desgracia que una persona puede experimentar en su vida. Cuando tú mismo amas a una persona fervientemente, es imposible no sentir simpatía por quienes han perdido a las personas queridas, al margen de quiénes sean esas personas. [1]

Desde mediados de la década de 1880, Plejánov padecía tuberculosis, cayendo a menudo seriamente enfermo. En 1897, al atravesar por uno de estos períodos, se descubrió que no se trataba de otra fase aguda en el desarrollo de su dolencia, sino de una seria enfermedad independiente: una angina. Siempre alerta al estado de su marido, Rosaliia Márkovna insistió en que Plejánov se cuidara como debía. En 1908 ella se las arregló para montar un sanatorio en San Remo, Italia, lo que hizo posible que Plejánov pudiera escapar a los fríos inviernos de Ginebra. Sus devotos cuidados, sin duda, le prolongaron mucho la vida.

A pesar de su poca salud, Plejánov conservó su vitalidad. Siempre respetó la rutina diaria que había adquirido años antes, con la pretensión de hacer el uso más productivo posible del breve espacio de tiempo de que dispone el hombre. Apasionadamente absorto en el mundo del intelecto, cualidad ejemplificada por el área siempre creciente de sus intereses, disponía de su tiempo de acuerdo con el viejo dicho de su padre: «Ya descansaremos en la tumba». [2] Se levantaba temprano y a las ocho en punto se ponía a trabajar en su despacho. Allí permanecía hasta las seis de la tarde, interrumpiéndose sólo para comer, un breve descanso y un vigoroso paseo. Muchos días trabajaba también por la noche cuatro o más horas, pero de ordinario las últimas horas del día las reservaba a entrevistas con visitantes, conferencias políticas y discusiones.

1 Carta sin publicar fechada en octubre de 1894, en posesión de Mme. E. Batault-Plejánova.

2 Gran parte del material bibliográfico incluido en esta sección procede de entrevistas con Mme. Batault-Plejánova, verano de 1959, y un artículo no publicado de R. M. Plejánova, «Kak organizoval svoi úmstvenni trud J. V. Plejánov» («Cómo organizaba su trabajo intelectual J. V. Plejánov»).

Pocas cosas podían interrumpir este riguroso programa. Las personas que llamaran durante sus horas de trabajo eran despedidas. Tenía dicho a los miembros de su familia que si Dios en persona llamaba a la puerta, le pidiesen que volviera después de las seis. Aun cuando estaba enfermo, era raro que frenara su ritmo. En lugar de ello, había preparado una fórmula, basada en la temperatura que marcaba el termómetro, con que regulaba el tipo de trabajo a que podía entregarse. Si su temperatura era normal, se permitía hacer todo lo que le apetecía; cuando su temperatura era superior a la normal pero inferior a 38 grados centígrados, se dedicaba a sus estudios de arte y etnografía y escribía artículos que no requiriesen una elevada concentración; cuando su temperatura era superior a 38 grados, leía literatura contemporánea o releía los clásicos rusos y extranjeros. Amante de la naturaleza y convencido de la sabiduría de mantenerse en forma, Plejánov daba regularmente largos paseos. Pero ya estuviese en el campo o en la ciudad, invariablemente llevaba consigo un libro, un cuaderno y un lápiz. Era una figura familiar en una determinada avenida en la zona de la Universidad en Ginebra, paseando de arriba abajo, sumergido en la lectura de un libro.

Antes de 1895, ni tan siquiera podía pensar Plejánov en la posibilidad de tener un estudio privado. Sin embargo, una vez que mejoró la fortuna de la familia, pudo disponer de una habitación espaciosa en que alojar su voluminosa biblioteca y trabajar (*). Allí, con sus héroes —Engels (Marx, curiosamente, estaba ausente), Belinski y Chernishevski, Goethe y Voltaire— mirándole desde las paredes, se entregaba a su trabajo en la forma meticulosa e intensa que le era característica. Nunca pudo liberarse de la «infortunada costumbre» de preparar cada artículo como si se tratase de «preparar el texto de una disertación», [3] de forma que los preparativos por lo general consumían más tiempo que la propia redacción. Su insaciable apetito de libros se evidencia en su correspondencia, no poca parte de la cual consiste en peticiones de ejemplares en cualquiera de las cinco lenguas que leía. Si no siempre, al menos gran parte de su vida, los libros y el estudio absorbieron el interés y las energías de Plejánov, sin duda, mucho más que las personas y la política. «Para una persona que lo está utilizando, un libro es

* La habitación, con todos los muebles originales, está restaurada en el Dom Plejánova de Leningrado. Esta institución alberga también los papeles de Plejánov, así como su biblioteca de 8.000 volúmenes e innumerables periódicos.

3 *Delá i dni*, núm. 2 (1921), p. 84.

un objeto inviolable»,[4] dijo en una ocasión; y más tarde: «quitarme un libro equivale al asesinato».[5]

Su forma de escribir era igualmente minuciosa y exigente. Como recordaba su mujer:

A veces, dictaba el comienzo de uno u otro artículo. A mí este comienzo me parecía excelente. Pero él no se daba por satisfecho: «No, tira eso, coje otra hoja». Entonces dictaba un nuevo comienzo, y luego un tercero y un cuarto. Yo me sorprendía viendo cómo cada vez el pensamiento surgía más pulido, más bello. Esta exigencia de cara a sí mismo, este cuidado en la redacción de sus artículos, nunca los abandonó hasta el fin de su vida.[6]

A pesar de su perfeccionismo, la producción literaria de Plejánov fue enorme. Aparte de sus abundantes comentarios sobre los azarosos tiempos que le tocó vivir, sus polémicas contra tendencias políticas rivales o desviadas, y la gama siempre más amplia de disciplinas intelectuales a las que aportó su contribución, pocas veces rechazó una invitación de cualquier partido u organismo socialista para escribir sobre algún tema. En esto se guiaba por la norma que en una ocasión él mismo había sugerido a Kautsky: «Eres un marxista, y para un marxista, como para San Pablo, no hay diferencia entre un judío y un gentil. Entregas todo tu tiempo a los obreros alemanes; entrega unas pocas horas, también, a los obreros rusos».[7] Sin embargo, como para todos los trabajadores en el campo de la erudición, había momentos en que sus compromisos le parecían insoportablemente tediosos. «Si supieras lo cansado que estoy», escribió una vez a Axelrod, «si supieras lo harto que estoy de este eterno, inacabable escribir. Estoy definitivamente condenado por el destino a una eterna servidumbre a la labor literaria».[8]

Su servidumbre, con todo, había ganado a Plejánov una gran reputación. Contaba a los dirigentes del socialismo internacional entre sus amigos, y él mismo figuraba de forma prominente en los asuntos de la Internacional. Su elección como presidente de las sesiones del segundo congreso, y posteriormente como presidente del organismo supremo, el Comité del partido,

4 *Literatúrnoe naslédie Plejánova* (La herencia literaria de Plejánov), VIII, p. 209.
5 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 68.
6 *Gruppa*, VI, pp. 100-101.
7 *Ibid.*, V, p. 218.
8 *Perepiska Plejánova i Akselroda*, I, p. 113.

demostraban su autoridad y prestigio dentro del POSDR. Lenin, aún después de su ruptura, reconocía que Plejánov era un hombre de «talla colosal». Plejánov se había convertido en un monumento vivo para los progresistas rusos. El veinticinco aniversario de su participación en la manifestación de la Plaza de Kazán fue conmemorado, en distintas ciudades europeas, por los residentes rusos. Como en el caso de Herzen y Lavrov antes que él, muchos compatriotas que viajaban al extranjero se sentían obligados a hacer peregrinación para ver a Plejánov, para poner sus ojos sobre el profeta de cuya pluma habían salido los sagrados escritos del marxismo ruso.

Aunque sin duda no era indiferente a tales homenajes, Plejánov no disponía de mucho tiempo para perder con quienes conocía poco o no tenían nada interesante que contarle. Si una persona por quien no tenía respeto se jactaba de haberse hecho marxista a los veinte o veintidós años, era capaz de responder: «Vaya, ha empezado usted la regresión muy pronto, ¿no es así?». Y a los que se atrevían a rechazar sus ideas, les podía responder ásperamente, «Yo ya era un revolucionario antes de que su padre empezara a cortejar a su madre».

Quizá fueran esas mismas personas que habían sentido en su carne el filo cortante de su lengua, quienes empezaron a poner en circulación molestas leyendas acerca de su forma de vida. Ignorantes de sus largos años de pobreza y ajenos a las circunstancias que explicaban mucho de lo que veían, algunos jóvenes revolucionarios se quedaban sorprendidos al descubrir que Plejánov vivía más al estilo de un noble o un intelectual burgués que como un dirigente revolucionario. Además de la confortable vivienda en Ginebra, en el número 6 de la calle de Candolle, que ocuparon los Plejánov durante más de veinte años, y donde empleaban a una criada, poseían una residencia de invierno en la Riviera italiana. Sus dos hijas, Lidia y Eugenia, eran unas señoritas educadas y de buenas maneras, que estudiaban en colegios al estilo europeo y desconocían por completo la vida bohemia de los jóvenes radicales rusos. Luego estaba el propio Plejánov, impecablemente vestido y con aspecto aristocrático. Es imposible imaginar a Plejánov ayudando a alguien —como se cuenta de Lenin— a trasladar una gran carreta de objetos domésticos por las calles, de un lugar de residencia a otro.[9]

La total falta de bohemia en Plejánov y el orden de su casa llevó a muchos jóvenes rusos a la sorpecha de que el viejo marxista había relegado bastante la fe revolucionaria y se había

9 Valentínov, *Vstrechi s Léninim* (Entrevistas con Lenin), pp. 137-140.

acomodado al mundo burgués. Aunque traída por los pelos, esta sospecha tenía un punto de verdad. Plejánov, que vivió en el extranjero largas décadas, y sensible a las circunstancias que le rodeaban, había entablado un contacto íntimo con la vida y la sociedad europeas. Valoraba sus logros políticos y culturales, aunque denunciara sus hipocresías y filisteísmo. A pesar de sus graves defectos, reconocía su enorme superioridad sobre Rusia. Se mostraba ambivalente frente a la vida «burguesa», en lugar de oponerse inequívocamente a ella como muchos otros revolucionarios; y, en efecto, nada mejor hubiera querido para su patria en muchos años por venir que el que alcanzara los niveles del Occidente «burgués».

Si algunos visitantes salían con una impresión desfavorable de Plejánov, otros lo hacían bajo el hechizo de su gran inteligencia, su brillante oratoria y su sentido estético. La arrebatada atención con que se le escuchaba al dirigirse en francés a auditorios obreros ha sido comentada muchas veces.[10] Y Lunacharski, el futuro comisario soviético de educación, dedicó un encendido homenaje al efecto exaltador de la conversación de Plejánov sobre quienes habían tenido la fortuna de conocerle íntimamente:

> Recuerdo con entusiasmo nuestras largas conversaciones y discusiones sobre temas filosóficos y literarios, en el curso de las cuales muchas veces olvidaba el problema ... cuando, maravillado, escuchaba su artística conversación, llena de citas, recuerdos, metáforas, en una palabra, adornada como una joya multicolor, invalorable. La memoria de Georgi Valentinóvich era amplísima, llena de recursos, sorprendente, y cualquier conversación con él enriquecía siempre, al tiempo que proporcionaba un placer absorbente.[11]

Así, mientras unos le encontraban frío, condescendiente y malignamente sarcástico, a otros parecía gracioso, erudito y tonificante. Cada uno subrayaba una determinada faceta de «un literato de genio» que «estaba demasiado pagado de su genio», «implacable en las discusiones ... desdeñoso y caprichoso», porque, como se ha escrito de él, «se sentía superior intelectualmente a cualquier antagonista».[12]

Al aproximarse su vigésimoquinto año en el exilio, Plejánov podía volver la vista atrás y considerar con satisfacción cuanto

10 Balabánov, p. 19; A. Lunacharski, «Pamiati J. V. Pléjanova» (Recuerdos de J. V. Plejánov), p. 2.
11 Lunacharski, «Pamiati J. V. Plejánova», p. 3.
12 Ralph Fox, *Lenin* (Nueva York, 1934), p. 86.

había hecho. Había padecido sufrimiento y frustracciones, enfermedad y pobreza, pero no en vano. Había sentado las bases del marxismo ruso y con ello había dado vida a un partido revolucionario altamente dinámico y poderoso en potencia. A nivel internacional, había representado un papel capital en lo que entonces se consideraba había significado la derrota del desafío revisionista frente a la ortodoxia marxista. Dentro del movimiento socialdemócrata ruso, había estado en la vanguardia de las fuerzas que habían aplastado la «herejía» economicista. Por supuesto, todavía subsistían grandes problemas. Los partidos Socialista Revolucionario (1901) y Liberal (1903), recientemente creados, significaban un desafío para los marxistas al que había que atender; pero los Socialdemócratas parecían ser los más fuertes de los tres, y Plejánov confiaba en que podría conservar su dirección. A decir verdad, se sentía profundamente inquieto ante las divisiones que se dejaban notar en el POSDR a partir del segundo congreso. No obstante, aun a pesar de lo serias que eran sus censuras a Lenin y los bolcheviques, todavía pensaba que los puntos de acuerdo con ellos eran muchos y creía ardientemente en la posibilidad de reconciliación y reunión. No era fácil hacer vacilar su optimismo, enraizado en la fe en la ineluctabilidad del progreso. «Suceda lo que suceda», era una de sus frases favoritas, «al final seguro que venceremos».

Su seguridad en que todo resultaría bien al final, no debe considerarse injustificada. Año tras año, desde el nido de águilas de su exilio en Occidente, Plejánov escudriñaba absorto la evolución de los acontecimientos en Rusia, buscando sin desmayo confirmación para sus predicciones. En los primeros años del siglo XX parecía claro que el «chirriante telar del tiempo» había demostrado lo acertado de una parte importante de sus predicciones. ¿Acaso no se había asistido en los años pasados a una aceleración del desarrollo económico ruso y a la penetración cada vez más profunda de la organización capitalista en la vida industrial? ¿No había continuado la «desintegración» del antiguo modo de vida campesino, a medida que se extendía en el país la economía monetaria y las relaciones de mercado? ¿No era verdad que la evolución económica en Rusia era acompañada por la emergencia de las clases burguesa y proletaria? Esta «europeización» de la vida económica y social rusa, insistía, convertía en un anacronismo el sistema político despótico que se sostenía sobre unas bases socioeconómicas totalmente diferentes. Era inevitable, según creía confiadamente, la relegación del zarismo al desván de la historia y la europeización de la vida política rusa.

Durante los primeros años del siglo, la crisis de la autocracia rusa maduraba en apariencia. Con más y más frecuencia, con más y más osadía, y en número cada vez mayor, masas de estudiantes, obreros y campesinos se ponían en huelga, se manifestaban, organizaban tumultos. Las dimensiones sin precedente de estos disturbios y la aparición de organizaciones políticas clandestinas capaces de explotarlos hábilmente y fomentar otros nuevos, encaraban al régimen con una amenaza de naturaleza totalmente distinta a todo lo conocido en Rusia durante el siglo XIX. Las reformas de Alejandro II habían sido calculadas para poner fin al malestar y estabilizar el orden socio-político. Irónicamente, medio siglo más tarde estas mismas reformas levantaban contra el gobierno un ejército incomparablemente más peligroso para el régimen. Por supuesto, las reformas de Alejandro habían sido inevitables. Pero ni en la década de 1860, ni posteriormente, se introdujeron aquellos cambios políticos que quizá hubieran hecho posible el desarrollo pacífico de la vida nacional. Al negarse a ceder terreno, la autocracia rusa, sin saberlo, daba nuevo vigor a la causa de los revolucionarios.

Ateniéndose a la santa tradición, Nicolás II hizo frente al malestar popular con la violencia y el engaño. Los manifestantes eran dispersados a golpes por los cosacos a caballo. Más insidiosamente, el régimen se esforzó por distraer a un populacho encolerizado y semianalfabeto, instigando de forma encubierta *pogroms* contra los judíos. Poniendo en juego otra táctica, agentes secretos del gobierno empezaron a competir con los revolucionarios para ganarse la simpatía de los obreros. Los «sindicatos policiacos», que organizaron con vista a canalizar el descontento proletario hacia la moderación económica y el fervor nacionalista, iban a tener desastrosas consecuencias. El malestar de los obreros no podía ser contenido dentro de los estrechos límites que pretendían imponer los dirigentes del sindicalismo policiaco. En parte por su genuina simpatía hacia los obreros, en parte a causa de las presiones de éstos, el cura Gapón, cabeza de una de estas organizaciones, promovió una procesión pacífica de proletarios que el día 9 de enero de 1905 iría ante el Palacio de Invierno a presentar sus súplicas. Aquel domingo sangriento varios cientos de manifestantes cayeron heridos mortalmente a tiros, dando comienzo la fase más tumultuosa de la Revolución de 1905. En lugar de intimidar al pueblo, los fusiles del gobierno precipitaron al país —no sólo a los obreros, sino también a los campesinos y a otros— en un frenesí de actividades de oposición.

En otra dirección, una nueva ola, que retumbaba desde 1904, convergía, reforzándola, con la que había estallado aquel domingo sangriento. Durante algunos años, el Zar había seguido en el Lejano Oriente una política temeraria e hipócrita que al final agotó la paciencia del Japón, resurgido después de la restauración del Imperio pocas décadas antes. El mes de febrero de 1904, los japoneses, sin advertencia previa, atacaron la base naval rusa de Port Arthur, iniciando de este modo la guerra ruso-japonesa. Se ha sugerido que el gobierno ruso fomentó deliberadamente el estallido de una «guerra sin importancia», suponiendo que no sería difícil conseguir la victoria, y que el consiguiente estallido de sentimientos patrióticos lograría acallar la protesta social. Si así fue, el régimen se equivocó imperdonablemente una vez más; pero aún en el caso de que no fuera verdad, el irresponsable comportamiento del Zar en política internacional, cuando tenía que hacer frente a crecientes desórdenes internos, revela una notable incompetencia. Es más, en el curso de la guerra se acumularon las pruebas de que las reformas alejandrinas no sólo no habían logrado establecer una estabilidad interna, sino que además habían fracasado en su otro propósito: fortalecer el país de cara al exterior.

Desde el primer momento, la guerra fue impopular en un sector de la población rusa. El disgusto estaba muy extendido, y se convirtió en abierta protesta cuando Rusia empezó a sufrir una humillante derrota tras otra. Siguiendo un círculo cada vez más viciado, el gobierno perdió crédito ante el público conscientemente políticamente, y éste montó una vigorosa campaña de presiones encaminadas a conseguir una reforma política. La actividad más firme se dejó sentir en la segunda mitad de 1904, y fue promovida por la Unión de Liberación, liberal, y los *zemstvo* y organizaciones profesionales, de los que extraía su vigor.[13] Incapaz de mantener una política congruente (como atestigua la matanza ante el Palacio de Invierno unos meses después), Nicolás vaciló, y nombró como ministro del Interior al príncipe Sviatopolk-Mirski (*), hombre de ideas relativamente liberales. La actitud benigna del príncipe dio nuevos ímpetus a las fuerzas descontentas para el desarrollo de su ofensiva por medio de reuniones y banquetes. En 1905, pues, una amplia gama de fuerzas sociales estaba en armas contra el zarismo, no sólo profesionales y estudiantes, obreros y campesinos, sino además nobles y empresarios de tendencias liberales y elementos de las minorías nacionales, que aprovechaban la

[13] Ver el capítulo 5 de *Russian Liberalism*, de Fischer.
* En sustitución del reaccionario Pleve, que había sido asesinado por un terrorista.

ocasión para rebelarse contra la política represiva del Estado ruso.

Con todos ellos, y en especial los partidos políticos organizados, unidos en el deseo de derrocar o al menos alterar sustancialmente el orden político caduco, evidentemente existía un amplio campo para la cooperación. No obstante, la presencia de intereses e ideologías ampliamente divergentes introducía también motivos de desunión, y si prevalecía la desunión, disminuirían las oportunidades de derrocar el zarismo. Estando en juego nada menos que el derecho a determinar el futuro de Rusia, se desencadenó una fuerte competencia en busca de influencia y poder.[14] Era un momento en que las tácticas tenían importancia primordial. Cada grupo debía conducirse de forma que consiguiera tanto reunir la fuerza necesaria para enfrentarse al gobierno del Zar, como la conquista de posiciones lo más ventajosas posible de cara al nuevo orden. Equilibrio no fácil de conseguir.

Para ningún partido era mayor este desafío táctico que para el POSDR. Los marxistas disponían de un completo análisis histórico a seguir, en el esquema general de desarrollo social preparado por Plejánov dos décadas antes. Percibiendo parte de la complejidad de las tareas que se había atribuido su partido, no había ahorrado esfuerzo en idear tácticas adecuadas, en desarrollar los medios racionales para alcanzar los fines propuestos. La lucha contra el zarismo debía convertirse en trampolín para el logro de una posterior revolución contra el mismo orden social a cuyo nacimiento los socialdemócratas, previamente, debían colaborar. En relación con este tema crucial, en vísperas de la revolución, ambas facciones dentro del POSDR estaban ostensiblemente de acuerdo. Y frente a este hecho imperativo las divergencias sobre cuestiones organizativas, e incluso ciertas diferencias teóricas relativas a la naturaleza del partido, parecían a Plejánov marginales e irrelevantes. ¿Podría sobrevivir esta unidad fundamental a las sacudidas y sorpresas de la propia experiencia revolucionaria? ¿Se adecuaría el curso de la revolución a su imagen, o no? En ello consistía el significado de la Revolución de 1905 para Plejánov. Se trataba del acontecimiento más crítico dentro de su carrera, el tiempo de prueba para la teoría revolucionaria, en que aventuraba su vida política.

En el momento de estallar la guerra ruso-japonesa, Plejánov estaba en la mejor armonía con la mayoría de los miembros originales del antiguo consejo de redacción que controlaban *Iskra*. Su creciente hostilidad contra Lenin en el curso de los siguientes meses fue en gran parte consecuencia de las tácticas «escisionistas» de Lenin en un momento tan propicio para los revolucionarios. Plejánov se daba perfecta cuenta de las nuevas posibilidades que se abrían a la acción revolucionaria según Japón iba infligiendo a Rusia una derrota tras otra. Lejos de lamentar la humillación de los ejércitos rusos, el antiguo cadete festejaba la derrota militar como aliado de la revolución. Ya en abril de 1904 declaró: «Si la derrota de Sebastopol terminó de raíz con el régimen de Nicolás I, el fracaso de Port Arthur promete sacudir hasta los cimientos el régimen de Nicolás II».[15] Con la victoria al alcance de la mano, las fuerzas progresistas debían acelerar la preparación de sus legiones, golpeando cada vez con más fuerza, y no tomando descanso hasta que la triunfante figura de la libertad hubiera puesto el pie encima del cadáver derrotado y nauseabundo de la autocracia.

La postura de Plejánov ante la guerra fue internacionalista, revolucionaria y derrotista. La subrayó dramáticamente su conducta durante el congreso de Amsterdam de la Internacional, en agosto de 1904. En la sesión de apertura, cuando el presidente llamó la atención sobre la fraternal solidaridad de los proletarios de todos los países, simbolizada por la presencia en el estrado de los delegados de las dos naciones en guerra, Plejánov se levantó y, en demostración, estrechó la mano del socialista japonés Katayama Sen, acompañado por una ovación entusiasta. Más tarde, en un discurso, denunció al gobierno ruso por haber provocado el conflicto y auguró su inminente derrocamiento.[16]

El movimiento socialista internacional estaba profundamente interesado en el desarrollo de la crisis en Rusia. El derrocamiento de la autocracia zarista, reconocida por todos como baluarte de la reacción europea, facilitaría el avance general del socialismo. Por tal motivo, más que en cualquier otro tema singular, la Internacional demostró su solidaridad proletaria con el apoyo que prestó (aunque fuera ineficaz) a los revolucionarios rusos en 1905.[17] Claramente consciente de la enorme responsabilidad que recaía sobre el proletariado ruso, Plejánov hizo todo lo que estaba en su poder para restablecer la unidad en el seno del POSDR. Tenía el profundo temor de que, a causa de sus divi-

14 Para un estudio amplio de las partes enfrentadas y su lucha, véase Treadgold.

15 *Sochinéniia*, XIII, p. 96.
16 *Ibid.*, pp. 372-374.
17 David Thomson, *Europe Since Napoleon* (Europa después de Napoleón), Nueva York, 1957, p. 388.

siones internas, su partido no pudiera responder a sus obligaciones ante el socialismo internacional.

Las bases teóricas de la postura de Plejánov ante la guerra ruso-japonesa aparecen en un importante artículo que escribió en 1905 titulado «Patriotismo y socialismo».[18] Los proletarios no pueden ser patriotas, rezaba en esencia su argumentación, en un Estado burgués. Dentro de la moderna sociedad capitalista, la lucha de clases crea unos vínculos más profundos entre los obreros de los distintos países que entre los obreros y explotadores de la misma nacionalidad. Por consiguiente, trabajar en pro del genuino bienestar del propio país no quiere decir correr a alistarse bajo las enseñas nacionales al primer son de las trompas chauvinistas. Las ambiciones nacionales y el honor nacional deben ceder el paso a más altas exigencias, las exigencias de la humanidad en general, que constituyen la principal preocupación del movimiento socialista internacional. El socialista sincero debe valorar todas las relaciones internacionales de acuerdo con el principio, *salus revolutiae suprema lex*. No puede oponerse dogmáticamente a toda guerra, y una vez desencadenadas las hostilidades, sus simpatías deben dirigirse hacia aquel beligerante, ya sea atacante o defensor, cuya victoria prometa, en una u otra forma, adelantar más la causa del socialismo. Consciente de las ventajas que obtendría la burguesía japonesa de una victoria sobre su país, Plejánov, sin embargo, consideraba que el derrocamiento de la autocracia rusa, que facilitaría una victoria japonesa, tenía un significado positivo mucho mayor para el movimiento socialista internacional. Pero Plejánov matizaba inmediatamente esta postura teórica aparentemente clara, con objeto de armonizarla con el antimilitarismo socialista. Dado que las guerras entre pueblos civilizados en los tiempos contemporáneos perjudican seriamente los intereses de la clase obrera, los elementos conscientes del proletariado han de ser «los partidarios más decididos y constantes de la paz». Afirmaciones que Plejánov consideró evidentes en 1904-5, iban posteriormente a mostrarse teñidas de ambigüedad y convertirse en objeto de violentas discusiones dentro del socialismo internacional con motivo de la crisis diplomática de 1914.

Ateniéndose a la estrategia defendida tanto tiempo, la cuestión que más preocupó a Plejánov durante la crisis revolucionaria de 1904-6 fue el tema de las relaciones entre la burguesía y el proletariado. Según su punto de vista, el alzamiento en marcha sólo podía ser una revolución burguesa e, inevitablemente, la

18 *Sochinéniia*, XIII, p. 96.

burguesía tendría un papel predominante en ella; pero el proletariado estaba destinado a dar los golpes decisivos. A condición de que cada cual se atuviese al papel preestablecido, el absolutismo sería derrocado, la burguesía se convertiría en poder dirigente dentro de un régimen democrático, y el proletariado se encontraría en posesión de los derechos que le permitirían prepararse para su posterior emancipación económica. Como guía táctica para el logro de estos fines, Plejánov citaba la famosa frase de Marx: «Junto a la burguesía, mientras se muestre revolucionaria en la lucha contra el absolutismo, no dejando ni un instante de llamar la atención del proletariado sobre el antagonismo de sus intereses frente a los de la burguesía».

Durante los meses de la llamada «primavera» de Sviatopolk-Mirski, la creciente actividad política de los *zemstvo* y otros elementos de la «sociedad» que él clasificaba dentro de «la burguesía», dio a Plejánov pocos motivos de queja. Y, después del Domingo sangriento, al dar la voz de alarma para un levantamiento armado, no manifestó la menor duda de que la burguesía respondería favorablemente a su sonoro lema: «Marchar separados, golpear juntos».[19] Esta era una afirmación comprimida de su convicción de que todos los grupos de oposición, aun manteniendo su independencia organizativa y de principios, debían coordinar sus actividades con objeto de multiplicar las posibilidades de éxito. Sobre todo, la burguesía y el proletariado debían sincronizar sus golpes para derribar el edificio zarista.

Sin embargo, pronto empezaría a encontrar defectos en su pretendido aliado. En abril de 1905, Plejánov, con no demasiada amabilidad, reprochaba a la burguesía y su cohorte que se limitara a una exhibición de verborrea en lugar de prepararse para la acción. «Aunque, de acuerdo con la Biblia, las murallas de Jericó se derrumbaron ante el sonar de las 'trompetas del Jubileo'», escribió, «en estos tiempos prosaicos no ocurren milagros y la ciudadela de la autocracia difícilmente se derrumbará ante el sonar de los innumerables ejercicios de oratoria de nuestros innumerables amantes de la libertad».[20] Al mismo tiempo, le reprochaba no saber neutralizar y rechazar las tendencias contrarrevolucionarias que se dejaban sentir en ciertos grupos de artesanos y campesinos.

Tras la huelga general de octubre, que obligó al Zar a promulgar el manifiesto del 17 de octubre con su promesa de libertades cívicas y una Duma legislativa representativa, las críticas de

19 Véase el artículo de igual título en *ibid*.
20 *Ibid*., p. 215.

Plejánov a la burguesía y sus representantes se hicieron más agudas. Escéptico, como muchos otros izquierdistas, ante las promesas del Zar, hacia abiertas advertencias contra los sentimientos antirrevolucionarios y antiproletarios frecuentes en los círculos burgueses, que podrían asegurar el éxito a los esfuerzos del conde Witte por disolver la coalición revolucionaria.[21] De hecho, el ala conservadora del movimiento liberal se separó de las fuerzas atacantes, constituyó el partido octubrista, y a partir de ese momento hizo causa común con el gobierno. En el transcurso de 1906, Plejánov llegó a creer que incluso el partido kadete, liberal de izquierda, que él consideraba representante de los elementos avanzados de la burguesía, había casi agotado sus energías revolucionarias. Mayoritarios en la primera Duma, constituida en abril de 1906, los kadetes habían adoptado una postura lo bastante avanzada e intransigente como para provocar que el gobierno del Zar decretase su disolución. En julio, por medio del manifiesto de Vyborg, sus dirigentes solicitaron el apoyo popular en favor de la Duma, a través de la resistencia pasiva. Plejánov criticó el Manifiesto alegando que en lugar de explicar al pueblo por qué necesitaba luchar, y cómo, pedía que se tomasen medidas en contra del gobierno que no podían ser efectivas (*). En concreto, criticaba a los kadetes por haber abandonado la reivindicación de una asamblea constituyente y por haber rechazado la oferta de los socialdemócratas de llegar a un acuerdo electoral sobre dicha plataforma. Más apenado que indignado, Plejánov llegaba a la conclusión de que los kadetes tenían miedo a la soberanía del pueblo, y propiamente debían llamarse Partido de la Semilibertad del Pueblo, en lugar de Partido de la Libertad del Pueblo.[22]

Para explicar el comportamiento político de la burguesía, Plejánov se valía de dos líneas principales de argumentación. En una, culpaba a la táctica agresiva de Lenin del desplazamiento a la derecha de la burguesía. Sostenía que, al optar por atacar únicamente a la burguesía en lugar de apoyarla y atacarla simultáneamente, los bolcheviques habían asestado un duro golpe contra el movimiento de liberación. Pero añadía otra

21 *Ibíd.*, pp. 333-334, 345.

* *Sochinéniia*, XV, pp. 161-63, 186-87, 194. Plejánov señalaba que negarse a pagar los impuestos no era una medida demasiado efectiva contra el gobierno, dado que los impuestos directos no representaban una gran partida dentro de los ingresos presupuestarios del gobierno. Y la negativa de los jóvenes progresistas a cumplir con el servicio militar dejaría a este decisivo instrumento en manos de las fuerzas de la reacción.

22 *Ibíd.*, XV, pp. 162, 195-197, 338.

causa eficiente que explicaría la relación equívoca de la burguesía con la revolución. Consideraba que su renuncia a declarar una guerra a muerte al régimen zarista y su rechazo de la reivindicación de una asamblea constituyente elegida por medio de sufragio universal eran debidas a su compromiso con intereses clasistas a expensas de los intereses de la nación en general. En beneficio de los elementos terratenientes que figuraban en sus filas, el partido kadete repudiaba la convocatoria de una asamblea constituyente, por miedo a que dicha asamblea pudiera votar la expropiación sin indemnización de los latifundios.[23] Sin embargo, al argumentar de tal forma, Plejánov adoptaba la postura peculiar de criticar a la burguesía por conducirse tal y como había predicho se conduciría. Su anterior afirmación de que la burguesía no sería capaz de mantener una actividad revolucionaria consecuente se demostraba más acertada de lo que él mismo hubiera deseado.

No obstante, Plejánov nunca llegaría a condenar por completo a la burguesía. Al contrario, consideraba que era conveniente apoyar cualquier iniciativa suya en favor de la liberalización política. Por ejemplo, al tiempo que acusaba a los kadetes de preferir una situación de compromiso que les favoreciese, a una Duma todopoderosa, dado que se contentaban con una institución sin plena soberanía, no obstante, pedía que el proletariado les prestase su apoyo.[24] Su postura era consecuencia lógica de su inquebrantable fidelidad a la teoría de Marx de una secuencia de etapas históricas determinada por la economía. En tal contexto, el levantamiento del pueblo ruso sólo podía ser una revolución «burguesa». Su línea táctica, afirmaba, era una simple traslación de la admonición de Marx relativa a que el proletariado debía apoyar a la burguesía en la medida que se mostrase revolucionaria en la lucha contra el absolutismo. Tan firmemente se atuvo Plejánov a este principio básico y a la línea táctica consiguiente, que por primera vez se encontró integrado en el ala de extrema derecha dentro del partido socialdemócrata. Los bolcheviques le calificaban de oportunista, subrayando irónicamente la estima en que le tenía la prensa burguesa. Pero incluso los mencheviques se negaban a sostener una táctica que consideraban derrotista.[25] También ellos —aún a pesar de las repetidas negaciones de Plejánov— se hacían eco de la acusación de que la línea táctica de Plejánov hacía del proletariado un

23 *Ibíd.*, pp. 162, 286.

24 *Ibíd.*, pp. 338-339.

25 *Ibíd.*, pp. 140, 158.

instrumento en manos de la burguesía. Se mostraban muy escépticos ante las afirmaciones de Plejánov de que los socialdemócratas podrían forzar a la burguesía a adoptar una actitud más agresiva si contribuían a intensificar lo que él calificaba como oposición básica entre sus intereses y los del viejo orden. Y, efectivamente, ¿cómo compaginar dicha afirmación con su propia interpretación del giro conservador de la burguesía, derivado según él, al menos en parte, de sus intereses de clase? En este punto crucial —y no iba a ser el único— el esquema revolucionario del padre del marxismo ruso daba señales de hacer agua.

Después del manifiesto de octubre, la aparente inclinación en parte de la burguesía a establecer un pacto con el gobierno indujo a Plejánov a calificar a los campesinos como «esa reserva extraordinariamente poderosa de la revolución rusa», sustituto potencial de la burguesía en la lucha sin tregua.[26] Pero esta idea, que se convertiría en centro de la línea táctica de Lenin, no fue para Plejánov más que un simple destello que nunca llegaría a concentrarse. Pues la desconfianza de Lenin frente a la burguesía tenía su paralelo en la desconfianza de Plejánov frente a los campesinos. Si Lenin y los bolcheviques elegían atacar, en lugar de *apoyar* y atacar, a la burguesía, ciertamente Plejánov se sentía más inclinado a atacar que a apoyar a los campesinos. Por supuesto, acogió el estallido de la *jacquerie* como prueba de que otro gran estrato de «leales súbditos» del Zar estaba siendo seducido por «sueños insensatos». Por supuesto, era partidario de la división general de la tierra, arguyendo que el éxito de la rebelión de los campesinos contra las supervivencias feudales ayudaría al más rápido desarrollo de relaciones capitalistas en el campo.[27]

Pero más significativo era el total olvido en que tenía a aquellos grupos políticos que pretendían ser expresión de los intereses de los campesinos. En los escritos de su época revolucionaria, excepto alguna ocasional alusión irónica, apenas menciona al partido socialista revolucionario. Hacía mucho tiempo había adoptado la costumbre de llamarle guasonamente el «autotitulado partido de los autotitulados socialistas revolucionarios». Debido probablemente a su desdén por su inepcia teórica —el punto de unión de los socialistas revolucionarios, según un historiador, era «menos una ideología que un estado de ánimo»[28]—, Plejánov se mostraba incapaz de tomar en serio a este grupo.

26 *Ibid.*, XIII, p. 350.
27 *Ibid.*, pp. 241, 246-248; XV, 30.
28 Radkey, p. 3, y *pássim.*

Quizá la irracionalidad que descubría en el partido socialista revolucionario le pareciese prolongación del atraso e irracionalidad que confesaba ver en los propios campesinos. A los trudoviques, con una fuerte representación de base campesina dentro de la primera Duma, Plejánov se dignó dedicarles la mitad de un artículo. Pero es inevitable la impresión de que tuvo mayor interés en demostrar su carácter pequeñoburgués que en encontrar formas y medios de llegar a acciones comunes.[29] La enorme seriedad e interés de los discursos de Plejánov sobre las relaciones del proletariado con la burguesía ofrecen un abierto contraste con sus esfuerzos casi platónicos por establecer una coalición entre el proletariado y el campesinado.

En sus pensamientos, el entusiasmo por la turbulencia de los campesinos era atenuado por la desconfianza, lo mismo que ocurría con sentimientos similares respecto al proletariado en la mentalidad de muchos liberales rusos. Su desconfianza se mostraba de muchas formas. Al optar por apoyar a los campesinos insurgentes en sus aspiraciones a una reforma agraria, dejó bien claro que no debía apoyarse a los pequeños propietarios en contra de los grandes cuando éstos no representaran una supervivencia feudal sino un desarrollo capitalista progresista.[30] Esta apreciación era repetición de su convencimiento tantas veces afirmado de que los pequeños propietarios campesinos impedían el desarrollo «natural» y racional del capitalismo en gran escala, en un intento de perpetuar su propia economía amenazada. En un famoso discurso ante el congreso de unificación del POSDR, en Estocolmo, en 1906, Plejánov atacó públicamente, al igual que antes lo había hecho en privado, el proyecto de nacionalización de la tierra que Lenin acababa de resucitar. Pero, al propio tiempo, censuró la evidente inclinación de algunos campesinos a favor de la transferencia de la tierra conquistada no a manos privadas, sino al Estado.[31] Esta última tendencia era calificada por él como *kitaischina* del campesinado, un deseo irracional de volver a la situación anterior de control estatal de todas las tierras, que, desde su punto de vista, había sido la base económica del despotismo oriental ruso.

Finalmente, y muy importante, Plejánov compendiaba la irracionalidad de los campesinos en su carencia de conciencia política. En ciertos párrafos conmovedores de su incesante autopsia de la revolución habló de cómo el campesino ruso, a través de

29 *Sochinéniia*, XV, pp. 202-216.
30 *Ibid.*, p. 40.
31 *Ibid.*, pp. 67-76.

siglos de sometimiento, había sido condicionado a la pasividad política.[32] Con un deseo ferviente de tierra, no lograba entender que tal reforma económica dependía de la adquisición del adecuado poder político. Tomó parte obedientemente en las elecciones para la Duma de 1906, considerando en apariencia dicha institución como una especie de deidad omnipotente que podría acabar con todas las dificultades y satisfacer sus deseos. No lograba entender que la Duma sólo *podría* llegar a tener un significado si el pueblo le prestaba un apoyo resuelto. En un milagro de incomprensión, los campesinos uniformados que componían el ejército imperial habían traicionado a los suyos sometiendo bayoneta en mano la revolución que habría satisfecho su hambre ancestral de tierra. Plejánov predecía que estas lamentables características del campesinado iban a convertirse en un temible obstáculo para el progreso de la nación en conjunto. Los bolcheviques cometían una grave equivocación, concluía, al considerar a los campesinos como «partidarios políticos y fieles aliados del proletariado».[33] Estos podrían intentar manipular la turbulencia de los campesinos para sus fines; pero tal turbulencia no bastaba a Plejánov, que pedía racionalidad a las masas activas históricamente.

El profeta del proletariado debía hacer frente a un terrible dilema. La burguesía se negaba a militar activamente en favor de la libertad política. Y el campesinado, que se entregaba a la lucha sin inhibiciones, quedaba descalificado por el pretendido carácter irracional de su lucha. De tal modo, el proletariado estaba efectivamente aislado. Quizá Plejánov se dio cuenta de ello ya en diciembre de 1905, cuando en privado advirtió en contra del levantamiento armado proletario que inmediatamente estallaría bajo los auspicios de los socialdemócratas, para ser ahogado en sangre.[34] Eran poderosísimas las dudas de que los socialdemócratas pudieran reunir fuerzas suficientes para obtener la victoria. Plejánov no podía dar su aprobación a que la clase obrera prosiguiera aislada el ataque, pues las alternativas a que debía hacer frente no eran aceptables. Rechazaba cualquier posibilidad de que el proletariado aislado pudiera destruir el absolutismo y a continuación entregar el poder a la burguesía que había permanecido sentada y con los brazos cruzados.[35] Menos admisible aún, desde su punto de vista, sería la toma del

32 Plejánov desarrolló este tema más extensamente en «Zametki publitsista» (Apuntes de un publicista), *ibid.*, XV, pp. 415-427.
33 *Ibid.*, p. 439.
34 *Gruppa*, V, pp. 232-234.
35 *Sochinéniia*, XIII, p. 183.

poder por el proletariado, seguida del intento de construir el socialismo en el país. El proletariado no podría conservar el poder e intentar la construcción del socialismo en ausencia de todas las condiciones económicas y sociales previas.[36] Plejánov nunca llegó a encarar abiertamente el dilema que planteaba este juego de alternativas.

Sin duda, la solución del problema perdió parte de su urgencia, aunque no su importancia básica, cuando la marea revolucionaria se detuvo y se hizo claro que, en cualquier caso, el proletariado no tenía poder suficiente para derrocar el viejo régimen. No obstante, la incapacidad de la revolución para llegar a ser lo que de ella se esperaba obligó a Plejánov a revisar la línea táctica de los insurgentes. A lo largo de 1906 y 1907, ponderó públicamente los recientes acontecimientos, llegando a la moderada conclusión de que las fuerzas revolucionarias habían infravalorado al enemigo y le habían hecho frente sin una suficiente preparación. Olvidando en qué forma, después del Domingo sangriento, había rechazado de antemano toda objeción de que había pasado la era de los levantamientos armados victoriosos, subrayaba ahora que los gobiernos contemporáneos disponían de mucha más capacidad de resistencia que en tiempos de la Revolución francesa.[37] Tal circunstancia hacía necesaria una amplia y extremadamente cuidadosa preparación antes de lanzar el guante. En particular, hacía necesario un tacto y una sabiduría infinitos, características que encontraba faltaron por completo en el comportamiento táctico de la oposición en 1905.

Al poner en claro lo que él identificaba como faltas de omisión y comisión, no excusó a las personas más íntimamente asociadas con él. El hecho de que el POSDR estuviera dividido en el momento del estallido de la revolución había disgustado profundamente a Plejánov. Durante la primavera de 1905, el cisma dio señales de agravarse. Las facciones bolchevique y menchevique celebraron sendos congresos por separado, y Plejánov respondió a mediados de 1905 a esta conducta reprobable dimitiendo de sus puestos como redactor de *Iskra* y presidente del Comité del partido (*). Por medio de este movimiento dramá-

36 *Ibid.*, XV, p. 268.
37 *Ibid.*, XIII, p. 191; XV, 306. Engels había hecho esta observación y varias otras similares respecto a la situación en Rusia, en el prefacio escrito en 1895 a la *Lucha de clases en Francia.*
* *Sochinéniia*, XIII, p. 226. Una vez hubo cortado sus relaciones con *Iskra*, se encontró con las manos libres para intentar una experiencia de que había hablado anteriormente, la publicación de artículos sobre temas diversos en series semejantes al *Diario de un escritor*, de Dosto-

tico, esperaba devolver el sentido a las dos facciones y hacer prevalecer sus llamadas a la unidad. De momento, sin embargo, lo único que consiguió fue dividir todavía más al partido. Aproximadamente un año más tarde, se convocó un congreso de unificación del partido en Estocolmo, como respuesta a las presiones de los militantes que habían ingresado en las organizaciones locales de ambas facciones durante 1905. Pero a pesar de los esfuerzos de Plejánov antes, durante y después del congreso, el POSDR no llegó a reunificarse auténticamente. La apasionada lucha de Plejánov por la unidad resultaba extremadamente contradictoria en vista del énfasis que ponía en señalar las grandes diferencias que se habían creado entre los bolcheviques y los mencheviques. Parecían no menos importantes que aquéllas que habían separado a los revisionistas de los ortodoxos y que le habían inducido a pedir la expulsión de los primeros de las filas de los partidos socialistas occidentales. En 1906, Plejánov, al estilo de Alicia en el País de las Maravillas, siguió pidiendo la unidad, proponiendo al mismo tiempo que se dejasen de utilizar los nombres mencheviques y bolcheviques para utilizar los de marxistas y blanquistas, que serían más indicativos de las reales y profundas diferencias entre los dos grupos.[38]

Las acusaciones hechas por Plejánov contra los bolcheviques en 1905-6 —e iba a repetirlas casi palabra por palabra en 1917— recuerdan el acta de acusación que había levantado contra los *narodovoltsi* dos décadas antes. Los acusaba de ser incapaces de pensar dialécticamente, de entender qué objetivos era posible alcanzar históricamente, de basar la línea táctica en circunstancias reales y de armonizar medios y fines. Al rechazar los criterios objetivos como determinantes de la acción y al tratar de llegar a metas inalcanzables valiéndose de medios mágicos, se hacían merecedores del calificativo de «alquimistas de la revolución».[39] Utilizando unas tácticas y un lenguaje intemperante e intempestivo, sembraban la alarma en la burguesía y la confusión en el proletariado. Sin duda se refería a los bolcheviques —aunque también podía estar pensando en aquellos mencheviques que seguían a Trotski— cuando hizo la siguiente notable observación: «La dificultad entre nosotros no es reconocer el

iévski. La primera de las series de artículos, titulada *Diario de un socialdemócrata*, apareció en la primavera de 1905. Su continuación a lo largo de todo un año y su reanudación en 1909 sirvió de prueba del aislamiento de Plejánov a medida que la crisis revolucionaria alcanzaba su cumbre y después de ella.

38 *Sochinéniia*, XII, pp. 452-455; XV, p. 154.

39 *Ibid.*, XIII, p. 174; XV, pp. 108, 220-221.

antagonismo de intereses entre la burguesía y el proletariado. En nuestras filas, el reconocimiento de tal antagonismo ha llegado ya a tener, podríamos decir, la *firmeza de un prejuicio*».[40] Tenía razón en sus temores de que la conciencia de clase proletaria, a cuyo desarrollo había dedicado su vida, estaba más que superando el nivel deseado, o más bien estaba asumiendo formas distorsionadas, paralizando de tal forma a la burguesía y dando origen a la temible posibilidad de que el proletariado pudiera intentar una toma prematura del poder.

El énfasis de los bolcheviques en la preparación técnica de un levantamiento armado, sumado a su aparente desprecio por el desarrollo de la conciencia y fortaleza de los obreros por medio de sindicatos, cooperativas y actividades electorales, parecía a Plejánov una escandalosa traición tanto a los principios fundamentales del marxismo como a la única línea táctica que podría conducir a la victoria del movimiento revolucionario y del proletariado. «Si Marx y Engels aparecieran de incógnito en una de esas asambleas en que nuestros 'bolcheviques' se dedican a perorar con su elocuencia revolucionaria», observó amargamente, «serían castigados por su 'moderación' y declarados 'marxistas a lo kadete', o incluso, en un paroxismo de odio, simplemente 'kadetes'».[41] Y al decir tal cosa, Plejánov se identificaba con Marx y Engels, pues los bolcheviques le habían calificado de «socialdemócrata a lo kadete». Lo que a él parecía una conducta sorprendente de parte de los bolcheviques la explicaba por el predominio de la *intelligentsia* entre ellos, y es más, en el partido en general, lo que conducía a unos puntos de vista fantásticos y unilaterales que sólo podrían ser corregidos cuando ingresara en la socialdemocracia un gran número de obreros y la convirtiera en un partido de masas.

En el congreso de Estocolmo, Plejánov se alineó primero con los mencheviques. No obstante, las actas muestran que antes y después del congreso mantuvo un alto grado de independencia y no pocas veces llevó la contraria a la facción a que pertenecía nominalmente. Plejánov se sentía obligado a combatir a aquella sustancial sección del grupo menchevique que, bajo la influencia de los acontecimientos revolucionarios y las exhortaciones de Trotski, parecía dispuesta a alejarse de la línea estratégica revolucionaria que él había elaborado en los comienzos de su carrera marxista, a la que todavía seguía fiel. En 1905, por vez primera, dirigió a los mencheviques la misma crítica que iba a hacer

40 *Ibid.*, XV, p. 95.

41 *Ibid.*, p. 251.

colectivamente a los grupos socialistas moderados en 1917: que modificaban su línea táctica por temor a ser calificados de oportunistas.[42] En otras palabras, que bajo la presión de los bolcheviques, se veían arrastrados a adoptar posturas más radicales que aquellas que creían correctas. También acusó a algunos mencheviques de una falta de la que él mismo difícilmente podía considerarse libre: un excesivo esquematismo en su planteamiento del curso de la revolución y en la línea táctica a seguir en diversos momentos y en distintas contingencias. En la campaña para la segunda Duma, Plejánov criticó públicamente la plataforma electoral del partido, que encontraba «escrita nada felizmente» y, lo que es más importante, «pensada con muy poca cabeza». Su comportamiento disidente provocó no sólo la censura de los bolcheviques, sino además un silencio estremecedor por parte de los mencheviques.

Lo mismo que en primera instancia las esperanzas de Plejánov de lograr las libertades políticas descansaban sobre todo en el proletariado, así ahora, en su deseo de reconstruir las dispersas legiones revolucionarias y prepararse para nuevas ofensivas, volvía de nuevo la vista al proletariado como elemento clave. Pero se daba perfecta cuenta de que si bien su vanguardia había llegado a ser conscientemente socialdemócrata, una gran parte del proletariado permanecía indiferente ante los emocionantes acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor. Lo que es peor, una parte sustancial de ellos estaban tan pobremente orientados que se unían a las extremistas y reaccionarias Falanges Negras, o bien caían bajo la influencia de los blanquistas defensores del *coup de main*. Estas inquietantes circunstancias se desvanecerían, creía, bajo el impacto de una sabia táctica socialdemócrata. La labor más importante y trascendente del partido marxista, como siempre, era elevar la conciencia del proletariado (*), facilitar el paso del proletariado de ser una clase algebraica a una aritmética, de la potencialidad a la realidad consciente. A tal fin, Plejánov confiaba antes que nada en la promoción de las actividades mutualistas y cooperativas de los obreros en todas las posibles formas. Ponía especial énfasis

42 *Ibid.*, p. 58.

* Es preciso tener siempre presente una distinción implícita en el pensamiento de Plejánov: aquélla entre una conciencia proletaria «desviada» en que el antagonismo frente a la burguesía había llegado a asumir «la firmeza de un prejuicio», y la «auténtica» conciencia proletaria que reconocía tanto el antagonismo entre los intereses de la burguesía y el proletariado como la necesidad de una etapa capitalista para la consecución final del socialismo.

en los sindicatos, y, desde el primer momento, se opuso al boicot de las elecciones para la Duma (defendido por los bolcheviques y muchos mencheviques). Defendió la participación en cooperativas, y en más de una ocasión habló en favor de la convocatoria de un congreso obrero, proyecto acariciado por su amigo Axelrod. En los sindicatos, cooperativas o campañas electorales, el pueblo aprendería sobre la marcha, sondearía el entorno social y, con ayuda de los socialdemócratas, llegaría a ser consciente de sus intereses y del mejor medio para defenderlos. Entonces los obreros ocuparían el puesto a ellos reservado en las filas de la socialdemocracia y la convertirían en un partido de masas. La librarían de los elementos quiméricos introducidos en su ideología por la *intelligentsia*, y se negarían a tolerar la desunión. Como organización de masas unida, el POSDR constituiría una amenaza real para la autocracia, no sólo en y por sí mismo, sino al alentar la actividad de otros grupos sociales, el primero de todos la burguesía.

Todas estas recomendaciones y predicciones hacían referencia a aspectos concretos del movimiento revolucionario y no introducían cambio alguno en la arquitectura básica de las predicciones de Plejánov sobre el futuro de Rusia. Quizá no carecieran de razón sus sugerencias de una más intensa preparación para nuevas ofensivas revolucionarias. ¿Pero en qué debía consistir tal preparación? Por una parte, respondía Plejánov, en una línea táctica socialdemócrata calculada para despertar una oposición más firme al viejo régimen por parte de la burguesía. En ese caso, el proletariado no se encontraría aislado en el ataque contra el absolutismo. «Golpeando al unísono», la burguesía y el proletariado lograrían llevar a buen término la obra de la primera revolución rusa. Por otra parte, los socialdemócratas debían elevar más efectivamente la conciencia de clase del proletariado para asegurar que pudiera «marchar separadamente» en el conflicto revolucionario. En resumen, la táctica socialdemócrata seguía siendo la misma: junto a la burguesía en la lucha contra el absolutismo, no dejando ni un instante de llamar la atención del proletariado sobre el antagonismo de sus intereses frente a los de la burguesía. Pero en esta misma fórmula se encuentra la fundamental contradicción en el esquema de Plejánov, que los acontecimientos de 1905 acababan de poner claramente al descubierto.

Desde el primer momento, Plejánov se había esforzado por evitar que el proletariado ruso sirviera de instrumento ciego de la burguesía en la lucha contra el absolutismo. Al contrario, debía participar en la lucha como fuerza independiente y con

conciencia de clase, bajo la dirección socialdemócrata. Nunca había calculado adecuadamente la posibilidad de que la burguesía se sintiera poco inclinada a cooperar en su actividad revolucionaria con un grupo que confesaba abiertamente su intención inmediata de destruir la sociedad burguesa. Una y otra vez, Plejánov insistía en que los socialistas no debían ni ocultar sus objetivos últimos ni abandonar temporalmente su propaganda del socialismo con objeto de fundirse con la «sociedad» para la conquista de las libertades políticas.[43]

Hacerlo así significaría *debilitar* la conciencia de clase del proletariado, y Plejánov sostenía firmemente que su *elevación* era condición previa para la conquista de libertades políticas. Sólo por medio de una propaganda socialista, alentando la esperanza de una eventual emancipación económica, podrían las masas de obreros ser inducidas a tomar la defensa de las libertades políticas. Pero este argumento es menos que convincente, pues, según él mismo, no había sido la propaganda socialista lo que había arrastrado a los obreros de Europa occidental a luchar contra el absolutismo. Que la situación en Rusia era potencialmente similar se deduce claramente de la profunda preocupación de Plejánov por evitar que los liberales se hicieran con la dirección del proletariado. En 1905, como él mismo señaló, la burguesía se sentía angustiada ante la influencia que tenían los socialdemócratas sobre los obreros, y su ardor revolucionario había disminuido proporcionalmente.

Pero nunca llegaría a reconocer abiertamente que la conciencia de clase del proletariado y la militancia revolucionaria de la burguesía era probable que estuvieran unidas por una relación inversa. En occidente, las revoluciones habían sido «burguesas» precisamente porque, y en la medida en que la burguesía y sus representantes ostentaban la indiscutida dirección del movimiento de oposición, al no haber alcanzado las masas, y en especial el proletariado, la conciencia que necesariamente debe preceder a su constitución como fuerza política independiente. La Revolución de 1905 puso de manifiesto la imposibilidad de combinar a la burguesía con un proletariado con conciencia de clase en una revolución «burguesa» al estilo de Europa occidental. Demostraba que un proletariado con conciencia de clase anulaba inmediatamente cualquier tendencia revolucionaria que pudiera sentir la burguesía. Ponía de manifiesto estas cuestiones críticas: ¿Cómo hacer una revolución «burguesa» sin la burguesía? ¿Cómo inducir a un proletariado con conciencia de

43 *Ibíd.*, XIII, pp. 192-193, 341.

clase a aplastar el absolutismo e inmediatamente entregar el poder a una clase que ha aprendido a temer y odiar?

Trotski y Lenin ofrecían distintas respuestas a estas cuestiones. En opinión de Trotski, la lógica de la situación en Rusia exigía que no pudiera pensarse en un largo período de régimen democráticoburgués. El proletariado no sería disuadido por la pasividad o por las inclinaciones contrarrevolucionarias de la burguesía de proceder al derrocamiento del absolutismo. Una vez que hubiera destruido el régimen zarista, volvería inmediatamente sus fuerzas contra la burguesía con objeto de dar comienzo a la fase socialista lo más pronto posible. Lenin también rompía con el esquema de Plejánov, pero no obstante no se atrevía a ir tan lejos como Trotski. Frenado todavía por consideraciones doctrinales, no podía llegar a pensar en una transición inmediata al socialismo. Pero decididamente rechazaba la posibilidad de un régimen democrático como resultado de la primera revolución, previendo en lugar de ello el establecimiento de una dictadura de proletarios y campesinos. Nunca llegaría a precisar claramente lo que ello quería decir en términos exactos: si lo hubiera hecho, habría quedado al descubierto la inconsecuencia básica de *su* postura.[44]

Plejánov no se sintió afectado por estos intentos de encontrar una solución al dilema planteado por los acontecimientos de 1905. Ni tan siquiera admitió la existencia de tal dilema, de una situación nueva y distinta a la anticipada en la línea táctica que había preparado décadas antes. Con todo lo sorprendente que ello pueda parecer, él, que siempre había predicado la superioridad del sistema de pensamiento dialéctico, la necesidad de tener siempre en cuenta las condiciones de tiempo y lugar, no llegó a percibir, cuanto menos a resolver, las dificultades singulares de la situación en Rusia.

Repetidamente se mostró incapaz de reconocer la imposibilidad de encontrar una línea táctica que simultáneamente elevara la conciencia del proletariado y estimulara a la burguesía a una actividad más agresiva en contra del viejo orden. Aferrándose a sus planteamientos básicos, subrayaba unas veces uno, otras el otro, en este par de objetivos incompatibles. Y si lograba llegar a establecer un mínimo de armonía entre ellos, lo hacía valiéndose de un desplazamiento casi imperceptible de énfasis en su interpretación de la conciencia de clase proletaria. Si, como él afirmaba, el antagonismo del proletariado frente a la burguesía había ya alcanzado «la firmeza de un prejuicio», insistir de

44 Dan, pp. 366-368.

nuevo en ese sentido evidentemente sería innecesario. Pero el concepto que Plejánov tenía de la conciencia de clase exigía también sensibilidad ante los límites impuestos a la acción por el nivel de ascenso histórico alcanzado por el país. Los socialdemócratas tenían el deber de inculcar al proletariado la conciencia de que, dado el nivel de desarrollo económico que Rusia había alcanzado, en Rusia sólo era posible una revolución «burguesa». En otras palabras, se pedía de ellos que reprimieran las tendencias revolucionarias del proletariado que ellos mismos habían despertado. Dicha consideración era lo que inspiraba los duros ataques de Plejánov contra las manifestaciones ultrarrevolucionarias tanto de bolcheviques como de mencheviques, y su prontitud en aplaudir cualquier iniciativa positiva de los liberales, por modesta que fuere. El, que había pasado su vida intentando transformar al proletariado ruso en una fuerza política independiente, se veía ahora obligado a aconsejar moderación a la actividad independiente del proletariado para no intimidar a la burguesía y que el proletariado no se aislase a sí mismo. No obstante, la timidez de la burguesía, en especial después de la experiencia de 1905, excluía en este sector de la sociedad cualquier iniciativa revolucionaria. Acomodar la línea táctica del proletariado a la de la burguesía significaba traicionar la revolución. En realidad, Plejánov decía A, negándose calurosamente a aceptar que B sería inexorablemente la consecuencia. Tal era el problema en que se veía sumido cuando se llevaban al límite las contradicciones internas a su intento de establecer un vínculo orgánico entre las revoluciones burguesa y proletaria.

Una y otra vez Plejánov recurrió a los mismos argumentos, repitiendo cuándo y en qué forma sus rivales se habían desviado de los cánones marxistas. Pero se daba muy bien cuenta de que cada vez contaba con menos partidarios para sus posturas. Desesperado, se esforzó por depositar en su platillo de la balanza el peso de los dirigentes del socialismo internacional. Y dirigió a un cierto número de ellos una serie de preguntas acerca del carácter de la revolución rusa y la táctica adecuada a seguir por los socialdemócratas. Pero lo que pretendía fuera un refuerzo para su influencia en declive se convirtió en una de las más imponentes derrotas de su carrera. Para profunda consternación suya, el hombre que más respetaba dentro del movimiento socialista internacional, Karl Kautsky, respondió en un sentido absolutamente destructivo para la postura de Plejánov. Pueden juzgarse las dimensiones del desastre por el hecho de que Lenin creyó oportuno traducir la respuesta de Kautsky al

ruso, y publicarla con un prólogo escrito por él mismo. No exageraba demasiado cuando calificó las observaciones de Kautsky como «la más brillante confirmación de la línea táctica de ... los bolcheviques».[45]

El punto central del panfleto de Kautsky era una negativa de que la Revolución francesa de 1789 pudiera servir de modelo para Rusia, de que la revolución rusa pudiera tener un carácter burgués. La debilidad de la burguesía y la aparición de un partido proletario independiente lo confirmaban. Kautsky subrayaba además la incapacidad inherente a un gobierno liberal para dar una solución al problema más acuciante del país, la cuestión agraria, de la única forma posible: radicalmente. Sólo la confiscación de los latifundios sin indemnización y una ayuda estatal masiva a los campesinos, a expensas de las fuerzas armadas y de las tierras del Estado y la Iglesia, podrían dar a la economía agrícola rusa una base racional. Sólo por medio de una coalición de proletarios y campesinos, argüía Kautsky, podría Rusia obtener las libertades políticas y al mismo tiempo resolver la cuestión agraria. Como Lenin, Kautsky excluía la posibilidad de una genuina revolución burguesa, y aún así no creía en la inminente implantación del socialismo en Rusia:

> Adoptaremos una postura más correcta respecto a la revolución rusa y las tareas a que habremos de hacer frente si la consideramos no como una revolución burguesa en el sentido habitual del término, ni tampoco como una revolución socialista, sino como un proceso totalmente original, que se desarrolla en una zona límite entre la sociedad burguesa y la socialista, facilitando la liquidación de la primera, preparando las condiciones para la creación de la segunda y, en cualquier caso, dando un poderoso impulso al desarrollo de acontecimientos progresistas en los países del área de civilización capitalista.[46]

El golpe recibido por Plejánov difícilmente podía ser más devastador. Ciertos comentarios de Kautsky parecían dirigidos específicamente a lo que su autor quizás consideraba embotamiento del interrogador. «Hay que reconocer», decía Kautsky, «que estamos haciendo frente a situaciones y problemas totalmente nuevos, que no encajan en ninguno de los viejos moldes». Es más, juzgando verosímil que le correspondiera la victoria al partido socialdemócrata, advertía: «Es imposible luchar descartando la victoria de antemano». En otras palabras, el proleta-

45 Kautsky, p. 4.
46 *Ibid.*, p. 32.

riado tenía que luchar, y no tenía sentido alguno luchar a menos que los dirigentes estuvieran dispuestos a hacerse con el poder. Enfrentarse al enemigo sólo si lo hacía la burguesía, y renunciar incondicionalmente al poder, era abocarse a la bancarrota política.

Aunque visiblemente derrotado por el análisis de Kautsky de la situación, Plejánov respondió a éste con no mayor imaginación que la desplegada frente a los acontecimientos previos. Utilizando tortuosos razonamientos, pretendió demostrar que Kautsky estaba de hecho de acuerdo con él, y que sus diferencias eran únicamente semánticas.[47] Asimismo eludió hábilmente las críticas hechas por Rosa Luxemburgo, que no lograron introducir ningún cambio en la dirección o contenido de sus pensamientos. Ella, y no él, era quien se equivocaba, repetía, al rechazar como desfasada la línea táctica fijada por Marx y Engels en 1847-48 relativa a las relaciones del proletariado con la burguesía en la lucha contra el absolutismo.[48]

En 1905, la fe revolucionaria a que Plejánov había entregado su vida, era puesta a prueba y fracasaba. Ya anteriormente, en la etapa de Cherni Peredel, sus ideas habían perdido aparentemente relación con la realidad y su prometida eficacia como instrumento para la transformación de aquélla. El joven Plejánov, sin embargo, había respondido creativamente al desafío implícito en la crisis de la ideología revolucionaria de los *naródniks.* Al apadrinar el nacimiento del marxismo ruso, abrió una nueva y, como se demostraría, fructífera vía para las actividades del movimiento revolucionario. Con la Revolución de 1905, el marxismo ortodoxo ruso entraba en una crisis que al final se demostraría fatal. Y Plejánov no fue capaz de responder creativamente a este desafío a su segundo credo político. El revolucionario, a sus cincuenta años, carecía de su flexibilidad de joven. El y su sistema revolucionario se habían hecho inseparables, su compromiso absoluto. No podían hacerle dudar ni los acontecimientos que ponían claramente en entredicho sus proposiciones básicas, ni las críticas de aquellos cuyo juicio tenía en mayor estima. Plejánov se había convertido en un doctrinario, un hombre tan condicionado por la fidelidad doctrinal a la esencia de su universo que era incapaz de una adaptación.

No podía volverse en ninguna dirección. Si no se podía hacer la revolución de acuerdo con su plan preconcebido y con los resultados consiguientes, ¿por qué no renunciar a la revolución?

47 *Sochinéniia,* XV, pp. 295-297.
48 *Ibíd.,* pp. 392-394.

Pero Plejánov no podía renunciar a un compromiso sobre el que había edificado su vida, aunque la línea táctica por él recomendada pareciese ahora incompatible con la revolución. Su determinismo económico ortodoxo no le permitía seguir el camino del «aventurerismo revolucionario hacia el que abuntaban Trotski y Lenin. Convencido aún de que sus propios cálculos eran los acordes con el proceso histórico, estaba seguro de que los individuos, grupos o clases que se atrevieran a violar sus férreas leyes pronto estarían obligados a reconocer su locura. Consideraciones doctrinales un tanto anquilosadas le impedían también tender hacia una vital coalición con los campesinos y sus portavoces. ¿Cómo podía esperarse que emergiera una sociedad más racional de una alianza con un sector social superior en número, sometido por la tradición, aferrado a formas irracionales y atrasadas de economía social, y carente de conciencia política? Plejánov era incapaz de abandonar uno de los elementos centrales de su sistema. Como Lutero, ahí estaba y ahí tenía que estar, porque no podía hacer otra cosa.

Se ha dicho que la incapacidad de Plejánov para hacer las apropiadas correcciones fue consecuencia de su largo exilio y la consiguiente imposibilidad de captar en su totalidad la situación en Rusia.[49] Cierto o no, debe subrayarse que no volvió a Rusia en 1905. Trotski fue el único socialdemócrata ruso en el exilio, de cierta importancia, que volvió a Rusia apenas desatada la revolución, y su incansable y brillante labor aumentó grandemente su talla. Todos los demás dirigentes del partido, excepto Plejánov, volvieron a Rusia antes o después, la mayoría de ellos después de la promulgación del manifiesto de octubre, con su promesa de libertades políticas y civiles, y antes de que el régimen lograra aplastar la revolución.

Plejánov había previsto una rápida vuelta a su país en 1905. En diciembre, su mujer escribía llena de alegría a Axelrod, que se había adelantado hasta Finlandia, sobre su próxima reunión en Rusia. «Estamos abrumados por la excitación», exclamaba, «y no vemos llegar el día en que al fin nos vayamos de aquí».[50] Axelrod, mientras, escribía que pronto habría llegado el momento en que «Georgi se vea obligado a lanzarse a la arena de la lucha electoral y parlamentaria».[51] Nuevas perspectivas excitantes se abrían ante ellos cuando Plejánov cayó de nuevo seria-

49 Tal es el planteamiento del anterior estudio del escritor soviético V. Vaganián, *J. V. Plejánov.*
50 *Perepiska Plejánova i Akselroda, II,* p. 211.
51 *Ibíd.,* p. 209.

mente enfermo. A los camaradas en Rusia, impacientes por su retorno, les explicó que su enfermedad, una inflamación crónica de la laringe, se había agravado mucho ese otoño. «Varios doctores me aconsejan una operación; otros me quieren enviar a Argelia. Todos consideran insensato un viaje a Rusia. Iré, pues he estado tomando desde hace poco unos paliativos que me permitirán hacer el viaje».[52] Llegado el momento en que Rosaliia Márkovna juzgó que la salud de su marido estaba suficientemente restaurada para emprender el viaje, desde Rusia le aconsejaron a Plejánov que no volviera, a no ser que quisiera ser detenido inmediatamente (*).

El destino había decretado que Plejánov pasara todavía otros doce años separado de su tierra natal. Su enfermedad, como dijo Axelrod, era «una contrariedad imperdonable». Ella fue la causa de que Plejánov no estuviera presente en el acontecimiento que había esperado más de la mitad de su vida. Abatido, comentó a su mujer: «Me siento como si hubiera desertado del campo de batalla».[53] Su desánimo aumentó ante las calumnias de que le hicieron objeto otros exiliados, que no podían entender cómo era posible que hubiera motivo capaz de hacerle desistir del retorno. En 1917 estaría dispuesto a afrontar, con plena conciencia, la muerte con tal de no volver a ser, una vez más, testigo distante de la revolución.

Inevitablemente, la postura doctrinaria de Plejánov le alejó de la mayoría de los socialdemócratas, tanto bolcheviques como mencheviques. Su dimisión de *Iskra* y de la presidencia del Comité del partido, aunque pensada como presión en favor de la unificación, tuvo más eficacia como índice de su aislamiento. Hacia fines de 1905, ambas facciones le rogaron colaborara en los periódicos legales que estaban preparando en Rusia. El no atendió a ninguna de las ofertas a causa tanto de su inalterado disgusto con el faccionalismo dentro del partido como de diferencias básicas sobre la línea táctica (el periódico menchevique *Nachalo* seguía la línea de Trotski).[54] En el período 1905-6 la mayoría de sus escritos políticos fueron publicados no en los principales órganos de la socialdemocracia sino en periódicos

52 *Gruppa*, V, pp. 231-232.
* Esta es la versión de la hija de Plejánov, Mme. E. Batault-Plejánova. (Axelrod todavía urgía a Plejánov para que volviera a Rusia, al menos para una breve visita, en los meses últimos de 1906. *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, p. 225.)
53 Citado por Kaménskaia en el prefacio a la obra de Plejánov. *Anarquismo y socialismo*, p. xxxiv.
54 *Gruppa*, V, pp. 231-234; IV, pp. 346-349.

de inferior categoría, en su propio *Diario de un socialdemócrata*, bajo los auspicios de socialdemócratas «sin título» —es decir, no pertenecientes a ninguna de las dos facciones—, o en el periódico de los demócratas de izquierda, *Továrisch*.

Ambas facciones criticaban la preocupación de Plejánov por la alianza con los liberales y su pronta oposición a boicotear la Duma. Sus públicas lamentaciones sobre la decisión de apoyar un levantamiento armado que tan mal había terminado, le dejaban todavía más al descubierto. Cuando violó la disciplina de partido atacando públicamente el programa electoral del partido, la ira de los socialdemócratas se generalizó. Después de haber sido objeto de un salvaje ataque por parte de los bolcheviques, se sintió obligado a escribir un artículo, «Toca ahora hablar a los mencheviques», angustiada protesta contra su negativa a salir en su defensa.[55] Como contraste, Plejánov recibió las efusivas alabanzas de Miliukov, cabeza del partido kadete. Las agradeció públicamente, pero seguramente se sintió muy molesto ante algunas de sus afirmaciones, como, por ejemplo: «Dios mío, cuánto se simplificaría la exposición de nuestros problemas políticos presentes y cuánto adelantaría su solución si todos los camaradas de J. V. Plejánov comprendieran lo que el más sobresaliente de sus dirigentes ha comprendido, y si se sintieran tan poco desconcertados como él por los elogios de la 'burguesía liberal'».[56]

Elogiado por un amigo-enemigo y criticado o rechazado silenciosamente por aquellos a los que llamaba camaradas, Plejánov se encontraba en una posición muy poco feliz. Seguía disfrutando de estima por sus pasadas contribuciones, pero cada vez se le consideraba más una especie de monumento histórico. Y él mismo se daba dolorosa cuenta de haber perdido el paso. Aunque se mantenía firme, insistiendo en que él tenía la razón y afirmando implícitamente que el tiempo le haría justicia, en sus artículos reconocía cada vez con más frecuencia que la mayoría de sus lectores no se mostrarían de acuerdo con él. Debió ser sumamente amargo para una persona que siempre había insistido en que sólo los movimientos de masas son protagonistas de la historia, admitir: «La situación de una persona aislada políticamente es opresiva. Pero sólo es opresiva para quien tal situación es nueva. Yo no voy a tener que acostumbrarme a ella; ya he aprendido a soportarla».[57] Su mujer recibió

55 *Sochinéniia*, XV, pp. 359-362.
56 Miliukov, p. 222.
57 *Sochinéniia*, XV, p. 360.

un gran consuelo, a principios de 1907, cuando recibió una carta de Axelrod, mostrándole que su héroe no estaba «solo», y que también Axelrod era «evidentemente muy poco entendido por los camaradas jóvenes».[58] El propio Plejánov empezó a hablar con honda emoción del Dr. Stockmann, de Ibsen, símbolo de la verdad y la rectitud, rechazado por el pueblo a cuyos intereses había dedicado generosamente su vida. Una década antes del trágico desenlace, cuando en sus últimos meses de vida sería acosado por Guardias Rojos demasiado celosos, Plejánov sentía necesario insistir en que no era «un enemigo del pueblo».[59]

58 La carta, fechada el 20 de febrero de 1907, se conserva actualmente en el Instituto Internacional de Historia Social, de Amsterdam.
59 *Sochinéniia*, XV, p 15.

15. DE LA POLITICA A LA ERUDICION

Nada peor puede sucederle a un dirigente revolucionario, había dicho en cierta ocasión Plejánov, que caer prisionero del doctrinarismo. Ningún ejemplo mejor que su propio caso. Su incapacidad para ajustar sus opiniones a la realidad rusa tal y como la revelaba la Revolución de 1905, convirtió la última década de su existencia —al menos políticamente— en un epílogo prolongado, doloroso, y en cierta forma, insignificante. Los episodios de que había sido protagonista en los años revolucionarios inducían a algunos radicales a exclamar, con un movimiento pesaroso de la cabeza, «Plejánov ya no es lo que era». Sus intentos por rechazar tales opiniones sólo demostraban que él no había cambiado, pero sí los tiempos. En el campo de los asuntos políticos, Plejánov no tenía ninguna aportación nueva que ofrecer.

Quizá muy a su pesar era vagamente consciente de tal cosa y, en consecuencia, se esforzó por encauzar sus energías por canales más fructíferos. En cualquier caso, en los años 1908-14, y también después del estallido de la guerra mundial, la atención de Plejánov quedó cada vez más absorbida por los estudios artísticos y literarios, históricos o filosóficos. Indudablemente, todos ellos poseían un significado político, puesto que representaban un esfuerzo por demostrar la superioridad del método marxista como medio para comprender e iluminar las creaciones humanas y la vida y el pensamiento sociales. No obstante, indicaban un relativo alejamiento de los compromisos directamente políticos, y asimismo implicaban una clara disminución en sus escritos políticos y de partido. Es más, sus artículos políticos en este período tienen un interés intrínseco relativamente pequeño. En consecuencia, al referirnos a este período, haremos sólo una somera referencia a las vicisitudes de la vida política de Plejánov antes de proceder a un examen del amplio campo de sus preocupaciones como erudito.

El equilibrio de poder en Rusia, que en 1905 se había inclinado en favor de las fuerzas de oposición, dio un brusco vuelco en su contra durante los siguientes años. El apoyo tardío prestado al trono por los grupos conservadores y reaccionarios, la neutralización de los elementos moderados gracias a la extensión de unas reformas moderadas, y, sobre todo, la vuelta de las fuerzas armadas del Extremo Oriente, todo ello contribuyó a reforzar la posición del gobierno zarista. En una explosión de actividad de insólita energía, acabó implacablemente con los continuos desórdenes y centros de oposición, y se preparó a la lucha para anular, o al menos reducir todo lo más posible, las reformas políticas que se había visto obligado a conceder por coacción. Consolidadas sus fuerzas, y con ayuda de un generoso préstamo concedido por su aliado, Francia, que le permitió conservar su independencia ante la Duma, el régimen imperial podía de nuevo tratar sin miramientos a la oposición.

En lo que equivalía a un *coup d'état,* antes de la convocatoria de la primera Duma, Nicolás II definió unilateralmente la estructura constitucional del nuevo orden político. Suspendió la primera y la segunda Dumas cuando demostraron su resistencia a doblegarse a su voluntad. Luego, en una violación flagrante de las leyes, decretó una reforma electoral que disminuía drásticamente el número de representantes liberales y radicales. Desde un ángulo positivo, el ministro del Interior, Petr Stolipin, preparó un programa de reforma agraria con el propósito de convertir a una parte al menos del campesinado, de ser una fuerza en rebeldía, en baluarte de la estabilidad. Las Dumas elegidas por votación popular eran tratadas sin miramientos, los campesinos eran ahorcados a lo largo y ancho del país, y los políticos radicales se amontonaban hacinados en las cárceles; pero casi exhausto el impulso revolucionario de las masas, la oposición ya no tenía capacidad para responder al gobierno. Según se extendía la desmoralización, se produjo un éxodo masivo de las filas de los partidos revolucionarios, que habían engrosado sorprendentemente cuando el éxito parecía al alcance de la mano.

El partido socialdemócrata no sólo sufrió una disminución en el número de sus miembros y la detención de muchos destacados militantes. Las llamadas expropiaciones (robos de bancos y actos similares) perpetradas por agentes bolcheviques con objeto de financiar sus actividades revolucionarias, mancharon al partido ante la opinión de muchas personas, dentro y fuera de él. Además, aunque el partido había quedado reducido a poco más que una organización sobre el papel, las luchas por su control proseguían con la misma intensidad. Eran frecuentes

las intrigas, y el maquiavelismo llegó a convertirse en un arte para vergüenza y consternación de los socialdemócratas más idealistas. Por si esto no fuera bastante, hicieron aparición dentro del POSDR varias corrientes insospechadas: una tendencia «liquidacionista», que pedía la desaparición de la organización clandestina; «buscadores de Dios», un intento filosófico de combinar una política marxista con una base metafísica más espiritual; y los «otzovistas», un movimiento en favor de retirar al reducido número de representantes socialdemócratas que participaban en la Duma imperial. Todas ellas fueron motivo de nuevas polémicas dentro del partido, nuevas escisiones, y mutua enemistad entre personas que seguían titulándose camaradas al tiempo que se insultaban. Pero este período fue también testigo de repetidos esfuerzos por apartar a los divididos socialdemócratas del sectarismo y reunir las fuerzas dispersas para afrontar nuevas batallas.

Inmediatamente después de la revolución, Plejánov reanudó su prueba de fuerza con los bolcheviques. Insistía en que si las equivocaciones tácticas en el campo de la oposición habían contribuido grandemente al fracaso de la revolución, la facción de Lenin era la más culpable. Calificando a los bolcheviques sucesivamente de blanquistas, bakuninistas y anarquistas, insistió repetidamente en un análisis crítico, y muchas veces penetrante, de su conducta. Consideraba que la corrección de su línea táctica era una condición esencial para la genuina reunificación del partido, propósito que, más que ningún otro, consumió sus energías políticas durante estos años.

Por un breve período, la posición personal de Plejánov y las perspectivas de realización de su principal propósito mejoraron materialmente. Sus ataques a los bolcheviques, muchas veces implícitos y en ocasiones también abiertos, encontraban eco en un sector sustancial de los mencheviques —según Dan, que fue uno de ellos, en la gran mayoría— que habían apoyado a Trotski durante los años revolucionarios. Tras la revolución, se produjo un abandono general de las posturas trotskistas. La mayor parte de la facción menchevique cerró filas en torno a Plejánov y Axelrod, admitiendo así tácitamente que la línea táctica de Plejánov, tan calumniada, era la correcta. Junto con Plejánov, criticaban ahora la preparación de un levantamiento «prematuro» y adoptaban una política más cautelosa, decididos, como él, a consolidar lo ya ganado y a explotar las nuevas oportunidades para solidificar la organización y desarrollar la conciencia de clase del proletariado. De buena gana se prestaban a colaborar en la promoción de sindicatos y cooperativas y prestaban

gran interés a la labor de la facción socialdemócrata en la Duma. Al mismo tiempo, reconocían la necesidad de apoyar y, cuando la ocasión lo requería, cooperar con los liberales cuando éstos presionaban en favor de medidas progresistas.

Durante un tiempo, pues, el aislamiento de Plejánov pareció había llegado a su fin. Con los mencheviques podía proseguir su campaña para conseguir la renuncia de los bolcheviques a sus tácticas «perversas», como preludio de la unificación del partido. Sin embargo, su satisfacción fue efímera. Aunque habían renunciado al trotskismo, dirigentes de los mencheviques como Martínov y Dan, junto con muchos otros militantes, tampoco apoyaron por mucho tiempo el plejanovismo. Uniéndose a Axelrod y Potresov, procedieron a una formulación de la cuestión organizativa que Plejánov no podía aprobar. En este grupo tuvo su origen la llamada tendencia «liquidacionista», en torno a la que se centraron gran parte de las querellas intestinas en este período.

El término infamante «liquidacionismo», acuñado originalmente por Lenin, ha sido criticado recientemente como ficción inventada con propósitos sectarios y sin un fundamento objetivo (*). Si se pretende que liquidacionismo significaba un deseo de acabar *por completo* con el partido, en el sentido de una organización ilegal clandestina, quizá se pueda defender razonablemente dicha postura. Sin embargo, es difícil entender cómo puede sostenerse una negación de la existencia de tal tendencia. Las inclinaciones de los mencheviques antes de 1905, la desilusión con la línea táctica que muchos habían apoyado durante la revolución, y la revolución provocada por las «expropiaciones» y las sórdidas querellas y luchas por el poder en el seno del partido, todo ello contribuía a la aparición de dicha tendencia.

Durante el segundo congreso, y después de él, ya se había hecho notar la antipatía de los mencheviques por un partido de conspiradores y revolucionarios profesionales. Axelrod y otros nunca habían cesado de pedir la promoción de una actividad «autónoma» de la clase obrera, cuyo fin último consideraban sería el nacimiento de un auténtico partido proletario. La renuncia de muchos mencheviques a la política que sostuvieron en 1905 reforzaba tal actitud, señalando como lo hacía un abandono de cualquier esperanza de volver a desencadenar la revolución en un futuro inmediato. Una organización clandestina de

* Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, capítulo 6. Gran parte del material que Schapiro nos presenta en este capítulo sirve para refutar esta postura.

conspiradores, si bien era apropiada para la preparación de un levantamiento armado, parecía poco adaptada a la línea táctica defendida ahora por los mencheviques. La explotación de las oportunidades ya obtenidas para desarrollar una fuerte organización de la clase obrera era, en esencia, una actividad legal. Tal actividad sentaría las bases de un partido genuinamente marxista, por ser proletario: un partido infinitamente preferible a la desacreditada organización de la *intelligentsia* radical que suplantaba al partido del proletariado. En lugar de reconstruir lo que se había convertido en objeto de desprecio, ¿por qué no empezar desde el principio y construir gradualmente algo digno del proletariado y más adecuado al logro de sus reivindicaciones? De tales elementos y reflexiones derivó la tendencia liquidacionista. Además, no hay que olvidar el hecho de que los bolcheviques, durante estos años, controlaron por lo general el Comité Central del partido y, las más de las veces, el aparato clandestino. En tal contexto, el «liquidacionismo» aparecía como un intento de los mencheviques de cortar lazos organizativos que se habían convertido en grilletes intolerables; si permanecían en el partido y se sometían a su disciplina, se verían obligados a actuar en direcciones opuestas a sus inclinaciones fundamentales.

Entre los elementos que convergían en la tendencia liquidacionista había también algunos que figuraban en el bagaje de Plejánov (*). No obstante, no constituye secreto alguno la vigorosa actitud negativa de Plejánov frente a dicha tendencia (**). El liquidacionismo sencillamente no armonizaba con sus con-

* En una carta a Axelrod de principios de 1907, Plejánov hablaba de lo «inevitable» de una ruptura (final) con los bolcheviques. Un año más tarde, sondeaba la posibilidad de que los mencheviques pudieran romper con el «llamado partido». *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 229, 250.

** Así lo describe Schapiro, p. 115. Aunque eran numerosísimos los motivos doctrinales de la oposición de Plejánov al liquidacionismo, también intervenía un factor personal. Como miembro del equipo editorial de un grupo menchevique dedicado a la preparación de una vasta obra sobre los movimientos sociales en la historia contemporánea de Rusia, había llegado a un profundo enfrentamiento con Potresov. Potresov, encargado de la parte dedicada a la difusión del marxismo, dedicó a Plejánov mucho menos espacio y atención de los que éste creyó justos. Además, al subrayar la importancia de Struve y el marxismo legal, Potresov —sostenía Plejánov— incurría en un intolerable «liquidacionismo retrospectivo». En la discusión, Pléjanov hizo alarde de esa combinación de narcisismo, iracundia e intolerancia que había sorprendido a algunos socialdemócratas rusos en anteriores conflictos internos. Ver el artículo «O moem sekrete», *Sochinéniia*, XIX. Otro material informativo sobre esta discusión se incluye en el mismo volumen y en *Perepiska Plejánova i Akselroda*, II, pp. 267-83.

vicciones en una serie de puntos críticos. En primer lugar, la nueva «desviación» parecía abandonar la idea de revolución. En este aspecto puede ser considerada como una derivación lógica de los cálculos tácticos de Plejánov, que él mismo se negaba a extraer. Si había que esquivar una revolución *proletaria* en el futuro inmediato, y si los socialdemócratas debían prestar apoyo táctico a una burguesía para la que la revolución era anatema, entonces cualquier tipo de revolución era imposible. De acuerdo con ello, era innecesaria una organización clandestina, y los socialdemócratas podían dedicar todos sus esfuerzos a la actividad legal. Plejánov, sin embargo, subrayaba inequívocamente que los acontecimientos de 1905-7, de hecho, no hacían posible que el POSDR pudiera emerger a la luz pública como partido político, a causa de la continua represión zarista. Por consiguiente, no tenía más alternativa —a no ser que estuviera dispuesto al suicidio— que continuar su existencia clandestina.[1] A largo plazo, Plejánov no estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de sus propias afirmaciones. Al margen de la fuerza que pudieran tener las implicaciones lógicas de sus argumentos, Plejánov estaba comprometido demasiado profundamente con la revolución como para renunciar a ella. Así, uno de sus lemas durante este período fue: «Viva el menchevismo sin liquidacionismos, es decir, el menchevismo revolucionario».[2]

Además, la tendencia liquidacionista olía demasiado a economicismo para el gusto y comodidad de Plejánov.[3] Si, después de su ruptura con Lenin, había asumido una actitud más caritativa ante los economicistas, en modo alguno había alterado su actitud frente a sus «errores». La promoción de actividades autónomas y autodirigidas de los obreros era muy de desear, pero sin una firme dirección socialdemócrata, ¿no adoptarían la línea más fácil, de menor resistencia, y se limitarían exclusivamente a las luchas de carácter económico? El liquidacionismo, en opinión de Plejánov, llevaba en sí la semilla del oportunismo revisionista (*). La experiencia de 1905 había disminuido, de nuevo, según todas las apariencias, su confianza en la clase obrera. Al menos, evidentemente no creía que hubiera alcanzado todavía la suficiente madurez para garantizar una política «inteligente» y continuada, sin una dirección exterior. Sus antagonistas, opinaba, no eran suficientemente conscientes de tal cir-

1 *Sochinéniia*, XIX, pp. 280-281.
2 *Ibid.*, p. 20.
3 *Ibid.*, pp. 36, 281.
* En efecto, Plejánov se refirió al liquidacionismo como «una variedad del revisionismo». *Sochinéniia*, XIX, p. 83.

cunstancia. Por añadidura, asociaba a los liquidacionistas con una regresión a los métodos de trabajo primitivos carentes de coordinación y característicos de la etapa economicista. Si los individuos y grupos se ponían a trabajar sin haber establecido previamente unos planes, individualizado los objetivos y establecido un organismo central que coordinase las actividades, era inevitable que se produjera el caos. ¿Era imaginable que semejante forma de actuar pudiera aproximar al movimiento a la consecución de sus fines?

En el mejor de los casos, opinaba Plejánov, el liquidacionismo iba a dar origen a serios problemas. La experiencia pronto habría de demostrar, a quienes escuchaban las admoniciones de los liquidacionistas, que era indispensable una organización clandestina. Los militantes y activistas en las distintas localidades tenían que ser conscientes de la necesidad de una planificación central y una coordinación; y no podían desconocer la ausencia de condiciones necesarias para la existencia legal del partido. Conscientes de todo ello, si persistían en su deseo de ignorar el partido clandestino existente, se verían obligados a organizar un segundo. Por tanto, si el liquidacionismo lograba evitar los peligros del oportunismo y el caos, lo único que conseguiría sería hacer definitivo el cisma dentro del partido, a un costo incalculable para el proletariado. La nueva desviación provocaba inevitablemente la hostilidad de Plejánov, tanto más cuanto que consideraba la conservación y unificación del partido como un *sine qua non*. Los socialdemócratas sinceros e inteligentes, en su opinión, deseaban la reconstrucción del partido siguiendo unas líneas que facilitaran la puesta en práctica de una línea táctica correcta (es decir, menchevique). Pero se equivocaban lamentablemente cuando, disgustados con las bufonadas de los bolcheviques, se sentían incitados a abandonar el partido. La reconstrucción no se conseguiría abandonando el partido, sino haciéndose con su control (*).

Plejánov afirmó haber percibido ya una tendencia liquidacionista entre los mencheviques cuando se celebró el congreso de Londres del partido, a mediados de 1907 (**). El había desairado

* La mayoría de estas ideas aparecían ya en su primer artículo contra los liquidacionistas. Ver *Sochinéniia*, XIX, pp. 5-20.
** De hecho, ya en 1905 había llamado la atención sobre algo parecido. En aquella fecha, criticó a los mencheviques por permitir un grado poco razonable de descentralización en su organización. Le recordaban a aquel rey de la fábula que, por la noche, arrojó por la ventana una pieza de tela rota en mil fragmentos, para encontrarla a la mañana siguiente convertida en un vestido totalmente terminado. Los mencheviques, protestaba,

a su portavoz entre los mencheviques, con la aparente aprobación de la gran mayoría. Sólo dos años más tarde, cuando, según sus palabras, sus abogados se habían hecho tan numerosos que amenazaban la existencia misma del partido, se decidió a atacarla abierta y públicamente. La fidelidad al acuerdo tácito que había establecido con los mencheviques fue lo único que pudo hacerle posponer durante tanto tiempo una acción que, en cualquier caso, debió ser extremadamente difícil iniciar. Pues, al lanzar sus flechas contra el liquidacionismo, volvía de nuevo a abrir un foso entre él y la parte más numerosa de la facción menchevique, condenándose así a un renovado aislamiento. Difícilmente hubiera dado un paso semejante a no ser que juzgara el peligro muy grave. A partir de entonces, en respuesta a la fábula ya citada que repetía Plejánov viniera o no a cuento, sus antagonistas le empezaron a apodar «el bardo de la clandestinidad».

La guerra que Plejánov había declarado a los liquidacionistas le llevó a una parcial comunidad de intereses con los bolcheviques. Si bien no se mostraba menos hostil que antes a su línea táctica, creía que en aquellos años de reacción las cuestiones tácticas debían relegarse a un lugar secundario frente a la cuestión organizativa, en que parecía jugarse la misma existencia del partido. Las posibilidades de colaboración con los bolcheviques aumentaron después de que, en 1909, purgara Lenin a su facción de los «otzovistas», grupo que, en opinión de Plejánov, se desviaba tan imperdonablemente hacia la izquierda como los liquidacionistas hacia la derecha. Si los liquidacionistas parecían dispuestos a una total legalidad, los «otzovistas», en efecto, denunciaban cualquier actividad legal como oportunismo y pedían su completo abandono. Plejánov colaboró en varias publicaciones bolcheviques, pero dicha colaboración no podía durar. Sus críticas a los liquidacionistas podían convenir a los bolcheviques, pero no tenía intención de aprobar la línea táctica de Lenin, y para los bolcheviques era irritante dejar que sus publicaciones fueran utilizadas por una personalidad eminente como vehículo para criticar su táctica. Además, Plejánov nunca dejó de luchar por una reunificación del partido que incluiría a ciertos elementos que, en opinión de Lenin, debían ser excluidos irrevocablemente.

parecían decididos a reducir a pedazos su organización, pero que no esperasen encontrarla reconstruida al día siguiente. Ver *Sochinéniia*, XIII, pp. 317-18.

En general, pues, en el curso de estos años, Plejánov estuvo políticamente aislado. Rechazado tanto por los puntos de vista organizativos de los mencheviques como por las tácticas de los bolcheviques, defendiendo un punto intermedio suprafaccional, y justificando su conducta con estas palabras:

> Mis puntos de vista sobre la táctica a seguir estaban ya totalmente elaborados y fijados cuando ni los bolcheviques ni los mencheviques habían visto todavía la luz, en el período de consolidación del Grupo Emancipación del Trabajo. Desde entonces, no ha habido cambio esencial en ellos. Si algunas veces he apoyado a los bolcheviques, y otras a los mencheviques, ello ha sido por la sencilla razón de que algunas veces los unos, y algunas los otros, estaban en lo cierto *desde mi punto de vista.*[4]

A decir verdad, tanto los bolcheviques como los mencheviques se habían desviado de su postura. Lenin había roto con el esquema revolucionario en dos etapas de Plejánov. Y en cuanto a la mayoría menchevique, aunque él calificaba sus diferencias como puramente organizativas, claramente veía en sus posturas organizativas un apunte de revisionismo. Aunque profesaban una inalterada fidelidad a su esquema revolucionario original, de hecho su línea táctica (que representaba un intento de volver a establecer contacto con la realidad rusa tal y como había quedado al descubierto en 1905-6) estaba, en su opinión, lejos de armonizar con aquél. Mientras los bolcheviques, como los mencheviques, intentaban a su modo mantener el contacto con la realidad, Plejánov se aferraba tozudamente a sus ideas de siempre, castigando cualquier desviación como si dijera «Le marxisme, c'est moi».[5] Su difícil situación era la situación del marxismo ortodoxo a principios del siglo XX: atrapado entre el revisionismo y el bolchevismo, le fallaba el terreno bajo los pies.

Con excepción de un reducido grupo de mencheviques «antidisidentes», los socialdemócratas rusos se negaban a aceptar las repetidas invitaciones de Plejánov a reconciliarse bajo su autoridad. Finalmente, en 1912, el cisma en el seno del POSDR se hizo definitivo. A partir de ese momento, dos organizaciones distintas, pretendiendo ambas ser el partido legítimo, compitieron por la adhesión del proletariado. A pesar de lo cual, dos años más tarde todavía Plejánov clamaba en favor de la unidad

4 *Ibíd.*, XIX, p. 283.

5 Esta descripción fue hecha por Ivanov-Razúmnik, *Literatura i obschéstvennost* (La literatura y la sociedad), p. 176.

del partido. Como respuesta, en gran medida, a sus presiones, el Buró de la Internacional socialista fue persuadido a negociar —sin éxito, como demostraron los hechos— un acercamiento en las filas de la socialdemocracia rusa. Al iniciarse el holocausto de 1914, Plejánov y un pequeño grupo de simpatizantes acababan de inaugurar otro periódico disidente en solitario. En su cabezal aparecía el orgulloso lema: *Edinstvo* (Unidad).

FILOSOFÍA

Probablemente ningún otro seguidor de Marx y Engels abordó la filosofía con tanta seriedad como Plejánov. Kautsky podía admitir la posibilidad de conciliar el neokantismo con el marxismo.[6] Lenin podía tolerar el constructivismo de Bogdánov porque consideraba tales asuntos «totalmente irrelevantes para la revolución social».[7] Pero según Plejánov, tal indiferencia revelaba una deficiente comprensión del marxismo. Como él escribió:

> El marxismo representa una visión universal completa y rigurosamente materialista, y quien pierde de vista su universalidad ... se arriesga a una deficiente comprensión incluso de aquellos aspectos particulares de sus enseñanzas que por una razón u otra atraigan su atención... Una visión universal *completa* se diferencia de una *ecléctica* en que *cada uno* de sus aspectos se relaciona inmediatamente *con todos los demás*, y, por consiguiente, no se puede eliminar uno de ellos y sustituirlo por otro extraído arbitrariamente de una visión universal *distinta*.[8]

Por consiguiente, no se podía descuidar ningún aspecto del marxismo, y menos aún la base filosófica, pues Plejánov reconocía a la filosofía el honor de ser la «ciencia de las ciencias».[9] No se trataba simplemente de un tema académico sino de una disciplina que debía ser profundamente estudiada por los socialistas si querían dar un fundamento sólido a sus puntos de vista socio-políticos. Caso de mostrarse negligentes en este sentido, temía que su movimiento se viera contaminado por ideas seria-

5 *Gruppa*, V, p. 227.
7 Schapiro, p. 109.
8 Plejánov, *Sochinéniia*, XVI, p. 294.
9 *Gruppa*, VI, p. 257. Un estudio general de los puntos de vista filosóficos de Plejánov —que desafortunadamente me ha sido imposible leer— es la obra de G. Petrovic, *Filozofski pogledi J. V. Plejánov* (Opiniones filosóficas de J. V. Plejánov), Zagreb, 1957.

mente perjudiciales para su integridad y éxito. Sólo una constante vigilancia y una defensa militante del materialismo podría protegerlo contra la subversión.

Plejánov lo defiende, pero el corpus de sus escritos filosóficos está impregnado de una cierta ambivalencia. Sus polémicas contra los *naródniks*, los neokantianos, Bogdánov y otros que se atrevieron a contradecir o propusieron alteraciones al materialismo marxista, traslucen un carácter casi religioso. En sus relaciones con dichos críticos, Plejánov seguía el ejemplo de San Bernardo, con quien en cierta ocasión se comparó. «Yo tengo un evangelio», había dicho el santo, «y si viniera un ángel del cielo y empezara a contradecirlo, ¡anatema sea el ángel!»[10] Sin embargo, Plejánov no hacía descansar su defensa del materialismo dialéctico (*) en la pura denuncia. Los ensayos de exposición en que ponía de relieve los distintos aspectos y aplicaciones del pensamiento marxista exhalan un espíritu más próximo a la ciencia que a la religión (**). Son reflejo de un pensamiento comprometido con un método particular, eso está claro, pero genuinamente entregado a la búsqueda de la verdad. Entregado como estaba Plejánov a un ideal científico, era incapaz de salpicar sus obras con deliberadas distorsiones al estilo de muchos posteriores escritores «marxistas». Su aguda sensibilidad y su brillante imaginación le permitían utilizar el método —aunque admitiera que todavía estaba lejos de la perfección— con resultados muchas veces sorprendentes. Sin duda ello era debido también en parte a la interpretación liberal que hacía del método como herramienta de investigación. «Marx», escribió, «aunque explica todos los movimientos sociales como producto del desarrollo económico de la sociedad, muchas veces nos ha repetido que ello sólo es así *en último análisis*, con lo que quería decir que intervienen un número considerable de 'factores' intermedios operativos».[11] Tal aproximación al método entorpecía relativamente poco al investigador, puesto que le concedía un gran margen de interpretación. Quizá esta característica explique por qué, a pesar de su fidelidad al método, Plejánov parezca

10 *Sochinéniia*, XIX, p. 89.
* Según R. N. Carew-Hunt, Plejánov fue evidentemente la primera persona que utilizó la expresión «materialismo dialéctico» (*Marxism Past and Present*, Nueva York, 1955, p. 5). El marxista ruso parece haber utilizado por vez primera dicha expresión en 1891, en un ensayo sobre Hegel. Ver *Sochinéniia*, VII, p. 52.
** En particular en obras tales como *Esbozos de historia del materialismo*, *El papel del individuo en la historia* y *Las cuestiones fundamentales del marxismo*.
11 *Ibid.*, XVIII, p. 225.

haberse conservado «libre interiormente». [12] A veces sus estudios le llevaban a conclusiones más o menos en contradicción con uno u otro precepto del marxismo (*), y en varias ocasiones no vaciló en señalar la contradicción.

En último análisis, Plejánov pretendía que se juzgara el valor del marxismo de acuerdo con la máxima «el movimiento se demuestra andando». A su erudición marxista confiaba la tarea de demostrar que efectivamente el movimiento no conducía a ningún punto muerto. Pero ello no podría conseguirse, advertía, con la simple reiteración infinita de principios generales, como el de que la anatomía de una sociedad tiene sus raíces en su economía. Al contrario:

> Es necesario saber cómo se puede hacer un uso científico de las ideas científicas; debe ofrecerse una descripción convincente de todas las funciones vitales del organismo, cuya estructura anatómica está determinada por la economía; es preciso entender cómo se mueve, cómo se alimenta, cómo llegan a ser lo que son las emociones y conceptos que nacen en armonía con su estructura anatómica, cómo cambian en correspondencia a los cambios producidos en su estructura anatómica, etc. [13]

En una palabra, «debe saber ofrecer una explicación materialista para todos los aspectos de la vida humana». [14] Nadie se entregó con más asiduidad a dicha tarea que el propio Plejánov, abarcando sus investigaciones y preocupaciones campos tan variados como la historia y la estética, la antropología y la literatura, la epistemología y el arte.

Al tiempo que reconocía que la labor no había hecho más que empezar, esperaba que avanzase con gran rapidez, pues los eruditos que se autoconfesaban marxistas no estaban aislados. En su opinión, una gran cantidad de investigadores científicos, sea cual fuere su actitud frente al materialismo filosófico, proporcionaban abundantes bases de apoyo para el mismo en sus descubrimientos. Ensayos tan sugerentes como *Cartas sin dirección* y *Las cuestiones fundamentales del marxismo* son prueba

12 La frase es original de Zenkovski, II, p. 740.

* Ver la incisiva crítica de su *El papel del individuo en la historia*, en la obra de Sidney Hook, *The Hero in History*, pp. 81-101. Hook reconoce a Plejánov «independencia de pensamiento» y un «refrescante deseo de respetar los dictados de la evidencia». Pero, en último extremo, le acusa de pretender dar por demostrado lo que de hecho negaban las pruebas que aducía.

13 *Sochinéniia*, XIX, p. 89.

14 *Ibid.*, p. 169.

evidente de la notable amplitud de sus lecturas y de su preocupación por encajar dentro de su sistema los descubrimientos de muchos eruditos de primera línea. Entre otros puntos, descubrió datos que confirmaban el materialismo dialéctico en las obras sobre biología evolutiva de Darwin, Haeckel, Huxley y De Vries, en los estudios antropológicos de Tylor, Ratzel y Frazer, y en las investigaciones psicológicas de Forel (*).

Aparte de tales investigaciones «probatorias» por parte tanto de eruditos marxistas como no marxistas, Plejánov concedía gran valor para su causa a los estudios sobre historia de la filosofía, y a esta disciplina dedicó la mayor parte de sus obras filosóficas. En 1891 inició una serie de obras sobre el tema, con un ensayo conmemorando el sesenta aniversario de la muerte de Hegel (**). Esta obra, que fue muy alabada por Engels y Kautsky, contenía el germen de sus posteriores estudios sobre la historia de la filosofía. Hegel ocupó un lugar eminente en el panteón de Plejánov, y de él aprendió muchas de las características básicas de su línea de pensamiento, incluida su forma de enfocar el estudio de la historia de la filosofía. Los distintos sistemas filosóficos individuales debían considerarse no como construcciones accidentales, sino como productos necesarios de su tiempo. No tenía sentido combatir los sistemas filosóficos precedentes, pues todos ellos debían entenderse como etapas distintas en el desarrollo de una misma filosofía (***). «Todo sistema filosófico particular es hijo de su tiempo, y 'la última filosofía es resultado de todas las precedentes y debe contener todos los principios legítimos de todas ellas'». [15] Examinando la historia de la filosofía desde tal perspectiva, Plejánov veía en el

* Todos ellos, y muchos más, son puestos al servicio del marxismo en su obra *Las cuestiones fundamentales del marxismo* (en *Sochinéniia*, XVIII). Un antropólogo de hoy, Morris Opler, ha llamado recientemente la atención sobre la sorprendente penetración de Plejánov en el estudio de los materiales antropológicos de su tiempo. Véase su artículo en *American Anthropologist*, LXIV (1962), p. 533.

** *Sochinéniia*, VII, pp. 29-55. Mi breve ensayo sobre los puntos de vista filosóficos de Plejánov, o mejor, sobre determinados aspectos de los mismos, se basa en la totalidad de sus obras filosóficas, y no sólo en las escritas durante el período 1907-14. La misma observación es válida para las secciones de este capítulo relativas a sus puntos de vista históricos y literarios.

*** Plejánov se atuvo a esta norma más en relación con aquellos cuyas ideas entraban en un cierto grado de armonía con el materialismo dialéctico, que con los demás. Escribía a un amigo: «Siempre he creído y nunca he dejado de creer que es necesario insultar a Kant. ¡Viejo peligroso!». *Literatúrnoe naslédie Plejánova*, I, p. 354.

15 *Ibid.*, VII, pp. 34-35; VIII, p. 132.

materialismo dialéctico la culminación de todo el pensamiento filosófico anterior; era el sistema «más desarrollado, más rico y más concreto» de todos.[16]

Su intento de demostración de dicha proposición se encuentra en su famosa obra *La concepción monista de la historia*, en que Hegel aparece como puente entre los pensadores materialistas del siglo XVIII y el «materialismo moderno». Sobre los cuales ya había escrito Plejánov una de sus obras más originales como erudito, *Esbozos de historia del materialismo* (*). La atención se centra primero sobre Holbach y Helvetio, a quienes eligió como pensadores más importantes de su tiempo. Desde su punto de vista, se habían hecho acreedores a tal distinción tanto porque su pensamiento estaba en armonía con la ciencia más avanzada de su tiempo como por su izquierdismo político. Sin embargo, aunque Plejánov valoraba positivamente su defensa del materialismo filosófico, percibía en sus opiniones ciertos serios defectos que les imposibilitaban para resolver algunos problemas históricos básicos o para ofrecer una adecuada imagen de la realidad social.

Como sensualistas, consideraban que el hombre es producto de su entorno natural y social. Pero cuando intentaban explicar el desarrollo de las instituciones sociales, al igual que la mayoría de los hombres de la Ilustración, señalaban a la opinión como factor causal.[17] Además de ser contradictorias en sí mismas (el entorno determina al hombre, el hombre determina el entorno), las dos proposiciones eran contradictorias en el sentido de que ofrecían una interpretación materialista del hombre y otra idealista de la historia. Como alternativa, aquellos pensadores del siglo XVIII trataban de explicar la historia de la humanidad en referencia a las peculiaridades de la naturaleza humana; pero tal referencia sólo daba origen a nuevas dificultades. ¿Cómo podía servir la naturaleza humana, concebida como constante, para explicar algo que se caracteriza por ser cambiante, mutable?[18] Básicamente, Plejánov encontraba inadecuada la postura de los materialistas del siglo XVIII por metafísica, en el sentido hegeliano de la palabra. No llegaba, con mucho, a constituir un instrumento satisfactorio de análisis, pues faltaba en ella el concepto de progreso, tendiendo por el contrario a considerar la

16 *Ibid.*, VIII, p. 146.
* Aunque esta obra no fue publicada hasta 1896, Plejánov la había completado antes que su estudio sobre *La concepción monista de la historia.*
17 *Ibid.*, pp. 68-73.
18 *Ibid.*, pp. 73, 146-147.

historia como resultado del juego desordenado de la casualidad (*). Era excesivamente abstracta, y hacía un uso limitado de los principios que había abrazado para desenmarañar el complicado entramado de la vida real. Y consideraba que los fenómenos son discontinuos, inconexos, separados unos de otros por insalvable distancia. De acuerdo con ello, hombres como Helvetio y Holbach no podían ofrecer una explicación adecuada para el desarrollo y la evolución de las instituciones y las ideas en las sociedades y sus mutuas interrelaciones.

Según la versión de Plejánov de la historia de la filosofía, había que reconocer a Hegel el mérito de haber superado los defectos de sus predecesores. Hegel no se contentó con resolver manifiestas contradicciones haciendo improvisadas referencias a influencias recíprocas, que nada explicaban. En lugar de ello, se esforzó por encontrar una explicación más profunda a los elementos interdependientes (instituciones sociales e ideas).[19] Rechazó decididamente el dualismo y eclecticismo de las filosofías antecedentes y contemporáneas, con todas sus contradicciones e incoherencias. Proclamando el Absoluto o la progresiva realización de la Razón como demiurgo del proceso histórico, adoptaba una postura clara y terminantemente monista. Pero, en opinión de Plejánov, este salto hacia la «congruencia» en modo alguno resumía todos los méritos de Hegel. Frente a sus predecesores, Hegel reconocía la interrelación de todas las diversas manifestaciones de la vida social en una época determinada. Y al insistir en el estudio empírico de la historia, expresaba su rechazo de todas las fórmulas estériles que no desvelaban ninguno de los secretos del pasado de la humanidad.

En resumen, Hegel había expulsado de su trono el pensamiento metafísico y en su lugar había puesto a la dialéctica, un método para estudiar los fenómenos en mutua relación y en evolución. Aplicado a la sociedad, según Plejánov, dicho método «ocasionó una total revolución». De él derivaba la concepción maravillosamente estimulante de «la historia de la humanidad como un proceso sometido a leyes».[20] De donde se derivaba que los hombres podían descubrir tales leyes y penetrar la estructura esencial de lo que hasta entonces parecía el juego desordenado de la casualidad. Es más, incluso podían llegar a predecir

* Característicamente, esperaban que la corrección de los males de la sociedad sería obra de un «sabio coronado», cuya oportuna aparición estaba en manos del azar. *Sochinéniia*, VIII, p. 63.
19 *Ibid.*, VII, p. 35.
20 *Ibid.*, VIII, p. 129.

el futuro. Gracias a la «revelación» de Hegel, se abría ante los hombres la perspectiva grandiosa de poder romper las ataduras de la necesidad ciega y penetrar en el reino de la razón y la libertad.

Plejánov concebía la propia historia de la filosofía como una especie de proceso dialéctico en correspondencia con la evolución de la sociedad. Lo mismo que Holbach y Helvetio estuvieron en su momento en la vanguardia del pensamiento filosófico, ese mismo puesto lo ocupó luego Hegel en virtud de haber negado sus «errores», trascendido sus sistemas y ascendido a un plano más elevado con su filosofía dialéctica y monista. Pero aunque había hecho avanzar enormemente el pensamiento filosófico, el propio sistema hegeliano no podía considerarse libre de defectos. Hegel merecía una gloria eterna por haber sido el primero en dar a conocer la existencia de unas leyes que gobiernan la historia, pero su enfoque idealista le hacía pisar un terreno falso cuando intentaba descubrirlas e individualizarlas. Se requería la introducción del materialismo en una forma modernizada dentro de su sistema; para la correcta exposición de la relación entre el ser y la conciencia que Hegel —según el marxismo— concebía de forma invertida. Feuerbach, hegeliano de izquierda, repulió el materialismo de forma que pudiera ocupar el lugar que le correspondía (*), y a Marx y Engels les correspondió la ingente tarea de sintetizar ese materialismo con el método dialéctico de Hegel.

Marx y Engels proclamaron «correctamente» la primacía del factor material, el modo de producción dominante, como determinante del carácter de la sociedad. Los distintos fenómenos espirituales, incluidas las ideas generadas en una época determinada, constituían una superestructura erigida sobre la base socio-económica. Al poner a Hegel «sobre sus pies», Marx y Engels eliminaban simultáneamente las contradicciones de los materialistas del siglo XVIII. «Demostraron» que tanto el entorno social del hombre como sus ideas derivaban de una fuente básica subyacente a ambos: el sistema productivo imperante en la sociedad. En cuanto a la naturaleza humana, no podía ser

* Plejánov consideraba que el materialismo moderno estaba íntimamente relacionado con los puntos de vista de Spinoza, coincidiendo con Feuerbach en la no trascendencia de su componente teológica. «El sistema de Spinoza», escribió, «despojado por Feuerbach de sus residuos teológicos, fue la filosofía que adoptaron Marx y Engels cuando rompieron con el idealismo... El spinozismo de Marx y Engels era la forma más moderna de materialismo». Ver *Sochinéniia*, XVIII, p. 189.

considerada como constante. «Al actuar con su trabajo sobre la naturaleza que existe fuera de él, el hombre (inconscientemente) introduce cambios en su propia naturaleza».[21] Como Hegel, los fundadores del materialismo dialéctico encontraban la fuente principal de la evolución de la historia en algo exterior al hombre. Pero, dentro de su sistema, no era la Razón o el Absoluto el motor del desarrollo y evolución de la historia, sino los cambios en el modo de producción.

Lo mismo que en el caso de la historia de la filosofía, Plejánov evidentemente manifestó un profundo interés por la filosofía de la historia. Concebía el proceso de la historia como un movimiento conforme a leyes e independiente de la voluntad humana. No obstante, rechazaba deducir que las opiniones y actos de los hombres no tengan importancia en el proceso: no habría historia sin hombres. Si los actos de una persona se opusieran al sentido del movimiento histórico, el sujeto se encontraría en la posición ridícula de un Don Quijote.[22] Plejánov afirmaba que la realización del proceso histórico presuponía determinadas actividades humanas. Pero si en efecto había que calificar a dicho proceso como objetivo y sujeto a leyes, debemos suponer que dichas actividades humanas debían producirse de forma automática. Tal era la opinión de Plejánov sobre el tema, al menos según se deduce de sus planteamientos teóricos generales, no obstante, manifestó no pocas vacilaciones a lo largo de su carrera como marxista en relación con la cuestión crucial del desarrollo de la conciencia del proletariado. Para mantener su fidelidad a la tan querida máxima «el ser determina la conciencia», se veía obligado a afirmar que el desarrollo y promoción de la conciencia del proletariado dependía únicamente del avance del capitalismo. Pero sólo una vez, en el calor de una discusión, llegó a dar a entender que se podía prescindir de la actividad de la *intelligentsia* socialista. Siempre consideró esencial su actividad. Y si esta última proposición era irreconciliable con lo que él mismo consideraba principio central del materialismo marxista, se las arregló para cerrar el círculo de la ineluctabilidad histórica gracias a una explicación determinista de las iniciativas de la *intelligentsia* socialista: «Si me siento inclinado a tomar parte en un movimiento cuyo triunfo me parece una necesidad histórica, ello sólo quiere decir que considero igualmente mi actividad como eslabón indispensable en la cadena de condiciones cuya

21 *Ibid.*, p. 147.
22 *Ibid.*, p. 398.

suma necesariamente ha de asegurar el triunfo al movimiento que favorezco» (*).

Por consiguiente, se podría concluir que Plejánov consideraba que toda conducta humana está predeterminada, con lo que sus puntos de vista constituirían un sistema cerrado y perfecto. Pero un examen más profundo nos revela algunas contradicciones fundamentales. En la frase arriba citada, Plejánov se refiere a su actividad propia como eslabón indispensable en la cadena de condiciones, y también admite tácitamente que participa en el movimiento porque se siente inclinado a ello. Tal forma de exposición parece admitir la posibilidad de que él y muchos otros se abstuvieron de participar, impidiendo de tal forma el triunfo del movimiento. En otras palabras, parece haberse dejado abierta la puerta a una intervención de la voluntad libre en el curso de la historia. Y caso de que este ejemplo parezca un tanto débil, podría señalarse que Plejánov atribuía a la pasión un papel extraordinariamente importante en el proceso histórico. Citando sus palabras: «Ningún paso importante se ha dado en la historia sin concurrir la pasión, que, multiplicando por diez la fuerza moral de los sujetos históricos y poniendo en juego su capacidad intelectual, constituye en sí misma una gran fuerza progresiva».[23]

Caso de ser desafiado a conciliar esta afirmación con su esquema histórico, Plejánov sin duda hubiera afirmado que también la pasión está determinada por factores objetivos. Sin embargo, y aunque él no lo reconociera de forma consciente, su conducta política reconocía implícitamente un área de auténtica libertad. Como ejemplo, se podría citar su carta a Axelrod en tiempos de su polémica con los revisionistas, reconociendo que Bernstein tenía en parte razón, pero denunciándole por utilizar los datos en su poder en un sentido perjudicial para el socialismo revolucionario. Poco sentido tendría denunciar a Bernstein a no ser que se diera por supuesto que podría haberse comportado de otro modo. Plejánov consideraba que era deber de todo dirigente socialista combatir todas y cada una de las teorías

* *Sochinéniia,* XVIII, p. 245. Inmediatamente después de esta afirmación, Plejánov señala la postura similar adoptada por el protestantismo americano, en que no se considera exista contradicción alguna entre la creencia en el determinismo y ser «un hombre de acción». El mismo paralelo se establece en un interesante artículo de R. V. Daniels, «Fat and Will in the Marxian Philosophy of History», *Journal of the History of Ideas,* vol. XXI (1960).

23 *Ibid.,* VII, p. 289.

que amenazaran el logro de su objetivo último. Pero Bernstein, otro dirigente socialista, creyó oportuno comportarse de forma distinta. Significativamente, en su repertorio de invectivas, Plejánov reservaba el epíteto «desapasionado» para aquellos que más despreciaba, incluido Bernstein (*). Su salvaje ataque contra Bernstein sin duda traslucía el temor a que el pensamiento revisionista pudiera desviar el proceso histórico en una dirección imprevista e indeseable. Podría operar en contra de la acumulación por parte del proletariado del *élan* suficiente para afrontar la revolución socialista. El revisionismo amenazaba con privar a los socialistas de aquella creencia en su triunfo final que en sí misma era una de las fuentes principales de su fuerza. Difícilmente se hubiera inquietado Plejánov tanto por Bernstein si, como afirmaba creer, la pasión necesaria para la realización de su esquema histórico tuviera que hacer aparición automáticamente.

Su fracaso al intentar resolver correctamente el enfrentamiento entre libre voluntad y determinismo encontró paralelo en sus ideas sobre la evolución y la revolución, temas con muchos puntos en común. Junto con muchos pensadores del siglo XIX, Plejánov daba a la idea de evolución la categoría de principio clave en el análisis social. Pero se opuso a quienes pretendían convertirlo en un principio soberano. Rechazando la deducción de que «la historia no avanza a saltos»,[24] insistía en establecer una relación orgánica entre evolución y revolución. Después de todo, observaba, se han producido no pocas revoluciones en la historia. Y se produjeron no a pesar de la evolución, sino porque la evolución les había preparado el camino. Citando sus palabras:

> No se puede producir un cambio repentino sin una causa suficiente, y esta causa ha de buscarse en los previos avances de la evolución social. Pero, dado que esta evolución no cesa en las sociedades que están en vías de desarrollo, podemos afirmar que la historia está preparando continuamente tales cambios y revoluciones repentinos. La historia sigue este camino diligente e imperturbablemente... por consiguiente estas catástrofes políticas son absolutamente inevitables.[25]

* Por ejemplo, en 1898, escribió a Axelrod: «Amé a Hegel porque... estaba lleno de pasión teórica. En Bersntein, esta pasión falta por completo y en su lugar sólo hay un montón de vulgaridad autosatisfecha». *Perepiska Plejánova i Akselroda,* I, p. 201.

24 *Ibid.,* VIII, p. 128.

25 *Ibid.,* III, p. 51.

Hay que admitir que la evolución puede preparar, y de hecho es bastante frecuente que lo haga, el camino a la revolución. Allí donde las fuerzas sociales dominantes se niegan a ceder espacio a otros elementos surgidos en el curso de la evolución social, los nuevos grupos se embarcan algunas veces en una lucha que culmina en una revolución triunfante. Pero Plejánov incurre en un imperdonable error lógico en la frase recientemente citada. Aunque es cierto que las revoluciones pasadas sin duda habían sido preparadas por el desarrollo evolutivo previo, ello de ningún modo quiere decir que la evolución traiga inevitablemente consigo por secuela la revolución. La cualidad de la evolución social puede variar considerablemente en relación y dependencia de las predilecciones de los hombres. En el siglo XIX, algunos grupos dirigentes consideraron preferible y más sabio iniciar una reforma social que defender hasta el fin sus prerrogativas. Adoptando una postura flexible, impidieron el desarrollo de una pasión revolucionaria en el proletariado, o al menos procuraron su pronto apaciguamiento. Por medio de su acción consciente, en ejercicio de su libre voluntad, algunos hombres han alterado el curso del proceso histórico previsto por los marxistas. La dialéctica de una oposición cada vez más enconada, provocando inevitablemente un levantamiento catastrófico, simplemente no operó en Inglaterra ni en ninguna parte. La conducta de Plejánov frente al revisionismo nos hace pensar en un hombre esforzándose frenéticamente por compensar con sus apasionados esfuerzos la negativa del proceso histórico a seguir el derrotero que él pretendía era objetivo e independiente de la voluntad humana. Sus presupuestos filosóficos hacían imposible que pudiera comprender el significado del revisionismo y el poderoso atractivo que ejercía sobre los obreros de países tales como Inglaterra y Alemania.

Los mismos defectos observables en el sistema de Plejánov se dejaban sentir entre los bolcheviques, pero en sentido contrario. También en este caso los actos deliberados de los hombres viciaban la materialización del proceso histórico «objetivo». En Rusia, donde los grupos dirigentes eran efectivamente inflexibles, la evolución social parecía preparar el camino a la revolución. La aversión que sentía Plejánov por el orden socio-político imperante en Rusia encendía en él una pasión por su derrocamiento. Y consideraba al naciente proletariado como la única fuerza capaz de lograr tal objetivo. Su personal pasión revolucionaria, por lo general, estaba sometida al control de su respeto hacia «las leyes de la historia», su convicción de que no podían ser violadas con impunidad. En Lenin, la pasión revolucionaria era tan ardiente que subordinaba todo a ella. Estaba dispuesto a inflamar o a aprovecharse de las pasiones ya inflamadas del pueblo, tanto proletarios como campesinos, hasta el punto que éstos acabaran con el Estado, la aristocracia y la burguesía, haciendo posible omitir toda una etapa histórica. Al entonar su canto a la pasión como factor en la historia, Plejánov no había contado con pasiones de esta categoría. Tanto en 1905 como en 1917, se encontró en la difícil situación de intentar enfriar pasiones que eran «ilegítimas», que amenazaban con trastocar la «inevitable» realización del proceso histórico «objetivo». Lo mismo que frente a la libertad y el determinismo, Plejánov nunca logró establecer un equilibrio práctico entre la evolución y la revolución. Para ser más exacto, su marxismo ortodoxo, que pretendidamente lo conseguía, era desmentido por el curso efectivo de la historia. En Europa occidental el equilibrio se rompía en favor de la evolución, en Rusia en favor de la revolución; la revolución no se materializaba en el primer caso, y la evolución quedaba radicalmente desplazada en el segundo.

Aparentemente, el materialismo dialéctico, como otras filosofías anteriores a él, no dejaba de tener deficiencias y contradicciones. Aun a pesar de lo eficaz que pudiera ser como instrumento en manos de personas tan inteligentes como Plejánov, el marxismo estaba muy lejos de haber dicho la última palabra en el campo de las ciencias sociales.

Historia

La fuerte afición de Plejánov a la historia, evidente en los comienzos de su carrera, se hizo más pronunciada, si cabe, con el correr del tiempo. Parte sustancial de sus escritos es de naturaleza histórica, tanto cuando versaban sobre la evolución del pensamiento filosófico, como sobre la historiografía occidental o rusa (Guizot, Thierry, Pogodin y otros), o figuras de la *intelligentsia* rusa tales como Chadáev, Belinski, Herzen y Chernishevski (sobre quien escribió toda una obra). En 1909 empezó a trabajar en lo que iba a ser su *magnum opus* histórica, *La historia del pensamiento social ruso.* El contrato inicial con el editor, Mir, hablaba de un estudio, aparentemente en un volumen, que abarcaría desde los comienzos hasta la Revolución de 1905. Sin embargo, a medida que adelantaba Plejánov, cada vez se ampliaba más el alcance de la obra, anunciando Mir en 1917 que cuando estuviera terminada constaría de no menos

de siete volúmenes.[26] A su muerte, el año siguiente, Plejánov sólo había logrado terminar los tres primeros. El capítulo sobre Radíschev, que hubiera puesto punto final al siglo XVIII, estaba sin acabar.

Plejánov expuso en las palabras iniciales de su prólogo los principios sobre los que había basado su obra:

En las investigaciones aquí expuestas sobre la historia del pensamiento social ruso, he partido del principio básico del materialismo histórico, según el cual la conciencia no determina al ser, sino el ser a la conciencia. Por tal motivo, he pasado revista, en primer lugar, a las condiciones objetivas de tiempo y lugar que han determinado el curso del desarrollo de la vida social en Rusia... Condiciones de lugar, que yo llamaría *geográficas*, y condiciones de tiempo: el escenario *histórico* del proceso en cuestión.[27]

En otro momento, hizo nuevas aclaraciones sobre su método, afirmando que un investigador del pensamiento social no podía dar por cumplido su cometido si se limitaba a exponer las ideas e ideales de distintas figuras y personajes. Su obligación más importante y trascendente era definir el «equivalente sociológico» de los distintos sistemas de pensamiento, «dónde tenían su origen, por qué habían hecho aparición en un momento determinado del desarrollo social».[28] La formulación explícita de sus principios fue un hecho admirable por parte de Plejánov. Sin embargo, la forma inoportuna y didáctica en que los reiteró una y otra vez se convierte en una característica molesta de una obra que tiene gran cantidad de virtudes.

En una larga introducción de unas 120 páginas, que quizá sea la parte más interesante de toda la obra, Plejánov analiza críticamente las investigaciones de un cierto número de historiadores rusos de primera línea. Tal y como había hecho en sus estudios sobre historia de la filosofía, examina las obras de sus predecesores desde la perspectiva del materialismo histórico, con el propósito de separar los puntos de vista correctos de los incorrectos. Luego los primeros podrían ser incorporados en una versión nueva, «auténtica» y coherente, debido a su respeto de principio a fin hacia los planteamientos históricos del marxismo. No es de extrañar que procediera de esta forma. Pero los resultados fueron sorprendentes en distintos aspectos. Muchas de las ideas cardinales en su concepción de la historia rusa

26 Riazánov, en el prefacio a *ibid.*, vol. XX, nos ofrece información sobre los sucesivos cambios en la concepción de la obra.
27 *Ibid.*, p. 3.
28 *Ibid.*, XIV, p. 272.

fueron extraídas casi íntegramente de obras de eruditos «burgueses». En la obra histórica de Plejánov se pueden reconocer con claridad las ideas sobre la colonización de Soloviev, las de Kliuchevski sobre la fundación del Estado imperial, de Brückner sobre la influencia de los mongoles y las de Chicherin sobre la comuna campesina. Por otro lado, hizo pedazos las tesis de Pokrovski, investigador marxista y más tarde decano de los historiadores soviéticos, sobre la naturaleza «comercial capitalista» atribuible a la sociedad moscovita.

Plejánov, por supuesto, criticó también ciertas características de los planteamientos históricos de hombres como Kliuchevski y Soloviev. Pero, en ciertos puntos decisivos, su propia construcción de la historia incorpora ideas que critica en otros. Por ejemplo, desde su punto de vista, Kliuchevski se apartaba de la verdad cuando explicaba ciertas diferencias entre el Occidente y Rusia por la precedencia del «'momento' político sobre el económico en Occidente», mientras en el proceso histórico ruso ambos se mezclaban. «En realidad», objetaba Plejánov, «el 'momento' político nunca y en ningún lugar precede al económico; siempre está condicionado por este último, lo cual, sin embargo, no quiere decir que no ejerza sobre el económico una influencia recíproca».[29] No obstante, en su crítica a Pokrovski, Plejánov inconscientemente parece dar precedencia al «momento» político sobre el económico. El hecho de que el Zar moscovita estuviera profundamente mezclado en actividades comerciales, fuera efectivamente «el primer mercader», no demostraba que Rusia estuviera dominada por el capitalismo mercantil, argüía, sino lo contrario. La monopolización por la corona de las ventajas del comercio era característica de civilizaciones con un comercio relativamente reducido. En Rusia, ello era debido a las crecientes necesidades fiscales del Estado, las cuales, a su vez, derivaban de exigencias militares.[30] Según la versión de la historia de Plejánov, al igual que en la de Kliuchevski, el problema de la defensa de la seguridad figuraba, por consiguiente, como principal determinante del carácter del Estado ruso. Y una tal interpretación, ¿no sugería, de hecho, la primacía del «momento» político —las necesidades del Estado— sobre el económico?

Plejánov probablemente hubiera replicado que nunca había negado la acción recíproca de ciertos elementos de la superestructura sobre la vida económica, y además que, «en último

29 *Ibid.*, XX, p. 26.
30 *Ibid.*, pp. 259-260.

extremo», el atraso económico del país era lo que obligaba al Estado a inmiscuirse de tal forma en el terreno económico. Pero al admitirse una acción recíproca, cabría preguntar, ¿cómo se puede saber qué determina a qué «en último extremo»? En tal caso, ¿por qué detenerse arbitrariamente en el atraso económico ruso? ¿Cuál era su causa? En otro lugar, el propio Plejánov denunciaba las constantes incursiones de los nómadas esteparios —otro factor político— como el obstáculo principal para el desarrollo económico del país.[31] Es más que probable que Plejánov hubiera intentado restar fuerza a este argumento descubriendo un nuevo factor económico. Sus alegatos recurriendo a la acción recíproca y su insistencia en el papel determinante del factor económico «en último extremo» equivalen a una declaración de que su sistema de interpretación de la historia no admite la posibilidad de prueba en contrario.

Aunque muy capaz de mostrarse dogmático e inflexible cuando estaban en juego los principios filosóficos, Plejánov se mostró muy respetuoso en sus investigaciones empíricas con la evidencia. Tal característica presta claridad y valor a su obra, aunque quizá no siempre haya servido demasiado como prueba de la validez de sus principios. Podrían citarse ejemplos sorprendentes de su independencia de pensamiento y de su ausencia de dogmatismo. Después de haber adoptado unos puntos de vista sobre los orígenes de la comuna campesina rusa que respetaban como un evangelio las afirmaciones de Marx y Engels sobre el tema, Plejánov posteriormente defendería otros diametralmente opuestos.[32] Inicialmente consideraba que las comunas campesinas de la época Moscú-Petersburgo habían sido la base sobre la que se asentó el despotismo ruso; posteriormente —influenciado por los estudios de los eruditos no marxistas Chicherin y Efimenko— las consideró una improvisación del Estado ruso para atender a sus necesidades fiscales.

En otro ejemplo sorprendente, sostuvo como evidente un principio que difícilmente podría conciliar con el marxismo, al menos tal y como es presentado por sus exponentes contemporáneos:

> El movimiento de la humanidad sobre la senda de la cultura no es en absoluto lineal. Con la transición a una etapa de desarrollo económico más avanzada, una determinada tribu (o Estado), por supuesto, da un paso adelante más o menos significativo. Pero no en todos los aspectos. Determinados aspectos de su existencia pueden salir perjudicados gracias justamente al hecho de haber dado —en términos generales— un paso progresivo.[33]

31 *Ibíd.*, pp. 37-38.
32 Véase mi artículo «La Rusia de Plejánov: el impacto de Occidente en una sociedad "oriental"», donde desarrollo este tema.

Como ejemplo, señalaba que los pueblos depredadores muestran una habilidad para las artes plásticas incomparablemente superior a la de los pastores o agricultores primitivos. Igualmente, aunque la civilización moderna tuviera un grado de desarrollo económico muy superior al de la Grecia clásica, esta última superaba con mucho a aquélla en sensibilidad estética (*).

Aun con todo lo notables que puedan parecer estas observaciones, la afirmación más sorprendente que se puede encontrar en la *Historia del pensamiento social ruso* es su descripción, en la introducción, de las relaciones entre las clases: «La línea de evolución de una sociedad dada, dividida en clases, viene determinada por la línea de evolución de estas clases y sus relaciones mutuas, es decir, y en primer término, *la lucha mutua* por lo que respecta a la estructura social interna de la sociedad; y, en segundo término, su *cooperación* más o menos amistosa en caso de defensa del país contra ataques del exterior».[34] Aunque a un no marxista esta afirmación pueda parecer una nueva exageración de la lucha de clases, procediendo de un marxista representa una gran concesión. Contradiciendo la famosa primera línea del *Manifiesto comunista*, admitía que había algo más en la historia que lucha de clases. Además de su alejamiento de una proposición fundamental del «socialismo científico», la afirmación de Plejánov es sorprendente porque nada parecía anticiparla en sus anteriores escritos. Evidentemente, es contraria a los pensamientos expresados en su importante artículo «Patriotismo y socialismo» (1905); y en este cambio quizá se pueda encontrar, en parte, la base de su distinta actitud frente a la guerra ruso-japonesa y la guerra mundial. Es difícil imaginar qué experiencia de su vida política, después de 1905, pudo haber provocado este cambio en sus puntos de vista. Más bien, debió ser motivado por sus investigaciones históricas, que le llevaron a valorar el interés nacional como factor poderoso en la dimensión internacional de la historia de un pueblo (**). No podía descuidarse esta dimensión, pensaba; y, sin embargo, no podía

33 *Sochinéniia*, XX, p. 44.
* A pesar del principio aquí expuesto, nunca se le ocurrió pensar que la democratización política quizá no fuera un inevitable concomitante del modo de producción capitalista.
34 *Ibíd.*, 13.
** Plejánov adujo este principio al hacer referencia a la Edad Media. *Sochinéniia*, XX, p. 251.

ser correctamente entendida por el investigador que siempre y en todo lugar considerase la lucha de clases como principio organizador de su historia.

La organización dada por Plejánov al cuerpo principal de su obra es también un tanto sorprendente. Aun a pesar de sus diversas concesiones, todavía era de esperar una exposición de las vicisitudes de las ideas sociales basada en el conflicto de intereses entre explotadores y explotados. En lugar de ello, sucesivos capítulos analizan «la evolución y desarrollo del pensamiento social bajo la influencia de los conflictos entre el poder espiritual y el temporal», «entre los boyardos y la nobleza cortesana», «entre los boyardos y el clero», «entre el Zar y los boyardos». Es más que dudoso que estos conflictos puedan entenderse como enfrentamientos de clase en el sentido marxista (*). Evidentemente, tales conflictos sociales constituyen elementos extraordinariamente importantes dentro de la historia, y Plejánov muy adecuadamente eligió hacer referencia a ellos. Las secciones posteriores de su obra versan principalmente sobre temas convencionales —tales como la Edad Media, el cisma religioso y las reformas de Pedro el Grande— pero muchas veces en forma poco convencional. Aunque no deje de ofrecer pasajes áridos, en conjunto la historia de Plejánov ofrece muchos análisis admirables que merecen ser conocidos mejor.

Dentro del contexto de la historiografía rusa, la *Historia del pensamiento social ruso* de Plejánov representa un esfuerzo nuevo e inteligente por dar respuesta a una cuestión que ocupó a los pensadores rusos durante décadas. Y, sin embargo, quizá haya sido el primer investigador que haya intentado una respuesta más o menos sistemática a la cuestión, ¿pertenece Rusia a Occidente o a Oriente? Su respuesta necesariamente había de ser compleja, pues, como él mismo reconocía, los países occidentales, al igual que los orientales, se diferenciaban mucho entre sí en cuanto a su desarrollo social. La complejidad era necesaria si no se quería incurrir en equivocaciones involuntarias. Por una parte, Plejánov consideraba a Occidente y Oriente como dos modelos más o menos polarizados de desarrollo; por otra, su deseo de incluir todas las formas de desarrollo histórico dentro de un esquema general le inducía a la disolución de la polaridad Este-Oeste. Tomando a Occidente, y en especial

* Ninguno de los cuatro elementos mencionados tiene relación directa con los medios de producción, criterio a través del cual se define una clase según el pensamiento marxista. Ni tampoco pueden incluirse estos conflictos dentro de la rúbrica oprimidos frente a opresores.

a Francia, como modelo primario, consideraba que el curso de evolución de los despotismos orientales, aunque original, no lo era tanto. Por ejemplo, también ellos habían atravesado una fase parecida a la feudal.[35]

Las opiniones de Plejánov sobre la cambiante situación cultural de Rusia —tema básico en su análisis de la historia de Rusia— quedan resumidas en este interesante párrafo, en que compara a Francia con los despotismos orientales:

Lo mismo hay que decir cuando se compara el desarrollo histórico de Francia con el desarrollo histórico de Rusia: no cabe hablar de la *completa* originalidad del proceso histórico de Rusia; tal originalidad es, por lo general, desconocida en el campo de la sociología; pero si no *totalmente* original, el proceso histórico de Rusia, no obstante, se distingue del de Francia por ciertas características extremadamente importantes. Y no sólo respecto a Francia. En él se descubren ciertas peculiaridades notables que lo distinguen del proceso histórico de cualquier país de Europa occidental y que recuerdan el proceso de desarrollo de los grandes despotismos orientales. Es más —lo que complica considerablemente la cuestión— estas mismas peculiaridades han pasado por un proceso de desarrollo y evolución bastante original. Unas veces se dejan notar más que otras, y como consecuencia Rusia parece oscilar entre Occidente y Oriente. En el curso del período moscovita de su historia, tienen unas dimensiones muy superiores al período de Kiev. Y tras las reformas de Pedro I, de nuevo declinan, primero lentamente, luego cada vez con mayor rapidez. Esta nueva fase en la evolución social de Rusia —una fase, al principio, de lenta y superficial, y luego cada vez más rápida y profunda, europeización de Rusia— está lejos todavía de haber culminado en nuestros días.[36]

Paradójicamente, Plejánov consideraba fundamentales las características que Rusia compartía con Occidente; las que tenía en común con Oriente, y que la distinguían de Occidente, las calificaba de secundarias. No obstante, en líneas generales identificaba el desarrollo histórico de Rusia con el modelo oriental más que el occidental. Efectivamente, durante dos décadas antes del inicio de su obra histórica más importante, había preparado una concepción de Rusia como «despotismo oriental (a veces, semioriental)» (*). Con este término pretendía designar un com-

35 *Ibid.*, p. 11. Para una afirmación inequívoca de la diferencia cualitativa entre los modelos oriental y occidental, véase *ibid.*, XVIII, pp. 216-217.
36 *Ibid.*, XX, p. 12.
* Véase mi artículo en el *Journal of the History of Ideas*, vol. XIX, 1958. En él afirmaba incorrectamente que Plejánov nunca había hecho una versión sistemática de la historia de Rusia desde tal perspectiva. Su

plejo institucional diferenciado que, en su opinión, sólo se había manifestado en un cierto número de grandes civilizaciones orientales tales como el antiguo Egipto, China y la India. Su característica más sobresaliente era una autoridad estatal (el déspota y su aparato gubernamental) omnipotente, que, gracias al control de los medios de producción, reducía a todas las demás clases sociales a una profunda dependencia e impotencia. A diferencia de otros autores antes y después de él, Plejánov no asoció esta situación con el largo período de dominio de los mongoles sobre Rusia (*), sino con la conquista por el principado de Moscú de la supremacía en Rusia. Durante este período, y después, la peculiaridad del orden imperante en Rusia fue observada por muchos visitantes occidentales. En el siglo XVI, por ejemplo, Herberstein comentaba que el Zar «tiene poder sobre las personas seculares o religiosos y, libre en su arbitraria voluntad, dispone de las vidas y propiedades de todos ellos».[37]

Con Kliuchevski, Plejánov consideraba que la aparición de la autocracia rusa (término más familiar, pero que se confunde demasiadas veces con el absolutismo) era consecuencia de necesidades financieras. El engrandecimiento de Moscú y el desarrollo bajo su égida de un aparato estatal centralizado requerían enormes desembolsos. Aparte la necesidad de mantener una maquinaria administrativa en expansión, y la pompa de una corte imperial, las presiones exteriores forzaban el mantenimiento de un gran aparato militar (**). Dado que las necesidades eran muchas y las fuentes de ingresos reducidas, se hacían precisas medidas draconianas que se tomaron sin vacilaciones ni remordimientos. En un país abrumadoramente agrícola, el Estado se arrogó el derecho de propiedad sobre virtualmente todas las tierras. Los campesinos se vieron privados, primero,

Historia del pensamiento social ruso constituye tal versión. Mi artículo, basado en fragmentos escogidos en un cuarto de siglo de escritos de Pléjanov previos a su *magnum opus*, demuestra que las líneas generales de su pensamiento eran ya visibles antes de haber iniciado la redacción de su *Historia*. Dicha *Historia* no se aparta en ningún punto importante del esquema ofrecido en aquel artículo de los puntos de vista de Plejánov sobre la historia.

* Como mucho, concedió al impacto de los mongoles una influencia indirecta (ver *Sochinéniia*, XX, p. 247-48). Para un estudio general del despotismo oriental que, al referirse a Rusia, ponga el acento principal en la dominación de los mongoles, ver Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism, a Comparative Study of Total Power*, pp. 219-25, y *pássim*.

37 Citado en *ibíd.*, p. 79.

** *Sochinéniia*, XX, p. 87, y *pássim*. Plejánov consideraba que las mismas presiones siguieron obrando sobre Rusia en idéntica dirección también durante el período de Kiev. *Ibíd.*, p. 57.

de la propiedad sobre sus tierras y, luego, de la propiedad sobre sí mismos, es decir, de su libertad.[38] También la nobleza, ya se tratase de los nuevos títulos recién creados o de la antigua aristocracia boyarda, quedó sometida a esclavitud del Estado. El derecho a disponer de tierras pobladas —es decir, a disponer de medios de vida— se hizo depender del servicio al Estado (*).

Dentro de este esquema conocido, Plejánov introducía una nota característica. Repetidas veces subrayó el atraso de la economía rusa en comparación con la de Occidente, explicando en gran parte las diferencias entre ambas sobre dicha base. En concreto, a lo largo de la mayor parte de su historia (y en particular durante el período moscovita), la sociedad rusa estuvo sostenida por una economía natural (**). Se trataba de una economía agrícola con unidades de producción reducidas y autosuficientes, que empleaban técnicas primitivas y lograban unos bajos niveles de productividad. En último análisis, la emergencia del despotismo oriental en Rusia era resultado de este factor económico. Aun con todo lo primitiva que pudiera ser la agricultura campesina, era la única actividad productiva de cierta importancia. La erección de un Estado Leviatán sobre tal base sólo sería posible si los constructores de tal Estado lograban privar a los labradores de una porción extraordinaria de sus pobres ingresos. A su vez, esto sólo podría conseguirse si el Estado asumía el control de todas las propiedades agrícolas y, con ello, el poder de vida o muerte sobre sus súbditos.

Otra característica cardinal del despotismo oriental en Rusia sobre el que Plejánov llamó la atención era su estabilidad. Pensaba no sólo en la relativa ausencia de agitación y rebeldía social, sino, en términos más generales, en una evolución social a un paso tan lento que casi era imperceptible. Ambas características estaban íntimamente relacionadas, y ambas derivaban del carácter del sistema económico. La economía natural implicaba un tradicionalismo en las técnicas de producción, la infinita repetición de los métodos heredados, la falta de todo dinamismo. Allí donde la fuerza motriz del desarrollo histórico ha quedado paralizada, las relaciones sociales y la vida política,

38 *Ibíd.*, pp. 68-69, 75.

* *Sochinéniia*, p. 66. El mismo tipo de dependencia impuesta, según Plejánov, se aplicó también a los habitantes de las ciudades. *Ibíd.*, p. 90.

** Adoptando la idea de Soloviev de la importancia de la colonización como factor en la historia de Rusia, Plejánov la modificaba para convertirla en colonización «bajo las condiciones de una economía natural» (*Sochinéniia*, XX, p. 87). Sostenía que en la etapa de Kiev, así como después, prevaleció la economía natural. *Ibíd.*, pp. 57-62.

intelectual y moral del pueblo también quedan paralizadas. La vida social queda encerrada en moldes tan rígidos que quienes la viven llegan a no poder concebir un orden socio-político distinto. Este fue el motivo por el que las rebeliones populares en Rusia estuvieron, por lo general, dirigidas no en contra del sistema como tal, sino contra abusos extraordinarios emanados de algún «Anticristo» o «falso Zar», que de algún modo habría conquistado el control del trono.[39] A pesar de todas las pruebas en contrario, los campesinos persistían en su actitud de considerar al Zar «legítimo» como una especie de protector paternalista. Esta irracionalidad no era más que una faceta de la condición brutal, deshumanizada, a que estaban sometidas las masas bajo el despotismo oriental. Una economía agrícola paralítica; una población dispersa en una multitud de organizaciones comunales sin lazos orgánicos entre ellas; un pueblo abrumadoramente campesino, inclinado al tradicionalismo y degradado intelectual y moralmente por las condiciones bajo las que vivía: tal era, en opinión de Plejánov, la base socio-económica del despotismo oriental ruso. Mientras perdurase, el despotismo estaría seguro.[40]

En cuanto a los restantes elementos de la sociedad rusa, todos ellos habían sido sometidos al dominio del Estado. La Iglesia perdía progresivamente su independencia, como los boyardos, los *dvoriane* (nobleza más reciente) y los habitantes de las ciudades. Es más, cada uno de estos grupos fue ajustándose psicológicamente al sistema. Puede que los *dvoriane* se enfrentasen a los boyardos, y los boyardos al clero, pero los tres, en líneas generales, reconocían sumisamente la omnipotencia de la cabeza del Estado. Casi sin excepción, los disidentes de otras clases seguían el modelo de conducta de los campesinos. Quizá los boyardos repudiaran la extraordinaria crueldad y arbitrariedad de un Zar; los cosacos al otro lado de la frontera quizás atacasen furiosamente un sistema que amenazaba su libertad; los *dvoriane* quizá jugasen a «revoluciones de palacio». Pero ninguno de ellos podía reemplazar el orden socio-político existente por otro distinto y viable (*). Dicho sistema, afirmaba Plejánov, no debía ser entendido como producto de la voluntad de éste o aquel individuo, si bien identificaba a Iván el Terrible

39 *Ibid.*, XXI, p. 175.
40 *Ibid.*, XX, pp. 76-77.
* *Sochinéniia*, XX, pp. 236-37. En el siglo XVIII, los *dvoriane* se las arreglaron para asegurarse una posición especial. Pero, debido al temor a una oligarquía boyarda por una parte, y a una rebelión campesina por otra, siguieron sosteniendo el principio autocrático. *Ibid.*, XXI, p. 185.

como formulador y principal artífice del despotismo oriental ruso. Representaba una consecuencia natural e inevitable de una situación económica básica.[41]

Plejánov percibía una curiosa dialéctica obrando a largo plazo en la historia rusa. En el contexto del atraso económico de Rusia, la necesidad de seguridad externa había llevado a la creación de un despotismo oriental. Una vez instituido, este sistema constituía un nuevo impedimento para el desarrollo económico. Mientras, los países al occidente de Rusia, favorecidos por un crecimiento económico más rápido, aumentaban su poder y, de tal modo, planteaban nuevas amenazas a la seguridad de Rusia.[42] El estímulo que eventualmente indujo a un desarrollo más rápido de la sociedad rusa no procedió del interior sino de su contacto con vecinos más viriles. Para protegerse, si no por otro motivo, se había visto forzada a importar técnicas e ideas de Occidente. Estas importaciones, con las que se pretendía fortalecer el orden tradicional ruso, demostraron por el contrario ser su ruina. Después de haber impreso su carácter dinámico en Occidente, se convirtieron en agentes de la transformación de Rusia, de una sociedad oriental-bárbara, en una occidental-civilizada.

Tal construcción histórica necesariamente debía atribuir a Pedro el Grande un papel trascendente. Plejánov resumía sus ideas sobre la importancia de la obra de Pedro el Grande, junto con sus puntos de vista sobre la evolución en Rusia a partir de la Edad de Oro de los Zares hasta sus días, como sigue:

> La antigua Rusia moscovita se distinguía por su carácter completamente asiático. Su vida social, su administración, la psicología de sus habitantes, todo en ella era ajeno a Europa y muy estrechamente relacionado con China, Persia y el antiguo Egipto. ... Pedro sólo añadió unas extremidades europeas a un cuerpo que, sin embargo, permaneció asiático. No obstante, las nuevas extremidades ejercieron una enorme influencia sobre la naturaleza del viejo cuerpo. Para sostener el orden posterior a la reforma, se necesitaba dinero. La reforma de Pedro el Grande impulsó el desarrollo de la producción de mercancías en Rusia. Es más, para sostener el orden posterior a la reforma se necesitaba alguna industria fabril al menos. Pedro sentó las bases para tal industria en nuestro país, y al mismo tiempo plantó en suelo ruso la semilla de unas relaciones económicas enteramente nuevas. Durante largo tiempo, la industria establecida por Pedro el Grande tuvo una existencia más bien triste. ... No obstante, cumplió su función de regenerar el *corpus* social de

41 *Ibid.*, pp. 184-185, 201.
42 *Ibid.*, pp. 252-254.

Rusia, lo que se vio facilitado grandemente por aquellas relaciones internacionales sin las que la obra del brillante Pedro hubiera sido inimaginable. El éxito del desarrollo económico ruso lo patentiza el hecho de que mientras la reforma de Pedro exigía la subsistencia de la servidumbre, las reformas de Alejandro II presuponían su abolición. El inicio del nuevo ... orden económico por lo general se fecha en el día 19 de febrero de 1861. Pero ya vemos que debe remontarse hasta Pedro el Grande. Pero, por supuesto, el diecinueve de febrero recibió un impulso muy fuerte el desarrollo de este orden. Ahora estamos irremediablemente sumergidos en la evolución económica de la humanidad civilizada y no habrá un nuevo amanecer para el viejo oblomovismo moscovita.[43]

En esta construcción, el punto principal se centraba en el establecimiento por Pedro el Grande de las bases de un nuevo orden económico, la creación de unas condiciones extraordinariamente favorables para su robustecimiento bajo Alejandro II y el exuberante florecer de este orden durante la segunda mitad del siglo XIX. El nuevo sistema económico, por supuesto, era el capitalismo. En opinión de Plejánov, Rusia había atravesado sucesivamente por una economía primitiva natural, en la Rusia moscovita; por un sistema modificado gracias a la introducción de elementos de economía monetaria y de producción mercantil, durante el primer siglo y medio del período en que San Petersburgo fue la capital; hasta producirse el triunfo de este sistema económico y modo de producción sobre el antiguo sistema económico moscovita, en el curso de la segunda mitad del siglo XIX: la primera etapa del período de capitalismo en Rusia (*). La «europeización» del sistema económico ruso alteró también ineludiblemente su estructura social, promoviendo el desarrollo de ciudades industriales pobladas por clases burguesas y proletarias. En estas nuevas fuerzas, cuyo paralelo en Occidente había protagonizado la lucha por las libertades políticas y civiles, veía Plejánov la promesa de derrocamiento del despotismo oriental en Rusia y la «europeización» de su vida política.

43 Este párrafo, citado por la concisión con que describe un proceso complejo, no procede de la *Historia*, sino de una obra anterior (*ibid.*, X, páginas 154-55). No obstante, es tema central de la *Historia*.

* Plejánov sostuvo que incluso aquellos avances económicos que el Estado ruso se vio obligado a propiciar fueron acomodados a los márgenes del despotismo oriental en la medida de lo posible. Cuando Pedro el Grande introdujo la industria, en lugar de traer consigo la liberación del trabajo, se les arregló para adaptarla a la servidumbre. Cuando finalmente fueron emancipados los campesinos, se vieron libres del control de los nobles, pero siguieron «totalmente sujetos» al Estado. *Sochinéniia*, XX, pp. 122, 124-25.

En el campo de las ideas, la occidentalización de Rusia durante largo tiempo sólo afectó a las clases superiores. Ya antes de tiempos de Pedro el Grande, unos pocos individuos aislados que habían llegado a establecer contacto con Occidente, sintieron rota la armonía con su medio social nativo y huyeron (*). Ellos fueron los precursores de la *intelligentsia* del siglo XIX, cuyos valores, conformes a la realidad y las teorías occidentales, les hicieron entrar en conflicto con la realidad rusa. Sin embargo, en lugar de huir, se esforzaron por lograr la reconstrucción de la vida rusa conforme a líneas «más próximas a los deseos de su corazón». Una de las principales consecuencias indirectas de la apertura de «la ventana hacia Occidente» fue el impulso del pensamiento social ruso. En el siglo XIX, en contraste con etapas anteriores, había muchos modelos alternativos conforme a los cuales podía Rusia moldear una nueva vida nacional: pero a los arquitectos en potencia les faltaba el apoyo social necesario para poder realizar la labor de «negación» que debe preceder a la construcción (**). En ello estribaba el patetismo de la posición de la *intelligentsia:* su rechazo de la realidad rusa sólo podía igualarse a su incapacidad para modificarla.

La parte más importante de la población rusa, los campesinos, permanecieron durante largo tiempo al margen del proceso de occidentalización. Sumergidos en el «barbarismo asiático», eran totalmente ajenos a los ideales de la *intelligentsia* occidentalizada. Los contactos culturales habían traído a Rusia ideas sociales y políticas avanzadas antes de la materialización en el país de las condiciones socio-económicas que las habían engendrado en Occidente. Si era preciso «europeizar a los bár-

* *Sochinéniia*, XX, pp. 268, 278-79. En otro lugar escribe Plejánov de Ordín-Naschokin, uno de estos individuos: «El fue una de las primeras víctimas del giro de Moscú del Este al Oeste» (*ibid.*, X, p. 146). Otras personas adelantadas del siglo XVIII y principios del XIX, afirmaba Plejánov, sintieron una especie de náusea ante su entorno social. *Ibid.*, X, p. 147; XXII, pp. 52-53.

** Era éste un concepto clave en la interpretación dada por Plejánov a la odisea intelectual de Belinski, y también hacía aparición en su análisis del destino de Herzen, Chernishevski y otros. Estos personajes no fueron incluidos en la *Historia* propiamente dicha. Referencias a los mismos y trabajos sobre ellos se pueden encontrar en varios volúmenes de sus *Sochinéniia*. En el volumen XXIII se puede encontrar una gran cantidad de artículos históricos sobre el pensamiento social ruso en el siglo XIX. Dado que tales materiales muy probablemente hubieran sido incluidos en posteriores secciones de la *Historia*, caso de haber sido terminada, aquí los consideraremos parte de ella. Sobre la cuestión de la «negación», véase X, p. 349; XIV, pp. 286 y ss.; XXIII, pp. 139-41, 424-25.

baros»,[44] tal cosa no podría hacerse por simple deseo de la *intelligentsia*. Las ideas avanzadas sólo tomarían cuerpo cuando el desarrollo económico hubiera cambiado el carácter de la vida social; cuando hubiera dado origen a fuerzas sociales que, movidas por su naturaleza e intereses, lucharan por su materialización. Tal era, efectivamente, la misión del capitalismo en Rusia.

Aunque sin olvidar a la burguesía, Plejánov calificaba al proletariado como la fuerza de masas europeizada que finalmente daría cumplimiento al apasionado deseo de la *intelligentsia* de negar el viejo orden. Pero los campesinos todavía a principios del siglo XX seguían comparativamente al margen. En un paréntesis, Plejánov hizo un análisis sucinto de la reciente revolución en los siguientes términos: «La explosión de 1905-6 fue consecuencia de la europeización de Rusia. Su 'fracaso' fue consecuencia del hecho de no haberse extendido, ni con mucho, a toda Rusia el proceso de europeización».[45] La revolución, que había empezado con tan buenos augurios, se había ido a pique por la irracionalidad de los campesinos. Haciendo patente aún la psicología de las masas esclavizadas bajo el despotismo oriental, aunque actuaran con extrema violencia, eran objetivamente conservadores. Todavía no habían entendido cuáles eran las condiciones necesarias para su liberación, y, lo que era peor, podían ser utilizados por sus propios enemigos para anular los esfuerzos de quienes sí lo habían hecho. A través de estas últimas opiniones se puede observar rápidamente cómo las perspectivas históricas de Plejánov convergían con sus ideas sobre la sociedad contemporánea rusa y sus problemas.

Entre paréntesis, la posición de Plejánov sobre la cuestión agraria se hace más transparente a la luz de tales antecedentes. En el proceso de elaboración del programa del partido, así como en 1905-6, Plejánov se había opuesto firmemente a las propuestas de Lenin de nacionalizar la tierra en el curso de la primera revolución. No obstante, tanto en su *El socialismo y la lucha política* como durante la crisis de hambre de 1891-92, *él* había pedido la nacionalización de las tierras.[46] Durante la década transcurrida entre la crisis de hambre y el intento por parte de *Iskra* de componer un programa para el partido, maduraron las ideas de Plejánov sobre Rusia como despotismo oriental. Tenía como base el control estatal de las propiedades agrarias, situación que forzaba a toda la población a depender del

44 *Ibíd.*, XX, p. 120.
45 *Ibíd.*, p. 114.
46 *Ibíd.*, II, p. 87; III, p. 411.

Estado. Opinaba Plejánov que aun después de la Emancipación había proseguido la dependencia de los campesinos, si bien en una forma algo mitigada. La penetración del capitalismo en el campo la alivió aún más. En su opinión, las fuerzas progresistas en Rusia debían adoptar un programa agrario que destruyera de una vez por todas las bases económicas del despotismo. En un artículo de 1906 aparece una versión sumaria de su postura:

> Desde nuestro punto de vista, una división de la tierra entre los campesinos plantearía muchos inconvenientes. Pero en comparación con su nacionalización ofrecería la enorme ventaja de dar un golpe definitivo al viejo orden bajo el cual tanto la tierra como los labradores eran propiedad del Estado, y que no era más que una versión moscovita del orden económico que ha servido de base a todos los despotismos orientales. La nacionalización de la tierra sería un intento de restaurar en nuestro país ese mismo orden de cosas que por primera vez recibió algunos serios golpes en el siglo XVIII y ha sido sacudido con bastante fuerza por el curso del desarrollo económico durante la segunda mitad del siglo XIX.[47]

En su *Historia*, los pensadores individuales u obras seleccionados por Plejánov como característicos de su tiempo y de los puntos de vista de una clase determinada, parecen en ocasiones arbitrarios, y los análisis que de ellos hace no pocas veces dejan al lector algo insatisfecho. Muchas veces las ideas de un determinado escritor son analizadas sin prestar la debida atención al entorno social, a las ideas que las precedieron en Rusia, y a las corrientes extranjeras, aproximándose en cambio su examen a una crítica filosófica (*). En sus estudios de personajes de la *intelligentsia* del siglo XIX, Plejánov hace interesantes observaciones. Infortunadamente, como subraya el crítico Ivanov-Razúmnik, adquirió la costumbre de considerarlos a todos «bajo el prisma del marxismo». Dicho escritor comentó respecto a Plejánov:

> toda la tragedia de Herzen consistía ... en que no había logrado entender los dogmas de la verdad marxista. ... Y ello es característico, pues no sólo a Herzen aplica el señor Plejánov su sistema universal de diagnóstico; no, todos los errores de todos los pensa-

47 *Ibíd.*, XV, pp. 31 y ss. Véase también el discurso de Plejánov sobre la cuestión agraria ante el congreso de unificación de Estocolmo, en 1906, en *ibíd.*, pp. 67-76.

* En otros casos, incursiones excesivamente prolongadas en áreas marginales desequilibran la proporción y unidad de la obra. Sirva como ejemplo su estudio de los Rosacruz en el tercer volumen.

dores, publicistas, artistas, consisten en no haber entendido o equivocar la verdad marxista, que es la única que asegura la salvación (*).

A pesar de sus defectos, la obra de Plejánov sigue siendo una de las síntesis más sobresalientes de la historia rusa. Su utilización del método comparativo dio como fruto muchas ideas que le destacan de otros investigadores. Apuntó una perspectiva desde la cual se hacía posible contemplar claramente las peculiaridades de la evolución histórica de Rusia. Sin duda, el énfasis puesto en señalar sus afinidades con las sociedades orientales es convincente. Hace inteligibles muchos puntos de la historia rusa que de otro modo quedarían confusos. Tampoco se pueden subestimar sus contribuciones a la mejor comprensión de cómo los factores económicos ayudaron a conformar el curso del desarrollo de la civilización rusa. Entre otras cosas, tienen especial valor sus análisis de complejos psicológicos e institucionales partiendo de circunstancias socio-económicas. Estas características sirven para aclarar muchos puntos en el conjunto de la civilización rusa en forma difícil de encontrar en otras versiones. En tales aspectos, Plejánov demostró una sorprendente intuición, frecuentes destellos de inteligencia y no poca originalidad. Su *Historia del pensamiento social ruso* se puede leer todavía hoy con gran provecho.

ARTE

Aunque Plejánov es conocido universalmente como Padre del marxismo ruso, son menos quienes le conocen como padre de la crítica literaria marxista. Marx y Engels definieron la

* *Literatura i obschestvénnost*, pp. 127-28. Pléjanov e Ivanov-Razúmnik, que también había escrito una *Historia del pensamiento social ruso* propia, sostuvieron una fuerte polémica. En opinión de Plejánov, la obra de Ivanov-Razúmnik tenía escaso valor porque su autor no entendía que el pensamiento social en una sociedad dividida en clases necesariamente había de reflejar los puntos de vista de una u otra clase. Ivanov-Razúmnik acusaba a Plejánov de no haber cumplido con la labor más importante del historiador del pensamiento social. Tal historiador, afirmaba, no podía contentarse con encontrar el «equivalente sociológico» de esta o aquella ideología; debía llegar a determinar el «equivalente ético o filosófico» de distintas manifestaciones sociológicas. En otras palabras, la ética era para él un reino independiente y en ningún caso debía ser considerada como una simple parte de la superestructura de un modo de producción particular. Respecto a las opiniones de Plejánov en la polémica, véase el artículo «Ideologiia meschanina nashego vréméni», *Sochinéniia*, XIV.

relación entre el arte y el conjunto de la vida humana únicamente en términos muy generales. También fueron autores de unos cuantos comentarios sarcásticos sobre la crítica.[48] Pero nadie antes de Plejánov se entregó seriamente a la construcción de una teoría sistemática del arte y de la crítica de arte conforme a los puntos de vista del materialismo histórico. Plejánov hizo su primera incursión en el campo de la crítica literaria en 1888 con un estudio sobre Gleb Uspenski. Fue el primero de una serie dedicada a los «artistas *naródniks*», grupo de escritores que habían manifestado una actitud de calurosa simpatía hacia los campesinos en sus narraciones de carácter popular. A propósito del artículo sobre Uspenski, había exclamado Axelrod muy excitado ante una visita, que era «una brillante adaptación del método marxista a la crítica literaria. No disponíamos de nada semejante a esto».[49] En éste, y en posteriores trabajos sobre Karonin (1890) y Naúmov (1897), empezaron a perfilarse los principios que posteriormente elaboraría Plejánov hasta convertirlos en una teoría explícita.

Sus puntos de vista sobre la naturaleza del arte y los deberes del crítico eran en diferentes aspectos idénticos a los correspondientes sobre filosofía, teoría política y otras ramas del saber. En cada caso, el analista tenía ante él un fenómeno social, un producto reflejo de las aspiraciones y caprichos —en una palabra, la conciencia— de una sociedad particular, o, en una sociedad dividida en clases, de una clase particular. La conciencia, por supuesto, estaba determinada por el ser, por las condiciones de vida social, y, en último análisis, por el modo de producción. De acuerdo con ello, tendría tan poco sentido que un historiador o crítico de arte denunciara esta o aquella expresión artística de la conciencia de una determinada sociedad o clase, como que un historiador de la filosofía combatiera los sistemas de sus predecesores. Su deber era abordar el tema con frialdad científica, no siendo misión suya ni condenar ni absolver, sino explicar (*). Sobre todo, debía ser capaz de descubrir las raíces sociales de una obra dada. En boca de Plejánov: «Como abogado del

48 Para un análisis crítico breve de sus puntos de vista, véase Rufus Mathewson, *The Positive Hero in Russian Literature* (Nueva York, 1958), capítulo 8. Isaiah Berlin comenta brevemente las preferencias literarias de Marx en *Karl Marx, His Life and Environment* (Carlos Marx, su vida y entorno), pp. 262-263.

49 Aptekman, *J. V. Plejánov*, pp. 45-46.

* *Sochinéniia*, XXIII, p. 177. Por supuesto, repetía aquí el famoso principio crítico de Taine. Plejánov trasladó este mismo principio a su obra histórica. *Ibid.*, XX, p. 5.

materialismo, afirmo que la primera tarea de un crítico es traducir la idea de una obra determinada del lenguaje del arte al lenguaje de la sociología, con objeto de descubrir lo que podría llamarse el equivalente sociológico de un fenómeno literario determinado». [50]

Este párrafo nos trae a la memoria su similar definición de la función del historiador del pensamiento social. Pero también sugiere una diferencia cardinal que establecía Plejánov entre el arte y las distintas ramas del pensamiento social. Cada una de ellas disponía de un lenguaje distintivo, comunicándose unas por medio de argumentos lógicos («silogismos») y el otro por medio de imágenes. Puesto que todos derivaban del mismo entorno social y no eran más que diversas formas de expresión de la misma realidad social, era posible traducir unos al lenguaje de otros. Sin embargo, en un cierto número de aspectos, Plejánov consideraba que el arte era tema más complejo y difícil que las disciplinas sociales. A diferencia de estas últimas, la producción y apreciación del arte eran características del hombre como especie biológica. La creación artística derivaba del instinto lúdico que compartía el hombre con otros animales más primitivos. Además, el hombre poseía una facultad natural para responder con el placer a la presencia de objetos bellos. Estas facultades, de naturaleza plástica, serían moldeadas por los distintos entornos sociales para ofrecer resultados diversos. La forma y el contenido del arte, como el gusto, diferirían enormemente de acuerdo con las variantes condiciones de tiempo y lugar de que procedían (*).

La dificultad de determinar el equivalente sociológico de formas distintas de arte también diferiría mucho. Respecto al arte primitivo, el problema era relativamente simple. Los antropólogos habían informado sobre numerosos casos entre los pueblos primitivos de bailes que imitan los movimientos de la caza o las actividades de cultivo. Igualmente, los ornamentos y pinturas se componían imitando las piezas de caza, los rebaños y cosas parecidas. Las pruebas demostraban la anterioridad del trabajo sobre el ocio y el papel determinante de la actividad productiva de la sociedad sobre el carácter de su arte. [51] En sociedades más avanzadas, Plejánov reconocía que el problema era

50 *Sochinéniia*, XIV, pp. 183-184.
* Tales ideas se encuentran en especial en sus «Cartas sin dirección», *Sochinéniia*, XIV; véanse pp. 5-7, y *pássim*. El concepto que Plejánov tenía de la facultad estética como más o menos autónoma le permitió aprobar las ideas estéticas de Kant. *Sochinéniia*, XIV, pp. 118-19.
51 Véase la tercera de las *Cartas sin dirección*, en *ibid*.

infinitamente más completo. El análisis de la vida económica en Francia durante el siglo XVIII difícilmente explicaría el origen del minueto. No podía establecerse una relación directa entre dicha danza y la actividad productiva de la sociedad, porque se trataba de una danza expresión de la psicología de una clase no productiva. Plejánov estaba dispuesto a conceder la primacía del factor psicológico sobre el económico en un caso semejante, pero insistía en el carácter determinante, en último extremo, de este último. La aparición de clases no productivas, observaba, era consecuencia del desarrollo económico de la sociedad francesa. [52] Puede que el razonamiento sea poco convincente, pero dicha formulación ofrece la ventaja de no poner unos límites demasiado estrechos a la crítica. Se concedía unos márgenes amplios de interpretación de formas específicas u obras de arte en términos de causas más inmediatas que la económica.

Una vez hubiera determinado el crítico el equivalente sociológico de una obra de arte, todavía tendría por delante la segunda y tanto más importante labor a él encomendada. El crítico materialista, como subrayaba Plejánov, «no debe cerrar la puerta a la estética»; al contrario, estaba obligado a hacer la «evaluación de las virtudes estéticas de la obra en particular». [53] De esta forma, incorporaba a su método lo que de valor había en la obra de sus predecesores «idealistas», al tiempo que los trascendía al añadir a la crítica otra dimensión que venía a completarla. Pero, ¿cuáles serían los criterios de que se valdría el crítico para determinar el valor artístico de una obra? Plejánov se mostró cauteloso ante las definiciones, *a priori*, abstractas, del ideal en arte. Después de todo, el arte era anterior a la crítica. Por consiguiente, la crítica no había de definir lo que el arte debía ser, sino lo que era (*). Los criterios justos había que derivarlos no de especulaciones abstractas, sino del estudio del arte.

El primer principio derivaba de su definición del arte. Dado que significaba la percepción inmediata de la verdad a través de imágenes, una obra sólo podía calificarse como arte cuando de

52 *Ibid.*, XVIII, p. 223.
53 *Ibid.*, XIV, p. 189.
* *Sochinéniia*, XXIII, p. 157. Al adoptar esta postura, Plejánov, no obstante, dio su aprobación al código estético de Belinski, que el famoso crítico había establecido, observaba, en parte *a priori*. Quizá Plejánov no pudiera evitar hacerlo, pues, como observó Herbert Bowman: «Toda definición sistemática de lo que es el arte ofrece los elementos para una definición sistemática de lo que el arte debe ser». Ver *Vissarion Belinski, 1811-1848: A Study in the Origins of Social Criticism in Russia*, p. 3.

hecho comunicaba pensamientos y sentimientos de tal forma, y no por medio de silogismos. De acuerdo con el segundo principio, también implícito en su definición del arte, una obra artística debía expresar la verdad, debía corresponder a la realidad. Para Plejánov, la veracidad era indispensable, pues allí donde falta la verdad también falta la belleza. La belleza consistía en la verdad y la sencillez. «Una idea falsa», escribió, «malogra una obra de arte, puesto que introduce una mentira en la psicología de sus caracteres».[54] El tercer principio era que la idea incorporada en una obra de arte debía ser concreta y no abstracta, y debía abarcar un tema en conjunto y no uno u otro de sus aspectos. Por último, la obra debía tener unidad: unidad de forma, unidad de contenido, y una integración armoniosa de forma y contenido.[55] Por tanto, una obra de arte importante debía reflejar fielmente la realidad por medio de imágenes que tradujesen felizmente la idea en ella incorporada. Como ulteriores aclaraciones, Plejánov añadía que el valor de una obra viene determinado también por la sublimidad que expresa; y que sólo las ideas que promueven la comunión entre los hombres pueden servir de inspiración al artista.[56]

Aunque la definición total del arte antes expuesta representaba alguna novedad, Plejánov debía muchos de sus elementos a un cierto número de distinguidos predecesores. Los más importantes fueron: Hegel, en cuya estética «estaban en germen muchas ideas materialistas sobre el arte»; Belinski, a quien debía sus criterios estéticos y a quien en cierta ocasión calificó como «el más brillante de los escritores rusos»;[57] e Hippolyte Taine, el historiador y crítico francés, cuya obra admiraba profundamente. Los tres, en una u otra forma, habían reconocido la interdependencia del arte y el conjunto de la vida y el pensamiento humanos. Los tres reconocían la necesidad de considerar el arte históricamente, aproximándose Belinski y Taine a una interpretación materialista. De Taine, por supuesto, había recogido Plejánov la necesidad crítica de frialdad científica. También en las obras de Taine había encontrado muchos ejemplos brillantes de la influencia de la sociedad sobre el arte que sin duda le impulsaron a formular la primera función del crítico como lo hizo. Aún así, en su opinión, el escritor francés todavía no había logrado una exacta concepción de la relación entre el

54 *Ibid.*, p. 159.
55 Los principios se enumeran en *ibid.*, XXIII, pp. 156-157.
56 *Ibid.*, XIV, pp. 138, 149.
57 *Ibid.*, XXIII, p. 207; VIII, p. 361.

arte y la sociedad. Cuando Taine hablaba del entorno como determinante de la forma y contenido del arte, se refería al entorno psicológico. El propio Plejánov, como ya vimos, reconocía la fuerza de este factor. Pero Taine no profundizaba más, no llegando a relacionar la psicología con la estructura social, y la estructura social con su base económica. Con toda su penetración, Taine quedaba cautivo de insolubles contradicciones porque «tras haber dicho A, era incapaz de dar otro paso y decir B».[58] Las ideas de Plejánov sobre crítica literaria pueden definirse como síntesis de las concepciones críticas de Belinski y Taine con las ideas sociológicas de Marx.

Unos ejemplos nos servirán para ilustrar el método de Plejánov. En un estudio dedicado a la literatura dramática y la pintura francesas del siglo XVIII,[59] arrojó mucha luz sobre la sucesión de escuelas estableciendo su relación con la evolución de la sociedad durante ese período, determinando su equivalente sociológico. El clasicismo se había impuesto en la literatura y la pintura durante el reinado de Luis XIV, período en que la consolidación de la monarquía absoluta había traído consigo el nacimiento de una elegante vida cortesana. Nuevos cánones de gusto se imponían a medida que la aristocracia cortesana alcanzaba una particular prominencia y autoconciencia. Mirando con recelo la bufonería y simplicidad del teatro popular medieval, preferían un teatro en que apareciesen en escena personajes elevados, con un estilo sublime y dignificado. Dentro del drama, Corneille llegaba a la eminencia con tragedias en que describía a los grandes personajes del pasado en posturas edificantes para los presentes. En pintura, el árbitro del gusto, Le Brun, celebraba al más grande héroe de su tiempo en una serie de cuadros resplandecientes. El Rey Sol, desde ellos, nos mira ataviado a la manera clásica.

Después de haber ganado importancia en el siglo XVII, el clasicismo siguió de moda hasta la Revolución francesa. Pero —y ésta fue la principal cuestión que Plejánov intentó resolver— ¿cómo podía explicarse la persistencia de un estilo y un gusto conservadores en un medio revolucionario? Su respuesta es penetrante y sutil. Durante el reinado de Luis XV el clasicismo perdió su vitalidad y se hizo decadente, al igual que las fuerzas en el poder. El anterior refinamiento dio paso a la afectación, el respeto a las virtudes marciales, a la blandura y la voluptuosidad. Dicha transición quedó sorprendentemente refle-

58 *Ibid.*, XIV, pp. 34-36; XVIII, pp. 234-235.
59 *Ibid.*, XIV, pp. 95-119.

jada en el campo del arte por la transición de Le Brun a Boucher. Boucher, no menos celebrado que su predecesor, glorificó la belleza femenina más que los valores masculinos. En efecto, el sexo masculino está representado en sus cuadros principalmente por cupidos. La decadencia de los elementos en el poder, evidente sobre todo en el campo de la política, provocó la airada oposición de los portavoces de la burguesía en ascenso, en el terreno del arte así como a través de los escritos de varios publicistas. Una nueva escuela protestaba contra la «corrupción» y «depravación» de los nobles haraganes, celebrando las virtudes de la moral. Dramaturgos como Nivelle de La Chaussée y Beaumarchais, y pintores como Greuze, desplazaron la atención del pasado al presente contemporáneo y de los personajes olímpicos al corazón de la familia de clase media. El burgués, lejos ya de ser motivo de risa, como en Molière, era representado en nuevos géneros de drama (la «comedia sentimental») y pintura, como hombre digno de respeto y admiración, trabajador infatigable, honrado y encarnación de las virtudes domésticas.

Ofreciendo, como lo hacía, un halagador retrato de una clase en ascenso que pronto había de hacerse con el poder, la nueva tendencia era de esperar que triunfase sobre las formas y gustos clásicos del adversario. Sin embargo, después de un avance provisional, los defensores de la moralidad en el escenario o el caballete fueron barridos. Durante varias décadas antes de 1789, la burguesía abrazó el clasicismo de todo corazón. No obstante, este fenómeno, lejos de simbolizar la reconciliación con la aristocracia, expresaba la conversión del ambiente de oposición en ambiente revolucionario. La creciente insatisfacción y agresividad del Tercer Estado exigía otro modelo distinto al honesto burgués de la comedia sentimental, aun con todo lo admirable que pudiera ser a su modo. No podía seguir en escena porque estaba totalmente divorciado de la política. Además, era difícil imaginarlo comprometido en una acción heroica. Para encontrar modelos apropiados, los artistas simpatizantes con la insurrección en ciernes volvieron la vista al pasado; pero la nueva escuela infundió a las formas clásicas un contenido distinto. Con la resurrección del clasicismo, el interés pasó a centrarse en los héroes republicanos en lugar de las figuras reales, hombres que amaban la libertad y estaban dispuestos a cualquier sacrificio por el bien de la nación. Tales eran los nuevos modelos sometidos a la aprobación de la burguesía en la tragedia de Saurin, *Espartaco*, o en el notable retrato de Bruto debido a David. El clasicismo había caído en manos de los portavoces de la burguesía y había sido forzado a servir sus propósitos.

Después de la revolución, alterada drásticamente la situación social, el clasicismo perdió su interés para las nuevas clases dirigentes y pronto se eclipsó.

Aunque en este ensayo Plejánov analizaba la literatura y la pintura francesas principalmente desde un ángulo sociológico, sus escritos nos ofrecen abundantes ejemplos de crítica estética. Particularmente interesante es su análisis de la obra del «artista *naródnik* Naúmov.[60] Sobre todo, porque pone de relieve la actitud de Plejánov ante la expresión de ideas a través de la literatura u otras formas de arte. Por supuesto, la crítica marxista nada tenía que oponer a tal práctica; al contrario, una obra carente de ideas no podía ser elevada a la categoría de arte. Sin embargo, la idea expresada no debe «tener el sello de la vulgaridad»; debe ser traducida artísticamente.[61] En un juicio en líneas generales severo sobre Naúmov, la principal crítica de Plejánov hacía referencia al sacrificio por el autor de la presentación artística a propósitos propagandísticos. Era éste un pecado que Plejánov imputaba igualmente a muchos otros escritores, y es digno de subrayarse en particular que nunca se dejó influir por el contenido ideológico específico de una obra. Podía alabar las novelas de Toltstoi y criticar obras tales como *La madre*, de Gorki, al tiempo que reconocía al primer autor como portavoz de la nobleza y al segundo como supuesto poeta del proletariado revolucionario (*).

Sentía simpatía por los propósitos de Naúmov —desenmascarar la explotación del campesinado— pero criticaba la realización como irreal. Los personajes de Naúmov no eran seres vivos sino «abstracciones antropomórficas» a las que el autor dotaba de habla. Se manifestaban al lector no a través de sus respuestas ante las situaciones en que se encontraban, sino por medio de diálogos de tipo lamentablemente irreal. En ellos, un personaje hacía preguntas extremadamente ingenuas a otro para que este último pudiera exponer sus ideas con toda comodidad. Puede asistirse a una escena increíble en que un *kulak* explica cándidamente a su víctima por qué la explota. En lugar de hacer que un personaje utilice palabras que por sí mismas trasluzcan ironía, Naúmov dice al lector repetidas veces que habla «con

60 *Ibid.*, X, pp. 110-132. Los ensayos de Plejánov sobre otros «artistas *naródniks*» figuran en el mismo volumen.
61 *Ibid.*, XIV, p. 85.
* *Sochinéniia*, XXIV, p. 224; XIV, p. 192. De forma similar, opinaba que la obra del poeta ruso Nekrásov adolecía de defectos de ejecución artística, aunque admiraba sus sentimientos, como en sus días de estudiante; ver *ibid.*, X, pp. 377-95.

ironía». Evidentemente, Naúmov no alcanzaba el nivel de veracidad establecido por Plejánov. Todavía más importante, sin embargo, era que su obra en conjunto no concordaba con las exigencias básicas del arte. Plejánov podía haber dicho de Naúmov lo que más tarde escribió a propósito de Gorki como autor de *La madre:* Gorki tenía que entender «lo poco que el papel de propagandista, es decir, de una persona que principalmente habla el lenguaje de la lógica, se parece al del artista, es decir, una persona que principalmente se expresa a través del lenguaje de las imágenes» (*).

La crítica de Plejánov llamaba también implícitamente a capítulo a Naúmov sobre el tema de la relación forma-contenido, tema que trató explícitamente en otro momento. Contradiciendo una opinión muy extendida, sostuvo Plejánov que la literatura rusa del siglo XVIII estaba lejos de carecer de contenido. Pero, como por lo general en todas las literaturas de reciente revelación, el dominio de la forma no hacía honor al contenido. La sátira de Kantemir, por ejemplo, contenía no pocas ideas, pero la forma en que éstas se presentaban hacía la obra de Kantemir casi ilegible para el hombre contemporáneo.[62] Por otra parte, el crítico marxista hallaba el arte de su propio tiempo «empobrecido» precisamente por su escasez de contenido. La elusión de las ideas y la concentración en la forma, los «efectos», eran rasgos característicos de un arte en declive. Dichas características del arte contemporáneo —incluía no sólo al cubismo y el futurismo en su evaluación negativa, sino además al impresionismo—, en su opinión, eran concomitantes de la decadencia de la burguesía (**). La fuga al «arte por el arte» expresaba la tendencia de una clase, que antes había protegido las ideas, a escapar de una realidad antipática, ahora que la lucha de clases la amenazaba con la extinción.[63] En cuanto al impresionismo, Plejánov reconocía que había producido muchos paisajes notables, pero añadía, un tanto fuera de propósito, que los paisajes no lo eran todo en pintura. El tema de su sermón contra el impresionismo era la afirmación de uno de sus exponentes: «La luz es el protagonista de la pintura». Un pintor que concibiera de tal forma su arte estaba obligado a buscar el efecto, protestaba Plejánov, a comunicar una sensión pero no una emoción

* *Sochinéniia*, XIV, p. 192. Plejánov valoró obras posteriores de Gorki más positivamente; ver el artículo en *ibíd.*, XXIV, pp. 257-76.

62 *Ibíd.*, XXI, pp. 208-209.

** Definía al cubismo como «locura al cubo», es decir, elevada a la tercera potencia. *Sochinéniia*, XIV, p. 171.

63 Tal es el tema central de la última parte de *El arte y la vida social.*

o pensamiento. Por consiguiente, su obra necesariamente debía ser superficial, sin llegar a traspasar nunca la corteza exterior de los fenómenos para descubrir al hombre y los muchos aspectos de su experiencia.[64] Tal era el destino de la gran mayoría de artistas que se refugiaban en el culto *fin-de-siècle* a la moda del supersubjetivismo.

Posiblemente, la incursión más ambiciosa de Plejánov en el campo de la crítica sea su interesante estudio sobre Ibsen.[65] No se podrá encontrar en todas sus obras de crítica mejor muestra de su método. En opinión de Plejánov, el dramaturgo noruego «no tenía igual entre sus contemporáneos», y no obstante en sus obras se dejaría sentir una cierta presencia artificial y antiartística. Esta insuficiencia pudiera parecer sorprendente, pues sin duda Ibsen era hombre de ideas y escritor de gran talento. Plejánov se propuso resolver el enigma traduciendo las imágenes para descubrir las ideas que están detrás de ellas y sus defectos. Personajes como Brand, afirmaba, denunciaban la ardiente identificación del dramaturgo con la «revuelta del espíritu moderno». Más de cerca, sin embargo, los fines de la revuelta se demostraban tan nebulosos como para justificar el calificarla de revuelta sin causa. Para ser exactos, Ibsen no dejaba dudas acerca de su desprecio por los sofocantes formalismos irracionales, por la trivialidad y el oportunismo, por la insinceridad y la hipocresía. Pero, en opinión de Plejánov, sus positivos propósitos, traducidos en generalidades tan vagas como «libertad de espíritu» o «ser sincero consigo mismo», carecían casi de sentido. Calificaba a las obras de Ibsen como no totalmente artísticas porque la idea incorporada en muchas de ellas era abstracta en lugar de concreta; convertían a la moral en un fin en sí y no ofrecían al hombre nada más por lo que luchar. La deficiente concepción de los fines se reflejaba en unas imágenes artísticas difusas.

En la segunda parte del estudio, Plejánov se esforzaba por definir las raíces sociales de la difícil situación en que se hallaba Ibsen. Sometiendo a examen el entorno social en que creció el dramaturgo noruego, descubría en él la base de su revuelta. Educado en una Noruega provinciana, el joven vivaz e imaginativo se sintió ahogado y anulado por la vulgaridad y monotonía de una sociedad filistea que instintivamente desconfiaba de la originalidad. Había llegado a detestar la sociedad de que procedía, pero nunca había podido librarse de ella. Es más, había

64 *Sochinéniia*, XIV, pp. 168-170.

65 *Ibíd.*, pp. 193-237.

determinado el carácter de su revuelta. Según Plejánov, la característica social distintiva de la Noruega de Ibsen era su carácter esencialmente pequeñoburgués. Frente a la tiranía de una opinión pública conservadora y tradicionalista, Ibsen reivindicaba para el individuo insólito, no sólo el derecho a la existencia, sino una decidida superioridad sobre la masa abotargada. Pero esto era reducir el problema a límites muy estrechos, responder sólo a un aspecto limitado de la realidad social. Tal planteamiento no tenía en cuenta, en absoluto, las bases económicas de la sociedad y su estructura social, que resultaban ser los datos fundamentales.

En último extremo, Plejánov descubría en el medio social en torno a Ibsen unas circunstancias atenuantes que le libraban en gran parte de culpa. La mediocridad somnolienta, autosatisfecha, de su medio era explicable que hubiera provocado su disgusto. Pero esta sociedad, dado el estadio de desarrollo en que se hallaba, no ofrecía posibilidad de corrección a través de una reconstrucción básica y general. Como país pequeñoburgués en una primera fase de desarrollo capitalista, en Noruega prácticamente no había una clase proletaria durante el período de formación de Ibsen. A falta de una fuerza social progresista en escena, Ibsen no podía encontrar en la política solución para su país. En consecuencia, se rindió a la ética y se hizo un moralista. Su Dr. Stockmann no fulminaba indiscriminadamente al pueblo —mucho menos a un proletariado todavía inexistente— sino a la pequeña burguesía filistea que dominaba la vida de la sociedad. No obstante, ese mismo entorno pequeñoburgués impedía el avance de Ibsen desde la negación a la afirmación positiva y concreta de un ideal social. No podía ir más allá de la consagración de la libertad de espíritu y la pureza de intenciones. Tras haber interpretado «dialécticamente» la orientación moral-intelectual de Ibsen, Plejánov no pudo evitar añadir un *non sequitur*, que no por característico deja de ser ahistórico. La libertad espiritual y la pureza de intenciones cantadas por Ibsen, concedía, eran muy de desear. «Pero no hay en ello la menor huella política. *Y sin política no puede haber socialismo*».[66]

Prácticamente en todos los trabajos de Plejánov sobre arte pueden encontrarse observaciones profundas e inteligentes. Pero, a medida que se profundiza en sus trabajos en este campo, no es difícil que la satisfacción disminuya. Este hecho paradójico

66 *Ibid.*, p. 233.

es reflejo de la ambigua aproximación de Plejánov a los fenómenos artísticos. El análisis del arte desde un ángulo sociológico descubría muchas perspectivas sorprendentes y valiosas. Sin embargo, los márgenes de su enfoque sociológico eran demasiado estrechos. Tras haber rechazado explícitamente el «lecho de Procusto» de la estética idealista, Plejánov decidía aprisionar toda manifestación artística en el lecho de Procusto del proceso histórico marxista y las luchas de clase pertinentes a sus sucesivas fases de desarrollo. Aun en manos de un erudito de tanto talento como Plejánov, esta característica metodológica debía producir inevitablemente, a largo plazo, resultados tediosos. Además, tal estrechez imposibilitaba hacer justicia a toda la gama de las expresiones artísticas, como evidencian las dudosas observaciones de Plejánov sobre el impresionismo. Por otra parte, su método ofrecía una virtual autonomía al juicio estético, circunstancia que liberaba en mayor o menor medida al crítico al menos en una de las dimensiones de su labor. De tal libertad se valió con buenos resultados, debiendo sin duda su crítica gran parte de valor a su personal sensibilidad estética. Por principio, nunca consintió en subordinar la estética a la utilidad. Cuando se trataba de una realización artística, su crítica enjuiciaba con igual imparcialidad a amigos y enemigos políticos.

Este «objetivismo» del método de Plejánov, su *deliberada* negativa a subordinar la estética a la utilidad, motivó su final condena en la URSS. Con el inicio de la integración totalitaria a fines de la década de 1920, su método crítico, que hasta entonces había predominado, fue sometido a un duro ataque y «corregido».[67] La intención era suprimir un serio obstáculo a la dignificación como artista del panfletista, cuya auténtica naturaleza no podía ocultarla el hecho de endilgar sus argumentos lógicos «no en tratados y artículos, sino en novelas, relatos breves y obras de teatro».[68] Además, Plejánov se había pronunciado en términos que no dejaban lugar a dudas contra la conversión de la musa del artista en una «musa estatal». Cuando tal cosa ocurre, afirmaba, el arte muestra los signos más evidentes de declive y pierde gran parte de su verdad, fuerza y atractivo.[69] A pesar de todo, la denuncia de sus ideas estéticas prueba menos la completa objetividad del método de Plejánov que el

67 Para una breve referencia a esta «corrección», véase Rubin, «Plekhanov and Soviet Literary Criticism».
68 *Sochinéniia*, XIV, p. 137.
69 *Ibid.*, p. 136.

carácter incondicional de la exigencia soviética de subordinación del arte a la política.

Cabe añadir que Plejánov se engañaba no poco al imaginar que sus juicios estéticos eran objetivos y científicos. Multitud de ejemplos cabría citar en que, a pesar de todas sus afirmaciones en contra, sus juicios sobre obras específicas tendían a la condena más que a la explicación. Y lo que es mucho más importante, era incapaz de mantener sus juicios sociológicos y estéticos en compartimentos estancos. Constantemente se mezclaban unos y otros, con un resultado uniforme: la subordinación del juicio estético a la política. El arte debía ser veraz en su representación de la realidad: así rezaba uno de los puntos más importantes de su código estético. Pero el método crítico de Plejánov traslucía la convicción de que sólo el ángulo de vista marxista podía penetrar y entender la verdad social en todas sus facetas. En consecuencia, al margen del talento que pudiera tener un artista, su obra nunca podría dar por completo la talla según el patrón de Plejánov a no ser que mirara el mundo a través del cristal del marxismo. Una gran parte de su labor crítica —como muestra su análisis de Ibsen— estuvo dedicada a demostrar cómo el artista no llegó a una realización totalmente justa porque no entendió la gran «verdad» de su tiempo.

Estas observaciones son particularmente ciertas con referencia a sus juicios sobre arte contemporáneo, aproximándose mucho más de cerca sus trabajos sobre anteriores períodos a la objetividad científica que defendía. A decir verdad, rechazaba la acusación de creer que los artistas «debían» ser inspirados por el movimiento de emancipación de la clase obrera.[70] Pero, de hecho, admitía la verdad de la acusación al escribir: «Puede afirmarse con toda confianza que las virtudes de un auténtico artista hoy se verán realzadas si está imbuido de las grandes ideas emancipadoras de nuestro tiempo».[71] No pudo ocultar su desilusión ante la negativa de la aplastante mayoría de los artistas a tal identificación. No hay duda de que sus concepciones sociológicas influyeron decididamente en sus juicios estéticos. Pero si bien es cierto que los ensayos críticos de Plejánov en ciertos aspectos no llegaban a ser lo que él pretendía, no obstante tienen mucho que ofrecer tanto a los críticos marxistas como a los no marxistas.

70 *Ibid.*, p. 178.
71 *Ibid.*, p. 179.

16. DEL INTERNACIONALISMO AL NACIONALISMO

A principios del siglo XX, la tensión internacional se convirtió en una característica de la vida moderna que ha persistido casi sin interrupción hasta nuestros días. Mientras una crisis sucedía a otra en rápida sucesión, se inflamaban las pasiones nacionalistas, la carrera de armamentos ganaba en intensidad, y disminuían las posibilidades de maniobra diplomática. Caso de estallar una guerra, había motivos para temer que las ramificaciones del sistema de alianzas y las rivalidades imperialistas en gran escala harían que tuviera alcance mundial. Lo que era no menos alarmante, los recientes avances tecnológicos amenazaban con una destrucción de vidas y propiedades en proporción sin precedente. Con intención de evitar la catástrofe, la Internacional socialista había dedicado cada vez más atención, desde principios de siglo en adelante, en sus congresos, a las medidas políticas y planes antibelicistas. La organización socialista proponía oponer a la locura nacionalista que amenazaba sumergir el mundo en un abismo, la solidaridad internacional de la clase obrera.

Ya en 1900, el congreso de París de la Internacional pedía la movilización en una lucha común contra el militarismo y el colonialismo. Siete años más tarde, cuando la situación internacional parecía todavía más deteriorada, el congreso de Stuttgart tuvo como punto central de sus deliberaciones el problema de la paz y la guerra. El congreso de 1907 elaboró y aprobó una resolución sobre la prevención de la guerra que permaneció como punto de orientación básico hasta 1914. En los congresos posteriores al de Stuttgart se intentó, sin éxito, llegar a un acuerdo general sobre medidas específicas tales como una huelga general internacional, a ser tomadas en caso de crisis bélica. A pesar de tal fracaso, los miembros de la Internacional estaban convencidos que con sus trabajos, y en especial la resolución

de 1907, habían urdido un eficaz antídoto contra la guerra.[1] Con cierta falta de realismo, después de 1907, se inclinaban a considerar la prevención o localización de hostilidades como consecuencia de sus esfuerzos.[2] Esta ilusión quedó cruelmente deshecha en 1914, cuando la Internacional se mostró incapaz de frenar la carrera de Europa hacia la guerra. Durante la crisis provocada por el atentado de Sarajevo, las clases obreras formaron bajo las banderas de sus respectivos Estados «burgueses» y se dispusieron a combatir a sus hermanos proletarios de distinta nacionalidad. El estallido de la guerra mundial significó el toque de difuntos para la Internacional y sus nobles sueños.

Ningún líder de la Internacional se había entregado más fervientemente que Plejánov al ideal de la solidaridad proletaria internacional. Durante la guerra ruso-japonesa, de palabra y con hechos, ya había demostrado cuáles eran sus ideales. Su actitud derrotista ante el esfuerzo bélico de Rusia y su famoso gesto ante Katayama en el congreso de Amsterdam, en 1904, eran ejemplo de los principios del internacionalismo socialista defendidos por los sucesivos congresos. Sus puntos de vista no se habían alterado en vísperas de la guerra mundial, como lo demuestra la carta abierta que escribió en 1912 a un periódico socialista francés:

> Para nosotros, los intereses del proletariado son ley suprema, y la guerra es totalmente contraria a tales intereses. ... Sí, somos partidarios de la paz. ... Sabemos que no existe en el mundo más que una sola fuerza capaz de mantener la paz: la potencia del proletariado internacional organizado. Que denuncien todo lo que quieran la paradoja; pero, no obstante, es indudable que sólo la *guerra de clases* puede oponerse con éxito a la *guerra entre los pueblos.*[3]

Apenas dos años más tarde, el autor de estas líneas pronunciaba un vibrante discurso belicista ante un grupo de voluntarios rusos acerca de la necesidad de empuñar las armas en defensa de Francia contra Alemania.[4] Y a una asombrada visita anunciaba que de no ser por su avanzada edad, él en persona iría al frente en defensa de Rusia.[5]

En cierto sentido, Plejánov había previsto y advertido confusamente contra el desastre que aplastó a la Internacional

1 Cole, III, p. 69. He encontrado las primeras cien páginas de este volumen muy útiles para la composición de esta sección.
2 Fainsod, p. 19.
3 *Le Socialisme*, núm. 2, 1912.
4 Vaganián, *Plejánov*, p. 664.
5 Balabánov, p. 120.

en 1914, aunque jamás hubiera podido soñar que saldría en defensa de la Rusia zarista. Junto con unos pocos más, había pedido repetidas veces la expulsión de los revisionistas de la organización internacional, por no compartir la ideología marxista en que pretendidamente se basaba. Sus peticiones fueron desatendidas por una organización que prefería la unidad a la ortodoxia, la extensión a la disciplina rigurosa. En esto, la Internacional era reflejo del comportamiento de la mayoría de los partidos constituyentes. A imitación del Partido Socialdemócrata Alemán, su sección más fuerte, la Internacional condenó el revisionismo, pero se negó a expulsar a sus abogados, sucumbiendo finalmente ante él.

Aunque quizá sus defensores lo hubieran negado, innegablemente las líneas generales del revisionismo iban en sentido contrario al internacionalismo. En opinión de los revisionistas, el Estado burgués, gracias a un proceso evolutivo de desarrollo, se iba transformando gradualmente en un Estado socialista. En consecuencia, difícilmente podía condenarse al Estado como simple instrumento de la clase dirigente para la protección y conservación de su *status.* En parte ya Estado obrero, debido a las reformas hechas en su favor, estaba destinado, llegado el momento, a servir por completo los intereses populares. La clase obrera no podía asistir indiferente a la destrucción por conquista extranjera de una institución en que estaban depositadas todas sus esperanzas de completa emancipación. En otras palabras, el revisionismo tendía a alentar el nacionalismo, a pesar de las protestas internacionalistas de sus exponentes.[6] Pero, por otra parte, caso de haber prestado atención a las recomendaciones de Plejánov, caso de que la Internacional se hubiera decidido a expulsar a los revisionistas, quizá lo único que se hubiera conseguido es su disolución antes de 1914. La reforma social, el revisionismo y el nacionalismo no eran más que distintas facetas de un sólo proceso social. No se podía excluir a los revisionistas sin excluir al propio tiempo a una parte sustancial de la clase obrera, grupo en cuyo nombre hablaba la organización.

Por otra parte, no hay que olvidar la resolución enormemente militante del congreso de Stuttgart sobre formas y medios de evitar la guerra, que fue aprobada por votación unánime del congreso. El tono agresivo de la resolución (basada en una pro-

6 Weinstein, en su *Jean Jaurès: A Study of Patriotism in the French Socialist Movement*, muestra la forma en que el socialismo francés estaba influido en la dirección señalada.

puesta de Bebel) se deja sentir sobre todo en los últimos párrafos, que constituían una enmienda propuesta por Rosa Luxemburgo, Lenin y Mártov:

Si amenazara el estallido de una guerra, es deber de la clase obrera y de sus representantes en los parlamentos de las naciones implicadas, auxiliados por la actividad protectora del Buró de la Internacional, hacer todos los esfuerzos posibles para evitar el inicio de las hostilidades con los medios que consideren más efectivos, que naturalmente variarán de acuerdo con el nivel alcanzado por la lucha de clases y la situación política general.

Si, no obstante, estallara la guerra, es su deber intervenir en favor de su más pronta terminación y hacer todo lo que esté en su poder para utilizar la crisis económica y política causada por la guerra para levantar a los pueblos y de este modo acelerar la abolición del dominio de la clase capitalista.[7]

Que estas directrices, preparadas por representantes del ala izquierda, fueran aprobadas unánimemente, parecía probar la eficacia de la Internacional como agente antibelicista. Plejánov fue uno de los que expresaron su profunda satisfacción ante una fórmula que, en palabras suyas, parecía cubrir todas las contingencias.[8]

Sin embargo, la resolución obtuvo un voto unánime en gran parte por ser un cajón de sastre. Los delegados se quedaron muy satisfechos con lo que habían tramado; pero el tiempo se encargaría de demostrar que, al intentar satisfacer a todas las facciones, habían preparado una panacea contradictoria e ineficaz. Para empezar, la resolución preparada por Bebel denunciaba las rivalidades entre Estados capitalistas como causa de las guerras. Este planteamiento indicaba claramente la necesidad de una condena categórica de todos los conflictos armados. Pero la resolución no llegaba a este extremo por deferencia hacia aquellos elementos importantes que estaban convencidos de que era preciso distinguir entre guerras de agresión y de defensa.[9] En el congreso de Copenhague de 1910, estas fuerzas consiguieron el reconocimiento oficial del derecho a la defensa nacional contra ataques extranjeros.[10] Cómo identificar inequívocamente al agresor y cómo conciliar la defensa nacional con el internacionalismo proletario eran cuestiones que quedaban sin res-

7 Puede encontrarse el texto íntegro de la resolución en Gankin y Fisher, páginas 57-59.
8 *Sochinéniia*, XVI, pp. 363-364.
9 Cole, pp. 65, 66.
10 Gankin y Fisher, p. 73.

puesta. Esta importante matización de la línea general constituyó una caja de Pandora, de la que brotarían incalculables daños en 1914.

Es más, la línea política militante y clara de los últimos párrafos de la resolución quedaba privada de gran parte de su fuerza por la precedente afirmación de que las medidas a tomar necesariamente debían variar en atención al momento y circunstancias de los distintos partidos.[11] La enmienda de los socialdemócratas rusos fácilmente podía entenderse que incluía la posibilidad de recurrir a la insurrección, y Plejánov fue uno de los que la aprobaron en tal sentido.[12] Pero no así los socialdemócratas alemanes, que retrocedieron ante iniciativas mucho menos agresivas aún. En el congreso de 1910 rechazaron una propuesta en favor de una huelga general internacional como medio de evitar o detener la guerra.[13] Alegando que la aprobación de tal propuesta podría motivar la persecución de su partido por el Estado alemán, descubrían una mentalidad defensista difícilmente compatible con los términos orgullosos de la resolución. No estaba claro entonces, pero parece que los alemanes se hubieran opuesto terminantemente a la huelga general por principio, y no sólo por las razones aducidas. Plejánov, sin embargo, defendió la postura de los alemanes, al tiempo que criticaba a británicos y franceses, partidos que habían propuesto el esquema de huelga general. Considerando que los alemanes eran más dignos de confianza que los otros, no veía necesidad de describir en detalle qué acciones habría que emprender en caso de guerra. «Se puede afirmar sin temor a equivocarse», escribió, «que sería precisamente el consciente proletariado alemán quien mejor sabría cómo utilizar en beneficio de la revolución la situación que crearía en Europa una guerra, digamos, entre Alemania e Inglaterra.[14] Su implícita confianza en los dirigentes de la socialdemocracia alemana le hacía extrañamente insensible a la urgente necesidad de acuerdo sobre acciones comunes si se quería que fueran eficaces, y despreció alegremente el valor disuasivo de una amenaza específica y concreta a los gobiernos dispuestos a una política exterior temeraria.

Sin haber llegado a un acuerdo sobre la insurrección o la huelga general, la Internacional se encontraba con unos medios relativamente ineficaces para dar cumplimiento a su política

11 *Ibíd.*, p. 58.
12 *Sochinéniia*, XVI, pp. 363-364.
13 Cole, pp. 83-84.
14 *Sochinéniia*, XVI, p. 363.

antibelicista. Sólo podía contar con manifestaciones masivas de obreros, con los votos de sus representantes parlamentarios contra los créditos de guerra, y la coordinación de las actividades de los distintos partidos a través de su Buró. Y si bien tales posibilidades no dejaban de tener una cierta trascendencia, todavía estaban muy lejos de constituir una panoplia de armas capaz de convertir la solidaridad proletaria internacional en una barrera efectiva contra la guerra. E incluso los limitados medios previstos podían llegar a no ser utilizados totalmente, dado el carácter constitutivo de la Internacional. Puesto que era una asociación libre de partidos nacionales autónomos, sus decisiones no podían ser obligatorias para sus elementos constituyentes. Quizá los vínculos morales entre los dirigentes de las secciones nacionales, basados en unos ideales comunes y unas relaciones personales de amistad, parecieran la más firme garantía contra una guerra entre camaradas. Pero, en la aguda crisis de 1914, las presiones nacionalistas hicieron saltar todos los vínculos que unían a los partidos socialistas. Sus posiciones antibelicistas cuidadosamente erigidas, se desmoronaron casi a un tiempo, y de buena gana emprendieron el camino de las hostilidades.

En la primavera de 1914, la mujer de Plejánov estaba estudiando la ampliación del sanatorio que había establecido en San Remo. Plejánov, aunque sumergido en la preparación de su gran obra histórica, todavía era sensible al clima político; aconsejó a Rosaliia que pospusiera sus planes, pues tenía la premonición de que iba a declararse la guerra. [15] El asesinato del archiduque Fernando de Habsburgo confirmó sus temores. Un mes después, tras la declaración de guerra por parte de Austria, salía a toda velocidad de París, donde estaba reuniendo material para su libro, en dirección a Bruselas para asistir a una reunión extraordinaria convocada por el Buró de la Internacional. Debió sentirse indignado y alentado sucesivamente, según iban exponiendo los distintos dirigentes la postura que adoptarían sus respectivos partidos. Particularmente, Viktor Adler fue quien más tuvo que atraer su desprecio al capitular, en apariencia sin la menor resistencia, ante la fiebre nacionalista que había arrastrado a Austria a la guerra. En Austria, la guerra con Servia era popular, observaba Adler, y sería difícil para los socialistas del

15 Prefacio de Kaménskaia a la obra de Plejánov, *Anarquismo y socialismo*, p. xxxi. También R. M. Plejánova, «Italia i Gorki».

país tomar cualquier medida contra ella. [16] Por lo que respecta a los austríacos, todas las pasadas afirmaciones en favor de la solidaridad proletaria internacional parecían haber perdido todo valor.

Otros dirigentes, en especial Hugo Haase, presidente del partido alemán, hicieron informes de tipo más alentador. En una reunión de masas en Bruselas, convocada por la organización belga, Haase pronunció un discurso acorde con los párrafos más agresivos de la resolución de Stuttgart. «Sólo Austria es responsable de la guerra», dijo, «Evidentemente Austria cuenta con Alemania, pero los socialistas alemanes declaran que los tratados secretos no comprometen al proletariado alemán. El proletariado alemán declara que Alemania no debe intervenir ni aun cuando intervenga Rusia». Afirmando que el proletariado francés pensaba de forma similar, prosiguió: «Que nuestros enemigos se destruyan entre sí. Quizá las clases humildes, al sufrir la necesidad y la explotación, despierten al fin, y establezcan una sociedad socialista». [17] La confianza puesta por Plejánov en los alemanes, al parecer, no era equivocada.

Jean Jaurès pronunció a continuación otro discurso igualmente satisfactorio desde el punto de vista del internacionalismo. Dos semanas antes, durante un congreso extraordinario del partido socialista francés, había pedido una huelga general internacional para evitar la propagación de la guerra. En Bruselas, respondió calurosamente a las afirmaciones de Haase, e hizo promesas similares en nombre de los obreros franceses. El compromiso asumido por los socialistas alemanes, se suponía, tendría como efecto forzar al gobierno alemán a ejercer una influencia moderadora sobre la política austríaca. Jaurès prometió ejercer presión sobre el gobierno francés para forzar una similar moderación por parte de Rusia. Pero, anunció, «si Rusia no se diera por aludida, es nuestro deber decir: 'No reconocemos más que un tratado: el tratado que nos une con la raza humana'». [18] Estas declaraciones eran realmente alentadoras para quienes, como Plejánov, tenían sus esperanzas puestas en la actividad del movimiento socialista internacional. Si, gracias a la acción de Alemania y Francia, se podía moderar la política austríaca y rusa, la guerra quizá podría localizarse e incluso llegar a su pronta liquidación.

16 Cole, p. 92.
17 Vaganián, *Plejánov*, pp. 658-659.
18 Fainsod, p. 23.

Al día siguiente de haber terminado el Buró su reunión, Jaurès era asesinado en París. Fue un severo golpe para la Internacional y para los esfuerzos en favor de la paz. Plejánov tuvo noticia de la tragedia en Londres, donde había ido con su mujer después de la reunión de Bruselas. Rosaliia relataría posteriormente que cuando Plejánov leyó la noticia se puso «pálido como un muerto». «Me pareció», escribió, «que iba a perder el conocimiento. '¿Qué te pasa?' Le pregunté. '¿Por qué te ha impresionado tanto la noticia?' 'No puedes imaginarte la clase de guerra que va a ser ésta', replicó, 'va a ser una matanza de pueblos y su crueldad va a sobrepasar todo lo que la humanidad ha sufrido hasta ahora'».[19] Tristemente, la pareja emprendió inmediato viaje a París, la ciudad de la luz, que ahora parecía oscura y lóbrega. Y, sin embargo, la causa de la paz todavía no parecía perdida. Las palabras pronunciadas en el funeral de Jaurès por Hermann Müller, representante del partido socialdemócrata alemán, reafirmaban la postura internacionalista de Haase en Bruselas. Y con la muerte de Jaurès, la dirección del partido francés pasaba a manos de Edouard Vaillant y Jules Guesde, que eran un marxista ortodoxo y un viejo amigo por quien, de hecho, Plejánov sentía más aprecio que por Jaurès.

Pocos serían, hoy, los que coincidieran con Plejánov en la estima que sentía por los dos personajes, pero lo cierto es que poco importaba quién estuviera al timón del socialismo francés. Jaurès no hubiera podido hacer más que Guesde para detener el curso de los acontecimientos, pues éste se decidía en San Petersburgo y Berlín, y no en París. Cuando Rusia ordenó la movilización como advertencia a Austria de que no toleraría la aniquilación de Servia, Alemania respondió declarando la guerra a Rusia, e inmediatamente después a Francia. Jaurès había considerado obligación del partido colaborar en la defensa de la nación contra una agresión. Renunciando al internacionalismo, Guesde adoptó esta línea y anunció que los socialistas franceses estaban dispuestos a votar los créditos de guerra. El ultimátum de Alemania a Bélgica, pidiendo libertad de tránsito para sus tropas, despejó cualquier duda que todavía pudieran abrigar los socialistas franceses. Mientras, la resistencia de los socialdemócratas alemanes estaba sucumbiendo. Respetuosamente acataron la orden del gobierno imperial de abstenerse de nuevas manifestaciones, y el día del ultimátum a Bélgica el partido depositó sus votos en el Reichstag en favor de los créditos de guerra.

19 R. M. Plejánova, «Italia i Gorki», p. 16.

Con todo lo inesperada que era la conducta del partido alemán, tuvo su paralelo en el comportamiento de Plejánov al estallar la guerra y después. Quizá su postura estuviera en parte determinada por las circunstancias en que se encontraba al inicio de la guerra. La crisis le sorprendió en la capital del país cuya revolución reverenciaba y cuya cultura amaba. Quizá se dejó dominar por el pánico que se apoderó de París ante la declaración de guerra de Alemania, y fácilmente cayó presa del espíritu de patriotismo que dominaba no sólo a la población en general, sino además a Guesde y su círculo.[20] Estos últimos —y Plejánov era un amigo íntimo de muchos de ellos— estaban convencidos de la necesidad de defender a Francia, no sólo porque era su país natal, sino porque su destino se entrelazaba con la causa del progreso de la humanidad. La patria de la Gran Revolución, el país que estaba más cerca del socialismo, debía ser defendida a toda costa contra los desmanes del imperialismo alemán.

Plejánov se convirtió en ardiente defensor de la lucha de los aliados contra las potencias centrales. Aprobó el voto de los socialistas franceses en favor de los créditos de guerra. Y él, que había denunciado una década antes a uno de sus dirigentes, Auguste Millerand, por aceptar una cartera en un gobierno burgués, daba ahora sus bendiciones a Guesde por hacer lo mismo. El, que durante casi cuarenta años había incitado al pueblo ruso a derrocar el gobierno zarista, ahora le suplicaba que lo defendiera. Sus esfuerzos por reunir voluntarios rusos que se alistaran en el ejército francés parecían representar una completa ruptura con sus principios. No es de sorprender que su conducta causara primero incredulidad y luego consternación, entre sus seguidores y antiguos simpatizantes, la mayoría de los cuales había adoptado una postura antibelicista.

Al volver a Suiza inmediatamente después de haber entrado Francia en guerra, Plejánov hubo de hacer frente a las que iban a ser las dos tendencias socialistas más importantes en torno al conflicto, aparte de su propio «defensismo». Llamó a Ginebra a Angélica Balabánov, uno de sus discípulos más fieles que ahora ocupaba un puesto importante en el partido socialista italiano, y para asombro de ella —pues daba por supuesto que la respuesta estaba implícita en los principios del marxismo— le preguntó cuál sería su actitud y la de su partido ante la guerra. Ella replicó: «Haremos todo lo que esté en nuestras

20 Vaganián subraya este factor en su interpretación de la postura de Plejánov ante la guerra; Plejánov, p. 664.

manos para evitar que Italia entre en guerra y para poner fin a la guerra lo antes posible. Por mi parte, por supuesto, haré todo lo que esté en mi poder para ayudar al partido». Los ojos de Plejánov relampagueaban iracundos cuando le respondió: «¡De modo que pretendes evitar que Italia entre en guerra! ¿Y Bélgica? ¿Dónde está tu amor por Rusia?» Ante este arranque inesperado, respondió ella:

> ¿Qué quiere decir «mi amor por Rusia»? ¿Deberé cambiar de actitud ante la guerra porque Rusia esté involucrada? ¿Los otros gobiernos imperialistas no obrarían como lo ha hecho Alemania con Bélgica, si ello fuera necesario para sus objetivos? ¿No ha sido usted mismo quien me ha enseñado cuáles son las causas reales de la guerra? ¿No fue usted mismo quien nos advirtió que se estaba preparando esta matanza y que debíamos oponernos a ella?[21]

«Por lo que a mí respecta», dijo Plejánov, «si no estuviera viejo y enfermo, me alistaría en el ejército. Pasar a la bayoneta a tus camaradas alemanes me causaría un enorme placer».

En esta discusión, Balabánov defendía la postura internacionalista característica, entre los socialistas europeos, de los centristas. Ellos condenaban la guerra, aprobaban la neutralidad y luchaban por poner fin a las hostilidades. Plejánov demostró menos paciencia con esta postura que con la extrema izquierda, a la que inmediatamente habría de hacer frente.

En octubre, Plejánov se desplazó a Lausanne para hablar ante una reunión de socialdemócratas rusos, entre los que se contaba Lenin. El cabeza visible de los bolcheviques ya había tenido alguna noticia de la actitud adoptada por su antiguo mentor, pero se había negado a dar crédito a la historia. Para él era «sencillamente imposible» creer que Plejánov, intransigente marxista, se hubiera hecho defensista (*). Sin embargo, al oír el discurso de Plejánov, Lenin tuvo que admitir que lo imposible se había producido. No tenía la menor intención de permitir que las afirmaciones de Plejánov quedaran sin respuesta. Adelantándose hasta el estrado de los oradores, empezó alabando a Plejánov por su análisis y condena del comportamiento del partido socialdemócrata alemán. Pero, haciéndose eco del discurso fúnebre de Müller y de la declaración de Balabánov, insistió en que ninguno de los beligerantes era inocente. Los congresos de la Internacional habían identificado justamente al

21 Balabánov, p. 120.

* Lenin, en ocasiones, atribuyó a la educación militar recibida por Plejánov su postura belicista. Krúpskaia, *Memories of Lenin*, II, p. 144.

capitalismo como fuente del conflicto internacional y habían indicado sin equivocarse cuál era el camino que debían seguir los socialistas. Los partidos socialistas —francés, inglés y belga, y también el alemán— habían abdicado de su responsabilidad, sucumbiendo a la fiebre chauvinista. Hasta aquí, su postura no se distinguía apenas de la de los centristas. Pero, a continuación, exponiendo lo que iba a convertirse en lema del ala izquierda, declaró que era esencial transformar la guerra internacional que acababa de iniciarse en una lucha del proletariado por desplazar a las clases dirigentes.[22]

Frente a estas afirmaciones, Plejánov desarrolló las propias en un largo panfleto titulado *O voiné* (Sobre la guerra). Ni por un momento concedía que su postura significara un alejamiento efectivo del internacionalismo y la ortodoxia marxista. Cambios que otros podrían calificar como importantes alteraciones en su postura establecida, él los consideraba simples modificaciones tácticas exigidas por una drástica alteración de las circunstancias. ¿No estaban obligados los exponentes del método dialéctico a ajustar su táctica a las cambiantes circunstancias, si pretendían realizar sus propósitos, que seguían siendo los mismos?

Admitía, aunque con menos vehemencia que antes, que la guerra en la época contemporánea derivaba del capitalismo, y que todos los Estados defendían una política imperialista.[23] Pero, desde su punto de vista, esta admisión no significaba en modo alguno la condena de la guerra, cuestión que consideraba muy importante. Aquellos socialistas que consideraban responsables de la guerra a todas las potencias, sencillamente no concedían la menor importancia a los hechos. ¿No había que culpar al gobierno alemán del deterioro de la situación internacional en los años anteriores al estallido de la guerra? ¿No había respaldado Alemania el ultimátum de Austria a Servia? ¿Y qué potencia aliada había cometido acto tan reprensible como la violación de la neutralidad de Bélgica?[24] Plejánov no tenía la menor duda de la responsabilidad de las potencias centrales, y en especial Alemania, por la guerra. Alemania, al demostrarse más dispuesta a valerse de la fuerza, se había convertido en agresor. Que los socialistas no quisieran distin-

22 *Ibid.*, pp. 144-146. Una versión un tanto diferente de esta reunión es ofrecida en Aptekman, *J. V. Plejánov*, pp. 89-90.

23 Plejánov, *O voiné* (Sobre la guerra), p. 66.

24 *Ibid.*, pp. 8, 10.

guir entre atacante y defensor, afirmaba, era incurrir en una falta lamentable de sentido moral.

Por supuesto, ni Plejánov ni ningún otro dentro del movimiento socialista internacional disponía de todos los datos para hacer un juicio. No obstante, está claro que la atribución de responsabilidades hecha por Plejánov era discriminatoria en perjuicio de las potencias centrales, al tiempo que cerraba los ojos a la complicidad de las potencias aliadas. Justificaba las intrigas de los nacionalistas servios en Bosnia, alegando el derecho a la unión de los pueblos con una nacionalidad común; en cuanto a Austria, había utilizado el asesinato del archiduque como pretexto para realizar su propósito de apoderarse de Servia.[25] Esto, no hay duda, era cierto, pero Plejánov olvidaba la relación existente entre las intrigas en Servia y la determinación del régimen de los Habsburgos de destruir a su vecino. Tras condenar a Austria y a su aliado, Alemania, por haber respaldado el ultimátum a Servia, a continuación, increíblemente, racionalizaba y justificaba la conducta de Rusia. Con argumentos más propios de un estadista gubernamental que de un socialista revolucionario, afirmaba que Rusia no tenía otra alternativa que venir en auxilio de Servia si «no quería perder toda influencia en los Balcanes».[26] Con ello justificaba implícitamente la movilización decretada en Rusia, y, sin embargo, denunciaba la declaración de guerra por parte de Alemania, inmediata respuesta a aquélla.

Según la versión de Plejánov, el partido socialdemócrata alemán compartía con el gobierno de Alemania el papel de villano. La intensa desilusión de Plejánov con el partido que más había respetado se deja sentir en todo lo que escribió durante la guerra. No encontraba palabras suficientemente insultantes para comunicar su desprecio en toda su magnitud. Los alemanes habían traicionado su confianza en que se podría contar con que harían lo más correcto en caso de crisis. Su incapacidad para resistir a la política de «sangre y fuego» demostraba la falacia de sus anteriores protestas contra un compromiso público en favor de la táctica de huelga general. Habían traicionado sus promesas a la Internacional y las solemnes palabras de Haase y Müller pronunciadas escasos días antes de que Alemania declarara la guerra. «Esquiroles en gran escala», habían destruido la solidaridad proletaria internacional, la mejor arma frente a un conflicto generalizado. Plejánov con-

25 *Ibid.*, p. 62.
26 *Ibid.*, p. 8.

fesaba que en un primer momento había sido incapaz de dar crédito a las informaciones aparecidas en la prensa «burguesa» sobre el voto favorable dado por los socialdemócratas a los créditos de guerra en el Reichstag.[27]

Calificaba su justificación —el derecho de Alemania a la autodefensa— de espúrea, no viendo parecido alguno entre la postura de Alemania frente a Rusia, y la postura de Francia frente a Alemania. Junto a los socialistas franceses, atribuía al gobierno francés el crédito de la buena fe, aceptaba sin crítica las noticias oficiales y padecía la fiebre patriótica de la defensa nacional. Y no hacía concesiones a los socialistas alemanes, que estaban pasando por circunstancias muy parecidas. Por supuesto, reconocía que el país estaba barrido por una fuerte ola chauvinista, pero el deber de los auténticos socialistas consistía en ofrecer dirección para resistir a ella, y no en capitular. En lugar de atender a sus responsabilidades, los socialdemócratas alemanes habían llegado a una impía alianza con el rapaz imperialismo alemán. Triunfaba el oportunismo, puesto que el partido seguía la monstruosa política de buscar beneficios para la clase obrera alemana a expensas de los pueblos que cayerán bajo el dominio alemán (*). Aceptando la colaboración de clases y apoyando el engrandecimiento nacional, los socialistas alemanes habían abandonado ignominiosamente sus principios en aras a unos beneficios materiales. Tal agresión de las potencias centrales, sostenía Plejánov, dictaba la necesidad de la defensa nacional a sus víctimas. Evidentemente, consideraba que la ruptura del frente unido proletario y la colaboración del partido alemán con el militarismo imperialista, habían hecho inaplicables los párrafos finales, internacionalistas, de la resolución de Stuttgart. En su lugar, pedía que la Internacional legitimara el apoyo socialista a una guerra de defensa nacional (**). Sobre esta base, aplaudió el voto favorable dado por

27 *Ibid.*, pp. 9-10.

* *O voiné*, p. 73. La hostilidad de Plejánov hacia el partido alemán se debía en cierta parte a una entrevista exasperante que tuvo poco después de iniciada la guerra con Max Quarck, diputado socialdemócrata en el Reichstag. Quarck identificaba una victoria alemana con la causa del progreso del socialismo, y se quejó de la mala acogida que los belgas habían reservado a las tropas alemanas (Louis Dumur, «Socialistes Allemands», *La Guerre mondiele*, Ginebra, 12 de diciembre de 1914). Según una hija de Pléjanov, la respuesta de su padre fue: «¿Esperaba usted que los recibieran con cerveza y galletas?».

** Cabe recordar aquí la afirmación hecha en su *Historia del pensamiento social ruso*, de que clases antagónicas podían llegar a una «cooperación más o menos amistosa en caso de defensa del país contra ataques del exterior».

los socialistas, en los parlamentos de los Estados aliados, a los créditos de guerra, e incluso la entrada de socialistas en gobiernos de unidad nacional.

Pero hubiera dejado de ser él mismo si sólo hubiera basado su argumentación en el derecho de defensa nacional; como podía esperarse, no dejó de establecer una relación entre la defensa y los valores y fines del socialismo. La victoria militar de Alemania, afirmaba, sería desastrosa para el socialismo tanto en los países triunfantes como en los derrotados. En los primeros, quedaría reforzada el ala derecha del partido socialdemócrata, que había perdido su derecho a reclamar un lugar en la comunidad de las organizaciones auténticamente socialistas. Los países que quedasen sometidos al imperialismo alemán verían, por lo menos, frenado su desarrollo económico, si no eran privados de su independencia nacional. En ambos casos, quedarían muy mermadas las posibilidades del socialismo. Por el contrario, una derrota decisiva del imperialismo alemán pondría el control del partido en manos de su ala izquierda, más digna de confianza y respeto. En cuanto a los restantes países, evidentemente su marcha hacia el socialismo sería mucho más sencilla si podían evitar la carga de unas exacciones onerosas o, todavía peor, caer bajo dominio extranjero.

Especial interés tiene, por supuesto, el análisis que hacía Plejánov de la postura de Rusia. Según Vaganián, Plejánov, en un primer momento, aprobó el voto de los socialdemócratas en la Duma contra los créditos de guerra.[28] Los compromisos adquiridos a lo largo de toda su vida, sin duda, le impedían invocar su postura defensista en relación a Rusia, al principio. Pero no tardaría mucho en corregir esta contradicción. Es muy probable que razonara que si Francia estaba empeñada en una guerra justa, en ese caso la Rusia zarista, su aliado, necesariamente debía estar también del lado de los ángeles. No obstante, fue éste un silogismo que nunca se atrevió a hacer públicamente. En lugar de ello, adoptó la línea de afirmar que también Rusia estaba comprometida en una guerra defensiva. Una victoria alemana, afirmaba, significaría un gravísimo contratiempo para el movimiento progresista en Rusia. El imperialismo alemán se proponía explotar a las naciones que pudiera conquistar, y sin duda su desarrollo económico quedaría paralizado, con la consiguiente detención del progreso social y político.[29]

28 Vaganián, *Plejánov*, p. 669.
29 *O voiné*, pp. 29-31.

Quienes consideraban que una derrota de Rusia sólo significaría un desastre para sus clases dirigentes, subrayaba, se equivocaban lamentablemente. Las clases trabajadoras, al luchar contra Alemania, defendían realmente sus propios intereses. Pues, decía, «Rusia pertenece a sus clases trabajadoras. Quien respete los intereses de sus pobladores no puede asistir indiferente al destino de Rusia».[30] Admitía la posibilidad de que una victoria rusa pudiera fortalecer la situación de la reacción en Rusia, pero estaba seguro de que ello sólo sería así temporalmente; en cualquier caso, las pérdidas que sufrirían las fuerzas progresistas serían mucho menores que en caso de una victoria alemana. Que los trabajadores rusos negasen su contribución al esfuerzo de guerra equivaldría a colaborar con las clases dirigentes de las potencias invasoras, lo que tendría consecuencias mucho peores.

Plejánov consideraba absurda la postura de los que veían en una derrota rusa la oportunidad para un avance de la causa revolucionaria. Curiosamente, sugería que una derrota alemana inclinaría la balanza política, en Alemania, en favor de la izquierda, mientras que una derrota rusa tendría, en Rusia, el efecto contrario. Quizá considerase este asunto desde tal perspectiva porque, al conocer de sobra los esquemas anexionistas de los militares alemanes, evidentemente consideraba sinceras las afirmaciones puramente defensivas de las potencias aliadas. Sobre tal base, podía suponer que una derrota de Alemania tendría consecuencias distintas a las reservadas a Rusia en caso de sucumbir ante las fuerzas del Káiser. No veía posibilidad de una revolución en Rusia, porque, como afirmaba un tanto prematuramente, el pueblo ruso respaldaba de forma unánime al gobierno en su decisión de rechazar al invasor.[31] Ni cuando al progresar la guerra aumentó la oposición popular en Rusia, se inclinó Plejánov a una política revolucionaria. Al contrario, trató de reducir la marea revolucionaria y de reanimar las voluntades para una efectiva defensa nacional.

El veterano revolucionario temía el estallido de una revolución que podía desbaratar la vida de la nación y entorpecer sus esfuerzos bélicos (*). Es probable que se opusiera a una

30 *Ibid.*, p. 71.
31 *Ibid.*, pp. 71-72.
* Tal opinión la admite incluso Kaménskaia, cuyo esquema biográfico de Plejánov fue escrito bajo la dirección de su mujer, Rosaliia. *Anarchisme et socialisme*, p. xxxiii.

política revolucionaria porque también tenía pocos motivos para predecir una revolución acorde con sus predicciones. Los partidos burgueses, los más ardientes defensores de la guerra, habían perdido cualquier inclinación revolucionaria que en algún momento hubieran podido abrigar. Y él no concebía una revolución en que no estuvieran comprometidos tanto la burguesía como el proletariado. Por otra parte, eran los bolcheviques quienes alentaban el derrotismo, y Lenin podría explotar el descontento popular para sus fines reprobables. Una vez más, como en 1905, el espectro de un intento prematuro de toma del poder perseguía a Plejánov. Intento semejante, repetía sin descanso, sería lo peor que podría producirse para los intereses de la clase obrera.

Admitía tres posibles alternativas: una victoria de Alemania, con la correspondiente esclavitud económica para Rusia; una victoria rusa, con la posible consecuencia de una renovada reacción, y la derrota de Rusia, seguida de la toma del poder por los bolcheviques. En *O voiné* no llegó, de hecho, a exponer el resultado de sus reflexiones, pero venían a ser las siguientes: tanto en caso de victoria como derrota, era más que probable que el progreso de Rusia sufriera un retroceso. Defensista ante la guerra, Plejánov se había convertido en un derrotista respecto a la revolución. Entre la segunda y la tercera alternativa, consideraba preferible la segunda, pues una victoria del gobierno permitiría, en cualquier caso, el desarrollo evolutivo de la economía rusa que era esencial para el cumplimiento de su esquema revolucionario.

Llegado el momento, Plejánov sintió lo inaceptable que era desde el punto de vista político la serie de alternativas tan poco prometedoras que había dibujado. En septiembre de 1915 intentó establecer una relación más alentadora entre la defensa nacional y el futuro político de Rusia. Sensible a la creciente impotencia del gobierno, no obstante, siguió urgiendo la continuación del apoyo popular al esfuerzo bélico, augurando la transferencia del poder, de algún modo inconcreto, del zarismo al pueblo. Según escribió: «La liberación de Rusia de su enemigo interno (el viejo régimen y sus defensores), lograda en el proceso de defensa contra el invasor extranjero —tal es el gran objetivo al que debe subordinarse toda consideración particular o secundaria».[32] Aunque quizá un poco más alentadora, esta recomen-

32 *Izveschénie* (Aviso), septiembre 1915. Se trataba de un panfleto anunciando la publicación del periódico *Priziv* (Llamamiento).

dación adolecía de una cierta incongruencia. El pueblo ruso, cuyos intereses estaban unidos insolublemente al progreso, era invitado a defender dichos intereses contribuyendo a la victoria militar de un Estado reaccionario.

En todo ello es difícil reconocer al Plejánov soldado militante de la socialdemocracia revolucionaria. A pesar de sus protestas, la línea táctica que defendió durante los años de guerra no concuerda con los propósitos y fines que había defendido durante las tres décadas anteriores. La conmoción de la guerra le había inclinado a tomar posturas muy lejos de las defendidas durante largo tiempo. El Plejánov de la guerra era partidario de la colaboración de clases, en lugar de la lucha de clases; de la guerra entre naciones, en lugar de la solidaridad proletaria internacional. Aconsejó la necesidad de defender el orden existente, en lugar de prepararse para su destrucción, puesto que ello traería consigo consecuencias imprevisibles e indeseadas. Su postura, aunque se negó vehementemente a reconocerlo, era fiel imagen del revisionismo que había combatido con tanto ardor. Como para demostrarlo, en *O voiné* citaba afirmativamente a Kant, pensador que había creído preciso castigar con mucha violencia durante su polémica con el revisionismo.[33]

Este sorprendente cambio se inició con su revulsión ante la «traición» de los socialdemócratas alemanes, que le impulsó a justificar la defensa nacional frente al internacionalismo. La legitimidad de la defensa nacional se convirtió en tema recurrente de su política. Y, una vez se hubo convencido a sí mismo de que la defensa nacional era un medio para alcanzar los fines socialistas que propugnaba, su afición a la consecuencia le llevó a extraer sus implicaciones lógicas y afirmarlas sin la menor vacilación (*). A decir verdad, la defensa nacional se convirtió en un fin al que subordinó el socialismo. Si, como afirmaba, Marx y Engels justificaron el derecho de autodefensa, está claro que al hacerlo se contradijeron. El *Manifiesto comunista* proclama sin vacilaciones: «¡Los proletarios no tienen patria!». Es más, el propio Plejánov había afirmado en tiempos de la guerra ruso-japonesa que, en una sociedad capitalista, el Estado está

33 *O voiné*, pp. 49-51.

* Lo que en *O voiné* era implícito, lo afirmó explícitamente más tarde: «Una vez que el revolucionario ha sido colocado por las circunstancias históricas en una situación que requiere de él, en bien de su causa, apoyar la guerra contra el imperialismo alemán, no dudaré en llegar al final, sin importarme ninguna 'lealtad' táctica». *Priziv*, núm. 17 (22 de enero de 1916), p. 8.

al servicio de la burguesía. Conceder que era deber de los trabajadores contribuir a la defensa nacional era afirmar que esos mismos trabajadores tenían interés en la conservación del Estado. Al hacer esta concesión, Plejánov caía en las posturas del revisionismo y se veía obligado a aceptar todas las consecuencias que ello implicaba. El criterio invariable que hasta entonces había observado para juzgar la bondad de una táctica determinada desde el punto de vista socialista había sido si contribuía, o no, al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado. Siguió recurriendo a las mismas frases, pero estaba claro que las tácticas belicistas que defendía eran contrarias a tal desarrollo, y, por consiguiente, a la esperanza de una revolución socialista. No obstante, todavía seguía considerándose socialista revolucionario, sin percibir la incompatibilidad entre una postura defensista y la socialdemocracia revolucionaria. Suprema ironía era que no sabía reconocer adónde le habían llevado sus planteamientos. Al tiempo que defendía una línea esencialmente revisionista, y aprobaba la misma línea adoptada por el partido francés y otros, nunca dejó de denunciar al partido alemán por abandono de la ortodoxia.

El alcance de la ruptura de Plejánov con la ortodoxia marxista queda especialmente al descubierto en la nueva actitud que adoptó frente a Kant. Siempre insistente defensor de los fundamentos filosóficos del marxismo, su cambio de orientación respecto a Kant significaba un cambio fundamental en sus perspectivas. Mientras antes consideraba el kantismo una filosofía opuesta a los intereses del proletariado, ahora pretendía llegar a una especie de síntesis entre este sistema filosófico y el marxismo. La ética kantiana, en particular, ejercía ahora una fuerte atracción sobre él. Encontraba noble y generosa la máxima de Kant de que toda persona debe ser tratada como un fin en sí misma, y nunca como un medio. Pero consideraba que no existía antagonismo alguno entre este principio y un movimiento que pretendía acabar con un sistema económico que trataba al hombre como simple instrumento. En política internacional, la burguesía estaba obligada a una línea expansionista que violaba el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Tal y como lo veía Plejánov, la máxima de Kant, aplicada a la política internacional, exigía la defensa de la independencia nacional. Al igual que un individuo, un pueblo debía ser tratado como fin, y no como medio. Una política proletaria correcta exigiría, por consiguiente, la defensa del derecho a la autodeterminación. «La economía de las nuevas sociedades recomendada por Marx», decía, «une la 'política exterior del proletariado' con *la norma moral* de Kant».[34]

Adoptando la ética que antes había condenado, sin duda creía Plejánov que sencillamente había añadido cemento moral al edificio marxista que, en esencia, permanecía inalterado. De hecho, estaba sustituyendo elementos fundamentales de su sistema por principios extraídos de otro. La ética de Kant, como una vez había señalado Plejánov, tenía en sí una cualidad de absoluto. Representaba un idealismo filosófico que no podía conciliarse con el marxismo porque se consideraba al margen de las condiciones de tiempo y lugar. El socialismo marxista se basaba no en razones éticas, sino en la necesidad histórica. Era un fin al que pretendidamente se subordinaban todos los demás fines dentro del propio proceso histórico. ¿Cómo podía integrarse una ética, una guía de conducta libremente elegida, en un sistema que consideraba la conducta humana determinada por condiciones externas al hombre? El que sostuviera la inviolabilidad del individuo y la nación y aun así afirmara ser marxista sólo podía hacerlo a costa de la coherencia (*). El derecho a la defensa nacional, que a nivel político empujó a Plejánov a adoptar una postura revisionista, tenía su fundamento filosófico en la ética kantiana (**). Quien se mostrara partidario de ésta última, no podía considerarse al mismo tiempo marxista, pero todavía podía ser partidario del socialismo. En su caso, podría ser un ideal ético elegido racionalmente. El socialismo era justamente eso para Eduard Bernstein.

Bernstein, es digno de señalarse, había llegado, al iniciarse la guerra, a una postura similar en ciertos aspectos a la de Plejánov. Durante la crisis de agosto de 1914 votó «con el corazón entristecido» en favor de los créditos de guerra, basándose en el supuesto de que Alemania debía defenderse contra un ataque de Rusia. Se distinguió de otros miembros de su partido, y en particular del ala derecha revisionista, al no dejarse arrastrar por un exagerado patriotismo. Bernstein, a diferencia de la multitud que se había sumado a su bandera principalmente por

[34] *Ibid.*, p. 51.

* Plejánov mismo había escrito tiempo atrás: «Con ayuda de un pensamiento ecléctico, se puede conciliar a Marx no sólo con Kant, sino con los 'realistas' medievales. Para un pensador coherente, el ilegal maridaje de Marx con la filosofía de Kant parecerá una especie de monstruosidad en el pleno sentido de la palabra». *Sochinéniia*, VIII, p. 393.

** Probablemente se encontró con Kant al buscar una justificación filosófica al derecho a la defensa nacional. En *O voiné*, la argumentación filosófica se basa más en Kant que en Marx.

razones pragmáticas, era un hombre con una profunda sensibilidad ética. Antes de finalizar el año 1914, tuvo noticia de la universal repulsa en el extranjero hacia los socialdemócratas alemanes y la verdad acerca de la violación por parte de Alemania de la neutralidad belga. Su consternación se intensificó al comprobar la asombrosa extensión del chauvinismo entre sus camaradas, que se extendía incluso a la justificación de las anexiones territoriales. Su revulsión moral le llevó, a fines de 1914, a denunciar el chauvinismo y los esquemas anexionistas de Alemania. En marzo de 1915 votó por primera vez contra los créditos de guerra y, a partir de entonces, se convirtió en dirigente del grupo de socialistas alemanes que luchaban por poner fin cuanto antes a la guerra y llegar a una paz justa.[35]

Aparte del panfleto *O voiné*, los escritos políticos de Plejánov durante la guerra aparecieron publicados principalmente en el semanario *Priziv* (Llamamiento), que fue fundado en el otoño de 1915. Publicado en París, le puso en contacto con una variada gama de socialdemócratas derechistas e, irónicamente, con socialistas revolucionarios también derechistas. Entre ellos se contaban los socialistas revolucionarios N. D. Avxentev, I. Bunakov y A. A. Argunov y los antiguos diputados socialdemócratas en la segunda Duma, G. A. Alexinski y Beloúsov. Permanece en el anonimato el autor del anuncio de la publicación del nuevo órgano, pero la obra tiene el sello inconfundible de Plejánov. Característica y significativamente, la primera de una serie de doce proposiciones que hacía era el derecho a la autodefensa frente a un ataque. El punto clave en la línea de *Priziv* era la creencia incondicional en la culpabilidad de las potencias centrales. La importancia sobre todas las demás cosas que para Plejánov tenía la derrota de la coalición reaccionaria e imperialista le llevó a adoptar las posturas más inverosímiles en las páginas de *Priziv*. Su actitud, si bien conforme y armónica con la labor a la que concedía importancia prioritaria, chocaba abiertamente con los principios con los que estaba identificado desde largos años atrás.

Su camarada Avxentev pidió la abstención de los representantes de los partidos de izquierda en las votaciones, en la Duma, de créditos de guerra, alegando que hacer otra cosa significaría sugerir en las masas confianza en el gobierno. Plejánov, aunque reconocía la conveniencia de democratizar el esfuerzo bélico, aconsejó votar en favor de los créditos. Evidenciando o una sorprendente ingenuidad o una falta de sinceridad, sostuvo que votar en sentido contrario podría paralizar, por falta de fondos, los esfuerzos bélicos de Rusia.[36] Cuando el ministro del Interior se enfrentó a los trabajadores en tono muy provocativo, Plejánov aconsejó paciencia. Los trabajadores no debían permitir la provocación de negarse a colaborar en el esfuerzo bélico, pues con ello sólo se perjudicarían a ellos mismos: «Todo lo que debilite el poder de resistencia de nuestro país obra ahora en favor de la reacción política. Todo lo que aumente dicho poder obra en favor del progreso político».[37] Respecto al tema de lograr la deseada democratización del régimen, su línea era parecida a la táctica que defendió en 1905, aunque más moderada todavía. Las fuerzas de izquierda, para mejor defender sus intereses, debían optar por una «oposición responsable» en lugar de promover iniciativas revolucionarias, que inevitablemente estaban condenadas al fracaso. Siguiendo un planteamiento sumamente esquemático basado en la experiencia revolucionaria en Francia, predecía el triunfo final de la izquierda si ahora optaba por una oposición moderada; mientras que si intentaba hacerse con el poder inmediato, pronto se vería obligada a rendirse a las más poderosas fuerzas de la derecha.[38] Estrategia, en apariencia, destinada a la consecución de objetivos radicales, la línea táctica defendida por Plejánov exigía, en la práctica, una conducta extremadamente moderada de parte de los revolucionarios. Le colocaba a la extrema derecha del POSDR y le enemistaba con casi todos sus antiguos asociados dentro del partido.

Sin embargo, tampoco existía en absoluto un acuerdo general entre los socialdemócratas aprobando los puntos de vista de Lenin sobre la guerra. Casi nadie estaba dispuesto a entregarse sin reservas a la causa de los aliados,[39] pero la mayoría de los socialdemócratas ocupaban un terreno intermedio entre Lenin y Plejánov, donde se situaban además los restantes elementos centristas de la Internacional. En opinión de los centristas, puesto que no se podía absolver de toda culpa a ninguna de las potencias, no había justificación para apoyar a una coalición contra la otra. Lo que se necesitaba era una estrategia acorde con el internacionalismo proletario. En primer lugar, era preciso recomponer los vínculos rotos entre los socialistas de los países y bloques en guerra. Después, unidos, los distintos

35 Gay, pp. 268-287.

36 *Priziv*, núm. 17 (22 de enero de 1916), pp. 2-8.
37 *Ibid.*, núm. 19 (5 de febrero de 1916), pp. 1-2.
38 *Ibid.*, núm. 3 (17 de octubre de 1915), pp. 2-4.
39 Schapiro, pp. 141-147.

partidos podrían movilizar a los proletarios de sus países para presionar sobre los gobiernos beligerantes. El objetivo de tales acciones sería poner fin a la guerra lo más pronto posible, sobre la base «justa» de la renuncia a las anexiones e indemnizaciones.

Los defensores de esta línea tuvieron un papel destacado en los congresos socialistas de Zimmerwald y Kienthal, en Suiza, en 1915 y 1916.[40] Los sucesivos congresos reflejaron el progreso de los sentimientos antibelicistas, alejándose un número creciente de socialistas de las alas derechistas defensistas de sus partidos. La facción centrista dominó ambos congresos, si bien las resoluciones adoptadas en Kienthal dan prueba de la creciente influencia de la izquierda leninista. Plejánov volvió la espalda a todas estas asambleas. Por ejemplo, en julio de 1916 se opuso vehementemente a la convocatoria de un congreso, afirmando que no era procedente para los socialistas de las potencias aliadas reunirse con los socialistas de las potencias «imperialistas» (*). Durante décadas, había sostenido la no colaboración entre el proletariado y sus «explotadores burgueses». Ahora, con objeto de no estorbar dicha colaboración en los países de la Entente, rechazaba intransigente las discusiones entre los socialistas de las naciones beligerantes. Su anterior postura se basaba en la convicción de que no debía permitirse que nada confundiera a los trabajadores y frenase el desarrollo de su conciencia *de clase*. Su postura durante la guerra estaba destinada a evitar una confusión que podría dañar su conciencia *nacional* y la unidad de la nación. No obstante, motejaba a los elementos participantes en los congresos de Zimmerwald-Kienthal de «seudointernacionalistas», al tiempo que reservaba para él mismo y los que compartían sus puntos de vista la etiqueta de internacionalismo. Dentro de un esquema en que lo negro se hacía parecer blanco y viceversa, declaraba que la resistencia al imperialismo alemán era la única forma de acción que correspondía al internacionalismo y los intereses de clase del proletariado.

Las acusaciones específicas de Plejánov a las resoluciones tomadas en Zimmerwald-Kienthal tenían una doble vertiente. En primer lugar, las declaraciones en favor de una paz inmediata en base a la renuncia a las anexiones e indemnizaciones

40 Son analizados en extenso en Fainsod, *International Socialism and the War*. Muchos de los documentos más importantes figuran en Gaskin y Fisher, *The Bolsheviks and the World War*.

* *Priziv*, núm. 43 (22 de julio de 1916), p. 7. Antes había protestado contra la convocatoria de una reunión del Buró de la Internacional socialista por motivos similares. Carta de Plejánov a Liubímov, 19 de febrero de 1916 (sin publicar, y en poder de Mme. E. Batault-Plejánova).

no tenían el menor valor; actos, y no palabras, era lo que se necesitaba. Olvidando por completo las insinuaciones hechas en el extranjero sobre los propósitos anexionistas de la Entente, no veía necesidad alguna de garantía de las buenas intenciones de las potencias aliadas. Si los socialistas de las naciones «víctimas» querían una paz justa, debían empeñar todas sus energías en la expulsión del invasor. En cuanto a los socialistas de las potencias centrales, debían ofrecer actos y no promesas contra sus amos imperialistas. En segundo lugar, no veía que tuvieran sentido alguno los intentos de promover una presión concertada sobre los gobiernos beligerantes (*). Al contrario, temía que las resoluciones adoptadas en Zimmerwald-Kienthal, caso de ser llevadas a la práctica, tendrían efectos contrarios a los propuestos. Después de su indecible «perfidia», ¿cómo podía nadie confiar seriamente en que los socialdemócratas alemanes cumplieran su parte en un convenio? Y en las naciones aliadas, la propaganda de los acuerdos de Zimmerwald-Kienthal muy probablemente debilitaría la resolución de los trabajadores, y por consiguiente también la lucha de defensa nacional de sus países de origen. No sólo era poco lo que se podía esperar de la clase obrera alemana en forma de actividad revolucionaria, sino que los militaristas alemanes se verían alentados por las vacilaciones en el seno de las fuerzas aliadas para obtener nuevas ventajas. En consecuencia, las declaraciones bien intencionadas fácilmente podrían tener por efecto instigar las ambiciones imperialistas de Alemania, en lugar de favorecer una paz justa. Los consejos de Plejánov a los socialistas de las naciones aliadas podrían resumirse sucintamente de la siguiente forma: de cara a las clases dirigentes de vuestros países, palabras pero no actos; frente al enemigo exterior, actos pero no palabras. A los socialistas de las potencias centrales les pedía actos contra sus clases dirigentes, expiación que no habría palabras que pudieran sustituir adecuadamente.

Los acontecimientos de 1914 y los sucesivos años de guerra causaron en Plejánov un efecto destructivo indescriptible. Añadiéndose al fracaso de sus esperanzas durante la Revolución

* *Priziv*, núm. 43 (22 de julio de 1916), y núm. 56 (16 de diciembre de 1916), contienen los argumentos de Plejánov contra los acuerdos de Zimmerwald-Kienthal. Tampoco se mostró nada favorable a las iniciativas pacificadoras procedentes de otras fuentes. El 31 de diciembre de 1916 escribió a sus hijas: «En cuanto a las proposiciones alemanas, así como las de Wilson y el Consejo Federal Suizo, no podemos en absoluto entrar en negociaciones con un enemigo que amenaza a nuestra patria» (carta no publicada, en posesión de Mme. E. Batault-Plejánova).

de 1905, el estallido de la guerra y el colapso de la Internacional eran casi más de lo que podía soportar. En el primer caso, su esquema revolucionario para Rusia había sufrido un fortísimo golpe; en el segundo, su fe y confianza implícitas en la Internacional —y, en especial, en su sección más fuerte y, según parecía, más ortodoxa— se habían demostrado injustificadas. El, que se había creído el militante más revolucionario, se encontró en el ala extrema derecha de la socialdemocracia rusa en 1905-6 y, durante los años de guerra, también en el ala extrema derecha de la Internacional.

Aunque la postura adoptada por Plejánov durante la guerra le enemistó no sólo con Lenin y los bolcheviques, sino además con Mártov, Axelrod, e incluso Zasúlich, le acercó a muchos dirigentes socialistas de Europa occidental cuya ortodoxia y fiabilidad había puesto antes en entredicho. Si todavía se sentía incómodo en su compañía, podía consolarse pensando que seguía gozando de la intimidad de su viejo camarada Guesde. ¿Pero era esto suficiente? ¿Podía compensar la pena y desconcierto que sentía ante el amplio abismo que se había abierto entre él y Kautsky, los principales teóricos —en opinión suya— de la Segunda Internacional? Tan profundamente herido se sintió por la actitud del partido alemán y el incomprensible comportamiento de su principal teórico, que muy pocas veces llegaría a mencionar el nombre de Kautsky en sus escritos durante la guerra.

Para un hombre que se vanagloriaba de la posesión de una especial comprensión de la naturaleza de la realidad, estos acontecimientos imprevistos e inimaginables eran profundamente desconcertantes. No menos inquietante era su comprobación de las pocas simpatías que despertaba su postura en Rusia. Con su actitud durante la guerra, Plejánov aumentó su aislamiento político y redujo hasta el límite sus oportunidades de ejercer alguna influencia sobre el curso de los acontecimientos en Rusia. En sus escritos, se esforzó por dar la impresión de que su confianza seguía siendo la misma, que sus opiniones no requerían revisión, que todo se ajustaría a sus esquemas; pero no pudo ocultar su creciente inseguridad. Como lo prueba su admisión de que el socialismo, aunque sin duda llegaría un día, estaba más lejos de lo que él y otros habían pensado.[41] Y también lo prueba su cambio de actitud respecto a Kant, que implicaba un alejamiento del socialismo concebido como sociedad inevitable históricamente y afirmada científicamente. Quizá el curso de los

41 *O voiné*, p. 85.

acontecimientos había sugerido a Plejánov un margen más amplio de posibilidades de desarrollo de la sociedad humana que el admitido por el determinismo marxista. Y, sin embargo, aunque parecía admitir una mayor libertad en los actos humanos, era demasiado tarde para hacer un ajuste en sus puntos de vista que desplazase al determinismo del puesto central que en ellos ocupaba.

Plejánov, sin duda, sabía en algún nivel de conciencia que estaba acabándose, que los acontecimientos le estaban superando. Su divorcio de los camaradas más íntimos multiplicaba inconmensurablemente su dolor. Una descripción de Plejánov en el verano de 1916, escrita por Aptekman, viejo camarada de la época *naródnik*, nos muestra a un hombre deshecho. Aptekman se había hecho marxista bajo el tutelaje inmediato de Plejánov y guardaba gran fidelidad a su maestro. Se vio sorprendido por una visita inesperada de Plejánov, a quien no había visto desde hacía casi dos años. El defensista había venido a hablar de temas políticos relativos a la guerra con su discípulo, el cual, utilizando el método de pensamiento enseñado por Plejánov, había llegado hacía tiempo a unas conclusiones internacionalistas. Aun antes de haberse iniciado la tensa conversación, Aptekman estaba ya sobrecogido de pena ante el aspecto de su viejo y querido camarada.

> ¡Dios mío, qué cara! Atormentada, sufrida. ... Una cara sombría. ... Sus ojos, hundidos, estaban ofuscados. Un mártir, atormentado por la duda, por problemas internos, desorientado, perdido el camino, perdida la propia identidad... traicionada... Nunca le había visto así. No se trataba de un sufrimiento físico..., ni una angustia espiritual ordinaria, sino algo profundo, trágico, gravitando sobre su alma fuerte, ardiente... «¿Qué le atormenta de este modo? ¿Qué le está desgarrando?» ... se abrió paso en mi mente cuando le miré. «Está herido, indudablemente herido, este guerrero infatigable».[42]

El, que había trabajado con Plejánov en los días vibrantes, plenos, en que se entregaban a la agitación proletaria en San Petersburgo, tenía ante sí, en 1916, «un águila con las alas rotas».[43]

42 Aptekman, *J. V. Plejánov*, p. 52.
43 *Ibid.*, p. 95.

17. 1917: EL PROFETA RECHAZADO

La guerra mundial sometió a una tensión intolerable el orden político y social existente en Rusia. Si después de 1905 Rusia hubiera permanecido en paz varias décadas, es probable que las reformas hechas a raíz de la revolución hubieran surtido el efecto deseado. Pero el país no tuvo tiempo de comprobar esta hipótesis. El régimen zarista, al perseguir una política exterior aventurera que ignoraba las exigencias de la evolución interna, se precipitó en un conflicto catastrófico, en que pereció.

La inepcia de que hizo gala en política exterior sólo puede compararse a su incapacidad para hacer frente a los problemas originados por la guerra.[1] Al iniciarse las hostilidades, gran parte de la oposición cerró filas en torno al gobierno, y los campesinos, al menos pasivamente, aceptaron la necesidad de sacrificios. Pero gracias a la incompetencia militar y administrativa del gobierno, la luna de miel fue breve. En 1915, diversos sectores de la población volvieron de nuevo a la oposición; su número aumentó y cada vez se hizo más difícil contenerlos. A principios de 1917 habían sido invadidas amplias zonas de territorio ruso y la moral de los soldados estaba por los suelos. La situación en la retaguardia apenas era mejor. Los campesinos se resentían amargamente de las insaciables peticiones del gobierno de nuevos reclutas para el ejército. No menos amargamente se quejaban de la imposición de precios fijos para la agricultura, pero no para los productos manufacturados, y contestaban acaparando cereales. Cuando el gobierno se incautaba del grano, los campesinos se sentían atropellados. Mientras tanto, las masas urbanas estaban acuciadas por la escasez de alimentos y la fuerte subida de precios. Empujado a la desesperación, el pueblo ruso finalmente se rebeló. En febrero de 1917,

[1] Una buena interpretación del impacto de la guerra en Rusia se puede encontrar en *The End of the Russian Empire*, de Florinsky.

soldados hartos de guerra se negaron a disolver las manifestaciones antigubernamentales de los obreros hambrientos. Ante ello, el desacreditado régimen se hundió.[2]

En ciertos aspectos, el derrocamiento del viejo régimen agudizó más que nunca los acuciantes problemas que asediaban a Rusia. La revolución fue seguida por la virtual disolución del antiguo aparato gubernamental y la completa ruptura de la disciplina dentro de las fuerzas armadas. Desaparecidas las tradicionales restricciones, el pueblo, al que se había impuesto el orden desde arriba, quedaba fuera de control. El gobierno provisional no tenía medio alguno con que restaurar el orden por la fuerza, y, en cualquier caso, tal política quedó descartada por los hechos. Caso sin precedentes en la historia rusa, ningún grupo podía hacerse con las riendas del poder a no ser que estuviera dispuesto a hacer frente a las insistentes exigencias del pueblo.

Al mismo tiempo, estas exigencias se radicalizaban. Con la desaparición de la maquinaria represiva del viejo orden, las masas rusas se inclinaban progresivamente a la izquierda, buscando no sólo la solución a problemas surgidos de la guerra sino, además, la satisfacción de aspiraciones largo tiempo alimentadas. La primera y más insistente exigencia era el fin de la guerra, pero los campesinos sedientos de tierra no encontraban ya obstáculos para apoderarse de las posesiones de la nobleza, ni tampoco los obreros urbanos para obtener sustanciales concesiones de sus empresarios. Con el derrocamiento del régimen zarista, no sólo el sistema político, sino todas las relaciones entre clases y los derechos de propiedad, quedaban sometidos a drásticos cambios.

Inmediatamente después de la Revolución de febrero, se constituyeron dos poderes políticos rivales: el gobierno provisional, formado por elementos moderadamente liberales pertenecientes a las capas de profesionales, industriales y propietarios agrícolas, y una serie de consejos populares, o *soviets*, establecidos por políticos y partidos radicales en San Petersburgo y todo el país. Estos consejos, elegidos por obreros y soldados, y en las zonas rurales por los campesinos, eran el principal punto de contacto entre las masas y los partidos radicales. Basados como estaban en un sistema de elección, y disfru-

[2] Acerca de los acontecimientos de 1917, son muy útiles las siguientes obras: Chamberlin, *The Russian Revolution;* Trotski, *History of the Russian Revolution;* Sujánov, *The Russian Revolution, 1917;* Browder y Kerenski, *The Russian Provisional Government, 1917.*

tando de la confianza de las tropas, los *soviets* disponían de un poder enorme en comparación con el gobierno provisional. Pero al principio, los dirigentes de los *soviets* se negaron a utilizarlo, o más bien, lo utilizaron con gran moderación. Los mencheviques y socialistas revolucionarios, que al principio dominaban los *soviets*, desconfiaban del gobierno provisional, pero no querían desplazarlo y convertir a los *soviets* en único centro de autoridad política. En lugar de ello, concebían los *soviets* como órganos de presión, pensando en imponer al gobierno provisional un programa democrático de reforma política y social.

Los *soviets* y la política que representaban eran el peculiar resultado de la yuxtaposición de un país relativamente atrasado, como Rusia y Occidente, y la consiguiente aparición de partidos socialistas en un país todavía bajo un régimen virtualmente autocrático. La destrucción del viejo orden político era seguro se vería seguida por la aparición de organizaciones independientes de las masas populares. No obstante, desde el punto de vista de los revolucionarios, el bajo nivel de desarrollo socioeconómico del país excluía una inmediata transición al socialismo. Por consiguiente, los *soviets* se veían obligados a operar en una zona indefinida entre un orden liberal-burgués y el socialismo; a forzar la satisfacción de reivindicaciones populares compatibles con una sociedad burguesa, al tiempo que se negaban a tomar el poder, al alcance de la mano, como preludio a la proclamación de un orden socialista.

En consecuencia, los dirigentes socialistas moderados se encontraron en un dilema. Como portavoces de las masas, estaban obligados a mostrarse sensibles a las exigencias de las masas. Pero también reconocían que no se podía forzar al gobierno provisional liberal a traspasar determinados límites sin romper el precario equilibrio entre los dos poderes políticos. Si se dejaba a las masas en libertad, expulsarían a los elementos liberales y conservadores y forzarían a sus propios dirigentes a tomar «prematuramente» el poder. Por otra parte, si los moderados urgían moderación, corrían el peligro de perder la cara ante los bolcheviques, quienes, tras la vuelta de Lenin, no mostraban escrúpulo alguno en desplazar al gobierno provisional. De hecho, los socialistas moderados, en el curso de 1917, fueron forzados por las presiones populares a participar en el gobierno provisional, a aceptar puestos ministeriales así como a apoyar una política gubernamental cada vez más radical. Como resultado, numerosos elementos conservadores y liberales retiraron su apoyo al gobierno provisional y algunos respaldaron un intento de golpe militar del general Lavr Kornílov. Pero al

tiempo que perdían estas fuerzas, los socialistas moderados, que habían conseguido una mayoría en el gobierno después de los levantamientos populares de abril y julio de 1917, tenían el mismo éxito que la original coalición gubernamental en dar satisfacción a las masas. Con excepción de un breve intermedio después de las llamadas jornadas de julio, el pueblo cada vez se inclinaba más hacia los bolcheviques. El punto culminante se alcanzó en octubre con la transferencia del poder al partido de Lenin.

Aunque los bolcheviques se creían un partido proletario, el apoyo de la clase obrera no fue el argumento decisivo en su victoria de 1917. A decir verdad, los obreros ansiaban mejorar sus condiciones materiales. Pero ya habían conseguido sustanciales mejoras —por ejemplo, la jornada laboral de ocho horas— mucho antes de que los bolcheviques se hicieran con el poder. Tras la vuelta de Lenin a Rusia, en abril de 1917, los bolcheviques alentaron a los proletarios a pedir una inmediata transición al socialismo y se produjeron algunas ocupaciones de fábricas. Pero fueron la guerra y la cuestión agraria los temas decisivos. Si el gobierno provisional constituido después de julio, con su mayoría de socialistas moderados, hubiera hecho frente a estos problemas a satisfacción de soldados y campesinos —es decir, si hubiera puesto fin a la guerra y anunciado un programa de reforma agraria satisfactorio— es difícil entender cómo hubieran podido los bolcheviques acceder al poder. El lema de los bolchevique «Paz, tierra y pan», que encontró un amplio eco de simpatía, no tenía relación alguna aparente con el socialismo. La victoria de los bolcheviques debe atribuirse más a la hábil explotación de la general insatisfacción popular que a su defensa del socialismo proletario. El éxito de los bolcheviques se vio facilitado por el carácter de su organización, que desde un principio estaba destinada a la manipulación de las masas por una élite muy unida, y por la intuición política de su dirigente, un hombre que no se dejó disuadir por consideraciones doctrinales de la toma del poder cuando se le presentó la oportunidad. Una autoridad, como el propio Trotski, afirmó que los bolcheviques no hubieran triunfado sin Lenin.[3]

En 1917 había tres tendencias en juego. La coalición gubernamental original, que representaba una línea de opinión conservadora y liberal, pedía el establecimiento de un sistema político liberal y democrático por una asamblea constituyente elegida por votación popular. Reconocía también que era ineludible

[3] Trotski, *History of the Russian Revolution*, I, pp. 329-331.

una reforma socio-económica, pero, constituida como estaba por representantes de las clases terratenientes y empresariales, se oponía a medidas radicales tales como la transferencia de tierras a los campesinos sin indemnizaciones (*) y la satisfacción de reivindicaciones obreras que amenazaban con reducir drásticamente los beneficios o hacer sencillamente inviables las empresas mercantiles privadas. La política exterior del gobierno provisional estuvo dirigida por una serie de ministros procedentes del campo liberal-conservador, que mantuvieron la fidelidad a los propósitos y compromisos de guerra del régimen zarista.[4]

En cuanto a la problemática constitucional, pocas diferencias había entre los socialistas moderados y los liberales-conservadores, pero la armonía se rompía en referencia al tema de la tierra y la guerra. Los socialistas, haciéndose eco de los sentimientos campesinos, se oponían a la indemnización a los grandes terratenientes, aunque pretendían que se diera una solución final al problema en la asamblea constituyente.[5] Eran partidarios de hacer mayores concesiones a los obreros de la industria de las que los empresarios estaban dispuestos a ofrecer, pero intentaban poner un freno a las exigencias extremas y a los desórdenes promovidos por la clase obrera. En cuanto a la guerra, los socialistas moderados estaban a caballo entre las posturas centrista y defensista. Una declaración del Soviet de Petrogrado inmediata a la caída del viejo régimen pedía una paz urgente sin anexiones ni indemnizaciones.[6] Sin embargo, los socialistas moderados no veían otra alternativa que mantener el frente hasta que se pudiera concluir la paz. Esperaban que se pudiera poner término a la guerra gracias a las presiones de los pueblos de los países beligerantes sobre sus gobiernos, y por tal motivo se convirtieron en principales motores del esfuerzo por renovar los vínculos rotos convocando un congreso socialista internacional en Estocolmo. Este esfuerzo fue desbaratado por los gobiernos aliados y el ministro de asuntos exteriores ruso.[7]

A su vuelta a Rusia en abril de 1917, Lenin trazó para los bolcheviques una política diametralmente opuesta a la de los

* Incluso el partido kadete, el sector más avanzado, defendía el derecho de los propietarios a ser indemnizados. Su programa agrario puede encontrarse en Browder y Kerenski, *The Russian Provisional Government*, II, pp. 605-8.

4 Warth, p. 89.

5 Browder y Kerenski analizan la política de los soviets en II, pp. 604-605.

6 *Ibid.*, pp. 1077-1078.

7 Warth, p. 88.

liberales-conservadores y socialistas moderados. En esencia, adoptaba ahora el esquema de Trotski en que se mezclaban las revoluciones burguesa y socialista, excluyendo no sólo un período largo de sistema democrático-burgués, sino también la «dictadura de proletarios y campesinos» que en 1905-6 había previsto como régimen político de transición al socialismo. En sus «Tesis de abril»,[8] pedía el fin inmediato de la guerra y la inmediata satisfacción de las exigencias socio-económicas de campesinos y obreros. Las reivindicaciones tan deseadas por el pueblo ruso, afirmaba, sólo podrían obtener su realización mediante la transferencia del poder a los *soviets*. Los *soviets* debían desplazar el gobierno provisional, convirtiéndose así en la fuente única de autoridad política. En cualquier caso, no debían dejarse sustituir por un régimen parlamentario, pues ello sería dar un paso atrás. Aparte del evidente atractivo que tal programa debía ejercer, ofrecía la ventaja ulterior de presentar soluciones simples y directas, ignorando cualquier dificultad que pudiera surgir en el curso de su materialización y cualquier consecuencia indeseada que pudiera derivarse.

La misma víspera de la revolución de febrero, Plejánov había escrito en un periódico americano que las huelgas y otras formas de lucha de clases en Rusia serían, dadas las circunstancias entonces presentes, actos criminales.[9] Al mismo tiempo, protestaba contra la ceguera de la política oficial, demostrada por la detención de los miembros obreros del Comité de Industrias de Guerra, hombres que habían promovido lealmente la colaboración de los obreros de la industria en el esfuerzo bélico. Comunicó a Guesde sus temores de que este paso pudiera provocar serios problemas, y pidió que el gobierno francés presionara para evitar los movimientos en falso de su aliado, Rusia.[10] De hecho, la detención de los delegados obreros en el Comité de Industrias de Guerra provocó la convocatoria de una huelga de protesta el día 14 de febrero, que fue seguida, al día siguiente, por 100.000 obreros en Petrogrado.[11] Sin duda, este acontecimiento fue un importante preludio de la serie de huelgas y

8 Browder y Kerenski, III, pp. 1205-1207.

9 Trotski, *History of the Russian Revolution*, I, p. 227. He sido incapaz de encontrar el artículo a que Trotski hace referencia, pero la postura mantenida por Plejánov entonces, así como su carta a Guesde, que se cita posteriormente, hacen la afirmación de Trotski enteramente verosímil.

10 Plejánov a Guesde, 16 de febrero de 1917 (carta sin publicar en posesión de Mme. E. Batault-Plejánova).

11 Schapiro, pp. 153-154.

manifestaciones que pocos días después acababan con el gobierno imperial.

La noticia del derrocamiento del régimen zarista llegó a Plejánov en su residencia invernal de San Remo. Incrédulo ante la noticia, que le había dado un vecino farmacéutico, se lanzó inmediatamente a buscar confirmación en la prensa. Sí, era verdad, el acontecimiento que hacía largo tiempo había predicho y a cuya materialización había entregado su vida, acababa de realizarse. Sin embargo, el profeta de la revolución no podía exultar ante el cumplimiento de su profecía. Sin duda, debió sentir un acceso de excitación, entusiasmo y orgullo, pero sus opiniones sobre la guerra le habían inducido a pedir algo parecido a una moratoria en la lucha política y de clases. Había insistido en que el ala izquierda debía prestar su apoyo a la «oposición responsable» que presionaba en busca de cambios por procedimientos legales y pacíficos. No obstante, la inflexibilidad del gobierno zarista y la renuncia de los moderados a valerse de la fuerza hacía casi inevitable el recurso a las medidas más radicales que Plejánov había calificado criminales. Cuando se produjo el levantamiento, al principio lo consideró inconveniente, a destiempo, lleno de peligros.

Tan alejado se sintió, en un primer momento, de la erupción en Petrogrado que no vio razón para no seguir en San Remo, prosiguiendo la redacción de su *Historia del pensamiento social ruso.*[12] Sin embargo, a los pocos días cambiaba de opinión. Le era imposible concentrarse en lo que escribía, en especial cuando empezaron a llegar telegramas de Rusia urgiéndole a la vuelta y a ocupar en el nuevo orden el puesto de dirección que tanto merecía. Quizá, después de todo, no estuviera tan alejado de las principales corrientes que gobernaban la vida en Rusia como había llegado a creer. Además, evidentemente razonaba que la revolución, después de todo, no podía militar contra la victoria de Rusia en la guerra. Después de la revolución de 1789, los soldados franceses habían hecho milagros. El nuevo gobierno ruso, basado en las fuerzas populares, a diferencia del anterior, podría realizar un esfuerzo bélico mucho más enérgico y efectivo que su predecesor.

Es más, Plejánov pronto tuvo la impresión de que la revolución estaba consiguiendo lo que, en septiembre de 1915, había calificado como objetivo principal: «La liberación de Rusia de su enemigo interno [el viejo régimen y sus defensores], lograda en el proceso de defensa contra el invasor extranjero.» En

12 Entrevista con las hijas de Plejánov, París, verano de 1959.

verdad, el enemigo interno había sido desplazado por la violencia, y no a través de medidas pacíficas, pero esto era una nimiedad. Lo que importaba es que el Estado estaba en manos de la «oposición responsable», en cuyo apoyo había convocado Plejánov a los partidos de izquierda. También existían pruebas de que la revolución había resuelto los problemas en apariencia insuperables que los acontecimientos de 1905 oponían al sistema revolucionario de Plejánov. La anterior revolución había hecho nacer graves dudas acerca de la viabilidad de su línea táctica, acerca de la posibilidad de combinar a la burguesía con un proletariado con conciencia de clase en una revolución contra el absolutismo. Aunque no era partidario de ninguna de ellas, las tendencias más realistas después de 1905 implicaban o bien el abandono de los métodos revolucionarios, puesto que no podían asegurar el resultado apetecido, o bien la promoción de una revolución destinada al establecimiento de un régimen proletario (o quizá proletario-campesino). En 1917, casi milagrosamente, algo bastante parecido a lo que él había previsto veía la luz: la clase obrera había tenido un papel decisivo en el derrocamiento del absolutismo, y, sin embargo, según todas las apariencias, el poder había pasado a manos de la burguesía. En resumen, Plejánov consideraba la Revolución de febrero como la tan esperada primera revolución rusa, su revolución burguesa. Después de un breve intervalo de vacilación, le dio su bendición.

Con todo lo acertado que este juicio pudiera parecer, por supuesto, era fundamentalmente erróneo. El derrocamiento del Zar lo había conseguido el proletariado con ayuda de los soldados. Es verdad que los elementos moderados de la Duma estatal eran responsables del establecimiento y composición del gobierno provisional. Pero poco sentido tenía calificar como revolución «burguesa» un levantamiento en que la burguesía, ni en las jornadas revolucionarias ni después, había contado con una fuerza de masas. Es más, el gobierno provisional «burgués» no tenía poder real excepto el que le cedían por tolerancia los dirigentes socialistas de los *soviets.*

Ocho días después del derrocamiento del Zar, Plejánov y su mujer dejaban San Remo para emprender la primera etapa del viaje de vuelta a la patria. La enfermedad de Plejánov se había agravado con el correr de los años, y era aventurado emprender un viaje al norte en invierno. En Inglaterra, desde donde debía encaminarse hacia el Este utilizando medios de transporte franceses, cogió un fuerte resfriado, y su amigo Deutsch le instó a esperar a que mejorara su salud. Plejánov se negó. «Debo ir. Un viejo soldado de la revolución no debe abandonar su puesto

cuando se le necesita.» [13] Indudablemente, pensaba en su negativa a emprender el viaje de vuelta en 1905, decisión que nunca se había perdonado. Su mujer era consciente del peligro que corría, pero nada pudo hacer para oponerse. En Londres compró un tanque de oxígeno pensando que quizá después pudiera necesitarlo y entonces no poder encontrar uno. [14] Ambos reconocían que aquello podía costarle la vida, pero también sabían que su destino estaba en Rusia.

Los gobiernos aliados facilitaron su vuelta a la patria en la esperanza de que podría colaborar en la reanimación del esfuerzo bélico ruso, en bancarrota (*). Es más, Plejánov volvió a Rusia en compañía de una delegación de dirigentes socialistas occidentales encargados de la misma misión. Hombres como Marcel Cachin, de Francia, y Will O'Grady, de Inglaterra, eran los encargados de festejar la revolución rusa y dar la bienvenida a Rusia a la familia de las naciones que luchaban «por la justicia y la democracia contra el imperialismo y la reacción». [15]

Plejánov llegó a Petrogrado el 31 de marzo de 1917. Horas antes de la entrada del tren que le transportaba, en la estación de Finlandia empezó a congregarse una gran multitud. Fábricas, regimientos y distintas organizaciones sociales enviaron delegaciones. Allí estaban unidades de la milicia obrera, una banda de música y una masa incontable de ciudadanos de todas las clases. Una parte de la estación estaba reservada a los representantes de los partidos políticos, los *soviets*, y las embajadas de los países aliados. Cuando Plejánov descendió del tren, alegró sus ojos un mar de banderas rojas y surgió de la multitud un grito de bienvenida. Acompañado por la Marsellesa y los gritos continuos de la multitud, fue escoltado por una delegación de seguidores, miembros del grupo Edinstvo (Unidad), a la sala de espera. Allí, le dio la bienvenida en nombre de los *soviets* N. S. Chkeidze, miembro de su Comité Ejecutivo, con las siguientes palabras: «Esperamos que ocupará usted entre nosotros el lugar preeminente que le corresponde por derecho

13 Shub, p. 4.

14 R. M. Plejánova, «Poslédnie dní J. V. Plejánova» (Los últimos días de J. V. Plejánov), p. 135.

* Los derrotistas, a quienes los aliados negaron el permiso de tránsito, recibieron una acogida más amable por parte de los alemanes. Así Lenin y otros volvieron a Rusia, a través de Alemania, en los famosos vagones sellados. Warth, *The Allies and the Russian Revolution*, pp. 37-43.

15 Sujánov, pp. 260-263. De hecho, los socialistas extranjeros quedaron afectados por el ferviente internacionalismo de la revolución rusa, y algunos volvieron a sus países a pedir la convocatoria de un congreso socialista internacional por la paz; ver Fainsod, pp. 125, 128-132.

propio y que seguirá luchando durante largo tiempo por la realización de los ideales del socialismo.» En la Casa del Pueblo, a la que fue a continuación, fue colmado de nuevas calurosas bienvenidas. Después de unas breves palabras de respuesta, fue izado a hombros de sus admiradores, que le llevaron al automóvil destinado a conducirle a las habitaciones que tenía reservadas. El vehículo a duras penas pudo abrirse paso entre la muchedumbre congregada para verle. [16]

Por la mente de Plejánov debieron cruzar pensamientos emocionados y conmovidos. Ahí estaba San Petersburgo, escenario de su primera acción dentro del movimiento revolucionario. Allá, la plaza de Kazán, donde cuarenta años atrás había gritado su desafío al régimen autocrático, ahora en ruinas. Los obreros que tanto habían contribuido a su derrocamiento eran descendientes inmediatos de aquellos entre los que había desempeñado con éxito sus primeras misiones de agitación. Aquellas alentadoras experiencias con el proletariado de San Petersburgo le habían predispuesto al marxismo. Y, ahora, su profecía de que la libertad política en Rusia la conquistaría la clase obrera o no lo haría nadie, acababa de ser vindicada. La gran ciudad de donde había huido en 1880 para escapar a la detención, le recibía ahora como a un héroe, y el zar Nicolás, azote de los revolucionarios, estaba detenido.

Plejánov quedó profundamente conmovido por el recibimiento que se le había ofrecido. Después de treinta y siete años de amargo exilio, era emocionante ser aclamado por el pueblo a cuyo bienestar había dedicado la vida. Tras décadas de aislamiento político, era un bálsamo recibir la simpatía y reverencia que hacia él convergían de todas partes. Plejánov estaba tan abrumado que durante un cierto tiempo quizá no lograra comprender el significado de lo que sucedía a su alrededor. Petrogrado rendía homenaje al padre del marxismo ruso, al hombre que había dedicado su vida a la lucha contra el despotismo y la explotación. Pero las masas de Petrogrado —y, en general, de toda Rusia— todavía no sabían mucho de los grupos políticos del país, de las posturas de los partidos y de los dirigentes individuales sobre las candentes cuestiones del presente. Es más, estas mismas cuestiones no estaban todavía definidas muy claramente. Eran muy pocos quienes entendían la posición de Plejánov ante la guerra y simpatizaban con ella. ¿Sería capaz de traducir el gran prestigio personal de que disfrutaba en adhesión

16 Este párrafo está basado en el relato ofrecido en *Plejánov v svobódnoi Rossii* (Plejánov en la Rusia libre), Petrogrado, 1917, pp. 4-6.

a su programa político? ¿Podría reducir el abismo entre las masas «faltas de sentido crítico» y sus «conscientes» partidarios, simbolizado en la estación de Finlandia por el contraste entre la gran muchedumbre y las reducidísimas proporciones del grupo Edinstvo?

Por un breve momento, pareció que sí podría. Al menos, pareció que tenía suficientes puntos en común con los *soviets* como para unirse a ellos y, desde el interior, operar para que los dirigentes y las masas vieran las cosas como él lo hacía. Los dos principios centrales de su política en 1917 eran el carácter inequívocamente burgués de la fase histórica que Rusia estaba abocando, y la necesidad de proseguir la guerra hasta la victoria como condición previa al progreso de Rusia. Sobre el primer punto, los dirigentes socialistas moderados de los *soviets* coincidían con él. La moderación demostrada ante el gobierno provisional «burgués» era un tributo a la poderosa huella dejada por el esquema revolucionario en dos etapas, de Plejánov, en el pensamiento de la *intelligentsia* revolucionaria. Sobre este punto vital, el pionero del marxismo era difícil que pudiera mostrar desacuerdo con la postura inicial de la dirección de los *soviets*.

La política ante la guerra era otro tema. El derrocamiento del zarismo hacía a Plejánov más ardiente y declarado defensista que nunca. Sin embargo, ante la esperanza de adquirir influencia en los *soviets*, Plejánov recogió velas sobre la cuestión de la guerra nada más llegar a Rusia. Dirigiéndose al Soviet de Petrogrado,[17] mostró su calurosa adhesión al llamamiento que esta organización había hecho pocos días antes a «los pueblos de todo el mundo». El llamamiento se hacía eco de sus sentimientos cuando declaraba: «Defenderemos firmemente nuestra libertad contra todos los asaltos de la reacción, desde dentro como desde fuera». Pero el manifiesto del Soviet también convocaba a todos los pueblos «a tomar en sus manos la decisión sobre la cuestión de guerra o paz». Invitando a «una lucha decisiva contra las ambiciones anexionistas de todos los países», el Soviet anunciaba la determinación de la «democracia rusa» de «oponerse a la política de sus clases dirigentes por todos los medios». Evidentemente, esta declaración se acercaba más a la postura adoptada en Zimmerwald que a la defendida por Plejánov, y se equivocaba si la creía simple retórica. Echando la culpa de la guerra a «las ambiciones anexionistas de todos los países», el manifiesto, de hecho, negaba las afirmaciones de

17 Plejánov, *God na ródine* (Un año en la patria), I, pp. 10-11.

quienes, como el propio Plejánov, pretendían que Rusia era víctima de una agresión y, por consiguiente, su participación en la guerra era legítima. Pronto se haría evidente que Plejánov y los dirigentes de los *soviets* estaban en básico desacuerdo.

Los *soviets*, al considerar a las clases dirigentes de todos los países responsables de la guerra, proponían movilizar las fuerzas del socialismo internacional en favor de una paz justa. En opinión de Plejánov, el imperialismo alemán era el culpable, y no veía otro camino para llegar a una paz aceptable que vencer por la fuerza al enemigo. Pero temía que las denuncias hechas por los *soviets* de la guerra y la política de guerra de las «clases dirigentes» rusas podrían destruir lo poco que quedaba de moral y capacidad de combate en las tropas. Después de que soldados rebeldes persuadieran al Soviet de Petrogrado a publicar la Orden N°. 1, decreto que aceleraba la ruptura de la disciplina del ejército al negar su autoridad a los oficiales, Plejánov protestó enérgicamente y pidió una y otra vez su derogación (*). La política de los *soviets* respecto a las fuerzas armadas y la guerra, advertía, ponía en peligro la propia revolución.

Los alegatos de Plejánov no tuvieron el menor efecto, pues pedía a los dirigentes de los *soviets* algo imposible políticamente. Ellos no podían apoyar indiscriminadamente la guerra cuando los soldados, que representaban una de las principales fuerzas dentro de los *soviets*, clamaban por su fin. Si la política centrista no lograba atraer a las masas, su postura defensista, con sus premisas equivocadas, no tenía posibilidad alguna de éxito. El se dejaba orientar por el ejemplo de la Revolución francesa, pero olvidaba lo que ha subrayado recientemente un erudito, que «en 1789 la guerra estalló durante el tercer año de revolución, mientras en 1917 la revolución estalló durante el tercer año de guerra».[18] Los soldados rusos estaban hartos de combatir y, hasta el momento, no habían obtenido ventaja alguna con la revolución. La paz y un trozo de tierra significa-

* Ya antes había advertido contra los desastres que se abatirían sobre Rusia si «el ejército se descompone como consecuencia de la desaparición de la disciplina». Cuando llegó a la capital la noticia de la ofensiva de julio, habló ardientemente de aquel «día de resurrección». Consideró la dimisión del ministro de la guerra Savinkov, vigoroso socialista revolucionario que pretendía restaurar la disciplina dentro de las fuerzas armadas, como un paso que transformaría el «gobierno de salvación nacional» en el «gobierno de perdición nacional». *God na ródine*, I, pp. 32, 219; II, p. 93.

18 Lewis B. Namier, «History and Political Culture», en *The Varieties of History*, ed. F. Stern (Nueva York, 1956), p. 377.

ban mucho más para ellos que la defensa de una abstracción llamada «revolución».

También en asuntos internos, Plejánov se opuso a la mayoría de las fuerzas populares. En mayo de 1917 aconsejó al Congreso Campesino Pan-ruso que pusiera fin a los extendidos desórdenes en el campo y que dejara el arreglo de la cuestión agraria a la discreción de la próxima asamblea constituyente. Fiel a sus anteriores proposiciones, Plejánov recomendó que se mantuviera la propiedad privada sobre la tierra, y deploró la resolución aprobada por el Congreso en favor de la nacionalización de la tierra. Incluso pidió que se ofreciese alguna compensación, por modesta que fuera, a los grandes latifundistas expropiados, como gesto magnánimo para salvarles de caer en la pobreza absoluta.[19] Su preocupación, sin precedente, por la aristocracia terrateniente quizá fuera un nuevo reflejo de la influencia ética de Kant. Y, sin duda, estaba relacionada con su preocupación por la conservación de la unidad nacional; propiciaba la reducción de las hostilidades entre clases de cara a lo que consideraba amenaza mortal para la revolución.

Respecto a las relaciones en la industria, Plejánov adoptó una línea muy similar. Amonestó a los obreros —en bien suyo— para que no plantearan exigencias excesivas a los empresarios:

> Por supuesto, los obreros deben defender con toda energía sus intereses. ... Pero también aquí es preciso mantenerse en un terreno realista, evitando cuidadosamente caer en peligrosas utopías. Si nuestro proletariado presentara a los capitalistas exigencias cuyo cumplimiento hiciera no lucrativas las ulteriores operaciones de las empresas, en ese caso, serían liquidadas las empresas, los obreros se verían privados de sus ingresos, y el hambre dominaría el país. Y esto en un momento en que se está librando una guerra contra un enemigo poderoso, rapaz y despiadado.[20]

Al principio, sus amonestaciones iban dirigidas casi exclusivamente a los obreros. Avanzado 1917, aconsejó repetidas veces a los empresarios —por su propio bien— que hicieran concesiones razonables a los obreros. Por ejemplo, en agosto, afirmaba: «El mejor medio de luchar contra la difusión de pretensiones utópicas [es decir, bolcheviques] entre el proletariado ruso parece ser un sistema de amplias reformas sociales, basado en un acuerdo total e inteligente entre la democracia revolucionaria y la burguesía comercial-industrial».[21] Campesinos y obreros no prestaban mayor atención a Plejánov que los soldados. En el curso de 1917, cada vez tendieron más a la izquierda mientras él seguía fijo en sus posturas.

19 *God na ródine*, I, pp. 149-151.
20 *Ibíd.*, pp. 129-130.
21 *Ibíd.*, II, p. 85.

En 1917, Plejánov hizo todo lo que pudo por frenar la lucha de clases a cuyo desencadenamiento había dedicado su vida. Esta conducta, en apariencia absurda, era consecuencia inevitable de su actitud frente a la guerra. Era indispensable la defensa del solar patrio para la salvación de Rusia y la revolución rusa, y sólo se podría conjurar la amenaza de Alemania por medio de un acercamiento de todas las fuerzas sociales excepto las partidarias del viejo régimen. Desde el momento de su vuelta a Rusia, había defendido la idea de un gobierno de coalición, una especie de *unión sacrée*, como expresión política de aquel acercamiento. Festejó su materialización en mayo (*), habló en su defensa hasta julio, y después de las jornadas de julio se retorcía públicamente las manos de ansiedad ante la temporal negativa de «los representantes del comercio y la industria» a participar por más tiempo en la coalición.[22] A partir de entonces y hasta que los bolcheviques tomaron el poder, día tras día, casi sin interrupción, pidió moderación en las decisiones políticas, lo que permitiría una coalición estable.

Por supuesto, el mismo esquema revolucionario de Plejánov le dictaba una línea táctica similar a la ya forzada por su postura ante la guerra. Sus perspectivas revolucionarias hablaban de un largo intervalo de democracia burguesa y desarrollo económico capitalista. Pero, como advirtió a los obreros rusos, no podía haber capitalismo sin capitalistas. El proletariado no debía presionar demasiado sobre los empresarios, insistía, so pena de verse obligado a tomar el poder prematuramente; y Engels había declarado que nada peor podía sucederle a la clase obrera. La conclusión parecía inevitable. Plejánov, toda su vida campeón del proletariado, se veía obligado a pedir tregua para su enemigo de clase, la burguesía, ¡en nombre de la causa del proletariado! Como anillo al dedo, desgraciadamente, le venían las palabras que él mismo había escrito sobre Ibsen: «La mayor tragedia de su vida fue que él, un hombre que valoraba la consecuencia por encima de todo, estaba destinado a quedar envuelto en infinitas contradicciones».[23]

* *God na ródine*, I, p. 90. Las circunstancias exigían, en su opinión, que la clase obrera «ponga en primer plano no lo que le separa de otras clases y estratos sociales, sino lo que le une a ellos». *Ibid.*, p. 34.
22 *Ibid.*, pp. 130, 132.
23 *Sochinéniia*, XIV, p. 222.

En 1917, Plejánov defendió el orden, la conciliación entre las clases y la prosecución de la guerra sin cuartel. Es de comprender que considerara a los bolcheviques y a Lenin, que patrocinaban medidas políticas diametralmente opuestas, como unos depravados. Calificó a las «Tesis de abril» de «delirios» que mostraban una insensata determinación al planteamiento inmediato de la revolución socialista.[24] Después de todo, protestaba Plejánov, dado que la fase capitalista de la historia rusa acababa apenas de iniciarse, tal programa era irreconciliable con la famosa frase de Marx: «Ningún sistema social desaparece antes de que hayan sido desarrolladas todas las fuerzas productivas a las que ofrece amplias posibilidades, y nunca toman el lugar de las antiguas, nuevas y más productivas relaciones, antes de que se hayan gestado las condiciones materiales para su existencia en el seno de la vieja sociedad».

En 1917, lo mismo que en 1905, pero con todavía mayor vehemencia, Plejánov se ofrecía como adalid de la ortodoxia marxista, al tiempo que calificaba a Lenin de anarquista, bakuninista o «alquimista de la revolución». ¿Qué quedaría del socialismo científico, preguntaba, si se olvidaba el proceso histórico que establece los límites de la acción social? ¿Cómo podía ser considerado marxista el dirigente de los bolcheviques, cuando dejaba totalmente al margen de sus cálculos políticos el nivel de desarrollo económico alcanzado por Rusia?[25] El programa de Lenin le parecía a Plejánov una negación de Marx y una vuelta al socialismo utópico ya superado. Como los *narodovoltsi*, Lenin proponía sustituir las leyes objetivas que determinan el curso de la historia por la voluntad de los revolucionarios. Una y otra vez, Plejánov recordaba la advertencia de Engels sobre las desgracias a que se haría acreedora la clase obrera si intentaba una toma prematura del poder.

Nunca esperó disuadir a los bolcheviques en 1917; esperaba sólo evitar que se difundiera su influencia entre las masas. No ahorró esfuerzo para desacreditarles en sus escritos y discursos, dando pábulo incluso al dudoso rumor, extendido en Petrogrado durante las jornadas de julio, de que Lenin era un agente alemán. Posteriormente, Plejánov condenó a su anterior discípulo como «demagogo de la cabeza a los pies»;[26] pero no se contentó con simples asaltos verbales, en particular ante la participación de los bolcheviques en manifestaciones armadas

24 *God na ródine*, I, p. 27.
25 *Ibid.*, pp. 27-28.
26 *Ibid.*, II, pp. 33-34.

en contra del gobierno. Aplaudió las medidas de Kerenski contra los bolcheviques después de las jornadas de julio, y luego acusó al gobierno provisional de falta de determinación y vigor en la supresión de la «anarquía». Se hacía necesaria una política de fuerza, declaró, «en que las armas de la crítica dieran paso a la crítica de las armas».[27]

Plejánov reservó algunos de sus más amargos epítetos para los dirigentes y grupos políticos centristas que desde febrero dominaban los *soviets* y ejercían desde ellos una influencia privilegiada sobre las masas. En opinión suya, su línea política, aunque en apariencia antileninista, de hecho hacía el juego a Lenin. Calificaba a mencheviques como Chkeidze y Tseretelli, y a socialistas revolucionarios como Chernov, de «semileninistas» (*). También hubiera podido afirmar que eran semiplejanovistas, pero éste era justamente el problema: si realmente se opusieran a Lenin y su política, como pretendían, tendrían que ser plejanovistas convencidos, y no pretender elaborar un programa con elementos mutuamente excluyentes. Su intento de encontrar una línea intermedia contribuyó mucho a destruir políticamente las posturas de los plejanovistas y, al propio tiempo, a socavar su propia autoridad, abriendo el camino al ascenso de Lenin hacia el poder.

En el pecho de los «semileninistas», pretendía Plejánov, se libraba una lucha entre dos almas en conflicto, que él personificaba con los nombres Iván y Pedro:

> Iván cree que nuestra socialdemocracia está obligada a defender a Rusia, que ha sido atacada por Alemania. Por su parte, Pedro le califica de social-patriota y, declarándose internacionalista, afirma que defender a la nación es tomar la causa de la burguesía. Iván está convencido que para la rápida conclusión de la paz, el ejército debe lanzarse a la ofensiva. Pedro es partidario de la confraternización entre los ejércitos rusos y los alemanes. Iván es partidario de un gobierno de coalición. Pedro repite que entrar a formar parte de un gobierno semejante sería traicionar la causa del proletariado. Iván considera que la famosa llamada «¡Proletarios de todos los países, uníos!» tácitamente incluye la invitación «¡Proletarios de todos los países, volved la espalda inmediatamente a quienes se alinean bajo las banderas del imperialismo capitalista!». Pedro se siente profundamente molesto con quienes, siguiendo esta invitación,

27 *Ibid.*, p. 28.
* La primera vez que utilizó el término fue en mayo. *God na ródine*, I, p. 111.

30

vuelven la espalda a Scheidemann y Cía. [la mayoría socialdemócrata alemana, que apoyaba la guerra]: ve en ello una violación de la solidaridad socialista internacional.[28]

Los dos puntos de vista claramente eran incompatibles, sostenía Plejánov, y cualquier intento de combinarlos sólo podía producir efectos desastrosos.

Aunque los centristas estaban comprometidos, al menos condicionalmente, con la causa de la defensa nacional, la socavaban con su propaganda de las resoluciones de Zimmerwald, echando la culpa de la guerra, sin distinciones, a la burguesía de todos los países beligerantes. La mayoría de ellos respaldaba al gobierno de coalición, pero inmediatamente lo ponían en peligro al justificar su entrada en el mismo como medio de proseguir la lucha de clases. Aunque admitían sin vacilar que Rusia no estaba preparada para el socialismo, su conducta y sus palabras hacían la existencia del capitalismo precaria en extremo. Al hacer acusaciones continuas contra las «clases explotadoras», alentaban a los elementos «anarquistas» e «inconscientes» de la sociedad que, en último extremo, eran la base para la victoria de Lenin.[29]

Opuesto irreconciliablemente a los bolcheviques, y alejado de los socialistas moderados, Plejánov perdió rápidamente su prestigio e influencia en el campo revolucionario. No tomó parte activa en los trabajos de los *soviets*, y no sólo a causa de su enfermedad. Según parece, se le ofreció un puesto en el Comité Ejecutivo de los Soviets, pero renunció a él cuando los dirigentes de los *soviets* se negaron a atender su petición de que se concediera un segundo lugar a uno de sus seguidores del grupo Edinstvo.[30] A medida que iba dando a conocer sus puntos de vista, Plejánov empezaba a ser considerado con desconfianza por los socialistas moderados. La distancia entre ambos quedó de relieve en las maniobras que acompañaron a la crisis de mayo. Entonces, una crisis ministerial introdujo en el gobierno provisional a un grupo de socialistas moderados defensores de las tesis de Zimmerwald. Según parece, Plejánov estaba propuesto para el cargo de ministro de trabajo, pero su nombre fue vetado por el Comité Ejecutivo de los Soviets.[31] Proceso muy

28 *Ibíd.*, p. 108.
29 *Ibíd.*, I, pp. 108-111, 232-233; II, pp. 94-95, 176-178.
30 Carta de Alexander Kerenski al autor, 4 de febrero de 1962.
31 R. M. Plejánova a sus hijas, 20 de mayo de 1917 (carta sin publicar en posesión de Mme. E. Batault-Plejánova).

similar se repitió al producirse la crisis de julio.[32] No ocupó ningún puesto en los *soviets* durante 1917, y en el gobierno sólo tuvo el cargo de director de una comisión para la mejora de las condiciones de los obreros de los ferrocarriles[33] ¡Qué calamidad tuvo que significar esto para un hombre acostumbrado a habérselas con las grandes líneas de la estrategia política y las leyes históricas universales! No sin razón se lamentaba: «Aquí me encuentro al margen de la vida».[34]

Plejánov sólo hubiera aceptado un puesto ministerial caso de contar con el apoyo de los obreros, y éste se le negaba. Los dirigentes de los *soviets* se opusieron a él por temor a que los elementos más conservadores del gobierno provisional pudieran utilizar su autoridad contra ellos, que pudiera ser utilizado como «escudo viviente contra los ataques de la izquierda».[35] No hay duda de que su preocupación estaba justificada. Como ministro, tenían todos los motivos para creer que usaría su antigua vinculación con el movimiento revolucionario para legitimar tácticas inadmisibles desde el punto de vista de los *soviets*. En 1905, los bolcheviques habían calificado a Plejánov de marxista-kadete; en 1917, muchos mencheviques insistían en el tema, pero motejándole simplemente de kadete.[36] A decir verdad, las medidas políticas que propició en 1917 apenas se podían distinguir de las propuestas por los kadetes.

Sin embargo, su conducta no demuestra que hubiera abandonado el socialismo por el liberalismo burgués. Las décadas de vida pasadas en Occidente habían hecho que llegara a apreciar los valores políticos liberales, pero no le habían reconciliado con la sociedad burguesa. Que su programa inmediato, en 1917, coincidiera con el de los kadetes derivaba del carácter de su esquema revolucionario en dos etapas. Los kadetes le alababan porque les parecía que favorecía sus planes para la consolidación de una revolución democrática sobre bases no socialistas. Sus objetivos a largo plazo todavía chocaban con los suyos, aunque no de forma tan aguda como antes. Su actitud frente a la guerra, la mezcla de su marxismo con el kantismo y la moderación de su política tanto antes como después de la

32 Carta de R. M. Plejánova a sus hijas, 31 de julio de 1917. Browder y Fisher, III, p. 1428, insinúan unas negociaciones entre Kerenski y Plejánov.
33 *Ibíd.*, II, p. 756.
34 Entrevista con las hijas de Plejánov, París, verano de 1959.
35 Victor Chernov, *The Great Russian Revolution* (New Haven, Conn., 1936), p. 206.
36 *God na ródine*, II, p. 149.

Revolución de febrero, sugieren un ablandamiento que él se negaba a reconocer. Si el gobierno provisional hubiera resistido a los bolcheviques y logrado establecer un orden democrático estable, es más que probable que Plejánov se hubiera convertido en un revisionista.

En 1917, su periódico, *Edinstvo*, no había encontrado, como él mismo admitía ingenuamente, una buena acogida entre aquellos a quienes iba dirigido.[37] El evitaba deliberadamente a sus antiguos camaradas, cuyos puntos de vista estaban ahora, en la mayor parte de los casos, en total desacuerdo con los suyos,[38] y los principales dirigentes de los *soviets* se mantenían alejados de él para no quedar comprometidos ante las masas.[39] En cambio, era alabado por las fuerzas liberales y conservadoras, a las que había combatido largo tiempo, por el programa nacionalista y moderado que defendía en 1917, por pedir la restauración de la autoridad en el ejército, y por ser partidario de medidas de fuerza contra los bolcheviques. El general Kornílov expresó el deseo de que Plejánov figurara en el gobierno del régimen con que pretendía sustituir al gobierno de Kerenski.[40] Para un hombre que había dedicado su vida al movimiento revolucionario, esto era lo último que le podía pasar. Los órganos de la revolución vetaban su entrada en el gobierno. Sólo las fuerzas a las que se había enfrentado toda su vida —no había dejado de denunciar el intento de golpe de Kornílov— estaban dispuestos a facilitarle el acceso al poder.

En agosto, no mucho antes del asunto Kornílov, Plejánov fue a Moscú a hablar ante el Consejo de Estado convocado por Kerenski. El contraste entre la recepción actual y la vibrante bienvenida que se le había tributado en Petrogrado cinco meses antes, subrayaba el pronunciado declive de su popularidad. En Moscú, su llegada pasó desapercibida. No tenía habitaciones reservadas, y él y su mujer tuvieron que ir de hotel en hotel sin poder encontrar una habitación. Al fin, se vieron obligados a aceptar la hospitalidad de N. Volski, radical con quien se había enfrentado Plejánov años atrás.[41] Plejánov estaba dominado ya por el presentimiento de un desastre inminente. Profundamente conmovido, intentaba dar a los acontecimientos que se sucedían a su alrededor un sentido en relación con la historia

37 *Ibid.*, p. 38. Sujánov (p. 260) habla de *Edinstvo* como «periódico diminuto, poco leído y con ninguna influencia».
38 Aptekman, *J. V. Plejánov*, p. 96; Balabánov, p. 290.
39 Sujánov, p. 260.
40 Browder y Kerenski, III, p. 1557.
41 Entrevista con N. Volski, París, verano de 1959.

del movimiento revolucionario y su propia vida. En casa de Volski pidió un ejemplar de la obra de Herzen *El pasado y los pensamientos*, y releyó aquellos párrafos en que Herzen describe el juramento hecho por él y su amigo Ogarev, siendo jóvenes, de vengar la muerte de los primeros revolucionarios rusos, los mártires decembristas. Leyó las conmovedoras páginas en alta voz y luego propuso hacer una excursión a las cercanas Colinas de los Gorriones, aquel «lugar sagrado en la historia del pensamiento social ruso» donde se había pronunciado el juramento.[42]

Plejánov, junto con Vera Zasúlich, uno de los pocos camaradas con quienes volvió a reunirse en 1917, y unas cuantas personas más, se dirigió a las Colinas de los Gorriones. No logró encontrar el lugar preciso, pero se quedó encantado ante la vista panorámica de la ciudad y profundamente conmovido por los pensamientos que le inspiraban el lugar. Poniéndose muy pálido, cogió de pronto a Vera Zasúlich de la mano y exclamó:

> Vera Ivánovna, hace noventa años, aproximadamente en este mismo lugar, Herzen y Ogarev hacían su juramento. Hace unos cuarenta años, en otro lugar —¿te acuerdas?—, hicimos juntos nosotros también el juramento de que el bien del pueblo sería el norte de toda nuestra existencia. Nuestro camino, evidentemente, está llegando a su fin. Se está aproximando velozmente el día en que a nosotros —o mejor, de nosotros— se dirá: «Esto es todo». Quizá suceda antes de lo que nosotros esperamos. Pero cuando todavía no hemos llegado al límite, preguntémonos, mirémonos el uno al otro fijamente a los ojos: ¿hemos cumplido nuestro juramento? Yo creo que lo hemos cumplido sinceramente. ¿No es así, Vera Ivánovna, sinceramente?[43]

Innegablemente, Plejánov había cumplido su juramento. Su angustia derivaba más bien del sentimiento de no haberse realizado a sí mismo. El, cuya vida y carrera estaban marcadas por la confianza sublime en que sus ideas y actos estaban en armonía con el proceso histórico, quedaba como impotente observador mientras los acontecimientos se encaminaban hacia fines muy distintos de aquellos por los que había luchado toda su vida. Estaba asaeteado por el punzante pensamiento de que el optimismo que había reinado en su vida era equivocado, que el sistema sobre el que había basado su vida en cierta forma le había fallado.

Diez semanas más tarde, los bolcheviques se hacían con el poder. La respuesta de Plejánov se concretó en una carta abierta

42 Valentínov, p. 288.
43 *Ibid.*, pp. 288-289.

a los obreros de Petrogrado publicada en *Edinstvo,*[44] agudo y penetrante comentario sobre el *coup* de octubre. Se oponía a la transferencia del poder a los *soviets*, no porque se opusiera a la clase obrera sino por su devoción hacia sus intereses. ¿Quién, si no Plejánov, les recordaba, había hecho la profecía: «El movimiento revolucionario triunfará en Rusia como movimiento de la clase obrera, o no triunfará»? ¿Cómo podía nadie creer seriamente que él, Plejánov, que había luchado durante décadas, haciendo frente a abrumadoras dificultades, por la creación del movimiento revolucionario, se hubiera entregado a la burguesía cuando los obreros se habían hecho fuertes?

En un incisivo análisis, el viejo guerrero demostraba que, aunque políticamente vencido, todavía comprendía perfectamente la dinámica social. Una dictadura del proletariado, sostenía, sólo podía mantenerse cuando la clase obrera comprendía a una mayoría de la población. El apoyo de los campesinos no podría compensar la debilidad de la clase obrera rusa, pues lo que los campesinos querían era tierra, no el derrocamiento del capitalismo. Dado que su propia actividad económica tenía un carácter capitalista, se opondrían a la construcción del socialismo, dejando al proletariado aislado e impotente para lograr sus objetivos. Ni tampoco podría compensar la inferioridad numérica de la clase obrera rusa una revolución socialista en Alemania; tal revolución no se produciría. Por consiguiente, una toma prematura del poder tendría consecuencias desastrosas: no una revolución socialista, sino una guerra civil que provocaría la pérdida de las preciosas posiciones conquistadas con la Revolución de febrero. Las hostilidades con Alemania, no interrumpidas, y la división interna aumentaban la probabilidad de una derrota devastadora para el proletariado y de la mayor desgracia para el país en general. La situación en Rusia descartaba la toma del poder por una clase, y mucho menos un partido; exigía, en cambio, la coalición de todas las fuerzas opuestas a la restauración del viejo régimen.

Pocos días después de la aparición de la carta abierta, se prohibió la publicación de *Edinstvo*. Todavía verían la luz dos o tres números más, bajo otra cabecera, antes de que las autoridades revolucionarias acabaran de silenciar al padre del marxismo ruso. El presentimiento que había expresado a Vera Zasúlich acerca del fin que se produciría antes de lo que suponían, se intensificó después de octubre. Un día, caminando por las orillas del Neva con el socialista belga Brouckère, Plejánov

44 *God na ródine*, II, pp. 244-248.

señaló la fortaleza de Pedro y Pablo, en que habían estado encarcelados gran cantidad de revolucionarios durante el ahora derrocado régimen zarista. «Dentro de tres meses me tocará a mí el turno», dijo.[45]

No le estaba reservado tal destino, pero tuvo que sufrir afrentas menores. No mucho después de que los bolcheviques se hubieran hecho con el poder, una patrulla de soldados y marineros del *soviet* de Tsarkoe Selo, suburbio de Petrogrado en que vivía Plejánov, irrumpió en su casa sin llamar.[46] Anunciaron que estaban buscando armas y pidieron ver al cabeza de familia. Ignorando la respuesta de Rosaliia Márkovna de que su marido estaba enfermo en la cama, se abrieron paso hasta su habitación, donde ordenaron a Rosaliia que abriera maletas y cajones para ver lo que había dentro. Al no encontrar nada, estaban a punto de irse cuando uno de los marineros volvió a la carga. Agitando un revólver ante el rostro de Plejánov, gritó: «Entrega las armas, porque si las encontramos nosotros, te mato ahí mismo». El enfermo replicó: «No es difícil matar a una persona, pero de todas formas no va a encontrar ningún arma». Tras nuevas amenazas y brabuconadas, la patrulla se fue.

No habían reconocido a Plejánov. Y aunque, como luego confesaría a su mujer, había creído llegado el último momento (había pedido una taza de café muy cargado durante la visita para poder mantenerse firme en pie cuando le llevaran al lugar del fusilamiento), ni él ni su mujer dieron a conocer su identidad, por miedo a empeorar las cosas. Durante meses, los demagogos le habían tratado de traidor y contrarrevolucionario. Plejánov no fue molestado de nuevo, pues cuando se corrió la noticia de lo sucedido, el gobierno soviético publicó un decreto para «la protección de la persona y propiedad del ciudadano Plejánov».

Antes de la aparición del decreto, Rosaliia Márkovna trasladó a su marido, por razones de seguridad, al hospital francés de la Cruz Roja, en Petrogrado. También allí tuvo que temer por la vida de su marido, cuando al poco tiempo una banda de soldados y marineros entraron en el hospital y mataron a dos antiguos ministros del gobierno provisional. En enero de 1918, volvió a trasladar a su marido, esta vez a un sanatorio de Terioki, en Finlandia, y allí pasó los últimos meses de su vida.

45 De Brouckère, «La Mort de Plekhanoff», *Les Droits des peuples*, 21 de julio de 1918.

45 La versión más completa de este episodio, basada en información ofrecida por la mujer de Plejánov, nos la ofrece Arzáiev en su prefacio a *God na ródine*, I, pp. xlii-xliv.

Aunque su salud estaba rota, mantuvo su lucidez y claridad de pensamiento casi hasta el fin. Y, aunque amargamente desmentido por el curso que habían tomado los acontecimientos, todavía dio muestras de espíritu y coraje. Seis días antes de su muerte, se despertó de pronto de un profundo sueño. Con un enérgico movimiento de la mano, ardientes los ojos de fiebre, dijo en un fuerte suspiro: «De modo que no quieren reconocer mis servicios. ¡Ya les daré yo!».[47] Tres días más tarde, su cara estaba tan contraída por el sufrimiento que Rosaliia Márkovna no podía dirigir la vista a él sin echarse a llorar. Cuando él se dio cuenta de sus lágrimas, le riñó, diciendo: «¿Qué te pasa, Rosa? ¡No te da vergüenza! Tú y yo somos viejos revolucionarios y debemos ser firmes». «Así», dijo, y levantó el brazo con el puño cerrado. No tenía miedo a la muerte, y consolaba a su mujer con estas palabras: «Y, después de todo, ¿qué es la muerte? Una transformación de la materia». Y volviendo la cabeza hacia la ventana, dijo: «¿Ves ese abedul que se apoya tiernamente contra el pino? Quizá yo, también, un día me transforme en un abedul como ese. ¿Qué hay de malo en eso?».[48]

Plejánov murió el día 30 de mayo de 1918. Su cuerpo fue trasladado de Finlandia a Petrogrado, donde estuvo expuesto durante varios días en el edificio de la Sociedad de Libre Comercio. Una gran multitud de gente, que en 1917 se había negado a dejarse orientar políticamente por él, vino a rendirle el último homenaje. Muchos obreros, desoyendo la recomendación del partido bolchevique de mantenerse alejados del funeral de Plejánov, engrosaban la muchedumbre que acompañó su féretro a lo largo del recorrido de siete kilómetros hasta el lugar de su descanso final. Fue enterrado en el cementerio Voljov, al lado de su venerado pariente, Belinski. Sobre su tumba, a petición suya, se leían las palabras del *Adonais*, de Selley: «Se ha hecho uno con la naturaleza». Incluso su tumba daba fe de sus convicciones materialistas.

La Revolución bolchevique fue el golpe final para Plejánov y su teoría revolucionaria, una teoría basada en el convencimiento de que Rusia y Occidente eran, en esencia, similares. Admitiendo las peculiaridades de la primera etapa del desarrollo institucional de su país, Plejánov veía en el capitalismo el agente que debía transformar su vida económica y estructura

47 R. M. Plejánova, «Poslédnie dní J. V. Plejánova» (Los últimos días de J. V. Plejánov), p. 137.

48 *Ibíd.*, pp. 138-139; carta de R. M. Plejánova a sus hijas, junio de 1918; prefacio de Kaménskaia al *Anarquismo y socialismo*, de Plejánov, p. xxxvi.

social, poniéndolas en armonía con las formas reinantes en el Occidente moderno. La europeización de la vida social en Rusia, confiaba, conduciría a la europeización del sistema político ruso. Este planteamiento da prueba del sello racionalista patente en el pensamiento de Plejánov, de su inclinación, basada en su credo marxista, a encontrar modelos universales en la historia de las sociedades humanas. En su búsqueda de la unidad, la simplicidad y la certidumbre, tendía a perder de vista las diferencias sustanciales existentes en la historia moderna de los distintos países «occidentales». Francia, por ejemplo, había sido escenario de la clásica revolución «burguesa», mientras en Alemania un intento semejante terminó en fracaso. Despreciando esta importantísima diferencia, Plejánov pretendía arbitrariamente que el modelo francés representaba el esquema occidental de evolución histórica. Por tanto, elevando la experiencia francesa a categoría universal, pensaba para Rusia una revolución del mismo tipo y similares consecuencias. En realidad, Rusia en 1900 era más parecida a la Alemania anterior a 1848 que a la Francia anterior a 1789. Nacido mucho después que el proceso paralelo en Alemania, el movimiento en favor del derrocamiento del absolutismo ruso era muy poco probable que pudiera seguir el modelo de Francia, como no había podido hacerlo su predecesor.

Al sentar los fundamentos del marxismo ruso, Plejánov acusó a los *naródniks* de no haber comprendido correctamente la realidad socioeconómica rusa y la dirección de su evolución. Indudablemente, su acusación era exacta en cuanto hacía referencia a una serie de temas fundamentales, como sobre todo la aparición en Rusia de un sistema productivo capitalista en expansión y su concomitante, una clase obrera industrial. Sin embargo, en su crítica a la insistencia de los *naródniks* sobre las peculiaridades de Rusia se excedió hasta llegar a imaginar que Rusia quedaría transformada por el capitalismo en una réplica de la sociedad «occidental». Puede que sus antagonistas no las identificaran correctamente, pero era evidente que había auténticas y sustanciales diferencias en la tradición y la estructura social de Rusia que la alejaban de las naciones occidentales, incluida la Francia anterior a 1789.

A falta de un largo proceso de desarrollo de empresas comerciales y de vida urbana, Rusia carecía, a diferencia de Francia, de una numerosa y acomodada burguesía, una fuerza social independiente consciente de su propia importancia y segura de su fuerza y capacidad de gobierno. Además de ser débil, la clase media rusa no se atrevía a reclamar abiertamente el poder polí-

tico a diferencia de lo ocurrido en Francia, porque era sensible a la existencia de una clase obrera agresiva y reivindicativa, a cuyo desafío tendría que hacer frente de inmediato. En Francia, la burguesía disfrutó, prácticamente sin distinción, de la dirección de la Revolución; todavía apenas había hecho aparición un auténtico proletariado y mucho menos podía constituir éste una fuerza política independiente. Finalmente, Rusia combinaba a principios del siglo XX, dentro de sus fronteras, a diferencia de Francia en el siglo XVIII, un sistema agrario propio de un país atrasado y una economía industrial moderna en la fase más reciente, y explotadora de su desarrollo. En potencia, se acumulaba la energía revolucionaria de un campesinado muy descontento y de un proletariado industrial militante, que se podía desatar en cualquier momento y a un tiempo. Plejánov nunca dio importancia a tales diferencias.

Es más, aún cuando no hubieran existido estas diferencias, la probabilidad de que la revolución rusa siguiera el modelo francés era remota. Como ha señalado E. H. Carr: «Los dramas no se repiten en la historia porque las *dramatis personae* protagonistas del segundo conflicto son conscientes del anterior *dénouement*».[49] Parece probable que la burguesía rusa se negara a representar el papel que tenía asignado, al menos en parte, por el temor que inspiraron las actividades turbulentas de los proletarios de los países occidentales durante el siglo XIX. Plejánov consideraba a la burguesía incapaz de una actividad revolucionaria consecuente, pero sus propias iniciativas empeoraban las cosas, pues al luchar por elevar la conciencia de clase del proletariado, disminuía la disposición de la burguesía a luchar por el derrocamiento del absolutismo.

Dado que la falta de preparación de Rusia para el socialismo era uno de los puntos más importantes en su crítica a los *naródniks*, debía hacer frente a la labor paradójica de redactar un programa para un movimiento socialista en un país atrasado a nivel económico que todavía no había liquidado el absolutismo. Intentó solucionar este problema convirtiendo lo que en principio parecía un obstáculo insoslayable en evidente ventaja, al establecer una relación orgánica entre la revolución socialista y la revolución «burguesa» que debía precederla. Proponía convertir la primera revolución en instrumento de la segunda, sirviendo la conciencia de clase del proletariado de vínculo entre ambas. Dicha conciencia debía ser despertada desde el primer momento posible —y en concreto, aprovechando la campaña por

49 E. H. Carr, *The New Society* (Londres, 1951), pp. 5-6.

la destrucción del absolutismo— y continuamente alimentada, en amplitud y profundidad, hasta la consecución del socialismo. De tal forma, los socialistas, al tiempo que luchaban por la revolución «burguesa», estarían simultáneamente acercándose a su fin último.

De ahí la preocupación de Plejánov por las relaciones entre el proletariado y la burguesía en la lucha contra el absolutismo. En Occidente, el «pueblo» había descargado los golpes decisivos contra el absolutismo sólo para contemplar cómo la burguesía se había ya apropiado, de antemano, el fruto de la victoria. Para evitar el mismo resultado en Rusia, Plejánov proponía un cambio crítico: debían ser los socialistas y no los liberales burgueses, quienes convocaran a los obreros a la lucha contra el absolutismo, garantizando así su participación no como «instrumentos ciegos», sino como fuerza independiente, con conciencia de clase. Bajo la dirección socialista, los obreros lucharían codo a codo con la burguesía contra el absolutismo y, aún así, no abrigarían ilusiones acerca de la relación entre sus intereses a largo plazo, y los de sus compañeros en la lucha. Verían la revolución contra el absolutismo no como un fin en sí mismo, sino como medio para adquirir tanto mejoras económicas como derechos políticos para poder proseguir con más efectividad el ascenso hacia el socialismo, como fin último.

Plejánov nunca llegaría a darse cuenta de que su modificación amenazaba con alterar la secuencia de etapas históricas determinadas económicamente, definida por el marxismo. En ese elemento de absoluta importancia dentro de su sistema, la conciencia de clase del proletariado, yacía oculta una contradicción insoluble. El proletario con conciencia de clase, según, Plejánov, debía entender (1) el papel de las clases en la sociedad; (2) sus intereses reales y la táctica adecuada para su realización, y (3) los límites impuestos a la acción por la etapa de desarrollo histórico y, en especial, económico, alcanzado por la sociedad. Esperar que un movimiento de masas asimilara y se guiara por una serie de principios semejante, que fuera capaz de una inteligencia sociológica e histórica tan amplia, requería el tipo de confianza que sólo la fe en la ineluctabilidad del proceso histórico puede dar.

El logro de una conciencia de clase proletaria, mientras significara entender el antagonismo de intereses entre el proletariado y la burguesía, era algo que entraba dentro del reino de lo posible. Pero los acontecimientos de 1905 demostraban la imposibilidad de combinar un proletariado con conciencia de clase con la burguesía en una revolución acorde con el viejo

modelo occidental. La burguesía se atenía absolutamente a la predicción de Plejánov de que se mostraría incapaz de una actividad revolucionaria consecuente. Por otra parte, se mostraba inclinado a temer que la oposición de la clase obrera a la burguesía tuviera ya «la firmeza de un prejuicio». He aquí una premonición de 1917, cuando fueron pocos los obreros que vieron motivo para ceder el poder a quienes se les había enseñado a considerar como enemigos de clase. La insistencia de Plejánov sobre la coincidencia de intereses entre el proletariado y la burguesía en 1917 fue acogida con incredulidad por quienes «sabían» gracias a sus enseñanzas, directas o a través de sus discípulos, que tal coincidencia no era posible.

Al sentar las bases de la estrategia de la socialdemocracia, Plejánov no se dio cuenta de que su pretendida «mejora» basada en la experiencia histórica de Occidente no podía hacerse sin provocar una serie de reajustes compensatorios. Anticipándose a la «ley del desarrollo desigual» de Trotski (*), creía poder capitalizar el atraso de Rusia en beneficio de la causa socialista, si bien en forma definida y limitada. No llegó a deducir como corolario la «ley del desarrollo combinado», que establece como consecuencia de la desigualdad un destino histórico distinto para los países atrasados, incluida incluso la posibilidad de omisión de enteras etapas históricas. En realidad, la propia actividad política de Plejánov contribuyó a excluir el proceso histórico que él había previsto. Criticó a Lenin incontables veces por olvidar las «condiciones objetivas» de la sociedad rusa (**), y, sin embargo, su propio voluntarismo respecto al proceso

* Meyer, en un estudio muy interesante en líneas generales (*Leninism*, capítulo 12) atribuye equivocadamente a los mencheviques —incluido Plejánov implícitamente— la creencia de que Rusia debía repetir el curso *entero* de la evolución de los países de Europa occidental. Tal planteamiento desconoce la relación que pretendía establecer Plejánov entre las dos revoluciones y su intención de acortar el intervalo entre ambas.

** Es interesante señalar que en los primeros años de la Internacional comunista, Lenin defendió, para países colonizados tales como la India y China, una línea táctica que recuerda el esquema revolucionario en dos etapas de Plejánov, con el que había roto claramente en 1917. Frente a la táctica de Lenin de apoyar a los movimientos de liberación nacional dirigidos por las burguesías, pidiendo en cambio que se defendiera la postura dirigente de los comunistas, se alineaban dentro de la escena asiática, figuras tales como el indio M. N. Roy; Xenia J. Eudin y Robert C. North, *Soviet Russia and the East, 1920-1927* (Stanford, California, 1957), pp. 36-42, 63-67. Similar polémica se produjo en la década de 1920 en relación al movimiento comunista chino, en que Stalin defendió el apoyo de los comunistas al Kuomintang y Trotski subrayaba la necesidad de una iniciativa comunista independiente y agresiva.

histórico en Rusia sólo se distinguía en grado del de Lenin. No fue éste el único caso en que se adelantó al cabeza de los bolcheviques. Su respuesta ante el revisionismo fue uno de los motivos principales de la enorme importancia que concedió Lenin, dentro del movimiento, a la *intelligentsia* socialista. La irrenunciable voluntad socialista de un sector de la *intelligentsia,* un proletariado con conciencia de clase y un levantamiento imprevisto y extraordinariamente revolucionario de campesinos y soldados, que fue explotado por los bolcheviques con consumada habilidad: tal combinación fue lo que hizo pedazos el famoso esquema revolucionario en dos etapas de Plejánov.

Después de octubre respondía Plejánov a quienes hablaban de una relación filial entre él y Lenin, que el dirigente bolchevique, en el mejor de los casos, era un hijo ilegítimo. Sin embargo, parece que en el último momento llegó a entender la relación profunda entre su propio sistema revolucionario y la Revolución bolchevique. Según Deutsch, que pasó muchas horas con su camarada moribundo, Plejánov le hizo repetidas veces la pregunta que «le atormentaba profundamente»: «¿No hemos iniciado la propaganda del marxismo demasiado pronto en una Rusia atrasada, semiasiática?».[50] Al final, parece que llegó a entender su propia complicidad en lo sucedido, reconociendo la relación con su insistencia en el vínculo vital entre las revoluciones burguesa y socialista en Rusia. Estaba torturado por el pensamiento de que, después de todo, había sido una equivocación lanzar un movimiento marxista en un país atrasado; tal mezcla sólo podía dar como resultado otro distinto al por él anticipado.

A la luz de los acontecimientos de 1917, sentía que había sobrevalorado considerablemente la extensión de la europeización de Rusia. Esto lo prueba su pregunta a Deutsch. E incluso antes de que los bolcheviques se hicieran con el poder, había dicho a Volski que lo europeo en Rusia no era más que «lunares en un elefante».[51] El éxito de la «demagogia» de Lenin lo atribuía a un nivel insuficiente de conciencia proletaria, otra forma de decir una insuficiente europeización. Un sumario juicio de la Revolución bolchevique nos permite adivinar cuáles fueron sus últimos pensamientos sobre el tema:

> La revolución que estamos viviendo no es una revolución en el sentido europeo de la palabra, sino un epílogo sangriento de las

50 Citado por Kuskova, p. 139.

51 Volski, «Besedi s Plejánovim v ávguste 1917» (Entrevistas con Plejánov en agosto de 1917).

reformas de 1861. El soldado es un campesino que se ha sumado a la revolución sólo con objeto de obtener la tierra de los latifundistas, y no tiene el menor interés por las restantes conquistas [es decir, las políticas] de la revolución. Ataca y aniquila a la burguesía como si, en su opinión, fuera lo mismo que los terratenientes. Lenin, Trotski, y otros, que durante veinte años hicieron causa común con los marxistas, después de la Revolución de febrero, se han convertido, en esencia, en unos *naródniks*. Están actuando de acuerdo con el programa de L. Tijomírov y siguiendo las indicaciones de Bakunin, que defendía que la revolución no debe confiarse a los obreros organizados, que están infectados de estatismo, sino a las masas inconscientes, los elementos criminales, etc. (*).

Plejánov, amargamente desilusionado, creía que los obreros se equivocaban de forma lamentable al imaginar que estaban entrando en una Edad de Oro. Pero cuando, inmediatamente después del ascenso de los bolcheviques, fue invitado a ocupar un puesto ministerial en una coalición contrarrevolucionaria, respondió terminantemente: «He dado cuarenta años de mi vida al proletariado, y no voy a tomar las armas contra él aunque haya equivocado el camino, y le conmino a que no lo haga usted tampoco».[52]

El juicio de Plejánov quedó vindicado, en no poca medida, por los acontecimientos posrevolucionarios. A pesar de sus muchos errores, sabía bien qué condiciones eran necesarias para el establecimiento del orden socialista estable, humano y democrático a que había entregado su vida. Nada más triunfar la Revolución bolchevique, quedó en claro, sin lugar a dudas, que dichas condiciones faltaban por completo en Rusia. Las advertencias contenidas en su carta abierta a los obreros de Petrograd y los pocos artículos que escribió después, señalaban el camino que iba a tomar la Rusia soviética.

* *Zariá*, núms. 5-6 (1924). En una carta escrita por su mujer, bajo su inspiración, el día 24 de noviembre de 1917, puede comprobarse cómo Plejánov siguió pensando hasta el fin en términos de la Revolución francesa: «¡No sufrimos bajo el terror de los montañeses, de los jacobinos, no! Son aquéllos contra los que clamaba Robespierre quienes han tomado el poder. Son los hebertistas, los bakuninistas, los anarquistas. La Convención quería una Francia unida, fuerte e indivisible, mientras nuestro presente régimen permite que la gran Rusia caiga hecha pedazos. La Convención no hubiera pactado con un enemigo que hollara suelo francés. Nuestro régimen permite que Alemania ponga un yugo al cuello del pueblo ruso y está dispuesto a abandonar a Alemania todo lo que ella desee, al tiempo que afirma al pobre pueblo ruso que eso es internacionalismo.»

52 R. M. Plejánova, «Plejánov i intervéntsiia» (Plejánov y la intervención). De acuerdo con esta versión, el general Krasnov, a través de su agente Sávinkov, pidió a Plejánov que aceptara convertirse en primer ministro.

Como él predijo, no se materializó la revolución en Alemania, y Rusia quedó abandonada a su propio destino. Si los aliados no hubieran ganado la guerra, los términos del Tratado de Brest-Litovsk, impuesto por Alemania a Rusia, hubieran tenido consecuencias calamitosas. Apenas se había firmado el tratado cuando estalló una guerra civil que asoló el país durante tres años, reduciéndolo a un estado no lejos de la barbarie. Al término de la guerra, el país estaba bajo la dictadura de una reducida minoría, como había predicho Plejánov que sucedería caso de que triunfaran los bolcheviques. Como también predijo, los proletarios —o mejor, quienes pretendían hablar en su nombre— eran incapaces de romper los viejos moldes de la vida social y económica en Rusia, y en 1921 la Nueva Política Económica reintrodujo la libertad empresarial para los campesinos y pequeños empresarios. En cuanto a Lenin y Trotski, sólo les faltó admitir que se habían equivocado al forzar la marcha de la historia. En efecto, reconociendo la validez de las advertencias de Plejánov, en incontables ocasiones atacaron el «barbarismo campesino» de Rusia, que en todo momento amenazaba el progreso hacia la sociedad socialista que había de ser la más racional, libre y rica de la historia de la humanidad.

Cuando, a finales de la década de 1920, se lanzó el primer plan quinquenal, la resistencia de los campesinos lo hizo fracasar, iniciándose la integración de la sociedad soviética sobre bases totalitarias, demostrando de nuevo el curso de los acontecimientos lo acertado de las premoniciones de Plejánov. ¿No era éste un caso de camarilla revolucionaria en el poder, aferrándose a él tenazmente, aún después de reconocer la divergencia entre las aspiraciones populares y sus propios objetivos socialistas? Si se produjese tal situación, había escrito en 1885, el grupo revolucionario podía intentar organizar la producción nacional sobre bases socialistas por la fuerza, en ausencia de las condiciones objetivas que condicionan el apoyo popular a la socialización. En este caso, «habría que buscar salvación en los ideales del 'comunismo patriarcal y autoritario', sumando a dichos ideales, como único cambio, que la producción nacional fuera dirigida por una casta de socialistas, en lugar de 'los Hijos del Sol' peruanos y sus ministros». ¿No fue el régimen de Stalin un «comunismo autoritario»? ¿No aspiraba a controlar estrechamente al pueblo por medio del control estatal de los medios de producción?

En cuanto al carácter de la vida dentro del partido bajo la égida de Stalin, ¿qué mejor descripción que la crítica de Plejánov a las implicaciones del esquema organizativo defendido por Lenin, escrito en 1904?

Imaginemos que el Comité Central reconocido por todos nosotros tuviera el derecho, todavía en discusión, de «liquidación». Podría entonces ocurrir lo siguiente. Convocada la celebración de un congreso, el C. C. «liquida» en todas partes a los elementos con los que no está satisfecho, elige igualmente a las criaturas con las que está satisfecho, y con ellas constituye todos los comités, garantizándose así una mayoría totalmente sumisa en el congreso, sin más dificultades. El congreso formado por las criaturas del C. C. grita afablemente «¡Viva!», aprueba todos sus actos, buenos o malos, y aplaude todos sus proyectos e iniciativas. En este caso, en realidad, no habría en el partido ni una mayoría ni una minoría, porque entonces habríamos llevado a la práctica el ideal político del Sha de Persia.

Deseando que las masas alcanzaran el mayor nivel posible de conciencia y sensibilidad políticas, Plejánov escribió en 1885 líneas que podrían hoy interpretarse como crítica y condena de la sociedad soviética contemporánea: «Y aun cuando se crease un Estado que —sin conceder derechos políticos— quisiera, y pudiera, garantizar el bienestar material, en ese caso, no seríais más que 'esclavos saciados, ganado de trabajo bien alimentado'». [53]

La derrota de Plejánov significó, además, la derrota de los puntos de vista marxistas ortodoxos que sostuvo a lo largo de su vida. El fracaso de sus airadas campañas contra las dos principales desviaciones, el revisionismo y el economicismo, no deben atribuirse a su incapacidad personal, sino a la insuficiencia de la doctrina marxista al ser aplicada a las cambiantes sociedades europeas de principios del siglo XX. El reformismo acabó con las posibilidades de una revolución socialista en Occidente. La propia carrera política de Plejánov demuestra, mejor que cualquier otra cosa, lo inapropiado de las fórmulas del marxismo ortodoxo aplicadas a países atrasados como Rusia. Su intento de cruzar entre la Scilla del bolchevismo y el Caribdis del reformismo terminó en desastre.

Aunque Plejánov se mostró tenaz enemigo del utopismo dentro del movimiento socialista, sus propias aspiraciones terminaron siendo utópicas. Después de haber calificado en cierta ocasión a la filosofía como «ciencia de las ciencias», terminó aferrado a posiciones filosóficas que le hacían pisar en falso. Se demostraba imposible mantener el equilibrio, esencial para la realización de sus predicciones, entre determinismo y voluntad libre, evolución y revolución. Tanto en Occidente como en Rusia, el curso de los acontecimientos se burlaba de la firme fe de Plejánov en la historia como proceso objetivo sometido a leyes conocibles, e independiente de la voluntad del hombre. No obstante, con esa ambigüedad característica en la historia humana, Plejánov había acertado en cierta forma. En Occidente, el reformismo modificó el capitalismo pero no efectuó la transformación socialista defendida por sus antagonistas. Y en Rusia las advertencias de Plejánov contra una toma prematura del poder, demostrarían posteriormente su acierto frente a los «proscritos» que le derrotaron en 1917.

[53] *Sochinéniia*, II, pp. 365-366.

BIBLIOGRAFIA

MANUSCRITOS

Manuscritos de Axelrod en el Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam.
Manuscritos de R. M. Plejánova en posesión de Mme. Eugenia Batault-Plejánova, París:
«Italia i Gorki» (Italia y Gorki).
«Kak organizoval svoi úmstvenni trud J. V. Plejánov» (Cómo organizaba su trabajo intelectual J. V. Plejánov).
«Plejánov i intervéntsiia» (Plejánov y la intervención).
«Plejánov i rabóchie» (Plejánov y los obreros).
Correspondencia inédita en posesión de Mme. E. Batault-Plejánova, París.
N. Volski, «Besedi s Plejánovim v ávguste 1917» (Entrevistas con Plejánov en agosto de 1917). Manuscrito inédito en posesión de su autor. París.

PERIODICOS

Priziv (Llamamiento). París, 1915-1917.
Sotsial-Demokrat. Literatúrnoe-politícheskoe obozrénie (Revista político-literaria). Ginebra, 1888, vol. I.
Sotsial-Demokrat. Trejmesiáchnoe literatúrnoe-politícheskoe obozrénie (Revista trimestral político-literaria). Ginebra, 1890-1892. Números 1-4.

LIBROS, PANFLETOS Y ARTICULOS

Akímov-Majnovets, V. P. «Pervi sezd RSDR Parti» (Primer congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso), *Minúvshie godi* (Los años pasados), 1908, núm. 2.
Axelrod, P. B., «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá"» (El grupo Emancipación del Trabajo), *Létopisi marksizma* (Anales del marxismo), 1928, núm. 6.
Istorícheskoe polozhénie i vzáimnoe otnoshénie liberálnoi i sotsialistícheskoi demokrati v Rosíi (La situación histórica y las relaciones mutuas entre las democracias liberal y socialista en Rusia). Ginebra, 1898.
Iz arjiva P. B. Akselroda. Materiali po istori rússkogo revoliutsiónnogo dvizhéniia (Del archivo de P. B. Axelrod. Materiales sobre la historia del movimiento revolucionario ruso). Vol. II. Editado por Voitinski, Nikoláevski y Tsederbaum-Dan. Berlín, 1924.

Perezhitoe i peredúmannoe (Impresiones vividas y reflexiones). Berlín, 1923.
Rabochi klass i revoliutsiónnoe dvizhénie v Rosíi (La clase obrera y el movimiento revolucionario en Rusia). San Petersburgo, 1907.
Axelrod, P. B. y Plejánov, J. V., *Perepiska J. V. Plejánova i P. B. Akselroda* (Correspondencia de J. V. Plejánov y P. B. Axelrod). Editada por Berlín, Nikolaevski y Voitinski. 2 vols. Moscú, 1925.
Axelrod-Ortodox, *L. Etiudi i vospominániia* (Estudios y recuerdos). Leningrado, 1925.
«Iz moij vospominani» (De mis recuerdos), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1930, núm. 2.
Alexándrov (Olminski), M. C., «"Gruppa Narodovóltsev"», 1891-1894», *Bíloe*, 1906, núm. 11.
Aptekman, O. V., *Cherni Peredel* (Reparto Negro), Moscú, 1923.
J. V. Plejánov. Leningrado, 1925.
Iz istori naródnichestva 70-j godov: «Zemliá i Volia» (De la historia del movimiento populista de la década del 70: Tierra y Libertad). Rostov del Don, 1907.
«Pometki O. V. Aptekmana na staté o J. V. Plejánove» (Acotaciones de O. V. Aptekman en un artículo sobre J. V. Plejánov), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1928, núm. 5.
Arjiv «Zemlí i Voli» i «Naródnoi Voli» (Archivos de «Zemliá i Volia» y de «Naródnaia Volia»), Moscú, 1932.
Arzáiev, Y., Prefacio a *God na ródine* (Un año en la patria), de Plejánov, París, 1921.
B———, V., «Vospominániia peterbúrzhtsa o vtorói polovine 80-j godov» (Recuerdos de un petersburgués sobre la segunda mitad de la década del 80), *Minúvshie godi* (Los años pasados), 1908, núms. 10-11.
Bakálov, G., «J. V. Plejánov v Bolgari» (J. V. Plejánov en Bulgaria), *Létopisi marksisma* (Anales del marxismo), 1928, núm. 5.
Bakunin, M., *Gosudarstvo i anárjiia* (El Estado y la anarquía), 1873.
Balabánov, Angélica, *My Life as a Rebel* (Mi vida rebelde), Nueva York, 1938.
Baron, Samuel H., «Plekhanov's Russia: The Impact of the West upon an "Oriental" Society», *Journal of the History of Ideas*, vol. XIX (1958).
Basilievski, B., *Gosudárstvennie pristuplénia v Rosii v XIX veke* (Delitos de lesa patria en la Rusia del siglo XIX). Stuttgart, 1903.
Edit. Literatura parti Naródnoi Voli (Publicaciones del partido Naródnaia Volia). París, 1905.
Baturin, N., *Ocherki istori sotsial-demokrati v Rossii* (Estudios sobre la historia de la socialdemocracia en Rusia), 2.ª ed., Moscú, 1922.
Berdyaev, Nicolas, *The Russian Idea*. Nueva York, 1948.
Berlin, Isaiah, *Karl Marx, His Life and Environment*. 2.ª ed., Nueva York, 1959.
Análisis crítico de *En defensa del materialismo*, de Plejánov, en *Slavonic and East European Review*, vol. XXVIII (1949).
Bernstein, Eduard, *Evolutionary Socialism*. Traducido por Edith Harvey (al inglés). Londres, 1909. [Trad. castellana, Fontamara, Barcelona, 1975.]
«Karl Marks i rússkie revoliutsioneri» («Carlos Marx y los revolucionarios rusos»), *Minúvshie godi*, 1908, núms. 10-11.
«Bibliográfiia» (Bibliografía), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1933, núm. 10.

Blagóiev, D., «Krátkie vospomínániia iz moéi zhizni» (Breves recuerdos de mi vida), *Proletárskaia revoliútsiia*, 1927, núm. 1.
Blagóievtsi-Redáktsiia «Véstnika Naródnoi Voli» (Redacción *blagóievtsi* del «Correo de Naródnaia Volia»), *Bíloe* (El pasado), 1918, núm. 13.
Bogucharski, V., *Iz istori politícheskoi borbí v 70-j i 80-j gg. XIX veka.* (De la historia de la lucha política en las décadas del 70 y 80 del siglo XIX). Moscú, 1912.
Bowman, Herbert E., *Vissarion Belinski, 1811-1848: A Study in the Origins of Social Criticism in Russia.* Cambridge, Mass., 1954.
Browder, Robert P., y Kerenski, Alexander F. (eds.), *The Russian Provisional Government, 1917.* 3 vols. Stanford, California, 1961.
Brúsnev, M., «Vosniknovénie pérvij rússkij sotsial-demokratícheskij organizatsi» (Surgimiento de las primeras organizaciones socialdemócratas rusas), *Proletárskaia revoliútsiia*, 1923, núm. 2.
Bunyan, James, y Fisher, H. H., *The Bolshevik Revolution, 1917-1918.* Stanford, California, 1934.
Carr, E. H., *A History of Soviet Russia.* Londres, 1950, vol. I. [Trad. castellana, Alianza, Madrid, 1972.]
Chaguin, B. A., *Proniknovénie idei marksizma v Rossíiu* (La penetración del marxismo en Rusia). Leningrado, 1948.
Chamberlin, William, H., *The Russian Revolution.* 2 vols., Nueva York, 1935.
Cherniávski, M. M., «K 50-létiiu kazánskoi demonstratsi 1876 goda» (Ante el 50 aniversario de la manifestación de la plaza de Kazán de 1876), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1926, núms. 7-8.
Chernomórdik, S., «K 50-létiiu Gruppi "Osvobozhdénie Trudá"» (Ante el 50 aniversario del grupo Emancipación del Trabajo), *Kátorga i ssilka*, 1933, núms. 10 y 12.
Cole, G. D. H., *The Second International, 1889-1914.* Vol. III, parte I de su *A History of Socialist Thought.* Londres, 1956. [Trad. castellana FCE, México, 1959.]
Dan, F. I., *Proisjozhdénie bolshevizma* (El origen del bolchevismo). Nueva York, 1946.
Daniels, R. V., «Fate and Will in the Marxian Philosophy of History», *Journal of the History of Ideas*, vol. XXI (1960).
Deutsch, Lev. (ed.), *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá».* 6 vols., Moscú, 1924-28.
«Iz otnosheni J. V. Plejánova k narodovóltsam» (De la actitud de J. V. Plejánov hacia los *narodovoltsi*), *Kátorga i ssilka*, 1923, núm. 7.
«K vozniknovéniiu Gruppi "Osvobozhdénie Trudá"» (En torno al surgimiento del grupo Emancipación del Trabajo), *Proletárskaia revoliútsiia*, 1923, núm. 4.
«Kak J. V. Plejánov stal marksístom» (Cómo se hizo marxista J. V. Plejánov), *Proletárskaia revoliútsiia*, 1922, núm. 7.
«Mólodost J. V. Plejánova» (La juventud de J. V. Plejánov), *Bíloe* (El pasado), 1918, núm. 13.
«O sblizheni i razrive s narodovóltsami» (Sobre el acercamiento y la ruptura con los *narodovoltsi*), *Proletárskaia revoliútsiia*, 1923, núm. 8.
«Pismá J. V. Plejánova k P. L. Lavrovu (Cartas de J. V. Plejánov a P. L. Lavrov), *Dela i dni*, núm. 2 (1921).
Sixteen Years in Siberia (Dieciséis años en Siberia). Traducción al inglés de Helen Chisholm. Londres, 1903.
«V. I. Ignátov», *Proletárskaia revoliútsiia*, 1923, núm. 9.
Deutscher, Isaac, *The Prophet Armed.* Nueva York, 1954. [Trad. castellana, Era, México, 1970.]

Dumur, L., «Socialistes allemands», *La Guerre mondiale* (Ginebra), 12 de diciembre de 1914.
Engels, Friedrich, *Federico Engels o Rossíi* (Federico Engels sobre Rusia). Ginebra, 1894.
Ermanski, O. A., *Iz perezhítogo* (De lo vivido). Moscú, 1927.
Fainsod, Merle, *International Socialism and the World War.* Cambridge, Mass., 1958.
Fédorchenko, L., «J. V. Plejánov», *Kátorga i ssilka*, 1923, núm. 7.
«Pérvie shaguí sotsial-demokrati v Kíeve» (Primeros pasos de la socialdemocracia en Kiev), *Kátorga i ssilka*, 1926, núm. 6.
Fígner, Vera, *Zapechatlenni trud* (Un trabajo inolvidable). Moscú, 1932, vol. I.
Fischer, George, *Russian Liberalism: From Gentry to Intelligentsia.* Cambridge, Mass., 1958.
Florinsky, Michael T., *The End of the Russian Empire.* New Haven, Conn., 1931.
Footman, David, *Red Prelude.* New Haven, Conn., 1954.
Frencher, A. A., «Na ródine J. V. Plejánova» (En la patria de J. V. Plejánov), *Proletárskaia revoliútsiia*, 1922, núm. 8.
Frolenko, M. F., «Kommentari k staté N. A. Morózova "Vozniknovénie Naródnoi Voli"» (Comentarios al artículo de N. A. Morózov «El surgimiento de Naródnaia Volia»), *Bíloe*, 1906, núm. 12.
«Lípetski i Vorónezhki sezdi» (Los congresos de Lípetsk y Vorónezh), *Bíloe*, 1907, núm. 1.
Gankin, Olga H. y Fisher, H. H., *The Bolsheviks and the World War.* Stanford, California, 1940.
Gay, Peter, *The Dilemma of Democratic Socialism.* Nueva York, 1952.
Guerásimov, V., *Zhizn rússkogo rabóchego polveka tomú nazad* (La vida del obrero ruso hace medio siglo). Petrogrado, sin fecha.
Gorki, Maxim, *Days with Lenin.* Nueva York, 1932.
Haimson, Leopold, *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism.* Cambridge, Mass., 1955.
Hook, Sidney, *The Hero in History.* Boston, 1955.
«Ispolnítelni komitet-Aleksander III» (El comité ejecutivo-Alejandro III), *Bíloe*, 1906, núm. 3.
Ivanov-Razúmnik, V., *Istóriia rússkoi obschéstvennoi misli* (Historia del pensamiento social ruso). 2 vols., 2.ª edición. San Petersburgo, 1908.
Literatura i obschéstvennost (La literatura y la sociedad), 2.ª edición, 1911.
«Iz perepiski Gruppi "Ozvobozhdénie Trudá"» (De la correspondencia del grupo Emancipación del Trabajo), *Krásnaia létopis*, 1924, núm. 2.
Kámenev, Y., *Sotsial-demokratícheskie izdániia. Ukazátel sotsial-demokratícheskoi literaturi na rússkom iaziké: 1883-1895* (Ediciones socialdemócratas. Indice de las publicaciones socialdemócratas en lengua rusa: 1883-1895). Vol. I, París, 1913.
Kaménskaia, M., Prefacio a *Anarquismo y socialismo*, de Plejánov. París, 1924.
Karéiev, N. I., «Nóvaia popitka ekonomícheskogo obosnovániia istori» (El nuevo intento de argumentación económica de la historia), *Rússkoe bogatstvo* (La riqueza rusa), 1894, núm. 1.
Kautsky, Karl, *Dvizhúschie sili i perspektivi rússkoi revoliutsi* (Las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución rusa). Moscú, 1907.
Keep, J. L. H., *The Development of Social Democracy in Russia, 1898-1907.* Tesis no publicada, Universidad de Londres, 1953. Copia en microfilm de la Universidad de California, Berkeley.

Kizevetter, A., «Novi trud J. V. Plejánova po rússkoi istori» (La nueva obra de J. V. Plejánov sobre la historia de Rusia), *Golos minúvshego* (La voz del pasado), 1916, núm. 1.
Knizhnaia létopis (Anales de libros), 1934.
Koltsov, D., «Konets "Naródnoi Voli" i nachalo sotsial-demokrati» (El fin de Naródnaia Volia y el comienzo de la socialdemocracia), en A. Thun, *Istóriia revoliutsiónnij dvizheni v Rossíi* (Historia de los movimientos revolucionarios en Rusia), 2.ª ed., Petrogrado, 1920.
Kozmín, B. N., «Neízdannie pismá J. V. Plejánova k P. L. Lavrovu» (Cartas inéditas de J. V. Plejánov a P. L. Lavrov), *Literatúrnoe nasledstvo*, números 19-21 (1935).
«Odín iz pérvij literatúrnij ópitov J. V. Plejánova» (Uno de los primeros ensayos literarios de J. V. Plejánov), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1923, núm. 7.
Kremer, A., *Ob aguitatsi* (Sobre la agitación). Ginebra, 1896.
Kropotkin, P., *Memoirs of a Revolutionist*. Boston, 1899. [Trad. castellana, Zyx, Madrid, 1973.]
Krúpskaia, N. K., *Memories of Lenin*. Traducción al inglés de E. Verney. 2 vols. Nueva York, sin fecha.
Kuskova, E., «Davnó minúvshee» (Un pasado lejano), *Novi zhurnal* (Nueva revista), vol. LIV (1958).
Lavrov, P. L., Análisis crítico de *El socialismo y la lucha política* (Sotsializm i politícheskaia borbá), en *Véstnik Narodnoi Voli* (El correo de Naródnaia Volia), núm. 2 (1884).
«Vospominániia o S. M. Ginsburg» (Recuerdos de S. M. Ginsburg). *Golos minúvshego*, 1917, núms. 7-8.
«Lavrov-Ginsburg perepiska» (Correspondencia entre Lavrov y Ginsburg), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), 1928, núm. 2.
Lenin, V. I., *Sochinéniia*. 3.ª ed., vols. I-VI. Moscú, 1935.
Correspondencia de Lenin. Traducida al inglés y editada por Elizabeth Hill y Doris Mudie. Nueva York, 1937.
Léninski sbórnik (Recopilación leninista). Editada por L. Kámenev. Volúmenes I-IV, VI, XI. Moscú, 1924-38.
Liádov, M., *Istóriia rossíiskoi sotsial-demokratícheskoi parti* (Historia del partido socialdemócrata ruso). Vol. I. San Petersburgo, 1906.
Lunacharski, A., «Néskolko vstrech s J. V. Plejánovim» (Varias entrevistas con J. V. Plejánov), *Pod známenem marksizma* (Bajo la bandera del marxismo), núms. 5-6. 1922.
«Pámiati J. V. Plejánova» (En memoria de J. V. Plejánov), *Plamia* (La llama), núm. 7. 1918.
Malajovski, V., «Plejánov o suschnosti naródnichestva» (Plejánov sobre la esencia del populismo), *Proletárskaia revoliútsiia* (Revolución proletaria), núm. 1. 1928.
Mártov, Y., *Borbá s «osádnim polozhéniem»* (La lucha contra el «estado de sitio»). Ginebra, 1904.
Istóriia rossíiskoi sotsial-demokrati (Historia de la socialdemocracia rusa), 3.ª ed. Moscú, 1923.
«Voiná i J. V. Plejánov» (La guerra y J. V. Plejánov), en *Prótiv voiní* (Contra la guerra). Moscú, 1917.
Zapiski sotsial-demokrata (Apuntes de un socialdemócrata). Moscú, 1924.
Mártov, L., «Obschéstvennie dvizhéniia i úmstvenie techéniia v period 1884-1905» (Los movimientos sociales y las corrientes intelectuales en el período comprendido entre 1884 y 1905), en el vol. V de *Istóriia literaturi XIX veka* (Historia de la literatura del siglo XIX), editada por Ovsiániko-Kulikovski. Moscú, 1911.
Marx, Karl, y Engels, Friedrich, *The Communist Manifesto*. Nueva York, 1932. [Trad. castellana en *Obras escogidas*, t. I.]
The Russian Menace to Europe. Editado por Paul Blackstock y Bert F. Hoselitz. Glencoe, Ill., 1952.
Masaryk, Thomas G., *The Spirit of Russia*. 2 vols., 2.ª ed. Londres, 1955.
Meijer, J. M., *Knowledge and Revolution*. Assen, Holanda, 1955.
Meyer, Alfred, *Leninism*. Nueva York, 1962.
Mijailovski, N. K., «Literatura i zhizn» (La literatura y la vida), *Rússkaia misl* (El pensamiento ruso), núm. 6, 1892.
«Literatura i zhizn», *Rússkoe bogatstvo*, núm. 2, 1894.
Miliukov, P., *God borbí* (Un año de lucha). San Petersburgo, 1907.
Mindlin, I. B., «Perejod J. V. Plejánova ot naródnichestva k marksizmu» (La transición de J. V. Plejánov del populismo al marxismo), *Voprosi istori* (Cuestiones de historia), núm. 12, 1956.
Moiséenko, P. A., «Vospominániia o Morózovskoi stachki» (Recuerdos de la huelga de la fábrica Morózov), *Proletárskaia revoliútsiia* (Revolución proletaria), núm. 1, 1924.
Morózov, N., «Vozniknovénie "Naródnoi Voli"» (El surgimiento de «Naródnaia Volia»), *Bíloe* (El pasado), núm. 12, 1906.
Nevski, B., «K istori "Parti rússkij sotsial-demokrátov" v 1884-1886 gg.» (Acerca del [Partido de los socialdemócratas rusos] en 1884-1886), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), núm. 5, 1929.
Nevski, V. I., «Gruppa Osvobozhdénie Trudá» (El grupo Emancipación del Trabajo), en *Ot «Zemlí i Voli» k Gruppe «Osvobozhdénie Trudá»* (De Zemliá i Volia al grupo Emancipación del Trabajo). Moscú, 1930.
Edición de *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá». Bibliografía za 50 let* (El grupo Emancipación del Trabajo. Bibliografía de 50 años). Moscú, 1934.
Edición de *Gruppa «Osvobozhdénie Trudá» v period 1883-1894 gg. Istóriko-revoliutsionni sbórnik* (El grupo Emancipación del Trabajo en el período 1883-1894. Recopilación histórico-revolucionaria). Vol. II. Leningrado, 1924.
Ocherki po istori rossíiskoi kommunistícheskoi parti (Estudios sobre la historia del partido comunista de Rusia). Vol. I. Petrogrado, 1923.
Nikoláievski, B., «Programma pérvogo v Rossíi sotsial-demokratícheskogo kruzhká» (El programa del primer círculo socialdemócrata de Rusia), *Bíloe* (El pasado), núm. 13, 1918.
Olminski, M. C., *Ot Gruppi Blagoieva k soiuzu borbí* (Del grupo de Blagóiev a la Unión de Lucha). 1921.
Otvet redaktsi «Rabóchego dela» na «Pismó» P. Akselroda i «Vademecum» J. Plejánova (Respuesta de la redacción de «Rabócheie Dielo» a la «carta» de Axelrod y el «Vademecum» de J. Plejánov). Ginebra, 1900.
Pámiati J. V. Plejánova (En memoria de J. V. Plejánov). Petrogrado, 1918.
«Perepiska J. V. Plejánova, P. B. Akselroda i V. I. Zasúlicha s L. Ioguíchesom (Grozovsk, Tishko) 1891-1892» (Correspondencia de J. V. Plejánov, P. B. Axelrod y V. I. Zasúlich con L. Ioguiches [Grozovsk, Tishko] en 1891-1892), *Proletárskaia revoliútsiia*, núms. 11-12, 1928.
Perepiska K. Marksa i F. Engelsa s rússkimi politícheskimi déiateliami (Correspondencia de C. Marx y F. Engels con personalidades políticas rusas), 1947.
«Pisma J. V. Plejánova k Engelsu» (Cartas de J. V. Plejánov a Engels), *Pod známenem marksizma*, núms. 11-12, 1923.

«Pisma marksístov k N. K. Mijailóvskomu» (Cartas de marxistas a N. K. Mijailovski), *Biloe*, núm. 13, 1918.
Pisma P. B. Akselroda i Y. O. Mártova. Materiali po istori rússkogo revoliutsiónnogo dvizhéniia (Cartas de P. B. Axelrod e Y. O. Mártov. Materiales sobre la historia del movimiento revolucionario ruso). Berlín, 1924.
«Pismó G. A. Lopátina o besede s F. Engelsom o Rossíi» (Carta de G. A. Lopatin acerca de su entrevista con F. Engels sobre Rusia), *Golos minúvshego* (La voz del pasado), núm. 2, 1923.
Plamenatz, John. *German Marxism and Russian Communism.* Londres, 1954.
Plejánov, J. V., *God na ródine* (Un año en la patria), 2 vols. París, 1924.
«Kongressu guermánskij sotsialístov» (Al congreso de los socialistas alemanes), *Voinstvuiuschi materialist* (El materialista militante), número III (1925).
Literatúrnoe naslédie J. V. Plejánova (La herencia literaria de J. V. Plejánov), 8 vols. Moscú, 1934-1940.
O voiné (Sobre la guerra). 2.ª ed. Petrogrado, sin fecha.
«Pisma» (Cartas), *Voinstvuiuschi materialist*, núm. 1 (1924).
«Pisma k Libknektu» (Cartas a Liebknecht), *Voinstvuiuschi materialist* (El materialista militante), núm. IV (1925).
Sochinéniia (Obras). 2.ª ed. Edición de G. V. Riazánov. 24 vols. Moscú, 1923-27. [En castellano hay una edición de *Obras escogidas* en 2 vols.: Quetzal, Buenos Aires, 1966.]
«J. V. Plejánov i shpiónski zababi» (J. V. Plejánov y los juegos de espionaje), *Krasni arjiv* (Archivo rojo), núm. V.
J. V. Plejánov v svobódnoi Rossii (J. V. Plejánov en la Rusia libre), Petrogrado, 1917.
Plejánova, R. M., «Poslédnie dni J. V. Plejánova» (Los últimos días de J. V. Plejánov), *Zariá* (Aurora), 1924, núms. 4-5.
Pod známenem marksizma (Bajo la bandera del marxismo), núms. 6-7, 1923. (Casi todos los artículos están dedicados a Plejánov.)
Polevoi, Y., *Zarozhdénie marksizma v Rossii* (El nacimiento del marxismo en Rusia). Moscú, 1959.
Poliakov, A. S., «Vtoroe 1 marta» (El segundo 1 de marzo), *Golos minúvshego* (La voz del pasado), núms. 10-12, 1918.
Popov, M. R., «K istori rabóchego dvizhéniia v kontsé semidesiátij godov» (Acerca de la historia del movimiento obrero a fines de la década del 70), *Golos minúvshego* (La voz del pasado), 1920-21.
«Zemliá i Volia nakanune voronézhskogo sezda» (Zemliá y Volia en vísperas del congreso de Vorónezh), *Biloe* (El pasado), núm. 8, 1906.
Potash, M., «Marks i Engels o naródnicheskom sotsializme v Rossíi» (Marx y Engels sobre el socialismo populista en Rusia), *Proletárskaia revoliútsiia*, núm. 12, 1929.
Potresov, A., «J. V. Plejánov», *Biloe* (El pasado), núm. 12, 1918.
Pyziur, Eugene, *The Doctrine of Anarchism of Michael A. Bakunin.* Milwaukee, Wis., 1955.
Radkey, O. H., *The Agrarian Foes of Bolshevism.* Nueva York, 1958.
Rajmétov, V., «K voprosu o menshevístkij tendéntsiaj v Gruppe "Osvobozhdénie Trudá"» (En torno a las tendencias mencheviques en el grupo Emancipación del Trabajo), *Proletárskaia revoliútsiia*, núm. 9, 1928.
Riazánov, D., *Plejánov i Gruppa «Osvobozhdénie Trudá»* (Plejánov y el grupo Emancipación del Trabajo), 3.ª ed. Petrogrado, 1918.
Robinson, G. T., *Rural Russia Under the Old Regimen.* 2.ª ed. Nueva York, 1949.

Rubin, Burton, «Plekhanov and Soviet Literary Criticism», *American Slavic and East European Review*, vol. XV (1956).
Schapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union.* Nueva York, 1960.
Sémashko, N., «O détskij gódaj J. V. Plejánova» (Acerca de la infancia de J. V. Plejánov), *Katorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), núm. 7, 1923.
«Zamecháníia po póvodu biografi J. V. Plejánova sostávlennoi Y. Arzáievim» (Observaciones a propósito de la biografía de J. V. Plejánov escrita por Y. Arzáiev), *Proletárskaia revoliútsiia*, núm. 5, 1922.
Serguíevski, N. L., «Gruppa "Osvobozhdénie Trudá", i marksístkie kruzhkí» (El grupo Emancipación del Trabajo y los círculos marxistas), *Istóriko-revoliutsionni sbórnik* (Recopilación histórico-revolucionaria), volumen II. Leningrado, 1924.
«Kogdá i po kakomu póvodu bil napisan Plejánovim "Proekt Programmi Rússkij Sotsial-Demokrátov"» (Cuándo y con qué motivo escribió Plejánov el «Proyecto de programa de los socialdemócratas rusos»), *Proletárskaia revoliútsiia*, núm. 1, 1928.
Pártiia rússkij sotsial-demokrátov. Gruppa Blagóieva (El partido de los socialdemócratas rusos. El grupo de Blagóiev). Moscú, 1929.
«Pervi tránsport literaturi Gruppi "Osvobozhdénie Trudá"» (La primera conducción de publicaciones del grupo Emancipación del Trabajo), *Krasni arjiv* (Archivo rojo), núm. XVIII.
«Plejánov i Gruppa Blagóieva» (Plejánov y el grupo de Blagóiev), *Proletárskaia revoliútsiia*, núm. 8, 1928.
Seton-Watson, Hugh, *The Decline of Imperial Russia.* Londres, 1952.
Shtein, V. M., *Ocherki razvítiia rússkoi obschéstvenno-ekonomicheskoi misli XIX-XX veka* (Ensayos sobre el desarrollo del pensamiento socioeconómico ruso de los siglos XIX-XX). Leningrado, 1948.
Shub, D., «J. V. Plejánov v 1917 godú» (J. V. Plejánov en 1917), *Rússkaia misl* (El pensamiento ruso), núm. 3 (5 de junio de 1958).
Shulguin, V., «K voprosu o proniknoveni marksizma v Rossíiu v 40-60 godaj XIX veka» (En torno a la penetración del marxismo en Rusia en los años 40-60 del siglo XIX), *Istorik-marksist* (Historiador marxista), números 5-6, 1939.
Smirnov, I., «J. V. Plejánov v Vorónezhskoi Voénnoi Gimnazi» (J. V. Plejánov en la Escuela Militar de Vorónezh), *Kátorga i ssilka* (Trabajos forzados y confinamiento), núm. 12, 1929.
Smirnove, V., «J. V. Plejánov v mezhdunaródnom sotsialistícheskom dvizheni (1883-1900)» (J. V. Plejánov en el movimiento socialista internacional [1883-1900]), *Voprosi istori* (Cuestiones de historia), núm. 12, 1956.
Struve, P. B., «My Contacts and Conflicts with Lenin», *Slavonic and East European Review*, vols. XII y XIII.
Sukhanov, N. N., *The Russian Revolution*, 1917. Traducción al inglés y edición de J. Carmichael, Nueva York, 1955.
Tijomírov, L., «Chegó nam zhdat ot revoliutsi» (¿Qué podemos esperar de la revolución?), *Véstnik Naródnoi Voli* (El correo de Naródnaia Volia), núm. II, 1884.
Plejánov i egó druzia (Plejánov y sus amigos). Leningrado, 1925.
Vospominániia Lva Tijomírova (Recuerdos de Lev Tijomírov). Moscú, 1927.
Thun, A., *Istóriia revoliutsiónnij dvizheni v Rossii* (Historia de los movimientos revolucionarios en Rusia), 2.ª ed. Petrogrado, 1920.
Treadgold, D. W., *Lenin and His Rivals; The Struggle for Russia's Future, 1898-1906.* Nueva York, 1955.

Trotski, L., *The History of the Russian Revolution*, 3 vols. Nueva York, 1932. [Trad. castellana, Zyx, Madrid, 1973.]
Our Revolution. Traducción al inglés de M. Ol'gin. Nueva York, 1918.
Vtoroi sezd rossiiskoi sotsial-demokraticheskoi parti (El II congreso del Partido Socialdemócrata Ruso). Ginebra, 1903.
Vaganián, V., *J. V. Plejánov*. Moscú, 1924.
Opit bibliografi J. V. Plejánova (Experiencias de la bibliografía de J. V. Plejánov). 1923.
Valentínov, N., «Traguédiia J. V. Plejánova» (La tragedia de J. V. Plejánov), *Novi zhurnal* (Nueva revista), vol. XX (1948).
Vstrechi s Leninim (Entrevistas con Lenin), Nueva York, 1953.
Venturi, Franco, *Roots of Revolution*. Londres, 1960. [Trad. castellana, *El populismo ruso*, 2 vols., Revista de Occidente, Madrid, 1975.]
Volfson, S., *Plejánov*. Minsk, 1924.
Vtoroi sezd RSDRP, protokoli (El II congreso del POSDR, actas). Moscú, 1959.
Warth, Robert D., *The Allies and the Russian Revolution*. Durham, N. C., 1954.
Weinstein, Harold, *Jean Jaures: A Study in Patriotism in the French Socialist Movement*. Nueva York, 1936.
Wetter, Gustav A., *Dialectical Materialism*. Nueva York, 1958.
Wittfogel, Karl A., *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*. New Haven, Conn., 1957.
Wolfe, Bertram, *Three who Made a Revolution*. Nueva York, 1948.
Zenkovsky, V. V., *A History of Russian Philosophy*. Traducción al inglés por G. L. Kline. 2 vols. Nueva York, 1953.
Zinóviev, G., *J. V. Plejánov*. Petrogrado, 1918.